

José Luis Corral Lafuente.

EL CID

Edhasa.

Diseño de la sobrecubierta: Enrique Iborra

Primera edición: mayo del 2000

Cuarta reimpresión: octubre del 2000

© José Luis Corral, 2000

© de la presente edición: Edhasa, 2000

Avda. Diagonal, 519-521.08029 Barcelona

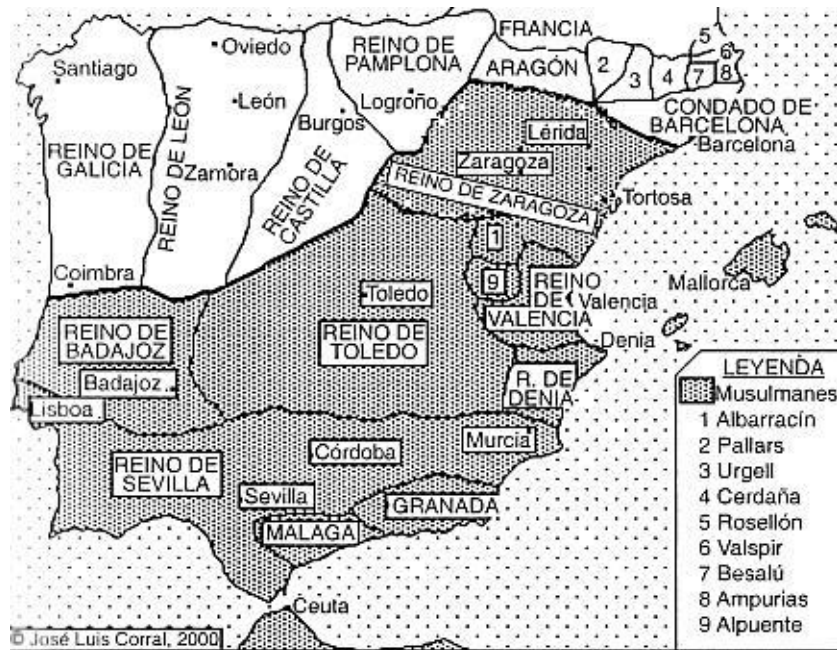
Tel. 93 494 97 20

ISBN: 84-350-6010-1

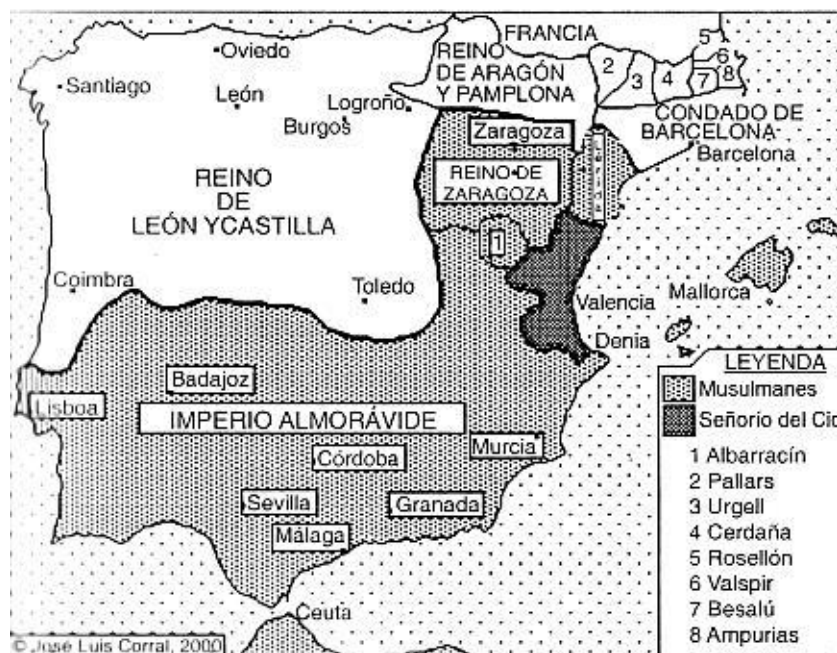
Depósito legal: B-44.409-2000

Impreso en Hurope sobre papel offset crudo de Leizarán

Impreso en España

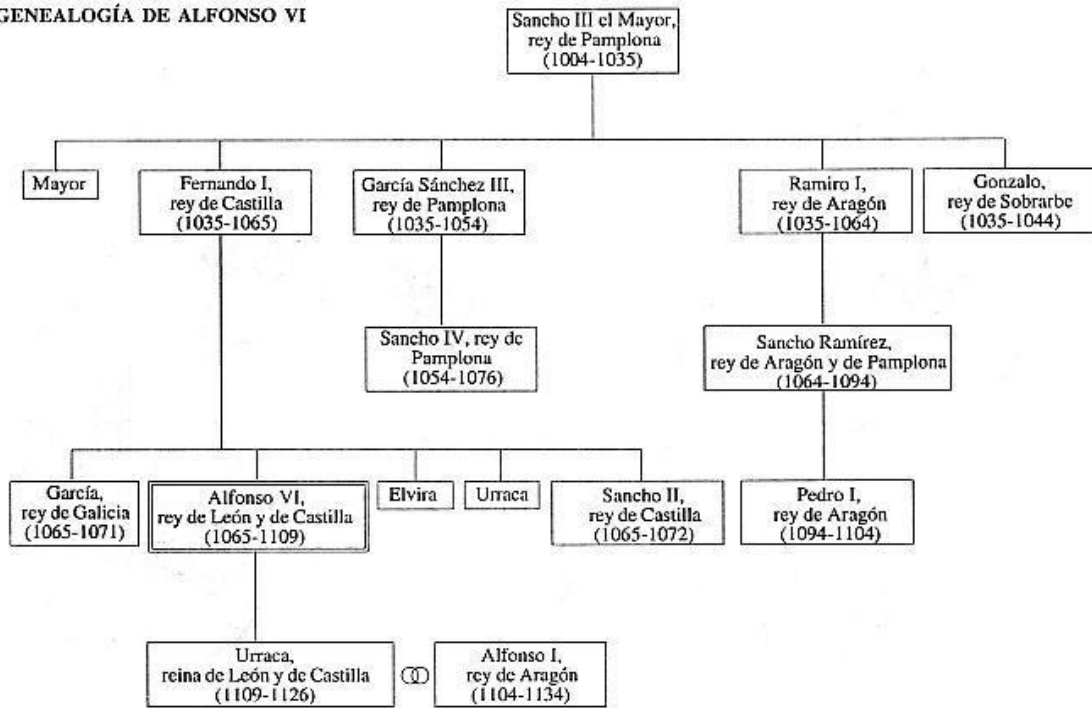


LA PENÍNSULA IBÉRICA EN 1070

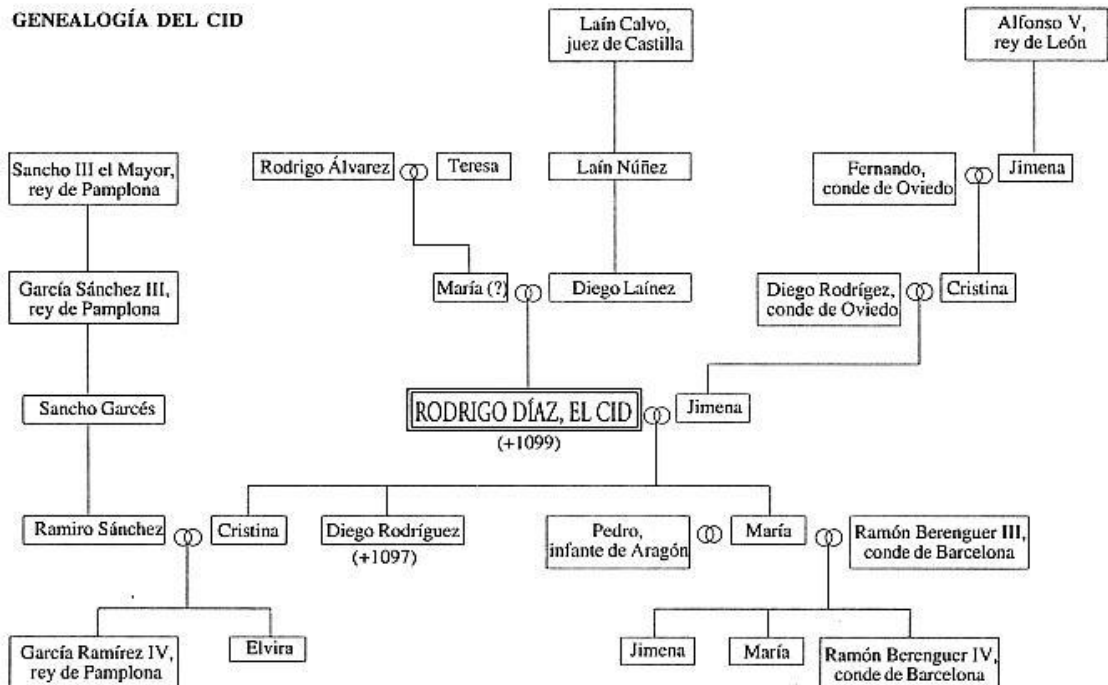


LA PENÍNSULA IBÉRICA EN 1099

GENEALOGÍA DE ALFONSO VI



GENEALOGÍA DEL CID



Capítulo I

Conocí a Rodrigo Díaz una mañana que vino a buscarme al convento para que le sirviera como escudero. Yo tenía catorce años y había permanecido desde los ocho en el cenobio de San Pedro de Cardeña, pues mi padre, un infanzón de Ubierna, me entregó a los monjes para que me educaran como clérigo. Como el menor de dos hermanos, no tenía derecho a la herencia paterna, por otra parte bastante menguada, y a mi padre no le quedó otro remedio que encomendarme a los monjes. Esta práctica es muy habitual entre los nobles, que asignando a sus hijos segundones a un convento se quitan de encima un problema que de otra forma no sabrían cómo resolver.

Allí, entre las frías paredes de desnuda piedra, pasé seis años de mi vida, ésos en los que se esculpe la personalidad de todo hombre. Durante aquellos largos años, mientras mi hermano y la chiquillada de mi aldea soñaban con conseguir riquezas y fortuna guerreando contra los sarracenos en la frontera, yo permanecí recluido entre los muros del monasterio, aprendiendo a leer y a escribir, latín y canto; y mientras llegaba el momento de consagrar mi vida a la Iglesia, me encomendaron mantener el claustro y la iglesia limpios y aseados, la despensa bien dispuesta y atendidos los cerdos, patos y gallinas con los que los monjes complementaban la monótona dieta de nabos, cebollas, legumbres, vino y pan.

Cuando salí del convento corrían los últimos días del año 1063 de Nuestro Señor Jesucristo y en León y en Castilla reinaba el noble y aguerrido don Fernando, hijo del gran Sancho el Mayor de Pamplona, aquel fiero monarca navarro que lograra unificar bajo su soberanía a toda la cristiandad hispana.

Sancho el Mayor fue rey de Pamplona por herencia paterna, pero en su vida ganó otros muchos territorios que incorporó a su corona. Se convirtió en el rey cristiano más poderoso de todos los que hasta ahora han sido en esta Península y estuvo a punto de conseguir la unidad de todos los reinos y Estados cristianos bajo su cetro, y aún hubiera ganado todos los territorios musulmanes si hubiera vivido lo suficiente como para continuar su obra.

Pero a su muerte, siguiendo la práctica del derecho sucesorio navarro, dividió sus dominios entre sus hijos: a García le entregó el reino de Pamplona, las tierras patrimoniales de la dinastía, a Fernando le dio el condado de Castilla, a Ramiro el condado de Aragón y a Gonzalo los de Sobrarbe y Ribagorza; cuatro hijos, los cuatro futuros reyes.

Don Fernando, ya como soberano de Castilla, ganó el reino de León, y con tan amplios territorios se convirtió en el más poderoso de entre los hermanos. Los musulmanes estaban por entonces divididos en pequeños reinos de taifas; lejos quedaban los tiempos gloriosos en que los califas cordobeses eran dueños de al-Andalus, y al rey de León y de Castilla le fue muy fácil someterlos al pago de tributos. Débiles y acomodados, los reyezuelos musulmanes no tuvieron otro remedio que pagar las parias que don Fernando les exigía; el oro de Sevilla, Toledo, Badajoz y Zaragoza engrosó sus arcas a cambio de una vigilada paz y con parte de ese oro se construyeron muchas iglesias, hospitales y monasterios, pero también castillos y fortalezas: cuanto más se debilitaba el islam, más fuerte se hacía la cristiandad.

Recuerdo aquel día de hace ahora casi medio siglo como si hubiera ocurrido ayer mismo. Yo trabajaba en el escritorio del monasterio, copiando el texto de un manuscrito iluminado del Apocalipsis de san Juan, cuando me interrumpió el abad.

—Diego, deja lo que estás haciendo y acompáñame —me ordenó.

Coloqué el cálamo sobre el pupitre, tapé el tintero y me incorporé para seguirlo.

Atravesamos el claustro, yo siempre dos pasos por detrás, y entramos en una pequeña caseta de adobe y madera donde el hermano portero se había instalado provisionalmente en tanto unos canteros vizcaínos acababan la labra de una gran portada enmarcada entre columnas y arquivoltas de piedra.

En aquella humilde estancia, de pie, conversando animadamente con mi padre, es donde lo vi por primera vez. No destacaba por su estatura, algo superior a la media pero en ningún caso exagerada; ni por el volumen de su cuerpo, fuerte y robusto pero no hercúleo; ni siquiera por la belleza de su rostro, de barbilla cuadrada y frente rotunda. Sin embargo, su profunda mirada, firme y serena, sus labios finos y bien perfilados, su nariz recta y ligeramente alargada y sus cabellos castaños y ondulados le conferían un aspecto noble y distinguido.

Mi padre se acercó al verme y me abrazó.

—Mi pequeño Diego, ya eres un hombre. ¡Cuánto has crecido desde la última vez que te vi!

De la casa de mi padre en la aldea de Ubierna, unas pocas millas al norte de la ciudad de Burgos, más allá de Vivar, hasta el monasterio de Cardeña, hay poco más de media jornada de camino llano y fácil, pero desde que mi padre me encomendara al cenobio de San Pedro sólo me había visitado en un par de ocasiones.

—Padre, me alegro mucho de veros. ¿Cómo están mi madre y mi hermano?

—Bien, muy bien. Tu hermano es un experto jinete y maneja la lanza con una destreza extraordinaria. El mismísimo rey don Fernando, que Dios guarde, lo ha elegido para participar en una de las razias que encabezará esta primavera contra los sarracenos; seguro que consigue un buen botín.

Mi padre era un modesto infanzón, heredero de una saga de aquellos hombres libres que habían bajado de las montañas del norte hacía varias generaciones, cuando los condes de Castilla alentaron a los montañeses a poblar el llano. Estaba orgulloso de su condición, y aunque era un hombre rudo y no sabía leer ni escribir, admiraba a los hombres sabios. Sus heredades en Ubierna, nada abundantes, las tenía en feudo de don Diego Laínez, señor de Vivar y padre de Rodrigo, quien poseía varias aldeas y cuyo rango, riqueza y señorío, aun siendo también infanzón, eran mayores que los de mi padre.

—Diego, éste es don Rodrigo Díaz, el señor de Vivar. Su padre, don Diego Laínez, falleció hace ahora cinco años y desde entonces es él nuestro señor. A principios del invierno acudí a su casa de Vivar a prestarle homenaje tras su regreso de la corte, y le hablé de ti; tiene algo que proponerte.

Rodrigo, que hasta entonces se había mantenido alejado dialogando con el abad, se acercó hacia mí, me miró detenidamente, como quien observa un queso en el mercado antes de decidirse a comprarlo, y dijo:

—Tu padre ha insistido para que te acepte a mi servicio como escudero. Pareces un buen muchacho: tus ojos vivaces y despiertos denotan que eres un joven inteligente. El abad me ha dicho que sabes latín, que escribes con gran corrección y que tienes algunos conocimientos en el manejo de los números.

—He procurado aprovechar cuantas enseñanzas me han impartido en el monasterio.

—Necesito un escudero que sea a la vez escribano y notario. En breve parto hacia León, a una curia real. Si lo deseas, vendrás conmigo a Vivar y a cambio de tus servicios recibirás comida, el uso de una mula, una túnica de lana y otra de lino, unas calzas, un manto grueso y dos meticales al año; me prestarás vasallaje, por supuesto, y gozarás de los privilegios propios del hijo de un infanzón.

La propuesta de Rodrigo, que yo no esperaba, me causó una enorme sorpresa. Hasta ese momento no había contemplado para mi vida otro futuro que el que me ofrecía la perspectiva de las húmedas paredes del convento, siempre entre libros, rezos y cánticos litúrgicos. Lo que me ofrecía Rodrigo suponía romper con la vida que hasta entonces había llevado y sobre todo unos nuevos horizontes, mucho más abiertos y amplios, pero también más inseguros y turbulentos. Reflexioné unos breves instantes durante los cuales, aunque parezca imposible creerlo, pasaron por mi cabeza todos los recuerdos que guardaba de mis años en la aldea de Ubierna: el agua corriendo en el río en las semanas del deshielo, rompiendo espuma en las rocas, los verdes campos de trigo de finales de mayo, el olor del pan recién cocido en el horno de casa, las largas veladas de invierno al calor de la chimenea entre las faldas de mi madre, mirando crepitar los leños al fuego mientras ella repasaba con aguja e hilo las ropas rotas y rasgadas, y sobre todo la caricia de sus manos en mi rostro y la cálida seguridad de su mirada. No lo pensé más, miré a Rodrigo y pregunté:

—¿Mi padre y mi señor el abad están de acuerdo? —formulé la pregunta como si ellos no estuvieran presentes.

—Lo estoy —asintió mi padre.

—No podemos retener a nadie que no quiera permanecer aquí; si ése es tu deseo, puedes marcharte —añadió el abad.

—En ese caso, y siendo ésa la voluntad de mi padre, contad con mis servicios.

Y así fue como entré a formar parte del séquito de Rodrigo Díaz, el joven señor de Vivar.

Rodrigo era algo mayor que yo. A la muerte de su padre había heredado todos sus feudos y posesiones al norte de la ciudad de Burgos, en torno a las aldeas de Vivar y Ubierna, tierras de trigo y centeno.

Vivar es una pequeña aldea recostada sobre una amplia vaguada, a la vera del camino de Burgos hacia las tierras montañosas del norte. Está situada en una llanada colmada de campos de cereal y rodeada de colinas y páramos en cuyas laderas cazan los azores y los gavilanes. Aguas arriba está Ubierna, a orillas del río que le da nombre y que nace en las fuentes del alto páramo de Masa, una extensa y desolada planicie recorrida por heladores vientos en invierno y asolada por un inclemente sol durante el verano. En Ubierna el río fluye con fuerza debido al pronunciado desnivel que salva al descender las abruptas laderas del árido páramo, y su acelerada corriente sirve para mover las ruedas de varios molinos, propiedad del señor de Vivar, que mi familia custodia en su nombre.

Tal vez haya sido este recio paisaje el que ha contribuido a forjar el espíritu castellano. Los espacios abiertos, de amplios horizontes y de difícil defensa, han tenido mucho que ver con que ésta sea una tierra de hombres que sólo se han sometido a Dios y a su rey. Desde tiempos muy remotos, condes y reyes han otorgado privilegios y libertades a cuantos han osado instalarse en estas extensas llanuras abrasadas por el sol en verano y congeladas por el hielo en invierno. ¿Quién, de no haber sido por la libertad y el privilegio de infanzonía, hubiera querido vivir aquí pudiendo hacerlo en los ricos y cálidos valles del sur o en las dulces y verdes colinas del norte?

Por eso, en Castilla casi todos se consideran de una u otra manera nobles. Pero la nobleza del reino estaba, y lo sigue estando cuando escribo, dividida en dos facciones.

Los ricos hombres y magnates configuran el privilegiado estamento de la alta nobleza; la mayoría desciende de los primeros condes, cuando Castilla era sólo una marca militar en la frontera oriental del reino de León. Estos ricos hombres son los mayores propietarios del reino, grandes señores dueños de extensas haciendas y de

castillos y palacios de piedra, siempre próximos al rey, de cuya corte forman parte y a quien aconsejan sobre la política que seguir en cada momento; acompañan al rey en la mayoría de sus desplazamientos y a la vez atienden la administración de sus propiedades, distribuidas por todos los rincones del reino.

El otro grupo lo integramos los infanzones, como Rodrigo de Vivar, un joven lleno de afanes de gloria, de fama y de deseos de fortuna en aquellos días tan lejanos, y mi padre. Los infanzones también somos nobles, pero de una categoría inferior a los linajes condales; no participamos en las curias regias, salvo casos muy especiales, y nuestra influencia en la corte es escasa, aunque alguno de nosotros, gracias a la habilidad militar o a servicios prestados de manera extraordinaria, suele encumbrarse a veces entre la alta nobleza.

Diego Laínez, hijo de Laín Núñez y padre de Rodrigo, había logrado una alta consideración real gracias a los muchos y valiosos servicios que prestó al rey don Fernando en sus guerras contra los navarros. Pero por más que don Diego Laínez sobresalió en la defensa de la frontera oriental y en el asalto a villas y castillos del rey de Pamplona, nunca logró ser convocado a las reuniones de los fieles más cercanos al rey, y ello pese a estar casado con una de las hijas del conde Nuño Álvarez y a alardear él mismo de ser descendiente de Laín Calvo, uno de los primeros jueces castellanos.

Durante su infancia, Rodrigo creció bajo la atenta mirada de su madre y la influencia de la actividad militar de su padre. En aquellos años la aldea de Vivar estaba en la frontera entre Castilla y el reino de Pamplona. La misma aldea de Ubierna, a poco más de una hora de camino de Vivar, fue recuperada por el padre de Rodrigo a los navarros, por lo que la recibió en feudo del rey Fernando. Mi padre, que ayudó a don Diego en sus campañas, recibió como recompensa algunas heredades en Ubierna y la encomienda de los molinos del río.

Criado en un ambiente de guerra de frontera, con la amenaza permanente de una invasión navarra o sarracena, Rodrigo fue aleccionado en el manejo de las armas por su padre. A los diez años montaba a caballo a la perfección, arrojaba la lanza con la precisión de un experto soldado y era capaz de empuñar la espada y de repartir mandobles, cosa extraordinaria a esa edad. Cuando Rodrigo apenas era un muchachito vio llegar a su padre victorioso tras haber conquistado el castillo y la villa de Ubierna, y poco después los castillos de Úrbel y la Puebla. Aún no tenía edad para acompañar a su padre a la batalla y sin embargo ya se lo pidió poco antes de que don Diego partiera hacia el norte para sofocar una revuelta de una de las tribus de los vascos, a la que, en nombre del rey don Fernando, derrotó en una escaramuza campal. Gestado entre batallas, nacido en el fragor del combate y criado en la guerra, el espíritu del joven Rodrigo se fue modelando con la espada y la lanza, a lomos de un caballo, como correspondía a su categoría de primogénito de un famoso guerrero.

Probablemente, la escena que más le marcó durante su etapa de aprendizaje fue el regreso de su padre tras la batalla de Atapuerca. En esta aldea, a menos de media jornada de camino al este de Vivar, se enfrentaron a finales del verano del año 1054 los ejércitos castellano y navarro en un combate que ambos bandos habían planteado como el definitivo, el que saldaría por fin la guerra que durante varios años se libraba entre los dos reinos. Don Diego Laínez formaba en la vanguardia castellana que derrotó a los navarros y en cuyo encuentro se produjo la muerte del rey García de Pamplona, a quien su hermano el rey don Fernando de León y de Castilla lloró sobre el mismo campo de batalla, aprobando allí mismo que los navarros alzaran a su sobrino, Sancho el Joven, como nuevo rey de Pamplona.

Tras esta victoria, Castilla ganó algunas tierras hacia el este a costa de Navarra y don Diego Laínez consiguió nuevos feudos, pero regresó de la contienda con graves

heridas. Durante un año tuvo que guardar completo reposo para que los profundos cortes en los brazos y en el pecho que había recibido en Atapuerca cicatrizaran, pero nunca logró recuperarse del todo. Agotado por tantas guerras y cabalgadas, decidió pasar sus últimos años en su aldea de Vivar, confortado con la compañía de su esposa y alegre al ver crecer día a día a Rodrigo, a quien adiestró en el manejo de las armas y en quien depositó toda la esperanza y la ilusión de imaginar a su hijo alcanzando los honores condales que a él, pese a tantos méritos contraídos, le habían negado.

Don Diego murió cuatro años después de la batalla de Atapuerca y Rodrigo, que era apenas un adolescente, se convirtió en el señor de Vivar. Era un muchacho fuerte y bien dotado para la lucha y para el gobierno de sus feudos, no en vano su padre lo había entrenado para ello durante sus cuatro últimos años de vida, pero no tenía la edad legal necesaria para gobernar sus propiedades. Fue entonces cuando su tío abuelo, el anciano pero influyente Nuño Álvarez, recomendó al rey Fernando que, en pago a los servicios del padre, acogiera a Rodrigo y le permitiera ser educado con los hijos de los condes y los magnates del reino en la escuela que el rey había fundado para ellos y para sus propios hijos.

El joven Rodrigo se instaló en la corte y allí aprendió a leer y a escribir, latín y leyes, las artes liberales y también el ejercicio de las armas, en el cual ya era un verdadero experto. Pese a la diferencia de edad, enseguida congenió con Sancho, el hijo primogénito del rey Fernando, varios años mayor que Rodrigo, quien mostraba una especial predilección por los ejercicios militares y por el estudio del derecho.

—El heredero de un trono debe conocer dos disciplinas por encima de las demás: de un lado, dominar el manejo de las armas y, de otro, utilizar en profundidad el derecho. En la fuerza de las armas y en el ejercicio de la ley es donde se asientan las garantías de éxito de la acción de gobierno de cualquier soberano —solía decirle el príncipe don Sancho a Rodrigo.

Y fue precisamente en estas dos disciplinas en las que Rodrigo destacó sobremanera en la corte. En el manejo de la espada era tan ducho que nadie lo superaba; los trucos y fintas que había aprendido de su padre, experimentados por éste en tantas batallas, hacían de Rodrigo un adversario formidable en cualquiera de las demostraciones que se organizaban en los ejercicios de esgrima bajo la supervisión de los maestros de espada de la escuela palatina. En el conocimiento de las leyes y del derecho de Castilla destacaba también sobre los demás muchachos; sólo los maestros lo aventajaban en el conocimiento de las normas que regían la vida y la muerte de los castellanos. En su casa tenía un viejísimo ejemplar del *Fuero Juzgo*, un código que había pasado de padres a hijos desde los tiempos en que sus antepasados fueron jueces de Castilla. Rodrigo leía y releía este libro hasta el punto de saberlo de memoria.

El afecto mutuo que se profesaban Rodrigo y el príncipe don Sancho los convirtió en compañeros inseparables en la corte. Fue el propio don Sancho quien lo nombró caballero y le ciñó la espada en un sencillo rito: hace cincuenta años la ceremonia de armar a un caballero no era tan compleja como lo es ahora. Rodrigo, pese a su juventud, ya estaba en condiciones de combatir contra los enemigos de Castilla.

Mientras permaneció en la escuela palatina, Rodrigo gozó de la protección de su tío abuelo y de la amistad de don Sancho. De vez en cuando se desplazaba hasta Vivar, donde su madre tutelaba sus heredades. Por fin, pocos meses antes de que viniera en busca al monasterio, Rodrigo regresó a Vivar para hacerse cargo del gobierno de su feudo.

Pero fue muy poco el tiempo que permaneció allí. A finales del otoño del año 1063 el rey don Fernando convocó una curia regia en León, y a ella fue convocado Rodrigo. Aquella era la mejor ocasión para estar de nuevo en la corte. Cualquiera

caballero que se precie necesita un escudero y ahí fue donde mi padre le habló a Rodrigo de mí y de mis cualidades, y así me convertí en el escudero de Rodrigo Díaz de Vivar.

Llegamos a Vivar una fría tarde mediado el mes de diciembre. Habíamos salido muy temprano del monasterio de Cardeña, donde pasamos la noche anterior, la del día en que mi padre y Rodrigo vinieron a buscarme, y comimos en Burgos poco antes del mediodía, en una posada cerca del puente, entre mercaderes, peregrinos y soldados. Recuerdo que una posadera gordinflona y descarada, de enormes carrillos sonrosados, nos sirvió unos ansarones con salsa de treballa en una enorme fuente de barro. Era día de mercado y Rodrigo aprovechó para adquirir una acerada daga moruna, seis varas de tela de seda de la mejor calidad, un par de botas de cordobán, un ancho cinturón de cuero repujado con hebilla de plata y varias cintas de tejido adamascado. Burgos era la población más grande que yo había visto, hasta entonces era ciertamente la única; mi universo se limitaba a mi aldea de Ubierna, a Vivar, a tres o cuatro aldeas más del entorno y al propio Burgos. A pesar de lo que había leído en la biblioteca del monasterio sobre las maravillas de Jerusalén, Constantinopla o Roma, no creía que hubiera en el mundo una ciudad más grande que Burgos, que disponía de un fuerte castillo, altas murallas, casas de piedra con cubierta de teja y varias iglesias y palacios. La ciudad estaba creciendo día a día, sobre todo a lo largo del camino de los peregrinos, cuyo flujo era cada vez mayor, hasta tal punto que el concejo estaba construyendo un gran hospital para acoger a los devotos que viajaban hacia Compostela a venerar la tumba del apóstol Santiago.

—En la curia de León estarán presentes los más elegantes varones del reino. Necesito una túnica que sea lo suficientemente refinada como para situarme a la altura de los cortesanos —recuerdo que comentó mientras examinaba varios lienzos en el puesto de telas de un judío burgalés.

Me instalé en la casa de Rodrigo en Vivar, una amplia casona de piedra, con un patio al que también se abrían un granero, un almacén y un corral. Durante los días que siguieron a nuestra llegada no hice otra cosa que ayudar a los criados a preparar el equipo de Rodrigo y de los caballeros de su mesnada que iban a acompañarnos hasta León. Me llamó la atención el cuidado con el que mi señor nos obligaba a tratar su equipo militar. En un par de grandes arcones de tablas de madera reforzadas con tiras de cuero claveteadas fuimos depositando una lorica de cuero cubierta con escamas de hierro cosidas con alambre, una túnica de fieltro grueso con capucha y un yelmo de hierro acabado en punta con cuatro gruesos radios reforzados con remaches de bronce de cuya parte anterior surgía una sólida barra nasal, a modo de lengüeta, que servía para proteger la nariz. En el otro arcón colocamos un par de túnicas (una de ellas la habían fabricado dos mujeres de la aldea con la tela de seda comprada en Burgos), unas calzas, dos pares de botas de cuero, unos zapatos de fina piel a juego con la túnica de seda y un par de mantos de lana, uno de ellos forrado con piel de lobo.

Cuando todo estuvo listo, Rodrigo me permitió ir a Ubierna a visitar a mi madre, a la que no veía desde que dejara mi aldea natal camino del monasterio. Mi encuentro con ella estuvo lleno de ternura y me colmó de alegría, pero ya no era la mujer que recordaba con seis años menos, y a la que quizás había idealizado en la gris soledad del convento; su cabello estaba encanecido y ceniciento, sus ojos habían perdido el dorado brillo de la plenitud, aunque conservaban la firmeza de antaño, y su espalda comenzaba a corcovarse por el peso de los años y de los duros trabajos en la casa, pues aunque era la esposa de un infanzón, la tarea era mucha y mi madre no podía descansar una sola jornada.

Ha pasado mucho tiempo desde aquellos días, pero si lo intento todavía soy capaz de sentir las caricias de sus manos arrugadas y endurecidas por el trabajo, y entonces echo de menos el calor de su regazo, en el que solía refugiarme durante los atardeceres de invierno, cuando nos reuníamos con toda la familia al calor del fuego de la chimenea, en torno a una olla de sopa de pan, cebolla, berros y ajos en la que de vez en cuando no faltaba un ganso, un buen pedazo de carne, una gruesa tajada de tocino e incluso un par de huevos de gallina.

El día fijado para la partida hacia León nos levantamos muy temprano. Todavía no había amanecido cuando Rodrigo nos fue despertando uno a uno a todos cuantos componíamos el séquito del señor de Vivar. El horizonte oriental comenzaba a iluminarse de una luz tenue, hacía mucho frío y el abrevadero de piedra tallada en un solo bloque estaba cubierto por una gruesa capa de hielo que uno de los criados rompió con el filo de un hacha para que pudieran beber los caballos. Nos agrupamos en el patio. Había una docena de personas, alrededor de una carreta de dos ruedas cargada con los cofres de madera y las vituallas para el camino.

Como me había prometido, Rodrigo me entregó una mula de pelo castaño, de pequeña alzada pero de amplio tranco y recias patas. Nos pusimos en marcha antes de la salida del sol, aunque ya con alguna luz derramándose sobre los llanos de Vivar, con los campos pardos recién sembrados de trigo y el verde oscuro de las encinas salpicadas por las pendientes de los páramos. En el frío de la mañana, el aire estaba cargado de un fuerte olor a tomillo y las aliagas parecían desnudas sin sus hermosas flores amarillas.

Capítulo II

El rey don Fernando había convocado una curia plena en la ciudad de León para explicar su testamento y decidir la conquista de Coimbra, una antiquísima ciudad al oeste, cerca de la costa del océano. Recorrimos el camino de los peregrinos aposentándonos en los hospitales y hospederías que monarcas, condes, obispos y abades han construido a lo largo de esa ruta. Desde Vivar atajamos por los páramos de Arroyo, dejando Burgos a nuestra izquierda, y pasamos la primera noche en la fortaleza de Castrogeriz; después retomamos el Camino con un grupo de varias decenas de peregrinos hasta Carrión. Allí nos hospedamos en el palacio del conde, que nos recibió de buen grado aunque sin dejar de manifestar en cada momento la superioridad de su linaje sobre los nuestros. Desde Carrión, en compañía del conde, que también se dirigía a la corte de León, y de su séquito, partimos hacia la abadía de Benevivere, donde rezamos ante un buen número de reliquias, y continuamos hacia Sahagún, a cuyo cenobio arribamos al anochecer. El abad del monasterio había preparado un buen recibimiento, no en vano el conde de Carrión era uno de sus principales benefactores. Los monjes nos instalaron en unas dependencias recién construidas; se trataba de un edificio con una amplia nave de una sola planta que parecía destinada a recibir los frutos procedentes de los diezmos y primicias que los vasallos del monasterio pagarían al llegar el verano. Los dos días siguientes caminamos por extensas llanadas de tierras pardas que los labradores preparaban para la inminente siembra de otoño arando con yuntas de bueyes que avanzaban cansinos, trazando los surcos con el acompasado bamboleo de sus testuces bajo el restallido de los látigos en el aire; mediada la tarde avistamos las murallas de piedra de León.

Era día de mercado y la entrada a la ciudad estaba atestada de gentes que voceaban sus productos en medio de una algarabía en la que era casi imposible entender nada. Pese a ser entonces la ciudad más grande del reino, la más poblada y la que poseía un mayor número de tierras, la población de León apenas alcanzaba los dos mil habitantes. La mayoría de los productos que se ofrecían en los puestos del mercado eran frutas, verduras, legumbres y cereales; había casi una docena en las que se mostraban paños de lana, otra media docena de lino, y sólo en dos tiendas, éstas en casas de apariencia sólida, cubiertas con tejas de arcilla roja, se veían telas de seda con brocados y adamascados.

Nos separamos del séquito del conde de Carrión y buscamos aposento en el hospital de Santa María, el mejor de la ciudad, en el que sólo acogían a viajeros distinguidos. Allí nos topamos con un obispo francés, el de la ciudad de Le Puy en Vézelay, de quien supimos que iba en peregrinación hacia Compostela.

Un par de días después de que todos los nobles convocados a la curia se hubieran instalado en León, hizo su entrada en la ciudad el rey don Fernando, acompañado de su esposa doña Sancha, de sus tres hijos varones, Sancho, Alfonso y García, y de sus dos hijas, Urraca y Elvira. Hacía varias semanas que toda la familia real estaba en León, pero aquella ceremonia se preparó con todo boato para dar mayor realce a los acontecimientos que allí iban a ocurrir. Don Fernando parecía agotado: era evidente que su vida se estaba apagando poco a poco; años de largas campañas habían gastado sus últimas energías, lo que denotaba su mirada perdida, sus gestos lentos y carentes de vigor, su espalda curvada, sus hombros caídos y su cabeza ligeramente ladeada. A su lado cabalgaba la reina y tras ellos el príncipe Sancho con sus hermanos García y

Elvira; inmediatamente después lo hacían Alfonso y Urraca, que siempre procuraban estar juntos, lo que no hacía sino aumentar los rumores, ya por entonces conocidos en todo el reino, de que mantenían una relación incestuosa.

El rey don Fernando celebró la curia plena los tres primeros días del año de 1064. En ella se decidieron dos cuestiones fundamentales: el inicio inmediato de la campaña contra Coimbra y la división de sus dominios entre sus hijos.

Hacía tiempo que el rey de León y de Castilla había cumplido los cincuenta años, una edad en la que apenas se espera de la vida otra cosa que aguardar paciente a que llegue la muerte, pero seguía ansioso por ampliar sus Estados, y la campaña contra Coimbra, en la que podía perder la vida, le aconsejó dejar la cuestión sucesoria bien atada. Tras intensos debates y pese a las reiteradas negativas del príncipe don Sancho a compartir la corona con sus hermanos, el rey don Fernando acabó imponiendo su voluntad, basada en el viejo derecho sucesorio de los reyes de Pamplona, que no permitía la segregación de lo heredado, es decir, del patrimonio recibido del padre, pero si lo ganado en vida. Y tal como había hecho su padre, el rey Sancho el Mayor, don Fernando dividió sus reinos entre sus tres hijos varones: a Sancho, el primogénito, le concedió Castilla, el reino que él había recibido a su vez de su padre como patrimonio, el vasallaje de Pamplona por las tierras del este y las parias del reino de Zaragoza; a Alfonso le otorgó León y los derechos a influir sobre el reino musulmán de Toledo; y al menor, al débil y delicado García, el nuevo reino de Galicia, una tierra húmeda y boscosa en el noroeste, allá donde acaba el camino que siguiendo las estrellas recorren los peregrinos hasta llegar a Compostela, donde se encuentra el confín del mundo, el final de la Tierra, y, además, el condado de Portugal, entre los ríos Miño y Duero, y los derechos sobre las taifas de Badajoz y Sevilla. Las dos hijas del rey, las infantas doña Urraca y doña Elvira, recibieron algunas fortalezas y villas, el señorío sobre los monasterios del reino y sus grandes rentas, aunque a cambio de la promesa de permanecer solteras de por vida. Don Fernando actuó como un auténtico emperador y el príncipe don Sancho, aunque de muy mala gana pues no estimaba acertada la división de la corona, aceptó el reparto.

La campaña para la conquista de Coimbra se aprobó sin discrepancia alguna. Los nobles leoneses atisbaban en ella nuevas posibilidades de ampliar sus posesiones de tierra y riqueza, algo en lo que son especialmente avaros.

Ésta era la primera vez que Rodrigo asistía como invitado a una curia regia, durante la cual se procedió además a la recepción en León del cuerpo de san Isidoro.

Recuerdo que hacía un día de perros; la noche anterior había caído casi un palmo de nieve y los tejados y las calles de León estaban colmados de un grueso manto blanco. Un gélido viento barría la ciudad desde las montañas del norte, arrojando copos helados sobre el rostro de los que nos atrevimos a salir de nuestras moradas. El rey había ordenado a todos sus fieles caballeros que acudieran a presenciar la llegada a la ciudad del cuerpo de san Isidoro, el famoso sabio que fuera obispo de Sevilla antes de que los musulmanes conquistaran el reino de los godos. Gracias a su influencia sobre el rey de Sevilla, y a cambio de una rebaja en el montante de las parias que éste debía pagar a don Fernando en calidad de vasallo, el monarca de esta taifa del sur había consentido que los restos del sabio obispo fueran trasladados a León.

Para ello, el rey había comisionado a Avito, obispo de León, para que fuera hasta Sevilla a encargarse personalmente del traslado de los restos de su colega. Avito murió estando ya en aquella ciudad, por lo que fueron dos los cuerpos de obispo que ese día recibimos en León. Para ubicar el cuerpo del santo sevillano, el que fuera autor de la famosa obra titulada *Las Etimologías*, aún recuerdo que teníamos un ejemplar en la

biblioteca de Cardeña, don Fernando había ordenado la construcción de una basílica que sirviera además como templo abierto al culto y como panteón real de los monarcas leoneses.

Pese al frío aterrador, que cada uno de nosotros soportaba como mejor podía, ninguno de los invitados por el rey faltó a la cita. Nobles, escuderos y criados acompañamos en solemne procesión los féretros con los restos de san Isidoro y los del obispo Avito, declamando jaculatorias en honor a sus nombres y para la salvación de nuestras almas. Una multitud de plañideras caminaba casi a rastras, profiriendo grandes alaridos de dolor, mesándose los cabellos que previamente habían embadurnado con ceniza y alzando los brazos al cielo clamando por la salvación de los difuntos. Decenas de clérigos ataviados con capas y estolas desfilaban cabizbajos formados en dos filas, escoltando a los ataúdes, y al final, agrupados como el borlón de una cinta, cerraban la comitiva varios obispos leoneses y gallegos, además del de Le Puy, quien animado por el espectáculo que se avecinaba no dudó en posponer su marcha hacia Compostela hasta que acabaran las honras por san Isidoro, y el de Calahorra, que apareció en León dos días antes de los fastos sin que nadie supiera de dónde había salido.

La recuperación de las reliquias del santo sevillano parecía ser un buen augurio para la empresa militar que iniciábamos, y nos pusimos de inmediato en camino hacia Coimbra. Mi señor Rodrigo y su grupo nos integramos en la mesnada del príncipe Sancho. Atravesamos las tierras heladas de León por el camino que discurre hasta el río Duero, que dejamos para continuar hacia el sur. Formábamos un ejército formidable de al menos mil caballeros y cinco mil peones los que nos concentramos cerca de la ciudad de Guarda, al pie de una sierra que llaman de la Estrella, desde donde en cuatro jornadas de dura marcha descendiendo por el río Mondego, alcanzamos los muros de Coimbra; era el día 20 de enero y hacía tan sólo quince que habíamos salido de León.

Debido a la dureza de la marcha, al frío de los páramos helados y a la humedad de los ríos y los bosques, todos estábamos cansados y con pocas ganas de iniciar un asedio, pero el rey impuso su férrea voluntad y nos pidió un esfuerzo añadido. Sin apenas tiempo para tomar un respiro, construimos el campamento con sencillas empalizadas de madera, cortamos los caminos alrededor de la ciudad y cerramos el cerco con trincheras. La vieja ciudad romana estaba protegida por sus solidísimas murallas de piedra, parecidas a las que poco después veríamos en Zaragoza. Coimbra se encuentra sobre una colina a orillas del río Mondego y por sus formidables defensas, su posición elevada y la facilidad de sus moradores para tomar agua de pozos e incluso del mismo río, su conquista parecía una misión hartó complicada.

—No va a haber ninguna batalla. El rey nos ha indicado que debemos aguardar firmes hasta que la ciudad se rinda. Ha conminado a los defensores a enfrentarse en campo abierto y que sea el combate quien decida el nuevo dueño de Coimbra, pero el gobernador musulmán se ha negado a lidiar. No nos queda sino esperar a que se acaben sus provisiones y se rindan —me dijo Rodrigo, un tanto desalentado, de regreso de una de las primeras reuniones que celebraron los caballeros con el rey para decidir la táctica a seguir para la conquista de la ciudad.

Su sangre guerrera hervía en deseos de entrar en combate: era joven y prefería que el destino se decidiera en el campo de batalla.

Apenas formalizado el cerco, un heraldo acudió ante don Fernando con un mensaje urgente del rey musulmán de Zaragoza. Al-Muqtádir reclamaba su ayuda ante el avance de los aragoneses, que estaban asolando las comarcas de la frontera norte de su reino. Para don Fernando era un contratiempo, pues acudir en ayuda de su aliado suponía detraer tropas del cerco de Coimbra, pero no podía consentir que el rico reino

zaragozano, y sobre todo sus abundantes parias, cayeran en manos de su hermano y rival Ramiro.

Llamó a su hijo don Sancho y le ordenó que reuniera a trescientos caballeros y que acudiera hasta Zaragoza para ayudar a al-Muqtádir.

Mi señor Rodrigo había mostrado toda su destreza y su fuerza en el manejo de las armas en el campo de entrenamiento y quería entrar en combate cuanto antes. El príncipe don Sancho estaba orgulloso de su joven amigo, al que personalmente había ceñido la espada para nombrarlo caballero, y aunque entre Rodrigo y don Sancho había una diferencia de edad de varios años, los unía una estrecha amistad. Don Sancho, como primogénito, sabía que un día no muy lejano heredaría el reino de Castilla, y estaba preparando a un grupo de jóvenes caballeros en torno a los cuales pensaba configurar su futura corte.

Cuando regresé a la tienda me encontré a Rodrigo recogiendo el equipo de campaña.

—Diego, partimos hacia Zaragoza —me dijo con un brillo metálico en sus adolescentes ojos de guerrero.

—Pero si apenas hace unos días que hemos llegado aquí —le repliqué.

—Un correo del rey de Zaragoza trajo ayer una angustiada llamada de auxilio: el rey don Fernando ha requerido la presencia de trescientos caballeros para que acudan a defender ese reino vasallo suyo del ataque de los aragoneses. Encabezará el batallón el príncipe don Sancho.

—¿Y pensáis acudir a esa llamada? —le pregunté.

—Por supuesto. Mira Diego —me dijo confiado—, yo, como tú mismo, soy hijo de un infanzón del que he heredado títulos y posesiones. Nuestra condición nos sitúa por encima de la mayoría de la gente, pero por debajo de la alta nobleza del reino, de los condes y de los magnates. A ellos les ha bastado con nacer en una noble cuna para alcanzar honores, privilegios y un puesto en la curia real. A nosotros, los infanzones y los hidalgos, sólo nos queda nuestra habilidad y nuestro valor en la guerra para alcanzar esa posición, y te aseguro que no es nada fácil. Mi padre pasó toda su vida luchando por Castilla y por su rey en la frontera del este, conquistó villas y castillos para nuestro señor don Fernando, amplió los límites de Castilla muchas millas hacia levante, consiguió nuevas rentas y nuevas tierras, y a pesar de ello jamás alcanzó un puesto en la curia, uno de esos sitios que ocupan junto al rey gentes con menos merecimiento pero del que disfrutan en derecho por haber nacido en el seno de una poderosa familia. Don Fernando y su hijo don Sancho no confían en la alta nobleza del reino: saben que los condes y magnates son demasiado poderosos, que poseen abundantes tierras y haciendas, incluso saben que muchos de ellos alardean de tener más derecho a la corona que el mismísimo rey. La nobleza y la monarquía son dos fuerzas enfrentadas, por eso éste es un buen momento para ascender en la corte: el rey necesita jóvenes caballeros que le ayuden en su empresa de engrandecer el reino. Considera que si se recurre tan sólo a la alta nobleza, ésta no hará otra cosa que incrementar su riqueza y su poder a cambio de esa ayuda. Por todo eso tengo que ir a Zaragoza.

Y Rodrigo tenía razón: en aquellos tiempos, tanto el rey don Fernando como su hijo don Sancho estaban recelosos con la alta nobleza que veía con suspicacia el ascenso en la corte de hidalgos e infanzones, a los que despreciaba por su origen mucho más modesto.

Desde que salimos de Coimbra hasta que volviéramos a encontrarnos en Burgos, donde don Sancho convocó a la hueste para Zaragoza, disponíamos de quince días que aprovechamos para ir a Vivar, pero apenas pudimos recobrar el aliento y recoger algunas provisiones. Rodrigo encabezaba la marcha al salir por el camino de tierra hacia

Burgos. Montaba un recio palafrén cárdeno, alto y fuerte, y tras él trotaba, asido a la silla por un ronzal, un corcel casi negro de tan zaino, grande y ligero de pies, la herencia más valiosa que le dejara su padre después de la tierra y el ganado. Las armas de Rodrigo, un escudo de madera endurecida al fuego con las cantoneras de bronce, la espada de combate, la larga lanza para la carga de caballería, una pesada maza con puntas de hierro en la cabeza y un hacha de combate de doble filo, colgaban de una mula que también portaba una silla *morzerzel*, decorada al estilo musulmán con lujosos brocados dorados que don Sancho había regalado a Rodrigo el día que lo invistió como caballero.

Los nobles e infanzones montábamos sobre las acémilas y los criados caminaban al lado de los dos bueyes que tiraban de una carreta con las provisiones y que, en caso de necesidad, también nos podrían servir de alimento. Rodrigo cabalgaba orgulloso con la mirada al frente, como queriendo otear cuanto antes las torres de Burgos, dispuesto a protagonizar las aventuras que de niño había imaginado en la aldea de Vivar, cuando en el patio de su casona o en la plaza de la iglesia escuchaba a los juglares relatar las hazañas de los heroicos condes que habían logrado la independencia de Castilla, o cantar las excelencias del emperador Carlomagno, cuyas gestas eran declamadas por los juglares francos que recorrían el camino de los peregrinos hacia Compostela, mezclando palabras de varios idiomas en una jerga que casi todo el mundo entendía.

Durante el camino hasta Burgos, entre los campos de trigo, el azul límpido del cielo de Castilla y el hálito de la respiración de hombres y bestias, Rodrigo no pronunció una sola palabra; permaneció absorto en sí mismo, los serenos ojos castaños siempre al frente, con una mirada entre perdida y atenta. ¡Quién sabe qué ideas pasaron ese día por su cabeza! Tal vez se imaginara como un nuevo Carlomagno entrando, ahora sí, triunfante en Zaragoza, ante las aclamaciones de sus moradores. Si así fue, en verdad que aquel sueño se cumpliría unos años más tarde.

Entramos en Burgos a primera hora de la mañana. Hacía poco que el sol había rayado el alba y los comerciantes burgaleses ya habían desplegado sus puestos en los mercados. Poco a poco, los convocados por el príncipe don Sancho para la hueste de Zaragoza nos fuimos concentrando a lo largo de la mañana en el amplio arenal a orillas del río Arlanzón. Algunos habían llegado directamente de Coimbra y estaban allí desde la tarde anterior, instalados en un improvisado campamento de tiendas de lona y carretas, y otros fueron afluyendo desde el amanecer de todos los rincones del reino. Hacía ya tres días que el infante don Sancho había llegado a Burgos, tras pasar por Zamora y Salamanca para recoger algunos voluntarios. Lo vi pasear entre los convocados sobre un fino caballo ruano, del que alguien dijo que era un regalo del rey de Toledo, saludando a los nobles y dándoles ánimos ante lo que se avecinaba. Cuando se detuvo delante de nuestro grupo, descendió de un ágil salto y se abrazó a mi señor.

—Mi amado Rodrigo. ¡Qué alegría volver a verte aquí!

—Sabéis que no podía faltar a vuestra llamada —dijo el de Vivar.

—¡Zaragoza, Rodrigo, Zaragoza! Una de las mayores ciudades que los sarracenos poseen en estas tierras. Me ha dicho un embajador de mi padre que dentro de sus muros habitan más de veinte mil almas y que alberga palacios y tiendas sin cuento.

—En verdad que ha de ser una ciudad maravillosa.

—Lo es. Y tú y yo allí juntos, luchando por Castilla..., y regresando cargados de oro tras cobrar las deudas que su rey tiene contraídas con nosotros. Ya casi siento el aire en mi rostro cuando cabalgemos juntos al encuentro de ese tío mío, don Ramiro, el viejo rey de Aragón que sólo ansía ganar las tierras tributarias de mi padre. Pero se ha equivocado si creía que íbamos a quedarnos cruzados de brazos mientras él saqueaba

impune el territorio de nuestro aliado al-Muqtádir y se hacía con sus riquezas. Ya verás, Rodrigo, le haremos correr hacia sus montañas del norte como los galgos a las liebres.

—Será como decís, señor.

—Así será.

Don Sancho volvió a abrazar a Rodrigo, subió a lomos de su caballo y prosiguió con la inspección de las tropas. En la ribera del Arlanzón, a las puertas de Burgos, había trescientos caballeros, más de mil hombres contando a los peones, los escuderos y los criados.

Nos pusimos en marcha a la mañana siguiente, sin apenas tiempo para hacer otra cosa que adquirir algunas provisiones, repasar la lista de pertrechos, que yo había anotado cuidadosamente en una tira de pergamino, y comprobar que nuestras cabalgaduras se encontraban en buen estado. Dejamos Burgos en dirección este, hacia la salida del sol; avanzábamos deprisa por la senda de los peregrinos, aunque en dirección contraria a la que seguían los que caminaban hacia Compostela, hasta que a media jornada de marcha desde Burgos abandonamos el Camino para tomar dirección sureste, por el curso del Arlanzón. Pasamos la primera noche al pie de una sierra de tupida vegetación, cuyas cumbres y partes más elevadas de las laderas estaban todavía cuajadas de nieve. Hacía un frío espantoso que a duras penas logramos mitigar durmiendo entre los animales, cubiertos con todas las mantas y capotes que habíamos traído.

Uno de los caballeros de la mesnada de Rodrigo comentó durante la cena que hubiera sido más rápido seguir el Camino hasta Nájera, y desde allí, por el gran río Ebro, continuar hasta Zaragoza; pero avanzar por esa ruta hubiera supuesto atravesar tierras del rey de Pamplona, para lo que no teníamos autorización.

Durante los tres días siguientes, con los aullidos de los lobos resonando entre las montañas, superamos sierras, collados y páramos, avanzando entre la nieve y el hielo, por caminos pedregosos y desiertos, a la vera de los cuales, muy de cuando en cuando, se alzaba una pequeña torre y una solitaria aldea donde unas pocas decenas de campesinos vivían en paupérrimas cabañas de barro y paja. Sólo una de ellas, llamada Salas, me pareció relevante. Al final del tercer día acampamos en la ladera oriental de la sierra de Cabrejas; unos exploradores que había enviado por delante el príncipe don Sancho regresaron al atardecer para comunicar que en Soria, la primera de las villas de los sarracenos del reino de Zaragoza, esperaban nuestra llegada.

Al pie de aquellos ásperos montes acababan las tierras del rey de Castilla y comenzaban las de los moros. Entramos en Soria al atardecer. Es ésta una pequeña villa de un centenar y medio de casas, algo así como la mitad de Burgos, o poco menos; se alza sobre una colina bordeada por el río Duero y está protegida con murallas; en lo más alto, los moros han construido un castillo, que ellos denominan alcazaba, donde reside el gobernador nombrado por el rey de Zaragoza.

Aquella fue la primera vez que vi a los sarracenos, de los que tanto había oído hablar en mi aldea de Ubierna y luego en el monasterio de Cardeña, y sobre los que había leído algunas cosas terribles en las tres crónicas que teníamos en la biblioteca del cenobio. Pese a lo que había oído y meldado sobre ellos (en alguna crónica aparecían descritos como verdaderos demonios) no me parecieron distintos a nosotros. La mayoría hablaba una lengua similar a la que usamos en Castilla y era muy fácil entenderse con ellos; eran pocos los que sabían hablar con corrección el árabe, la lengua en la que se expresan los musulmanes cultos y en la que están escritos sus libros sagrados, sus crónicas, sus textos legales y sus más bellos poemas y canciones.

El gobernador de Soria agasajó con grandes honores a nuestro príncipe, en un banquete al que acudieron media docena de los más principales caballeros entre los que

se encontraba mi señor Rodrigo, quien me ordenó que le preparara la túnica de seda, que vestiría con motivo de la recepción. Fue un alivio poder despiojarse en los modestos baños de esa villa, que sólo unos pocos utilizamos. Es bien conocido que los musulmanes no tienen ninguna prevención hacia el baño, que usan con frecuencia; en cambio, algunos cristianos suponen que bañarse es algo muy perjudicial y que con el agua y los jabones se van la vida y el alma y se pierde vigor y salud. Pero esa creencia debe de ser una más de tantas supercherías como corren en estos tiempos, pues yo he visto a muchos musulmanes vigorosos y enérgicos que se bañan dos y hasta tres veces a la semana.

Desde Soria hasta Zaragoza hay cuatro largas jornadas de camino; durante las dos primeras se atraviesan unas tierras altas y áridas, barridas por un racheado viento helador durante el día y un frío intensísimo durante la noche, y las dos últimas discurren por el valle del río Ebro, el más caudaloso que he visto en toda mi vida, entre campos de trigo y ordio y huertas de frutales y hortalizas. A mitad de camino se alza una enorme montaña refugio de osos y lobos y cubierta de bosques, el monte Cayo, que en aquellos días estaba cuajado de nieve hasta el extremo de su falda; a sus pies parece como recostada la ciudad de Tarazona, donde el rey de Zaragoza mantiene destacado un nutrido batallón de su guardia.

Avistamos Zaragoza, que entonces creí sería, ésta sí, la mayor ciudad del mundo, cuando el invierno comenzaba a rendirse a la primavera y el espliego y el tomillo florecían en las laderas de las muelas. Esa ciudad es tan grande como diez veces Burgos y está rodeada de un doble cinturón de murallas: uno de ladrillo, adobe y tapial, el más largo, y otro interior de piedra, que dicen que levantaron los romanos. Allí abundan los mercados, rebosantes de todo tipo de mercancías, algunas de las cuales jamás había visto. A don Sancho lo recibió al-Muqtádir, el aguerrido rey de Zaragoza, en su palacio de la Zuda, a orillas del Ebro. En un encendido discurso en árabe, que uno de los traductores iba repitiendo en voz alta, habló del tirano Ramiro, el rey cristiano de Aragón, contra quien los castellanos íbamos a luchar junto con los musulmanes zaragozanos. En varios momentos de su discurso al-Muqtádir llamó «perro» a Ramiro, «hermano» a nuestro rey don Fernando e «hijo» al príncipe don Sancho. Yo no entendía nada, pues en realidad al-Muqtádir era un musulmán, un «perro» para los cristianos, los verdaderos hermanos eran Fernando y Ramiro, y don Sancho era por tanto el sobrino del rey de Aragón.

Se tardó una sola semana en organizar el contingente de tropas que habían reclutado los generales zaragozanos por todas las provincias de su reino para enfrentarse con garantías al rey Ramiro. Dos días antes de la partida hacia el norte, el ejército hizo una demostración de fuerza bajo los muros de un poderoso castillo cerca del río, en un llano entre trigales y alamedas que dicen de la Almozara. En una brillante parada militar desfilaron los orgullosos escuadrones de caballería del ejército de la taifa zaragozana, formados según su lugar de procedencia. El grupo de elite lo conformaba la guardia real: medio millar de jinetes vestidos con túnicas azules y amarillas y equipados con cotas de malla y cascos cónicos. Junto a ellos destacaba un batallón de enjutos bereberes, gentes aguerridas reclutadas en el norte de África, que montaban veloces dromedarios, un animal que yo nunca antes había visto y cuya alzada, largas patas y modo de trotar me sobresaltaron. Todos los batallones disponían de banderas, pendones y gallardetes de vivos colores, muchos de ellos con frases en árabe de su libro más sagrado, el Corán.

Salimos de Zaragoza por el gran puente que atraviesa el Ebro desde el centro del lado norte de la ciudad, que llaman medina, hasta el barrio del arrabal de Altabás, en la orilla izquierda, y tomamos un polvoriento camino siguiendo el curso de un río bastante

caudaloso que discurre por un valle de feraces huertos entre páramos casi desiertos, como una gran cinta verde serpenteando en un arenal, siempre hacia el norte hasta la ciudad de Huesca.

Huesca es más pequeña que Zaragoza, pero mayor que Burgos; está situada sobre una colina en un llano, al pie de una sierra, rodeada de una fortísima muralla de piedra, pues no en vano es la primera ciudad de los musulmanes en la frontera del norte. Nos instalamos en el barrio de los mozárabes, que son los cristianos que viven en territorio dominado por los musulmanes. Mi señor Rodrigo y yo nos hospedamos en la casa de un joven matrimonio: el esposo era el jefe de la comunidad de cristianos, una especie de obispo; la esposa, una muchacha de rasgos delicados aunque ademanes un tanto toscos, no dejó ni un instante de observar cada uno de los movimientos de Rodrigo, quien pese a su juventud, ya era un hombre apuesto y altanero, muy atractivo para las mujeres de toda condición. Creo que el dueño de la casa se dio cuenta de la especial atención que su esposa dedicaba a Rodrigo, pero el poco tiempo que estuvimos allí y la prudencia de mi señor bastaron para que no ocurriera nada que pudiera perturbar la armonía de los jóvenes esposos.

En Huesca nos informaron de que el ejército aragonés estaba acampado cerca de una villa llamada Graus, a unas dos jornadas y media hacia el este. Sin dilación, el ejército de la taifa zaragozana y los refuerzos de Castilla nos pusimos en marcha hacia ese lugar. Antes de llegar a Graus atravesamos Barbastro, una enriscada fortaleza a cuyo pie, cerca del río, había crecido un arrabal muy populoso; desde Barbastro, avanzamos en dirección norte hacia Graus.

Por fin, a principios de marzo, nos encontramos frente a frente con los aragoneses. Ellos ocupaban una ventajosa posición, en la confluencia de dos ríos, con sus espaldas a resguardo por un amplio llano en el que su caballería podía maniobrar con ventaja. Nuestro ejército estaba situado al sur, cerca de un desfiladero junto al que podían cercarnos sin posibilidad de huida. Al amanecer, los aragoneses se desplegaron en un amplio frente; no parecían muchos, tal vez ni siquiera la mitad que nosotros, pero, al menos por la rapidez de sus movimientos y por su decisión, se mostraban mucho más predispuestos a la batalla.

Al-Muqtádir dispuso que la caballería pesada castellana se colocara en primera línea y tras ella la zaragozana, y un poco más atrás la caballería ligera musulmana, con algunos refuerzos llegados desde Sevilla, y los bereberes con sus dromedarios.

Entre otro criado y yo mismo habíamos preparado el equipo de combate de Rodrigo poco antes de amanecer. Sobre una gruesa camisa de lino le habíamos colocado un jubón acolchado y encima la cota de malla, un peto de cuero y una sobreveste roja y blanca, y en la cabeza el casco cónico. Se protegía las manos con unos guantes de cuero, rígidos y duros, pero capaces de resistir una estocada no muy certera o el roce del filo de una espada.

Mi señor salió de la tienda con paso firme y decidido, aunque era la primera vez que iba a entrar en combate. Sólo su porte y su arrojo ocultaban su extrema juventud. Era hora de poner en práctica cuantas enseñanzas recibiera de su padre y de los instructores militares de la corte del rey Fernando, pero en esta ocasión las espadas eran de acero y las puntas de las lanzas no estaban protegidas con paños y borra.

Después de rezar una breve oración rodilla en tierra, tomó su escudo, ciñó la espada al cinto, calzó las espuelas y se persignó. Ya sobre el caballo de combate le ajusté las cinchas y las espuelas, aseguré las hebillas, le alcancé la lanza y lo vi partir con el resto de la caballería al encuentro con los aragoneses. Rodrigo era sin duda el más joven de cuantos se aprestaban para luchar en aquella batalla.

Desde la retaguardia, los que no participábamos directamente en el combate veíamos maniobrar a ambos ejércitos, y a los caballeros que realizaban demostraciones de destreza con la lanza y la espada, sin duda para intentar amedrentar al contrario antes de la refriega.

Los aragoneses atacaron primero. Su caballería pesada, integrada por los caballeros del rey Ramiro y sus aliados francos, realizó una rápida carga sobre el frente formado por los castellanos del príncipe Sancho, entre los cuales formaba Rodrigo. El choque fue terrible; no menos de veinte caballeros de ambos lados cayeron al suelo ante el ímpetu de la embestida. Entre el fragor de la lucha y el polvo que levantaban los cascos de los caballos pude ver a mi señor, la lanza en ristre, sujeta con fuerza debajo de la axila, sostenida con firmeza por su mano derecha enguantada, en tanto con la izquierda mantenía las riendas a la vez que se protegía el flanco con el escudo. El caballero aragonés que chocó contra Rodrigo salió despedido hacia su izquierda y rodó por el suelo hasta quedar inerte a los pies de los caballos del frente castellano. De inmediato, los aragoneses se reagruparon para realizar una segunda carga, pero ahora los castellanos estaban reforzados por dos escuadrones de la caballería pesada de al-Muqtádir, armados con escudos, lanzas y mazas.

La segunda carga de la caballería aragonesa volvió a ser aguantada en firme por los castellanos; entonces, los hábiles jinetes musulmanes de la caballería ligera y los bereberes con sus dromedarios, armados con espadas curvas extraordinariamente afiladas, muy útiles para el combate cuerpo a cuerpo, iniciaron una maniobra envolvente por los flancos.

La pelea cuerpo a cuerpo fue frenética, pero la posición de los aragoneses, algo más ventajosa, fue inclinando la lucha de su lado. Ordenadamente, castellanos y zaragozanos se retiraron hacia una posición más segura, al lado del río donde estaba el campamento de al-Muqtádir. Los aragoneses, aunque habían triunfado en su carga, no hicieron siquiera mención de perseguirlos, pues sus bajas también eran muy considerables y contaban con menos efectivos.

Ambos bandos quedaron frente a frente, de nuevo con el río de por medio. Los aragoneses parecían aguardar a que nos retiráramos camino de Barbastro, reconociendo así su victoria, lo que les permitiría ocupar la villa de Graus, pero ni al-Muqtádir ni el príncipe Sancho estaban dispuestos a asumir la derrota. Reunidos en consejo y aprovechando que la batalla se había detenido, debatían mediante un intérprete cómo resolver aquella enojosa situación.

—Pese a que son menos, nos han empujado a este lado del río gracias a su aventajada posición —se justificó don Sancho—, pero no nos han vencido. Han sufrido un buen número de bajas, y si reagrupamos fuerzas y lanzamos un ataque contundente, la victoria será nuestra; les superamos en número y hemos aguantado sus primeros envites con una firmeza que no esperaban.

—No confiéis demasiado en ello —replicó al-Muqtádir—, vuestro tío el rey Ramiro ha desplegado aquí todas sus fuerzas disponibles. Luchará hasta la extenuación, pues sabe que si pierde esta batalla, puede perder todo su reino.

—En ese caso, ¿qué pensáis hacer? —preguntó don Sancho.

—Su posición sigue siendo ventajosa sobre la nuestra. Antes de atacarlos, es preciso acabar con Ramiro; si muere su rey, los aragoneses se disolverán como el polvo en la tormenta. Su heredero, el infante don Sancho, vuestro homónimo primo, es demasiado joven e inexperto; gozaremos de varios años de paz.

—¿Y cómo vais a conseguir acabar con Ramiro sin luchar?

—Enviaré a mi mejor guerrero. Se llama Sadada; es infalible con la espada, maneja la daga como nadie y habla perfectamente la lengua de los aragoneses. Se infiltrará disfrazado en su campamento y acabará con Ramiro —dijo al-Muqtádir.

Don Sancho se retiró a un lado y convocó a sus caballeros.

—Al-Muqtádir quiere liquidar a don Ramiro mediante una celada. Asegura que uno de sus hombres puede llegar hasta mi tío, el rey de Aragón, y apuñalarlo. ¿Qué opináis de ello, caballeros?

Guardaron silencio. Estoy seguro de que todos aprobaban el plan del rey de Zaragoza, pero nadie se atrevía a reconocerlo por no parecer un cobarde. Entonces habló Rodrigo:

—Esos aragoneses pelean como demonios. Son menos que nosotros y nos han hecho retroceder a esta orilla con tan sólo dos cargas de su caballería. Nuestros aliados luchan sin ánimo, sus generales tienen miedo de caer muertos en la batalla, y no me extraña, en su ciudad tienen cuantos placeres pueden anhelar. A quien le espera algo así, lo último que desea es morir ensartado en una lanza entre estos ásperos valles. Creo que nuestros aliados no dudarían en salir corriendo si las cosas se pusieran muy mal para nosotros. Además, los aragoneses siguen disponiendo de una notable ventaja estratégica: su posición es elevada con respecto a la nuestra y tienen su espalda cubierta para escapar. Nosotros estamos situados entre ellos y las rocas del desfiladero, si nos derrotan y nos obligan a retirarnos cerrándonos el paso, pueden causarnos una verdadera masacre. Creo que en la guerra hay que usar todas las armas disponibles, y si ese guerrero musulmán es un arma eficaz, no veo la razón para no utilizarlo como tal.

Los nobles castellanos respiraron aliviados tras las palabras de Rodrigo, que siendo el más joven se mostraba el más sereno. Sin duda, ellos también tenían miedo al dolor y a la muerte. Tal vez no les esperara una vida tan regalada como la de los generales musulmanes, pero todos ellos eran dueños de tierras y haciendas y ninguno hacía ascos a una victoria fuera cual fuera el camino emprendido para lograrla.

Todos de acuerdo, don Sancho transmitió a al-Muqtádir que su plan era aceptado y Sadada, vestido como un aragonés, se deslizó sigilosamente hasta el campamento del rey Ramiro.

La espera fue tensa, pero en cuanto atisbamos a lo lejos el revuelo que se había formado en torno a la tienda del rey de Aragón, comprendimos que Sadada había tenido éxito. Sin su rey, los aragoneses parecían confundidos y ofuscados. Fue el momento que aprovechó nuestra caballería para lanzarse a la carga. La victoria fue fácil: los aragoneses se limitaron a retirarse hacia el norte llevándose con ellos el cadáver de su soberano; Sadada le había ensartado la lanza en los ojos, la única parte del cuerpo que el rey de Aragón tenía desprotegida. Los nuestros los persiguieron durante un trecho, hasta un angosto paso entre dos cerros que guardaban fieros montañeses y ante el cual al-Muqtádir ordenó detenerse.

Encontraron el cadáver de Sadada con el cuello rebanado, tirado sobre un denso y viscoso charco de sangre. Tenía un aspecto blanquecino, como si antes de morir se hubiera desangrado lentamente, y le habían arrancado los ojos pero sus labios, pese al tormento sufrido, estaban perfilados con una enigmática sonrisa. Más tarde, cuando regresamos a Zaragoza, supe por boca de algunos musulmanes que esa sonrisa se debía a que Sadada había afrontado la muerte convencido de que ese mismo día alcanzaría el paraíso.

Capítulo III

Descansamos unos días en Zaragoza, disfrutando de la gustosa comida y de los perfumados jardines de esa gran ciudad en espera de recuperar fuerzas y de que los caballeros y peones heridos en la batalla curaran sus heridas para regresar al cerco de Coimbra. Mientras mi señor Rodrigo pasaba largas horas charlando y comiendo en compañía del príncipe don Sancho y de otros caballeros en uno de los palacios donde el rey los había instalado, yo recorría las calles y los zocos, interesándome por la enorme cantidad de tiendas de productos de todo tipo que en ellos se vendían. La mayoría de los zaragozanos hablaba árabe, una lengua que entonces yo todavía no comprendía, pero casi todos, los comerciantes especialmente, sabían expresarse bastante bien en una jerga similar a la lengua que hablamos en Castilla, y no era difícil sostener una conversación con ellos.

Una mañana, el rey invitó a don Sancho, a mi señor Rodrigo y a otros nobles castellanos a una partida de caza con halcones. El monarca zaragozano era un verdadero apasionado de la cetrería, entre otras muchas aficiones. Salimos de la ciudad y nos dirigimos montados cada uno en nuestra cabalgadura, yo lo hice a lomos de la mula castaña que me había entregado mi señor en Vivar, hacia un soto a orillas del río Ebro. El suelo estaba cubierto de una abundante seroja de hojas secas de sauces y chopos que crujía al ser pisada por los cascos de nuestras monturas.

Sobre una alcándara dorada, dos porteadores sostenían una docena de halcones con sus cabezas cubiertas con sendos capirotos de cuero carmesí. El maestro cetrero hizo una observación al rey, creo que le dijo que aquel lugar donde nos encontrábamos, un extenso claro en medio del bosquecillo de ribera, era el sitio más apropiado. Al-Muqtádir observó detenidamente, miró hacia lo alto y asintió con la cabeza; fue entonces cuando se dirigió a don Sancho por primera vez en nuestra lengua para decirle que aquél era un buen sitio para iniciar la jornada de caza.

—Aprendí vuestro idioma cuando era un niño; en el harén de mi padre había mujeres cristianas procedentes de las tierras del norte: navarras, francesas, aragonesas e incluso alguna castellana —aclaró al-Muqtádir al advertir la sorpresa de don Sancho.

—En ese caso, ¿por qué me habéis estado hablando todo este tiempo a través de un intérprete? —preguntó don Sancho.

—Como rey de Zaragoza, tengo que expresarme en la sagrada lengua del Corán, pero ahora, amigo mío, sólo somos dos compañeros de armas que han salido juntos a cazar.

A mí me extrañó aquella actitud de al-Muqtádir, mas con el tiempo he ido comprendiendo ciertas sutilezas de la política, en la que las formas y los modos de expresarse tienen una gran importancia.

Los halcones no dejaron de volar sobre nuestras cabezas en toda la mañana tras las palomas torcaces que unos vareadores provistos de largas y flexibles pértigas espantaban de las ramas donde se refugiaban. Provistos de gruesos guantes de cuero para soportar las garras de los halcones, los nobles los lanzaban hacia las palomas que cruzaban el cielo sobre el amplio claro desde el cual abatían una tras otra a las piezas que por allí se aventuraban.

Durante mi infancia en Ubierna y en Cardeña había visto a halcones, gavilanes, azores y otras rapaces, incluso a grandes águilas, realizar vuelos en picado intentando cazar palomas, conejos, ratones o cualquier otra presa. En su estado natural, sólo uno de

cada cinco o seis intentos resulta fructífero y en la mayoría de las ocasiones la rapaz no acierta a capturar a su presa, pero aquellos halcones de al-Muqtádir estaban entrenados para ser infalibles. En cuanto atisbaban a la paloma y su portador los lanzaba al aire, volaban hacia lo alto batiendo sus poderosas alas hasta alcanzar la posición idónea, para desde allí caer sobre la presa con una rapidez endiablada, golpeándola violentamente y sujetándola con sus aceradas garras.

Los halcones estuvieron volando y cazando durante toda la mañana; los halconeros los turnaron hasta que empezaron a dar muestras de fatiga. Tras quince o veinte batidas de cada uno, casi todos con la pieza cobrada, comenzaron a fallar. El maestro cetrero indicó a al-Muqtádir que los halcones mostraban debilidad en el vuelo debido al cansancio acumulado, y que ya no alcanzaban la altura propicia para lanzarse en picado con la velocidad necesaria como para atrapar a las piezas.

—Caballeros —dijo al-Muqtádir—, los halcones están agotados, se han ganado un buen descanso; y nosotros también. En la orilla del río nos espera una barca con un refrigerio. Vayamos en tanto nos preparan la comida.

Sobre un lecho de juncos que unos criados habían extendido bajo unos árboles, se alineaban más de un centenar de aves, sobre todo palomas torcaces, pero también algunas tórtolas, faisanes y perdices.

En una playa de gujarros habían varado una barca provista de dos filas de diez remos y una amplia vela triangular en la que estaba dibujado un león rampante. A primera vista me pareció el emblema del reino de León, el que el rey don Fernando consiguiera sumar al de Castilla, pero se trataba de uno de los motivos heráldicos de los Banu Hud, el linaje árabe que gobernaba el reino de Zaragoza.

Mi señor Rodrigo y el resto de los nobles subieron a bordo de la barca, en cuya popa había un castillo sobre el que un coro de cantantes acompañados de laúdes, rabeles, chirimías y tambores recitaba casidas y canciones en cuyas estrofas se mezclaban el árabe y el idioma romance. Les sirvieron zumos de frutas y vino con miel y canela, a los que los musulmanes de al-Andalus son muy aficionados pese a la prohibición expresa contenida en su libro sagrado, y unos dulces de miel, pasas y almendras.

Los escuderos y demás criados nos quedamos en la orilla, sobre la playa de gujarros, junto a la sombra de los árboles de la ribera, degustando jarabes de frutas y comiendo almendras y avellanas con miel y una gustosa semilla llamada pistacho que los árabes consumen con deleite y que importan de Oriente. Entre tanto, los cocineros preparaban unos grandes espetones donde pronto se tostarían sobre las brasas las aves que los halcones habían atrapado por la mañana. En varias cazuelas, el cocinero encargado de las salsas mezclaba especias y verduras con jugos de ave, huevos y leche para aderezar la carne de palomas y faisanes.

Mi señor Rodrigo parecía disfrutar con aquella fiesta. De vez en cuando yo me acercaba hasta la borda de la barca real por ver si necesitaba alguna cosa, pero aunque su rostro denotaba alegría y satisfacción, no en vano era el invitado de un rey, en el fondo de su mirada todavía parecían estar vivas las escenas de combate vividas en la batalla de Graus.

Regresamos a Castilla iniciada la primavera, por la misma ruta que habíamos seguido dos meses antes, pero ahora con dos docenas de corceles de la mejor raza árabe y varios cofres cargados de regalos del rey de Zaragoza para nuestro señor el rey Fernando. En Soria nos desviamos hacia el este, siguiendo el curso del Duero, que nos llevaría por el Mondego hasta Coimbra, por un paisaje de trigales rodeados de parameras con las cimas

verdeantes por las primeras lluvias de primavera y de las laderas blanquecinas por la tierra estéril de los carcazones.

Cuando llegamos a Coimbra, el cerco continuaba como el primer día. Las jornadas fueron pasando y Rodrigo, que echaba de menos la batalla tras su primera lid en Graus, estaba cada vez más aburrido. Aunque se tomaba sus turnos de guardia con gran atención (don Sancho le había encomendado la jefatura de un escuadrón de treinta guerreros y la vigilancia de una de las dos puertas más próximas al cauce del río), cuando regresaba a su tienda, acabado su turno, se tumbaba en el catre y leía algún capítulo de una vieja crónica sobre los jueces de Castilla, uno de los cinco libros que tenía en su casa de Vivar y que casi sabía de memoria. Otras veces, cuando su fogosa naturaleza le obligaba a ello, montaba en su corcel de combate y, para que éste no perdiera su forma, cabalgaba hacia el sur, como queriendo penetrar más y más en territorio musulmán atendiendo a una irrefrenable llamada interior que lo empujara al corazón de las tierras de al-Andalus.

Un día regresó cuando ya había anochecido, con el cuerpo empapado en sudor y cubierto por el polvo amarillento de los caminos.

—No deberíais alejaros tanto del campamento sin protección; podría sorprenderos alguna partida de sarracenos y daros muerte. Es muy peligroso —le dije.

—Hoy he recorrido varias millas hacia el sur, hasta una ciudad en ruinas entre las que todavía están en pie parte de sus murallas y varias columnas. Allí, sentado sobre un pedestal de mármol, me ha estremecido la futilidad de esta vida a la vista de templos un día soberbios y hoy arrumbados, de murallas descarnadas otrora orgullosas pero ya desprovistas de sus sillares, de grandes mansiones en otro tiempo ricas y lujosas, cubiertas de maleza, y de las antaño grandes avenidas empedradas que no son ahora sino sendas cubiertas de zarzas y tomillos. Una vida no es nada, Diego, no es nada.

—Salvo que sea la propia —le dije.

Rodrigo me miró con sus ojos profundos y serenos, alargó su mano y tocó mi cabeza sutilmente.

—Eres un buen muchacho. Creo que es hora de cenar, tengo mucho apetito.

Ordené a uno de los criados que le sirviera la cena a Rodrigo en el interior de la tienda y a otro que desensillara al caballo y le diera una buena ración de alfalfa fresca. Yo recogí su equipo de montar y sus armas y los coloqué sobre una banqueta al lado del catre en el que dormía. Esperé a que terminara de cenar y lo vi recostarse mientras bisbisaba quedamente algunas palabras que no acerté a entender. Instantes después me acerqué y lo arrojé con su manto de lana; Rodrigo ya dormía, y su respiración acompasada y profunda denotaba su ánimo sereno y su espíritu en calma.

Los días transcurrían iguales unos a los otros. Al final del invierno templado y húmedo de Coimbra, tan distinto al frío acerado de mi tierra burgalesa, le sucedió una primavera suave y lluviosa. A mediados de mayo nuestras provisiones comenzaron a escasear y el rey envió un batallón de caballería para recoger un convoy de alimentos de la fortaleza de Zamora, donde se había establecido la primera base de la retaguardia.

El asedio se extendía ya por tiempo de cuatro meses, de los que nosotros habíamos faltado los dos que estuvimos en la campaña de Graus, y nada hacía presagiar que los de Coimbra estuvieran dispuestos a rendirse. Alguien hizo correr el rumor de que un ejército musulmán se acercaba desde Badajoz para ayudar a los sitiados y para obligar a don Fernando a levantar el asedio. Nuestro rey estaba convencido de que el reyzeulo de Badajoz ni tenía arrestos para reclutar un ejército que pudiera oponerse al nuestro con ciertas posibilidades de victoria ni que fuera siquiera capaz de atreverse a

ello, pero, a pesar de todo, envió a Rodrigo al frente de un escuadrón de caballería hacia el sureste para comprobar el rumor.

Rodrigo me pidió que lo acompañara en esa expedición, me proporcionó un caballo y me dijo:

—Tu mula es una buena montura para viajar, pero en una misión como ésta necesitas un caballo.

Y en verdad que sentí dejar a mi mula, porque habituado a su paso firme y seguro, cabalgar sobre un caballo de combate me parece uno de los peores suplicios a los que se puede someter a un hombre, tanto que nunca he llegado a acostumbrarme del todo, y a pesar de que en muchas ocasiones he tenido que hacerlo, siempre que he podido he optado por montar sobre una mula, menos noble y postinera quizá pero mucho más comfortable que la incómoda elegancia del caballo.

Durante tres días cabalgamos hacia el sureste guiados por unos mozárabes que vivían en un arrabal de Coimbra y que se habían unido al ejército cristiano en cuanto nos presentamos ante las murallas de su ciudad. Pese a que en muchas facetas su modo de vida era más próximo al de los musulmanes que al de los cristianos, seguían profesando la religión de Cristo y nos ayudaron cuanto pudieron.

El jefe de su comunidad, un mercader que ejercía como obispo, nos condujo por un camino que serpenteaba entre valles y colinas cubiertas de bosques, a través de la región al sureste de Coimbra, hasta que llegamos al curso del río Tajo. Cuando nos dijeron que era el río que bañaba muchas millas aguas arriba la ciudad de Toledo, todos sentimos una profunda sensación. Y no faltaron quienes medio en broma medio en serio, propusieron a Rodrigo seguir su cauce hasta avistar Toledo, conquistarla y entregarla a don Fernando antes de que éste hubiera podido ocupar Coimbra.

—Si ese ejército viene desde Badajoz, creo que seguirá este camino. Aquí está el vado más seguro de todo el río. Sólo existe un lugar mejor para cruzarlo: el puente de Alcántara —dijo nuestro guía.

—¿Dónde queda Alcántara? —preguntó Rodrigo.

—Unas cien millas aguas arriba.

—¡Cien millas!; eso nos llevaría al menos cinco días de marcha.

—¡No estaréis pensando en ir hasta Alcántara! —se sorprendió el obispo mozárabe, que sin duda recelaba de Rodrigo, a quien veía demasiado joven como para encabezar una patrulla.

—Por supuesto que sí, y lo haremos en tres jornadas —sentenció Rodrigo.

De inmediato, ordenó a su segundo que se quedara seis días vigilando el vado en aquel lugar y que si al cabo de ese tiempo no tenía noticias tuyas ni antes había visto a ningún ejército avanzar hacia Coimbra, regresara al campamento del rey don Fernando y le diera cuenta de la situación. Lo dejó al mando de la mitad del escuadrón y la otra mitad partimos al galope hacia Alcántara.

Recorrimos las cien millas en poco más de dos días y medio, sin detenernos para otra cosa que comer, dormir y aguardar a que nuestros caballos tomaran algún respiro. Siguiendo el curso del Tajo por su orilla izquierda, vadeamos varios ríos, algunos muy caudalosos en aquellos días de primavera, y alcanzamos Alcántara a mediodía. Es una ciudad pequeña pero bien pertrechada y debe su nombre al puente romano que alza sus piedras majestuosas sobre las aguas del Tajo. Alguien debió de advertir a los de Alcántara de nuestra presencia, porque salió a nuestro encuentro un grupo de unos treinta jinetes dispuestos a presentarnos batalla. Nosotros sólo éramos quince, pero cuando los caballeros se aprestaban a la lucha, Rodrigo les ordenó que se detuvieran. Estábamos en el borde de un amplio llano con las espaldas protegidas por un

bosquecillo de alcornoques y frente a nosotros, a unos quinientos pasos, el grupo de jinetes musulmanes. Rodrigo se adelantó sobre el resto de nosotros como desafiándonos, y de entre las filas de los de Alcántara avanzó uno de sus soldados, quien mostró su lanza a Rodrigo. Mi señor se ajustó los guantes y el yelmo, enristró la lanza y cargó contra el que había respondido a su reto.

Pude oír cómo uno de los caballeros decía a otro que Rodrigo estaba demostrando mucho valor, pero que con su montura tan cansada tras los dos días y medio de rápido viaje no tenía ninguna posibilidad de victoria.

Se equivocó. El de Vivar desvió la lanza del paladín musulmán con su escudo y tuvo tiempo para clavar la suya en el cuello de su adversario. Dos jinetes más cayeron, uno tras otro, alanceados por Rodrigo antes de que abandonaran el campo tras recoger sus cadáveres.

—Magnífica victoria, Rodrigo —le gritó uno de nuestros caballeros.

—No ha sido demasiado complicada; esos hombres apenas sabían luchar. Dudo siquiera que fueran verdaderos soldados. Si lo hubieran sido, nos habrían presentado batalla, y aun doblándonos en número no lo han hecho.

—Con todo, vuestra victoria ha sido magnífica —insistió el caballero, un joven leonés hijo de uno de los principales magnates de la corte de don Fernando.

Los de Alcántara debieron de creer que éramos la avanzadilla de un ejército, pues se refugiaron tras sus murallas, cerraron las puertas y apostaron centinelas en lo alto de las torres.

Durante tres días vigilamos la ciudad, dejándonos ver en grupos de siete u ocho, agitando grandes banderas que habíamos fabricado con las mantas de viaje, hasta que comprobamos que no había ningún ejército musulmán presto a cruzar por el puente hacia Coimbra. Regresamos a nuestro punto de partida, siempre en dirección oeste, siguiendo la línea del sol hacia poniente, y vislumbramos los muros de Coimbra al atardecer de la cuarta jornada de camino.

Esa misma mañana había llegado la otra mitad del escuadrón, la que se había quedado en el vado del Tajo. Rodrigo informó al rey de lo que había observado y de que no había a la vista ni noticia ni rastro alguno de un ejército musulmán de socorro.

—En ese caso, Coimbra será pronto nuestra —se limitó a decir don Fernando.

Y así fue. Acabada la primavera, los de Coimbra solicitaron la paz y pidieron un plazo de quince días antes de rendirse, lo que harían si nadie acudía en su ayuda para entonces. Prometieron por su dios que entregarían la ciudad sin luchar y a cambio sólo reclamaron algunas provisiones.

Don Fernando accedió y les entregó una carreta con sacas de harina, cántaras de aceite y talegas de habas y arvejas. La ayuda que esperaban los de Coimbra no llegó, pero cumplido el plazo, animados por las provisiones recibidas, tampoco se rindieron.

Ante el engaño, el rey Fernando estalló en cólera. Su rostro, rojo como las cerezas, parecía el de un dios tronante dispuesto a engullir el mundo. Ordenó que todos los soldados se vistieran con el equipo de combate para lanzarse al asalto de la ciudad. El príncipe Sancho se alegró por la decisión de su padre; un carácter tan vital como el suyo comenzaba a sentir hastío de tantos meses inactivo, y aunque algunos magnates comentaron que sería más prudente esperar a la rendición de la ciudad, las tropas leonesas y castellanicas iniciaron el asalto el día 9 de julio.

En aquellos años, las máquinas de asedio a las fortalezas no eran tan eficaces como las que existen desde que los ingenieros franceses fabricaron las que sirvieron para conquistar Jerusalén, y ganar una ciudad al asalto, si estaba bien amurallada, era hartamente difícil; pero nuestro ejército era muy numeroso y bien pertrechado y los de Coimbra habían perdido toda esperanza de victoria. Decenas de escalas se apoyaron

simultáneamente sobre los merlones y por ellas fueron ascendiendo centenares de soldados. Cogidos por sorpresa, pues los defensores de la ciudad no esperaban un ataque de semejante magnitud en un viernes, el día sagrado de los musulmanes, la guarnición de la muralla fue desbordada tras varios intentos de asalto. Rodrigo Díaz fue uno de los primeros en escalar hasta las almenas. Ocupadas las murallas, la ciudad estaba perdida y el gobernador musulmán no tardó en rendir la plaza.

El rey don Fernando esperó dos días, hasta el domingo, nuestro día sagrado, para tomar posesión triunfante de la ciudad. A la vez que el monarca castellano entraba en Coimbra vestido con un manto de seda rojo con castillos y leones bordados en oro, vi salir hacia el sur a los musulmanes derrotados, caminando desconsolados con los ojos enrojecidos por el llanto.

En la mezquita mayor de la ciudad se había almacenado el botín amontonado en decenas de arcones repletos de telas de seda, lino y terciopelo, bandejas de plata y bronce repujadas, magníficas arquetas de marfil y maderas, preciosas jarras de latón y de cristal, gabanes de fino cuero, alfombras de lana y sacas llenas de monedas que se repartieron siguiendo el porcentaje legal entre todos los combatientes.

Unas cuantas semanas más tarde, ya de regreso en Castilla, nos enteramos de que una confederación de caudillos cristianos había tomado, apenas un mes más tarde de lo de Coimbra, la ciudad de Barbastro, una de las más importantes fortalezas de la frontera norte del reino zaragozano de los Banu Hud. Todos los que lo habíamos conocido durante la campaña de Graus estábamos convencidos de que al-Muqtádir no tardaría mucho tiempo en intentar recuperar esa ciudad.

El regreso a Castilla fue triunfal. En todas las aldeas, villas y ciudades por las que pasamos se nos requirió para que contáramos lo que había sido la campaña de Coimbra, la primera gran ciudad de al-Andalus que los cristianos habíamos sometido. Claro que unos pocos años antes los navarros habían ocupado Calahorra, pero esa vieja ciudad romana era un campo de ruinas y lo que el rey de Pamplona presentó entonces como una gran conquista no fue sino la mera ocupación de unos solares vacíos. Pero Coimbra, una de las mayores ciudades de al-Andalus, era ya cristiana y su mezquita había sido consagrada como catedral; por aquella victoria, nuestro rey don Fernando comenzó a ser llamado el Grande.

Las hazañas de Rodrigo corrieron de boca en boca por toda la corte. El rey y su hijo don Sancho las tomaron muy en cuenta pero no quisieron significar a Rodrigo sobre los demás caballeros, pues la alta nobleza seguía considerándose muy por encima de los infanzones, desconfiaba de cualquiera de ellos que destacara y seguía teniendo un enorme poder.

—Le he pedido a mi padre que te permita asistir a futuras reuniones de la curia, como ya hiciste en León. Es un alto honor para un infanzón, pero creo que lo mereces por tus servicios a la corona. No obstante, me ha dicho que todavía es pronto; recela de la nobleza del reino, sobre todo de los magnates leoneses y gallegos, que siguen sin digerir que sea un castellano quien reine sobre ellos. Creo que echan de menos aquella época en que León era un reino y Castilla un simple condado sometido a su rey, aquellos tiempos en los que aspiraban a ser un imperio y a ver convertido a su monarca en emperador de todos los reinos cristianos de España —oí que le decía don Sancho a Rodrigo en una visita que realizamos a Burgos varias semanas después de la campaña de Coimbra.

—No quiero que os enemistéis con nadie por mí, y menos con vuestro padre —le dijo Rodrigo.

—Eres mi amigo, y además lo mereces por tu valor y por tu lealtad. Si queremos que Castilla sea grande y siga creciendo, necesitamos jóvenes como tú, capaces de luchar por la Corona, y no a esos magnates petulantes que no hacen otra cosa que cacarear la nobleza de su estirpe y reclamar los privilegios de su condición.

Capítulo IV

Pasamos el invierno en Vivar, recuperándonos de la dura campaña de Coimbra. Mediada la primavera de 1065 y con la llegada del buen tiempo, el rey don Fernando pareció adquirir nuevos bríos. En Burgos, sobre un gran mapa de toda la Península, planeaba su siguiente conquista.

—En el extremo opuesto a Coimbra, a orillas del mar Mediterráneo, hay una gran ciudad, Valencia; éste es nuestro próximo objetivo —dijo el rey señalando la posición de esa ciudad en el mapa.

Y así aconteció. De nuevo fue convocada una curia, ahora en Burgos. Corrían los primeros días del mes de agosto de 1065 y en los campos de Vivar se segaba la cosecha de cereales.

Poco antes de partir, don Fernando consiguió recuperar dos pequeños castillos que habían caído en manos del rey navarro, los de Luna y Cillorigo, que, aunque tenían muy poco valor, entregó en feudo a Rodrigo.

Salimos hacia Valencia a mediados de octubre, justo cuando acababa la vendimia. Casi todos los caballeros que habían comprometido su asistencia a la hueste hicieron testamento; muchos de ellos dejaban sus bienes, en caso de que la muerte los alcanzara en la campaña, a los principales monasterios del reino, como Arlanza y Cardeña, que gracias a estas dádivas estaban atesorando riquezas extraordinarias. Mi señor Rodrigo, pese a su juventud, fue uno de los testigos más requeridos para confirmar algunos de esos testamentos.

Hasta llegar a Valencia recorrimos unos caminos que volveríamos a trazar tiempo después y aunque en ese momento ni siquiera lo pudiéramos imaginar, aquel primer viaje nos sirvió para conocer esas tierras del este, lo que mucho nos valió años más tarde.

No fue difícil llegar a Valencia. Atravesamos las tierras de nuestro aliado el rey al-Muqtádir, que acababa de recobrar Barbastro, y nos apostamos ante los muros de Valencia. Allí fue donde mi señor Rodrigo se enteró, por boca de don Sancho, de que el rey de Toledo, el hábil al-Mamún, le había ofrecido repartirse el reino de Valencia. Nada extraño hasta aquí, pues los reyezuelos musulmanes no cesaban de atacarse unos a otros, y así se debilitaban y permitían que los cristianos fuéramos cada vez más fuertes; lo raro de toda aquella situación es que, poco antes de enviar una embajada a don Fernando para atacar Valencia, el rey de Toledo había entregado a una de sus hijas como esposa a su joven rey.

—No lo entiendo —oí decir a Rodrigo.

—Yo tampoco, mi buen amigo, pero la política es así. A veces es mejor no entender nada y ocuparse tan sólo del interés del reino.

Don Sancho y Rodrigo conversaban en la tienda del príncipe de Castilla, sentados en sillas de tijera y con sendas copas de vino en sus manos.

—Creo que para eso se esfuerza vuestro padre el rey y por eso estamos aquí ante los muros de Valencia —dijo Rodrigo.

—Mi padre siempre ha tenido presente el interés del reino, pero... —don Sancho dudó un instante—, no debería haberlo dividido entre sus hijos.

—Vos habéis estudiado leyes, como también lo hice yo en la escuela palatina que vuestro padre fundó en Burgos, y sabéis que tiene derecho a ello.

—Sí, sí, tiene derecho, pero eso no quiere decir que esa decisión sea la mejor para León y Castilla, para la cristiandad hispana. La división no acarrea sino debilidad, y en estos momentos necesitamos ser fuertes. Fíjate, Rodrigo, en los sarracenos: hace cincuenta o sesenta años eran los más poderosos, dueños y señores de casi toda esta tierra, sus ejércitos la recorrían impunes y ninguno de los monarcas cristianos osaba oponérseles. Tú mismo has leído en nuestras crónicas cómo fueron capaces de saquear el santuario del apóstol Santiago, en Compostela, y de destruirlo; sus campanas todavía siguen en Córdoba iluminando como lámparas su gran mezquita. Y ahora, ¿qué son ahora? Están divididos en pequeñas taifas, enfrentados unos contra otros, maquinando de qué manera destruir al contrario aunque sea a costa del reino propio.

—Todavía siguen siendo poderosos. Vos mismo, Sancho, habéis podido ver al ejército de al-Muqtádir pelear en Graus, y este mismo verano ha derrotado a los cristianos venidos de Francia en Barbastro. Siguen siendo un enemigo temible.

—No, Rodrigo, lo es tan sólo al-Muqtádir, y lo es porque piensa como yo. A él le ocurrió lo mismo que me sucederá a mí a la muerte de mi padre, recibió una parte del reino, que su padre repartió entre sus hijos, y ha tenido que luchar, y lo sigue haciendo, para restituirlo en su integridad. Por eso es fuerte, porque lucha para reunir lo que otros dividieron.

—Creo que la decisión de su majestad don Fernando es irrevocable.

—En verdad que lo es —replicó con seguridad—. Mi padre no rectifica nunca en asuntos tan importantes como éste, pero...

En ese momento se presentó ante la entrada de la tienda, donde yo permanecía sentado conversando con el escudero de don Sancho cerca de los dos guardias que la protegían, un heraldo de don Fernando.

—Traigo un mensaje urgente para su alteza el príncipe Sancho —exclamó con voz firme.

—Dámelo, yo mismo se lo haré llegar —dijo el escudero del primogénito.

—Debo comunicárselo en persona: el mensaje es del rey.

—Aguarda un instante.

El escudero del príncipe se acercó hasta don Sancho e interrumpió la conversación que mantenía con Rodrigo.

—Hazlo pasar —le dijo su alteza.

—Mi señor, traigo un mensaje de su majestad para vos. Debo comunicároslo en persona.

Rodrigo hizo mención de salir de la tienda, pero don Sancho le indicó que se quedara.

—Bien, habla. —El heraldo miró a Rodrigo receloso—. El señor de Vivar tiene mi permiso para escuchar lo que hayas de decir.

—Vuestro padre el rey tiene fiebre alta y sufre convulsiones; ordena que vayáis inmediatamente a su presencia.

El rey estaba muy enfermo. Su edad, tenía más de sesenta años, y tantos esfuerzos, habían acabado por minar definitivamente su salud.

Aquella campaña había servido para que al-Mamún de Toledo ganara algunas plazas a su yerno, pero León y Castilla sólo obtuvieron la enfermedad de su rey. Levantamos el asedio y el campamento frente a Valencia portando el cuerpo moribundo de don Fernando camino de León. Volvimos sobre nuestros pasos y caminamos hasta la ciudad llamada imperial, donde arribamos poco antes de Navidad. El rey había ordenado el regreso a toda prisa, pues no quería morir lejos de su reino.

La reina doña Sancha, una mujer de recia personalidad, muy influyente en todas las decisiones que adoptaba su esposo, estaba esperándolo unas cuantas millas antes de

la ciudad. Don Fernando iba sobre unas angarillas portadas a hombros por seis soldados. Durante todo el camino de regreso sufrió alta fiebre, que las sangrías de su médico no pudieron evitar, y apenas logró retener en el estómago nada de cuanto comía, pues inmediatamente vomitaba. Cuando pude verlo de cerca, ya en León, en el momento en que lo bajaban de las angarillas para introducirlo en su palacio, me dio la impresión de estar en presencia de un espectro. Había perdido la robustez que como buen navarro le caracterizaba, su denso pelo cano no era sino un puñado de pelluzgones grasientos y su piel, de un color gris amarillento, estaba pegada a los huesos como si de un pergamino arrugado se tratara.

Pero su fuerza interior seguía intacta. El día de Nochebuena acudió a rezar ante las reliquias de san Isidoro, en la iglesia homónima que había mandado edificar para guardar el cuerpo del santo, y al día siguiente asistió en la basílica a los maitines y a la misa de Navidad. Era consciente de que apenas le quedaban un par de días de vida, por lo que se preparó para la muerte, despojándose de su manto real y de su corona de pedrería, y vistiendo una humilde túnica. El día 26 de diciembre pidió que lo llevaran de nuevo ante el altar de san Isidoro, donde, empapado en el frío sudor de la fiebre y renqueante a causa de su extrema debilidad, todavía tuvo arrestos para penar sus pecados. Pude verlo, desde una de las naves laterales, tumbado boca abajo ante el altar, penitente sobre las frías y húmedas losas, con la cabeza descubierta, con sus mechones hirsutos tiznados de ceniza y con un cilicio que le atormentaba las menguadas carnes de su ya sufrido cuerpo enfermo. Había ordenado que lo dejaran purgando todos los pecados que en vida había cometido, arrepintiéndose de cada una de sus faltas. En un par de ocasiones intentaron levantarlo, pero el rey lo impidió con sus últimas energías; a la tercera, no pudo siquiera replicar. Por orden de la reina doña Sancha, dos criados lo cubrieron con una manta y lo llevaron en brazos de regreso a palacio.

Tres días más tarde moría don Fernando, rey de León y de Castilla, hijo del gran Sancho el Mayor. La catedral de León se había preparado para la gran curia en la que los tres hijos del rey don Fernando iban a recibir sus reinos. La reina doña Sancha, vestida de riguroso luto, con el rostro cubierto por un velo de gasa negra, estaba junto a sus dos hijas, sentada en un sitial al lado del altar donde sus tres hijos varones iban a recibir las tres coronas.

El notario real se adelantó unos pasos, hizo una reverencia hacia doña Sancha y comenzó a leer el testamento de don Fernando: «Nos, Fernando, hijo del rey Sancho, rey de León, de Castilla...»

Rodrigo formaba en la segunda fila de los nobles castellanos. Apenas frisaba los veinte años y ya era uno de los caballeros más afamados de la corte. Contemplaba la escena con atención; sus agudos ojos castaños recorrían una y otra vez el elenco de personajes que se agolpaban bajo las bóvedas de piedra de la catedral. Allí estaban los taimados y poderosos magnates leoneses, dueños de enormes extensiones de tierras de pan y vino, señores de castillos y villas; los montaraces barones cántabros y astures, embutidos en sus capas de pieles de oso y de lobo, orgullosos por haber sido los primeros en levantarse contra el islam; los inquietos y enigmáticos condes gallegos, llegados de sus brumosas montañas del noroeste; y los aguerridos y firmes caballeros castellanos, siempre fieles defensores de su rey y de sus libertades.

Cuando el notario acabó la lectura del testamento, tres nuevos reyes fueron ungidos por el obispo de León: Sancho, rey de Castilla, Alfonso, rey de León y García, rey de Galicia. Se cumplía así el testamento de don Fernando que su esposa doña Sancha había jurado salvaguardar.

El rey de Castilla dejó León camino de Burgos, acompañado por todo su séquito. Al cruzar el río Pisuerga se volvió hacia Rodrigo y le dijo:

—Ayer, este río regaba un mismo reino, hoy separa dos.

Rodrigo no hizo ningún comentario, aunque sólo con mirar los ojos de don Sancho supo que el rey jamás se resignaría a aceptar el testamento de su padre. Pero de momento había mucho que hacer, había que gobernar un Estado.

A diferencia de León, donde unas cuantas familias de condes y magnates controlan el reino, Castilla es tierra de infanzones, la pequeña nobleza que alcanzó esa condición debido a servicios militares prestados durante siglos de luchas fronterizas contra el islam. Aquí son pocos los que pueden apelar a una noble estirpe para exigir derechos y privilegios nobiliarios; en Castilla, el honor y la honra se consiguen en el campo de batalla, y no en la cuna.

Don Sancho creía en los mismos ideales que sus vasallos castellanos. Fuerte y ambicioso, no dudó en rodearse de fieles y valerosos caballeros; eligió para formar su corte a los más válidos, a diferencia de sus hermanos Alfonso y García, que configuraron sus respectivas cortes con los personajes más influyentes de sus dos reinos.

En una curia celebrada en Burgos, Rodrigo fue designado portaestandarte real de Castilla, un honor que jamás hasta entonces había ostentado ningún infanzón, aunque el rey no consignó el nombramiento en un diploma para evitar que los condes se sintieran desplazados por un noble de inferior rango.

Don Sancho apenas podía disimular sus deseos de unificar de nuevo las tres coronas en una sola. La Castilla que había heredado de su padre era demasiado poco para él, que aspiraba a convertirse algún día en el único monarca de la cristiandad hispana. Recluido con su amigo Rodrigo y otros nobles de su plena confianza en su palacio de Burgos, no cesaba de elaborar una y otra vez distintos planes para acabar con aquella situación que él creía injusta.

Algunas veces acudían a cazar con halcones a las laderas de los páramos de Vivar, o se acercaban hasta las sierras de la frontera con Navarra persiguiendo jabalíes y corzos. Dominar al halcón y obligarlo a cazar; acosar a una presa hasta ensartarla con la lanza o el arco y rematarla con el puñal, abatir a una pieza gracias a la superior inteligencia del hombre sobre la bestia..., éstos eran los grandes placeres de los dos amigos, rey y vasallo, y también un excelente ejercicio para mantener sus músculos fuertes y tonificados, y su cabeza despierta y preparada para las futuras batallas que ambos soñaban con librar juntos.

Una fría noche de fines del invierno, después de una agotadora jornada de caza, don Sancho y Rodrigo compartían un buen pedazo asado de corzo que habían cazado por la mañana. Yo los había acompañado a una batida de caza en los páramos del este, aunque, en verdad, creo que don Sancho había programado aquella montería como una mera excusa para inspeccionar la frontera con Navarra; al otro lado de las altas cumbres de la sierra de la Demanda se extiende la fértil región de la Rioja, cuyo dominio reclamaba Castilla desde los tiempos del reinado de don Fernando.

—Sin nuevas tierras, Castilla está perdida. El reino que he recibido de mi padre necesita expandirse hacia el sur, hacia el este, hacia cualquier parte. Encerrados entre los musulmanes al sur, los navarros al este y los leoneses al oeste, o tomamos la iniciativa o pronto seremos una simple región de cualquiera de ellos.

—Navarra y León son fuertes, majestad, tal vez Zaragoza...

—Sí, Zaragoza. Su rey es vasallo nuestro; no obstante la conquista de Zaragoza supondría cortar la posibilidad de expansión hacia el sur de navarros y aragoneses. Pero

no puedo conquistar Zaragoza y dejar a nuestras espaldas a la Rioja en manos de los navarros. Mantener bajo nuestro dominio a Zaragoza sin poseer antes la Rioja sería imposible.

—El rey de Pamplona es vuestro primo —alegó entonces Rodrigo.

—Y los de León y Galicia mis hermanos, y no por ello dejo de pensar en ganar sus reinos.

Nada parecía capaz de detener a don Sancho, que durante el verano realizó algunas escaramuzas por la frontera con Navarra, lo que provocó un profundo malestar en el rey de Pamplona. Rodrigo, entre tanto, no dejaba un solo día de ejercitarse en el combate. En una era, al lado de su casa de Vivar, ordenó construir un palenque en el que todas las mañanas practicaba el manejo de la lanza, la espada y el arco. Yo lo observaba sentado en un poyete de piedra; me gustaba admirar el dominio que ejercía sobre su caballo, la velocidad que imprimía a la jabalina en el lanzamiento, la precisión que demostraba en el tiro con arco y la contundencia con que golpeaba el muñeco de borra y paja con la maza, el hacha de combate o la espada.

Un día, después de haber realizado varias cargas de caballería contra el muñeco, se acercó sudoroso hasta mí, me entregó una espada y exclamó:

—Adelante, ¡en guardia!

—¡Pero qué decís, señor! Yo jamás he empuñado una espada.

—Vamos, eres hijo de un infanzón. Tu padre ha derramado mucha sangre en la defensa de Castilla, no me digas que no hay una sola gota de ella en tus venas. ¡En guardia! —insistió.

Yo me coloqué en la mejor postura que pude, tal y como estaba acostumbrado a ver a los caballeros en el combate y en los ejercicios militares, pero aun así, mi posición para la pelea debió de ser realmente ridícula, porque Rodrigo estalló en una sonora carcajada.

Sin darme siquiera cuenta de cómo lo hizo, me desarmó al primer golpe.

—Si esto hubiera ocurrido en el campo de batalla, ya estarías muerto. Te traje conmigo como contable, pero también como escudero, ya es tiempo de que comiences a serlo.

—Señor, os repito que jamás he manejado un arma.

—No importa. Eres joven y fuerte, aprenderás pronto.

Durante varias semanas me ejercité con Rodrigo en el uso de la lanza, la espada y el tiro con arco; la maza y el hacha de combate eran todavía demasiado pesadas para mí. Todas las noches, cuando me retiraba a descansar a mi catre, sentía los músculos doloridos y fuertes calambres en las piernas y en los brazos. Al principio, pese al cansancio, me costaba dormir, pero a los pocos días logré conciliar el sueño de inmediato.

Compartía mi formación como soldado con la administración de las rentas de mi señor Rodrigo, cada vez mayores gracias a las nuevas donaciones que le entregó don Sancho.

—Un noble no es nada sin tierras, y tampoco lo es sin un séquito de caballeros a su servicio. Tú podrías ser uno de mis caballeros —me dijo un día mientras descansábamos junto a una fuente refrescándonos tras una agotadora jornada de caza.

—Es muy costoso mantener a un caballero —repliqué.

—Sí, muy costoso. Hace unos días me pidieron quinientos meticales de plata por un caballo y otro tanto por una silla repujada de plata. ¡Con mil meticales podrían comprarse cien bueyes!

—Con lo que me pagáis por mis servicios, necesitaría doscientos cincuenta años para poder comprar un caballo, y otros tantos para adquirir la silla.

—Eres muy listo, Diego, muy listo. Tal vez podría prestarte un caballo.

—¿Habéis oído alguna vez que un caballero monte un caballo prestado?

Rodrigo rió de buena gana, comió un buen pedazo de queso y saboreó un largo trago de vino de la bota.

—Regresemos a Vivar, el cielo amenaza tormenta —concluyó.

La mañana era luminosa y cálida. El viento del sur mecía los trigos, que amarilleaban como anunciando que estaban listos para la siega.

En lo alto de los páramos los azores rasgaban el aire con sus vuelos rasantes a la caza de conejos y ratones y de las colinas del norte llegaba un aroma dulzón a retama seca, tomillo y espliego.

Rodrigo estaba pasando unos días en Celada, una pequeña aldea muy cerca de Vivar. Me había dicho que trataba de poner en orden ciertos asuntos sobre una herencia en esa aldea, pero cuando le dije que lo acompañaría, me lo prohibió; primero de manera tibia, pero tajantemente en cuanto insistí. No entendí por qué no quería que lo acompañara, tratándose de una cuestión de herencias, pero enseguida lo comprendí cuando corrieron rumores de que el señor de Vivar visitaba la casa de una joven viuda de esa aldea.

Que yo sepa, Rodrigo no había tenido hasta entonces ninguna relación amorosa. Como la mayoría de los jóvenes nobles, había mantenido esporádicas aventuras y furtivos encuentros con campesinas y con sirvientas, pero nada parecido al amor. A su edad, algunos jóvenes ya estaban casados. Ciertamente que a mí me habían educado para permanecer célibe, recluido tras los muros de piedra del monasterio, con mi vida consagrada a Dios y a la oración, y bien seguro estoy de que si no hubiera aparecido Rodrigo aquella mañana de hace ya tantos años para sacarme de Cardena, yo jamás hubiera conocido la placentera sensación del contacto con la suave piel de una mujer y el excelso gozo que sólo el amor puede ofrecer.

Como he dicho, la mañana era cálida cuando un heraldo de don Sancho se presentó ante el portón de la casa del señor de Vivar.

—¿Está don Rodrigo? —me preguntó después de identificarse.

—Hace varios días que falta; se encuentra en Celada resolviendo unos asuntos —respondí.

—El rey don Sancho lo reclama con urgencia. Aquí está la carta.

—Yo se la entregaré, soy su escudero.

—Hazlo pronto.

El jinete espolé a su caballo y partió hacia Burgos dejando tras de sí una fina estela de polvo amarillo.

Ensillé mi mula y sin perder un instante partí hacia Celada, que dista poco más de un paseo desde Vivar. En cuanto llegué a la aldea pregunté por Rodrigo. Una campesina que hilaba a la sombra de unas tapias me señaló con una irónica sonrisa una gran casona al fondo de una era. Llamé a la puerta y me atendió una muchachita de trece o catorce años. Me dijo que la señora había salido con Rodrigo para dar un paseo a caballo por el soto, me indicó la dirección y partí hacia allí.

A lo lejos pude ver a dos figuras que caminaban al lado de sus caballos por una vereda salpicada de arbustos. Aticé a mi mula y al trote los alcancé enseguida. Eran mi señor Rodrigo y una distinguida dama, varios años mayor que el señor de Vivar pero de una gran belleza todavía.

—¡Diego! Te ordené que no vinieras —me dijo entre sorprendido y turbado.

—Perdonad, señor, que os haya desobedecido, pero esta misma mañana ha llegado a Vivar un heraldo del rey don Sancho con esta misiva —le alargué el pergamino a la vez que descendía de la mula—; ha dicho que os la entregara de inmediato, pues es muy urgente.

Hablé con todo el énfasis que pude, sobre todo cuando cité el nombre del rey, pues quería que aquella dama se enterara, como si no lo supiera, que Rodrigo era un importante caballero del que el mismísimo don Sancho requería su ayuda.

—Este es Diego, mi escudero. Diego: doña Inés de Castro —me la presentó.

—Señora —la saludé con una reverencia, imitando las que había visto hacer a algunos caballeros ante las damas de la corte.

Rodrigo rompió el sello real de cera y leyó el pergamino.

—Tengo que marcharme. Don Sancho me reclama a su lado.

Doña Inés me miró como si yo fuera el mismísimo diablo.

—¿No puedes quedarte algunos días más? —le preguntó la dama.

—El rey me pide que vaya con él a la Rioja; tiene unos asuntos pendientes con el soberano de Pamplona. Volveré en cuanto pueda —aseguró Rodrigo.

Recogimos algunas cosas que mi señor tenía en casa de doña Inés y partimos hacia Vivar. Cuando nos alejamos de Celada, yo sobre mi mula y Rodrigo sobre su caballo, sentí en mi nuca como si dos rayos invisibles se clavaran en ella. No me volví a comprobarlo, pero no tuve ninguna duda de que eran los ojos de doña Inés que me miraban desde lejos cual dos agujas de hielo.

Durante el camino de regreso a Vivar, Rodrigo no pronunció una sola palabra, pero al llegar ante el portón de su casa, antes de que los criados salieran a recoger el caballo, me miró fijamente y me dijo:

—Tal vez ni siquiera una gran victoria en el campo de batalla sea capaz de superar el placer que se siente al lado de una hermosa mujer.

Y entonces no me cupo ninguna duda de que el señor de Vivar estaba enamorado.

Don Sancho requirió la ayuda de Rodrigo para una campaña de reconocimiento que había previsto realizar por tierras de la Rioja, entre la sierra de la Demanda y Nájera. Hacía tiempo, desde el reinado de don Fernando, que los castellanos ansiaban dominar las feraces huertas de la Rioja, una comarca navarra fértil y próspera, regada por el gran río Ebro, que además era la llave del camino de los peregrinos y de la ruta hacia Zaragoza.

—Castilla necesita la Rioja. Estoy dispuesto a librar una guerra contra mi primo el rey de Pamplona por ganar esa región. La necesito para mis planes de hacer de Castilla el más poderoso de todos los reinos —le dijo don Sancho a Rodrigo cuando le explicó la causa de su llamada.

—Los navarros son fuertes y su rey luchará a muerte por la Rioja —alegó Rodrigo.

—Ya lo sé, pero creo que podemos vencerlo.

—¿Habéis calculado que vuestro también primo, el rey don Sancho de Aragón, puede acudir en ayuda del navarro? —inquirió Rodrigo.

—Todavía mejor si se da el caso; ése puede ser el camino para recuperar la herencia de mi abuelo Sancho el Mayor.

Don Sancho encomendó de nuevo a Rodrigo la custodia del estandarte real, pero tampoco en esta ocasión firmó un diploma nombrándolo armígero. Era demasiado pronto, le dijo. Hasta entonces, el portaestandarte del rey de Castilla había sido un noble de alta condición, un conde o cuando menos un magnate, y don Sancho tenía que asentar su dominio sobre la alta nobleza del reino antes de atreverse a nombrar a un

infanzón para tan relevante puesto, que en la práctica suponía la jefatura efectiva del ejército real.

La excusa que presentó don Sancho para irrumpir con una mesnada en la Rioja fue la reclamación de la aldea de Pazuengos, al pie de la sierra de San Lorenzo, cerca del monasterio de San Millán de la Cogolla, el más importante centro monacal de la región y el principal foco que los monarcas castellanos habían utilizado para ejercer allí su influencia. Don Sancho estaba dispuesto a librar una batalla para lograr el dominio de Pazuengos, que sería la primera piedra del plan para dominar toda la Rioja, pero el rey de Pamplona solicitó que fueran los propios monjes de la Cogolla quienes mediaran en el conflicto.

Reunidos ambos reyes en el cenobio de San Millán, se revisaron viejos tratados, decenas de documentos y numerosas cartas, y se repasó una y otra vez el testamento de Sancho el Mayor, pero no hubo manera de alcanzar un acuerdo entre el castellano y el navarro: ambos sostenían que Pazuengos les pertenecía.

—Que lo decida Dios dijo al fin don Sancho.

—Esa costumbre nos parece bárbara —alegó el abad de San Millán.

—Está en el derecho y en las costumbres. Cuando dos partes no logran establecer un acuerdo, hay que recurrir al juicio de Dios —sentenció don Sancho.

—Las ordalías no son juicios de Dios, sino del diablo —alegó el abad.

—¿Tú piensas lo mismo, primo? —preguntó don Sancho al rey de Pamplona.

—Prefiero un buen acuerdo, pero si no queda otro remedio...

—En ese caso, sea. Si os parece bien, cada uno de nosotros nombrará a un caballero para defender en el campo del honor sus derechos; quien resulte vencedor en la lidia, ganará Pazuengos.

—La ordalía para dentro de dos semanas, en Pazuengos —asentó el rey de Navarra.

—Allí os veré, primo —aseguró don Sancho.

—Tú, Rodrigo, serás el lidiador por Castilla.

El rey don Sancho le comunicó al señor de Vivar su decisión al comienzo de una reunión con varios de sus caballeros en el campamento real que se acababa de instalar en Pazuengos, donde unos carpinteros estaban levantando el palenque en el que se iba a celebrar el combate.

—Es un gran honor, majestad, procuraré no defraudaros.

La apuesta de don Sancho era arriesgada. Rodrigo era joven y nadie lo consideraba como el mejor paladín de Castilla, pero el rey sabía que la única manera de que su amigo Rodrigo alcanzara un alto puesto en la corte sin que nadie lo rechazara por la modestia de su linaje era mediante triunfos en el campo de batalla. Aquélla era una oportunidad extraordinaria para lograrlo; si Rodrigo vencía en Pazuengos y conseguía esta villa para Castilla, su prestigio crecería de tal modo que nadie podría negarle un lugar entre la alta nobleza del reino.

La mañana estaba en calma, ni una sola ráfaga de viento agitaba los pendones que castellanos y navarros habían colocado la tarde anterior a ambos lados del palenque. Los carpinteros llegados de Nájera habían levantado dos tribunas, una a cada lado, para ubicar allí a los reyes y a sus invitados. Una valla delimitaba el campo de la lid y dos altos postes señalaban el lugar donde debían situarse los dos campeones, el navarro y el castellano.

Rodrigo había pasado buena parte de la noche velando las armas. Yo estuve todo el tiempo a su lado, ocupado en que el más mínimo detalle estuviera listo para el gran momento.

El sol lucía en lo más alto cuando el juez de Nájera se adelantó hasta el centro del palenque. Las dos tribunas estaban llenas de nobles que escoltaban a sus reyes, y alrededor de la valla que delimitaba el palenque se amontonaban gentes llegadas de todas las partes de la Rioja, y aun de Castilla y de Navarra.

Desde el centro del campo de la lidia, el juez hizo sendas reverencias, primero al rey de Pamplona y después al de Castilla, y en voz alta dijo:

—Sus majestades el rey don Sancho de Pamplona, hijo del rey don García, y el rey don Sancho de Castilla, hijo del rey don Fernando, exigen para sí la villa de Pazuengos. Como quiera que ninguno de los dos renuncia a los derechos que reclama... —el juez hizo un alto para mirar a los dos reyes, que asintieron con la cabeza—, la posesión de Pazuengos se dilucidará en una ordalía. Majestades, presentad a vuestros caballeros, que sean de una edad similar y de características semejantes.

Un noble de la corte de Pamplona se adelantó desde la tribuna de su rey y gritó:

—Su majestad don Sancho, rey de Pamplona, de Nájera y de la Rioja, presenta a don Jimeno Garcés de Azagra, alférez real.

—¡Dios santo, es el mejor soldado de Navarra! —oí exclamar a uno de los caballeros castellanos.

En el campo apareció un formidable jinete, vestido con cota de malla y loriga, sobre un magnífico corcel de pelo negro y crines brillantes como ala de cuervo.

—Su majestad don Sancho, rey de Castilla, presenta a don Rodrigo Díaz de Vivar, portaestandarte real —gritó el portavoz de don Sancho.

En el otro extremo del campo apareció Rodrigo sobre su caballo zaino, el mismo con el que había peleado en la batalla de Graus y ante los muros de Coimbra.

Los dos caballeros se acercaron hasta el juez de Nájera, que iba a ser el árbitro de aquella lid, y saludaron a sus respectivos monarcas. El juez comprobó que ambos lidiadores eran de complexión semejante y que, pese a ser Rodrigo diez o doce años más joven, reunían los requisitos para la pelea.

—Ya sabéis las reglas, caballeros, el combate durará hasta que uno de los contendientes se rinda... o hasta que muera. Ocupad vuestro lugar y que Dios os asista en justicia.

Los dos campeones se dirigieron a los postes que se les habían asignado y ambos se colocaron la celada. La del caballero navarro era un yelmo de hierro casi cilíndrico, con la cimera ligeramente curvada y rematada por un penacho de plumas teñidas de rojo, tal vez de un gavilán. Rodrigo cubría su cabeza con su casco cónico de combate, sin otro adorno que una cinta azul cosida en la parte posterior que protege la nuca.

Cuando le ajusté las correas que le sujetaban el yelmo al cuello contemplé por un instante sus ojos; estaban tan tranquilos y serenos como si en vez de acudir al encuentro con la muerte, saliera a dar un apacible paseo por sus campos de Vivar cualquier mañana de otoño. Creo que si su contrincante hubiera podido mirarlo en ese momento a los ojos, se hubiera rendido sin condiciones.

—Ese caballero navarro es un luchador prodigioso; ha vencido en dieciséis torneos y nunca ha sido derrotado —me dijo uno de los criados durante la tensa espera a que el juez diera orden de comenzar el combate.

—No te preocupes, nuestro señor lo vencerá —aseguré con todo el convencimiento que pude.

El juez de Nájera alzó su brazo derecho, en cuya mano sostenía un pañuelo rojo, y lo bajó de golpe dando por iniciado el combate. Rodrigo espoleó a su caballo, enristró la lanza y, acoplado sobre su montura como una mano en un guante, cargó al galope. El encontrón de los dos jinetes fue tremendo. Las dos lanzas se quebraron a la par al chocar contra el escudo del contrario, pero ambos caballeros lograron mantenerse sobre

sus monturas. Volvieron a una segunda carga, ahora con las espadas desenvainadas y asestando terribles golpes sobre los escudos. El navarro lidiaba con bravura, pero desde mi situación en uno de los extremos del palenque pude contemplar con cierta claridad que en la furia despiadada de sus envites dejaba su flanco derecho un tanto desprotegido. Rodrigo aguantaba con fuerza, aunque sin derrochar la vehemencia del campeón navarro, dejando que éste llevara la iniciativa, pero repeliendo cada uno de sus golpes, estudiando con frialdad el momento adecuado para contraatacar. Las espadadas de Jimeno Garcés eran terribles, de una violencia tal que sólo un caballero de la firmeza de Rodrigo era capaz de resistir.

Durante algún tiempo los dos jinetes pelearon a lomos de sus monturas, hasta que la de Jimeno Garcés mostró cierta debilidad en el corvejón y dobló los cuartos traseros. El de Azagra desmontó y se aprestó a luchar pie a tierra. Rodrigo, como dictan las leyes de la lidia, también saltó a tierra y se colocó en guardia, con las piernas ligeramente flexionadas, esperando la acometida del navarro, que no se hizo esperar. Una y otra vez los golpes de Jimeno Garcés fueron esquivados o bloqueados por Rodrigo, que se movía de manera muy segura, siempre atento a las embestidas de su oponente.

Tras los primeros gritos y la algarabía del encontronazo con las lanzas, se hizo un profundo silencio en el palenque, sólo roto por el chocar metálico de las espadas y el jadeo constante de los dos combatientes. Desde las tribunas, los dos reyes contemplaban el combate sin perder detalle, en ello sólo les iba el dominio de una pequeña villa como Pazuengos, pero quién sabe si después el de toda la Rioja.

Transcurrido un tiempo, observé que los golpes del navarro perdían contundencia. Y mi señor Rodrigo también se percató de ello, pues, tras un buen rato a la defensiva, pasó al ataque mediante un par de esas fintas que tantas veces había practicado de niño con su padre. El navarro, cansado y desalentado quizá de que todas sus acometidas se hubieran saldado en fracaso, dejó un hueco en su flanco derecho y Rodrigo aprovechó para lanzar una estocada, que aunque no llegó a herir, le causó un profundo dolor y sobre todo puso de manifiesto los puntos débiles del de Azagra. Rodrigo tomó la iniciativa, y cada uno de sus golpes dejaba más a las claras las dificultades del navarro para recuperarse.

En el palco de los castellanos comenzaron a proferirse gritos de ánimo hacia Rodrigo; el propio don Sancho se inclinó hacia adelante, asiendo con fuerza la valla que protegía la tribuna. Por el contrario, en el palco de los navarros, y pasados los primeros momentos de euforia, cundía el desasosiego.

No obstante, Jimeno Garcés hizo acopio de sus últimas fuerzas y lanzó un desesperado ataque sobre Rodrigo; pero el señor de Vivar no había bajado la guardia en ningún momento y con una nueva finta eludió la carga del navarro, que no pudo recuperar su posición de defensa antes de que con un mandoble de abajo arriba Rodrigo le clavara la espada en la axila derecha.

El de Azagra gritó de una manera espantosa, pues la estocada de Rodrigo le había penetrado casi hasta la base del cuello, se tambaleó como un borracho, dio dos pasos hacia adelante y cayó de bruces sobre el suelo. Un gran charco de sangre empapó enseguida la arena amarilla.

Los castellanos prorrumpieron en gritos de júbilo y el juez de Nájera, tras cerciorarse de la muerte de Jimeno Garcés, proclamó que el vencedor era don Rodrigo Díaz de Vivar y que Pazuengos era de Castilla.

Don Sancho creyó que tras la lid de Pazuengos, que tanto impresionó a los navarros, la cuestión de la Rioja quedaría en calma... por el momento. Pero si así lo supuso, se equivocó. Don Sancho de Pamplona no era probablemente un gran rey, y además tenía

muchos problemas en su reino, en el que cada noble era un conspirador, pero era nieto de Sancho el Mayor y algo de su energía brotaba de sus entrañas. Sancho de Pamplona no había digerido la derrota de Pazuengos y Sancho de Aragón, un joven aguerrido e impetuoso, ardía en deseos de vengar la muerte de su padre, el rey Ramiro, en Graus. Además, ambos tenían apetencias por los tributos y parias del reino musulmán de Zaragoza. Así, con semejante confluencia de intereses, la alianza de ambos monarcas en contra del rey de Castilla era sólo cuestión de oportunidad y de tiempo.

A principios de marzo de 1067 el rey de Castilla aguardaba en Burgos la llegada de los tributos del de Zaragoza, que el año anterior no se habían pagado. Hacía un par de meses que don Sancho había enviado una embajada a Zaragoza reclamando las parias, y el rey al-Muqtádir, tal vez envalentonado por su victoria en Barbastro, había devuelto a los nuncios castellanos con las manos vacías, dándoles largas aunque después de dispensarles un trato amable.

Don Sancho no lo pensó dos veces: convocó a la hueste en Burgos y, sin apenas tiempo para otra cosa que aparejar los caballos, se puso en marcha hacia Zaragoza. De nuevo en campaña, ese iba a ser el sino de Rodrigo durante toda su vida, asediando Zaragoza en la primavera, pero sus murallas eran demasiado imponentes como para que nuestras modestas máquinas de asalto pudieran batirlas y tampoco disponíamos del número suficiente de soldados como para evitar que pudieran recibir suministros. No obstante, lanzamos decenas de piedras al interior de la ciudad con nuestras catapultas y sin duda que causamos cierto desasosiego, pues tras varios días de sitio vino a nosotros una delegación zaragozana.

La encabezaba un viejo visir medio ciego al que acompañaban dos soldados que identifiqué como de la guardia real, pues vestían el mismo uniforme que lucieran cuatro años atrás cuando combatimos a su lado en Graus.

—Su majestad al-Muqtádir saluda al poderoso señor rey de Castilla y le ofrece su amistad —dijo el visir ante la presencia de don Sancho, a cuya derecha estaba Rodrigo portando el estandarte real castellano.

—Un amigo cumple con sus compromisos, y vuestro rey no ha pagado el tributo que nos debe.

—Se os pagará, pero a cambio pide que levantéis el asedio a Zaragoza.

—Lo haremos, en cuanto esté aquí el dinero —sentenció don Sancho.

—Mi señor os lo hará llegar cuando vuestro ejército haya salido de sus dominios.

—¡Ni hablar! Estoy harto de tantas promesas incumplidas. Decidle a vuestro rey que si dentro de tres días no nos ha entregado cuanto nos debe, asaltaremos esa maldita ciudad y no quedará piedra sobre piedra de ella.

Don Sancho temblaba como un poseso y su rostro estaba rojo como un atardecer de verano. Sus ojos reflejaban la famosa ira real de los descendientes de Sancho el Mayor.

Cuando el visir se alejó, Rodrigo le dijo al rey:

—Majestad, no disponemos de las fuerzas necesarias para lanzar un asalto.

—Ya lo sé, Rodrigo, ya lo sé, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Retarlos a un duelo.

—¿Te refieres a un combate como el de Pazuengos?

—A eso me refiero. Decidle a al-Muqtádir que vuestras diferencias se saldrán en el campo del honor: su mejor campeón contra el mejor de los vuestros. Si ganan ellos, levantaremos el asedio; pero si vencemos nosotros, además del tributo debido deberán comprometerse a juraros vasallaje y a pagar parias anuales por ello.

—Tú eres nuestro mejor guerrero.

—Si vos lo decís...

Don Sancho parlamentó con el visir de nuevo y le transmitió la propuesta de un combate entre dos campeones. Pocas horas después, el visir regresaba a nuestro campamento con la aceptación por al-Muqtádir de todas las condiciones.

El palenque se estableció en un recinto alargado que llaman la *exarea*, donde los musulmanes celebran ciertas manifestaciones festivas. Era un amplísimo campo de arena rodeado de un muro de mampuesto, obra muy antigua sin duda, en uno de cuyos lados había varias gradas a las que se había arrancado su revestimiento de losas de mármol.

Vestimos a Rodrigo para el combate como en Pazuengos, y de nuevo pude ver sus ojos serenos cuando le ajusté la celada.

En el otro lado del palenque apareció el campeón musulmán. Era un gigantesco guerrero de Medinaceli, llamado Fariz, que cubría su cabeza con un turbante de tafetán rojo. Cuando se lo quitó para ajustarse la celada, su cabeza apareció totalmente rapada, lo que le confería un fiero aspecto. Según decían, era el mejor luchador musulmán, sobre todo cuando usaba su látigo, que siempre portaba recogido en el costado izquierdo. Y en verdad que lo parecía, pues su elevada estatura (sería casi una cabeza más alto que Rodrigo), sus poderosos hombros, anchos y fuertes como los de un buey, y su robusto cuello, fornido y recio como el de un oso, así lo denotaban.

—Es un gigante —le comenté a Rodrigo.

—También lo era Goliat —me contestó.

Rodrigo enristró su lanza y a la señal del juez de la lid cargó contra el de Medinaceli. Mi señor sabía que en este combate la habilidad era la única artimaña capaz de vencer a la fuerza bruta de Fariz, y así fue.

El musulmán venía lanzado en una loca carrera al encuentro de Rodrigo, sabedor de su superioridad física y confiado en que cualquier envite le sería favorable. Pero el señor de Vivar se mantuvo firme durante la carrera, ofreciendo un blanco seguro a su oponente. Fariz ya debía de saborear la victoria cuando casi tenía a Rodrigo al alcance de su lanza, pero justo en ese momento, el campeón de Castilla se tumbó sobre el lado izquierdo del caballo, cubriéndose la cabeza, y dejó su lanza apuntando al cuello de Fariz.

El de Medinaceli no acertó con el cuerpo de Rodrigo, que se dobló con la flexibilidad de un junco, y su lanza rasgó el vacío. Los dos jinetes se cruzaron sin que aparentemente hubiera ocurrido otra cosa que un fallido choque, pero la punta de la lanza de Rodrigo había encontrado el cuello de Fariz por debajo de la gola. El musulmán cayó del caballo y se contorsionó en el suelo herido de muerte. Todavía tuvo fuerzas para levantarse, asir el látigo y prepararlo para lanzar un trallazo; pero cuando alzó el brazo para cargar el golpe, cayó hacia atrás como un fardo, con la garganta seccionada por el acerado filo de la punta de la lanza de Rodrigo.

Don Sancho estaba radiante. No es que hubiera dudado de Rodrigo, pero su rostro se había ensombrecido cuando vio aparecer en la arena al gigantesco Fariz. La destreza del señor de Vivar había vencido a la fuerza bruta del campeón musulmán; al-Muqtádir pagó lo que debía y el reino de Zaragoza se convirtió en vasallo del de Castilla.

La proeza del señor de Vivar llegó a Castilla antes que nosotros. En muchas aldeas ya sabían lo ocurrido, pues los juglares que recorren el reino cantando estas hazañas se habían encargado de contarlo enseguida. En una plazuela de Burgos oímos a un juglar que recitaba una canción en la que se denominaba a Rodrigo como «el Campeador». Mi señor, mezclado entre la gente que escuchaba las palabras del poeta y el tañido de su rabel, esbozó una sonrisa cuando oyó la descripción del musulmán de Medinaceli:

—Tan alto que su cabeza los aleros de los tejados rozaba, tan grande como una carreta de cuatro ruedas *llantada* y tan fuerte como seis bueyes en *yuntada* —cantó el juglar ante la mirada asombrada de los burgaleses.

—¿En verdad era así? —me preguntó Rodrigo sonriendo con ironía.

—Casi, mi señor, casi —apostillé.

—Después de oír esto nunca volveré a creer en lo que los libros cuentan de los antiguos héroes y de sus hazañas —me confesó.

—De alguna forma hay que ilusionar a esas gentes; ellos esperan que sus héroes venzan en combates imposibles.

—Mi triunfo en Zaragoza fue fácil, Diego. Ese Fariz era un hombretón confiado en su enorme fuerza y me menospreció como rival; sólo fue necesario un poco de habilidad para vencerlo. En muchas ocasiones la victoria depende de eso, de la habilidad..., bueno, y a veces también de la suerte. Quién sabe, tal vez el destino...

Y Rodrigo se alejó entre la gente que aplaudía al juglar cuando éste anunció que su relato había terminado y que rogaba de los presentes unas monedas para alimentar su cuerpo, a cambio del alimento que él había proporcionado a sus espíritus.

El vasallaje de Zaragoza no hizo sino alentar hacia Castilla el odio de aragoneses y navarros, que aliados al fin organizaron un ejército durante el verano. Don Sancho fue informado de que un pequeño contingente de tropas navarro-aragonesas se dirigía hacia la frontera oriental y salió a su encuentro con un centenar de caballeros. El rey dio tan poca importancia a este episodio que Rodrigo ni siquiera fue convocado.

Los dos ejércitos se encontraron cerca de Viana, la antigua sede de los reyes navarros. Los aragoneses y navarros eran muchos más de los que don Sancho había supuesto, y el rey de Castilla salió derrotado. Sólo la presión de un ejército musulmán zaragozano que acudió en ayuda de los castellanos obligó a los aragoneses a retroceder, pues, envalentonados por su victoria, se habían mostrado dispuestos a llegar hasta Burgos.

Capítulo V

Aquel otoño de 1067 murió doña Sancha, la reina viuda del rey don Fernando. Mientras ella sobrevivió a su esposo, don Sancho permaneció en paz con sus hermanos, pese a que en su cabeza no cesaba de bullir la idea de reunificar los dominios de su padre, pero muerta la reina madre no había ningún impedimento para que, como primogénito, reivindicara el dominio de toda la herencia paterna.

Don Sancho buscó en principio el acercamiento a su hermano don Alfonso, el rey de León. Convocó una curia a finales del invierno de 1068 para celebrar la restauración de la sede episcopal de Oca, un paso más en sus anhelos por controlar toda la Rioja. A esa curia acudió don Alfonso y en ella mi señor firmó los documentos en un lugar privilegiado, por delante incluso de algunos magnates del reino, que ya recelaban abiertamente del ascenso del que consideraban un simple infanzón advenedizo, indigno de merecer tan altos honores.

Aquellos días junto a su hermano sirvieron a don Sancho para escrutar cómo le había sentado la realeza a don Alfonso y, a la vista de ello, tramar su plan: denunciaría la división del reino alegando que no había sido justo, pues en el reparto Alfonso había salido muy beneficiado. Don Sancho reclamó a don Alfonso parte de su herencia, y éste se la negó, lo que provocó la declaración de guerra entre León y Castilla.

Ambos hermanos pactaron la celebración de una batalla en los campos de Llantada, en la cual se dirimiría el futuro de sus reinos. Don Sancho no quería sufrir una nueva derrota como la acontecida en Viana y entregó el mando del ejército a Rodrigo, quien, de hecho, seguía portando el estandarte real pese a no tener aún el nombramiento por carta.

El río Pisuerga, cuyas aguas dividían entonces los reinos de Castilla y de León, bajaba muy menguado aquel 19 de julio. Cien caballeros por cada bando estaban formados frente por frente a ambas orillas del río, los leoneses en la derecha y los castellanos en la izquierda, pero sólo un monarca observaba desde sus reales a los dos ejércitos prestos para el combate; Alfonso no había acudido al campo de batalla.

Rodrigo mandaba las tropas castellanas con poco más de veinte años y atravesaba un gran momento como guerrero. La misma mañana de la batalla lo asistí en su tienda. Mientras se vestía, pude contemplar su cuerpo desnudo, con sus músculos modelados por el ejercicio constante al que no renunciaba en ninguna circunstancia.

—Ya tienes veinte años, creo; es el momento de que te aprestes para combatir — me dijo cuando lo ayudaba a calzarse las botas de cuero.

—¿Os referís a hoy mismo? —le pregunté casi muerto de miedo.

—Yo era más joven que tú ahora cuando luché en Graus, ¿recuerdas?

Yo estaba temblando ante la sola idea de enfrentarme cara a cara con uno de aquellos caballeros leoneses.

—Pero mi señor, no soy caballero —balbucí.

—No, no lo eres, pero tu familia es noble, tu padre es un infanzón, como yo. Bueno, ya resolveremos esta cuestión cuando acabe esta guerra con los leoneses; dejaremos tu bautismo de sangre para otra mejor ocasión. Ahora, prepara mi espada, creo que hoy tendré que usarla.

Respiré aliviado y corrí en busca de la espada, no fuera que Rodrigo se arrepintiera y me ordenara calarme la celada, colocarme los guantes y empuñar una lanza de combate.

Hacía tiempo que Rodrigo venía explicándome los fundamentos de todo buen soldado, y cuando estábamos en Vivar yo le servía en muchas ocasiones como compañero de entrenamiento. Cierto que yo era bastante diestro con la lanza y la espada y no me eran ajenos el uso del escudo, la maza de combate e incluso el hacha de doble filo, que en el último año había comenzado a manejar, pero yo había sido educado de niño para ser un clérigo y no para luchar en los campos de batalla, aunque sabía que un día u otro tendría que acompañar a mi señor no sólo en la tienda como escudero, sino también en la pelea como soldado; al fin y al cabo, para eso me estaba adiestrando.

La carga de caballería de los castellanos arrolló a los leoneses. Rodrigo no sólo era mejor soldado, sino también mucho mejor estratega que el alférez leonés. Hasta yo mismo me di cuenta de que la maniobra que habían realizado los leoneses era equivocada: ante la carga compacta de los castellanos, los leoneses se desplegaron en un frente demasiado amplio para defenderlo por completo, y su formación fue desbaratada con suma facilidad; el resto fue sencillo.

Los leoneses que sobrevivieron al encuentro, con su alférez al frente, huyeron hacia el oeste, buscando protección y refugio en alguno de los castillos de la frontera, y nosotros regresamos a Burgos triunfantes. Don Sancho había demostrado su fuerza y parecía claro que su hermano don Alfonso poco podía hacer para oponérsele, aunque, para calmar la ira por la derrota, asoló las tierras de Badajoz aprovechando la muerte de su reyzeuelo al-Mutawákkil.

La dama de Celada ocupaba buena parte del tiempo de mi señor Rodrigo. Dos o tres noches de cada semana las pasaba en casa de la joven viuda, pero entre tanto, no dejaba un solo día de ejercitarse en el combate; y yo era casi siempre su oponente. Con tanto ejercicio —confieso que muchos días acababa tan cansado que lo único que me importaba era una cama y un poco de agua—, mis músculos fueron adoptando el tono de los de un guerrero.

—En la próxima batalla lucharás a mi lado —me dijo un día Rodrigo.

—¿Habrà una nueva batalla? —pregunté ingenuo.

—Siempre hay una que espera. No sabemos cuando ni dónde, pero ahí está, aguardándonos.

Y así, entre combates ficticios, idas y venidas a Celada, cosechas de trigo y vid, pasaron dos años.

Mi padre, aquejado de una tos permanente, herencia de tantas agotadoras cabalgadas, noches a la intemperie, sangrientos combates y cruentas guerras, murió aquel crudo invierno. Mi hermano heredó sus menguadas propiedades en Ubierna y juró lealtad a Rodrigo por ese feudo. A mí me correspondieron unas cuantas monedas, algo de ropa y parte del equipo militar de mi padre.

No tardó en seguirlo mi madre, ajada por el frío, la edad y el duro trabajo. Aunque me avisó mi hermano, no pude llegar a tiempo para verla morir. Cuando me presenté en Ubierna estaba ya envuelta en la mortaja y varias mujeres de la aldea la velaban llorando su muerte. La enterramos en el interior de la iglesia, en una tumba excavada en el suelo sobre la que colocamos unas lajas de pizarra.

De vuelta a Vivar, Rodrigo, que me había acompañado a Ubierna, me habló de su madre. Fue la primera y la última vez que lo hizo y me extrañó bastante, pues hasta entonces nunca la había mencionado, y jamás volvió a hacerlo. Cabalgábamos a la par, por un estrecho camino:

—Yo no conocí a mi madre, murió poco tiempo después de que yo naciera. Ni siquiera tengo un recuerdo de la imagen de su rostro. Mi padre nunca me habló demasiado de ella. Era hija de Rodrigo Álvarez, miembro de un poderoso linaje leonés,

pero apenas otra cosa sé de ella. Tú, Diego, al menos la pudiste conocer de niño, y siempre quedará en ti el recuerdo de sus ojos, de sus manos acariciando tu pelo, de su sonrisa...

En aquel momento Rodrigo no me pareció el gran guerrero que era, sino un niño solo y perdido, necesitado del calor del regazo de su madre. Asentí con la cabeza a las palabras de Rodrigo, pero si hubiera podido decirle algo en aquel momento, si me hubiera atrevido a hablarle, le habría descrito la mirada triste y casi perdida de mi madre, sus manos encallecidas y ásperas por el trabajo cotidiano, su rostro surcado por el dolor de la agónica espera a que un día le dijeran que su marido había muerto en uno de los muchos combates que al lado del padre de Rodrigo libró en la frontera contra los navarros. O tal vez le habría hablado del profundo dolor que atravesó mi corazón cuando a los ocho años me condujeron al convento de Cardeña y no volví a verla hasta varios años después, de mi añoranza al no poder estar con ella todo ese tiempo, de mi desconsuelo cuando regresé seis años más tarde a Ubierna y la contemplé tan cambiada, maltratada y ajada por el tiempo y por la angustia, sin otro afán que esperar que la muerte la alcanzara antes que a su esposo y a sus hijos, y así evitarse nuevos sufrimientos. Pero callé, y lo dejé pensando en su madre y en lo que pudiera haber sido su infancia junto a ella.

El rey don Sancho se presentó en Vivar pasada la fiesta de la Epifanía. Unas pocas semanas antes había celebrado en Burgos una curia a la que había asistido Rodrigo y tras la cual el rey Sancho se había casado con una princesa inglesa de nombre Alberta, una mujer muy hermosa, de cabello dorado como la mies y luminosos ojos azules. Ignoro de qué pudieron hablar en esa reunión, pero en cuanto regresó a Vivar, mi señor me ordenó que tuviera listo el equipo de campaña.

—El tuyo también —recuerdo que puntualizó.

—No tengo todo el equipo que se requiere para el combate —alegué.

—Ahí tienes lo que te falta —dijo señalando una gran bolsa que colgaba de una de las mulas que traía consigo—; y ése será desde ahora tu caballo, un caballero necesita un caballo, un caballero no es tal si no posee uno.

—No soy caballero.

—Pronto lo serás —sentenció.

Junto a la mula había un palafrén como los que suelen montar las damas. Tal vez no fuera el caballo que necesitaba un caballero, pero por el momento debería conformarme con él.

Don Sancho tenía un aspecto formidable. Contaba treinta y cinco o treinta y seis años, pero mantenía intactas las virtudes que lo hicieran famoso cuando era príncipe. Su fortaleza de cuerpo le hacía ser bravío en cualquier circunstancia y, por su desmesurada ambición, se mostraba arrollador ante cualquier empresa que planeara.

—Rodrigo, mi buen Rodrigo —lo saludó a la entrada de Vivar, donde mi señor había salido a recibirlo.

—Sed bienvenido, majestad.

Ambos se dirigieron a la casona de Rodrigo, donde habíamos preparado un buen guiso de carne de venado, lonchas fritas de jamón, queso fresco frito, tortas de avena y nueces y el mejor vino de la bodega. Don Sancho se quitó la capa y se acercó al fuego de la chimenea.

—Mi hermano García tiene dificultades en Galicia. Ya sabes que su carácter pusilánime lo convierte en un inútil para gobernar su reino. Un conde de la región de Braga se ha rebelado contra él y lo ha puesto en aprietos, y, aunque lo ha derrotado, si el conde de Tuy se vuelve contra García, mi hermano perderá el reino. Como

comprenderás, Rodrigo, no puedo consentir que nuestra familia pierda Galicia. He hablado de esto con mi hermano Alfonso, y está de acuerdo en que García es un incompetente. Al comienzo de la primavera celebraremos en Burgos una curia a la que asistirá toda la familia real; allí decidiremos qué hacer con García... y con su reino.

Burgos se había engalanado para recibir a la familia real; por primera vez desde la muerte del rey Fernando se iban a reunir todos sus miembros, a excepción del relegado don García. El arenal junto a la puerta del río estaba lleno de gentes venidas de todas partes, muchas de ellas habían instalado puestos de comidas, donde se servían guisados de carne, queso, tortas de pan y manteca y embutidos secos y fritos.

En Santa María estaban presentes los reyes don Sancho y don Alfonso, la reina Alberta, recién casada, las infantas Urraca y Elvira y los magnates de Castilla y de León. Mi señor Rodrigo formaba en primera fila de los castellanos, por delante de nobles de más alta condición pero de menor preeminencia en la corte de don Sancho. Entre los nobles leoneses, el altivo conde García Ordóñez miraba al señor de Vivar aparentando desprecio, aunque en realidad su semblante reflejaba el odio y la envidia por la derrota infringida en Llantada.

Don Sancho, como anfitrión, fue el primero en hablar:

—Nuestro hermano García ha demostrado que no tiene capacidad para gobernar el reino de Galicia. Cuando nuestro padre, el recordado don Fernando, dividió su reino entre sus tres hijos varones, lo hizo convencido de que obraba en justicia, pero los hechos han demostrado que García no es competente para guardar semejante patrimonio. ¿Queréis que nos quedemos cruzados de brazos mientras contemplamos cómo se pierde una buena parte de la obra del rey Fernando?

Los nobles reunidos en la curia, bien alentados por varios agitadores, gritaron:

—¡No, jamás!

—En ese caso —continuó don Sancho—, decidnos, nobles del reino, ¿qué debemos hacer?

—Don García no tiene las virtudes de un rey. Creo que obro en derecho si propongo que Galicia sea dividida entre don Sancho y don Alfonso, sólo así se salvaguardará la herencia de don Fernando —habló García Ordóñez adelantándose un paso de entre los magnates leoneses.

—Ésa es la mejor solución —exclamó otro conde leonés.

—Mi padre no se equivocó —intervino el rey don Alfonso—; cuando decidió dividir el reino, lo hizo para un mejor gobierno del mismo. Entendió que ésa era la mejor manera de conservar tan extensos dominios en el seno de su linaje. Pero tal vez no contó con la incompetencia de nuestro hermano García. Si mi hermano Sancho está de acuerdo, creo que el reparto de Galicia entre León y Castilla es la única solución.

—¡Sí, sí! —gritaron los nobles.

Y así se acordó que el ejército del rey don Sancho ocupara Galicia y despojara a García del trono para después entregar la mitad de ese reino a Alfonso.

Durante la primavera y el verano de 1071 recorrimos las aldeas y ciudades de Galicia. Una tras otras, sin apenas resistencia, se fueron entregando al rey Sancho. Fue la primera ocasión en que formé con mi equipo completo de campaña; el rey Sancho, a instancias de Rodrigo, me había nombrado caballero al inicio de la expedición, en la ciudad de Astorga.

Galicia es un país lleno de bosques y brumas, con algunas ciudades amuralladas y muchas pequeñas aldeas dispersas por los valles y las montañas. El escabroso terreno y el denso follaje son propicios para el escondrijo de bandidos, y también para la creencia en espíritus y brujas como no he visto en ningún otro lugar.

Su principal ciudad es Compostela, donde se encuentra el santuario dedicado al apóstol Santiago, por lo que recibe un gran número de peregrinos. La ciudad todavía no se había recuperado de la conmoción del asesinato de su obispo, a manos de su propio tío, el conde Fruela, hacía poco más de un año, lo que provocó la airada reacción de parte de la nobleza gallega en contra del inoperante don García.

Ya que estábamos allí, decidimos visitar el santuario y cumplir con la peregrinación y ganar indulgencias. Cuando llegamos al templo, la iglesia estaba llena de peregrinos que rezaban oraciones en un sinnúmero de idiomas. A lo largo de las naves se apiñaban altas dignidades eclesiásticas llegadas de Francia, Inglaterra y Lombardía, nobles de Aquitania y Sajonia y mercaderes catalanes, pisanos y flamencos. En unos grandes pebeteros se consumía casi permanentemente incienso, tal vez la única manera de disimular el hedor de tantos cuerpos amontonados por todas partes. Rodrigo ofrendó al santuario una libra de incienso.

Desde Compostela descendimos por la costa hasta Tuy, una de las principales sedes episcopales y centro de la rebelión, junto con la ciudad de Braga, contra García. Perseguimos a las tropas de García, apenas unas docenas de hombres que huían de nosotros como las ratas del fuego, por el sur de Galicia, hasta más allá de la ribera del Duero. Los alcanzamos en Santarem, una pequeña ciudad a orillas del río Tajo, en el camino de Coimbra a Lisboa, en donde acababan las tierras cristianas. La escasa y agotada tropa de don García fue derrotada con facilidad, pero aguantaron nuestro envite el tiempo suficiente para que su rey consiguiera cruzar el Tajo y refugiarse entre los musulmanes de Badajoz. Don Sancho ordenó que nos detuviéramos en Santarem y no consintió que persiguiéramos a su hermano al otro lado del río. Días más tarde supimos que don García, con apenas medio centenar de hombres, se había refugiado en Sevilla, donde su reyezuelo lo había acogido bajo su protección a cambio de una buena cantidad de oro que García se había llevado del tesoro de Compostela.

En Coimbra, don Sancho confesó a Rodrigo su plan para hacerse con el dominio de toda Galicia, incumpliendo lo pactado con su hermano Alfonso.

—Nosotros la hemos recuperado, Galicia entera nos pertenece —le dijo.

—Majestad, disteis vuestra palabra en Burgos de que entregaríais la mitad de Galicia a vuestro hermano Alfonso —alegó Rodrigo—. Creo que debéis cumplirla.

—Alfonso no ha hecho nada por ganar Galicia, ¿por qué debo entregarle algo que no le pertenece?

—Porque vuestra palabra ha de estar por encima de vuestros propios anhelos, majestad.

Don Sancho quedó pensativo. En el horizonte de Coimbra comenzaba a declinar el cálido sol estival.

—Si le entrego la mitad prometida, entre mis tierras de Galicia y las de Castilla quedarán las de mi hermano Alfonso.

—Miradlo de esta otra manera: las tierras de vuestro hermano Alfonso estarán rodeadas por posesiones vuestras —dijo Rodrigo.

—Tal vez tengas razón.

—Además, siempre habrá tiempo para reclamar toda Galicia... y el propio León. Pero más adelante, majestad, más adelante.

Don Sancho miró al señor de Vivar, se acercó y le puso una mano en el hombro.

—Sabes, Rodrigo, admiro tu habilidad en el combate y tu capacidad para la estrategia en la batalla, pero por encima de todo me asombra tu disposición para la política, creo que en ese arte eres incluso superior al de las armas. Eres el más joven de mis consejeros y en cambio pareces el más experimentado... Está bien, Alfonso recibirá

su mitad de Galicia, pero quiero que sepas que esta entrega es..., digamos un préstamo temporal.

Rodrigo aconsejó a don Sancho que pactara con su hermano Alfonso, y así se hizo. Pero don Sancho, dueño de Castilla y de media Galicia, seguía inquieto y deseoso de reunificar los dominios de su padre. Gobernar Galicia se convirtió además en una misión harto complicada. Los nobles leoneses la consideraban suya, y cuando se referían en privado a ese reino solían decir que Galicia había sido una marca fronteriza de León desde que se tenía memoria en los diplomas. El gobierno de Galicia compartido entre los dos reyes hermanos se convirtió en una utopía, y pronto estallaron las discordias.

—Te hice caso, Rodrigo, y ya ves los resultados. Gobernar Galicia con mi hermano es imposible. En su corte de León está rodeado de todos esos altaneros condes que se creen con más derechos al trono que nadie. No debí entregarle la mitad de Galicia a Alfonso, nunca debí hacerlo.

—Era vuestra palabra, majestad.

Don Sancho y Rodrigo debatían en el palacio real de Burgos sobre la tensa situación creada entre Castilla y León con motivo de las desavenencias surgidas a la hora de gobernar Galicia.

—Esos malditos nobles gallegos nunca acatarán una autoridad que se muestre débil y dividida. Son demasiado orgullosos y no dudarán en levantarse una y otra vez mientras no penda sobre sus cabezas una espada asida por mano firme. Mi hermano García no era apto para gobernarlos, y por eso ha perdido su reino, pero la actual situación tampoco es la más adecuada. Los nobles gallegos no saben a cuál de los dos monarcas rendir pleitesía, a quién pagar los tributos, ni a quién jurar vasallaje. Si dos gallos no pueden compartir el mismo corral, dos reyes tampoco pueden gobernar el mismo reino —asentó don Sancho.

—Pero el pacto era dividir Galicia y que cada uno gobierne la mitad que le corresponda —alegó Rodrigo.

—Hace ya varias semanas que intento llegar con Alfonso a un acuerdo para que esa división sea efectiva, pero no hace otra cosa que darme excusas para prolongar la situación. Me temo que lo único que pretende es ganar tiempo, consolidar su posición y quedarse con toda Galicia. Sabe que goza una considerable ventaja estratégica y creo que estima que el ejército de León es superior al de Castilla.

—Se equivoca —asentó Rodrigo—. Los vencimos en Llantada y volveremos a hacerlo. Esos nobles leoneses no saben combatir.

—No los subestimes, Rodrigo. Los nobles leoneses pueden ser acomodados y tal vez estén demasiado atentos a sus palacios, sus riquezas y sus vestidos, pero fueron los primeros que derrotaron a los guerreros del islam cuando todos creían que eran invencibles. ¿No has leído en las crónicas cómo hicieron correr al califa Abderramán en la batalla de Simancas? Todavía se guarda en el tesoro real de León el Corán que el rey Ramiro ganó en aquella batalla; es un magnífico códice encuadernado en plata, del que aseguran que fue escrito por la propia mano de su profeta Mahoma.

—Sí, he leído esas crónicas, lo hice con vos mismo cuando estudiábamos en la escuela palatina. Pero aquellos nobles leoneses eran bien distintos a los de hoy. Seguramente no eran tan ricos ni tenían tantas propiedades, pero los impulsaba un espíritu que ahora han perdido.

Don Sancho tomó una jarra y escanció vino en dos copas de plata.

—Toma, Rodrigo, es el mejor vino de Castilla; traído hasta la corte desde las tierras altas de la Rioja. Saboréalo bien.

Rodrigo bebió un largo sorbo de su copa y apreció el delicado aroma frutal del vino tinto.

—En verdad que es delicioso —confirmó.

—Por el momento, sólo la alta Rioja nos pertenece, pero pronto será nuestra toda esa región... y todos sus preciados vinos.

—Galicia, la Rioja..., sería más sensato ir poco a poco, majestad.

—Tengo una idea mejor, conquistaremos todo a la vez; será más fácil.

Rodrigo se extrañó ante aquella afirmación del rey.

—¿Y cómo vais a hacerlo?

—Es sencillo: conquistando las ciudades de León y después Pamplona, todo lo demás será nuestro.

Cuando don Sancho se proponía en serio una meta, era difícil disuadirlo. Rodrigo lo intentó por unos momentos alegando que Castilla no era todavía lo suficientemente fuerte como para semejantes empresas y que además era preciso atender la frontera sur, donde los musulmanes podían aprovechar las guerras entre los príncipes cristianos para realizar devastadoras razias. Don Sancho escuchó atento los razonamientos de Rodrigo, pero acabó zanjando la cuestión con una orden contundente:

—En cuanto pasen las fiestas de Navidad iremos contra León. Convocaré a todo el ejército para que esté presto para la batalla. Tú, Rodrigo, serás el portaestandarte y dirigirás el ataque.

Tornamos a Vivar a mediados de otoño. Los campesinos recogían las uvas y preparaban los campos desnudos para las ya próximas siembras. Durante unas semanas pude poner en orden las rentas del señorío de Rodrigo.

Una mañana, mientras repasaba los listados de los tributos entregados por los campesinos de Ubierna y las rentas de sus molinos, que mi hermano mayor recogía en nombre de Rodrigo, el señor de Vivar se acercó y me dijo:

—Éste no es trabajo para un caballero. Deja esa pluma y acompáñame a cazar.

—Pero mi señor —le dije—, hay que anotar todas las rentas.

—Ya he buscado a quien se encargue de eso. Tú eres un caballero y además, mi escudero. Desde hoy no te ocuparás de otra cosa.

—¿Y quién va a hacer mi trabajo?

—Mañana vendrá un novicio de Cardeña. El abad me ha dicho que es muy bueno con las cuentas, incluso mejor que tú. Bastará con que le digas cómo ha de hacer su tarea. Soy el portaestandarte de Castilla y voy a dirigir el ejército real, necesito a mi lado caballeros fieles y un escudero preparado para ello. Vamos, ensilla tu caballo y acompáñame.

Fui derecho a las caballerizas y aparejé mi dócil palafrén. Cogí un arco, un carcaj lleno de flechas, mi espada y un par de lanzas y salí en busca de Rodrigo, que aguardaba paciente junto al portón del patio.

—Vamos a pasar la Sobresierra, es un buen día para la caza del jabalí —dijo nada más verme llegar.

Cabalgamos hacia el norte durante toda la mañana, dejando atrás Vivar y Ubierna, y ascendimos por unas empinadas laderas cubiertas de bosques y marañas.

Rodrigo oteaba desde su montura el suelo, en busca de cualquier rastro que denotara la presencia del jabalí. A mediodía, en un pequeño claro del bosque, nos detuvimos para comer. Rodrigo sacó de su bolsa un pan, que partió en dos y me ofreció la mitad junto con un buen pedazo de queso y unas tajadas de tocino ahumado.

—Repón fuerzas, las vamos a necesitar siempre y cuando aparezca algún jabalí.

Acompañamos el queso, el pan y el tocino con un buen trago de vino endulzado con miel, y seguimos a pie entre la maleza cada vez más densa y tupida. Rodrigo tenía incluso que utilizar la espada para dar tajos al follaje a fin de que pudiéramos pasar.

Tras un buen trecho entre matas espinosas y ramajes, Rodrigo se detuvo un instante con los ojos fijos en el suelo.

—Mira.

Me acerqué hasta el lugar que señalaba con su mano.

—¿Qué? —pregunté.

—Ahí, en el suelo, esa huella, es de jabalí. Y es reciente. Vamos.

Subimos a los caballos e iniciamos un ligero trote hacia una pequeña vaguada oculta por el bosque.

—Éste es un buen sitio. Esta vaguada es un camino para los jabalíes, que seguramente la recorren en busca de alguna charca donde abrevar. Nos apostaremos aquí, tras estos matorros. Ten preparado el arco y no dejes la espada ni la lanza demasiado lejos de tu mano. Un jabalí no es peligroso... salvo si está herido; en ese caso su ataque es más temible que el de un oso.

—Nunca he cazado jabalíes, no sé qué hacer —le dije tembloroso.

—Es fácil: se trata de acertarle con una saeta en la cabeza o en los ijares, y rematarlo enseguida con una segunda flecha, o con la lanza, o con la espada. Las alternativas son muchas.

—¿Y si fallo? —le pregunté.

—Si apuntas bien y tienes el pulso firme, no fallarás. Es muy fácil, haz lo mismo que en el palenque: apunta y dispara al blanco.

—¿Y qué ocurrirá si el jabalí queda herido, pero no de muerte? —insistí.

—Si la herida es leve, huirá. En ese caso, si actúas con rapidez y con suerte, tal vez te dé tiempo para lanzar una segunda flecha. Pero si la herida es grave y el animal se siente acorralado, es probable que cargue contra ti.

—Y en ese caso, ¿qué hago?

—Tienes dos opciones: trepar al árbol más alto que puedas o preparar la lanza y la espada y ensartarlo antes de que te raje con sus colmillos.

Tragué saliva al oír aquello y miré alrededor en busca de un árbol al que pudiera subirme enseguida.

Atamos nuestros caballos unos cuantos pasos alejados de nuestro escondite y nos apostamos entre unos arbustos, con los arcos preparados y media docena de flechas clavadas en el suelo por la punta, justo delante de nuestras rodillas. A un lado, también sobre el suelo, habíamos dejado nuestras lanzas y espadas.

La espera se hizo muy larga y por la altura del sol en el horizonte calculé que no tardaría mucho en caer la noche. Ya estábamos a punto de recoger nuestras armas y marcharnos de allí cuando oímos unos ruidos al fondo de la vaguada. Rodrigo me miró con fijeza y me hizo una seña indicándome que tal vez esos ruidos correspondían a un jabalí. Creo que en aquellos instantes se me heló la sangre, pues aunque sentía mi corazón latir con más fuerza que nunca, mis manos y mi frente destilaban un sudor frío.

En un instante apareció el animal. Era un enorme macho de grandes colmillos que ramoneaba confiado entre los arbustos en busca de brotes tiernos y de bellotas. Rodrigo me señaló con un dedo indicándome que era yo el primero que tenía que disparar el arco. Armé la saeta con cuidado, intentando no hacer el más mínimo ruido, y apunté al cuello del jabalí. Tensé el arco cuanto pude y lancé la flecha. Sólo se oyó un rápido silbido antes de que el animal lanzara un agudo chillido y cayera de bruces con el virote clavado en la base del cuello.

No pude refrenar mi alegría y estallé tras tanta tensión acumulada.

—¡Le he dado, le he dado! —grité corriendo hacia el animal caído.

—¡Quieto, Diego, quieto! —oí gritar a Rodrigo.

—¡Le he dado, le he dado, está muerto! —seguí gritando ya muy cerca del animal.

Estaba casi a su lado cuando el jabalí, como impulsado por una fuerza invisible, se levantó de golpe. Yo me detuve aterrado al contemplar los ojos sanguinolentos de la bestia, que me miraban como si de los de un demonio se trataran. Recordé entonces los consejos de Rodrigo y eché mano a mi flanco, pero no encontré la espada deseada; en mi loca carrera había olvidado cogerla y ahora estaba desarmado ante la bestia, que respiraba hondamente como cogiendo fuerzas para cargar contra mí. Miré hacia el árbol que había elegido para subir a él en caso de necesidad, pero me di cuenta de que estaba demasiado lejos, y los más cercanos no parecían fáciles de alcanzar.

El jabalí dio un par de pasos hacia adelante y me mostró sus terribles colmillos amarillentos, empapados en una espuma rosada, prestos a ensartarme en el primer envite. Paralizado por el miedo, ni siquiera se me ocurrió santiguarme; sólo esperaba la carga de la bestia y el dolor acerado por sus colmillos desgarrando mi piel.

El jabalí arrancó de pronto hacia mí, con toda la furia que el dolor de mi flecha le causaba, con los colmillos hacia adelante, embistiendo como una mole marrón de pelo y marfil. Una mano poderosa me empujó a un lado a la vez que una lanza rasgaba el aire y se ensartaba en la testuz de la fiera, que cayó fulminada en medio de un montón de hojas secas.

Rodrigo apoyó su mano izquierda en mi hombro derecho, que temblaba al compás de todo el resto de mi cuerpo.

—Una pieza estupenda. Ya hacía tiempo que no veía un ejemplar como éste —dijo.

Y acercándose al jabalí, lo remató con un certero corte de su cuchillo en la garganta.

Recogimos los caballos y entre los dos cargamos el jabalí sobre la grupa del de Rodrigo. Pesaba casi tanto como uno de nosotros y sus colmillos eran tan largos como la mano de un hombre.

Regresamos a Vivar sin mediar entre ambos una sola palabra, ya muy entrada la noche. La aldea estaba en silencio y sólo se oía el croar de las ranas en las charcas, a lo lejos, cerca del río, bajo un límpido cielo estrellado en el que el lechoso camino que indica la dirección de Compostela estaba tachonado de miles de haces de luz.

—Espero que no olvides nunca la lección que hoy has aprendido: un enemigo no está muerto hasta que está bien muerto. Y nunca abandones las armas, jamás dejes relajada la guardia ni desasistida la defensa. Si tu oponente de hoy hubiera sido un guerrero en vez del jabalí, ahora tú serías el muerto.

«Y también estaría muerto si tú no hubieras estado allí», pensé.

En verdad que aquella jornada me sirvió de mucho; desde entonces no dejé un solo instante de vigilar mis armas durante las batallas que libré al lado de Rodrigo, ni relajé mi guardia ante el ataque de un enemigo aparentemente inferior. Tal vez por eso, tantos años después, tras tantos combates librados, todavía sigo vivo.

Capítulo VI

Poco antes de Navidad, los dos reyes habían decidido que el gobierno conjunto de Galicia no tenía sentido, y la situación entre ambos había llegado a tal extremo de ruptura que se había acordado una batalla en los llanos de Golpejera para el cuarto día del año 1072.

Muchos nobles castellanos, entre ellos mi señor Rodrigo, habían intentado convencer a don Sancho para que evitara el enfrentamiento, pero había sido inútil. El rey de Castilla no tenía en su cabeza otra idea que acabar con la división del reino heredada de su padre y reunificar bajo su Corona todas las tierras entre el Ebro y el océano.

La noche anterior al día de la batalla, don Sancho reunió en su tienda a los capitanes que iban a dirigir el ejército. El rey había bebido una buena cantidad de vino aromatizado con especias y estaba eufórico:

—Mañana, los leoneses estarán a nuestros pies, rogando misericordia —dijo.

—Casi nos doblan en número, majestad, sería más prudente evitar el encuentro —intervino Rodrigo.

—Los derrotamos en Llantada y los derrotaremos en Golpejera. ¡Qué importa que seamos menos! Somos mejores soldados y guerreros más fuertes. Mi lanza vale por mil leonesas, y la tuya, Rodrigo, al menos por cien. ¿No es así?

Rodrigo, sereno y calmado como solía estar antes de cualquier combate, respondió:

—Majestad, yo sólo os aseguro que lucharé con todas mis fuerzas contra un caballero, y lo que ocurra después... Dios dirá.

—Bueno, si no son cien, al menos contra cincuenta —insistió el rey.

—Ya os he dicho, majestad, que uno contra uno, y lo haré lo mejor que pueda.

—Bien, pues al menos contra treinta —perseveró aún el rey.

—Uno, mi señor, uno a uno.

—¿No me digas que no podrás con veinte de esos leoneses?

Don Sancho intentaba levantar el ánimo de sus caballeros mediante una serie de bravuconadas más propias de un joven inexperto que de un rey.

—Vencer uno a uno será un éxito.

—Di que al menos podrás con diez.

Pero don Sancho no pudo sacar una sola bravata de la boca de Rodrigo.

El llano de Golpejera estaba cubierto por un fino manto de escarcha. La mañana era muy fría pero luminosa, una de ésas de invierno en las que el sol brilla con fuerza en un radiante cielo azul, pero apenas caliente, y el aire parece como de cristal.

Los leoneses se habían apostado en el soto de Macintos, a media legua aguas abajo de la ciudad de Carrión. Nosotros ocupábamos una posición abierta entre campos de vides y trigo.

Al amanecer, ya vestidos con nuestro equipo de combate, oímos misa de campaña junto a la tienda del rey. El abad de Cardeña rogó a Dios que intercediera en nuestro favor y otorgara la victoria a Castilla; lo mismo debió de hacer el abad de Sahagún para con los leoneses, por lo que Dios tenía aquella mañana una papeleta muy difícil.

Formados frente a frente a la salida del soto de Macintos, los leoneses no me parecieron tan superiores en número como había asegurado la noche anterior don Sancho. Nosotros éramos trescientos caballeros y otros tantos peones, y ellos quizás un

centenar más, pero esa desventaja a su favor la superaba con creces el recuerdo de la victoria de Llantada y el que Rodrigo combatiera enarbolando el pendón de Castilla.

Don Sancho se caló el casco de combate, sobre el que había colocado dos plumas de halcón teñidas de púrpura, enristró su lanza y ordenó avanzar a la caballería castellana. Los cascos de los caballos atronaron sobre la llanura como las mazas sobre los tambores que oiríamos años más tarde en las batallas contra los almorávides, levantando al trote pedazos de tierra helada. Yo formaba al lado izquierdo de Rodrigo, en la primera línea de carga. Antes de iniciar el ataque me había dicho que procurara no separarme de él y que no me preocupara, que él guardaría mi flanco derecho, el más débil para un soldado diestro como yo. Aquella era mi primera batalla y pese al frío de la mañana mi cuerpo estaba empapado en sudor. Cubierto con la cota de malla, un peto de cuero y el casco cónico con lengüeta para proteger la nariz, enristré la lanza como Rodrigo me había enseñado en tantos días de entrenamiento.

—Mantén la lanza firme y al frente —me había aconsejado—, que sea como una prolongación de tu brazo; ésa es la razón del éxito en una carga. Acóplate a la silla de montar, aprieta bien los muslos en los flancos y mira a izquierda y derecha sin dejar de observar el frente.

A medio camino entre nosotros y los leoneses, el rey ordenó la carga al galope. Espoleamos a los caballos y corrimos sobre ellos al encuentro de la muerte o de la victoria. En plena carga, el retumbo de los cascos de los corceles y los gritos de guerra de los soldados me parecieron de pronto ajenos, como si de repente se hubiera hecho un gran silencio y mis ojos estuvieran presenciando un pesado sueño. Recordé los consejos de Rodrigo y observé lo que se nos venía encima. Aún tuve tiempo para girar mi cabeza a la derecha y ver los ojos del señor de Vivar, tan serenos como cuando me libró de una muerte cierta entre los colmillos del jabalí.

El choque de los dos ejércitos pareció abrirme de nuevo los oídos. El trueno del galope se convirtió en un mar de gritos, restallidos metálicos y relinchos de los caballos que caían heridos entre una muralla de lanzas y escudos. En el primer envite sentí un fuerte impacto en mi hombro izquierdo, pero logré mantenerme sobre el caballo. En ese momento no sabía qué había ocurrido con mi lanza, pero acabada la batalla la encontré clavada en el pecho de un leonés. Debió de ser en el encontrón de los dos ejércitos, pero nunca he podido recordar cómo fue aquella primera vez que maté a un hombre.

Muchos caballeros de ambos bandos cayeron al primer choque, y los que quedamos en pie desenvainamos nuestras espadas para combatir cuerpo a cuerpo. A mi derecha, intentando conservar siempre la posición, Rodrigo repartía tajos y mandobles con una fiereza ajena a lo que sus calmados ojos reflejaban. Durante los combates, he visto a la mayoría de los hombres transformarse en verdaderas fieras, gritar como bestias salvajes, con la boca abierta como lobos hambrientos y los ojos inyectados de una mezcla de ira, odio y temor, los he oído gritar como posesos, chillar y aullar cual locos desesperados, pero jamás he visto a nadie combatir con la serenidad de Rodrigo, impávido como el halcón que atrapa a la presa con la eficacia mortal de sus garras de acero, como si en vez de una lucha a muerte estuviera disputando una partida de ajedrez a la plácida lumbre del fuego de una chimenea.

No conté cuántos enemigos derribó en aquella batalla, pero a fe cierta que fueron muchos. Los demás, alentados por la maestría de Rodrigo, superamos nuestro miedo y nuestra debilidad y lo acompañamos en el combate repartiendo estocadas, tajos y mandobles hasta que los leoneses comenzaron a retroceder.

Rodrigo, que ocupaba el centro del ejército castellano, observó que nuestra ala izquierda estaba batiendo sin dificultad al ala derecha leonesa, donde luchaba el rey Alfonso; en cambio, nuestra ala derecha, donde combatía el rey Sancho, estaba siendo

arrollada por la izquierda leonesa. Los dos reyes parecían estar en serias dificultades, pero la batalla se estaba decantando de nuestro lado claramente en el centro. Rodrigo se dio cuenta de inmediato de la situación y gritó:

—Mantened la presión, incrementad el ímpetu. Tú, Diego, y vosotros —ordenó a un grupo de caballeros— seguidme, vamos a ayudar al rey.

Un par de docenas de jinetes giramos nuestras monturas y acudimos a toda prisa a sostener nuestra ala derecha. El rey Sancho y varios soldados de su guardia se batían con valor, pero los leoneses los estaban empujando hacia el cauce del río.

Sorprendidos por nuestra audacia, los leoneses, entre los que se encontraban los miembros del noble linaje de los Ansúrez y el alférez del rey Alfonso, intentaron reaccionar volviendo grupas hacia nosotros, pero nuestra carga fue terrible. Una docena de caballeros leoneses perecieron ensartados en las puntas de nuestras lanzas y muchos más lo hicieron tajados por los filos de nuestras espadas. Rodrigo rompió sus armas en el combate pero aún pudo liquidar a varios combatientes leoneses con la lanza del alférez de León, a quien se la arrebató de las manos.

Años más tarde oí cantar a un juglar que en esta batalla Rodrigo había liberado a don Sancho, apresado por catorce caballeros leoneses, peleando con una lanza que le habían ofrecido los propios leoneses, a quienes derrotó uno a uno. También he oído otras versiones de cronistas y juglares leoneses en las que se dice que don Alfonso tenía en su mano la victoria en Golpejera, pero que Rodrigo Díaz, cuando don Sancho había ordenado la retirada, convenció a su rey para volver al campo de batalla y así cogieron por sorpresa a los leoneses, que estaban desarmados celebrando lo que creían una victoria segura, y los derrotó.

Pero estas versiones de la batalla son relatos para escuchar en las frías noches de invierno, al fuego de las chimeneas de los castillos o en las plazas de las ciudades y las aldeas. Yo luché en Golpejera y las cosas sucedieron como las he contado, o al menos así es como las recuerdo.

La victoria cayó de nuestro lado; los leoneses pelearon con bravura, pero Rodrigo luchaba con Castilla. Algunos caballeros leoneses lograron huir, pero don Alfonso fue apresado al verse envuelto en una hábil maniobra de nuestra ala izquierda.

Don Alfonso, un rey activo y esforzado, siempre manso al consejo de sus padres, se presentó ante su hermano con la sobreveste empapada en sangre.

—¿Estás herido, hermano? —le preguntó don Sancho.

—No, esta sangre es de los caídos en la batalla, seguramente sangre castellana y sangre leonesa, mezclada.

—Es un buen augurio, pues para eso ha servido esta matanza: para que Castilla y León vuelvan a estar unidas, como nunca debieron haber dejado de estarlo.

—Nuestro padre pretendía... —intentó hablar don Alfonso.

—Nuestro padre se equivocó —le cortó de un modo tajante don Sancho.

Acabada la batalla y obtenida la sumisión de los nobles leoneses vencidos, nos dirigimos a León, donde don Sancho, rey de Castilla, quería ser coronado de inmediato como nuevo rey. Desde Golpejera acudimos primero a la ciudad de Carrión, apenas tres o cuatro leguas al norte. El rey Sancho abría la comitiva en la que también viajaba don Alfonso, el que hasta entonces fuera rey de León, quien lo hacía cargado de cadenas para que todos pudieran comprobar que don Sancho era el nuevo soberano. Desde Carrión nos dirigimos a Sahagún, donde el rey Sancho obtuvo la fidelidad y sumisión del abad, y por fin llegamos a la ciudad de León.

Creo que fue el día 12 de enero de 1072 cuando Sancho de Castilla se coronó como rey de los leoneses en la catedral de Santa María. El obispo de León se había negado a hacerlo alegando que se encontraba enfermo, y delante del altar, don Sancho

cogió la corona imperial de León y se la colocó con sus propias manos sobre la cabeza. Don Sancho visitó después la basílica de San Isidoro y oró un buen rato ante las tumbas de sus padres y de los anteriores reyes de León. Entre tanto, don Alfonso fue exhibido en la plaza del mercado, cargado de cadenas, custodiado por varios soldados, para que no hubiera ninguna duda de que un nuevo monarca reinaba ahora sobre el pueblo leonés.

De regreso a Burgos, don Sancho volvió a mostrar a su hermano encadenado por cuantas aldeas, ciudades y castillos pasamos, a la vez que recibía nuevos juramentos de fidelidad. Rodrigo no parecía conforme con esta actitud del rey, y en alguna ocasión oí que le decía que no era propio de un monarca como él denigrar de esa manera a quien hasta hace unos días había sido rey.

—Un verdadero monarca debe hacerse respetar ante sus súbditos. Los reyes no somos como los demás mortales, hemos sido ungidos por Dios. No podemos demostrar debilidad en ningún momento. La fuerza de un rey está en su espada —le contestó don Sancho.

—Tenéis razón, majestad, pero aún es mayor la fuerza de la justicia —le dijo Rodrigo.

Si algún otro se hubiera atrevido a contestar así al rey, creo que lo hubiera mandado ahorcar allí mismo, pero Rodrigo era su campeón y don Sancho sabía que sus servicios eran imprescindibles.

—Siempre me ha intrigado tu afición por las leyes; cuando estudiabas en la escuela palatina destacabas por el manejo de las armas, pero también por el conocimiento del derecho; ¿sabes?, serías un buen juez.

—Vos, majestad, siempre habéis defendido que un rey debe basar su gobierno en la fuerza de las armas y en el conocimiento del derecho —asentó Rodrigo dejando sin argumentos a su rey.

Don Sancho convocó curia en Burgos apenas iniciada la primavera; era la primera que celebraba como rey de Castilla, León y Galicia. Don Alfonso continuaba preso en el castillo de Burgos. Pese a ello, ni un sólo obispo ni un abad ni un conde leonés habían querido refrendar sus diplomas, que venían firmados sólo por los castellanos.

—Deja libre a nuestro hermano Alfonso —le sugirió la infanta Urraca, hermana mayor del rey.

—Eso no puede ser, conoces a Alfonso mucho mejor que yo y sabes que no renunciará jamás a su trono. Le he ofrecido la libertad a cambio de que firme un documento solemne y jure ante Dios que renuncia a sus derechos sobre León y que me traspasa todos los derechos que le legó nuestro padre, pero no acepta. Si lo libero, no tardará en rebelarse contra mí —alegó don Sancho.

—En ese caso, hermano, muestra tu grandeza y destiéralo al reino de Toledo. Nada puede hacerte desde allí. En tanto no lo hagas, los leoneses jamás te aceptarán como rey —insistió Urraca.

—¿Tú que opinas, Rodrigo? —le preguntó el rey.

—Toledo es feudatario vuestro, majestad; no creo que don Alfonso sea para vos ningún problema si lo exiliáis allí. Mejor que esté alejado del reino que en él, aunque sea preso. Desde Toledo, y bajo el control de vuestro aliado al-Mamún, nada puede hacer contra vos.

Don Sancho se recostó en el trono, miró a los cortesanos y sentenció:

—Mi hermano don Alfonso será enviado al exilio a Toledo, bajo la custodia de nuestro vasallo el rey al-Mamún. Con él irán los nobles leoneses Pedro Gonzalo y

Fernando Ansúrez. Todas las posesiones de mi hermano Alfonso y las de los Ansúrez pasan a ser propiedad de la Corona.

Urraca suspiró aliviada y miró a Rodrigo con una leve sonrisa.

—Agradezco vuestra intercesión por mi hermano —le dijo la infanta a Rodrigo una vez acabada la curia.

—Creo que es lo más justo, alteza —le respondió Rodrigo.

—Sois el mejor caballero de Castilla y su más bravo guerrero, lástima que tan sólo seáis un infanzón.

—Estoy orgulloso de mi linaje, que es uno de los más antiguos de Castilla; uno de mis antepasados fue juez.

—Si hubiera sido conde, tal vez... —Urraca miró a los ojos de Rodrigo con cierto deseo.

La infanta debía de tener entonces alrededor de cuarenta años, trece o catorce más que Rodrigo. No es que fuera una mujer muy hermosa, pero sus ojos rasgados, su tersa piel, la contundencia de sus caderas y sobre todo el halo de misterio que siempre la rodeaba hacían de ella una mujer ciertamente atractiva.

Doña Urraca colocó su mano en el hombro de Rodrigo y la bajó muy despacio hasta colocarla a la altura del pecho.

—Sí, es una lástima que vuestro linaje no descienda de un conde —reiteró la infanta.

Don Alfonso partió hacia Toledo con los Ansúrez, escoltado por medio centenar de soldados de la guardia real; antes, don Sancho le había tomado juramento de fidelidad, pero no había logrado que le cediera los derechos heredados de don Fernando al trono de León.

Volvimos a Vivar; allí nos aguardaba un mar de verdes trigos, un cielo azulenco y caza en abundancia. Nos relajamos cazando con halcón en las laderas de los páramos y dormitando en las veredas, a la sombra de los álamos. Rodrigo siguió visitando a la viuda de Celada, en la que había encontrado la paz y el relajo que necesitaba tras las campañas militares.

—Todavía no has conocido mujer, ¿no es cierto? —me preguntó una tarde al regreso de una jornada de caza.

—Yo... ¡eh!

Juro que me ruboricé como una cereza y que me sentí tan azorado que no pude pronunciar una sola palabra.

—Bien, no importa, no importa —dijo Rodrigo al ver mi turbamiento.

Hasta ese día no había sentido ninguna necesidad de conocer carnalmente a mujer alguna. Los años pasados en el convento me habían enseñado a vencer las tentaciones de la carne y los años al servicio de Rodrigo habían sido una permanente vida de batallas y campamentos militares. Es cierto que tras el ejército suelen ir rameras y alcahuetas en busca de los favores y la paga de los soldados, pero a mí nunca se me había ocurrido acudir a los lupanares o a buscar en las afueras de las ciudades a las mujeres que entregan su cuerpo a quien mejor pueda pagarlo.

Aquella noche apenas pude dormir. La imagen ideal del cuerpo desnudo de una mujer, que yo jamás había visto, volvía una y otra vez a mi cabeza; lo imaginaba blanco, lechoso, como esos dibujos que iluminan algunos códices de la Biblia, en el libro del Génesis, con Adán y Eva expulsados del paraíso por el ángel con la espada de fuego.

Pocos días después de aquello, mientras dormía en mi cama, sentí una presencia extraña en mi alcoba, que estaba cerca de la cocina, en la casona de Rodrigo en Vivar.

Me desperté sobresaltado y bajo el umbral de la puerta contemplé a una figura pequeña que avanzaba despacio hacia mí. Me incorporé de un salto y me quedé junto a ella. Era una de las criadas domésticas, una joven huérfana que apenas tendría diecisiete años. Por el resquicio del ventanuco entraba un tenue rayo de luna que me permitió reconocerla y ver sus ojos oscuros que brillaban como dos perlas negras.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

La muchacha no dijo nada. Se limitó a cogerme la mano y a colocarla sobre su mejilla. Después me abrazó por la cintura y me besó en la boca. Su cabello olía a tomillo y sus labios me dejaron un aroma a hierbabuena. Sin duda, aquella muchacha se había lavado y perfumado con agua de hierbas antes de venir a mi encuentro.

Me cogió de la mano y me llevó hasta la cama, y allí yacimos juntos como hombre y mujer deben hacerlo, en la oscuridad de la alcoba apenas alumbrada por un rayo de luna. Y en verdad que fue una noche maravillosa.

A la mañana siguiente desperté sobresaltado. Tenté la cama buscando el cuerpo de la muchacha, pero sólo encontré las sábanas calientes. Me vestí, salí a la cocina, y allí estaba preparando, como siempre hacía, el desayuno. Me acerqué hasta ella y le acaricié el cabello, ella se turbó, se separó de mí con delicadeza y desapareció por la puerta de la despensa. Quise seguirla, pero en ese momento apareció Rodrigo.

—Buenos días, Diego, tienes un excelente aspecto esta mañana. Ven, compartamos el desayuno.

Rodrigo se sentó a la mesa de la cocina sobre la que la muchacha había dejado un plato de barro con una docena de tajadas de cerdo fritas, varias rebanadas de pan, medio queso y un frasco con miel. Hasta entonces no había tenido hambre, pero cuando me senté frente a Rodrigo y tomé la primera tajada, me hubiera comido toda la fuente y aun otra más que hubieran servido.

La calma parecía instalada en los campos de Vivar: los trigos crecían vigorosos gracias a unas abundantes lluvias en abril y las aliagas y retamas florecían en las laderas de los páramos. En Vivar, Rodrigo gobernaba sus propiedades reservándose cada semana un par de días al menos para visitar a la dama de Celada.

Estábamos cazando con un joven halcón, al que Rodrigo había entrenado durante el invierno, al pie del páramo, al sureste de Vivar, cuando vimos que a lo lejos se acercaban dos jinetes. Rodrigo se cubrió los ojos con la mano para atisbar mejor en la lejanía, y dijo:

—Son miembros de la guardia real.

Y en efecto, lo eran. Cuando se detuvieron ante nosotros, saludaron al portaestandarte de Castilla con una inclinación de cabeza y se identificaron mostrándole un documento de don Sancho.

—No hace falta, ya os conozco —dijo Rodrigo—. ¿Qué ocurre?

—Su majestad requiere de vuestra inmediata presencia en Burgos. Ha convocado al ejército porque el conde Pedro Ansúrez ha quebrantado la pena de exilio y desde Toledo ha ido hasta Zamora, donde ha convencido a la infanta Urraca para que levante a esa ciudad contra el rey. Allí, los rebeldes se han hecho fuertes y han manifestado su desobediencia a don Sancho.

Dos días después estábamos en Burgos. Don Sancho caminaba a grandes zancadas de un lado a otro de la gran sala de su palacio burgalés, con las manos a la espalda, la cabeza erguida y el rostro fruncido; sus ojos irritados y casi fuera de sus órbitas, sus cejas enarcadas y sus labios entreabiertos denotaban el estado de ira regia, tan característica de los descendientes de Sancho el Mayor.

—¡Maldita sea esa mujer! ¿Por qué le haría caso? Es ella quien ha tramado toda esta conjura contra mí, contra su propio hermano y rey; juro que yo mismo la estrangularé con mis manos.

—Majestad —intervino Rodrigo, el único de los miembros de la curia real que se atrevía a interrumpir al rey en semejante estado—, vuestra hermana no hubiera podido levantar en vuestra contra a Zamora sin la ayuda de algunos nobles leoneses.

—¡Es el demonio! Ha tenido hechizado a mi hermano Alfonso desde que era un niño, siempre ha hecho de él lo que ha querido, y también habrá hechizado a esos nobles leoneses; ¡quién sabe qué es capaz de lograr esa arpía si se lo propone! Pero no sabe con quién se enfrenta. Pagará muy caro el haberse rebelado contra su rey. Dentro de unos días, en cuanto esté preparado el ejército, saldremos hacia Zamora, y juro ante Dios que no cejaré hasta que sus muros caigan bajo mis pies y vea a esa maldita mujer cargada de cadenas y a buen recaudo.

—Tal vez deberíamos preparar con más tiempo esta expedición, majestad. Las murallas de Zamora son fuertes y deberemos entrar en territorio leonés, que sigue siendo hostil —alegó Rodrigo.

—No demoraremos la partida ni un instante más del necesario. No quiero que los leoneses imaginen siquiera que ha habido un momento de vacilación por mi parte. Apresuraos todos, quiero partir cuanto antes.

El ímpetu y la energía de don Sancho seguían a sus treinta y cinco años tan enteros como a los veinte, y eso siempre es una virtud en un monarca, pero los años y la experiencia de gobierno no habían cambiado un ápice su carácter irreflexivo y su falta de previsión, lo que se convierte en un gran defecto cuando se trata de gobernar un reino.

Antes incluso de lo que la prudencia y la estrategia aconsejaban, salimos de Burgos hacia el oeste. Componíamos la vanguardia del ejército apenas medio centenar de caballeros y unos doscientos peones, demasiado poco para amedrentar a una ciudad tan sólidamente murada. Descendimos por el valle del río Arlanzón hasta el Pisuerga, y desde éste hasta el Duero, cuya orilla seguimos por Tordesillas y Toro hasta vislumbrar las torres y las almenas de las murallas de Zamora.

Esta ciudad es pequeña, pero está firmemente asentada en el extremo de un espolón rocoso, sobre el río Duero. Las rocas constituyen una verdadera fortificación natural, sólo interrumpida en el lado en que el espolón se une al páramo, donde hay excavado un profundísimo foso. Altas murallas rodean el cerro, sin ofrecer un sólo punto débil en todo el recinto.

Cuando nos presentamos ante su ciudad, los zamoranos ya hacía tiempo que habían sido alertados de nuestras intenciones, y se habían pertrechado con abundantes víveres, habían reforzado todavía más sus defensas levantando parapetos y excavando trincheras y habían ensanchado y profundizado el foso en varios codos. Por nuestra parte, la precipitación de don Sancho nos había obligado a dejar en retaguardia las máquinas de asedio, las catapultas y los almajaneques, y éramos demasiado pocos como para establecer un sitio impermeable. Por eso, los zamoranos parecían seguros en lo alto de sus murallas, y nos contemplaban desde allá arriba confiados en que ningún daño podríamos hacerles.

Plantamos las tiendas frente a Zamora, en el lado del foso, y allí nos quedamos a la espera de que llegara el resto del ejército. Dadas nuestras fuerzas y la seguridad de las murallas de Zamora, todos éramos conscientes de que el asedio podría ser largo y penoso.

Nos encontrábamos en una región en la que doña Urraca y el conde Pedro Ansúrez tenían extensas propiedades. Rodeados de leoneses, aislados en medio de una

comarca hostil, no hicimos otra cosa que merodear a caballo en grupos armados por los alrededores de Zamora, aguardando que llegara la retaguardia de nuestro ejército. Lo hizo una soleada mañana de septiembre, y todos nos sentimos desalentados cuando comprobamos que los refuerzos que tan ansiosamente esperábamos eran apenas cien caballeros y trescientos peones. Ni uno solo de los nobles de León había acudido a la llamada de su rey.

Nuestra debilidad llegaba a tal extremo, que hasta el propio don Sancho se convenció de que con semejante relación de fuerzas no teníamos ninguna posibilidad frente a los muros de aquella peña cortada a pico sobre el Duero.

—No podemos rendir Zamora, majestad —le dijo Rodrigo una noche durante la cena en la tienda del rey.

Don Sancho tenía sobre su plato media pierna de cordero braseada y condimentada con romero y albahaca de la que no había probado un solo bocado.

—No importa. El rey de Castilla y de León no puede ser derrotado en su propio reino. No sería digno de portar esta corona si me rindiera ante esas murallas.

—¿Por qué no intentáis alcanzar un acuerdo? Vuestra hermana es una mujer sensata, aceptará un pacto —propuso Rodrigo.

—¿También a ti, mi mejor caballero, te ha hechizado esa bruja?

Don Sancho se levantó colérico y de un golpe arrojó al suelo el plato con la media pierna de cordero a la que acudieron raudos los dos grandes alanos del rey, siempre prestos a devorar los pedazos que caían al suelo o los que los comensales les arrojaban en los banquetes. Los dos perros dieron buena cuenta de la carne ante el silencio que las palabras del rey habían provocado.

—Ni siquiera la reina de las brujas podría hacer mudar mi lealtad hacia vos, majestad. Sólo trato de constatar un hecho, y os repito que no tenemos fuerzas suficientes como para rendir Zamora.

Rodrigo habló con su firmeza serena, mirando a los ojos a don Sancho, que volvió a sentarse.

—¡Vino, más vino! —gritó el rey, que buscó en vano su copa, caída también al suelo con el plato de carne.

Un criado le acercó de inmediato otra copa con vino tinto de Toro rebajado con un poco de agua, que el reyapuró de un trago.

—Al amanecer irás en mi nombre a hablar con mi hermana; le propondrás el señorío sobre tres villas castellanas a cambio de que me entregue Zamora. ¡Maldita sea! —y don Sancho volvió a pedir que le llenaran la copa de vino.

Rodrigo, otro caballero del séquito real y yo mismo nos acercamos desarmados al foso de Zamora. Rodrigo en el centro, el caballero a su derecha, portando el estandarte real de don Sancho, y yo con una bandera blanca. Desde el exterior del foso, Rodrigo pidió al jefe de la guardia de la puerta que nos dejara entrar porque traíamos un mensaje del rey para su hermana la infanta Urraca. Tuvimos que esperar un buen rato hasta que el puente levadizo comenzó a descender pausadamente hasta apoyar en un saliente en el lado del foso en el que nos encontrábamos.

Doña Urraca estaba sentada junto a una ventana de la torre mayor del castillo de Zamora, contemplando el curso del Duero que discurría por la vega como una cinta dorada.

—Pasad, pasad —dijo doña Urraca cuando un heraldo le anunció al señor de Vivar.

—Alteza —la saludó Rodrigo inclinando la cabeza.

—Dejadnos solos —ordenó doña Urraca a los cuatro soldados que escoltaban a Rodrigo.

—Pero alteza... —protestó el jefe de la escuadra.

—He dicho que nos dejéis solos —reiteró tajante la infanta—, y cierra la puerta al salir.

El jefe de la guardia hizo un gesto con la cabeza a los otros tres soldados y marcharon de la estancia.

—Me alegra veros, Rodrigo, lástima...

—Lástima que sólo sea el hijo de un infanzón —la interrumpió el de Vivar.

—No, lástima que ahora estéis en el bando equivocado.

—Yo sirvo a mi rey, al legítimo soberano de Castilla y de León.

—Un rey que ha usurpado el trono de León, que no le corresponde.

—La división del reino que hizo vuestro padre fue un error.

—Dejemos el pasado, Rodrigo, y decidme qué os trae aquí.

—Vuestro hermano el rey desea acordar un tratado con vos, alteza. Me ha autorizado para proponeros la concesión del señorío sobre tres villas de Castilla si le entregáis Zamora y le juráis lealtad como rey de León.

—Burgos, Sepúlveda y Ávila.

—¿Cómo decís? —se sorprendió Rodrigo.

—Que de acuerdo, si esas tres villas son Burgos, Sepúlveda y Ávila —repitió la infanta.

—Alteza, sabéis que eso es imposible, son villas con fueros propios en los que los concejos son libres.

—En ese caso, no hay trato. Decidle a mi hermano que siga ahí fuera aguardando hasta el día del Juicio Final.

—¿Debo entender que es vuestra última palabra? —le preguntó Rodrigo.

—Lo es.

—Alteza —Rodrigo hizo una inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta.

—¿Seguís soltero? —inquirió doña Urraca cuando Rodrigo estaba a punto de salir—

—Sí, alteza.

—Por cierto, también es una lástima que sólo seáis un infanzón.

El señor de Vivar volvió a inclinarse y salió de la estancia.

—¿Burgos, la muy zorra quiere Burgos!

Don Sancho se agitaba en su sitio de madera labrada rodeado de los nobles castellanos que integraban la curia real.

—Jamás entregará Zamora, majestad —dijo Rodrigo.

—En ese caso habrá que rendirla, o tomarla al asalto.

El rey sabía que aquello que estaba diciendo era imposible a la vista de sus escasas fuerzas. Sólo había una solución, la misma que había resultado tan eficaz en el pleito sobre Pazuengos o en el asedio a Zaragoza: un combate entre dos campeones.

Y así, don Sancho propuso de nuevo a su hermana una lid para dirimir el sitio de Zamora, pero doña Urraca se negó a ello, sabedora de que del bando castellano combatiría Rodrigo y de que entre los leoneses no había ningún caballero capacitado para derrotarlo.

El asedio se prolongaba y nada parecía cambiar la situación. Patrullas armadas con cotas de malla y corazas de cuero recorrían una y otra vez el exterior de las murallas en una vigilancia permanente, pero ni aun así eran capaces de evitar que la ciudad fuera abastecida desde el exterior con ciertos productos.

El asedio era tedioso para los sitiadores, pero también para los sitiados. Un grupo de atrevidos zamoranos propusieron a doña Urraca realizar una salida por sorpresa para

atacar el campamento castellano. Aducían que si conseguían sorprendernos y causarnos algunas bajas, nuestra moral caería de tal modo que tal vez cundiera el desánimo en nuestras filas y estallaran disensiones que nos obligaran a levantar el sitio.

Doña Urraca, a la vista del escaso contingente de tropas de su hermano, aceptó esa estrategia y permitió que una docena de jinetes, bien pertrechados con lorigas, lanzas y escudos, saliera en una incursión rápida.

Los doce jinetes estaban apostados tras una de las puertas de la ciudad, esperando el momento propicio para atacar por sorpresa. Era el final de la tarde, casi a media luz, cuando desde lo alto de la torre de esa puerta un centinela nos avistó a Rodrigo y a mí, que estábamos comprobando los puestos de guardia para esa noche. El centinela debió de reconocer al señor de Vivar, tal vez por que lo hubiera visto cuando entró en Zamora a parlamentar con doña Urraca, y avisó a los caballeros.

La puerta se abrió y los dos nos giramos al oír el ruido de los cascos de los caballos golpeando el suelo. Uno de los caballeros cargó contra nosotros confiado en la sorpresa de su ataque, pero Rodrigo, siempre alerta, enristró su lanza y lo tumbó con facilidad, cargando después contra los demás, que sorprendidos por el derribo de su compañero y la intrepidez de su oponente dudaron por un momento si seguir adelante o regresar tras los muros. A los dos primeros apenas les dio tiempo a pensar otra cosa, pues cayeron al suelo ensartados por la punta de la lanza de mi señor, que volvió a enristrarla para cargar contra los restantes.

Yo, que estaba más sorprendido todavía que los zamoranos por el arrojado de Rodrigo, armé mi brazo con la pica y me lancé a la carga gritando como un poseso. Pero mi gesto de valor no hubiera significado ninguna ayuda, pues los nueve zamoranos sobrevivientes, aterrados por la muerte de sus tres compañeros, habían vuelto grupas hacia la ciudad y huían despavoridos.

Al oír el fragor de la pelea acudieron varios de nuestros compañeros de un puesto de guardia próximo, que, al observar a los tres zamoranos muertos, no cesaron de alabar la destreza de su campeón. Aquella misma noche alguno de los juglares que merodeaba por el campamento compuso una canción sobre la gesta de Rodrigo, en la que, recogiendo el apelativo de alguno de los romances que ya se conocían por toda Castilla, volvió a referirse a Rodrigo como al Campeador.

—Ahora que han visto cómo pelea, jamás querrán enfrentarse con Rodrigo en un juicio de Dios —comentó don Sancho cuando le narraron la hazaña del señor de Vivar.

Desde el fracaso de aquella tentativa, los zamoranos evitaron cualquier escaramuza fuera de sus murallas, tras las que se sentían protegidos y seguros. No obstante, a principios de octubre se unió al asedio un nuevo contingente de tropas, sobre todo campesinos de las montañas del norte de Castilla que habían acabado sus labores en la recolección en los campos, y algunos caballeros del valle alto del Ebro y de Sepúlveda. No era una gran ayuda, pero sirvió para levantar la moral de nuestras tropas y para convencer a los zamoranos de que la decisión de don Sancho era firme y de que no cesaría hasta conquistar su ciudad.

Los acontecimientos que sucedieron a continuación, sólo Dios los conoce. Desde aquellos días del cerco de Zamora hasta hoy, cuarenta años después, han sido muchos los juglares, poetas y cronistas que han cantado, narrado y escrito sobre lo que allí aconteció, pero yo, que fui testigo de los actos, no he podido saber nunca lo que de verdad pasó. Así es como lo recuerdo:

Cuando llegaron los nuevos refuerzos, los zamoranos debieron de pensar que aquel cerco, que en principio creían que iba a durar unas pocas semanas y que, en

cuanto acecharan los primeros fríos del invierno y escasearan nuestras provisiones, los castellanos nos retiraríamos a nuestras tierras, se iba a prolongar indefinidamente.

No sé quién fue, aunque no faltan quienes aseguran que la idea partió de la infanta Urraca, e incluso del mismo don Alfonso, que seguía confinado en Toledo, pero alguien debió tramar el asesinato del rey Sancho como única salida de aquella situación.

El tedio del sitio era soportado con alguna partida de caza que organizábamos de vez en cuando; la caza, además de proporcionarnos carne fresca, nos servía como ejercicio para mantener tonificados nuestros músculos, que en caso contrario se hubieran abotargado por la inactividad. Era la mañana de un domingo de octubre, un día excelente para la caza de la perdiz. Don Sancho había salido con media docena de caballeros hasta un soto cerca del río donde algunos lugareños aseguraban que las perdices eran muy abundantes en esa época del año. De regreso al campamento, don Sancho se retrasó un poco, y ése fue el momento que aprovechó uno de los caballeros que lo acompañaban para traspasarle el corazón con la lanza. Cuando el resto de los soldados de la partida quisieron reaccionar, el rey yacía tumbado sobre el suelo en medio de un charco de sangre.

Trajeron su cuerpo agonizante al campamento, donde Rodrigo montaba guardia, y lo tumbaron en su cama. El de Vivar, en la única ocasión en que le vi perder la calma, preguntó quién había sido el culpable.

—Ha sido Vellido Adolfo —dijo uno de los magnates castellanos—. Se quedó rezagado con el rey mientras éste atendía a sus necesidades naturales y aprovechó ese momento para clavarle la lanza en el corazón. Cuando nos dimos cuenta de lo que estaba sucediendo y volvimos sobre nuestros pasos, el rey estaba en el suelo moribundo y Vellido había desaparecido.

Rodrigo miró el cuerpo del rey y después cruzó su vista con la del magnate castellano. Salió de la tienda a toda prisa y cogió su caballo, que unos criados habían aparejado sólo con la silla de montar sin tiempo para colocar las bridas y los estribos. Rodrigo tomó una lanza, saltó sobre la grupa del alazán y lo espoleó partiendo al galope hacia Zamora.

Las puertas, que hacía un rato se habían abierto para permitir la entrada del traidor, estaban cerradas. Rodrigo, erguido sobre su montura delante de la puerta, reclamó en vano la entrega de Vellido Adolfo, pero sólo encontró el silencio de la tarde como respuesta. Desesperado, arrojó su lanza contra la puerta y juró en voz alta que castigaría con la muerte al asesino del rey de Castilla.

Vellido Adolfo era el caballero que portaba el estandarte real cuando Rodrigo entró en Zamora para proponer la rendición de la ciudad a doña Urraca. Recuerdo que era un hombre oscuro y quedo que hasta entonces no había mostrado sino lealtad hacia su rey. Jamás volvimos a saber de él. Hubo quien dijo que el regicida estaba enamorado de doña Urraca y que la infanta lo había convencido para que asesinara a don Sancho a cambio de otorgarle sus favores; hubo quien comentó que fue el propio don Alfonso quien, a través del conde Pedro Ansúrez, le ofreció una enorme suma de dinero por su traición; y todavía hubo quien aseguró que Vellido Adolfo había asesinado al rey porque éste le había hecho una muy gran afrenta que había jurado vengar.

Fuera como fuese, nunca se averiguó la verdad; en parte porque el ascenso al trono de don Alfonso, un monarca más reflexivo que su hermano, fue bien aceptado por leoneses y castellanos, cansados de tantas luchas fratricidas, y sobre todo porque nadie supo qué fue de Vellido Adolfo. Algunos dijeron que lo habían visto como peregrino en Compostela, purgando sus remordimientos, y otros que con la ingente cantidad de oro con la que pagaron su traición emigró a Francia o a las tierras de los musulmanes. Pero no se ha podido demostrar qué es lo que realmente sucedió a la sombra de las murallas

de Zamora. Aquel juramento de vengar la muerte de don Sancho fue tal vez el único en toda su vida que Rodrigo no pudo cumplir.

Capítulo VII

Rodrigo contemplaba las murallas de Zamora desde la distancia. El campamento castellano había sido desmantelado esa misma mañana y el ejército sitiador regresaba a Castilla. Don Sancho había hecho saber a sus caballeros que en caso de morir quería ser enterrado en el monasterio de Oña, en la comarca de la Bureba, al norte de Burgos. Hasta allí lo llevamos atravesando media Castilla; Rodrigo había enviado por delante a dos mensajeros para que los monjes tuvieran preparado el sepulcro del rey.

Entre tanto, otros mensajeros, en este caso enviados por doña Urraca, volaron hacia Toledo, donde comunicaron a don Alfonso que su hermano el rey Sancho había muerto sin descendencia y que los nobles y obispos leoneses y aun algunos castellanos lo jurarían como rey. Don Alfonso salió de Toledo con el beneplácito de su rey al-Mamún y pocos días después llegó a Zamora, donde lo esperaba su hermana doña Urraca.

Nosotros nos dirigimos desde Oña a Vivar, una vez que Rodrigo cumplió el deseo del rey de enterrarse en ese monasterio. Los nobles castellanos que habían participado en el asedio de Zamora estaban confusos; durante años habían servido al rey Sancho y ahora, tras su muerte, se encontraban sin rey. Rodrigo, que conocía bien las leyes de Castilla, ante el sepulcro de don Sancho en Oña, y antes de que cada uno se dirigiera a sus dominios, les dijo:

—Hasta su muerte, hemos sido leales a don Sancho, como antes lo fuimos a don Fernando. Castilla no está sin rey, a falta de un hijo de don Sancho, el monarca legítimo es don Alfonso.

Entre algunos nobles se extendió un cierto murmullo de desaprobación, pero Rodrigo insistió:

—Don Alfonso es hijo de don Fernando y el sucesor natural y heredero legítimo de su hermano don Sancho. A él le debemos ahora lealtad, ¡por Castilla!

Don Alfonso fue proclamado rey en León y desde allí se dirigió a Burgos para recibir el reino de Castilla. La pequeña iglesia de Santa Gadea había sido la designada para que don Alfonso jurara las leyes y recibiera la corona. El rey llegó sobre un alazán blanco acompañado por su hermana doña Urraca, a la que había otorgado el título de reina, algo habitual en León con respecto a la hermana mayor cuando había muerto la reina madre y el rey estaba soltero todavía.

Acompañaban a don Alfonso varios obispos y los nobles leoneses Pedro Ansúrez, a quien había reintegrado sus condados de Carrión y Zamora, y Gonzalo Díaz, nombrado alférez de León. Frente a Rodrigo estaban sus viejos enemigos: Pedro Ansúrez, derrotado en Golpejera, y Martín Alfonso, derrotado en Llantada. En los ojos de los condes leoneses vencidos por Rodrigo podía verse el reflejo del odio contenido hacia el señor de Vivar.

Tras el juramento de las leyes de Castilla, don Alfonso pronunció un discurso en el que abogó por el olvido de las viejas rencillas entre leoneses y castellanos y exhortó a todos a mantener el reino unido y en paz. Los burgaleses aclamaron a su nuevo rey y los nobles castellanos, encabezados por el conde de Lara, prestaron juramento de vasallaje a don Alfonso.

En los días siguientes el nuevo rey firmó varios documentos, la mayoría de ellos confirmando viejos privilegios y otorgando otros para ganarse el favor de los

castellanos; Rodrigo estampó su firma al pie de varios de ellos, pero ya no era el primer caballero del reino, sino uno más en una larga lista de vasallos de don Alfonso.

Creo que don Alfonso admiraba a Rodrigo, pero debía su corona al apoyo de los nobles leoneses y no podía enemistarse con ellos. Por su parte, el nuevo soberano trató desde el primer momento de atraerse la amistad de la nobleza castellana, entre cuyos miembros había quienes seguían sospechando que había sido él el instigador del asesinato de su hermano en el cerco de Zamora.

Las relaciones incestuosas que don Alfonso mantenía desde hacía mucho tiempo con su hermana doña Urraca tampoco eran bien vistas por los obispos leoneses y castellanos, pero el rey hacía poco caso a las recomendaciones de sus confesores. Doña Urraca era siete u ocho años mayor que don Alfonso, y desde que éste era niño, la infanta estuvo siempre a su lado, mimándolo y cuidándolo. Se rumoreaba por entonces en la corte que ambos hermanos dormían juntos y que su amor iba más allá del que es debido entre hermano y hermana, pues se decía que tenían relaciones como sólo debe ser propio de esposos. Cuando don Alfonso fue coronado rey de Castilla, tenía treinta y tres años y seguía soltero; hacía ya tres que había contraído esponsales con una delicada muchachita llamada Inés, hija del poderoso y rico duque de Aquitania, que aguardaba desde entonces en su país la llamada del rey de León para convertirse en su reina; ahora también lo sería de Castilla.

A comienzos del año 1073 regresó de su exilio sevillano don García, quien, tras la muerte de su hermano Sancho, había reclamado su reino de Galicia. El pobre e ingenuo don García apareció en las fronteras de León con dos docenas de caballeros y fue inmediatamente apresado por don Alfonso. El que fuera efímero rey de Galicia, un hombre ingenuo y desgraciado, fue conducido al castillo de Luna, en las montañas del norte de León, donde don Alfonso lo retuvo preso y cargado de cadenas hasta su muerte, que ocurriría diecisiete años después. Don Alfonso había aprendido muy bien la lección de su exilio y jamás permitió que su hermano menor quedara libre. Tal vez don García vivió sus últimos años en la esperanza, alimentada por la falta de un hijo varón de su hermano, de que un día alguien le comunicara que éste había muerto y que él era al fin el rey de León, también de Castilla... y de Galicia. Pero cuando se abrió la puerta de su celda no fue para llevarlo a la catedral de León a recibir la corona, sino para conducir su cadáver al sepulcro. Vivió encadenado y murió encadenado, pues en los últimos días de su vida, gravemente enfermo, cuando le dijeron que iban a quitarle las cadenas para permitirle morir libre, el que fuera rey de Galicia contestó que deseaba morir como había vivido sus últimos años, encadenado. Tal vez para lavar su mala conciencia, don Alfonso consintió en que su desventurado hermano don García fuera enterrado en el panteón de los reyes en San Isidoro de León.

Rey único, todopoderoso señor en León y en Castilla, don Alfonso reclamó el pago de las parias que adeudaban los reyezuelos musulmanes. Una de las primeras medidas de su gobierno fue enviar cartas a los reinos tributarios para exigirles los pagos atrasados. El primero en pagar fue el rey de Zaragoza, al-Muqtádir, que a fines de mayo remitió doce mil mancusos de oro, cantidad que se comprometía además a pagar anualmente.

Rodrigo se retiró a Vivar, confiado en que don Alfonso lo llamaría pronto a su lado, pues no en vano él había sido su principal valedor y en cierto modo quien había convencido a los nobles castellanos para acatarlo sin recelos como nuevo monarca de Castilla.

Las esperanzas de Rodrigo florecieron cuando a mediados de abril el rey lo nombró juez en un pleito que enfrentaba a los monjes de Cardeña con los infanzones del

valle de Orbaneja. El motivo de la querrela radicaba en que el abad Sisebuto, un hombre santo, acusaba a los infanzones de este valle de haberse adueñado de más de cien bueyes que pastores del monasterio habían llevado allí a pastar. Los infanzones alegaban que las tierras de Orbaneja eran suyas y que por tanto los bueyes les pertenecían. Los infanzones habían encerrado a los bueyes en un aprisco en la umbría de una vaguada cerca del curso del río Ebro.

Acudimos a Orbaneja, a poco más de una jornada de camino al norte de Vivar, acompañando al merino de Burgos, que también había sido designado por el rey como procurador en este caso. Rodrigo y el merino de Burgos citaron a los acusados en la puerta de la iglesia de Orbaneja a mediodía, y allí, por orden de los jueces, leí el pliego de acusaciones y la reclamación del abad Sisebuto. Los monjes de Cardeña solicitaban la devolución de ciento cuatro bueyes y la imposición de una dura pena para los infanzones. Su portavoz, un hombre recio, de complexión fuerte, anchos hombros y nariz prominente, estalló en cólera cuando me oyó leer:

—Por todo ello, reclamamos a los infanzones de Orbaneja la devolución de los ciento cuatro bueyes que nos han robado y además solicitamos de vuestra majestad que les imponga la pena del duplo de lo robado.

—¡Estáis locos! —gritó aquel hombre—. El duplo decís, eso son..., eso son más de doscientos bueyes.

El portavoz de los infanzones hablaba en la lengua de Castilla, pero incluía a veces algunas palabras de las gentes del norte, de la sonora y chirriante lengua de los vascos de las montañas.

El representante del abad exhibió un documento en el que se demostraba la propiedad de los bueyes, en tanto que los infanzones nada pudieron alegar al respecto, sólo repetían que los bueyes estaban en sus pastos y que eran por tanto suyos.

Tras oír a ambas partes y examinar las pruebas y los testimonios presentados, el merino de Burgos y Rodrigo se retiraron al interior de la iglesia. Yo los acompañé para tomar nota del fallo, que copié en un pergamino.

Volvimos a salir a la puerta, donde aguardaban expectantes los infanzones de Orbaneja y los monjes de Cardeña, y Rodrigo dijo:

—El caballero don Diego de Ubierna leerá la sentencia.

Se hizo el silencio tras unos murmullos, y con la voz más firme que pude, leí:

—Nos, don Gonzalo García, merino de Burgos, y don Rodrigo Díaz, señor de Vivar, jueces por nombramiento de don Alfonso, rey de León y de Castilla, otorgamos la siguiente sentencia en el pleito entre el monasterio de San Pedro de Cardeña y los infanzones del valle de Orbaneja: Reconocemos a los monjes de Cardeña la propiedad de ciento cuatro bueyes que los infanzones de Orbaneja se han apropiado injustamente, ordenamos a dichos infanzones que devuelvan de inmediato los dichos bueyes a los monjes y condenamos a los infanzones a pagar el duplo de lo robado al rey de León y de Castilla...

—¡No! —gritó el portavoz de los infanzones.

—¡Silencio! —ordenó Rodrigo—, si alguien vuelve a interrumpir la lectura de la sentencia, juro ante Dios que le cortaré la lengua yo mismo.

Y me indicó que continuara leyendo.

—...pero en atención a los muchos méritos y servicios que dichos infanzones han prestado a la Corona, dicha pena les es conmutada por el pago de una ternera.

—Que nos comeremos todos juntos hoy mismo —me interrumpió Rodrigo sin dejar que acabara de leer el colofón de la sentencia.

Y así se hizo; aquella noche cenamos la ternera, los monjes de Cardeña recuperaron su ganado y los infanzones de Orbaneja se quedaron tan felices tras haber

creído por un momento que la justicia del rey les impondría una calaña imposible de soportar.

Regresamos a Vivar satisfechos de cómo se había dilucidado el pleito, pero cuando llegamos, le dieron a Rodrigo una noticia terrible: la dama que cortejaba en Celada había muerto hacía dos días a causa de una enfermedad que le había provocado la parada del corazón. Rodrigo intentó disimular su afección, pero fue la primera vez que vi cómo las lágrimas acudían abundantes a sus ojos.

Durante varios meses permaneció inane; se dedicaba a contemplar los llanos de Vivar con la mirada perdida en el horizonte, o cabalgaba sobre su corcel camino de ninguna parte durante todo el día, para regresar al anochecer y acostarse en su lecho sin apenas probar bocado. Poco a poco parecía consumirse en una angustiosa desazón que no hacía sino aumentar conforme iban llegando noticias de la corte y ninguna de ellas referida a Rodrigo, a quien el rey parecía haber olvidado.

Fueron mi hermano, que solía participar como guerrero en todas las algaras contra los musulmanes, y el conde de Lara, que había sido el primer noble castellano en prestar juramento a don Alfonso, quienes intercedieron ante la corte, y tal vez también la propia doña Urraca, ¡quién sabe!, pero a finales de 1073 una carta del rey invitaba a Rodrigo a visitarlo en Burgos.

Allí fuimos, bien a desgana del señor de Vivar, a cumplimentar al rey de León y de Castilla. Don Alfonso recibió a Rodrigo con cortesía pero sin ninguna especial muestra de afecto.

—Sed bienvenido a la corte, señor de Vivar.

—¿A qué se debe el honor de vuestra llamada, majestad? —le preguntó Rodrigo.

—A dos cuestiones. La primera de ellas mi matrimonio; hace ya varios años que firmé los esponsales con Inés de Aquitania: es hora de cumplirlos. He enviado un mensaje a su padre el duque reclamando a mi futura esposa. En cuanto pase el invierno contraeré matrimonio con Inés. Por cierto, vos tenéis ya edad más que suficiente y que yo sepa seguís soltero. No estaría de más que buscarais una esposa joven y fuerte que os diera hijos para proseguir vuestro linaje. Hay una joven llamada Jimena que quizás os convenga. Es hija de Diego Rodríguez, conde de Oviedo, y de doña Cristina, biznieta del rey Alfonso, el quinto de ese nombre en León. Creo que para un infanzón como vos es un buen partido. ¡La descendiente de un rey! Vuestros hijos podrían afirmar que por sus venas corre sangre real.

—No es mi intención casarme... por el momento, majestad.

—No importan tanto vuestros deseos como vuestro deber, y la obligación del señor de Vivar es casarse y procrear hijos. Sois un noble y no podéis eludir vuestra responsabilidad. Además, le he prometido al conde de Oviedo que su hija tendría un buen matrimonio, y qué mejor esposo que el más valeroso caballero de Castilla, don Rodrigo Díaz el Campeador —el rey pronunció el apelativo "Campeador" con cierta befa—. Necesitáis una esposa, y Jimena será la mejor para vos.

—Si ése es vuestro deseo... —dijo Rodrigo.

—Es mi voluntad —zanjó don Alfonso.

—¿Y la segunda cuestión? —inquirió Rodrigo sin amilanarse ante la postura un tanto airada del rey.

—Son esos malditos endemoniados navarros que tan bien conocéis. Sabéis que mi hermano no pudo ganar la Rioja, que Castilla siempre ha considerado como suya. Yo quiero esa rica comarca y necesito buenos guerreros como vos para conquistarla. Hace meses que busco una excusa, y ya la he encontrado. Desde que ceñí la corona de Castilla, mi primo el rey Sancho de Pamplona no ha dejado de incordiar a los peregrinos

castellanos que acuden al monasterio de San Millán, y como su rey y señor tengo la obligación de protegerlos. Y qué mejor manera de hacerlo que conquistando la Rioja. He decidido hacer una incursión hasta cerca de Nájera en junio, justo antes de mi boda. Lo justificaré alegando que necesito protección para mí y mi séquito, pues deseo visitar el cenobio de San Millán para pedir al santo que bendiga mi matrimonio.

»Vos, Rodrigo, vendréis con nosotros en esa incursión. Los condes don Pedro Ansúrez y don García Ordóñez mandarán el ejército de Castilla. Acudid a Burgos con diez caballeros el último jueves de mayo.

Vi cómo el rostro del señor de Vivar se convulsionaba cuando el rey le notificó que dos de sus principales rivales iban a dirigir la hueste real en la cabalgada de la Rioja. Tal vez don Alfonso esperara una negativa de Rodrigo a participar en esa hueste y así incurrir en desobediencia para con su rey y señor, pero el Campeador se limitó a inclinar levemente la cabeza y decir:

—Sois mi rey y mi señor, por ello os debo ayuda y consejo. Mi ayuda la tenéis, estaré en Burgos en la fecha señalada. Mi consejo es el siguiente: guardaos de los nobles que anidan a la sombra de la corona sólo en busca de su beneficio.

Rodrigo volvió a inclinarse ante el rey y me hizo una indicación para que saliéramos de la sala mayor del castillo de Burgos. Jamás había visto a alguien con semejante orgullo.

Hasta entonces, el señor de Vivar había obrado como un buen vasallo, siempre presto a defender a su soberano, fuera éste don Fernando, don Sancho o don Alfonso, pero tras aquella entrevista noté que algo había cambiado en su forma de comprender la relación entre rey y súbdito; tal vez se diera cuenta de que los reyes, como seres humanos que son, atienden más a sus intereses que a los de su reino, o quizá se sintiera despechado por ver cómo sus viejos enemigos eran elevados por encima de él en el mando del ejército de Castilla; no sé, jamás me dijo nada al respecto, pero es cierto que desde ese día algo muy profundo cambió en Rodrigo, algo que lo llevaría, años más tarde, a convertirse en un señor independiente, sólo fiel a sí mismo y a sus leales, obsesionado tan sólo en ganar con su esfuerzo fuera de Castilla lo que su rey le había negado pese a sus méritos.

El rey había decidido casarse con Inés de Aquitania el 16 de junio en el monasterio de San Millán de la Cogolla, la única parcela de esta región que poseíamos los castellanos en la Rioja. Pero era bien conocido en todo el reino, y el propio rey nada hacía para ocultarlo, que desde que volviera de Toledo seguía manteniendo amores incestuosos con su hermana doña Urraca. Esos amores escandalizaban a los obispos del reino, que no estaban dispuestos a celebrar el matrimonio canónico del rey hasta que no cesara aquella escandalosa relación. Los amoríos del rey con su hermana suponían además un descrédito para el nuevo monarca de Castilla, pues los propios musulmanes aseguraban que don Alfonso practicaba la religión de Zoroastro en secreto y que por eso mantenía amores con su hermana, con la que, según decían, se había casado en secreto mediante paganos rituales persas. Por supuesto que nada de eso era cierto, pues dudo incluso que don Alfonso supiera quién era Zoroastro, pero rumores de ese tipo eran frecuentes y se extendían muy deprisa gracias a los espías que los musulmanes tenían entre nosotros, muchos de ellos camuflados como falsos cristianos, y las insidias se convertían en una verdadera arma al desprestigiar a los soberanos cristianos y rebajar su autoridad a los ojos de sus súbditos.

La insistencia de algunos obispos para que el rey cesara la incestuosa relación con su hermana Urraca fue tal que incluso amenazaron a don Alfonso con negarle la comunión y la administración de los demás sacramentos, y en consecuencia condenarlo al fuego eterno. El rey cedió y acabó acatando lo que los clérigos le impusieron.

Para purgar su pecado de incesto, don Alfonso debería peregrinar a los diez santuarios más venerados de sus reinos, realizar durísimos ejercicios espirituales, mortificando su cuerpo para purificar su alma, reconocer públicamente su terrible pecado y pedir humildemente el perdón de la Iglesia. Don Alfonso amaba más a su corona que a su hermana, y cedió a la imposición de los obispos, que lo perdonaron y le permitieron casarse con doña Inés.

De camino a San Millán, donde esperaba la real novia aquitana, recorrimos antes el norte de la Rioja al mando de los condes Pedro Ansúrez y Gonzalo Díaz, a quien don Alfonso había nombrado alférez nada más ser coronado en León, con Rodrigo y sus caballeros situados siempre en la retaguardia del ejército. Para aquellos que habían asaltado las murallas de Coimbra, para los que habían combatido con Rodrigo en Llantada y Golpejera, para quienes habíamos asediado las murallas de Zamora en defensa de los derechos del rey don Sancho, aquello era una verdadera humillación. Algunos de los caballeros de Rodrigo intentaron persuadirlo para que abandonara esa empresa y les permitiera regresar a sus tierras de Vivar, de Ubierna y de Celada, pero Rodrigo callaba y de su boca sólo salían palabras con las que pedía a sus hombres calma y paciencia, calma y paciencia, calma y paciencia.

Don Alfonso y doña Inés celebraron su matrimonio en la iglesia del monasterio de San Millán de la Cogolla a mediados de junio, en una ceremonia que presidieron varios obispos y abades. La aquitana era una bellísima joven de quince años, a la que el rey sacaba casi veinte. En la ceremonia estaban presentes las dos hermanas de Alfonso, las infantas doña Urraca, que se conservaba atractiva pese a que tendría entonces cerca de cuarenta años, y doña Elvira, tan recatada y anodina como de costumbre, siempre a la sombra de su influyente hermana.

—Veremos qué hace ahora Urraca. Con la excomunión que amenaza la cabeza del rey, no creo que se atreva a meterse en su cama estando su joven esposa en medio — comentó con ironía uno de los asistentes a la ceremonia.

—El rey le ha dicho a su hermana Urraca que su relación amorosa se ha acabado y que desde ahora deberá abstenerse de participar en los asuntos públicos; además, mira a esa rubia belleza aquitana. He oído decir a algunos peregrinos de ese Estado que Aquitania es la patria del amor, y que su duque, que es mucho más rico que nuestro rey, paga enormes sumas de plata a juglares que cantan canciones en las que se exalta el amor, y que los caballeros agasajan a las damas con perfumadas flores, delicadas canciones y bellos poemas. En Aquitania, todas las mujeres son educadas para el placer de sus caballeros —explicó otro.

—Si es cierto eso, no creo que nuestro rey necesite los favores de su hermana, con los de su joven esposa estará bien servido —añadió un tercero entre el regocijo general.

La boda del rey de León y de Castilla se celebró con un gran banquete en el que se sacrificaron dos bueyes y una docena de corderos. Más de mil personas asistieron al convite. Nunca antes se había visto tanta gente congregada a la vez en San Millán, ni siquiera en la festividad del santo, cuando acudían en romería gentes de todas partes de la Rioja. Con las donaciones que allí se ofrecieron, las arcas del monasterio engordaron considerablemente, y el abad, feliz por la boda y por las abundantes limosnas, no cesó de repartir bendiciones a todos cuantos se acercaron a recibirlas.

De regreso a Burgos, el rey decidió que si él se había casado, era hora de que también lo hiciera Rodrigo. Envió una carta a Asturias, donde estaba Jimena Díaz, y la hizo venir de inmediato.

Todavía recuerdo aquel caluroso día de principios de julio como si hubiera ocurrido ayer mismo. Hacía apenas una semana que habíamos regresado a Vivar de la

campana por la Rioja y de la boda del rey, cuando ya estábamos de nuevo en ruta hacia Burgos para acudir a la boda del señor de Vivar.

Rodrigo cabalgaba absorto en sus pensamientos por el camino que separa la aldea de Vivar de las torres de Burgos. Tal vez pensara en la viuda de Celada, tal vez en cómo sería su futura esposa, tal vez en... ¿quién sabe? Marchábamos cansinamente bajo un sol inclemente cuando de pronto Rodrigo detuvo su caballo, me miró fijamente y me dijo:

—¿Tú no has pensado en casarte? Ya tienes... —hizo una cuenta rápida—, veinticinco años. Una buena edad para el matrimonio.

—¡Ah!, mi señor, todavía me faltan algunos para vuestra edad. Si me lo permitís, también seguiré en esto vuestro ejemplo.

Rodrigo sonrió abiertamente y añadió:

—Bien, bien, pero, entre tanto, tal vez sea hora de ir buscándote una esposa.

Burgos seguía creciendo con las nuevas casas de los mercaderes y artesanos que se instalaban en la ciudad a lo largo del camino de Compostela; raro era el mes en el que no se edificaba al menos una nueva vivienda.

Nos hospedamos en un hostel que regentaba un matrimonio judío que hacía ya mucho tiempo que se había asentado en la ciudad procedente de Borgoña. Descargamos el baúl que habíamos traído sobre una mula y lo subimos a la alcoba que el judío nos había preparado. Rodrigo y yo dormiríamos allí, en la misma cama, mientras que los tres criados que nos habían acompañado desde Vivar lo harían en el establo, como es acostumbrado, para vigilar a los animales.

Jimena llegó a Burgos dos días después. El rey los convocó a ambos a su palacio y les ofreció un banquete.

En la gran sala del palacio real fue donde se vieron por primera vez. El pavimento de losas había sido regado con abundante agua perfumada con tomillo, y alfombrado con juncos recién cortados para que se mantuviera fresco en aquel caluroso verano burgalés. Se habían dispuesto tres mesas, dejando un amplio hueco entre ellas y un lado abierto para que los criados sirvieran las viandas. Rodrigo se había vestido con la elegante túnica de seda azul con lunares rojos que comprara en Burgos años atrás y que estaba como nueva, se había ceñido un grueso cinturón de cuero repujado y asido por una gruesa hebilla de plata, al gusto sarraceno, y calzaba unas muy puntiagudas botas de fina piel, teñidas de negro, con relucientes botones dorados; sobre la cabeza lucía un fino bonete también azul y de sus hombros colgaba un corto y ligero manto púrpura, que ya heredara de su padre pero que hasta entonces nunca se había puesto.

Doña Jimena entró en la sala acompañada por el rey y la reina. Era una mujer joven y hermosa, tal vez mucho más bella de lo que el propio Rodrigo hubiera llegado a imaginar en sus sueños. Vestía una larga túnica de seda amarilla sin mangas, abotonada hasta los pies, sobre una camisola de lino blanquísimo; su estrecha cintura todavía lo parecía más, ceñida con un cinturón dorado; se cubría la cabeza con un velo de tul transparente que dejaba entrever el delicioso color melado de su cabello ondulado y suelto, como todavía es costumbre llevarlo entre las solteras.

El rey se recostó en su sitio, un amplio sillón de madera sobre el que se habían labrado las armas de Castilla, y todos hicimos lo mismo a lo largo de bancos de madera con bajos respaldos. En aquella época todavía solía comerse así, y aunque algunos nobles comían sentados, a la manera musulmana, la mayoría lo hacía recostada sobre uno de sus flancos, apoyada en mullidos cojines.

Los criados nos sirvieron una sopa de gallina, pan y huevo que trajeron en unas grandes soperas y que dejamos enfriar, dado el calor que hacía fuera de aquella sala; después distribuyeron por las mesas numerosos platos hondos con diversas y delicadas salsas, en las que fuimos mojando los pedazos de carne de venado que cada uno de los

comensales cortábamos con nuestros cuchillos de las enormes piezas asadas que, por cuartos, colocaron en parihuelas de madera sobre las mesas. Tras la carne, nos ofrecieron una delicada selección de pastelillos de harina, almendras y miel aderezados con sésamo que me recordaron a los que probamos en Zaragoza con motivo de la batalla de Graus. Lo peor de la comida fue el vino, que quizá por agradar a los parientes de la novia lo trajeron del norte de León, pero que bien pudieran haberlo sustituido por alguno de los olorosos y preciados tintos de la Rioja o de Simancas.

Acabada la comida, con los perros a nuestros pies devorando las sobras que arrojábamos al suelo conforme nos íbamos hartando, don Alfonso levantó la mano, reclamó silencio y habló:

—Hoy es un día muy grato para nosotros. Como sabéis, os ofrezco este banquete para festejar los esponsales de mi querida prima doña Jimena —el rey era pariente de Jimena, y la trataba así por ser descendiente de los reyes de León—, con nuestro valeroso caballero don Rodrigo Díaz, señor de Vivar. Esta unión es algo más que un matrimonio, con ella se certifica también la armonía que ha de regir nuestros reinos de León y de Castilla: un infanzón castellano y una noble leonesa que engendrarán hijos de una renovada nación.

»Y ahora, veamos la carta de arras.

Don Alfonso indicó a uno de sus notarios que leyera el documento que el día anterior el rey y Rodrigo habían acordado. El matrimonio se registraría por aquella carta, mediante la cual Rodrigo entregaba a Jimena, «por decoro de su hermosura y por el virginal connubio», rezaba el diploma, tres villas situadas en Castilla y treinta y cuatro heredades repartidas entre varias aldeas en el camino entre Castrogeriz y Burgos, que Rodrigo había heredado de su padre o que había ganado por sus servicios a la Corona. Ambos esposos se prohibaban mutuamente y se declaraban herederos uno del otro. Las arras se otorgaban a la costumbre de León, por ser la esposa leonesa. Firmaba la carta el rey y tras él aparecían como fiadores los condes Pedro Ansúrez y García Ordóñez, y además la confirmaban las infantas Urraca y Elvira, el conde de Lara, Rodrigo González, el alférez real y varios caballeros castellanos, algunos de ellos parientes de Rodrigo. Las posesiones que Rodrigo entregaba a su esposa constituían la mitad de todo cuanto poseía.

La ceremonia religiosa se celebró al día siguiente, 20 de julio, en la catedral de Santa María, y la oficiaron el obispo de Burgos y el abad de Cardeña. Rodrigo y Jimena pasaron la noche de bodas en Vivar, y, por cómo lo vi a la mañana siguiente, creo que aquella misma noche olvidó para siempre la melancolía que le produjo la muerte de la viuda de Celada.

Don Alfonso estaba dispuesto a acabar con los enfrentamientos y las tensiones entre castellanos y leoneses, y para ello concedió privilegios a los nobles que poco a poco lo iban aceptando. Ganarse la confianza de Rodrigo era primordial para el rey, pues quien fuera portaestandarte de Castilla y campeón del rey don Sancho mantenía un enorme prestigio entre la nobleza castellana, sobre todo entre los infanzones, sin los cuales era imposible gobernar Castilla.

Antes de dejar Burgos, don Alfonso quiso visitar a Rodrigo en Vivar, y allí se dirigió a fines de julio. Trajo algunos regalos para los recién casados y la noticia de que durante la Cuaresma del año siguiente quería ir a Oviedo a abrir el Arca Santa e inventariar las reliquias que contenía; como quiera que doña Jimena era de Oviedo, le pidió a Rodrigo que lo acompañaran a esta ciudad, y de este modo su esposa podría visitar su tierra natal.

Pasamos la Navidad en Vivar, y el segundo día del nuevo año de 1075 nos pusimos en marcha hacia León, donde nos esperaba el rey don Alfonso con toda la corte. A fines de enero partimos hacia Oviedo. Configurábamos la comitiva real más granada que se hubiera visto jamás en estos reinos. A la cabeza marchaba el alférez Gonzalo Díaz con una escolta de veinte caballeros; inmediatamente detrás, los magnates y condes leoneses y castellanos, convenientemente mezclados por orden expresa del rey; después, el rey y la reina rodeados por una escolta de cien caballeros, y tras ellos las infantas Urraca y Elvira con las damas de los nobles y los caballeros y los pajes y criados, seguidos de los obispos de Burgos, Palencia, Oviedo, León, Compostela, Astorga y Braga, acompañados a su vez por decenas de clérigos y monjes que portaban cruces y velones; por fin, cerrando el cortejo, marchábamos los infanzones de Castilla a las órdenes de Rodrigo.

Nevaba con intensidad cuando ascendimos las laderas del puerto de Pajares, entre las altas y enriscadas montañas que guardan el solar de los cántabros y los astures. El conde de Oviedo había aconsejado al rey aguardar en la aldea de Busdongo a que amainara el temporal de nieve y atravesar el puerto cuando las condiciones mejoraran, pero don Alfonso le dijo que había prometido iniciar la Cuaresma en Oviedo y que era preciso llegar enseguida a esa ciudad.

El paso del puerto de Pajares nos costó todo el día, y lo logramos a base de mucho esfuerzo y no poca fortuna. Las pezuñas de las monturas y las ruedas de los carros se hundían en la nieve un par de palmos. Incluso las damas, todos nos vimos obligados a poner pie a tierra, a tirar de nuestras cabalgaduras y a empujar los carros. El mismo rey ayudaba cuanto podía en medio de la ventisca, dando órdenes y animando a que nadie desfalleciera pese al frío, la nieve y el viento.

Mediada la tarde, ya casi sin luz, atisbamos la aldea de Pajares, la primera de Asturias, y allí nos refugiamos para pasar la noche justo cuando más arreciaba la tormenta de nieve. Nos acomodamos como mejor pudimos en las modestas casas de piedra y bálago e incluso en los graneros y en los hórreos, una construcción que abunda en el norte y que se aísla del suelo mediante cuatro pilares que evitan que la humedad y los ratones arruinen los frutos de la cosecha.

Por la mañana el temporal había remitido y, aunque el cielo estaba gris de tantas nubes, ya no nevaba. Doña Jimena había pasado la noche entre vómitos y fuertes dolores de barriga; una dama de la corte nos dijo que no nos preocupáramos por ello, que cuando una mujer estaba embarazada, esos síntomas eran normales. Descendimos la empinada ladera de aquellas rocosas sierras, comimos junto a una fuente al borde del camino y al anochecer llegamos a Pola de Lena, una pequeña ciudad rodeada de prados.

Al día siguiente almorzamos en Miedes, cruzamos por un puente de piedra el caudaloso río Nalón, y por la tarde entramos en Oviedo. El padre de Jimena se había adelantado para dar la bienvenida al rey y aguardaba a la puerta de la ciudad con los canónigos de la catedral y otros clérigos de las parroquias y con los oficiales reales y los del concejo formados en dos filas a ambos lados del camino.

Unos sayones nos fueron indicando a cada uno dónde nos íbamos a hospedar. Rodrigo, que estaba exultante desde que se había enterado de su futura paternidad, y Jimena lo hicieron junto con los reyes en el palacio del conde, en tanto que a los hombres del señor de Vivar nos instalaron en los establos de palacio: los infanzones y caballeros en un altillo bien acondicionado con heno seco y los criados en la parte baja, al lado de los caballos y mulas.

Pasamos varias semanas en Oviedo entre rezos y paseos por los montes cercanos a la ciudad, visitando las iglesias y los monasterios que erigieron hace siglos ya los reyes de Asturias y de León en el monte Naranco, en espera de que don Alfonso regresara de

Compostela, adonde se había dirigido para entregar parte de los treinta mil dinares que había recaudado del reyezuelo de Granada el otoño anterior; con ese dinero se excavaron los cimientos de la nueva catedral en estilo francés, necesaria para albergar la creciente riada de peregrinos que acudían a visitar la tumba del apóstol Santiago. Por su parte, Rodrigo mostró su deseo de ir a Cangas de Onís, a visitar la gruta de Covadonga, donde, según las crónicas, Pelayo, el primer rey de los astures, había derrotado a los musulmanes; nos dijeron que había al menos dos jornadas de camino hasta allí, y nos pusimos en marcha. Rodrigo pidió en Oviedo una copia de una crónica leonesa que fue leyendo en los descansos del camino.

La cueva santa donde se venera la imagen de la Virgen es una angosta oquedad bajo una enorme roca que se alza sobre un estrecho y frondoso valle entre encrestadas y pedregosas sierras, a media jornada de camino de Cangas de Onís. Cuidaban la cueva dos ermitaños que nos narraron la batalla que ganó Pelayo como si ellos hubieran sido testigos directos de la misma. Yo escuchaba con atención lo que aquellos eremitas contaban, pero creo que fui el único que dudó, aunque nada dije de ello, de la veracidad del relato, pues no había forma de entender cómo hubiera sido posible que un puñado de astures derrotaran a ciento ochenta y siete mil musulmanes en un paraje en el que apenas cabían unos cuantos centenares. Rodrigo y Jimena, que nos acompañó pese a la recomendación de algunas damas de que dado su estado de embarazo no lo hiciera, sí parecían creer todo cuanto los monjes decían, aunque ya de regreso Rodrigo se acercó y me dijo:

—¿Tú crees, Diego, que al pie de la cueva cabrían ciento ochenta y siete mil soldados, con sus caballos y sus pertrechos?

—Jamás he visto tantos hombres juntos, señor, ni siquiera puedo imaginármelos, pero me parece que no. Vos habéis visto conmigo al menos mil hombres y mujeres reunidos en San Millán durante la boda del rey y recordad qué multitud parecía.

—¡Ciento ochenta y siete mil soldados! Frente a un ejército tan numeroso sólo un milagro pudo ser el causante de la victoria de don Pelayo —por un instante me pareció que Rodrigo se había creído la historia de la crónica leonesa y el relato de los monjes ermitaños, pero añadió—: No me extrañaría que dentro de unos cuantos siglos, si para entonces se recuerdan nuestros combates, alguien afirme que Rodrigo Díaz el Campeador mató él solo a cien mil caballeros en una lid.

Y rió de buena gana mientras se volvía para contemplar el angosto valle de Covadonga cuando descendíamos hacia Cangas de Onís.

Tras consultar a sus astrólogos, el rey don Alfonso decidió que el día más adecuado para abrir el Arca Santa era el 13 de marzo. Convocó a toda la corte en la catedral de Oviedo para asistir al acto para el cual nos habíamos desplazado hasta Asturias. El arca se guardaba en Oviedo desde que los musulmanes invadieron y conquistaron el reino de los reyes godos; la habían llevado a las montañas del norte unos monjes mozárabes toledanos para evitar que las sagradas reliquias fueran profanadas, y allí se había guardado varios siglos.

Durante varios días se habían hecho ayunos, se habían establecido penitencias, se habían rezado oraciones y celebrado misas y todos los miembros de la corte habían confesado sus pecados y ofrecido limosnas y regalos a la catedral y a los monasterios e iglesias de Oviedo. Por la mañana se celebraron oficios religiosos y más de medio centenar de clérigos recorrió en solemne procesión las calles principales de la ciudad hasta la catedral.

Los reyes, las infantas, los obispos del reino, abades, nobles, caballeros y damas de la corte, más de doscientas personas tal vez, nos agolpábamos alrededor del altar

mayor cuando dos clérigos trajeron desde la cripta el Arca Santa. Era un baúl de madera con refuerzos de hierro en las cantoneras y gruesos remaches en la parte superior del que se decía que contenía las reliquias más preciadas de la cristiandad, pero nunca antes se había comprobado su interior. Un viejo sacerdote nos comentó que siendo él novicio del monasterio de San Salvador de Valdediós, hacía de eso más de cuarenta años, cuando reinaba don Sancho de Pamplona en León, se intentó abrir el arca, pero que al hacerlo se derramó por toda la catedral un fulgente resplandor que salía de dentro, tan brillante y de tal claridad que nadie pudo ver qué es lo que contenía. Ante aquel brillo insoportable y como quiera que la luz estaba cegando a algunos sacerdotes, se dejó caer la tapa y el arca quedó cerrada de nuevo. El anciano clérigo nos aseguró que algunos de los sacerdotes que intentaron ver su contenido y mantuvieron sus ojos fijos en el resplandor quedaron ciegos para siempre.

Entonces se atribuyó este prodigio a que los asistentes no se habían preparado convenientemente para la apertura, y que por eso era necesario que todos se purificaran con la oración, la limosna, el arrepentimiento y la penitencia. El obispo de Oviedo llegó a decir que si alguien en pecado contemplaba el arca abierta, perdería la vista y aún la vida.

No creo que hubiera ese día en la catedral nadie que no hubiera confesado sus pecados y purgado sus culpas con la penitencia. Éramos, por tanto, doscientas almas puras, limpias de todo pecado, dispuestas a contemplar las más preciadas reliquias de la cristiandad con nuestros corazones abiertos a la bondad divina y nuestras conciencias bruñidas como el metal de la patena en la eucaristía.

Los dos clérigos que habían portado el arca desde la cripta se retiraron a un lado y seis obispos la rodearon y rezaron jaculatorias mientras daban siete vueltas alrededor arrojando nubes de incienso e hisopazos de agua bendita, en tanto un coro cantaba salmos de David.

Por fin, los obispos de Oviedo y de León, no sin cierto temor y con las manos temblándoles de emoción y de miedo, quitaron el cerrojo y abrieron lentamente la tapa. No pocos de entre los presentes se cubrieron de inmediato la cara con las manos e incluso se volvieron de espaldas retorciéndose por si volvía a surgir de allí la divina luz cegadora, pero, tras unos instantes de zozobra, no ocurrió nada. Los dos obispos permanecieron inmóviles junto al arca hasta que don Alfonso, que se había incorporado de su sitio, ordenó que se procediera a extraer las reliquias y a inventariarlas.

Pese a que ninguna luz había surgido del interior, nadie osaba introducir la mano y sacar los objetos allí guardados, pues creían que si lo intentaban caerían fulminados por algún rayo.

—¿Es que no hay nadie que se atreva a meter la mano ahí dentro? —gritó el rey.

Rodrigo se adelantó unos pasos, saludó a don Alfonso y a doña Inés con una inclinación de cabeza, se acercó hasta el arca y sacó el primer objeto:

—Un fragmento de la Vera Cruz —dijo en voz alta leyendo una amarillenta cartela de vitela que colgaba de un pedacito de madera.

—Vamos, vamos, tomad nota, señor notario —ordenó el rey a su escribiente, que permanecía a su lado boquiabierto con la pluma en la mano y el pergamino sobre un atril iluminado con un velón.

—Una ampolla de vidrio con sangre de Cristo derramada en la Pasión —continuó Rodrigo leyendo las cartelas de las piezas que seguía extrayendo y que entregaba a los obispos para que ratificaran su lectura—, la Túnica Sagrada —dijo ante un pedazo de tela de color azafranado con los bordes deshilachados—, el pan de la Última Cena —anunció ante un gran pedazo de pan seco, casi petrificado, o al menos de algo que lo parecía—, una parte del sudario de Jesús —una estrecha y larga tira de tela que alguna

vez debió de ser blanca y que ahora se había vuelto ocre—, el vestido de la Virgen —un pedazo de paño azulenco con festones en negro—, leche de la Virgen —una ampollita de cristal con una polvorienta sustancia lechosa—...

Y así continuó el señor de Vivar sacando reliquias (huesos, trozos de sus túnicas y pelos) de todos los apóstoles, de las santas Justa y Rufina de Sevilla, de santa Eulalia de Barcelona y de otros muchos santos y mártires.

El escriba real fue anotando una a una todas las reliquias y cuando salió la última, un pedacito de hueso de san Esteban, el rey se persignó y ordenó a sus sayones que trajeran una nueva arca de plata que él y su esposa la reina ofrecían a la catedral de Oviedo para guardar tan preciadas reliquias, en vista de que el Arca Santa tenía la madera con quera y los herrajes de metal herrumbrosos.

Las reliquias se depositaron en la nueva arca de plata, que se cerró con llave y volvió a depositarse en la cripta de la catedral en una solemne procesión que recorrió todo el templo entre cánticos y plegarias. Rodrigo suscribió el diploma redactado al día siguiente cerca del nombre del rey.

Una semana después el rey encargó a Rodrigo que actuara de nuevo como juez real en un pleito cerca de Oviedo. Se trataba de dirimir la propiedad del monasterio de Tol, cerca de Galicia, que se disputaban el obispo de Oviedo y el conde Vela. Junto con Rodrigo, fueron también designados jueces el obispo de Palencia, el conde de Coimbra y Tumaro, un experto jurista. El fallo recayó en favor del obispo Arias de Oviedo, que vio así cómo se incrementaba todavía más el extenso patrimonio de su diócesis. Durante varios días, el rey despachó diversos asuntos jurídicos y siempre contó con Rodrigo como juez. El señor de Vivar sabía de memoria el *Fuero Juzgo*, y cuando citaba alguno de sus epígrafes, no era necesario acudir al texto para comprobarlo.

Capítulo VIII

Los campos de Vivar estaban listos para la siega cuando nació el hijo de Rodrigo y Jimena. Fue un varón al que bautizaron en la iglesia de la aldea con el nombre de Diego.

—Se llamará como tú —me dijo Rodrigo.

Pero yo bien sabía que el niño llevaba ese nombre por su abuelo, don Diego Laínez, el padre de Rodrigo. De todos modos, me sentí muy honrado con aquellas palabras de mi señor, que no se separó de Jimena en los días siguientes al nacimiento del pequeño Diego.

Como era temporada de trabajo intenso en los campos, los labriegos vasallos de Rodrigo en Vivar, Ubierna, Celada, Yudego y Grajera no pudieron acudir a Vivar a rendir pleitesía al hijo de su señor, pero sí lo hicieron los infanzones y caballeros que conformaban la mesnada del Campeador, que ya estaba integrada por medio centenar de hombres.

A fines de agosto, llegó un mensajero del rey con un diploma en el que se concedía la ingenuidad a las propiedades de Rodrigo en Vivar; el que desde entonces no tuviera que pagar ningún tributo a la corona por esas tierras era un presente de don Alfonso por el nacimiento del hijo de Rodrigo, pero sobre todo una forma de agradecer el apoyo del Campeador a los derechos de don Alfonso al reino de Castilla.

Pero con el diploma de ingenuidad venía otra orden real. A fines de junio había sido envenenado en Córdoba, ciudad que acababa de ganar para su reino, el rey al-Mamún de Toledo, fiel amigo y aliado de don Alfonso. Al-Qádir, nieto del reyezuelo envenenado, había heredado el trono, aunque a costa de perder Valencia, pero el asesinato del monarca había provocado la división entre los musulmanes toledanos, y esa situación podía poner en peligro el cobro de las parias por el rey de Castilla. Rodrigo fue comisionado por don Alfonso para viajar a Toledo y a Sevilla y recoger los tributos que ambos reinos debían.

Rodrigo partió hacia Toledo y Sevilla a principios de septiembre. En esta ocasión no me permitió acompañarlo; no quería dejar a Jimena y a su hijo solos y yo era la persona en la que más confiaba.

El Campeador, ya todos lo conocían por ese apodo, regresó a Vivar mediado el otoño. Caía una fina lluvia que empapaba los barbechos asegurando la humedad necesaria para la siembra de cereal de invierno, el día en que un criado entró corriendo en la casona gritando que Rodrigo se acercaba por el camino. En la gran sala de la casa, Jimena bordaba una camisola mientras cantaba un arrullo asturiano a su hijito, que dormitaba en una cuna de madera en cuyo frontal el Campeador había dibujado con su propia mano el nombre de su hijo, Diego, con su letra un tanto irregular en el tamaño de los caracteres, de trazos fuertes y tortuosos, pero de escritura segura y fácil.

Salí corriendo de la casa, cogí mi capote encerado y me apresuré hacia la entrada a la aldea. Desde allí lo vi acercarse, a la vuelta de un recodo del camino, sobre su caballo de viaje, cubierto con la capa de lluvia y seguido por media docena de caballeros y otros tantos criados que lo habían acompañado. Cuando se detuvo a mi altura cogí las riendas de su montura, como debe hacer un buen vasallo con su señor, y lo saludé:

—Sed bienvenido a Vivar, mi señor. Vuestra esposa y vuestro hijo se encuentran bien, os aguardan pacientes en casa.

Rodrigo saltó del caballo y me dio un fuerte abrazo.

—¡Y tú creías que Zaragoza era la mayor ciudad del mundo!; espera a que veas Toledo y Sevilla. ¡Cien mil, Diego!, ¡cien mil almas viven en Sevilla! Tal vez fuera verdad lo que nos narraron en Covadonga, tal vez hubo en alguna ocasión ciento ochenta y siete mil soldados. Pero ya te contaré, ahora ardo en deseos de abrazar a mi esposa y a mi hijo.

Durante tres días y tres noches, Rodrigo y Jimena apenas salieron de su alcoba. Tras el parto de Jimena y la inmediata marcha de Rodrigo a tierras musulmanas, los dos esposos no habían tenido ocasión de yacer juntos como es propio de varón y hembra; y por cómo se encerraron durante tres días, sin duda querían recobrar el tiempo perdido.

Aquellas semanas fueron las más plácidas que recuerdo haber tenido en toda mi vida. Los cortos días y las largas veladas transcurrían despacio, como si el tiempo se hubiera detenido en los helados campos de Vivar. Nos reuníamos al atardecer en la sala grande de la casona y allí compartíamos un buen guiso de venado con cebollas, de cerdo con verduras o de conejo con caracoles. Jimena cantaba canciones que hablaban de las verdes montañas y los nebulosos valles de su tierra asturiana, y de los espíritus y genios que en ellos habitaban. Rodrigo contaba una y otra vez las maravillas que había visto en Sevilla y en Toledo, los deliciosos manjares con que había sido obsequiado en la finca de recreo de al-Qádir junto al río Tajo, las exuberantes bailarinas de la corte sevillana y los embriagadores perfumes de los zocos y los bazares de esas dos ciudades. Los demás, caballeros e infanzones de la mesnada del señor de Vivar, escuchábamos absortos los relatos de Rodrigo. Algunas tardes, después de la cena y cuando el vino corría de jarra en jarra, yo solía leer algunas páginas de uno de los cuatro códices que poseía el Campeador. Nos gustaba imaginar cómo había sido la vida de aquellos antiguos héroes de las crónicas castellanas y leonesas, y aunque Rodrigo era ya el Campeador, los demás soñábamos con emular sus gestas en el campo de batalla, vencer a los enemigos en buena y justa lid, obtener riquezas y fama y conseguir el amor de doncellas de immaculada belleza.

De vez en cuando se acercaban hasta la aldea algunos juglares, bien porque Vivar era una etapa más en su camino, bien atraídos por la fama del Campeador. A cambio de unas monedas, de cama y de comida, cantaban para nosotros delicadas baladas; en esas ocasiones Rodrigo solía invitar a los campesinos a compartir con él las canciones de los juglares y alguna barrica de vino. Aquellas gentes, la mayoría de las cuales jamás había salido de Vivar, se sentaban en el suelo, sobre esteras de mimbre, y escuchaban los relatos de los bardos con la boca abierta y los ojos redondos como platos. No sabían quiénes eran Alejandro el Grande, ni el emperador Carlos el de la barba florida, ni el glorioso Eneas, ni el impetuoso Aquiles, ni el astuto Ulises, ni siquiera eran capaces de distinguir a un héroe legendario como Hércules, de uno real como Roldán, pero aquellas humildes gentes no hubieran cambiado nada de este mundo por oír a los poetas cantar aquellas epopeyas al lado de su señor.

Las Navidades fueron si cabe todavía más felices. Las arcas de Rodrigo estaban repletas gracias a las monedas que el rey le había entregado por su trabajo de recaudador de los tributos de Sevilla y Toledo, los graneros colmados con la excelente cosecha del pasado verano, las cubas de las bodegas rebosaban del vino pisado en los lagares y, sobre todo, un pequeño corazón, el de su hijo Diego, latía con fuerza en la casona del señor de Vivar.

Pero el alma de Rodrigo no estaba tranquila: era un hombre rico, con muchas propiedades dispersas por media Castilla, y afamado, al que los juglares comenzaban a comparar con los héroes antiguos, mas cierta inquietud anidaba en su impetuoso corazón.

El rey don Alfonso le había concedido riquezas, lo llamaba *fideli meo*, le había buscado una buena y bella esposa y lo había distinguido permitiéndole actuar como juez en algunos pleitos y encargándole la recaudación de las parias de los reyezuelos musulmanes, pero seguía sin lograr una mayor consideración social en la corte.

Lo que por entonces no sabía Rodrigo es que entre los miembros de la curia real, a la que no había sido invitado desde que fuera asesinado don Sancho, tenía muchos y muy poderosos enemigos. Los condes leoneses Pedro Ansúrez y Martín Alfonso no le perdonaron nunca que los humillara en Llantada y Golpejera, y los condes castellanos García Ordóñez y Gómez González recelaban de Rodrigo, pero sobre todo envidiaban sus éxitos militares, su predisposición a combatir por Castilla y su inigualable pericia en el manejo de las armas.

Aquellos nobles no podían soportar que un infanzón fuera más ilustre que ellos, que los superara en dignidad y fama y que las gentes de Castilla lo consideraran el más grande de sus personajes después del conde Fernán González, y por todo ello no desaprovechaban una sola ocasión para tratar de enemistar a Rodrigo con su rey.

Rodrigo tenía muchos más vasallos y caballeros a su servicio, pero no había logrado recuperar el sitio que ocupara en la curia real durante el reinado de don Sancho. Para conseguirlo, en la primavera del año 1076 Rodrigo decidió actuar como un gran magnate. En el mes de mayo se dirigió al monasterio de Cardeña, donde estaba el rey, y en su presencia y con su confirmación donó las rentas que tenía en las aldeas de Peñacova y Fresnosa al monasterio de Silos, adonde acudían numerosos peregrinos a honrar la tumba de su abad Domingo de Silos, que había muerto hacía sólo dos años pero al que ya veneraban como a un santo; desde entonces, esas rentas se destinarían a cubrir los gastos de iluminación y alojamiento de los peregrinos que se hospedaban en este monasterio camino de Compostela. El rey volvía de nuevo a dignificar a su vasallo, pero un acontecimiento inesperado trastornó las cosas.

A principios de junio el rey Sancho de Pamplona fue arrojado a un precipicio en Peñalén. Un mensajero atravesó la Rioja y media Castilla reventando varios caballos para comunicar la noticia a don Alfonso.

—El rey de Pamplona ha sido despeñado por su hermano Ramón; el fratricida no ha logrado ganarse la lealtad de los nobles navarros y ha huido con su hermana a Zaragoza, donde su rey al-Muqtádir los ha acogido. ¡Pamplona está sin rey!

—Entonces, ésta es la ocasión que esperábamos —clamó don Alfonso.

En una semana organizó al ejército y desde Burgos invadió la Rioja. En apenas un mes ocupamos toda la Rioja, hasta Calahorra, y además las tierras de Álava, Vizcaya y casi toda Guipúzcoa, que don Alfonso declaró incorporadas a Castilla como parte de la herencia de su padre don Fernando. Pero no pudimos ganar Navarra. Don Sancho Ramírez, el intrépido y astuto monarca del pequeño reino de Aragón, se nos adelantó y a mediados de junio ya había entrado en Pamplona, donde fue coronado rey.

Ganamos todas esas tierras sin luchar, sin lanzar una sola flecha, enarbolar una lanza o desenvainar una espada. Rodrigo y yo mismo cabalgamos por las boscosas tierras de los vascos y obtuvimos el juramento de lealtad de sus fieros nobles para nuestro rey, pero en la curia celebrada en Calahorra todos los honores fueron para García Ordóñez, a quien el rey don Alfonso proclamó «el primer caballero de Castilla».

El rey de Aragón y el de León y de Castilla se entrevistaron en Nájera y acordaron el reparto del reino de Pamplona tal y como estaban ocupadas sus tierras en esos momentos. Castilla incorporó Álava, Vizcaya y La Rioja, con las ciudades de Nájera, Logroño y Calahorra, en tanto Aragón se quedó con las tierras de Pamplona y parte de Guipúzcoa.

Para desagrar a Rodrigo, don Alfonso le pidió que lo acompañara hasta la nueva villa de la Calzada. Allí se había establecido un varón llamado Domingo, a quien muchos comenzaban a considerar santo. Era este Domingo el hombretón más grande que jamás había visto, con unas espaldas capaces de soportar el peso de un buey y unos brazos tan recios como troncos. Su fama se había extendido por toda la Rioja desde que con sus propias manos levantara un puente sobre el río Oja para facilitar el paso de los peregrinos hacia la tumba de Santiago. Al lado de ese puente fundó después una hospedería y a su vera había ido creciendo una pequeña ciudad sin nombre a la que pronto se la llamó simplemente la Calzada.

Cuando fuimos a visitar a Domingo, éste acarrea piedras para levantar los muros de una iglesia que se estaba construyendo en la Calzada.

—¡Domingo! gritó uno de los sayones—, el rey desea conocerte.

El hombretón dejó en el suelo los dos grandes bloques de piedra que portaba bajo cada uno de sus brazos y se acercó hasta la comitiva real. Don Alfonso descendió del caballo y cogió por los hombros a Domingo.

—He oído hablar mucho de ti y de cuánto estás haciendo para que la ruta de los peregrinos sea más segura y propicia. Pídeme lo que desees, y si está en mi mano concedértelo, lo haré. Es mi voluntad que el camino a Compostela se dote de hospitales, iglesias, puentes y castillos que permitan una ruta segura.

—Mi vida está ligada a este camino. Dios me ha encomendado la tarea de favorecer a los peregrinos, sólo os pido que me ayudéis en ello.

—Así será —concluyó el rey.

Ese mismo día don Alfonso concedió terrenos y edificios a Domingo para que continuara con su labor y le prometió que destinaría una buena parte de las parias que cobraba a los musulmanes para mejorar el camino y para levantar hospitales y puentes y sobre todo nuevas iglesias en las que los peregrinos pudieran rezar a Dios y preparar su alma en su marcha hacia Compostela.

—Es difícil creer que tanta gente se mueva por una idea —me comentó Rodrigo a la vista de un grupo de peregrinos que atravesaban el puente sobre el Oja.

—Ganan la eternidad del paraíso —le dije—, y esa recompensa bien vale el riesgo que emprenden al iniciar el camino.

Ese año acompañamos al rey a Nájera y a Sepúlveda. A ambas villas don Alfonso les concedió fueros y dictó una serie de normas para que acudieran a ellas nuevos pobladores. En Sepúlveda fue el propio Rodrigo el encargado de repartir tierras y solares a los colonos recién venidos del norte e incluso a algunos mozárabes del sur; allí se unió a nosotros Álgar Fáñez, sobrino de Rodrigo por el linaje de su madre.

Creo recordar que fue en Sepúlveda donde nos enteramos de que en el lejano condado de Barcelona habían subido al trono dos hermanos gemelos, los condes Ramón Berenguer y Berenguer Ramón, que compartirían el gobierno del condado durante varios años hasta que estalló entre ambos la tragedia.

Don Alfonso había ganado la mitad occidental del viejo reino de Pamplona, había repoblado las tierras del sur de Castilla, en el somontano de la cordillera que separaba entonces a la Hispania cristiana de al-Andalus, sus arcas estaban rebosantes de oro musulmán que ahora llegaba con puntualidad y sus obras en el camino de Compostela habían hecho que el número de peregrinos creciera de tal modo que eran muchas las ciudades, villas y aldeas que florecían a lo largo del mismo. Gobernaba sobre más de dos tercios de las tierras cristianas, y no dudó en titularse a partir de entonces como «emperador»; todo era favorable, pero su esposa, la joven reina doña Inés, no quedaba embarazada. Don Alfonso tramó repudiarla por estéril y así se lo comunicó al papa

Gregorio, pero el enérgico pontífice se opuso tajantemente y el rey de León y de Castilla cedió al fin a las presiones del papa, manteniendo a doña Inés a su lado, aunque su fogosidad varonil lo llevó a mantener relaciones con una bella dama llamada Jimena Muñoz, a quien se vio junto al rey en alguna de las ceremonias de la corte.

En el año de 1077 llegaron de Roma unos embajadores con cartas del papa Gregorio. Este pontífice se había propuesto devolver a la Iglesia la dignidad que había perdido tras varios siglos de simonía y sometimiento al poder de la nobleza romana, que ponía y deponía papas a su antojo. La Iglesia atravesaba momentos muy delicados: no hacía demasiados años que los cristianos orientales se habían separado de Roma provocando un gran cisma en la cristiandad.

Gregorio quería acabar con aquella situación y devolverle el prestigio al papado, y por supuesto que para ello hacía falta dinero. Procedente de las parias musulmanas, don Alfonso lo tenía y además estaba dispuesto a entregarlo con generosidad a la Iglesia, no en vano ese mismo año había duplicado la cantidad anual que donaba al monasterio francés de Cluny.

El papa debió de ser informado de la riqueza que se atesoraba en las arcas del rey de León y envió esa embajada reclamando tributos para la sede romana. Para ello aducía una ancestral costumbre llamada «el óbolo de San Pedro», según la cual, los monarcas de la cristiandad tenían la obligación de contribuir a mantener los gastos de la Santa Sede.

Don Alfonso convocó una curia real en Burgos y, por primera vez desde que jurara como rey de Castilla, invitó a Rodrigo a participar en la reunión de los notables del reino.

La sala mayor del castillo de Burgos estaba a rebosar; Rodrigo, que había esperado asistir a una reunión más exclusiva, se sintió defraudado. Aunque convocada como una curia, aquella era una asamblea a la que habían sido llamadas gentes de muy diversa condición. Por supuesto que estaban los condes y magnates, pero también había muchos infanzones, merinos, sayones e incluso mercaderes.

El rey apareció en la sala tras ser anunciado por un heraldo. Vestía solemne, con la corona real de oro y piedras preciosas ceñida en las sienes, el báculo dorado de cabeza de león con ojos de rubí, la túnica larga de color azul con las mangas orladas en oro y las chinelas púrpuras. Tras él, sorprendidos por la maniobra del rey, venían los delegados pontificios, sin duda engañados a tenor de las caras que pusieron cuando vieron a tanta gente reunida.

—¡Nobles y pueblo de Castilla! —gritó el rey—. Os he citado aquí, en esta curia extraordinaria, para daros a conocer un asunto principal. Me acompañan los embajadores de su santidad el papa Gregorio, que rige desde Roma los destinos de nuestra amada Santa Iglesia, y que han venido hasta nuestro reino reclamando el pago de dinero para mantener los gastos del papado. ¿Qué tenéis que decir?

La pregunta del rey quedó flotando en el aire. Los legados pontificios miraban a los asistentes y los asistentes los miraban a ellos, pero nadie decía una sola palabra. Tras unos instantes eternos, de entre el grupo de los infanzones se adelantó unos pasos una figura formidable hasta quedar solo en medio de la sala: era el señor de Vivar.

—Majestad, señores: todos me conocéis y sabéis que soy un buen cristiano. Cumplo con mis obligaciones con la Iglesia y he contribuido con mis rentas a construir templos donde rezar a Dios y a los santos. Todos vosotros estáis ayudando a que la Iglesia sea más grande y más poderosa; en Castilla abundan los monasterios, las iglesias prosperan gracias a las donaciones de los fieles y nuestras catedrales son día a día más altas, más largas y más anchas. La mitad al menos de nuestras rentas va a parar a manos de la Iglesia o se dedica a la mayor gloria de Dios. Muchos de vuestros antepasados han

muerto en los campos de batalla luchando por Dios y por su Iglesia para que sobre las murallas de castillos y ciudades brille la cruz de Cristo. Roma debería reconocer lo que hemos hecho los castellanos por la Iglesia antes de pedirnos dinero.

»Mi espada está al servicio de Dios y de su Iglesia pero también lo está al de mi rey. Nosotros también necesitamos dinero: dinero para construir nuevas iglesias, dinero para levantar hospitales, dinero para atender a las necesidades de los peregrinos, dinero para la mayor gloria de Dios... en Castilla.

Rodrigo inclinó la cabeza en señal de respeto hacia el rey y regresó al lugar que ocupaba entre los infanzones. Los rostros de la mayoría de los presentes denotaban satisfacción: allí todos éramos buenos cristianos, pero nuestras bolsas no tenían por qué serlo.

—¡Rodrigo de Vivar tiene razón!, ayudemos a la Iglesia, pero en Castilla —gritó Álvar Fáñez, el joven pariente de Rodrigo.

—¡Sí, en Castilla, en Castilla! —clamaron a coro varias voces.

La delegación pontificia se marchó con las manos vacías, pero obtuvo del rey la promesa de cambiar el tradicional rito hispano de la liturgia por el nuevo rito romano.

Hasta esa visita, en toda Castilla se celebraba la misa según el rito ancestral de la Iglesia goda. Pero el papa había decidido que era hora de adecuar la liturgia a los nuevos vientos reformadores que corrían en la Iglesia, y dio orden a toda la cristiandad de que se aplicara el nuevo rito romano, que unificaría la liturgia en todos los reinos y Estados. Los encargados de hacerlo eran los monjes cluniacenses, y en Aragón ya hacía algún tiempo que lo habían conseguido. Los clérigos castellanos se resistían a introducir el nuevo rito, lo que produjo no pocos problemas. La cuestión del tipo de rito a seguir se convirtió en el principal tema de debate en Castilla, y no sólo entre los clérigos, sino también entre los caballeros. En el mes de abril se enfrentaron en duelo dos caballeros: uno castellano que defendía el rito tradicional hispano y otro mozárabe toledano que lidiaba en defensa del nuevo rito romano. Venció el castellano, pero nada cambió pues los partidarios del rito romano, entre los que la reina doña Inés era valedora principal, consideraron que el castellano había ganado con malas artes.

El rey don Alfonso comenzó a preocuparse muy seriamente por esta cuestión, que podía provocar una auténtica guerra civil, y decidió escribir al papa para que fuera Roma la que terciara en este asunto. El papa le contestó que la primavera siguiente le enviaría al legado pontificio con plenos poderes para instaurar el nuevo rito en los reinos de León y de Castilla.

La reforma del papa Gregorio ganaba terreno paso a paso: los obispos simoníacos fueron expulsados de sus cargos y se excluyó de las dignidades eclesiásticas a los hijos de los clérigos que estuvieran casados. Para muchos clérigos, mantener a concubinas se hizo difícil, y no pocos decidieron abandonarlas antes que someterse al juicio real. En esta labor de renovación cumplieron un papel muy destacado los monjes cluniacenses, que ganaban día a día influencia en la corte gracias al apoyo de la joven reina y al fervor que hacia el monasterio de Cluny sentía el propio rey.

Rodrigo tenía cumplidos los treinta años, aunque se conservaba como un joven de veinte. Hacía tiempo que no participaba en ningún combate, pero mantenía sus músculos a punto con el ejercicio diario. Por las mañanas salíamos a cazar faisanes a los sotos del río Ubierna. Los perseguíamos con los caballos y si se ponían a tiro les lanzábamos flechas cabalgando con las riendas sueltas. Era un ejercicio extraordinario que servía a la vez para mejorar la puntería con el arco y para dominar el caballo tan sólo con el uso de las piernas, algo fundamental en la batalla, en la que el guerrero debe disponer de ambas manos libres para manejar la lanza o la espada y el escudo. Casi

todos los días practicábamos esgrima, repitiendo una y otra vez movimientos de ataque y defensa, fintas y estocadas, mandobles y tajos a una mano. Hiciera frío o calor, nos bañábamos en el río, tonificando los músculos doloridos tras horas de ejercicio.

El Campeador tenía el cuerpo más fornido que cuando fue armado caballero y conservaba la dureza de los músculos y la firmeza de los tendones. Su cabello castaño, que se había dejado crecer hasta los hombros, y su poblada barba, que le cubría las mejillas, le conferían un aspecto fiero, sólo mitigado por sus ojos, siempre de mirada limpia y serena.

El pequeño Diego cumplió tres años aquel verano, y algunos días nos acompañaba en las jornadas de caza, siempre al cuidado de un criado. En alguna ocasión venía con nosotros mi hermano, que seguía al frente de los molinos de Ubierna, una de las heredades que más rentas le proporcionaban al señor de Vivar, y algunos otros caballeros de la mesnada de Rodrigo, a los que atendía con halagos, ganándose una fidelidad que no tardarían en demostrarle. Sin ser un conde ni siquiera un magnate del reino, Rodrigo Díaz configuró en torno a sí una extraordinaria mesnada de al menos sesenta caballeros, todos ellos hijos de modestos hidalgos, como mi hermano o yo mismo, con escasas heredades, apenas con las rentas necesarias como para mantener un caballo y armas, pero forjados en la ambición de ganar fama y fortuna mediante el esfuerzo personal y el sacrificio. En aquel tiempo ningún conde, magnate, señor, obispo o abad tenía a su lado un ejército semejante al que configurábamos los fieles vasallos del señor de Vivar.

Con motivo de ciertas festividades, nos reuníamos todos los caballeros de Rodrigo en Vivar o en algunos otros de sus castillos y aldeas y practicábamos juntos el arte de la guerra, simulando atacar a un enemigo imaginario. Era magnífico contemplar a aquellos jóvenes cabalgar sobre los campos de Castilla, los pendones al viento, las lanzas en ristre ensayando una carga de caballería, realizando movimientos combinados de ataque y defensa, practicando cargas y retiradas una y otra vez. Nos sentíamos como héroes de leyenda galopando al lado de Rodrigo, junto a aquel infanzón al que los juglares llamaban en sus romances el Campeador.

En ocasiones ocupábamos varios días cazando en los bosques de las laderas del desolado páramo de Masa. Perseguíamos a los corzos y a los jabalíes, nos apostábamos como espectros silenciosos en espera de ensartar faisanes, tórtolas y perdices con nuestras flechas, rastreábamos a los lobos hasta abatirlos con nuestras lanzas para hacer con sus pieles abrigo y mantos. Era maravilloso compartir con los compañeros un buen pedazo de corzo asado sobre las brasas, cantar canciones que hablaban de hazañas y victorias y, al fin, rendidos por el cansancio y el sopor provocado por el vino, tumbarnos sobre la hierba bajo el cielo de Castilla y contemplar el parpadeo de las estrellas y seguir con los ojos la aguja de luz plateada que trazaban algunas de ellas en su viaje hacia lo desconocido.

Jimena, a la que todos considerábamos como nuestra dama, volvió a quedar embarazada y parió una niña a la que, siguiendo la costumbre castellana, llamaron Cristina, como la madre de Jimena, la nieta del rey de León.

—Deberías casarte, Diego. A tu edad lo hice yo, ¿recuerdas? —me dijo Rodrigo cuando nació su hijita—. Y no te preocupes, ya me encargaré de darte tierras para que puedas aportarlas como dote.

—Todavía no he cumplido los treinta —le dije, y me alejé antes de que insistiera en ello.

Castilla, salvo por lo que se refiere al asunto del rito litúrgico, en el que aún se mantenían encendidos debates entre los partidarios del hispano y los del romano, estaba

en paz, pero los reinos musulmanes del sur ardían en disputas internas, lo que en verdad era beneficioso para nosotros, pues cuanto mayor fuera el enfrentamiento entre ellos, más grande sería su debilidad y por tanto mayor la facilidad para exigirles el pago de tributos. Claro que tampoco nos convenía propiciar su total ruina, pues en ese caso no podrían hacer frente a las parias que nos adeudaban.

De entre los reinos musulmanes, los dos más poderosos eran el de Sevilla, cuyo rey al-Mutamid acababa de conquistar Murcia, y el de Zaragoza, que había ocupado dos años antes Denia y había sometido a vasallaje a Valencia; y además, los de Badajoz y Toledo, aunque el monarca de este último, el joven y débil al-Qádir, era un soberano caprichoso y cobarde, preocupado tan sólo por su placer y por su beneficio.

De todos aquellos monarcas, únicamente al-Mutamid de Sevilla y al-Muqtádir de Zaragoza eran dignos de ser llamados reyes; los demás vivían ajenos a lo que ocurría a su alrededor, recluidos en palacios de ensueño, rodeados de jardines perfumados, envueltos en paños de seda y gasas de Mosul, protegidos, o tal vez presos, por visires y generales sin escrúpulos, abandonados a una vida de molicie entre decenas de concubinas y relajados entre banquetes de deliciosos manjares y aromáticos licores.

Desde nuestra austeridad, contemplábamos aquellas cortes empapadas de lujo y opulencia con los ojos del azor que escruta el vuelo de su presa aguardando el momento propicio para caer sobre ella.

Capítulo IX

Hacía ya tres años, desde la expedición a la Rioja y a Vizcaya, que el rey no requería los servicios de Rodrigo, pero esa situación cambió pronto. En la primavera de 1079 la reina doña Inés enfermó y murió a los pocos días. Hubo quien dijo que la muerte de la reina se había producido durante un parto, en el cual el niño también habría muerto, pero otros rumores señalaban que la causa de su muerte fue la melancolía que la invadió ante el abandono a que su real esposo la sometió en tanto mantenía relaciones con su concubina Jimena Muñoz, de la que se decía que el rey se había enamorado locamente; doña Inés tenía al morir diecinueve años y dejaba al rey viudo y sin descendencia.

Don Alfonso estaba a punto de cumplir cuarenta años, no tenía esposa y tampoco un heredero al que legar su trono. Hasta entonces se había preocupado de engrandecer su reino, pero se había olvidado de que la principal tarea de un monarca es hacer que su linaje se perpetúe. Para ello, el canciller y el mayordomo del rey enviaron mensajeros a varias cortes de Francia en busca de una nueva esposa para su soberano. La elegida fue Constanza, hija del poderoso y riquísimo duque de Borgoña.

Rodrigo fue convocado por el rey a su palacio de Burgos. Don Alfonso estaba muy preocupado, pues su protegido, el inútil al-Qádir había sido expulsado de Toledo por un tal Ibn al-Aftás. El derrocado rey toledano había huido a Huete, desde donde había pedido ayuda a don Alfonso para recuperar el trono, ofreciéndole a cambio varios castillos. El refinado y astuto al-Mutawákkil de Badajoz no perdió ni un instante e incorporó Toledo a su reino.

—El rey de Toledo ha perdido su corona y los de Sevilla y Badajoz están mostrándose demasiado ambiciosos. Nuestros espías en Sevilla nos han hecho saber que al-Mutamid aspira a ganar todos los reinos andalusíes y que ansía establecer en su capital un nuevo califato. Hace ya meses que nos da largas sobre el pago de las parias que nos adeuda alegando que está en guerra con el de Granada. Me ha propuesto que le ayudemos a conquistar Granada y que se la entreguemos a cambio del tesoro de ese reino. Vos, Rodrigo, habéis sido siempre muy persuasivo en este asunto, por eso os encomiendo que vayáis a Sevilla y no volváis hasta que al-Mutamid pague lo que nos debe, aunque si para ello tenéis que ayudarlo a conquistar Granada, hacedlo. Entre tanto, yo me encargaré de Toledo.

—Volveré con vuestro oro, majestad —asentó Rodrigo.

El señor de Vivar confirmó unas donaciones que había hecho al monasterio de Cardeña para remedio de su alma si moría en esa misión, y nos convocó a la hueste a todos sus caballeros. Cincuenta y cinco hombres, entre caballeros y criados, estábamos formados en Vivar con provisiones para diez días y todo nuestro equipo militar listo para el combate si fuera necesario.

—Tenemos por delante un largo viaje que será penoso y difícil. Nuestra misión consiste en ir a Sevilla, cobrar las deudas que tiene contraídas al-Mutamid y regresar a Burgos con el oro. Tal vez nos veamos obligados a luchar; manteneos siempre atentos y no relajéis la guardia un solo momento. A los que nunca habéis entrado en combate os diré que, si aplicáis las técnicas que hemos ejercitado, doblegar a un hombre resulta más fácil que luchar contra un lobo, y ya sabéis que jamás nos ha vencido una de esas fieras.

Rodrigo nos arengó en una explanada frente a la iglesia de Vivar, donde fuimos bendecidos por el párroco antes de partir hacia Sevilla. Jimena con sus dos hijos, Diego

de la mano y la pequeña Cristina en el regazo, quedaron atrás, saludándonos mientras nos alejábamos.

En Burgos se nos unieron cincuenta soldados que el rey puso a disposición de Rodrigo como escolta para proteger el oro a nuestro regreso, y con ellos viajamos a Sevilla por la ruta del este, atravesando la sierra Central por Atienza hasta Guadalajara. Cruzamos el Tajo en Zorita, cuyo poderoso castillo seguía en manos de al-Qádir, y visitamos a éste en Huete. Nos dijo que tenía intención de ir a Cuenca a esperar allí la ayuda de don Alfonso para recuperar Toledo. Este personaje, con el que volveríamos a encontrarnos en otras ocasiones, me pareció un enojado petimetre indigno de gobernar un reino, pero don Alfonso lo consideraba una pieza clave en su política frente a las taifas.

Nos aprovisionamos de víveres, al-Qádir nos proporcionó varios guías y desde Huete nos dirigimos hacia Sevilla atravesando la extensa llanura, plana como el fondo de una bandeja, de la Mancha, y en verdad que parece una mancha de tan llana.

Vademos el río Guadiana, al que llaman así los musulmanes porque aparece y desaparece entre bancos de arena y marismas, por Calatrava, otro fortísimo castillo que defiende la frontera sur del reino de Toledo, y atravesamos la sierra Morena por un estrecho desfiladero de paredes rocosas que es la puerta natural hacia el valle del Guadalquivir. Conforme viajábamos hacia el sur, el calor iba siendo cada vez mayor y el sol brillaba con tanta fuerza que no dudé en creer lo que había leído en algunos libros: que el infierno no está en el interior de la tierra, bajo nuestros pies, sino en el sur, en un lugar donde se acaban las tierras habitables y comienza una región abrasada por un fuego eterno. Divisamos el Guadalquivir, que en la lengua de los árabes significa «río Grande», después de cabalgar cinco días siguiendo las faldas de la sierra Morena, y seguimos su curso tras los guías que nos había proporcionado al-Qádir.

Poco antes de avistar Sevilla, donde ya conocían nuestra llegada, salieron a nuestro encuentro unos jinetes que enarbolaban un gran estandarte con una leyenda escrita en árabe. Rodrigo nos ordenó que empuñáramos las armas por si acaso, pero los guías nos dijeron que se trataba de un comité de bienvenida amistoso que enviaba el rey al-Mutamid para escoltarnos hasta la ciudad.

Como ya nos había relatado Rodrigo, Sevilla todavía es mayor que Zaragoza. Es la ciudad más grande que he visto en mi vida, y ahora sí creo que todavía puede haber ciudades mayores que ella, pues a lo largo de muchos años he ido comprobando que siempre hay una ciudad más grande que la que creía que era la mayor. Las calles de Sevilla estaban llenas de gentes que iban y venían vociferando palabras que poco a poco yo iba comprendiendo. Desde que permaneciéramos un mes en Zaragoza en espera de ir a Graus para enfrentarnos al rey de Aragón, las palabras árabes no me eran ajenas, y de vez en cuando intentaba no olvidar las que había aprendido.

Al-Mutamid, soberano de Sevilla, era uno de los hombres más refinados pero más ladinos que he conocido. Vivía rodeado de un lujo sin igual y tenía en su harén una multitud de concubinas traídas de todas partes del mundo. Su palacio estaba rodeado de jardines en los que se cultivaban arbustos aromáticos como el mirto, el sándalo, la menta y la hierbabuena. Patios y pabellones se sucedían como formando un laberinto cuajado de juegos de luces y sombras que semejaban el dulce sopor de los sueños.

Nos recibió sentado en cuclillas sobre un gran almohadón azul bordado con hilos de oro y plata en un gran salón abierto a un patio en el que una fuente cilla refrescaba el tórrido verano sevillano. A su derecha estaba el gran visir de la corte y a su izquierda un intérprete que nos traducía sus palabras.

—Sed bienvenidos a mi reino —nos dijo.

—Mi nombre es Rodrigo Díaz, embajador de su majestad el rey don Alfonso de León y de Castilla; agradecemos vuestro recibimiento, majestad —contestó Rodrigo, alargando al visir el diploma que así lo acreditaba.

—Sí, os recuerdo de vuestra anterior visita. Nada me place más que cumplir mis deberes de anfitrión como buen musulmán y acoger a los enviados de mi «hermano» el rey Alfonso.

—Mi rey os envía sus saludos y os desea que os encontréis bien —continuó Rodrigo.

Los dos interlocutores se intercambiaron, a través del intérprete y durante un buen rato, saludos, palabras elogiosas, bienvenidas y todo tipo de parabienes, pero cuando Rodrigo intentó introducir el asunto por el que habíamos viajado hasta Sevilla, al-Mutamid alegó que era la hora de la oración y le dijo que esa cuestión la trataríamos más adelante. Nos deseó una feliz estancia en la capital de su reino y desapareció tras una puerta camuflada en un muro.

—Su majestad ha dejado todo dispuesto para que os encontréis a gusto entre nosotros —nos habló en nuestra lengua un personaje que se había mantenido al margen en la entrevista pero siempre cerca de su soberano.

—¿Quién sois? —le preguntó Rodrigo.

—Mi nombre es Walid ibn Yunus y soy vuestro guía en Sevilla; su majestad al-Mutamid, que Dios guarde, me ha encomendado que os preste cuanta ayuda necesitéis en tanto permanezcáis con nosotros. Por favor, acompañadme, os mostraré vuestros aposentos.

Salimos de palacio y recorrimos un par de calles hasta llegar ante un portalón de madera claveteado con pernos de bronce.

—Esta será vuestra casa —nos dijo Walid—. Ordenaré que hoy mismo traigan vuestras pertenencias. Los caballos y las acémilas quedarán en los establos reales, allí el pienso es fresco y abundante y disponemos de los mejores cuidadores de caballos de todo al-Andalus.

A nuestra llegada a Sevilla nos habíamos instalado en una fonda situada a la entrada de la ciudad, aunque estábamos hacinados, pues entre los caballeros, los soldados y los criados configurábamos un grupo de más de un centenar de personas. En aquel palacio que se ponía a nuestra disposición había espacio para todos, no en vano constaba de varios edificios en torno a tres patios a los que se abrían no menos de dos docenas de estancias.

—Diego —me dijo Rodrigo—, encárgate tú de distribuir el aposento de cada uno de nosotros, y organiza los horarios de las comidas; quiero que todo esto funcione como si estuviéramos en campaña.

Si por un momento alguien de nuestro grupo había pensado que aquel viaje iba a ser un auténtico recreo, estaba equivocado. Por la tarde, una vez que nos hubimos instalado en el palacio y cada uno de nosotros tuvo asignado un lugar para dormir, Rodrigo nos convocó en el patio más grande de los tres y nos dijo:

—Estamos aquí para cumplir un mandato de nuestro rey don Alfonso, y somos caballeros de Castilla; no quiero que nadie lo olvide. Cada día, después del desayuno, saldremos al campo a ejercitarnos con las armas y así mantendremos en forma a nuestros caballos. Todos deberéis respetar los horarios que se establezcan y evitar cualquier enfrentamiento con la población de Sevilla.

Apenas había despuntado el alba, ya estábamos ensillando nuestros caballos en los establos reales, armados como si nos encamináramos a una batalla, con nuestras cotas de mallas, lorigas de cuero, sobrevestes, cascos y armas. Los veinte caballeros de la mesnada del Campeador y los cincuenta caballeros del rey don Alfonso desfilamos

hacia el exterior de la ciudad formados en dos filas, ante el asombro de la multitud que ya ocupaba las calles y se agolpaba a contemplar nuestro paso.

Así transcurrió una semana en la que no hicimos otra cosa que esperar la nueva entrevista con al-Mutamid y ejercitarnos en un soto a orillas del Guadalquivir. Rodrigo nos sometía mañana y tarde a una serie de ejercicios durísimos, tras los que acabábamos rendidos. Creo que lo hacía para que al regresar a nuestro palacio estuviéramos tan agotados que no tuviéramos otro pensamiento que acostarnos en nuestros lechos y dormir.

Sólo descansamos el domingo, como es preceptivo para los cristianos, que lo dedicamos a ir a misa a una pequeña iglesia que se mantiene abierta al culto en el barrio mozárabe y en la que apenas había tres o cuatro docenas de fieles, y a recorrer los mercados de Sevilla.

Rodrigo estaba comenzando a cansarse tras varios días de espera y llamó a Walid.

—Hace ya ocho días que nos recibió tu soberano y no hemos vuelto a saber nada de él. Comunícale que le solicito una nueva entrevista para hacerle saber las propuestas de mi rey.

Dos días después al-Mutamid recibió a Rodrigo, al que acompañábamos cuatro de sus caballeros.

—Majestad, mi rey don Alfonso os reclama los tributos atrasados, y me ha comisionado para que los recoja en su nombre y los custodie hasta Castilla.

Rodrigo soltó la demanda de don Alfonso sin esperar siquiera a que al-Mutamid le diera permiso para hablar.

El intérprete, un tanto confuso por la forma de romper el protocolo, tradujo azorado las palabras del señor de Vivar.

El gran visir y Walid pusieron cara de asombro por el atrevimiento de Rodrigo, pero al-Mutamid no movió un solo músculo de su rostro. Tras escuchar al traductor, dijo:

—Sevilla está en guerra con el rey de Granada; en mi carta a mi «hermano» el rey de León y de Castilla le pedía ayuda para luchar contra Abdalá, el rey granadino causante de que mi «hermano» no haya recibido a tiempo mis regalos.

Los tributos que cobrábamos a los musulmanes para mantener la paz y para que sus reyezuelos siguieran viviendo rodeados de aquel lujo los llamaban «regalos», una forma más de engañarse a sí mismos.

—Don Alfonso me dijo que os ayudara a conquistar Granada, pero no tengo las fuerzas necesarias para hacerlo; no dispongo siquiera de un centenar de soldados.

—Yo os proporcionaré los guerreros suficientes. Lo que importa es que los granadinos comprueben que los soldados de Castilla pelean de mi lado.

Aquella guerra entre Sevilla y Granada era una más de las contiendas que desde hacía décadas ensangrentaban a los andalusíes. Enfrentados por cualquier motivo, los andalusíes guerreaban entre ellos sin tregua; cualquier excusa era válida para atacar al vecino. Entre sevillanos y granadinos había además una intensa rivalidad debido a la diferente procedencia étnica de sus clases dirigentes. Los de Sevilla eran árabes del sur, yemeníes orgullosos de su pasado y de su estirpe que se consideraban los más puros de entre todos los árabes, los verdaderos depositarios de la nobleza del islam. Los de Granada eran bereberes, gentes originarias del norte de África que se habían convertido al islam cuando los árabes conquistaron el Magreb y que se consideraban injustamente tratados por los árabes, que los menospreciaban y que tradicionalmente los habían relegado por considerarlos inferiores.

Al-Mutamid y Rodrigo habían refrendado el acuerdo sobre el reparto de Granada: la tierra sería para el monarca sevillano y el oro para el rey de León y de Castilla.

Rodrigo pidió inspeccionar las tropas de al-Mutamid y éste ordenó a su ejército que formara en la ribera del Guadalquivir, en un amplio arenal cerca de la muralla.

Unos dos mil soldados que protegían sus cuerpos con corazas doradas y sus cabezas con cascos con penachos de plumas de pavo real se alineaban en compactos escuadrones, uniformados con túnicas azules de seda y de lino.

Rodrigo pasó frente a ellos en su caballo y me comentó:

—Míralos, Diego, son guerreros formidables, pero no pueden evitar que los sometamos al pago de tributos. Si al frente de estos hombres hubiera gobernantes capaces, nada podríamos hacer frente a ellos.

Acabada la revista de las tropas, Rodrigo le dijo a Walid:

—Tradúcele al rey que le comunique al general en jefe de su ejército que todos sus soldados deberán estar bajo mis órdenes y que en dos días comenzaremos los ejercicios militares para preparar el ataque a Granada.

Walid, que no se separaba de nosotros, se quedó pasmado.

—Pero don Rodrigo, cómo voy a decirle a su majestad que...

—Díselo tal y como lo has oído.

Walid carraspeó y, con voz queda y la mirada baja, le transmitió al rey las palabras del Campeador.

Al-Mutamid miró a Rodrigo, hizo un movimiento de cabeza como asintiendo y dijo:

—Así se hará.

Walid suspiró aliviado.

Acabábamos de cenar unas tortas de queso fritas, pastel de carne con cominos y sésamo y berenjenas rellenas de cebolla y arroz, y estábamos sentados sobre almohadones bajo los pórticos del patio mayor de nuestro palacio escuchando a dos cantoras que al-Mutamid nos había enviado como regalo aquella noche, saboreando infusiones de abrótno, delicados vinos y jarabes de frutas. Las melodiosas voces de las dos muchachas se entrelazaban en el aire con los aromas de los arrayanes y los perfumes de áloe e incienso que habían mezclado en un ungüentario y que habían esparcido con un hisopo; todos nos sentíamos transportados a una especie de paraíso.

Walid entró silencioso, deslizándose como un gato montés, y se colocó al lado de Rodrigo:

—Señor, tengo que comunicaros algo urgente.

Rodrigo bebía vino con especias de una copa de plata que acababa de escanciarle un criado. La dejó a un lado, se limpió los labios con un paño de seda, al estilo musulmán, y le dijo a Walid que hablara.

—Uno de nuestros vigías en la frontera con Granada nos acaba de comunicar que hace tres días llegaron a esa ciudad unos embajadores castellanos para reclamar sus tributos. Esta misma mañana han atacado uno de nuestros castillos en la frontera y han hostigado alguna de nuestras aldeas. Su majestad al-Mutamid cree que se trata de una traición de vuestro rey.

Rodrigo se levantó de su almohada y mirando fijamente al frente preguntó a Walid:

—¿Sabes quiénes son esos embajadores?

—Nuestros espías en Granada han confirmado que se trata de grandes señores de la corte de Castilla; los manda el conde García Ordóñez.

Al oír el nombre de García Ordóñez, Rodrigo sintió un estremecimiento en su interior. Su rival en la corte de Castilla, el hombre cuya influencia había relegado a

Rodrigo a un puesto secundario, era ahora quien ponía en ridículo su palabra y quien estaba a punto de presentarlo a los ojos de todos como un traidor.

—Dile a su majestad que escribiré al conde García Ordóñez pidiéndole que cese su hostigamiento contra Sevilla y que mantengo la palabra que le he dado.

—¿Y si el conde no cede? —preguntó Walid.

—En ese caso, mis hombres y yo lo atacaremos.

Rodrigo ordenó que cesara la música, avanzó unos pasos hasta el centro del patio y nos dijo:

—Caballeros, soldados: me acaban de comunicar que el conde García Ordóñez ha atacado las tierras de Sevilla fronterizas con Granada aliado con su rey Abdalá. No sé qué está pasando, pero la orden que tengo de nuestro rey es defender Sevilla y luchar con los sevillanos contra Granada. Ahora mismo voy a enviar un mensajero a don García exigiéndole que se retire y deje de hostigar las tierras de este reino.

—¿Y si no lo hace? —intervino uno de los caballeros.

—No nos quedará más remedio que combatirlo.

—¡Son castellanos! —exclamó otro.

—Será la primera vez que luchemos entre castellanos, pero os aseguro que si no atienden a razones, no será la última.

Rodrigo me dictó la carta esa misma noche y la firmó con su signo.

García Ordóñez, a quien acompañaban los magnates castellanos Fortún Sánchez, conde de Álava, y Diego Pérez, respondió a la misiva de Rodrigo asolando la ciudad de Cabra, la más próxima a la frontera con Granada, y su entorno. En una carta de respuesta se reía de Rodrigo e ironizaba sobre su ultimátum.

El Campeador, fiel a la palabra dada, organizó una mesnada en la que formábamos castellanos y sevillanos y se dirigió hacia el este. En tres días de agotadora marcha alcanzamos a avistar Cabra, que está a medio camino entre Sevilla y Granada. El conde de Nájera nos aguardaba con su ejército formando una media luna, en cuyos flancos había sendos escuadrones del rey de Granada.

García Ordóñez tal vez esperaba que Rodrigo cotejara sus fuerzas antes de atacar, pero el señor de Vivar, a la vista de su enemigo, espoleó al caballo y se lanzó a la carga, lanza en ristre. Todos nos quedamos paralizados ante la acometida de Rodrigo, y apenas tuve tiempo para reaccionar y ordenar a los caballeros castellanos que lo siguieran. Entusiasmados por el ímpetu de nuestro señor, formamos un frente compacto y nos lanzamos al ataque. Igualmente henchidos de valor, los sevillanos nos siguieron como un solo hombre.

Caímos sobre los asombrados soldados de García Ordóñez como un huracán, gritando como posesos y golpeándolos sin piedad. Rodrigo nos había contagiado tal fiereza que cada uno de nuestros golpes parecía estar guiado por la mano de un gigante. El frente de los del conde de Nájera se deshizo y los soldados granadinos que guardaban la retaguardia y las alas huyeron despavoridos dejándolos abandonados a su suerte.

Aquella batalla podría haberse convertido en una carnicería si Rodrigo, siempre seguro y sabedor de nuestra victoria, no hubiera ordenado cesar la lucha. Los condes de Nájera y de Álava arrojaron sus armas al suelo al verse derrotados y nos entregaron sus espadas. El Campeador hizo formar a los vencidos en fila, desarmados y a pie, y pasó ante ellos con su caballo. Por fin, despojados de todo su equipo militar y de sus caballos, los dejó marchar de regreso a Granada, previo pago de un fabuloso rescate que algunos fijaron en la mitad del valor de las posesiones del conde de Nájera.

Nuestro regreso a Sevilla fue triunfal; no habíamos conquistado Granada, pero los sevillanos nos recibieron como a héroes y alfombraron nuestro paso con juncos y pétalos de rosas. Rodrigo había logrado una extraordinaria victoria en Cabra, pero el

conde García Ordóñez nunca olvidaría semejante afrenta. El rey al-Mutamid nos colmó de regalos y pagó las parias debidas a don Alfonso.

El rey de León y de Castilla, que en una intensa campaña había acabado con los rebeldes toledanos a su rey al-Qádir, apenas podía ocultar su asombro ante los magníficos presentes que trajimos de Sevilla. Varios cofres se amontonaban delante de la sala mayor de su palacio de Burgos.

—Con todo este oro podremos construir nuevas iglesias para mayor gloria de Dios y nuevas fortalezas para mayor poder de León y de Castilla —comentó don Alfonso. Y añadió dirigiéndose a Rodrigo—: Mereces una generosa recompensa por este trabajo. Ordenaré al canciller que te entregue varias heredades del patrimonio de la Corona; con ellas tú mismo te encargarás de recompensar a su vez a tus caballeros.

Se acercó a uno de los cofres y cogió dos saquillos llenos de monedas de plata y una bolsita con dinares de oro; los sopesó en sus manos y se los entregó al Campeador.

El rey y Rodrigo se despidieron con cordialidad y de inmediato nos dirigimos a Vivar. En el bazar de Sevilla Rodrigo había adquirido varios espléndidos regalos para Jimena y para sus hijitos Diego y Cristina: una caja de marfil labrado con escenas de animales y flores y con cantoneras de plata, un collar de oro con una piedra de rubí traído desde la India, un puñal con mango dorado e incrustaciones de piedras preciosas y un muñeco articulado de cerámica, que los sevillanos denominan autómeta, del que se podía mover cada uno de sus miembros de manera independiente desde unos cordoncitos sujetos a dos tablillas.

Jimena corrió a abrazar a Rodrigo con lágrimas en los ojos; junto a ella estaban Diego, que correteaba alrededor de su padre tirándole de la sobreveste, y Cristina, que de la mano de su madre ya daba los primeros pasos.

—Hemos recogido las cosechas de trigo, ordío y cebada, hemos vendimiado las vides, las ovejas están esquiladas y hemos sacrificado seis cerdos para ponerlos en conserva —explicó Jimena.

Rodrigo la miró a los ojos y volvió a besarla. Jimena tendría entonces más de treinta años, pero su aspecto era el de una muchacha de veinte.

Me acerqué a saludarla y le dije:

—Señora, es estupendo regresar de nuevo a casa.

—Sé bienvenido, Diego.

Y me ofreció su mano que besé levemente.

Aquel invierno fue largo y muy frío, tanto que durante al menos dos meses no pudimos siquiera salir a cazar. La nieve cayó en tan gran cantidad que los lobos merodeaban de día en día cerca de las aldeas del llano. Una gélida mañana, poco antes del alba, oí unos ruidos al otro lado del patio. Era muy pronto y me extrañó que con semejante frío alguien se hubiera levantado a realizar las primeras tareas del día. Salté de la cama, me vestí con la túnica, me calcé las botas de cuero, cogí mi espada y salí afuera. Pese a que el cielo estaba nublado, el frío era intensísimo. Atravesé el patio y me dirigí hacia el lugar de donde procedían los ruidos. Me acerqué con sigilo y por encima de la tapia vi a tres lobos que escarbaban la nieve y la tierra en la base del muro; a este lado estaba el establo repleto de ovejas. Las tres bestias estaban tan hambrientas y tan afanadas en excavar bajo el muro que ni siquiera advirtieron mi presencia. Ya habían hecho un buen agujero y seguían escarbando la tierra como si les fuera, y tal vez así era, la vida en ello.

Por un instante dudé: si los ahuyentaba con gritos y pedradas, volverían en otra ocasión, y sin otra arma que la espada no estaba seguro de poder hacerles frente a los tres; en mi precipitación había olvidado coger una adarga y una lanza.

Una mano se apoyó en mi hombro; me volví asustado y vi los ojos de Rodrigo, que traía dos arcos y una aljaba con flechas. Me indicó con la mano en los labios que guardara silencio y me entregó uno de los arcos; colocó el carcaj entre ambos y cada uno de nosotros cogió una flecha. Señaló al lobo de la derecha y me puso su dedo en el pecho, en tanto él se reservaba el de la izquierda.

—¿Y el del centro? —le pregunté en susurros.

—Cuando huya, le tiramos los dos, y tal vez uno lo alcance.

Asentí con la cabeza y cargué mi arco. Dos saetas silbaron al unísono y ensartaron a los dos lobos. El tercero se detuvo por un momento y en cuanto se dio cuenta de la situación intentó huir. Aquel instante de vacilación de la bestia nos proporcionó el tiempo suficiente como para cargar una segunda saeta. La mía se le clavó en los cuartos traseros pero el lobo siguió adelante arrastrándose cinco o seis pasos, hasta que la de Rodrigo le atravesó el cuello y tumbó al animal agonizante sobre la nieve.

Rápido como una centella, el señor de Vivar saltó la tapia y con el cuchillo que llevaba al cinto degolló a los tres lobos de un certero tajo en la garganta.

—Bien, Diego, aquí tienes tu abrigo de pieles para este invierno.

—Si me lo permitís, señor, me gustaría ofrecérselo a doña Jimena; creo que en su estado lo necesitará más que yo.

—Como quieras, aunque tal vez sean necesarios otro par de lobos para completar una buena capa.

Doña Jimena estaba embarazada de nuevo. Es el destino inevitable de toda mujer casada: tener un hijo, criarlo con el pecho propio y en cuanto se desteta quedar de nuevo embarazada y volver a parir un nuevo hijo, y rezar a Dios para que no muera; y así año tras año, embarazo tras embarazo hasta que un mal parto le causa la muerte o la muerte sobreviene por el cansancio, la enfermedad o el desgaste de una vida de trabajos y fatigas.

A fines de 1079 llegó a Castilla la que iba a ser su nueva reina, doña Constanza de Borgoña. Con ella viajaron una dama de compañía de una belleza sin igual y un monje cluniacense, su confesor y secretario a la vez. Don Alfonso convocó a la nobleza castellana en Burgos a principios de mayo, dos meses antes lo había hecho con la leonesa en Sahagún, para presentarle a la que iba a ser su nueva esposa y reina. Constanza era hermosa, pero al lado de su dama, la hija del duque de Borgoña parecía poca cosa.

—Quien haya decidido que esa espléndida dama sea la acompañante de la joven reina está loco —me susurró Rodrigo al oído en la sala de audiencias del palacio real de Burgos.

Y en verdad que debía de estarlo, porque era ya conocido en toda la corte que desde que la embajada borgoñona se presentara ante el rey, éste sólo había tenido ojos, y lecho, para la sensual dama de compañía de su futura reina; tan prendado quedó de ella que se olvidó de Jimena Muñoz, a la que obligó a abandonar la corte tras dos años de relaciones. Recuerdo que alguien comentó que el rey había dotado a su anterior amante con copiosas rentas en un apartado rincón en el norte de Galicia con la orden de que no volviera a aparecer por la corte.

Don Alfonso estaba tan ensimismado con la belleza de su nueva amante borgoñona, y sin duda también con sus artes amatorias de las que se dice que las borgoñonas y las aquitanas no tienen igual, que algunos de los obispos le hicieron saber al rey que su conducta no era digna de un monarca.

«Soy un rey, pero también un hombre, y además ¡todavía no estoy casado!», dijeron algunos que exclamó don Alfonso cuando los obispos le recomendaron que pusiera fin a sus amoríos con la dama de doña Constanza.

La futura reina era una joven viuda que había estado casada con el conde de Châlon, y además de hija del duque de Borgoña era nieta del rey de Francia; era por tanto una esposa que convenía mucho a los intereses políticos de don Alfonso. Su aspecto parecía enfermizo a causa de su delicada piel, blanca como la nieve y a la vez transparente como el cristal, tanto que a su través se apreciaban sus venas azules en las sienes y en el cuello. Durante trece años fue la reina de León y de Castilla y parió una hija, doña Urraca, que ahora es la soberana de estos reinos.

El escándalo de las relaciones de don Alfonso con la dama de compañía de doña Constanza a punto estuvieron de acabar con el proyecto de matrimonio real, pero don Alfonso estaba muy interesado en emparentar con la nieta del rey de Francia y permitió que entrara en sus reinos una enorme cantidad de monjes cluniacenses, que enseguida se dedicaron a organizar las iglesias leonesa y castellana. En apenas un año, los monjes franceses controlaban las más importantes abadías y la mayoría de los obispados; se resarcieron así del fracaso de unos años antes y ya no les fue nada difícil imponer el nuevo rito romano, que sustituyó definitivamente al hispano en las iglesias castellanas y leonesas. La sanción real para estos cambios se fraguó en un concilio celebrado en Burgos en el que se reiteró la adopción del rito romano y en el que los monjes de Sahagún, el monasterio más influyente del reino leonés, eligieron como abad al cluniacense Bernardo.

El rey nos presentó a su nueva reina, pero los ojos de los nobles estaban más pendientes de la insinuante figura de la dama borgoñona.

En el lado de los magnates y de la alta nobleza destacaba el conde García Ordóñez, que había regresado de Granada derrotado por Rodrigo y humillado al tener que pedir prestados al rey Abdalá caballos y dinero para el viaje de vuelta y para hacer frente al pago del rescate exigido por el Campeador. Nos miraba con un odio contenido, intentando aparentar a la vez desprecio e indiferencia.

Acabada la vista real, el conde de Nájera se acercó hacia nosotros rodeado de otros condes.

—Vaya, vaya, el infanzón en la corte. Te creía ordeñando ovejas y moliendo trigo —espetó García Ordóñez interrumpiendo nuestro paso.

—Señor conde —dijo Rodrigo—, os agradecería que nos dejaseis pasar.

—En Cabra tuviste suerte; esos cobardes moros granadinos huyeron en plena batalla, pero la próxima vez no será tan fácil.

—Si hubierais aceptado mis condiciones, nada de eso hubiera pasado. Os repito que nos dejéis pasar.

—Te comportaste como un traidor —lo provocó el conde.

—Yo tenía órdenes del rey de defender el reino de Sevilla y vos atacasteis sin atender mis requerimientos.

—¡Pero quién eres tú para decirme lo que debo hacer! —clamó el conde de Nájera encarándose con Rodrigo.

—Os ruego que nos dejéis pasar —reiteró Rodrigo.

—Sólo por encima de mí.

García Ordóñez se puso manos en jarras y adelantó el rostro desafiante. El señor de Vivar alzó el brazo y descargó su puño con fuerza en el rostro del conde de Nájera, que cayó al suelo desplomado como una talega de harina. Los nobles que lo acompañaban echaron mano a sus dagas, pero Rodrigo se plantó ante ellos y con voz calmada y tono sosegado les dijo:

—Señores, habéis sido testigos del desafío del conde de Nájera. Por tres veces le he pedido y rogado que nos dejara paso libre. No me gustaría protagonizar una pelea en el palacio del rey, pues sería una acción detestable, pero os aseguro que si no envaináis esos puñales, no tendré ningún reparo en que vuestra sangre empape estas losas.

El Campeador habló con tal contundencia que los nobles castellanos retrocedieron dos pasos y envainaron sus dagas, a la vez que se abrían a los lados para dejarnos pasar. Dos de ellos se agacharon para recoger el cuerpo desmadejado del conde García Ordóñez a quien el puñetazo de Rodrigo había dejado sin sentido.

—Buen golpe, señor, buen golpe —le dije al atravesar la puerta del palacio real.

—Ha debido de ser bueno, porque creo que me he roto la mano —me respondió con una sonrisa.

El tercer hijo de Jimena y Rodrigo nació al final de la cosecha; fue una niña a la que bautizaron con el nombre de María.

El señor de Vivar era más rico y poderoso que nunca y había logrado ganarse la amistad del rey don Alfonso pese a las reticencias y a las injurias. Nada me había dicho, pero sé que en aquellos meses Rodrigo confiaba en ver uno de sus sueños convertido en realidad: ser elevado por el rey a la categoría condal y entrar así a formar parte de la alta nobleza castellana.

Pero Rodrigo no había previsto que sus enemigos estaban conspirando en su contra para horadar la confianza que el rey había depositado en el Campeador. El conde de Nájera, doblemente ridiculizado, no cesaba de lanzar calumnias contra Rodrigo en presencia del mismo rey. La reina Constanza parecía estar del lado de mi señor, pero la dama borgoñona, que aunque con más discreción que meses atrás seguía siendo amante del rey, apoyaba al grupo de García Ordóñez, cuya influencia en la corte iba en aumento; Rodrigo Ordóñez, el hermano del conde de Nájera, fue nombrado además alférez del ejército.

Las constantes acusaciones del conde de Nájera, a quien algunos comenzaron a llamar «boca torcida» por la maldad de sus palabras, hicieron mella en el rey sobre todo cuando García Ordóñez acusó a Rodrigo de quedarse con parte de las parias que le había entregado el rey de Sevilla. Fue entonces cuando don Alfonso comenzó a recelar de Rodrigo, que entre tanto atendía a su hacienda y a su familia desde Vivar. Fueron meses relajados, aunque sin dejar de practicar un solo día con el caballo, la lanza y el arco, mientras los enemigos del Campeador seguían carcomiendo la opinión del rey mediante calumnias y embustes. Rodrigo permanecía ajeno a aquellas conjuras que en la corte se estaban levantando contra él, fiel en la creencia de que su valía personal y sus servicios a la Corona serían garantías más que suficientes para mantener el favor de don Alfonso y la concesión de un condado para él o al menos para su hijo.

Entre tanto, don Alfonso había repuesto a al-Qádir como monarca en Toledo, expulsando hasta Badajoz a al-Mutawákkil. A cambio de esa ayuda, el toledano entregó a don Alfonso las fortalezas de Zorita, Brihuega y Canales; imperceptiblemente, sin que los toledanos pudieran evitarlo, el cerco sobre Toledo se iba cerrando sobre ellos como las pinzas de una tenaza.

Don Alfonso estaba empeñado en repoblar con castellanos las comarcas al sur del Duero, entre Gormaz, Sepúlveda y la sierra de Atienza. Tras haber ganado varios castillos en el Tajo por cesión de al-Qádir, estas tierras estaban algo más seguras de posibles incursiones musulmanas. Rodrigo también recibió heredades al sur de Gormaz, con lo que aumentó su riqueza gracias a las rentas que le proporcionaron los collazos que allí se asentaron para cultivar las nuevas propiedades del Campeador. La repoblación la dirigía nominalmente el rey, pero la encargaba a señores que, a su vez,

entregaban tierras a otros señores o a campesinos para su cultivo. Don Alfonso había decidido conquistar Toledo y la estrategia pasaba antes por repoblar todas las tierras al norte de esta ciudad.

Pasamos el invierno entre Gormaz y Vivar, yendo en varias ocasiones de un lugar a otro, supervisando el asentamiento de nuevos colonos al sur del Duero y observando con cuidado la construcción de nuevas fortalezas y la reparación de las ya levantadas. Rodrigo se había convertido en el señor más poderoso de la frontera suroriental de Castilla, pero sus enemigos en la corte eran muchos. En aquellos años, como ahora, la envidia por los triunfos ajenos era una enfermedad que aniquilaba conciencias y destruía lealtades. Y los enemigos que envidiaban a Rodrigo eran muchos en la corte; ninguno de aquellos engraidos nobles pudo asimilar que un simple infanzón hubiera alcanzado el más alto puesto junto al rey Sancho y que estuviera a punto de lograrlo de nuevo, pese a tantas dificultades, al lado de don Alfonso.

Una tarde regresábamos de una jornada de caza; eran los últimos días del invierno, pero el sol brillaba con fuerza y hacía algo de calor en las horas centrales del día. Rodrigo había perseguido durante un buen trecho y con gran esfuerzo a un jabalí; la pelea con el animal le había hecho sudar copiosamente. El señor de Vivar se quitó un grueso chaleco de piel que solía usar en invierno durante las cacerías y bebió abundante agua de un arroyo.

Esa misma noche Jimena me llamó sobresaltada. Rodrigo estaba empapado de un sudor frío que perlaba su frente y sus labios, tenía una elevada calentura, un color amarillento y sus ojos parecían a punto de salirse de sus órbitas.

—¿Qué le pasa, Diego? Me ha dicho que se encontraba mal en cuanto acabó la cena; se ha acostado y al poco rato ha comenzado a sudar y a jadear de una manera tal que me ha sobresaltado —me dijo Jimena.

—No os preocupéis, señora, seguro que se trata de un simple enfriamiento a causa de este tiempo tan extraño. No es normal que haga estos calores en invierno, y don Rodrigo se ha descuidado.

—Nunca antes lo había visto así, temo por su vida.

—Es un hombre de naturaleza muy fuerte.

—Pese a todo, me preocupa su salud. Envía a un criado a Burgos para que avise a uno de esos médicos judíos que venga aquí a curar a mi esposo.

Pese a que todavía era de madrugada, desperté a uno de los criados y le encargué que fuera hasta Burgos en busca de un médico judío del que tenía algunas referencias porque nos había atendido al regreso de algunas campañas militares. Le di una bolsa con monedas por valor de dos meticales de oro, dos mulas y le ordené que se apresurara. Ya había amanecido cuando regresó con el médico.

El judío observó a Rodrigo y mandó que lo desnudásemos. Le palpó el rostro, le miró los ojos y después puso su oído sobre el pecho del Campeador, que jadeaba emitiendo un sonido ronco y áspero.

—Sus pulmones no respiran bien, aunque su corazón late con fuerza. Creo que se trata de la enfermedad que el gran Ibn Sina llamó neumonía.

—¿Es muy grave? —preguntó doña Jimena.

—Sí, es grave, pero si se le aplican los cuidados necesarios, sobrevivirá. Deberéis procurar que su cuerpo no esté ni muy caliente ni muy frío, evitad cualquier cambio brusco en la temperatura de esta sala y no dejéis de mudarle la ropa con frecuencia. Tratad de que coma lo suficiente, y si rechaza la comida obligadlo a que la trague, pues si su cuerpo se debilita por la falta de alimento, no podrá superar esta enfermedad. Alimentadlo con caldo de gallina y huevos y con leche caliente y miel, y procurad que no vomite lo que ingiera.

—¿No vais a sangrarlo? —le pregunté.

—No. Esa es una técnica que aplican muchos médicos porque creen que es en la sangre donde radica el mal. Yo creo que la sangre es la fuerza vital del cuerpo y que, si se pierde, se escapa parte de esa fuerza vital. Cuanta más sangre tenga, más fuerte estará y más posibilidades tendrá de superar a la enfermedad.

»Yo ya no soy útil aquí. Estaré en Burgos si me necesitáis. No dudéis en llamarme.

—Quedaos a comer —propuse.

—Os lo agradezco, pero Burgos está cerca. Si salgo ahora llegaré a mediodía.

—El criado os acompañará de regreso.

—No es necesario, he venido en mi propia mula.

El médico judío rehusó la bolsa con los dos meticales, pero no dudó en coger un buen pedazo de queso y un pan para el camino de vuelta.

—Os debemos esta visita —le dije antes de partir.

—No os preocupéis por ello, ya me pagaréis cuando vuestro señor cure de esta enfermedad.

Don Alfonso, que estaba en Burgos a mediados de mayo, convocó a Rodrigo para una razia de castigo por tierras de Coria, donde al-Mutawákkil seguía empeñado en agrandar su reino a costa del de Toledo. El Campeador no pudo asistir; alegó su enfermedad y bien a su pesar se quedó en la cama convaleciente. Si por él hubiera sido, creo que pese a su extrema debilidad se hubiera levantado para unirse al ejército del rey, pero doña Jimena, a instancias del médico judío, se lo impidió.

—Ordenaré que te aten a la cama si es preciso —le amenazó Jimena.

—Es una oportunidad extraordinaria. Si consigo ganar Coria, tal vez el rey me conceda al fin un condado, el de Gormaz, supongo. No puedo faltar a la cita.

—Rodrigo, te amo como mujer y te respeto como esposa, pero te juro que si te levantas de esa cama será la última vez que me veas a mí y a nuestros hijos.

La rotundidad de las palabras de Jimena aplacó el ímpetu de Rodrigo, bastante quebrado ya por su debilidad, y, a regañadientes, se tumbó en el lecho y bebió la leche con miel y huevo que su esposa le acercó.

Las cosechas crecían en los campos del Duero en torno a la gigantesca fortaleza de Gormaz, cuya tenencia había sido encomendada a Rodrigo. Alrededor de este poderoso castillo, el rey don Alfonso había entregado tierras al señor de Vivar y los colonos que habían llegado en el último año habían logrado sembrar el grano, que ya estaba dando frutos. Rodrigo seguía convaleciente de su enfermedad, pero había mejorado mucho gracias a los cuidados de Jimena y a las visitas que cada semana realizaba el médico judío.

El rey seguía en campaña por tierras de Badajoz y los toledanos habían recobrado la calma tras reponer en el trono a al-Qádir, pero algunos de los rebeldes derrotados por don Alfonso andaban errantes por los valles y sierras. Ellos fueron los causantes materiales del desastre, pero nunca supimos si hubo alguien detrás que los instigó.

Así fue como sucedieron las cosas que cambiarían radicalmente el destino de Rodrigo y de los suyos:

Era una tarde de fines de mayo. Las espigas apenas habían comenzado a brotar de los tallos en los trigales y los campesinos de Vivar regresaban de sus faenas con las azadas al hombro. Un jinete se abría paso a todo galope por el camino de Burgos, levantando una fina estela de polvo. Yo estaba en el corral, junto a la casona, revisando con los pastores varias ovejas que estaban preñadas; una extraña sensación me hizo

volver la cabeza y vi al jinete que se acercaba a galope tendido, como si lo persiguiera el mismísimo diablo.

Intuí que algo andaba mal; dejé las ovejas y me dirigí al encuentro del jinete. Era Gonzalo Gómez, uno de los caballeros de la mesnada de Rodrigo que formaba parte de la guarnición del castillo de Gormaz.

El jinete se dejó caer del caballo y jadeando me dijo:

—Don Diego, han sido bandidos sarracenos..., llegaron al amanecer, como sombras, y arrasaron aldeas y cultivos. Sabían dónde estaban nuestros graneros y cómo causarnos el mayor daño posible. He reventado tres caballos para llegar aquí.

—¿Qué estás diciendo? —le pregunté alterado.

—Cruzaron el Duero por el vado de Navapalos y han asolado Alcubilla, San Esteban y Osma —el caballero barboteaba sin duda agotado por la larga cabalgada—. Llevo todo un día cabalgando sin descanso.

Le ayudé a caminar apoyado en mi hombro y lo senté en un poyete de piedra a la puerta de la casona. Pedí auxilio y un criado salió de la casa al oírme.

—Ayúdame a llevar a este hombre a la cocina —le ordené.

Entre los dos portamos casi en volandas al caballero.

—Come y bebe cuanto desees; yo avisaré a don Rodrigo.

El Campeador estaba sentado en un banco de madera de la sala grande, releendo el *Fuero Juzgo* junto a Jimena.

—Señor, uno de vuestros hombres de Gormaz acaba de presentarse totalmente agotado por una cabalgada sin descanso. Dice que unos bandidos han asolado las tierras de Gormaz y San Esteban. He dicho a los criados que le den algo de comer y beber para que se reponga del esfuerzo. Imagino que querréis verlo enseguida.

Rodrigo se incorporó vacilante; sus piernas todavía no habían recuperado la fuerza necesaria para mantenerlo en pie con firmeza tras dos meses en cama.

—Hazlo pasar en cuanto haya comido —me dijo.

Volví a la cocina; el caballero de la guarnición de Gormaz estaba dando buena cuenta de un pedazo de carne asada fría, un buen trozo de queso, medio pan y una jarra de vino.

—Vaya, tenías hambre de veras —observé.

—No he probado bocado desde ayer a mediodía —masculló entre mordisco y mordisco al queso.

Dejé que acabara de comer y cuando lo hizo, lo conduje ante Rodrigo.

—Señor, aquí está Gonzalo Gómez.

—¿Qué ha ocurrido, Gonzalo? —inquirió Rodrigo.

—Señor —Gonzalo inclinó la cabeza ante Jimena, se acercó hasta el Campeador y cogió su mano para colocarla en la frente en señal de sumisión como vasallo—, fue anteayer, al alba. Una partida de bandidos musulmanes cruzaron el Duero por Navapalos y saquearon San Esteban, Alcubilla y Osma; eran un centenar y parecía que conocían bien dónde atacar. Han asolado esas tres aldeas, destruido y quemado sus casas, incendiado cosechas, talado árboles y arrasado cultivos. Se han llevado varios cautivos.

—Perdonad caballeros, pero mis hijos necesitan de su madre —les interrumpió Jimena, que salió de la sala intuyendo que su presencia podría coartar nuestra conversación.

—¿Dónde estabais vosotros?

—En la fortaleza de Gormaz, señor. Sólo éramos cinco caballeros y veinte peones. Hicimos cuanto pudimos y logramos que algunas gentes se refugiaran en el castillo con

el ganado que lograron salvar. En cuanto pude cogí mi caballo; he cabalgado sin descanso desde ayer a mediodía.

Aquel hombre había recorrido cien millas en poco más de una jornada.

—¿Qué más sabes de esos bandidos?

—Eran musulmanes del reino de Toledo, sin duda. No pudimos enfrentarnos a ellos, pero algunos de los campesinos que pudieron escapar y buscaron refugio en el castillo dijeron que los mandaban hombres expertos en ese tipo de acciones.

—¿En qué lengua hablaban? —le preguntó Rodrigo.

—Quienes los oyeron dicen que en árabe, aunque un campesino de Alcubilla me aseguró que había oído a dos de ellos hablarse en nuestra lengua.

—¿Qué opinas de esto, Diego?

—Sólo hay dos opciones: o han sido los rebeldes a al-Qádir, que desesperados han atacado en busca de botín, o...

—¿O qué? —inquirió Rodrigo.

—O se trata de una añagaza de nuestros enemigos en la corte para causarnos problemas.

—Crees que el conde de Nájera está detrás de esta algará.

—Podiera ser, aunque en tal caso será difícil probarlo.

—Ordena que preparen mi equipo militar y convoca a la mesnada —asentó Rodrigo.

—Permitidme que os diga que no estáis en condiciones de pelear —le advertí.

—Ya has oído mis órdenes.

—Gonzalo, retírate un momento —le indiqué al soldado.

Y cuando hubo salido de la estancia, le dije a Rodrigo:

—Hace dieciocho años que estoy a vuestro servicio, y siempre os he obedecido, incluso cuando me anunciasteis que debería empuñar las armas. Pero os repito que no estáis en condiciones de luchar. Fijaos en vuestro aspecto: habéis perdido mucho peso debido a la enfermedad, vuestras piernas apenas os sostienen y vuestros brazos son incapaces de tensar un arco o de arrojar una lanza. Un niño podría vencerlos.

Jamás le había hablado así a Rodrigo, hasta ese momento.

—¿Cómo te atreves...!

—Me atrevo porque además de vuestro vasallo y vuestro escudero, soy vuestro mejor amigo —puntalicé.

Y avancé hacia él, le cogí la mano derecha y le torcí el brazo hasta tumbárselo sobre una mesa sin apenas esfuerzo.

—Tienes razón, Diego, tienes razón —musitó con la cabeza gacha.

—Decidme qué queréis que hagamos y lo haremos, pero vos reponeros por completo; sería un desastre todavía mayor si en el estado en el que os encontráis os vierais obligado a pelear con un soldado experto.

—Convoca a toda la hueste en Gormaz para dentro de quince días. Si en este tiempo no me he repuesto del todo, tú encabezarás la mesnada. Atacaremos las tierras de Guadalajara y perseguiremos a esos bandidos hasta sus madrigueras. Y procura que Gonzalo descanse todo el día, lo merece.

Esa misma tarde escribí los mensajes convocando a todos los caballeros del Campeador a la hueste, y al amanecer varios criados salieron en todas las direcciones para entregarlos a sus destinatarios.

Sesenta caballeros formaban en el amplio patio del castillo de Gormaz armados como si fueran a librar la más decisiva de las batallas. Sus ojos brillaban como sus espadas; muchos de ellos habían perdido hombres, cosechas y ganado en la incursión de los

musulmanes toledanos y estaban deseosos de venganza. Mi espíritu se encogió cuando contemplé uno a uno los rostros crispados, con los ojos inundados de ira y odio, de aquellos caballeros. Habían acudido a la llamada de su señor como un solo hombre. Eran gentes de frontera, guerreros habituados a la dura vida en los límites entre la cristiandad y el islam, hombres rudos acostumbrados al fragor de la pelea, a la incertidumbre del mañana y a ganarse el pan con la espada y la lanza.

Para ellos Rodrigo era un ejemplo; un verdadero héroe que había conseguido grandes riquezas gracias a su pericia militar, al manejo de las armas, a su astucia e inteligencia y al valor de su corazón. En Rodrigo tenían un modelo a seguir, y por ello estaban habituados a responder a su llamada sin una sola reticencia. Creo que si Rodrigo les hubiera pedido que lo acompañaran a las mismísimas puertas del infierno, ni uno solo de ellos se hubiera negado a hacerlo.

Rodrigo no se había recuperado del todo, pero sí lo suficiente como para viajar hasta Gormaz y asistir desde esa privilegiada posición a nuestra venganza. No tenía aún las condiciones necesarias para pelear, pero sí podía montar a caballo e incluso sostener una espada.

Avanzó a paso firme ante sus caballeros formados en el patio del castillo de Gormaz y nos dijo:

—Por primera vez no puedo cabalgar con vosotros. Sabéis que todavía me repongo de una grave enfermedad que casi acaba con mi vida. Si os acompañara como he hecho siempre hasta ahora, sería un estorbo. Don Diego de Ubierna mandará esta algará. Le he dado las instrucciones precisas sobre lo que deberéis hacer en cada momento. Y no tengáis piedad, ellos no la tuvieron con nuestros campesinos, con nuestros ganados y con nuestras cosechas.

Rodrigo estaba muy enojado, nos arengó como si fuéramos a enfrentarnos al mejor ejército del mundo en la batalla del Juicio Final.

Salimos de Gormaz, cruzamos la sierra de Miedes y caímos sobre las aldeas musulmanas del valle del Henares, cuyos habitantes estaban desprevenidos. No habían podido imaginar que en menos de un mes hubiéramos sido capaces de reorganizar nuestras fuerzas, reunir una hueste tan poderosa y devolverles el golpe. Habían confiado en que tardaríamos meses en recobrarlos de su razia y ni siquiera habían dispuesto vigías en las atalayas.

Asolamos varias aldeas en el curso del río Henares y, tal era nuestra furia y tan escasa la resistencia de los musulmanes, que penetramos hasta Guadalajara, una mediana ciudad que se salvó de nuestra ira encerrada tras sus murallas, y todavía alcanzamos más al sur, hasta la villa de Alcalá sobre el Henares y hasta la pequeña ciudad de Madrid. Nadie osó hacernos frente, y si lo hubiera intentado, eran tales nuestros deseos de venganza que hubiera salido muy malparado.

Diez días después regresamos a Gormaz cargados de riquezas y con setecientos cautivos. En algunas crónicas se ha escrito después que fueron siete mil, pero es bien conocida la afición de los cronistas a magnificar las cantidades para dotar de mayor relieve a sus historias.

Rodrigo nos esperaba ansioso en el castillo y nos abrazó uno a uno con vigor; por la energía de su abrazo comprobé que había recuperado todas sus fuerzas.

—Unos pocos días más y me hubiera unido a vosotros — me dijo después de abrazarme.

—Os encuentro en buena forma —le confesé.

—Desde hace un par de días me siento perfectamente. Ha debido de ser este aire, o el sol de este final de primavera, o el magnífico cordero guisado con miel de esta tierra.

Y en verdad que parecía totalmente repuesto de su enfermedad. Había recobrado el color de su rostro, que durante los meses anteriores había sido amarillento, sus mejillas ya no estaban enjutas y flácidas y habían desaparecido las ojeras del entorno de sus párpados. Caminaba con la firmeza de siempre y sus brazos eran de nuevo robustos y poderosos.

En una de las salas del castillo inventariamos el botín que habíamos ganado en aquella incursión. Rodrigo reservó una quinta parte para el rey y el resto lo repartió entre todos los participantes en la cabalgada.

Mantener presos a los setecientos cautivos costaba mucho dinero y había que disponer una guardia permanente para su custodia. Decidimos pedir un rescate por ellos y vender como esclavos a un mercader de Medinaceli a aquellos que no pudieran pagarlo.

El rey recibió su quinto del botín, pero ninguno de nosotros podía imaginar siquiera lo que estaba a punto de suceder.

Don Alfonso regresó apresuradamente de su incursión por las tierras fronterizas entre los reinos de Toledo y Badajoz en cuanto se enteró de la razia que habíamos llevado a cabo por el Henares. Los magnates de la corte, encabezados por el conde de Nájera y por su hermano el alférez real, acusaron a Rodrigo de haber puesto en peligro la vida del rey atacando a los súbditos de un aliado, como era el soberano de Toledo, cuando el ejército castellano-leonés estaba en campaña. La corte rebosaba de instigadores contra Rodrigo, a los que la envidia los había conducido directamente al odio.

Nosotros creíamos que habíamos obrado en justicia devolviendo a los toledanos el agravio que nos habían producido, y reintegrando a su costa los daños que nos habían causado. Pero don Alfonso no lo estimó así. Dijo que Rodrigo lo había desobedecido, y que su campaña había constituido un desacato y un desaire para la Corona; alegó que el Campeador había atacado tierras de un aliado y vasallo de Castilla, y que, como tal, estaban bajo su protección. Afirmó solemnemente que no podía consentir acciones como aquella, pues si todos los caballeros de la frontera hicieran lo mismo, su política con los reinos de taifas musulmanes peligraría y se perdería todo cuanto se había logrado hasta entonces.

Tal vez a don Alfonso no le quedara otro remedio que adoptar la decisión que tomó. Presionado por los magnates, tenía que ofrecer una respuesta a su aliado al-Qádir, que exigía un castigo para el Campeador por haber quebrantado la alianza con Toledo.

Don Alfonso envió a todos los condes y magnates de Castilla una carta en la que decía que la acción de Rodrigo había sido irresponsable e imprudente y su actitud perversa, y que por todo ello debía ser castigado. Esa misma carta se recibió en Gormaz; el rey le indicaba a Rodrigo que se dirigiera a Vivar, donde en los próximos días recibiría instrucciones más concretas.

Jimena ya sabía que el rey se había enojado con su esposo y que estaba consultando con los miembros de la corte el castigo que impondría al Campeador.

—Uno de mis parientes me ha hecho saber que el rey va a castigarte con dureza por tu acción —lamentó Jimena ante Rodrigo.

—Sí, eso parece. Esos malditos magnates, incapaces de ganar una sola batalla, han dispuesto al rey en contra mía. Desde que puse de manifiesto sus debilidades, no han cesado de maquinarse conjuras e intrigas para desacreditarme ante el rey —confirmó Rodrigo.

—Pues parece que lo han conseguido.

—Debemos estar preparados para cualquier cosa.

—¿Qué castigo crees que te impondrá el rey? —preguntó Jimena.

—No sé, en un caso como éste tal vez requise una parte de nuestras propiedades.

—Me han dicho que podría condenarte al exilio.

—No, no; el rey me llamará a su lado cuando decida que es hora de conquistar Toledo. Mi mesnada es la mejor preparada y la más fuerte de Castilla. No hará eso, me necesita. La ira regia se apaciguará con dinero y tierras. Bien, tal vez seamos un poco más pobres, pero ya nos resarciremos más adelante.

Rodrigo estaba equivocado. Pocos días después un heraldo real trajo un diploma a Vivar. Rodrigo adivinó que aquel pergamino contenía la resolución real. Desató el lazo de cáñamo, rompió el sello de cera y, desdoblado el pergamino, leyó:

En el nombre de Dios. Nos, Alfonso, rey de León y de Castilla, a mi vasallo Rodrigo Díaz, señor de Vivar y tenente de la fortaleza de Gormaz:

Sabed que por los muchos males que habéis provocado a causa de vuestra actitud irresponsable y perversa, y para remedio de los mismos, hemos dispuesto que en el plazo de nueve días a contar desde el primero de julio de este año salgáis de nuestras tierras y abandonéis nuestros Estados, y no volváis a ellos hasta que no obtengáis nuestro perdón.

Que en tanto dure vuestro exilio, vuestra esposa Jimena y vuestros hijos mantengan sanas y salvas vuestras propiedades.

Asimismo, ordenamos a todos nuestros merinos, administradores y mayordomos de cualquier ciudad, villa o aldea, que se abstengan de ayudaros en los días que permanezcáis en Castilla.

Ordenamos al alférez real que, si transcurrido dicho plazo no hubierais salido de nuestros reinos, os persiga y aprese y os conduzca hasta nuestra presencia para que seáis juzgado como traidor y rebelde.

Hecha esta carta en los idus de junio del año de Nuestro Señor de 1081

Signo de Alfonso, rey de León y de Castilla. Confirman esta carta Pelayo Vellídez, mayordomo, y Rodrigo Ordóñez, alférez.

Rodrigo estrujó el pergamino entre sus manos, me miró y dijo:

—Nueve días, Diego, sólo me concede nueve días para salir de Castilla.

—¿El exilio? —inquirí.

—El exilio indefinido, hasta que tenga a bien concederme su perdón.

—¿Y Jimena?, ¿y los niños?

—Se quedarán en Castilla..., como rehenes, supongo.

—No es justo —lamenté.

—El rey es la justicia.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté.

—No tengo otra opción que marcharme de aquí. No puedo hacerlo a Aragón, ni a Toledo, ni a Badajoz, ni a Granada; sólo me quedan Valencia, Zaragoza, Sevilla... y el condado de Barcelona.

—Iré con vos.

—No, el exilio es mi castigo.

—Olvidáis que yo también fui culpable de la razia contra Guadalajara y Alcalá; yo era quien mandaba la tropa.

La situación era muy grave y había que obrar con rapidez. El plazo de los nueve días comenzaba a correr el primero de julio, y estábamos a 20 de junio. Hice llegar un mensaje a todos los caballeros de nuestra mesnada en el que les narraba lo sucedido y les pedía que acompañaran a su señor Rodrigo al destierro. Contestaron como una sola voz: ¡todos irían con el Campeador al exilio..., o al fin del mundo!

De todos los destinos posibles, Zaragoza era el más cercano; su rey al-Muqtádir había sido ayudado por don Sancho cuando éste era rey de Castilla y ambos habían mantenido estrechas relaciones de amistad pese a algunas diferencias. Decidí enviar a la corte de Zaragoza al más rápido de nuestros jinetes para solicitar ayuda y asilo, y me puse a preparar el viaje a no sabíamos todavía dónde.

Capítulo X

Estábamos preparando nuestras alforjas para partir hacia el exilio. Faltaban sólo quince días para que se cumpliera el plazo señalado por el rey y nada sabía del correo que sin contar con Rodrigo había enviado a Zaragoza.

—Iremos a Barcelona; es probable que sus dos condes necesiten los servicios de una experta mesnada. No tenemos otro sitio a donde ir —me dijo Rodrigo.

—Me he permitido enviar un mensajero a Zaragoza solicitando asilo a su rey —le repliqué.

Rodrigo me miró fijamente y sonrió.

—Está bien, para ir a Barcelona debemos atravesar las tierras de Zaragoza.

Aquella mañana, mientras cargábamos nuestros equipos, comenzaron a llegar. Venían por todos los caminos y de todas las direcciones, y había caballeros, parientes, criados..., más de doscientos hombres con sus caballos, mulas, asnos y carretas acabaron agrupados frente a la casona de Rodrigo gritando:

—¡Campeador, Campeador!

El señor de Vivar no daba crédito a lo que sus ojos estaban viendo. Cinco días antes se creía abandonado por todos, partiendo hacia el exilio solo y abatido, y ahora tenía ante sí un verdadero ejército, con sesenta jóvenes caballeros al frente, fuertes y aguerridos como él había sabido forjarlos.

Rodrigo se plantó de pie ante ellos, los brazos en jarras, la cabeza erguida y la mirada serena, a la vez orgulloso de sus amigos y feliz por la lealtad de sus vasallos.

—¿Adónde creéis que vais? —les preguntó.

Muño Gustioz, su pariente, se adelantó y le contestó:

—A donde tú vayas.

—No sois conscientes de esta situación. No se trata de una campaña militar al servicio de Castilla. Parto al exilio. ¿Entendéis lo que eso significa?: el destierro.

—Vamos contigo —replicó Pedro Bermúdez, a quien Rodrigo había nombrado en la batalla de Cabra alférez de su mesnada.

—¿Esto es obra tuya? —inquirió Rodrigo volviéndose hacia a mí.

—No, es obra vuestra, señor —le dije.

—Estáis locos —gritó Rodrigo—. Volved a vuestras casas, allí sois necesarios. Conmigo os aguardan penalidades sin cuento, hambre, dolor y privaciones, vagar errantes de un lado a otro sin hogar ni familia, y quién sabe si tal vez la muerte. Marchaos; como señor vuestro que soy, os ordeno que deis media vuelta y regreséis a vuestros hogares.

Nadie se movió. Rodrigo los miró uno a uno a los ojos y todos le aguantaron firmes la mirada.

—No iremos a ninguna parte sin ti —dijo su pariente Álvar Fáñez.

—Sois más tercos que un atajo de mulas —repuso Rodrigo.

—¡Campeador, Campeador! —comenzaron a gritar de nuevo golpeando las espadas y cuchillos entre sí.

Jimena salió de la casa con sus tres hijos; la pequeña María apenas tenía unos meses y la portaba entre los brazos. Los otros dos, Diego y Cristina, se asían a las faldas de su madre asustados por el ruido de las armas y el atronador vocerío.

—Debes de estar orgulloso de ellos —le dijo su esposa a Rodrigo.

—Lo estoy, nunca hubo señor más orgulloso de sus hombres.

»Está bien, malditos bastardos, si así lo queréis, que así sea —gritó Rodrigo a sus vasallos—. Y que Dios se apiade de vosotros.

El ruido de las armas y las voces fue en aumento, y entonces creí ver una lágrima que resbalaba despacio por el curtido rostro del Campeador.

Durante los tres días siguientes trabajamos sin descanso preparando todos los pertrechos necesarios para la intendencia de un ejército de doscientos hombres. Las mujeres ayudaron a reparar las tiendas de lona, a sellar con cera cántaros de vino y miel, a llenar talegas de harina y trigo, a empaquetar carne ahumada y salada y a pulir espadas, puñales y lanzas.

El correo enviado a Zaragoza llegó con buenas noticias. Nos dijo que en esa ciudad había un grupo de importantes aristócratas que apoyaban al príncipe heredero Abú Amir, que reinaría con el nombre de al-Mutamin, para que éste asumiera el poder ante la enfermedad que aquejaba al rey al-Muqtádir y que le impedía ejercer las funciones reales con garantía.

—El rey al-Muqtádir está muy enfermo —nos relató el correo—. Toda Zaragoza sabe que no sobrevivirá mucho tiempo, pero entre tanto está provocando muchos escándalos. Se ha construido un palacio junto a la ciudad y lo ha rodeado de jardines y arboledas, vive encerrado allí entre jóvenes con los que se aparea de manera antinatural.

—¿Has contactado con la persona que te dije? —le pregunté.

—Sí, es uno de los personajes más notables de la corte. Me ha dicho que nos dirijamos al castillo de Atienza; su alcaide estará informado de nuestra llegada y nos proporcionará asilo hasta que él se desplace a Atienza a pactar las condiciones —respondió el correo.

—¿Has hablado con el príncipe Abú Amir? —le preguntó Rodrigo.

—Sí, es un hombre de rasgos nobles y parece sincero. Creo que nos podemos fiar de él. Su situación es muy delicada, pues sabe que su hermano al-Mundir le disputará el trono en cuanto muera al-Muqtádir. Vuestros servicios, señor, le serían muy útiles.

—De acuerdo, iremos a Zaragoza. Diego, Álvaro, Muño, tened todo listo; pasado mañana, al amanecer, partiremos hacia Atienza —concluyó Rodrigo.

Me desperté con el canto del gallo. La mañana estival era fresca y el cielo estaba nublado. Algunos hombres ya estaban en pie y se afanaban en cubrir con grandes lonas las carretas donde habíamos cargado la comida. Todos sabían que se dirigían hacia un destino incierto, pero los rostros de aquellos hombres parecían exultantes de felicidad, como si en sus corazones albergaran la esperanza de alcanzar un deseo jamás satisfecho.

Rodrigo apareció al fin, abrazado a su esposa. Jimena lo besó y se apretó a su cuerpo como si quisiera transmitirle con su impulso parte de su propia vida. El Campeador la separó con delicadeza y abrazó uno a uno a sus tres hijos. A Diego le dijo algo al oído que no pude entender, y el niño, que tenía seis años, esbozó una sonrisa. Estaba acostumbrado a que su padre faltara algunas temporadas de casa, y por tanto es probable que aquella nueva partida le pareciera una más.

Le alargué las riendas de su caballo y Rodrigo montó con agilidad. Se inclinó para besar por última vez a Jimena, levantó la mano derecha y gritó con fuerza dando la orden de ponernos en marcha.

Entramos en Burgos poco antes del mediodía. El sol debería de haber estado brillando en lo más alto aquel jueves de julio, pero unos nubarrones grisáceos lo ocultaban por completo. La noticia del destierro de Rodrigo era bien conocida en toda Castilla. Durante dos semanas, oficiales del rey y de los concejos habían pregonado por todas las villas y ciudades el decreto real, en el que se prohibía expresamente que nadie ayudara a Rodrigo en su camino hacia el exilio.

Los burgaleses nos vieron pasar como si fuéramos apestados o leprosos. Los hombres nos miraban recelosos señalándonos con el dedo y las mujeres se apartaban a nuestro paso cogiendo de la mano a sus hijos y metiéndolos en sus casas. Parecía como si aquellas gentes que semanas antes se habían agrupado en torno a cualquier juglar para escuchar las hazañas del Campeador, ahora se hubieran convencido de que su héroe era un maldito renegado.

Unos pocos nos dirigimos hacia la catedral de Santa María, donde Rodrigo quería rezar antes de partir. En la plaza, delante de la portada de figuras esculpidas en piedra, una niña se acercó hasta Rodrigo.

—¿Tú eres el Campeador? —le preguntó.

—Sí, por ese apodo me conocen algunos —respondió Rodrigo.

—Mi madre me ha dicho que el rey no quiere que vivas en Castilla, y que quien te ayude perderá su casa y sus ojos.

—En ese caso, obedece a tu madre.

La madre de la niña apareció en la plaza y la cogió de la mano llevándosela de allí en volandas.

—Parece que esta gente teme más al rey que al diablo —asentó Rodrigo—. Esperadme aquí, quiero rezar solo.

Rodrigo me alargó las riendas de su caballo y entró en la catedral, afuera nos quedamos la media docena de caballeros que lo habíamos acompañado al interior de la ciudad; los demás habían ido a comer a orillas del Arlanzón. No recuerdo bien cuánto tiempo permaneció Rodrigo dentro de los muros de la catedral, pero debió de ser un buen rato, porque cuando salió nuestros estómagos reclamaban su ración diaria.

En el arenal, a orillas del Arlanzón, todos los hombres habían almorzado ya. Álvaro Fáñez había ordenado levantar una tienda en la cual se habían colocado una mesa y varias banquetas para que comiera Rodrigo y los que lo habíamos acompañado hasta la catedral. Estábamos despachando un poco de queso, pan y carne seca y frita cuando anunciaron que un caballero burgalés quería hablar con el Campeador. El señor de Vivar lo hizo pasar.

—Mi nombre es Martín Antolínez. Soy un infanzón de Burgos que he seguido por boca de los juglares todas vuestras hazañas. Hace unos días, cuando los pregoneros del rey vocearon el bando en el que se os condenaba al destierro, creí oportuno ir hasta Vivar para ofreceros mis servicios, pero yo solo os hubiera sido de poca ayuda. Por eso he empeñado toda mi fortuna en reclutar una pequeña mesnada que pongo a vuestro servicio..., si así me lo permitís.

—¿Sabéis en qué lío os estáis metiendo? —le preguntó Rodrigo.

—No me importa el riesgo: no tengo familia, y ya no poseo nada aquí. Sólo me alienta el deseo de seguiros hasta donde vos vayáis. Mis hombres y yo mismo estamos a vuestras órdenes. Dejadnos ir con vos.

—¿Cuántos sois? —inquirió Rodrigo.

—Ciento quince.

—¿Ciento quince! ¿Estáis de broma? Apenas disponemos de comida para alimentarnos nosotros; no podemos hacernos cargo de ciento quince más. Ni siquiera tenemos permiso para comprar comida aquí en Castilla, el rey castigaría a quien nos la vendiera.

—Eso no supone ningún problema; yo os proporcionaré la comida.

—El rey os perseguiría por ello, y además no podríamos comprarla.

—No se trata de una venta, sino de un regalo. La orden del rey dice que nadie puede venderos alimentos, pero nada dice si se trata de un regalo. Aguardad un momento.

Martín Antolínez salió de la tienda y regresó al instante con cuatro de sus hombres, que portaban dos enormes cofres.

—Ésta será mi aportación a esta empresa —anunció el burgalés.

Se acercó a uno de los cofres que los portadores habían dejado en el suelo y lo abrió, y al instante hizo lo mismo con el segundo.

Nos quedamos atónitos cuando vimos su contenido: en los dos cofres había varios saquillos que contenían miles de monedas de plata.

—¿De dónde habéis sacado semejante fortuna? —le pregunté.

—Es un regalo de los judíos de Burgos. Digamos que es un préstamo a muy bajo interés que he avalado con mis propiedades. Ya veis, hasta los judíos confían en que a vuestro lado puede obtenerse una buena ganancia.

—¿Cuánto dinero hay en esos dos cofres? —inquirió Rodrigo.

—Exactamente seiscientos marcos de plata, trescientos en cada uno de ellos.

—¡Eso son trescientas libras de plata! —exclamé asombrado.

—Exactamente, don...

—Diego, mi nombre es Diego de Ubierna.

—Pues exactamente eso, don Diego, trescientas libras —aseveró el burgalés.

Había tanta plata en esas dos arcas que eran necesarios dos hombres para manejar cada una de ellas.

—¿Y bien?

Martín Antolínez nos había dejado helados. Rodrigo estaba tan pasmado como los seis caballeros que compartíamos la comida con él.

—¿Saben luchar vuestros hombres? —le preguntó Rodrigo.

—Por supuesto. En más de una ocasión han tenido que defenderse de algaradas musulmanas y muchos de ellos han participado en las campañas militares de don Alfonso contra Badajoz. Son esforzados y valientes, no desmerecerán de los vuestros.

—Una cosa ha de quedar clara para vos; si os admito en mi mesnada, vuestros hombres dejarán de ser vuestros para ser míos. ¿Entendido?

—Ni por un momento he pensado que pudiera ser de otra manera.

—¿Dónde están esos hombres?

—A unas dos millas de aquí, esperando en el camino hacia el monasterio de Cardeña.

—¿Cómo sabíais que íbamos a San Pedro? —le interrogué.

—¡A qué otro lugar ibais a ir después de Burgos! —aseveró Martín Antolínez.

Rodrigo invitó al caballero burgalés a sentarse junto a él y éste lo hizo encantado; pocas veces he visto a un hombre más feliz.

Desde Burgos nos dirigimos al monasterio de San Pedro de Cardeña. Había cambiado bastante desde que yo saliera de él, de eso hacía entonces dieciocho años. En los últimos tiempos el rey, condes, magnates y nobles de Castilla habían realizado numerosas donaciones, y por ello la riqueza de los monjes había aumentado de tal modo que el de Cardeña era el segundo monasterio más rico del reino, sólo superado por el de Arlanza.

Allí nos dirigimos. Doscientos hombres habíamos salido de Vivar, más de trescientos llegamos a Cardeña. Nuestra marcha a través de Castilla se comentaba por todos los pueblos y aldeas, y acudían a nosotros multitud de jóvenes solicitando unirse a la hueste de Rodrigo. Muchos eran hijos segundones de infanzones pobres que veían en Rodrigo la solución a su miseria. Eran hijos de nobles, pero de unos nobles tan pobres que no podían hacerse cargo de ellos, por lo que se veían abocados a buscar fortuna fuera de su tierra. Rodrigo significaba para todos ellos la esperanza de una vida de aventuras y de un servicio de armas para el que creían haber nacido.

En Cardeña visitamos a su abad. Rodrigo le hizo una generosa donación en moneda de plata de los seiscientos marcos de Martín Antolínez y le encomendó, si se hiciera necesaria, la custodia de su mujer y sus hijos. Le pidió al abad que permitiera a Jimena y a los tres niños pasar ya el próximo invierno en el monasterio, y el abad, ante la generosa bolsa de monedas de plata, aceptó encantado.

—Ciento cincuenta marcos son demasiados —le dije a Rodrigo. Ésa era la cantidad que me había ordenado que entregara a los monjes.

—Cien de ellos servirán para alimentar a mi esposa y a mis hijos durante todo el invierno —me advirtió.

—Pese a todo, creo que habéis sido demasiado generoso, hubiera bastado con diez libras.

—Por los otros cincuenta rezarán todas las mañanas, en los maitines, una oración por nosotros; además, le he dicho al abad que cuando muera deseo ser enterrado en este monasterio, por eso quiero que esté lo más adecentado posible —zanjó la cuestión Rodrigo.

Yo seguí pensando que con ciento cincuenta marcos, eso son setenta y cinco libras, podríamos haber equipado a medio ejército, pero cuando Rodrigo había tomado una decisión era inútil discutir sobre ello.

Desde Cardeña partimos hacia el sur, atravesando valles y collados, hasta que llegamos al río Duero en la ciudad de San Esteban. Pasamos por Alcubilla y cruzamos el Duero por el vado de Navapalos. Desde allí seguimos la ruta que habíamos recorrido meses atrás, cuando asolamos las tierras de Guadalajara, Alcalá y Madrid como venganza por la algar que los moros renegados realizaron contra Gormaz.

Pasamos la última noche en tierras de Castilla al pie de la sierra de Miedes. Era una noche cálida de luna nueva y el cielo estaba estrellado como si lo hubieran iluminado con centenares de minúsculas bujías. Pese a estar en la falda de los montes, no hacía nada de frío y optamos por no montar las tiendas y dormir bajo la tenue luz de las titilantes estrellas.

A la mañana siguiente, Rodrigo me confesó que había tenido un sueño:

—He visto al arcángel san Gabriel. Me hablaba y me decía que cabalgara sin miedo, que todo saldría bien. ¿Crees que es una premonición?

—No entiendo nada de sueños..., salvo algunas cosas que he leído en un códice de Aristóteles que nos enseñaban en el monasterio, pero que apenas recuerdo. Sin embargo, si era el arcángel san Gabriel quien os hablaba, sin duda que parece un buen augurio.

—Algunos hombres andan un tanto desconfiados. Dicen que al salir de Burgos, una corneja voló a nuestra izquierda, y ya sabes que eso se interpreta como una señal poco halagüeña.

—No creo que esas cuestiones tengan mayor importancia. Yo he visto a varios cuervos volar a nuestra derecha poco antes de acampar esta tarde.

—Estos hombres necesitan confianza, y muchos creen que el cielo envía señales de aviso. Considero que será mejor para todos que esas señales indiquen que Dios está de nuestra parte, ¿no te parece?

Levantamos el campamento y nos pusimos en marcha de nuevo hacia el sur. La sierra de Miedes era entonces la frontera entre cristianos y musulmanes. Atravesamos aquellos agrestes y boscosos parajes abriéndonos paso por la vieja calzada de Guinea, que según dicen construyeron los romanos y que baja hasta el Duero. Esa ruta, empedrada todavía en muchos tramos, es la única posible por la que una hueste como la nuestra puede

atravesar la sierra de Miedes. Fuera de la calzada, el paisaje es enriscado y la vegetación tan tupida que un hombre hubiera necesitado una jornada entera para avanzar una milla.

El acuerdo a que habíamos llegado con los hombres del príncipe de Zaragoza era que deberíamos esperar en Atienza para encontrarnos con ellos. Así lo hicimos. Rodrigo dejó a la mayoría de los hombres acampados cerca de Miedes, fortificados en lo alto de un cerro, y con una escolta de veinte caballeros se dirigió a Atienza. Allí nos aguardaba un enviado del príncipe Abú Amir.

Atienza es una fortaleza extraordinaria, con un castillo fortísimo sobre unas rocas inexpugnables. La guarnición estaba al corriente de nuestra llegada, pues un jinete se acercó hasta nosotros y nos acompañó hasta las puertas abiertas invitándonos a entrar. Nos disponíamos a hacerlo, pero Rodrigo ordenó que nos detuviéramos a unos cincuenta pasos de las murallas.

—Informa a tu señor que nos entrevistaremos aquí fuera —le dijo Rodrigo al jinete que nos había acompañado y que hablaba nuestra lengua.

—¿Acaso desconfiáis?

—No, pero prefiero discutir este asunto al aire libre.

—Como gustéis.

El jinete musulmán espolé a su caballo y ascendió por el camino hacia la fortaleza de Atienza. Nosotros aguardamos cerca de unos robles hasta que vimos salir por la puerta a cinco jinetes que se acercaron al trote hacia donde nos encontrábamos.

—¿Don Rodrigo Díaz? —preguntó uno de ellos, un personaje muy alto y de tez muy clara que vestía una túnica negra festoneada con bordados de hojas de acanto, que hablaba nuestra lengua aunque introducía muchas palabras del latín culto.

—Yo soy —dijo el Campeador.

—Mi nombre es Yahya. Soy consejero de su alteza el príncipe heredero de Zaragoza Abú Amir, que Dios guarde. Sed bienvenidos a estas tierras.

—Me ha dicho el correo que envié... —Rodrigo me miró y rectificó—, que enviamos a Zaragoza, que tal vez necesitéis nuestros servicios.

—Así es. Sé por nuestros espías y agentes en Castilla que sois un hombre de honor, por eso os seré franco. Mi señor Abú Amir ha sido designado por su padre, el rey al-Muqtádir, al que creo que conocéis...

—Compartimos una jornada de caza a orillas del Ebro hace casi veinte años —le interrumpió Rodrigo.

—Como os decía —prosiguió Yahya—, mi señor ha sido designado como heredero al trono, pero sólo al de Zaragoza; los de Tortosa, Denia y Lérida han sido entregados a su hermano al-Mundir. Los dos hermanos no se llevan bien y Abú Amir está convencido de que su hermano le disputará también el trono de Zaragoza. Vos sois un caballero de gran fama, hasta Zaragoza han llegado vuestras hazañas en el campo de batalla, y si lo deseáis, podríais prestar vuestros servicios al nuevo rey de Zaragoza; os recompensaría espléndidamente.

—Pero el rey al-Muqtádir sigue vivo... —alegó Rodrigo.

—No importa, no está en condiciones de gobernar. Si apoyáis a Abú Amir, el príncipe se hará con el trono antes de que su hermano al-Mundir actúe en su contra.

—¿Se atreverá a deponer a su propio padre?

—Sólo si es necesario para el buen gobierno del reino —asentó Yahya.

—Parecéis sincero.

—Lo soy.

—Quiero creerlo, pero mi intención era ofrecer mis servicios al conde de Barcelona.

—¿A cuál de ellos? —inquirió Yahya.

—No entiendo esa pregunta dijo Rodrigo.

—No os recomiendo que entabléis tratos con Barcelona. Ese condado está gobernado por dos condes que son hermanos gemelos, Ramón Berenguer y Berenguer Ramón son sus nombres. Dos soberanos para un mismo Estado no es aconsejable; más pronto o más tarde estallarán disensiones entre ellos y es probable que los dos hermanos se vean abocados a luchar entre sí.

Rodrigo descendió de su caballo y el musulmán llamado Yahya hizo lo mismo.

—Creo que tenéis un plan —aventuró Rodrigo.

—En efecto —ratificó Yahya.

—Bien, contadme.

—Permaneceréis en los límites orientales del reino de Zaragoza hasta que estemos preparados para que entréis en la ciudad.

—¿Y entre tanto?

Yahya se atusó su rubia barba, miró a Rodrigo con ironía y le dijo:

—Los reyes de Toledo y de Valencia nos están incordiando en los valles del alto Henares y del alto Jalón; tal vez podríais comenzar por poner en orden esas dos comarcas. Os dejaré a unos guías y vos mismo sabréis qué hacer. Yo haré correr en Zaragoza la voz de que estáis intentando llegar hasta Barcelona para ponerlos al servicio de los condes gemelos; será una buena excusa para que entréis en Zaragoza después de haber dado un escarmiento a los reyes de Valencia y Toledo. Así, nuestro rey al-Muqtádir y los partidarios de su hijo al-Mundir no sospecharán que en realidad vais a estar al servicio del príncipe Abú Amir.

—Sois muy astuto.

—No es mérito mío; aprendí las artes de la política en Bizancio, donde se ejerce la mejor diplomacia del mundo.

El plan de Yahya consistía en que nos dirigiéramos hacia el valle del alto Henares, a la comarca de las Alcarrias, tierras fronterizas en permanente disputa entre los reinos de Toledo y Zaragoza, más por su posición estratégica que por cualquier otro interés, pues son terrenos altos y áridos de muy poco valor.

Era evidente que el príncipe quería poner a prueba nuestra capacidad como mesnada antes de arriesgarse a contratarnos a su servicio. Todos éramos conscientes de ello y de ninguna manera queríamos defraudarlo.

Dormimos acampados junto a una enorme montaña, ocultos en una vaguada entre pinares, y allí pasamos el día preparando nuestras armas y aparejando nuestras monturas. Teníamos que estar descansados, pues Rodrigo había planeado cabalgar durante toda la noche siguiente hacia el Henares. El propio Rodrigo, al mando de cien hombres, caería sobre Castejón de Henares, donde nos haríamos fuertes, mientras Álvaro Fáñez, con doscientos, asolaría como un relámpago Hita, Guadalajara y Alcalá.

Nos apostamos ocultos entre unas rocas frente a Castejón cuando al alba despuntaban las primeras luces. Habíamos viajado durante toda la noche deslizándonos en silencio como sombras. Los primeros rayos del sol lamían los muros de Castejón y los campesinos salían con sus aperos de labranza camino de sus campos; la puerta estaba abierta y nadie la guardaba. Rodrigo desenvainó su espada y nos ordenó que cabalgáramos a toda prisa hacia la puerta. Así lo hicimos; los sorprendidos musulmanes apenas tuvieron tiempo de reaccionar ante nuestra maniobra, y tomamos la aldea con facilidad; sólo unos pocos se resistieron. Un joven de unos veinte años se encaró con Rodrigo y lo atacó con una horquilla. El Campeador lo desarmó con una finta de su espada, pero el joven insistió lanzándose hacia adelante como un poseso; el señor de Vivar lo despachó de un tajo que le seccionó parte del cuello. Fue suficiente para que ningún otro intentara nada semejante.

Tomamos posesión de Castejón y de su castillo y reunimos todo cuanto de valor encontramos. Rodrigo me ordenó inventariar todo aquello y dispuso guardias en las murallas y en la puerta en espera de su pariente Álvar Fáñez. Éste regresó al tercer día cargado de comida, dinero, joyas y ricas telas. En su cabalgada había llegado hasta Alcalá, ante cuyas poderosas murallas había tenido que resignarse y dar media vuelta.

—Hemos conseguido un gran botín —le anunció a Rodrigo, que lo recibió en la puerta de Castejón con un gran abrazo.

—Estas gentes son bastante ricas; apenas han tardado unos meses en reponerse de la algarra que lanzamos contra ellos. Además, están acostumbrados a pagar a cambio de conservar sus tierras. Ahora son nuestras, pero como creo que las quieren de nuevo, nos pagarán bien por ellas —dijo Rodrigo.

Y así fue. Rodrigo le propuso al cadí de Castejón que a cambio de mil marcos de plata les devolveríamos su aldea, su castillo y su libertad. El anciano cadí objetó que nada tenían, pues todo lo había tomado el Campeador pero Rodrigo insistió y les dio su palabra de que nada les pasaría si lograban reunir esos mil marcos.

No sé cómo lo hicieron, tal vez tuvieran tesoros ocultos, o lo pidieran prestado a familiares y amigos de las aldeas cercanas, adonde Rodrigo dejó ir a algunos nuncios de los de Castejón, pero en tres días lograron reunir los mil marcos de plata.

Añadimos los mil marcos a lo requisado por Rodrigo en Castejón y a lo aportado por Álvar Fáñez y valoramos aquellas riquezas en más de tres mil marcos de plata. Rodrigo tomó su quinto del botín y me ordenó que distribuyera el resto a partes iguales entre todos los hombres. Cada uno de nosotros recibió plata, joyas y telas por valor de casi diez marcos de plata, unas cinco libras.

—¡Con este dinero podría comprarme una heredad en Riaza! —exclamó uno de los peones.

—Pues aguarda un poco más al lado del Campeador y tal vez puedas comprar toda Castilla —dijo otro entre las carcajadas de los hombres cargados de telas y enjogados con cadenas de plata y aretes de oro.

Tal y como Rodrigo había prometido a los de Castejón, les entregó su aldea y su castillo y les devolvió la libertad. Nosotros nos pusimos en camino, ahora hacia el norte. Seguimos por el curso del Henares hasta las cuevas de Anguila, y atravesamos unas tierras yermas de tan frías que, pese a que estábamos en pleno verano, tuvimos que dormir bien tapados con nuestras mantas. Por las cuevas de Anguila cruzamos los desolados páramos de Taranz y dejamos la cuenca del Henares para pasar a la del Jalón. Este río discurre entre cerros blancos y rojos por una deliciosa vega donde abundan las huertas, los jardines y los frutales. Acampamos entre Ariza, una pequeña ciudad rodeada de una poderosa muralla de piedra, y Cetina, una aldea defendida por un poderoso castillo, y nos detuvimos en Alhama, donde el valle se estrecha en una profunda hoz de la que surgen unas fuentes de agua caliente a las que acuden los aristócratas del reino de Zaragoza a bañarse porque dicen que causan un extraordinario beneficio para la salud. Es bien sabido que los musulmanes están bañándose continuamente, sobre todo los más ricos, muchos de los cuales disponen en sus propias casas de un pequeño baño privado, pues, a diferencia de lo que nos han enseñado a nosotros los cristianos, ellos creen que el baño mejora la salud y previene algunas enfermedades, además de eliminar ciertos malos olores del cuerpo. Y creo que tienen razón, pues sólo por el olor cualquiera sería capaz de distinguir a un aristócrata musulmán de un magnate cristiano.

Continuamos Jalón abajo por Bubierca y Ateca y decidimos acampar en la cima de un otero a cuyo pie el río traza un amplio meandro, en la orilla derecha. Plantamos

las tiendas y el Campeador dispuso las guardias nocturnas. A mí me tocó la jefatura de la primera.

El ruido de los hombres preparando el desayuno, tortas de harina con grasa de cerdo y tajadas de carne seca asadas a la brasa, me despertó en un radiante amanecer bajo un luminoso cielo azul.

El otero donde habíamos acampado ocupaba una excelente posición desde la que podíamos avistar todo el valle medio del Jalón. Frente a nosotros y al otro lado del río, agazapadas en una ladera de arcillas rojizas, se apiñaban varias decenas de casas de adobe y paja protegidas por unas tapias de barro en torno a un castillete de mampuesto y cal. Los guías que nos había dejado Yahya en Atienza dijeron que se trataba de la aldea de Alcocer. A su izquierda estaba la villa de Ateca, protegida con murallas de piedra y con un castillo mucho más poderoso, y a su derecha primero la aldea de Terrer y más allá la ciudad de Calatayud, de la que nos dijeron que era la segunda del reino tras Zaragoza.

Rodrigo decidió que aquel otero era un lugar idóneo para establecernos por algunos días y ordenó erigir una fortificación con piedras trabadas con barro. Nos pusimos manos a la obra de inmediato. Uno de los hombres que se nos había unido con Martín Antolínez había trabajado en la construcción de Santa María de Burgos, y él fue quien se encargó de dirigir las obras. En lo alto del cerro se levantó una torre de la altura de seis hombres y en su entorno se edificaron varias estancias, todo ello con paredes de piedra recogida en el mismo cerro y en sus laderas, más la que se extrajo de un foso que se excavó en el flanco sur, el más accesible por no tener allí el cerro casi pendiente, al estar pegado a los páramos que se extendían al pie de una sierra cubierta de carrascas.

Todos trabajamos en la construcción del castillo: unos excavaron el foso, otros acarrearón materiales, otros subieron agua desde el río para hacer el barro con el que trabar los muros y los más avezados colocaron piedra sobre piedra tal y como decía el maestro de obras. El propio Rodrigo formó en una de las cadenas de hombres que pasándose de mano en mano las piedras las hacían llegar hasta los muros que por momentos crecían y crecían hasta alcanzar la altura de casi tres hombres.

Pusimos tanto empeño y tanto trabajo que levantamos aquella fortificación en sólo seis días. Los musulmanes de Ateca y de Alcocer, que sin duda contemplaron nuestros progresos desde sus casas, no daban crédito a lo que sus ojos estaban viendo. Las algaradas de cristianos y musulmanes no eran extrañas para ellos, pues seguramente habían presenciado varias, pero la construcción de un castillo de piedra por una mesnada de cristianos apenas a unos cuantos tiros de flecha de sus muros suponía una gran novedad en la relación que durante siglos ambas comunidades venían manteniendo. Creo que aquellas gentes debieron de pensar que ese amenazante castillo de piedras grises y negras surgido en seis días de la nada era el símbolo de que muchas cosas estaban comenzando a cambiar en al-Andalus.

Hasta el otero nos llegaron noticias de que el rey al-Muqtádir había empeorado y de que los aragoneses y los barceloneses no querían dejar pasar esa oportunidad para tratar de obtener algún bocado del reino de Zaragoza. El príncipe no podía esperar más tiempo y decidió que era hora de actuar. Pese a las enormes diferencias que lo separaban de su hermano, pactó con él el reparto del reino: Abú Amir se quedaría con Zaragoza a cambio de ceder a al-Mundir las tierras de Lérida, Tortosa y Denia.

Esas mismas noticias, aunque con el sesgo que cada mensajero les da según los intereses del señor a quien sirve, corrieron por todo el reino. Muy deformadas debieron de llegar a Valencia, pues su rey Abú Bakr, que viéndose rodeado por los dominios del rey de Zaragoza buscaba desesperadamente romper el cerco y ansiaba ganar para su

Corona las tierras del Jalón y del Jiloca, decidió acudir con un ejército hacia donde nos encontrábamos acampados.

Nunca he podido averiguar qué es lo que ocurrió, pero creo que alguien de Calatayud, quizás algún alto funcionario con apetencias y ambiciones desmesuradas, hizo llegar a Abú Bakr la noticia de que, ante la enfermedad de al-Muqtádir y la falta de un soberano fuerte en Zaragoza, no sería difícil conquistar para Valencia las tierras del Jalón y del Jiloca. Abú Bakr debió de considerar que esa empresa sería fácil, pero no contaba con que acampada frente a Alcocer estaba la hueste del Campeador.

Por unos espías que Rodrigo había destacado en una atalaya en la confluencia del Jalón con el Jiloca, supimos que se acercaba un ejército valenciano compuesto por un millar de soldados. Rodrigo evaluó de prisa la situación y consideró que había que tomar Alcocer para tener aseguradas las dos orillas del río.

—Alcocer es del rey de Zaragoza —le dije.

—Si no actuamos de prisa, pronto será del de Valencia —me replicó.

—Si les decimos que estamos al servicio del rey de Zaragoza tal vez nos permitan ocupar ese castillejo sin necesidad de combatir.

Pero Rodrigo no quería perder un instante en negociaciones, y además nada sabíamos de las intenciones de los de Ateca, Calatayud y Alcocer sobre su lealtad a al-Muqtádir; no hubiera sido la primera ocasión en que unos súbditos mudaban de fidelidad en el último momento.

Conquistamos Alcocer con facilidad; no fue ninguna gran hazaña militar, como he oído hace muy poco relatar a un juglar en la puerta del monasterio de Cardeña, sino una ocupación rápida y certera. Aprovechamos que la mayoría de los campesinos estaban cultivando los campos para entrar en Alcocer. Sólo el alcaide del castillo se resistió a entregárnoslo, pese a que le aseguramos que estábamos de parte de su rey; pero al igual que nos ocurría a nosotros, él tampoco se fiaba de nadie. No obstante, tomamos al asalto el castillejo y el alcaide, que sólo tenía dos hombres más con él, rindió sus armas.

El ejército valenciano apareció ante Alcocer dos días después de que lo ocupáramos. Tal y como nos habían dicho nuestros hombres avanzados, los valencianos eran casi un millar y parecían bien pertrechados. No obstante, su moral no debía de ser la más propicia, pues si alguien les había asegurado que Calatayud se les entregaría, o estaba equivocado o los había traicionado, pues Calatayud los recibió con sus puertas cerradas y con las murallas repletas de hombres prestos a su defensa.

Los valencianos se desesperaron por la traición y la burla, y, quizás al enterarse de que unos cristianos habían levantado un castillo en un otero y se habían instalado en Alcocer, decidieron venir contra nosotros. De nuevo alguien los engañó o ellos mismos entendieron que si nos derrotaban serían vistos por los musulmanes de Ateca, Terrer y Alcocer, y aun del mismo Calatayud, como libertadores, y tal vez así logran ganar su adhesión al rey de Valencia. Fuera como fuese, el ejército valenciano nos planteó batalla en una amplia llanada en medio del valle, a medio camino entre Alcocer y nuestra fortificación del otero.

Recuerdo muy bien que era un día de mediados de septiembre, con el verano casi cumplido. Por encima del valle y de las sierras se extendían varias capas de nubes blancas y grises, pero no parecía que amenazaran lluvia. El aire estaba en calma y sólo de vez en cuando una suave y cálida brisa recorría el valle ascendiendo río arriba; el ocre amarillento de los campos de cereal segado contrastaba con el verde esmeralda de los frutales y de las viñas.

—Míralos, Diego —me dijo Rodrigo desde lo alto del castillejo de Alcocer—, se dirigen a una muerte segura.

Y así parecía. El general que mandaba a los valencianos se había colocado en el centro del valle, entre nuestras dos firmes posiciones del otero y de Alcozer. De ninguna manera podían ofrecernos un único frente de batalla, pues nosotros teníamos controlados ambos márgenes del valle. Antes de iniciar la batalla, Rodrigo quiso asegurarse de que no hubiera en su retaguardia tropas de reserva, y envió a varios oteadores a comprobarlo. Cuando regresaron, nos informaron de que no había ningún movimiento de tropas en al menos dos jornadas de distancia. Fue entonces cuando Rodrigo ordenó actuar. Siguiendo sus instrucciones, nos colocamos en dos frentes, uno al pie de la ladera donde estaba Alcozer, con la espalda guardada por su castillo y sus muros de tapial, y otro en la base del otero, con la retaguardia protegida por la fortificación que habíamos levantado en la cima.

Cada uno de los dos frentes estaba dividido a su vez en dos alas: la hueste junto a Alcozer la mandaba Rodrigo, que encabezaba el ala izquierda, y yo lo hacía en la derecha; en tanto que la apostada al pie del otero la mandaba Álvar Fáñez, en el ala derecha, y Martín Antolínez lo secundaba en la izquierda.

Los valencianos parecieron darse cuenta de su error y comenzaron a inquietarse ante la perspectiva de ser atacados por dos flancos. El Campeador ordenó que todo el mundo permaneciera quieto hasta que los musulmanes iniciaran la primera carga, pero el joven caballero Pedro Bermúdez, a quien Rodrigo había encomendado portar el estandarte con sus colores como ya hiciera en la batalla de Cabra, enristró la lanza con el pendón e inició una carga a la que respondió como un solo hombre toda el ala derecha que encabezaba el propio Rodrigo.

Yo no entendí en principio qué estaba ocurriendo, pues las instrucciones que mediante las banderas de señales nos había transmitido el Campeador indicaban que había que aguardar a la carga de los valencianos. No obstante, al ver atacar al escuadrón de Rodrigo no lo pensé dos veces y ordené a mi escuadrón que cargara contra los valencianos. Nuestro ímpetu se sumó a su desconcierto y en el primer envite cayeron cien de sus hombres sin que nosotros apenas sufriéramos bajas. Tornamos grupas y caímos sobre ellos de nuevo antes de que pudieran siquiera recuperarse del primer golpe. Nuestra segunda carga fue si cabe más demoledora, y más de cien cayeron de nuevo ensartados en nuestras lanzas. Los dos escuadrones nos reagrupamos en un único frente, desenvainamos nuestras espadas y nos aprestamos a combatir cuerpo a cuerpo. Algunos de sus mejores combatientes comenzaron a reaccionar y se apostaron en grupos compactos para resistir nuestro ataque, pero parecían impotentes ante nosotros. Rodrigo descargaba sus poderosos mandobles una y otra vez a diestro y siniestro, causando una enorme mortandad entre las filas enemigas. A sus poco más de treinta años estaba en la plenitud de su poderío físico y con cada uno de sus tajos arrancaba un brazo, seccionaba una pierna o partía el pecho a un enemigo.

Aunque los valencianos hubieran logrado agruparse, de nada les hubiera servido, pues nuestros dos batallones preparados al pie del Otero llegaron al galope como un huracán y desbarataron a su retaguardia, vi a Martín Antolínez cargar con la fuerza de mil demonios y a Álvar Fáñez arrollarlos como un vendaval aventa las hojas secas. La sangre de los valencianos salpicaba por todas partes y nuestras cotas de malla estaban empapadas de ella hasta los codos. Caían a nuestros pies abatidos como muñecos de trapo y las heridas que les causábamos con nuestras armas apenas eran nada comparadas con las que les propiciaban los cascos de nuestros caballos. Pronto, un hedor a sangre, sudor, orina y heces impregnó el aire del campo de batalla en el que flotaba un polvo denso y gris. En medio de aquella orgía de sangre y muerte, Rodrigo ordenó a Pedro Bermúdez que alzara el estandarte y mandó cesar la lucha; algunos todavía tardamos en darnos cuenta de la señal y seguimos repartiendo tajos y estocadas.

Cuando cesó la pelea pudimos contemplar a nuestro alrededor el resultado de la batalla en tanto se disolvía el polvo grisáceo. Al menos ochocientos cadáveres yacían desparramados por el suelo, en medio de charcos de sangre, y sólo entonces nos dimos cuenta de que muchos de ellos eran apenas unos adolescentes a los que se les había prometido el paraíso si dejaban su vida en medio de aquellos campos para mayor gloria de su rey y de su dios. Y tal y como ocurriera con Sadada, el fiero guerrero que acabó con la vida del rey Ramiro en Graus y después fue degollado por los aragoneses, los labios sin vida de la mayoría de aquellos muchachos dibujaban una enigmática sonrisa.

La masacre fue tal que apenas hicimos unas pocas docenas de aterrados prisioneros. Temblorosos de miedo, nos contaron que Abú Bakr los había convocado a la Guerra Santa y les había prometido tierras y honores si vencían a los rumíes, que es como algunos musulmanes nos llaman a los cristianos, y el paraíso si morían en la batalla. Muchos de aquellos jóvenes ni siquiera eran soldados, simplemente habían acudido al encuentro del martirio convencidos de que, tras la muerte, obtendrían la recompensa del edén y una vida inmortal colmada de los placeres supremos que para el musulmán no son otra cosa que disfrutar sin medida de las bellas jóvenes huríes siempre vírgenes, en eternos banquetes donde corren sin cuento el vino, la leche, la fruta y la miel.

Recogimos sus cadáveres y los amontonamos en una depresión del terreno cerca de Alcocer, y allí los enterramos en una fosa común. Si todo cuanto ellos creen es verdad, ese día ocho centenares de musulmanes pasaron a engrosar la lista de los privilegiados que gozan de su eterno paraíso.

Al enterarse de nuestra victoria sobre los valencianos, y sobre todo de la contundencia de la misma, el príncipe Abú Amir no lo dudó un instante y decidió que era hora de asumir el gobierno de Zaragoza. Promulgó un decreto por el que, ante la manifiesta incapacidad de su padre para ejercer el poder real, se hacía cargo del trono, y adoptó el nombre de al-Mutamin billah, que en la lengua árabe quiere decir «el que confía en Dios».

Con al-Mutamin al frente de Zaragoza no había tiempo que perder, y nos dirigimos a toda marcha a esa ciudad que ya conocíamos. El pretexto de nuestra presencia en la capital del reino hudí era que íbamos camino de Barcelona; así lo habían tramado el príncipe y su consejero Yahya a fin de que no hubiera recelos entre los miembros del ejército, pues algunos generales parecían dispuestos a apoyar a al-Mundir frente a su hermano.

Durante algunos días todo fue muy confuso, hasta que al-Mutamin acuñó unas monedas en las que grabó su nombre y su condición de soberano de Zaragoza y su nombre fue pronunciado junto al de su padre en la oración del viernes en todas las mezquitas. Todo salió conforme se había previsto, pues al-Mundir consiguió hacerse con Tortosa, Denia y Lérida, como estaba acordado en principio entre los dos hermanos.

La mayoría de la hueste de Rodrigo se quedó en Zaragoza; sólo unos cuantos, con el propio Campeador a la cabeza, representamos la mascarada de ir al encuentro del conde Berenguer Ramón de Barcelona, quien, en nombre propio y en el de su hermano gemelo Ramón Berenguer, rechazó nuestro ofrecimiento para entrar a su servicio. Yahya y yo mismo nos habíamos preocupado de establecer unas condiciones que fueran absolutamente inaceptables para los condes de Barcelona. Rechazados por los barceloneses, regresamos a Zaragoza junto al resto de nuestros hombres; ya nada impedía que al-Mutamin nos contratara a su servicio.

Capítulo XI

Nos instalamos en unas casas del arrabal del sur, cerca de una iglesia de los mozárabes llamada las Santas Masas, donde acudíamos a rezar los domingos. Al-Mutamin y Rodrigo congeniaron desde el primer momento. El rey de Zaragoza no era un guerrero, como lo había sido su padre antes de que enfermara su mente, pero no tenía ningún miedo a combatir. Se dedicaba sobre todo al estudio de los astros y de las matemáticas, y escribía libros sobre el arte de los números y la ciencia de la geometría.

El otrora poderoso al-Muqtádir se había convertido en un viejo decrepito que vivía recluido en su palacio de la Alegría, un fastuoso edificio rodeado por un recinto murado de torres de sillares de alabastro que relucían con el brillo del sol.

Al-Mutamin convocó a Rodrigo a una reunión en su palacio de la Zuda, desde donde gobernaba el reino de Zaragoza en nombre de su padre al-Muqtádir. El príncipe hablaba nuestro idioma y no hizo falta ningún intérprete.

—Agradezco vuestros servicios, don Rodrigo, nuestro reino está atravesando un mal momento; ya sabéis que para evitar una guerra civil he tenido que aceptar la partición del reino y entregar Lérida, Tortosa y Denia a mi hermano al-Mundir. Pero confío en recuperar pronto esas tierras, y para ello confío en vos.

—Estoy a vuestro servicio, majestad, y lucharé por vos contra quien me indiquéis; sólo haré una excepción —alegó Rodrigo.

—¿Vuestro rey Alfonso?

—Sí. Sigue siendo mi señor y le debo fidelidad.

—Pero os ha desterrado.

—Lo ha tenido que hacer obligado por mis actos. Ataqué las tierras de su protegido el rey de Toledo, y por eso no le quedó más remedio que castigar mi acción.

—Pero si sabíais que obrabais mal, ¿por qué lo hicisteis?

—Tenía que proteger a mis vasallos. Unos musulmanes de Toledo atacaron mis feudos en tierras de Gormaz y tomaron cautivos a algunos de mis hombres. Como su señor, yo tenía la obligación y el deber de defenderlos, y eso hice —asentó Rodrigo.

—Es muy extraño vuestro sentido del deber y de la lealtad.

—Así está escrito en nuestras leyes y así lo cumplimos, majestad.

—En ese caso, al entrar a mi servicio...

—Os seré fiel hasta la muerte, si a eso os referís.

Al-Mutamin miró a los ojos de Rodrigo y pudo adivinar en ellos la mirada de un hombre leal.

—Así lo creo.

—¿Cuál será mi primera misión? —inquirió el Campeador.

—Supervisar el estado del ejército. Desde que la cabeza de mi padre dejó de regir con la lógica que requiere la de un soberano, el ejército está descuidado. Hace veinte años éramos una potencia militar considerable; gracias a la habilidad de mi padre y a su sentido de la estrategia y de la organización militar, disponíamos de un ejército numeroso, bien pertrechado y magníficamente entrenado, con generales valiosos a su mando, pero en los últimos años hemos perdido capacidad militar y empuje, nuestros soldados tienen graves deficiencias en su instrucción y carecemos de comandantes de valía y con experiencia en el combate.

—La situación que me describís es muy grave.

—Peor de lo que imagináis. El rey de Aragón es un soberano ambicioso y aguerrido, dotado de un espíritu indomable y cargado de deseos de ocupar nuestras tierras; hace ya tiempo que presiona en nuestras fronteras del norte y cada año pone cerco a una de nuestras fortalezas, con éxito en algunas ocasiones. Está creando un verdadero cerco en el norte fortificando una línea de castillos desde los que asolar las comarcas de Huesca y Barbastro impunemente. En el este, mi hermano ha buscado la alianza de los condes de Barcelona, y no dudará en atacarme en cuanto muera mi padre. Hace años, cuando apenas éramos unos adolescentes, tuvimos una fuerte discusión y llegamos a las manos. Desde entonces no me ha perdonado, y su odio hacia mí es tan fuerte que sé que hará todo cuanto esté en su mano por despojarme del trono de Zaragoza. En el sur nos inquietan de vez en cuando las tropas del rey de Albarracín; su soberano es Hudayl, un hombre soberbio y orgulloso que se considera dotado de las más altas virtudes y no es sino un ignorante engreído, y las del rey de Valencia, a quien vos ya derrotasteis en Alcocer. Por fin, en el oeste nos disputamos las tierras de Medinaceli y Molina con el rey de Toledo y bien sabéis la ambición del rey Alfonso de León y de Castilla por todo cuanto rodea a su reino.

»Así es como están las cosas, don Rodrigo, y aquí es donde vos debéis intervenir. Esta primavera como todos los años, el rey de Aragón preparará una incursión contra alguna de nuestras fortalezas del norte. Mis espías me han informado que tiene intención de buscar una alianza con mi hermano y con los condes de Barcelona para formar un frente común contra Zaragoza. El rey de Aragón amenaza Huesca y Barbastro, los condes de Barcelona ambicionan poseer Tortosa y mi hermano sólo desea lo peor para mí. Esa confluencia de intereses nada bueno puede depararnos.

»Vuestra misión consistirá en preparar la defensa de la frontera norte con Aragón y con Lérida. Todos mis comandantes están desde este momento bajo vuestras órdenes militares.

Rodrigo se puso de inmediato a trabajar. En una sala de la Zuda reunió a los generales zaragozanos y fue requiriendo información de cada uno de ellos. Desde luego, la situación del ejército taifal era desalentadora. La última victoria que habían logrado se remontaba a dieciséis años atrás, cuando al-Muqtádir consiguió vencer a una coalición cristiana y recuperar la ciudad de Barbastro. Desde entonces el ejército hudí se había debilitado a la vez que lo hacía el cuerpo y la mente de su soberano.

—Señores —dijo Rodrigo—, en quince días quiero revistar todas las tropas disponibles. Deberán estar formados todos los regimientos y batallones en el llano de la Almozara a mediodía. Podéis retiraros.

Cuando se marcharon todos los generales, yo me acerqué a Rodrigo.

—Estos hombres son inútiles para dirigir cualquier ejército; no tienen capacidad militar y carecen de autoridad y fuerza moral —le confesé un tanto desesperado.

—Así es.

—Con estos mandos, ¿imagináis cómo serán los soldados?

—No nos queda otra salida, Diego. No tenemos adónde ir. Zaragoza es nuestro hogar ahora y lo defenderemos como si aquí estuviera nuestra casa.

—¿Pero qué podemos hacer con esta tropa frente a los aragoneses y a los catalanes?

—Ten fe, Diego, ten fe. Fueron los padres de estos hombres quienes derrotaron al rey Ramiro en Graus y quienes reconquistaron Barbastro; algo de su sangre quedará en las venas de sus hijos, ¿no crees?

Cuando Rodrigo se empeñaba en algo era muy difícil convencerlo de lo contrario. Además, la figura del príncipe regente lo había impresionado. Durante los muchos años que pasé a su servicio, fue al-Mutamin el único hombre al que creo que Rodrigo admiró

de veras por encima de cualquier otro, y en verdad que ese hombre era un personaje deslumbrante. Si hubiera vivido algunos años más, es probable que su reino se hubiera convertido en el mejor de los lugares posibles donde vivir, pero su muerte temprana cercenó las esperanzas que su reinado había despertado.

Pactada nuestra misión en Zaragoza y lo que debíamos hacer, quedaba acordar nuestra paga. Al-Mutamin y Rodrigo no querían hablar de ello: el soberano lo consideraba banal y Rodrigo no deseaba que las negociaciones sobre el dinero a percibir a cambio de nuestros servicios militares empañaran la amistad que se estaba forjando entre ambos. Por ello, decidieron que ese asunto lo discutiéramos Yahya y yo mismo.

Nos reunimos en casa de Yahya. Este personaje era un ser formidable; tendría unos cuarenta años, era rubio y con ojos azules y de una estatura que sobrepasaba en casi una cabeza a los demás hombres. Su casa era bastante amplia y se veía muy limpia; estaba ubicada al final de un adarve, en el arrabal del sur.

—Pasad, don Diego, pasad. Consideraos en vuestra casa —me dijo Yahya.

—Gracias, Yahya.

Atravesamos un pequeño pasillo al que daban varias habitaciones y que desembocaba en un pequeño jardín en la parte posterior, donde el agua de un pozo y la sombra de media docena de olivos y almendros proporcionaban frescor en el sofocante verano de Zaragoza. Aunque estábamos ya en otoño, el tiempo todavía no era demasiado frío; un cálido sol otoñal bañaba el jardín, tamizado por las ramas de los almendros y los olivos.

Nos sentamos en una bancada de ladrillo que recorría el muro de la casa que daba al jardín; sobre una mesa el criado de Yahya había preparado varios platos con almojábanas recién fritas en aceite de oliva (una especie de tortas rellenas de queso fresco), pollo guisado con comino, jengibre y pimienta, salchichas de cordero, pasteles de almendras y miel y una escudilla repleta de pistachos. En una jarra había un excelente vino tinto, aromatizado con canela y almizcle y en otra un jarabe de granada.

—Es lo mejor que puedo ofrecer —aseguró Yahya.

Tomé una almojábana y mordí un buen trozo.

—Muy sabrosa —le dije.

—Celebro que os guste, las almojábanas son el plato más afamado de nuestra cocina.

Degustamos los manjares con deleite y dimos buena cuenta de la jarra de vino. Al acabar la comida, el criado de Yahya, que cojeaba de uno de sus pies, nos sirvió una infusión de abrótno y unas rosquillas de canela y nueces.

Había comido tanto que noté cómo el cinturón apretaba en demasía mi vientre. Bien a gusto lo hubiera aflojado, pero no me pareció adecuado hacerlo delante de mi anfitrión y aguanté las apreturas como mejor pude.

—Creo que es hora de hablar de vuestro salario —dijo Yahya.

—Antes, si me lo permitís, me gustaría saber dónde aprendisteis a hablar en latín.

—En Roma.

—¡Roma! —exclamé extrañado.

—Sí, Roma. Pasé allí algunos años, de eso hace ya tiempo.

Dijo aquellas palabras un tanto apesadumbrado.

—Perdonad si os he molestado, no quería...

—No tiene importancia, fueron malos años que prefiero no recordar. Pero vayamos a lo que nos ocupa.

—¿Qué os parecen cinco mil marcos de plata al año? —le inquirí.

—Eso son dos mil quinientas libras.

—Tened en cuenta que don Rodrigo debe pagar con ese dinero a todos los hombres de su mesnada, y ya sumamos más de quinientos. Mantener una tropa como ésta requiere no menos de esos cinco mil marcos de plata.

—¡Estáis hablando de veinte mil dinares en oro! ¡Cuarenta dinares al año por cada uno de vuestros hombres!

—No os asombréis, Yahya. Me he informado bien y sé que una casa como ésta en la que vivís vale cien dinares, y que cualquier consejero real cobra cada año más de esa cantidad. Cuarenta por un soldado no es demasiado, ¿no lo creéis así?

—Veinte mil dinares... Si ésta es la cantidad que pedís, creo que podremos negociar en torno a los diez mil.

Yahya era mucho más rápido que yo con los números. Sumaba y multiplicaba en su cabeza con una rapidez que yo era incapaz de seguir.

—Veinte mil dinares —repetí.

—Doce mil —prosiguió Yahya.

—Veinte mil —insistí.

—Dejémoslo en quince mil.

—Veinte mil —me mantuve firme.

—Dieciséis mil.

—Veinte mil.

—Dieciocho mil.

—Veinte mil.

Yahya pareció rendirse, suspiró profundamente, me miró y dijo:

—De acuerdo, veinte mil dinares al año, pero me debéis una comida.

—Probaréis el mejor asado de cordero al estilo castellano.

Me despedí de Yahya y volví contento a nuestra residencia en el arrabal de las Santas Masas, aunque poco a poco me fui dando cuenta de que Yahya tal vez me había engañado. Cuando le dije que nuestra propuesta era de veinte mil dinares, él ofreció diez mil, pero acabó aceptando los veinte mil. Bien, ya no había remedio, y en cualquier caso veinte mil dinares era una suma suficiente para mantener la hueste, aunque si aumentaba su número tendríamos que buscar nuevos recursos.

Los generales de al-Muqtádir habían formado el ejército hudí en el llano de la Almozara, como había ordenado Rodrigo. El viento del noroeste soplaba con fuerza y agitaba los estandartes en los que lucían loas a Alá y al profeta Mahoma. Veinte batallones de cien hombres cada uno de ellos configuraban el ejército permanente de la dinastía de los hudíes.

Rodrigo, que estaba junto a al-Mutamin, espoleó a su caballo e inició la revista. Se detuvo en cada uno de los batallones observando su armamento y sus lorigas, el estado de sus caballos y el rostro de sus jinetes. Discurrió un largo rato hasta que regresó de nuevo ante el príncipe regente.

—Su armamento es bueno y su equipo militar también, los caballos son de buena hechura pero parecen desentrenados. En cuanto a los hombres...

—¿Cómo los veis? —preguntó el rey.

—Faltos de espíritu —respondió Rodrigo.

—En ese caso, inculcádselo.

—Eso no es nada fácil.

—Vos podéis hacerlo, como lo habéis logrado con vuestros hombres.

—Mis hombres han nacido en la frontera; están acostumbrados desde niños a luchar para defender su tierra, su casa y su familia; la batalla es la manera que tienen de ganarse el pan. Vuestros generales viven en fastuosas mansiones rodeados de lujos y

esclavos, una vida demasiado fácil y regalada, y no han sabido transmitirles a sus soldados el espíritu requerido para el combate. Necesitan una razón para luchar.

Al-Mutamin espoleó a su caballo y se colocó al frente de las tropas.

—¡Soldados! —gritó erguido sobre los estribos—: yo no soy un guerrero, nunca he combatido en los campos de batalla. Mi padre jamás consintió en que lo hiciera. He pasado toda mi vida entre libros y sabios, estudiando matemáticas, geometría y álgebra, pero os aseguro que si se trata de defender esta tierra, toda mi sangre derramaré por ella. Aquí yacen vuestros padres, y los padres de vuestros padres, y así hasta al menos quince generaciones de vuestros antepasados. Hemos sido un reino poderoso y lo seguiremos siendo.

»Esos soldados que veis ahí —continuó al-Mutamin señalando a Rodrigo y a los hombres que formábamos junto a él— han llegado desde Castilla para ayudarnos. Fijaos en sus rostros y en el brillo de sus ojos. Darían su vida por su jefe, por Rodrigo. Y vosotros, no ¿daríais la vida por vuestro rey?

—¡Sí, sí! —gritaron algunos.

—No os oigo —gritó al-Mutamin.

—¡Sí, sí, sí! —clamaron ahora todos de manera atronadora.

—De vuestro valor dependen vuestros hijos y vuestras esposas. Son muchos los que anhelan conquistar nuestra tierra y convertirnos en sus esclavos. ¿Queréis ver a vuestras mujeres como concubinas en las camas de vuestros conquistadores?, ¿queréis ver a vuestros hijos vendidos como esclavos?, ¿queréis que vuestros cadáveres ultrajados se pudran al sol o sean roídos por los picos de los buitres?

—¡No, nunca! —gritaron de nuevo.

—En este caso, luchad por Zaragoza y por vosotros mismos, y haced lo que Rodrigo os ordene; y que Alá os bendiga por ello.

Yahya se acercó hasta mí y me preguntó si había entendido lo que al-Mutamin había dicho en árabe a sus tropas.

—Algunas palabras se me han escapado, pero he entendido la mayoría de su arenga —le confesé.

Mi conocimiento del árabe era todavía escaso, pero tras varios meses en Zaragoza y gracias a que en viajes anteriores a esta ciudad y a Sevilla había aprendido las palabras comunes, ya lograba entender la mayoría de las conversaciones e incluso mantener una charla empleando las expresiones y palabras más habituales.

—Vuestro príncipe será un gran rey —le dije a Yahya en árabe.

—En él ha depositado nuestro pueblo todas sus esperanzas —repuso Yahya.

Rodrigo se acercó hasta nosotros y, tras saludar a Yahya, dijo:

—Por su expresión ha debido de ser un discurso magnífico.

Yahya le hizo un resumen del mismo, y Rodrigo sentenció:

—Ese hombre tiene arrestos, me alegra estar de su parte.

Capítulo XII

El llano de la Almozara, al pie del palacio de la Alegría, se convirtió durante los meses de invierno y primavera en campo de entrenamiento para el ejército. Durante los primeros días tuvimos que enseñar a aquellos soldados diversas tácticas de combate, tanto a caballo como a pie en tierra. Afortunadamente, eran unos magníficos jinetes debido sobre todo a que practicaban equitación en el juego del polo, lo que suponía un excelente ejercicio ecuestre.

Una y otra vez emulábamos cargas de caballería, equipados con todo el armamento pesado al que no estaban acostumbrados. Rodrigo les hacía repetir sin descanso las maniobras hasta que logró que los escuadrones de caballería se movieran como un solo hombre a las órdenes dadas por los estandartes de señales.

Hiciera frío o sol, lluvia o viento, todos los días de la semana, salvo los viernes y los domingos, que musulmanes y cristianos guardábamos respectivamente como días sagrados, todos los soldados de la taifa y de la hueste del Campeador compartíamos los mismos ejercicios y nos instruíamos para luchar en el mismo bando.

Al-Mutamin gobernaba Zaragoza desde la Zuda occidental mientras su padre estaba recluido en el palacio de la Alegría, una especie de jaula de oro para un soberano que había sido muy grande pero cuya demencia lo había convertido en un pobre loco. No obstante, el príncipe regente no quería coronarse rey antes de la muerte de su padre; eso sí, siguió emitiendo unas monedas con su nombre y otras con el de su padre, aunque en la oración solemne del viernes en la mezquita mayor el nombre de al-Muqtádir siempre precedía al de al-Mutamin.

El regente era el primero en llegar al campo de entrenamiento militar y el último en marcharse. Todavía recuerdo el primer día que empuñó una espada y cómo Rodrigo lo desarmó con la misma facilidad que había hecho años antes conmigo. No obstante, al-Mutamin se esforzaba como el que más y acababa las sesiones de entrenamiento empapado en sudor y absolutamente agotado, lo que no le impedía atender a sus labores de gobierno y al estudio de las ciencias.

Yahya nos acompañaba de vez en cuando. Su imponente figura, cuya altura destacaba sobre todos nosotros, imponía un enorme respeto, pese a ser un sabio y no un soldado. Creo que si se lo hubiera propuesto hubiera podido derribar a un buey de un solo golpe.

Una mañana, mientras el grupo que yo dirigía practicaba la esgrima, vi a Yahya que nos observaba junto a unos álamos. Me acerqué hasta él y lo saludé:

—Buenos días, Yahya.

—En verdad son buenos, don Diego.

—Tengo pendiente una deuda con vos. Me gustaría pagarla.

—Os referís a ese cordero a la castellana.

—Por supuesto —aseveré.

—Pues saldadla cuanto antes.

—¿Os parece bien el sábado... a cenar?

—¿El sábado ... ?, de acuerdo.

—Acudid a mi casa, ya sabéis dónde está, pues vos mismo me la proporcionasteis.

Mi casa era mucho más modesta que la de Yahya. Sólo disponía de dos habitaciones y una cocina, y carecía de jardín, aunque como quiera que el invierno estaba ya bien entrado de nada hubiera servido.

Yahya se presentó a la puesta de sol, probablemente después de haber rezado una de las cinco oraciones que los musulmanes deben rezar cada día.

—Sed bienvenido —lo saludé.

—¿Eso que huelo es el cordero? —preguntó aspirando el olor a asado procedente de la cocina.

—Está haciéndose en el horno, tardará unos momentos. Pero pasad a esta estancia. Anteayer conseguí un vino excelente; el mercader mozárabe al que se lo compré en el zoco junto a la iglesia de Santa María me aseguró que era el mejor de los que tenía. Me dio a probar un poco y en verdad que me pareció excelente. Tomad y comprobadlo vos mismo.

Le alargué una jarrita esmaltada en verde de la que Yahya saboreó un buen trago.

—No está nada mal.

—Sentémonos, todavía falta un poco para que el asado esté en su punto.

Nos acomodamos en torno a la mesa que había dispuesto en una de las habitaciones en espera de que mis dos criados acabaran de asar el cordero.

—¿Hace mucho tiempo que servís a Rodrigo?

—Se acaban de cumplir dieciocho años.

—Decidme, ¿es tan gran guerrero como se dice?

—Lo es mejor todavía. Durante los años que llevo a su servicio nunca ha perdido una batalla. A los dieciocho años venció al mejor caballero navarro y al más afamado combatiente musulmán, un gigantón de Medinaceli tan alto como vos al que derrotó a las puertas de Zaragoza. Vos deberíais haberlo visto entonces.

—Sí, lo recuerdo; yo estaba en la *exarea* presenciando aquel torneo, pero me parece que vuestro señor tuvo demasiada suerte.

—Tal vez aquel gigantón se confiara, pero no me negaréis que don Rodrigo luchó con nobleza.

—Sí, sí, por supuesto que sí, pero también tuvo la fortuna de su lado.

—Los musulmanes creen que la suerte sobreviene por voluntad divina; nosotros los cristianos creemos que hay que buscarla.

—Me parece que vuestro señor don Rodrigo tiene eso que los musulmanes llamamos baraca, que en vuestra lengua puede ser algo así como «fortuna».

—Tal vez tenga baraca, pero creedme si os digo que jamás he visto a nadie que venciera en una batalla tan sólo con la ayuda de la baraca.

Yahya me miró confiado y rió de buena gana.

—Tenéis razón, don Diego, tenéis razón.

Apuramos otro par de vasos de vino y uno de los criados nos anunció que el asado estaba listo. Ordené que lo sirvieran, y el cordero apareció sobre una enorme bandeja de barro melado. Cogí mi cuchillo y lo trinché en varios pedazos. Le ofrecí a Yahya una de las piernas y varias costillas y yo me serví otro tanto. Antes de empezar dimos gracias cada uno a nuestro dios y comimos hasta saciarnos.

—¿Qué os ha parecido? —le pregunté.

—Aquí solemos añadirle muchas especias al cordero: pimienta, jengibre, albahaca, espliego..., incluso miel.

—En Castilla lo asamos sobre una bandeja con un poco de agua para que quede más jugoso, y sólo le añadimos sal, tomillo y romero, y a veces también un poco de miel. Es un manjar sobrio, como nuestra tierra, pero muy sabroso.

—Sí, hubiera sido una pena no poder compartir esta magnífica cena.

—¿Por qué decís eso? —le pregunté.

—Estuve a punto de no poder. Esta misma mañana hemos tenido un grave altercado. El general Umar, uno de nuestros mejores soldados, ha huido a Lérica con

dos batallones de caballería para ponerse al servicio de al-Mundir, y el príncipe al-Muzaffar, hermano de al-Muqtádir, ha intentado encabezar una rebelión contra su sobrino al-Mutamin, pero lo hemos descubierto a tiempo y ha sido apresado. Por la tarde lo han conducido preso al castillo de Rueda, en el valle del Jalón.

»Un asceta ha profetizado grandes males para el rey, que agoniza en el palacio de la Alegría. Ayer pasó la noche en medio de enormes dolores, aullando como un lobo herido. Los médicos han intentado aliviarle el dolor con jarabes e infusiones, pero ha sido en vano.

—¿Podemos hacer algo? —le planteé.

—Habrá que estar atentos. Creo que al-Mundir tiene algunos agentes destacados en Zaragoza que tal vez intenten hacerse con el control de la ciudad en cuanto muera al-Muqtádir. Comunicádselo a Rodrigo y tened a vuestros hombres dispuestos para sofocar cualquier rebelión que pueda producirse.

—Descuidad. Lo haré ahora mismo.

Yahya me dio las gracias por la cena y me ofreció como regalo un anillo de oro.

—Os lo agradezco, pero es un objeto demasiado valioso.

—Guardadlo como un recuerdo y como una garantía de nuestro pacto.

El consejero del príncipe regente salió de mi casa y yo le seguí poco después hacia donde residía Rodrigo.

El Campeador estaba instalado en una casona palaciega en la huerta de las Santas Masas, una finca rodeada de huertos de albaricoques y olivares. Estaba acabando de cenar acompañado por Álgvar Fáñez, Pedro Bermúdez y Martín Antolínez.

Relaté a Rodrigo lo que me había contado Yahya, y el Campeador ordenó de inmediato a sus capitanes que organizaran a la gente de la mesnada en grupos. Dispuso una guardia de diez hombres en cada una de las puertas de la ciudad y un retén permanente de cincuenta soldados en el edificio adyacente a las Santas Masas donde se acuartelaba la mayoría de nuestra hueste.

El cadí ordenó ejecutar al visionario que había profetizado la muerte del rey, un santón musulmán al que seguían varios neófitos en la creencia de que era un gran profeta. Pero a los pocos días de su ejecución, el rey al-Muqtádir murió aquejado de enormes dolores y en medio de grandes convulsiones.

Al-Mutamin fue proclamado rey de Zaragoza de inmediato, y su hermano al-Mundir se hizo coronar rey de Lérida, Tortosa y Denia. Su primera medida consistió en enviar una carta a su hermano en la que le conminaba a deponer su actitud y a entregar Lérida, Denia y Tortosa a fin de unificar los dominios de los Banu Hud y forjar así un reino fuerte y poderoso.

Durante varias semanas, los dos hermanos sopesaron con sus respectivos consejeros la situación entre ambos. Cada uno aspiraba a hacerse con el reino del otro, pero los dos dudaban de sus respectivas capacidades para derrotar al oponente. El rey de Lérida buscó apoyo en el rey de Aragón y en los condes de Barcelona, en tanto al-Mutamin debería contentarse con el apoyo de Rodrigo y su mesnada. El rey de Lérida, aconsejado por el intrépido general Umar, asedió el estratégico castillo de Almenar mientras el rey de Aragón y los condes de Barcelona concentraban sus ejércitos cerca de la plaza fuerte de Monzón.

Al-Mutamin llamó a Rodrigo y con él acudimos todos sus capitanes. Nos recibió en el palacio de la Alegría, adonde se había trasladado a la muerte de su padre. El viejo recinto militar de torreones de bloques de alabastro pulido y muros de tapial enlucidos con cal bruñida se había convertido en su interior en un maravilloso palacio. El salón del trono tenía una pared forrada de placas de bronce que brillaban con el reflejo de la

luz como si fueran verdaderas láminas de oro, bajo una techumbre de madera pintada de azul y tachonada con estrellas doradas.

—Rodrigo, me alegra veros. Nuestra situación es muy difícil en la frontera oriental. Mí hermano ha logrado el apoyo de Aragón y Barcelona y amenaza con conquistar algunas fortalezas en la frontera del Cinca; si eso ocurriera, tendría el camino franco hasta Zaragoza.

—Saldré de inmediato hacia Almenar —anunció Rodrigo.

—Yo iré con vos —asentó el rey.

—Permitidme que os diga, majestad, que no sería prudente. Yo puedo organizar mi mesnada en cuatro o cinco días, en tanto vos necesitáis al menos dos semanas para convocar y formar al ejército.

—Si se plantea una batalla, quiero participar en ella —insistió al-Mutamin.

—Haremos lo siguiente, si así lo aprobáis: yo saldré de inmediato hacia el este y me haré fuerte en alguno de los castillos más próximos a la frontera. Desde allí evaluaré nuestras posibilidades y esperaré a que vos acudáis con el grueso del ejército.

—Prometedme que no entablaréis ninguna batalla antes de que yo llegue.

—Os lo prometo..., salvo que sea inevitable.

—De acuerdo. Mirad.

Al-Mutamin desplegó ante Rodrigo un enorme mapa en el que se habían dibujado las ciudades, villas, aldeas y castillos de su reino.

—El alcaide de este castillo —continuó el rey señalando un punto con el dedo— es uno de mis más fieles soldados. Acudid ahí y esperadme.

El castillo señalado era el de Tamarite, situado a mitad de camino entre Monzón y Almenar.

—Este lugar es el más propicio —confirmó Rodrigo—. Su ubicación nos permitirá controlar a la vez a los aragoneses, a los barceloneses y a los leridanos. Según veo por las distancias aquí marcadas, está a menos de media jornada de Almenar y a otro tanto de Monzón; sí, creo que es el lugar idóneo.

En cinco días estuvimos dispuestos para salir hacia Tamarite, y allá nos dirigimos atravesando un amplio territorio bajo un sol de hierro, entre páramos desolados en cuyas cimas todavía podían verse algunas sabinas y pinos negros.

Desde Tamarite, Rodrigo conquistó el castillo de Escarp, al suroeste de Lérida, lo que suponía introducir una cuña en territorio enemigo, y decidió acudir a Monzón, que estaba amenazada por el rey aragonés. Al enterarse de nuestra llegada, don Sancho prometió no permitir al castellano que había combatido en Graus contra su padre entrar en Monzón, y así nos lo hizo saber mediante un mensajero. Rodrigo hizo caso omiso a esas amenazas e irrumpió en aquella fortaleza en medio de la algarabía de sus habitantes, que lo recibieron como a un verdadero libertador. Pese a las amenazas, el rey de Aragón no hizo nada para evitar nuestra entrada en esa villa.

Regresamos a Tamarite tras haber contribuido a fortalecer la moral de los de Monzón y allí aguardamos a que llegara al-Mutamin con el grueso del ejército. El rey de Zaragoza lo hizo montado en un palafrén blanco; a su lado, un portaestandarte ondeaba al viento el pendón de los Banu Hud, un león rampante dorado y una media luna plateada sobre fondo azul, justo detrás de él cabalgaba Yahya, y lo hacía sobre un enorme caballo como los que usamos los cristianos; tal vez porque su formidable estatura era demasiado elevada como para montar los veloces y ágiles pero pequeños corceles árabes. Fue la primera vez que lo vi portando una espada y equipado como un soldado.

Nos reunimos en una de las salas del castillo de Tamarite para cambiar impresiones y estudiar la táctica a seguir. En nuestras inspecciones visuales y en las de

nuestros espías habíamos comprobado que las tropas combinadas de aragoneses, leridanos y barceloneses nos superaban ampliamente en número, y aunque no lo dijo, creo que Rodrigo pensaba que también eran superiores en preparación militar y en capacidad de lucha. Además, en los últimos días el rey de Lérida había convocado, a cambio de la promesa de entregarles grandes sumas de oro, a varios condes y señores cristianos de Cerdeña, Besalú, Urgel, Ampurdán, Rosellón y Carcasona.

—Majestad, Almenar está asediado —dijo Rodrigo— y aunque vuestros hombres resisten con valentía, no creo que puedan aguantar por mucho más tiempo. Unas cuantas millas al norte, se ha congregado un gran ejército con tropas de Aragón y Barcelona a las que se han sumado otros condes y señores cristianos.

—Hay que levantar el asedio de Almenar y liberar a los hombres que allí están cercados. Atacaremos mañana mismo —asentó al-Mutamin.

—Son superiores a nosotros, majestad. En una batalla en campo abierto no tenemos ninguna posibilidad —objetó Rodrigo.

—Vos habéis entrenado a estos hombres, ¿acaso no están preparados para combatir?

—Lo están, pero en igualdad de condiciones.

—Permitidme que intervenga, majestad. Don Rodrigo tiene razón: son muchos más que nosotros y sus posiciones parecen más ventajosas —dijo Yahya.

—No puedo dejar a esos hombres de Almenar abandonados a su suerte, ¿qué clase de rey sería si obrara así?

—Existe una salida a esta enojosa situación —adujo Rodrigo.

—¿Qué proponéis? —preguntó al-Mutamin.

—Si no podemos vencerlos en una batalla, comprémosles la retirada de Almenar.

—No os entiendo, Rodrigo. Sois el mejor soldado que he conocido y hasta hoy confiaba en que vuestro espíritu de lucha estuviera por encima de todas las dificultades, y en cambio, me proponéis que compre la libertad de un castillo que es mío y que mi hermano está cercando a la fuerza.

—Con ese dinero al-Mundir podría hacer frente a los compromisos con sus aliados cristianos, que se retirarían de aquí y vos conseguiríais levantar el cerco de Almenar. Y todavía nos queda la baza del castillo de Escarp; tal vez podamos hacer un trueque más adelante.

Al-Mutamin estaba confuso; aunque no era un soldado, era un hombre valeroso, como he visto pocos, y no tenía miedo a morir. No entendía que él, un hombre que había pasado toda su vida entre libros y números, quisiera librar una batalla en tanto los profesionales de la guerra optaban por pagar a cambio de la retirada del enemigo.

—No me parece honroso —alegó al-Mutamin después de un breve tiempo de reflexión.

—No es ningún deshonor; hace siglos que se viene haciendo esto. Cuando un ejército es muy inferior en número y está en desventaja, o se retira o negocia un acuerdo..., o suele acabar derrotado y sus hombres muertos —alegó Rodrigo.

—Entonces, no tenemos otra alternativa.

—Creo que no, majestad.

—En ese caso..., Yahya, prepara una carta para mi hermano; ofrécele diez mil dinares a cambio de su retirada de Almenar.

La respuesta de al-Mundir la trajo un correo tres días después. Era una carta muy breve y concisa en la que el rey de Lérida se negaba a aceptar el dinero que le ofrecía su hermano y ratificaba su intención de conquistar Almenar y aun todo el reino de Zaragoza.

—Nuestra oferta ha sido rechazada; ahora sólo nos queda una salida: luchar.

Al-Mutamin estaba radiante por el rechazo de su oferta. El rey de Zaragoza jamás había combatido, pero no parecían faltarle arrestos para librar una batalla.

Yahya se acercó hasta mí y me dijo:

—Es un gran rey, tal vez uno de los más grandes que jamás ha habido, pero no sabe combatir.

—Para eso estamos nosotros —repliqué—. Vos tampoco parecéis muy ducho en el uso de las armas, jamás antes os había visto empuñar una espada.

—Es la primera vez que lo hago —me confesó Yahya—. Pero no os preocupéis por mí, desciendo de un linaje de guerreros. Mi padre fue un soldado.

—¿Luchó junto a al-Muqtádir? —le pregunté.

—No, no, lo hizo muy lejos de aquí.

—¿Que opináis vos, Yahya? —preguntó Rodrigo interrumpiendo nuestra conversación.

—¿A qué os referís, señor?

—A nuestra situación, por supuesto.

—Si mi rey cree que es preciso atacar, creo que debemos hacerlo.

—Esto es increíble: un rey que jamás ha luchado y un astrónomo que ni siquiera sabe cómo sostener una espada arden en deseos de entrar en batalla sin más conocimientos que los que les inspira su propio corazón —dijo Rodrigo.

—¿Guardaos, don Rodrigo! Ni siquiera a vos consiento que habléis así delante de vuestro rey —intervino con voz potente y poderosa al-Mutamin.

Tal vez fue la única vez que vi a Rodrigo titubear ante otro hombre. El Campeador mudó el rostro y se excusó:

—Perdonad, señor, en ningún momento he pretendido ofenderos.

En ese momento intervino Yahya, quien con habilidad rompió la tensión que se había acumulado:

—Majestad, don Rodrigo: Bien sabéis que no soy un general y que jamás he intervenido en una batalla, pero he leído decenas de crónicas en las que se narra el desarrollo de cientos de ellas. En verdad que nuestra posición es muy delicada, pero es en estos momentos cuando es preciso acudir a la inteligencia, que con frecuencia suele vencer a la fuerza.

»El rey de Aragón, el conde de Barcelona y los demás señores cristianos acudirán a Almenar para celebrar con al-Mundir su conquista. Sabedores de su superioridad, en ningún momento creerán que vayamos a atacarles cuando se estén congregando; pues bien, aprovechemos esa debilidad causada por su exceso de confianza y ataquémosles entonces.

—¿Y cómo pensáis librar la batalla? —preguntó Rodrigo.

—La estrategia, don Rodrigo, es cosa vuestra.

—¿Podéis hacerlo? —inquirió al-Mutamin.

Rodrigo miró a Yahya, sonrió, se atusó la poblada barba y afirmó rotundo:

—Venceremos.

El ejército cristiano se había agrupado en una vaguada entre Alfarrás y Almenar. Estaban tan confiados de su victoria que habían cometido la imprudencia de no destacar vigías nocturnos desplegados en círculos en torno al campamento. Nosotros salimos de Tamarite al anochecer y, siguiendo el camino que nos indicaban nuestros espías, alcanzamos el campamento del rey de Aragón a medianoche. Lucía una enorme luna casi llena y algunas nubes cruzaban el cielo ocultándola de vez en cuando.

Rodrigo reunió a sus capitanes y nos trazó el plan a seguir:

—Cuando la luna se oculte tras una de esas nubes, los infantes caerán sobre el campamento armados con espadas cortas y hachas; en cuanto los aragoneses y barceloneses intenten rehacerse del ataque, la caballería cargará desplegándose en tres secciones. El centro lo dirigiré yo mismo, el ala izquierda tú, Diego, y la derecha Martín Antolínez. Hacedles saber a vuestros hombres que la sorpresa es vital en este caso.

El Campeador nos estrechó la mano uno a uno y nos deseó suerte. Aleccionamos a nuestros hombres y Rodrigo ordenó que los peones iniciaran el ataque. Corrieron en silencio hacia el centro de la vaguada, deslizándose por las laderas de los páramos como lobos hambrientos en busca de su presa, y cayeron sobre los descuidados enemigos causándoles una gran mortandad.

Con los primeros gritos comenzaron a salir de las tiendas los demás soldados y se aprestaron a hacer frente a nuestro ataque; algunos corrían hacia los cercados donde estaban los caballos, pero antes de que los alcanzaran, Rodrigo ordenó la carga de la caballería. Nos lanzamos como halcones cabalgando por el fondo de la vaguada e irrumpimos con las lanzas enristradas ensartando a cuantos nos salían al paso. Vimos entre las sombras cómo varios caballeros acudían a defender una tienda ante la que flameaba el estandarte rojo con cinco escudos de plata del conde de Barcelona.

Ante la tienda, la lucha fue encarnizada. Los caballeros barceloneses que la defendían peleaban con bravura y arrojo, y no hubo uno de ellos que no prefiriera dejar la vida sobre el campo antes que retroceder un solo paso. Muño Gustioz, Álvar Fáñez y Pedro Bermúdez se dieron cuenta enseguida de que había que acabar con los que resistían en torno a la tienda del conde, y hacia allá se dirigieron tajando a diestro y siniestro a cuantos hombres encontraron en su camino.

Ni uno solo de los caballeros que defendían la tienda de su conde quedó en pie, y fue el propio Álvar Fáñez quien capturó al conde Berenguer Ramón, uno de los dos gemelos que gobernaban el rico condado de Barcelona.

La captura de la tienda del conde y la masacre que causamos entre las filas enemigas provocó la huida desordenada de los que pudieron escapar amparados en las sombras que proyectaban las nubes cuando tapaban la luna.

Esa misma mañana liberamos a Almenar del cerco al que había estado sometido. Cuando entramos en la fortaleza, los hombres que la habían defendido estaban famélicos y agotados, pero todavía tuvieron fuerzas para gritar el nombre de su dios, el de su profeta y el de su rey.

Rodrigo entregó los cautivos y el botín ganado en la batalla de Almenar a al-Mutamin. El Campeador había prometido al conde de Barcelona que intercedería ante el hijo de al-Muqtádir para que lo liberara si se comprometía a firmar un tratado perpetuo de paz. Y así sucedió; a los cinco días de su captura, el rey de Zaragoza puso en libertad al conde de Barcelona. Antes de marchar, oí al conde que le decía a Rodrigo:

—Ojalá hubiera aceptado vuestras condiciones. Ahora estaríais a mi servicio y nada de esto hubiera ocurrido.

—Nunca se sabe qué nos deparará el destino —asentó Rodrigo.

—En cualquier caso, volveremos a vernos, espero.

Berenguer Ramón pronunció estas últimas palabras como una amenaza, y Rodrigo respondió al reto diciendo:

—Siempre que vos queráis, señor.

Al-Mutamin fue enormemente generoso con Rodrigo: le ofreció una quinta parte del botín y le dio a elegir uno de cada cuatro caballos; además le hizo entrega de la tienda del conde de Barcelona y de una espada magnífica que el conde guardaba como una joya.

Recuerdo el regreso a Zaragoza como el momento más feliz de nuestras vidas. La noticia de la victoria de Almenar había llegado a la capital del reino y los zaragozanos nos habían preparado un recibimiento como nunca antes hubiera soñado señor alguno. En la villa de Fuentes de Ebro, a más de media jornada de distancia de la capital, ya se habían apostado a lo largo del camino centenares de personas que aclamaban a al-Mutamin y a Rodrigo, que cabalgaban en la vanguardia justo delante de los carros cargados con el botín ganado en la batalla de Almenar.

Conforme nos íbamos acercando a Zaragoza, la multitud crecía y muchos tramos de la calzada estaban alfombrados con juncos frescos. De vez en cuando, un arco triunfal fabricado con enramadas se alzaba en medio del camino y bajo él desfilábamos alegres, los soldados zaragozanos entonando versículos del Corán que hablaban de victorias y paraísos y los castellanos tarareando tonadillas y romances sobre las hazañas del Campeador.

Toda Zaragoza estaba en la calle. Entramos en la ciudad por la puerta de Alquibla y la atravesamos de este a oeste por la calle Mayor para salir por la puerta de Toledo, junto a su cementerio, hasta el llano de la Almozara. Al pie de la colina de la Aljafería se había levantado un estrado de madera cubierto con una tela a rayas azules y amarillas.

La multitud, que había seguido al ejército como los ansarones a su madre, se hacinaba frente al estrado sin cesar de aclamar a su rey y a Rodrigo. Decenas de soldados de la guardia real se afanaban en mantener algo alejada a una muchedumbre que empujaba hacia adelante intentando alcanzar el mejor puesto delante de la tribuna. En primera línea aguardaban los altos funcionarios del Estado, los consejeros de la corte, los cadíes, imanes y alfaquíes y tras ellos otros miembros del séquito real, sabios y ulemas.

Cuando Al-Mutamin apareció sobre la tribuna de la mano de Rodrigo, un clamor ascendió hasta el cielo de Zaragoza y pareció cubrir toda la ciudad como si de un enorme trueno se tratara. Majestuoso, el rey alzó los brazos y señaló a la multitud la figura del Campeador, quien ante las aclamaciones de los zaragozanos se inclinó hacia ellos respetuosamente. Al-Mutamin cogió un estandarte de los del león rampante, lo desmontó de su asta y lo colocó sobre el pecho de Rodrigo.

Y como si de una señal se tratara, toda aquella gente comenzó a gritar ¡*Sid, Sid!*, que en árabe significa «león». Desde entonces, Rodrigo pasó a ser para los zaragozanos «el león», aunque muy pronto muchos de ellos también lo llamaron *sidi*, que quiere decir «señor». Y así fue como su nuevo apodo «el Cid», pasó a los nuevos romances y canciones que con motivo de la victoria de Almenar se compusieron en Zaragoza.

Nos habíamos convertido en héroes, y los zaragozanos nos trataban como a tales. Los caballeros de la mesnada del Cid vivíamos como verdaderos señores; disponíamos de una casa, criados y dinero suficiente como para poder comprar cuanto se nos antojara. Acudíamos a los baños con los musulmanes, vestíamos como ellos, comíamos como ellos y aprendíamos a hablar en árabe. A fines de aquel año de 1082, Rodrigo hablaba árabe como un nativo y en las ceremonias cortesanas vestía una túnica de lino hasta los pies y un turbante.

La corte de al-Mutamin se había convertido en refugio de cuantos sabios andalusíes eran perseguidos por sus opiniones políticas, filosóficas o intelectuales en otros lugares. Allí acudían músicos y poetas sevillanos, médicos valencianos, filósofos y astrónomos toledanos y políticos e historiadores cordobeses. Uno de los más curiosos era un individuo llamado Ibn Ammar. Este personaje había llegado a ser consejero del rey al-Mutamid de Sevilla y gobernador de Murcia, que había logrado conquistar en su

nombre. Convertido en dictador en la ciudad, tuvo que huir de ella y buscar refugio en Zaragoza al sublevarse los soldados a los que hacía semanas que no pagaba.

Llegó a Zaragoza cargado de poemas, en verdad que era un poeta bastante notable, y de loas y alabanzas hacia al-Mutamin. Supo ganarse el favor del rey, pero pronto se dedicó a la bebida y a la vida regalada merced a los ingresos que le proporcionaba una pensión de palacio.

Lo conocí en una taberna que regentaba un mozárabe cerca de la puerta del Huerva. Recuerdo que estábamos bebiendo unas jarras de vino y comiendo unos pastelillos de carne, cuando Ibn Ammar entró ebrio, declamando poemas jocosos en los que se alababa el vino, las mujeres y la comida.

Se acercó a nosotros tambaleándose de mesa en mesa y nos dijo:

—¡Ah!, los caballeros del Cid. Estáis invitados a unas jarras de vino. ¡Posadero, vino para mis amigos cristianos!

Y sin mediar otra palabra, se sentó entre nosotros y nos recitó un largo poema sobre la delicada belleza de las flores en la primavera de la sierra de Córdoba.

El otoño fue muy lluvioso pero discurrió tranquilo; la derrota de Almenar había hecho mucho daño a los aragoneses, pero sobre todo había sido terrible para los barceloneses. Antes de la batalla, los dos hermanos gemelos ya habían tenido serios enfrentamientos a causa de la pretensión de ambos de regir el condado en perjuicio del otro. Hacía un año que habían llegado a un pacto para repartirse el condado, ante el fracaso de un acuerdo anterior por el que cada uno lo regía durante seis meses de manera alternativa, pero ninguno de los dos parecía dispuesto a aceptar el dominio del otro sobre las tierras que le habían tocado en el reparto, y los dos querían para sí la ciudad de Barcelona. La derrota no hizo sino aumentar las disensiones internas en el condado. Los partidarios de Ramón Berenguer difundieron todo tipo de injurias contra el derrotado en Almenar, Berenguer Ramón, acusándolo de ser incapaz de defender los intereses de Barcelona. Y la inquina aumentó entre ambos.

Todavía hoy sigue siendo un misterio, pero pocos son los que dudan que fue el propio Berenguer Ramón quien asesinó a su hermano Ramón Berenguer para quedarse como soberano único con todas las tierras de Barcelona. El asesinato de uno de los dos hermanos por el otro desató una espantosa guerra civil. Algunos magnates de las montañas del norte se negaron a obedecer a Berenguer Ramón y se juramentaron para derrocar al fratricida.

Aquellos problemas en los Estados cristianos fueron para nosotros un verdadero alivio, pues nos permitieron reorganizar nuestras fuerzas, reclutar nuevas tropas y asegurar las fortalezas de la frontera este. A fines de 1082 al-Mutamin era un soberano de gran prestigio, enormemente querido por su pueblo y temido por sus enemigos. Nadie dudaba de que se avecinaban nuevos días de gloria para el reino de Zaragoza.

En el acuerdo que negociamos con Yahya, Rodrigo había insistido en que por ninguna causa se enfrentaría a su señor el rey de Castilla. Por el momento, nada parecía presagiar que don Alfonso estuviera interesado de nuevo en Zaragoza, pues tenía puestos sus ojos en la ciudad de Toledo, pero un inesperado acontecimiento vino a truncar aquellos meses de sosiego.

Calmada la frontera en el este, el peligro sobre el reino de al-Mutamin se cernía ahora en la frontera noroccidental. A fines del año 1082, el rey había encomendado a Rodrigo que se dirigiera a Tudela para desde allí amedrentar a navarros y aragoneses, a quienes se había visto merodear por los alrededores de esa ciudad en grupos armados.

Nos instalamos en Tudela, una ciudad grande y próspera, provista de abundantes talleres y mercados, poco antes de Navidad. Realizamos un par de salidas hacia el norte

para ahuyentar a algunas partidas de jinetes navarros que habían sido avistados por nuestros espías, pero no encontramos a ningún grupo de soldados.

Entre tanto, en la fortaleza de Rueda, a orillas del jalón, al-Muzaffar, que fuera señor de Lérica hasta que lo derrocó su hermano al-Muqtádir, logró convencer al alcaide del castillo para que le entregara el mando. De inmediato envió un correo al rey de Castilla, que se encontraba cerca de la frontera, y éste se dirigió hacia Rueda. Sin duda, don Alfonso quería alentar la rebelión contra al-Mutamin, pues era consciente de que si algún soberano cristiano o musulmán podía hacerle sombra, ése no era otro que el heredero de los Banu Hud.

Don Alfonso ansiaba la revancha contra los musulmanes, pues el verano anterior había sido insultado por el rey al-Mutamid de Sevilla. El soberano sevillano había empalado a un judío que el rey de Castilla había enviado como delegado suyo para recoger las parias de ese año. El rey de Sevilla había alegado, para justificar semejante acción, que el judío lo había ofendido al considerar que el oro que le entregaba era de poca ley. Airado por la acción de al-Mutamid, don Alfonso sitió Sevilla y en pleno asedio le escribió a al-Mutamid recriminándole la acción y pidiéndole con ironía que le permitiera entrar a la sombra de su palacio porque fuera de las murallas de Sevilla hacía mucho sol y le molestaban las moscas. El sevillano, alardeando de sus dotes de poeta, le respondió al dorso de la misma carta que si le molestaba el sol le enviaría cueros de hipopótamos para que se protegiera.

El rey de León no entendió la respuesta de al-Mutamid, pero alguien le explicó que los cueros de hipopótamo, un animal fabuloso que vive en los ríos de África y que puede despachar a un hombre de un solo bocado, hacían alusión al material con que estaban fabricados los escudos de los almorávides, los temidos guerreros norteafricanos cuya intervención en al-Andalus clamaban algunos de los andalusíes como futuros liberadores del yugo cristiano.

Don Alfonso había levantado el cerco de Sevilla sin haber podido vengar la terrible muerte de su delegado, pero no había olvidado allí sus ansias de venganza. El que al-Muzaffar le ofreciera en bandeja el castillo de Rueda era una forma de resarcirse de la afrenta de Sevilla, y aunque al-Muzaffar no era un hombre de fiar, pues lo que pretendía era que don Alfonso lo ayudara a conseguir el trono de Zaragoza, el rey de Castilla aceptó las condiciones y se dirigió hacia Rueda.

El castillo de Rueda es una de las fortalezas más poderosas e inexpugnables del reino de Zaragoza. Está construida sobre unos relieves de yeso cortados a pico en el valle del río Jalón, a unas treinta millas de Zaragoza. Al-Muzaffar había prometido a don Alfonso que si acudía a Rueda le entregaría el castillo y los tesoros allí guardados.

El rey don Alfonso se dirigió hacia Rueda descendiendo por el valle del Ebro; pasó cerca de Tudela, donde nosotros seguíamos acantonados, y, tal como Rodrigo había acordado con al-Mutamin, el Campeador nada hizo para impedir su avance.

Lo acompañaban varios altos magnates del reino, entre ellos el poderoso e influyente conde Gonzalo Salvadórez y el infante Ramiro. Llegaron ante los muros de Rueda el día de la Epifanía de 1083. La fortaleza tenía sus puertas abiertas y desde las almenas varios soldados agitaban banderas y gallardetes en señal de amistad hacia los castellanos. Don Alfonso parecía confiado, pues él mismo encabezaba la comitiva, pero en el último momento decidió colocarse en la retaguardia y encomendó la cabeza de la marcha al conde Gonzalo Salvadórez. En fila de a dos, la columna castellana fue entrando en el patio de armas del castillo de Rueda. Gonzalo Salvadórez presagió algo extraño y miró hacia arriba; el paso por el que los habían invitado a entrar semejaba una verdadera ratonera: estrecho y rodeado por dos altos farallones de yeso, era el lugar propicio para una emboscada. El silencio que se hizo a continuación todavía aumentó

las sospechas del conde, que cuando quiso dar la orden de retirarse vio cómo desde lo alto caían sobre la columna castellana enormes bloques de piedra en medio de una lluvia de flechas. Las puertas se cerraron a sus espaldas, dejando fuera a la mitad de los castellanos, que oían impotentes cómo dentro del castillo eran masacrados sus compañeros aplastados bajo el peso de las piedras que a centenares caían sobre ellos como un alud infernal. Allí murieron muchos grandes magnates de Castilla.

Los que habían quedado afuera, entre ellos el rey don Alfonso, gritaban llamando traidores y asesinos a los soldados apostados en lo alto de las murallas de Rueda, quienes, como respuesta, descargaron sobre ellos una lluvia de flechas y proyectiles de honda. Inermes ante las rocas y sin posibilidad de réplica, los castellanos no tuvieron otra opción que alejarse de allí, mascullando contra aquella traición y maldiciendo su falta de previsión y de cuidado.

En cuanto se enteró de lo que había pasado en Rueda, Rodrigo nos ordenó que nos pusiéramos en marcha al encuentro con don Alfonso. Cabalgamos hacia el sur atravesando páramos y vaguadas, y alcanzamos al rey de León y de Castilla asentado en lo alto de un cerro, unas cuantas millas al oeste de Rueda, en el pedregoso camino que atraviesa la sierra del Moncayo por su vertiente sur hacia las tierras altas de Soria.

El monarca estaba desolado y abatido; su desmedida ambición por ganar la fortaleza de Rueda y asentar allí una guarnición para acosar al rey de Zaragoza había provocado un verdadero desastre. La mitad de los hombres con los que había iniciado la expedición habían muerto en aquella encerrona, y ahora se encontraba aislado en territorio hostil y con pocas fuerzas que oponer a un posible ataque de sus enemigos.

Cuando llegamos ante el rey, Rodrigo descendió de su caballo, se acercó hasta don Alfonso y, rodilla en tierra, cogió la mano real y la colocó sobre su frente.

—Majestad, soy vuestro más fiel vasallo, mi mesnada está a vuestro servicio.

—Hemos sido objeto de una maléfica traición, ¿sabes tú la causa? —preguntó el rey.

—Lo ignoro, majestad. Pero de algo estoy seguro: el rey al-Mutamin nada ha tenido que ver con ella.

—¿Cómo puedes afirmarlo con tanta rotundidad? —inquirió don Alfonso.

—El rey de Zaragoza es un hombre de palabra; jamás ordenaría un acto como ése.

—Parece que lo admiras.

—Estoy a su servicio, majestad.

—Si quisieras..., podrías regresar a Castilla; puedo revocar tu orden de exilio y dejar que vuelvas con tus vasallos junto a tu familia.

—Nada me placería más, pero ahora me debo al rey de Zaragoza. Le he dado mi palabra de permanecer a su servicio por algún tiempo y ese plazo no ha concluido; no dejaré de cumplir la palabra dada.

Capítulo XIII

Regresamos a Zaragoza sin que Rodrigo aceptara la invitación del rey Alfonso. No dijo nada, pero creo que el Campeador desconfiaba del rey; además, ¿quién sería tan necio de cambiar el segundo puesto en la corte de Zaragoza por volver a ser un infanzón relegado en Castilla?

Apenas tuvimos tiempo para otra cosa que preparar nuestras armas y partir hacia el norte. El ambicioso y aguerrido Sancho Ramírez, rey de Aragón, había iniciado una campaña de hostigamiento contra algunas fortalezas de la frontera, como solía hacer casi todos los inicios de primavera. Esos ásperos y montaraces aragoneses, reclusos en sus altas y frías sierras cubiertas de nieve, quedan paralizados en invierno, como si fueran los osos de sus montañas; pero en cuanto aparecen los primeros rayos de sol mediado el mes de marzo y se funden las nieves que cubren sus intrincados valles, calzan sus botas, se calan la celada, ensillan sus caballos y descienden a la tierra llana para asolar las comarcas al pie de los montes Pirineos.

La noticia de la cabalgada del rey de Aragón fue conocida en Zaragoza a finales del invierno, y nos aprestamos a rechazarla. El propio al-Mutamin encabezó el ejército, en esta ocasión peor pertrechado que el que acudió a Almenar. Nos acuartelamos en la inexpugnable fortaleza de Monzón y desde allí intentamos enfrentarnos con los aragoneses, pero esos demonios se movían como rayos entre las ásperas sierras y los tenebrosos desfiladeros y aparecían y desaparecían ante nosotros atacándonos con rápidas cargas y dispersándose de inmediato, sin ofrecer nunca batalla en campo abierto.

Con esa táctica fue como lograron conquistar varios castillos, sobre todo los de Agüero, Graus y Arguedas, e incluso tomaron por unos días la codiciada plaza de Bolea, pero gracias a que concentramos en ella el grueso de nuestras fuerzas, la pudimos recuperar para al-Mutamin.

Un rojizo atardecer, sentados en unos peñascos a la entrada de Bolea, el Campeador me dijo:

—Los musulmanes están perdidos.

—¿Por qué decís eso, señor?

—Lo he visto en sus amedrentados rostros. Combaten sin fe; van a la batalla sin otra esperanza que alcanzar una muerte rápida y poco dolorosa que los conduzca de inmediato a su añorado paraíso. Y en cambio, observa los afilados rostros de los aragoneses. El acerado brillo de sus fieros ojos denota la ambición de quien anhela conseguir algo por lo que está dispuesto a dejar cada palmo de su piel.

—Pero los zaragozanos son más ricos, poseen más castillos y más hombres —alegué.

—Eso poco importa. Fíjate en su estudiada estrategia, avanzan paso a paso, lentamente, asegurando cada conquista, fortificando cada atalaya, otorgando privilegios a los que acuden a la guerra en la frontera. Contempla sus miradas de halcón y verás en ellas el voraz deseo de tierras y riquezas.

—Esa misma ambición también existe entre los zaragozanos.

—No, Diego, no. ¿Has visto a los campesinos en los mercados? Caminan entre los puestos de venta observando cómo son otros los que se enriquecen con el fruto de su trabajo; piensa en los mercaderes, ávidos de oro y lujo a costa de lo que sea. Estoy convencido de que cualquiera de esos ricos comerciantes zaragozanos no dudaría un instante en ponerse de parte del rey de Aragón si les garantizara una ganancia segura.

Nunca había oído al Campeador hablar de semejante manera.

—Pero los hemos vencido en Almenar —le recordé.

—Los vencimos nosotros, que somos como ellos. ¿Qué hubiera sido del ejército hudy si no hubiéramos estado allí? Los aragoneses y los catalanes los hubieran deshecho como el agua a la arena.

—Al-Mutamin es un hombre valeroso, sabrá defender su reino.

—Sí, el rey es un ser extraordinario, jamás he conocido a nadie con un corazón tan valeroso, pero su cabeza está llena de ideales que no son de este mundo. Cree que la bondad de los hombres está por encima de todas sus maldades, e imagina que la mayoría de las gentes son justas y virtuosas. Es un ser fuera de su tiempo, tal vez haya nacido con siglos de adelanto..., o de retraso, ¿quién sabe?

Rodrigo tenía razón, los musulmanes andalusíes no sabían defenderse solos y quizá ni siquiera querían hacerlo por sí mismos; sus reyezuelos estaban demasiado ocupados supervisando la construcción de sus lujosos palacios y de sus fastuosas fincas de recreo, sus acaudalados mercaderes atendían tan sólo al tamaño de su bolsa, sus acomodados soldados habían perdido la moral necesaria para la lucha y sus conformados campesinos bastante tenían con sobrevivir en el duro trabajo día a día sin otro horizonte que ahorrar lo suficiente como para pagar los impuestos que crecían año tras año como las mieses en mayo.

Pese a todo, los andalusíes eran ricos, al menos si su referente eran los pobres cristianos, y todavía quedaba en ellos el brillo de la plata y el oro proporcionados por los frutos de unas huertas feracísimas ganadas al terruño a fuerza de trabajo e ingenio, de una boyante artesanía de maestros en el trabajo del cuero, el lino, la lana, la seda y los metales, e incluso los oropeles del comercio en los atiborrados zocos y bazares. Y gracias a esa riqueza, aunque no les daba la fuerza necesaria para resistir a los cristianos, podían pagar a otros para que los defendieran.

Nosotros, las mesnadas de Rodrigo, luchábamos a su lado por el dinero que nos ofrecían. Yo mismo he visto a caballeros de mi hueste combatir con una cruz de hierro colgada del cuello, codo con codo con musulmanes que cubrían su cabeza con un pañuelo en el que se habían escrito alabanzas a Alá, contra cristianos que enarbolaban en la punta de su lanza un guión con la cruz de Cristo.

Pero existe otra circunstancia que hace imposible la victoria de los andalusíes: su división. Así como los territorios de los reinos cristianos crecen día a día y sus monarcas, aunque en su testamento suelen dividir el reino entre sus hijos, se afanan por recomponer una unidad en un único Estado —cuando escribo estas líneas don Alfonso de Aragón y doña Urraca de Castilla forman un matrimonio cuyo heredero lo será de todas las tierras cristianas—, por el contrario, los reyezuelos musulmanes estaban enfrascados en infinitas guerras intestinas, disputándose entre ellos cada palmo de tierra, cada castillo, cada ciudad, gastando en esos estériles enfrentamientos todas las energías que todavía guardaban de los tiempos gloriosos de los califas cordobeses.

Algunos de estos monarcas eran conscientes de su impotencia y de la imposibilidad de vencer a un enemigo superior en moral, en ambición y sobre todo en coraje. Por eso, algunos de ellos comenzaron a valorar una idea que acabaría siendo su ruina, aunque haya supuesto la unificación territorial de al-Andalus.

En aquellos tiempos de nuestra estancia en Zaragoza, había emergido de la profunda África un movimiento religioso, militar y político que pretendía recuperar los valores originarios del islam. Se llamaban así mismos «almorávides». Son hombres duros, fraguados en el fuego del desierto y en la fe de los que se creen predestinados. Uno de esos almorávides, de nombre Yusuf ibn Tasufín, había logrado crear un enorme imperio que se extendía desde las tierras ignotas del centro de África, donde habitan los

hombres de piel negra y las montañas son de oro puro, hasta las costas del estrecho de Gibraltar.

Viajeros que habían visitado a Ibn Tasufín decían que el emir almorávide estaba dotado de unas cualidades innatas para el mando, que sus disciplinados ejércitos, formados por miles de hombres valerosos y ajenos al miedo a la muerte, eran invencibles, y que sólo en los almorávides radicaba la esperanza para la salvación del disgregado al-Andalus.

Al año siguiente de nuestra salida de Castilla, varios reyezuelos de las taifas del sur habían enviado una carta a Ibn Tasufín insinuándole la posibilidad de que les ayudara ante la agobiante presión de los cristianos. Una copia de esa carta fue remitida a al-Mutamin para que se adhiriera a ella con su firma, pero el rey de Zaragoza despachó al enviado del rey de Badajoz diciéndole que la salvación de los reinos de al-Andalus dependía tan sólo de ellos mismos.

Enterado de que el rey de Aragón estaba hostigando la frontera norte, el rey de Lérida decidió que era una buena oportunidad para resarcirse de la derrota de Almenar y atacó los límites orientales de Zaragoza. De nuevo estaba siendo acosado el reino por varios flancos, y al-Mutamin ordenó a Rodrigo que se dirigiera hacia el este. No nos fue difícil vencer a algunas avanzadillas de al-Mundir, pero fracasamos ante la fortaleza de Morella.

Esa ciudad es la más enriscada que jamás he visto. Se alza en torno a una altísima e inexpugnable roca de paredes cortadas a pico, de tan fácil defensa que una docena de hombres basta para mantener a raya a un millar. Ante semejante fortaleza, vi en los ojos de Rodrigo la impotencia; me miró y dijo:

—Con nuestras fuerzas nada podemos hacer. Sería preciso disponer de un ejército como el de Aníbal cuando atravesó los Alpes para rendir esa ciudad. Observa esos riscos, esas murallas colgadas sobre el abismo de piedra.

—Podríamos rendirla por hambre —observé.

—Para eso deberíamos sitiarla durante meses, e impedir que recibieran suministros, lo que dado el escaso número de nuestros soldados no es posible. Pero podemos emplear sus mismas armas. Buscaremos un lugar de fácil defensa, cerca de aquí, y fortificaremos un castillo desde el que hostigar a Morella permanentemente, tal vez así logremos que acaben desesperándose y entreguen la plaza a al-Mutamin.

Y así lo hicimos. Recorrimos las tierras en torno a Morella y encontramos un lugar llamado Olocau en el que levantamos un castillo en apenas dos meses, y allí dejamos a una guarnición que no cesara de hostigar a Morella. Asolamos varias pequeñas aldeas destruyendo cuanto pudimos y obtuvimos un considerable botín con el que regresamos a Zaragoza, donde al-Mutamin había retomado sus estudios de matemáticas y geometría y estaba escribiendo un libro sobre un teorema que llamaba de los círculos tangentes, que ninguno de nosotros entendía.

—¿Y eso para qué sirve? —le preguntó Rodrigo a al-Mutamin cuando sobre una tablilla le dibujaba con un trocito de yeso las figuras circulares del teorema que había descubierto.

—Tiene muchas aplicaciones: servirá para mejorar la construcción de astrolabios, para calcular con mayor precisión las órbitas de los planetas e incluso para trazar los planos de las nuevas fortalezas.

Rodrigo miraba interesado aquellos extraños dibujos en el torreón del palacio de la Alegría, donde al-Mutamin había mejorado mucho el observatorio astronómico que instalara su padre.

El director del observatorio astronómico, un sabio musulmán llamado Abú Yafar, había obtenido permiso de al-Mutamin para marchar a Toledo y Yahya había sido nombrado de inmediato nuevo director del mismo, compaginando este trabajo con el de jefe de la biblioteca del palacio de la Alegría. Una mañana de principios de otoño me invitó a ver las obras que allí se guardaban. La única biblioteca que hasta entonces yo había conocido era la del monasterio de Cardeña, en cuyo escritorio trabajé en mis años de novicio. En aquella biblioteca del cenobio de San Pedro había unos doscientos códices, la mayoría libros de misa, devocionarios, algunas vidas de santos, alguna que otra Biblia y un par de crónicas sobre la historia de Castilla y de las tierras peninsulares desde los tiempos del diluvio.

Por eso, esperaba encontrarme con una biblioteca parecida, con unas cuantas docenas de libros religiosos, algún que otro tratado de matemáticas y unas cuantas crónicas de la historia del islam, pero lo que allí contemplé me dejó boquiabierto y con los ojos redondos como platos.

En varias filas de estanterías de madera, perfectamente clasificados, se alineaban varios miles de libros. Todos ellos tenían una etiqueta en la que se identificaba su autor, su título y el lugar que le correspondía en las estanterías de la biblioteca. En unos cuadernillos estaban copiados los autores, los títulos y la signatura de cada una de las obras, de manera que con aquel índice podía conocerse en un instante qué libros había y dónde se encontraba cada uno de ellos. Había autores de los que yo nunca había oído hablar y temas que ni siquiera hubiera imaginado que pudieran existir.

Yahya me invitó a consultar la biblioteca cuando yo quisiera, pues yo ya conocía el árabe lo suficiente como para hablarlo y leerlo correctamente. Le dije que tal vez lo haría, pero lo cierto es que me sentí abrumado ante semejante cantidad de libros. Tal vez si hubiera continuado en el escritorio de Cardeña, aquella biblioteca zaragozana hubiera significado para mí un privilegio extraordinario y hubiera pasado allí horas y horas rodeado de tantos libros y de tanta sabiduría, pero ya hacía veinte años que había dejado el cenobio, veinte años tras las huellas de Rodrigo, batalla tras batalla, cabalgada tras cabalgada; no, definitivamente no era un hombre de letras, me había convertido en un soldado, y aunque la historia ha dado soldados que han sido sabios hombres de letras, como el gran Julio César, no era ése mi caso, pues mi espíritu y mi carne estaban más cerca de las armas que de los libros.

A principios del verano, Rodrigo había enviado una carta a don Alfonso solicitándole que permitiera a Jimena y a sus hijos reunirse con él en Zaragoza. El corazón del rey de León se había ablandado con el Campeador debido sin duda al auxilio que le prestó tras el desastre de Rueda, y consintió en esa petición. Hubo que ir a buscarlos hasta Asturias, donde estaban Jimena y sus hijos con sus familiares. Mediado septiembre, la familia de Rodrigo ya estaba junto a él en Zaragoza.

Hacía dos años que no se habían visto, y aunque cada tres o cuatro meses solían enviarse mensajes y ambos sabían que el otro estaba bien, Rodrigo deseaba abrazar a su esposa y a sus hijos.

Jimena estaba pálida y cansada por el largo viaje desde Oviedo; seguía siendo una mujer bella y de porte distinguido, pero algunas finas arrugas comenzaban a dibujarse en el contorno de sus labios. Los niños parecían sanos y plenos de vitalidad y para ellos Zaragoza era un compendio de todas las maravillas; cuando los acompañamos desde el campo de la Almozara, donde fuimos a esperarlos, hasta la casona de Rodrigo, atravesando toda la ciudad, se quedaron boquiabiertos ante los abigarrados puestos de venta, los tonos irisados de las alfombras y tapices, el brillo de las labores metálicas de los orfebres y los vivos colores de las especias. Diego, que acababa de cumplir ocho años, cabalgaba sobre mi mula asido a mi cintura; Cristina, de cinco, lo hacía con

Martín Antolínez, y la pequeña María, de tan sólo tres, era llevada en brazos por Muño Gustioz. Jimena cabalgaba a la grupa del caballo de Rodrigo, y también se mostraba asombrada ante la abundancia de tiendas y mercancías.

La familia del Campeador se instaló en la casona de la huerta de las Santas Masas, que Rodrigo había ordenado decorar con jarrones de flores y tapices. Jimena parecía feliz, pero los niños requerían instrucción y para ello recurrí a Yahya.

—Los hijos de Rodrigo necesitan un preceptor —le dije al consejero de al-Mutamin.

—No os preocupéis, conozco al mejor maestro de Zaragoza; les enseñará gramática y matemáticas.

—Tal vez Rodrigo no desee dejar a sus hijos en manos de un maestro musulmán.

—No os preocupéis por ello, no se hablará de religión en las clases.

—Los niños no saben árabe.

—Tampoco supone ningún problema; el maestro que os refiero sabe latín y romance, pero no estaría de más que también aprendieran árabe.

Rodrigo aceptó esa propuesta, y los niños recibieron desde ese mismo día clases del maestro recomendado por Yahya en una dependencia que habilitamos para ello en la misma casona del Campeador.

El invierno fue largo y frío. Durante varias semanas sopló un inclemente viento del noroeste, tan helador y fuerte que algunas rachas eran tan violentas que llegaban incluso a derribar a un hombre. No teníamos otra alternativa que quedarnos en nuestras casas esperando que amainara el viento y salir al campo de la Almozara a realizar algunos ejercicios ecuestres para no perder el tono de nuestros músculos y evitar que se atrofiaran los de nuestros caballos.

Yahya me visitaba algunos días, bien solo, bien acompañado de alguno de sus sabios amigos, entre los que había un prestigioso médico, un filósofo e incluso un sabio judío que hablaba sobre los corazones de los hombres y de su unión con Dios. Y era curioso, aquellos hombres adoraban a Dios con distintos nombres, con distintas creencias y con distintos rituales, pero todos ellos hablaban siempre de Dios como el mismo ser, una especie de gran espíritu, «el intelecto agente» creo que lo llamaban, al que todo ser humano estaba abocado a unirse al final de sus días.

Yahya solía hablar con frecuencia de astronomía y se extendía en maravillosas descripciones sobre las órbitas de los planetas, la distancia a la que se encontraban las estrellas y la composición de los distintos niveles del universo. Yo no podía hacer otra cosa que escuchar sus parlamentos intentando comprender cuanto de sus labios salía.

Algunas noches, cuando el frío invernal no era demasiado intenso, paseaba envuelto en mi manto de piel de zorro y me acercaba hasta las huertas de las Santas Masas, desde donde contemplaba el cielo estrellado intentando recordar cuantas cosas me había enseñado Yahya sobre las constelaciones y sus estrellas, sus nombres, sus leyendas, y soñaba con volver alguna vez a mis tierras de Ubierna, donde el cielo es si cabe más limpio y más nítido y las estrellas brillan con más fuerza.

Fue aquel invierno cuando conocí a Leonor. Era una muchacha de dieciséis años, hija de uno de los clérigos mozárabes de la iglesia de las Santas Masas, adonde acudíamos todos los domingos a oír misa. Se sentaba en un banco a la derecha del altar, junto a otras jóvenes mozárabes. Me fijé en ella un día al salir del oficio religioso. Vestía como una campesina, con una saya a rayas azules sobre una camisa blanca que ajustaba a su talle con un grueso cordón. Se cubría los hombros con una amplia capa de lana gris y la cabeza con un gorrito que le tapaba hasta la mitad de las orejas.

Me llamó la atención su aspecto tímido y su porte esquivo, tan distinto al de las mujeres con las que los soldados solíamos alternar en las tabernas y en las posadas. Hasta entonces mis encuentros con mujeres se habían limitado a los mismos que la mayoría de los soldados solteros, y aun de los casados lejos del hogar, suele tener. No negaré que sentía un gran placer cada vez que me acostaba con alguna mujer, bien es cierto que unas me lo proporcionaban en mayor medida que otras, y que desde que lo hice con aquella criada en Vivar, el cuerpo de la mujer había dejado de ser para mí algo maléfico y demoníaco como nos habían enseñado a los novicios en el monasterio. Para un soldado, soltero como es mi caso, acostarse con una mujer significaba un verdadero remanso de gozo, unos instantes en los que la tensión de la batalla y la amenaza permanente de la muerte parecían detenerse y diluirse en las carnes tersas y suaves dispuestas al amor y al regocijo.

Tal vez por mis años en el monasterio, tal vez por el recuerdo de mi madre y de sus caricias, tal vez porque la mujer no me parecía ese ser abyecto y despreciable que algunos tratados dibujaban, yo nunca participé en las violaciones que practicaban los soldados de nuestra hueste cuando ocupábamos una aldea o saqueábamos una población. Es cierto que fui testigo de muchas violaciones y que la imagen de una mujer con las ropas desgarradas, tumbada de espaldas sobre el suelo con las piernas abiertas, a veces sujeta por varios hombres mientras uno de ellos la viola me ha perseguido en sueños durante buena parte de mi vida, ¿pero qué podía hacer yo por evitarlo? Aquellos hombres pasaban semanas, meses en ocasiones, vestidos con la cota de malla y la loriga de cuero, comiendo hierbas, raíces y toda clase de alimañas; ¿cómo impedir que tras el asalto de una aldea o de una fortaleza dieran rienda suelta a sus pasiones más bajas y asolaran las casas, se apropiaran de cuanto pudieran acarrear y forzaran a cuantas mujeres se cruzaran en su camino? He visto a hombres cabales enloquecer como posesos y comportarse como verdaderos salvajes tras haber vencido en una batalla después de varias semanas al acecho del enemigo, pasando privaciones sin cuento y sufriendo en sus carnes penalidades que muy pocos seres humanos hubieran sido capaces de soportar.

Sé que Rodrigo tampoco aprobaba ese comportamiento de la mayoría de sus hombres, pero él sabía que en las leyes de la guerra, leyes que no están escritas en ninguna parte y que ningún tribunal ha juzgado jamás, el vencido queda a merced del vencedor y al vencedor le pertenecen todas sus propiedades, incluidas sus propias mujeres.

Tal vez por haber presenciado tantas escenas de mujeres humilladas, la imagen de Leonor me pareció tan frágil como la de un pajarillo caído del nido, incapaz todavía de volar y a merced de cualquier alimaña.

Ya hacía algún tiempo que yo había cumplido los treinta años y era un hombre maduro, endurecido por la guerra y curtido por el sol, el polvo y el viento. Gozaba en Zaragoza de una alta consideración, como todos los capitanes del Campeador, y es probable que aquella muchachita tímida y de aspecto quebradizo hubiera oído hablar de mí y de mis hazañas junto a Rodrigo.

Aquella mañana lucía un tímido sol sobre Zaragoza y las jóvenes mozárabes paseaban tras la misa dominical entre los huertos de albaricoqueros y olivos de las Santas Masas. Me acerqué hasta el grupo donde estaba Leonor y las saludé:

—Buenos días, muchachas.

Algunas se apartaron a un lado atemorizadas por mi aspecto de fiero guerrero de piel curtida y barba y cabellos desordenados, y otras se taparon la cara con la mano sonriendo con falsa timidez.

—Buenos días, caballero —contestaron las más atrevidas.

—Mi nombre es Diego de Ubierna, capitán de la hueste del Campeador. Os he visto pasear y he creído que podría acompañaros; afortunadamente, hoy no sopla ese maldito viento.

—Cierzo, se llama cierzo —dijo Leonor.

—Sí, el cierzo. ¿Cuál es tu nombre? —le pregunté a Leonor acercándome a ella.

El resto de las muchachas, al notar mi interés por Leonor, se alejaron entre risas.

—Leonor; soy hija de Gundemaro, presbítero de la iglesia de las Santas Masas.

Pasamos el resto de la mañana conversando entre las tapias de los huertecillos. Leonor era la única hija de ese clérigo, pues su madre había muerto al nacer ella. Su padre era un influyente personaje entre los mozárabes zaragozanos, y algunos conjeturaban que sería su próximo obispo.

—¿Podré volver a verte? —le pregunté al despedirnos.

—Tal vez.

Volvimos a vernos varios domingos, a la salida de misa, y en mi corazón fue creciendo algo parecido a eso que los poetas musulmanes llaman amor y que es una extraña sensación que enciende el corazón en presencia de la mujer amada y trastoca los sentidos en su ausencia.

El amor había prendido en mi corazón como el fuego en la estopa seca. Aprovechaba cualquier circunstancia para acercarme hasta la casa de Leonor y esperar a que saliera para verla aunque fuera sólo unos instantes. Yo la doblaba en edad, y podría ser su padre, pero los matrimonios de hombres maduros con jovencitas suelen ser frecuentes, por lo que nuestra relación no era mal vista por cuantos la conocían.

Los rumores de que su hija se estaba viendo con uno de los capitanes del Campeador llegaron a oídos del padre de Leonor. El clérigo me abordó un domingo, poco antes de que comenzara la misa, y me dijo:

—Caballero, sé que andáis cortejando a mi hija. Es una muchacha inocente y dulce que ha sido educada para servir a Dios y a su iglesia. Vos sois un soldado, y como tal estaréis versado en amoríos y galanteos. Os ruego que no la mancilléis.

—Perdonad, señor presbítero, pero creo que os equivocáis al juzgarme. Antes de ser soldado profesé como novicio en el convento de San Pedro de Cardeña, y mi vida estaría, como la vuestra, consagrada a Dios si no hubiera sido por don Rodrigo, que me sacó del convento para servirlo. Cortejo a vuestra hija porque desde que la vi mi corazón quedó prendado de ella. Os aseguro que mis intenciones son honestas; jamás le haría el menor daño a Leonor.

—Ella parece disfrutar con vuestra compañía, y yo no voy a prohibirle que lo haga, pero recordad que es una doncella.

Nos seguimos viendo todos los domingos, e incluso algunos otros días en que ambos podíamos dejar a un lado nuestras tareas para pasear por la ribera del Huerva. Juntos descubrimos los primeros brotes de los manzanos a finales del invierno, cuando los días se alargan y el sol comienza a elevarse en el horizonte, el arrullo de las tórtolas sobre los álamos de la ribera, o las parejas de abejarucos tejiendo sus nidos en las ramas más altas.

Hablábamos de todo menos de guerras y conquistas, y hubo un momento en el que soñé que Leonor sería para mí como Jimena para Rodrigo.

Después de haber pasado una tarde con Leonor, regresé a casa poco antes de anoecer. Mis criados habían preparado una sopa de cebolla, huevo y pan y un guiso de carpas con ajo. Mientras cenaba intenté imaginar a Leonor a mi lado, como mi esposa, y me pregunté qué es lo que yo podría ofrecerle. Yo no era sino un soldado de fortuna, un desterrado sin hogar y sin patria, conmigo no tendría otro futuro que la

amarga espera a que un día regresara de una batalla tullido, mutilado o quién sabe si muerto.

Me agradaba la idea de una casa llena de niños correteando a mi alrededor y la de Leonor aguardando mi llegada, y una cama limpia y caliente para compartir con ella.

Mi corazón se debatía entre las sensaciones encontradas de la pasión y la razón; ambas luchaban en mi interior por vencer e imponerse a mi voluntad contrita y entregada al amor.

Capítulo XIV

En cuanto pasó el invierno, cesó el cierzo pero parecieron desatarse todos los truenos. Ibn Ammar, a quien al-Mutamin había concedido la alcaidía de un alejado castillo, acabó aburriéndose y reclamó volver a la corte. Para ello escribió al rey ofreciéndole la conquista del castillo de Segura, una imponente fortaleza desde la que se dominaban las rutas hacia Denia y cuya posesión significaba ganar este reino que había quedado en manos de al-Mundir.

Al-Mutamin envió a Ibn Ammar y a Yahya con un destacamento de un centenar de soldados, pero regresaron apenas transcurridos veinte días de su partida. La guarnición de Segura había atrapado a Ibn Ammar y había demostrado a Yahya que este personaje era un farsante que sólo pretendía su lucro personal y que no dudaría en traicionarlos. Yahya no tuvo otro remedio que regresar a Zaragoza. Más tarde supimos que Ibn Ammar había sido entregado al rey de Sevilla, su antiguo señor, quien lo había ejecutado con sus propias manos.

Ese mismo verano el rey de León y de Castilla comenzó el asedio de Toledo, talando árboles y asolando los campos cercanos. Desde que permaneciera allí exiliado, cuando su hermano don Sancho lo derrotó en Golpejera, don Alfonso había alentado en su corazón poseer esa ciudad. Toledo había sido la capital del reino de los godos, los primeros que gobernaron toda la Península, y don Alfonso, que como rey de León se consideraba sucesor de la herencia de los godos, ansiaba poseer esa ciudad en la creencia de que quien gobernara Toledo no tardaría en gobernar toda la Península.

El plan de Rodrigo para hostigar Morella desde la fortaleza de Olocau se había demostrado muy eficaz. Al-Mundir no podía soportar la existencia de ese castillo en sus posesiones y no dudó en pedir de nuevo ayuda a su aliado el rey de Aragón para realizar una campaña que pusiera fin a la presencia de tropas del Campeador en Olocau, lo que causaba enormes perjuicios a Morella y a toda su comarca.

Los ejércitos leridano y aragonés se concentraron en Balaguer, donde al-Mundir tenía uno de sus palacios, unas pocas millas al norte de Lérida, y descendiendo el curso del Segre aparecieron en el Ebro. Los movimientos de los aliados se comunicaron de inmediato a Zaragoza desde las atalayas de esas comarcas y al-Mutamin ordenó al Cid que, con toda su mesnada y con dos mil hombres del ejército de la taifa, se dirigiera a detener aquella incursión.

Acudimos desde Zaragoza, Ebro abajo, desplazándonos a caballo y en barcas con tal rapidez que alcanzamos a las tropas de Sancho Ramírez y de al-Mundir antes de que éstas pudieran llegar a Morella para liberarla del asedio que manteníamos desde Olocau.

El aguerrido rey de Aragón se sorprendió cuando vio a nuestro ejército frente al suyo, cerrándole el paso en el curso del Matarraña, cerca del Ebro, en el camino hacia Morella. Sancho Ramírez, que había experimentado en carnes propias la contundencia de nuestros golpes, envió un mensajero solicitando dialogar con Rodrigo. El Campeador aceptó y, tras obtener las garantías oportunas, acudió al campamento del rey de Aragón, apostado a este lado del Ebro tras haberlo atravesado por un vado aprovechando el escaso caudal del estiaje. El Cid me pidió que lo acompañara y con nosotros vinieron también Pedro Bermúdez y Martín Antolínez.

El rey de Aragón estaba sentado a la puerta de su tienda en una silla de tijera con dos cabezas de león labradas en los reposabrazos. Debía de tener dos o tres años más que Rodrigo pero parecía más joven. A su derecha ondeaba un enorme pendón con

bandas rojas y amarillas, los colores papales que el pontífice Alejandro II le había entregado en señal de vasallaje cuando Sancho Ramírez viajó hasta Roma para que el papa le ratificara la realeza sobre Aragón y nadie pusiera en duda sus derechos a gobernar el viejo condado con el título de rey; a la izquierda había un gran crucifijo de madera y junto al crucifijo, vestido como un guerrero, una imponente figura que luego supimos que se trataba de Ramón Dalmacio, el influyente obispo de Roda.

Rodrigo se acercó hasta el rey de Aragón, inclinó la cabeza y dijo:

—Majestad, os presento mis respetos.

Sancho Ramírez se levantó, puso las manos en jarras y respondió:

—No sé qué respetos puede presentar a un monarca cristiano un caballero que debe obediencia a la cruz de Cristo pero sirve a un monarca infiel.

—Majestad, cada cual sirve a quien merece.

—Tu actitud es intolerable. Estás acosando a uno de mis aliados, el rey de Lérida; te conmino a que desalojes el castillo de Olocou y abandones de inmediato estas tierras.

—No puedo hacerlo, majestad. Me debo al rey al-Mutamin, a quien como buen caballero profeso lealtad y obediencia por juramento; si hiciera lo que me pedís, sería un felón y un traidor.

—Estás incordiando a mi aliado, el rey de Lérida.

—A quien vos reconocéis como rey, yo lo considero un usurpador que detenta un trono que no le pertenece.

—Te ordeno —profirió Sancho Ramírez— que retires tus tropas de nuestro camino y nos dejes pasar.

Rodrigo cruzó los brazos delante del pecho, alzó la cabeza y con rotundidad e ironía dijo:

—Si mi señor el rey de Aragón desea atravesar en paz estas tierras que yo defiendo, lo acompañaré y le daré cien caballeros para que protejan su camino.

Sancho Ramírez miró fijamente al Cid, apretó los dientes y dio media vuelta introduciéndose en su tienda.

—Creo que esta entrevista ha terminado —intervino el obispo de Roda—. Si no os retiráis, pasaremos por encima de vuestros cadáveres.

Regresamos a nuestra posición y nos aprestamos para la batalla. Rodrigo sabía que don Sancho era un hombre impulsivo y que tenía que responder a la afrenta que se le había causado con contundencia. Una vez más, el Campeador acertó en sus previsiones.

—Diego, ordena a los comandantes de todos los batallones que estén listos para aguantar una carga de los aragoneses. Ese impetuoso rey no perderá un instante. Creo que harán lo mismo que en Graus; allí casi nos vencieron, ahora lo intentarán de nuevo.

Y así fue. El aragonés ordenó a su caballería que atacara en oleadas, cargando en grupos de cincuenta caballeros sobre nuestro frente, donde los esperábamos con las lanzas en ristre. Sancho Ramírez no había trazado ningún plan de combate; era tan osado y valiente, pero tan poco previsor, que basaba toda su estrategia en la contundencia de las cargas de su caballería pesada, integrada por extraordinarios caballeros cubiertos de hierro de la cabeza a los pies. Frente a los ejércitos musulmanes, integrados sobre todo por caballería ligera e infantería, esa táctica le había dado buenos resultados, pero ante nuestra mesnada, formada por un combinado de caballería pesada, jinetes ligeros e infantería acorazada, hacía falta algo más que valor y arrojo para vencer.

Cuando los vimos venir, espoleando sus monturas con las lanzas en ristre, fue fácil adivinar que si nos manteníamos firmes y resistíamos su primer envite, la victoria estaría de nuestro lado. Los aragoneses basaban toda su fuerza en la contundencia del

primer golpe; si tras él, desbarataban las filas enemigas, la victoria se decantaba de su lado, pero si se les aguantaba, sus acorazados jinetes quedaban aislados en medio del enemigo y en ese caso, eran fácil presa para los infantes y para la caballería ligera. Así, nuestra opción al frente de la caballería pesada era aguantar sólidos como rocas su primera carga, romper su frente y esperar a que nuestros jinetes ligeros y nuestros hábiles infantes hicieran el resto.

Por la abertura de mi celada los vi venir como una tromba, cabalgando sobre sus corceles todo lo deprisa que eran capaces de exigirles. Las cabezas de los caballos se balanceaban de arriba abajo, soltando babas amarillas de sus bocas entreabiertas, sus cascos levantaban pedazos de suelo que salpicaban el aire, y aguzadas lanzas apuntaban hacia nosotros como una muralla de picas y acero.

Hacía un calor sofocante y el sudor empapaba nuestros cuerpos cubiertos de cuero y hierro. Conseguimos parar la carga de los aragoneses aunque sufrimos muchas bajas, y de inmediato nuestra caballería ligera envolvió su retaguardia, rompiendo su frente compacto. Su equipo pesado y el desgaste de su primera carga habían hecho perder eficacia a los aragoneses, quienes, fracasada su estrategia y carentes de otra alternativa, demostraban ser menos hábiles en la lucha cuerpo a cuerpo. Las largas y pesadas horas de esgrima que Rodrigo hacía practicar a sus soldados se mostraban ahora muy útiles, y nuestros soldados eran claramente superiores a cualesquiera otros en este arte de la lid.

El rey de Aragón se vio perdido; estaba luchando con bravura en el centro de sus tropas, pero sus generales se dieron cuenta de que la derrota era inminente. Varios caballeros aragoneses rodearon a don Sancho y consiguieron sacarlo de allí; al ver huir a su monarca, todos los demás hicieron lo mismo. Nosotros los perseguimos durante un buen trecho, pues no queríamos que sucediese, aunque al contrario, lo de Graus. El rey de Aragón consiguió alcanzar la ribera del Ebro y, protegido por sus hombres, cruzó por el vado a la otra orilla. Los que se quedaron para proteger la retirada de su rey fueron apresados y envueltos por nuestros soldados, y se rindieron arrojando sus armas al suelo.

Agrupamos a los prisioneros en un claro de la orilla y contamos más de mil; entre ellos había dieciséis altos nobles, algunos eran castellanos exiliados, como el propio Rodrigo, que habían acudido a ganar su pan al servicio del rey de Aragón. Sentado en el suelo, con la cabeza descubierta y empapado en sudor, vi al obispo de Roda; tenía las mangas de su sobreveste teñidas de sangre y miraba al suelo con la vista perdida.

Cuando nos dimos cuenta de la gran cantidad de cautivos que habíamos atrapado, dudamos por un momento qué hacer con ellos. Rodrigo nos llamó a los capitanes para debatir el destino de los prisioneros.

—Son más de mil, no podemos llevarlos a todos a Zaragoza —dijo Rodrigo.

—Propongo liberarlos y que regresen a su tierra —intervine.

—Si los retenemos, obtendremos mucho dinero por su rescate —terció Martín Antolínez.

—De ninguna manera podemos llevar a tanta gente a Zaragoza. ¿Qué hacemos con ellos, cómo los alimentamos, dónde los metemos? —pregunté.

—Diego tiene razón; no cabrían ni amontonándolos en todas las cárceles de la ciudad. Habría que habilitar un espacio para ellos o construir un recinto nuevo. Tenemos un problema que no habíamos previsto —reconoció Rodrigo.

—Hemos obtenido un enorme botín. Creo que es suficiente —intervine.

Y en efecto, habíamos requisado todas las pertenencias del ejército aragonés, y entre ellas contabilizamos decenas de tiendas de campaña con sus equipamientos, varias arcas con monedas de oro y plata, lujosas vestimentas, vajillas, mesas y sillas de madera

labrada, algunos carromatos, millar y medio de caballos y acémilas y miles de armas de todo tipo.

—Llevaremos con nosotros a Zaragoza al obispo de Roda, al mayordomo del rey de Aragón y al señor de Alquézar; los demás quedarán libres previo pago del rescate —sentenció Rodrigo.

Mediante comunicaciones visuales a través de la red de atalayas, Rodrigo ordenó hacer llegar la noticia de nuestra victoria a Zaragoza, y hacia la capital del reino hudí nos dirigimos cargados de riquezas y de victoria. Antes enviamos a la mayoría de los cautivos a sus casas a cambio del dinero que los huidos pudieron reunir con toda celeridad para rescatar a sus compañeros presos.

Cuando llegamos a la villa de Fuentes de Ebro, nos encontramos al rey al-Mutamin, acompañado de sus hijos y algunas esposas, que nos esperaba rodeado de un séquito de altos dignatarios de la corte. Y de nuevo volvió a repetirse la entrada triunfal en Zaragoza que habíamos vivido dos años antes, tras la victoria en Almenar.

Las gentes se apiñaban en las orillas del camino para vernos pasar, gritaban y cantaban festejando nuestro triunfo y alababan las virtudes de al-Mutamin y de Rodrigo. El campo de la Almozara volvió a engalanarse con banderas, palcos y desfiles, y el rey de Zaragoza invitó a todos cuantos quisieron sumarse a él a un gran banquete en el que se asaron dos centenares de corderos y una docena de bueyes, todos ellos ganados en la batalla a los aragoneses.

Tras la victoria frente a don Sancho de Aragón necesitábamos un descanso para reponer las bajas y recuperar las fuerzas perdidas. En Zaragoza nos enteramos de que don Alfonso había establecido un campamento permanente al sur de Toledo, con lo que mostraba que su idea de conquistar esa ciudad era firme. La algarada del verano anterior no había sido una más en busca de botín, sino la preparación para el asalto definitivo a la antigua capital goda.

De regreso a Zaragoza me visitó Yahya. Me dijo que había heredado una casa en la medina, que en las ciudades musulmanas es la zona central de la ciudad, al lado de la mezquita mayor. Me invitó a comer a su nueva casa y acudí con gusto. Era mucho mayor que la del arrabal del sur, y además de jardín disponía de un patio y una bodega.

—Esta casa es magnífica, un verdadero palacio.

—Sí, es espléndida, pero el jardín no tiene el encanto del de mi anterior casa del arrabal —alegó Yahya mientras me ofrecía un pastelillo de una bandeja que acababa de servir su criado.

—Excelente —le dije al saborear el pastel.

—Son de pistacho, avellana y canela, recién comprados en El Hueso Rojo, la mejor repostería de la ciudad. ¿Sabéis ya lo de Toledo? —inquirió de pronto.

—Sí, claro, todo el mundo sabe que don Alfonso está sitiando la ciudad —respondí.

—Lo que no sabéis es que su rey, ese inútil de al-Qádir, ha pactado con don Alfonso la entrega de Toledo a cambio del trono de Valencia.

—No, no sabía...

—Y que el rey de Sevilla ha llamado en ayuda de las taifas a los almorávides.

—¿Los almorávides? Sí, he oído hablar de ellos.

—Son unos fanáticos que creen ser los únicos depositarios de la fe del islam. Han conquistado todo el norte de África y no cesarán hasta que todo al-Andalus sea suyo. El propio rey de Sevilla incluso, el poderoso al-Mutamid, es consciente de que no tardará mucho tiempo en producirse así, pues dicen que se le ha oído comentar que prefiere ser camellero en África que porquero en Castilla.

—Parece que se aproximan tiempos confusos —le dije.

—Así es, amigo mío, así es. Almorávides, castellanos, aragoneses..., nuestro reino está cercado por todas partes. ¡Quién sabe qué sucederá!

—Vos sois astrónomo, deberíais saberlo.

—Vos lo habéis dicho, soy astrónomo. Si queréis puedo deciros cuándo será el próximo eclipse, pero no creo en la adivinación del porvenir a través de los astros.

—Pues vuestro rey parece tener mucha fe en ello.

—Es una cuestión de apariencia, sólo de apariencia. Entre los musulmanes hispanos la astrología es una afición, casi una necesidad. No hay aristócrata que no consulte a un astrólogo para fijar la fecha más propicia para la boda de un hijo, o mercader que no pregunte sobre cuál es el día más señalado para iniciar un viaje o establecer un negocio. El rey sabe de las aficiones de sus súbditos y las practica como un divertimento, pero creedme, al-Mutamín confía más en la capacidad de los hombres que en los designios de los astros.

El criado de Yahya entró en el comedor donde nos encontrábamos con una bandeja de almojábanas recién fritas que dejó encima de la mesa.

—Lo siento, es otra de nuestras aficiones —dijo Yahya al ver mi mueca de resignación ante las omnipresentes almojábanas.

Alcé los hombros en un gesto de consentimiento, tomé una almojábana y me la llevé a la boca.

—En verdad, es un bocado delicioso, si no fuera tan recurrente.

—Sí, tenéis razón, en ocasiones todo lo que abunda cansa. ¿Habéis visto a Leonor? —me espetó de pronto.

—¡Eh!, ¿cómo sabéis...?

—Una de mis obligaciones es saber todo, o casi todo, sobre nuestros amigos y aliados.

—¿Tenéis un espía en cada esquina?

—No, por supuesto que no, pero muy pocas cosas suceden en la ciudad sin que nos enteremos en la corte. La información es vital para mantener un reino, no lo olvidéis.

Al domingo siguiente acudí a misa a la iglesia de las Santas Masas. Ardía en deseos de volver a ver a Leonor, aunque tenía la sensación de que en cada recodo de cada calle del arrabal se había escondido un espía que observaba fijamente todos mis pasos.

Entré en la iglesia y me senté en el lugar acostumbrado. Miré hacia donde se colocaba Leonor, pero no la vi. Observé a mi alrededor mientras el clérigo celebraba la eucaristía, pero no había rastro de la muchacha por ninguna parte. A la salida de misa me dirigí hacia una de las amigas que solía acompañarla y le pregunté por ella.

—Se ha ido con su padre al norte, a las montañas de Aragón —me respondió.

—¿Dónde?, ¿por cuánto tiempo? —inquirí.

—No sé nada más, aunque creo que no van a volver; han vendido la casa de la mozarabía y unas fincas que poseían junto al río Gállego.

Recordé entonces la pregunta de Yahya sobre Leonor y comprendí que el consejero real sabía algo de este asunto. No lo dudé un momento y me dirigí hacia su casa. Su criado me dijo que estaba en el palacio de la Alegría, en el observatorio astronómico. Yo sabía que tenía muy pocas posibilidades de acceder al interior del palacio, pero pese a todo me dirigí hacia allí; era tal mi ansiedad por tener noticias de Leonor que no pude esperar siquiera a que Yahya regresara a su casa.

Crucé toda la ciudad por la calle Mayor y atravesé el cementerio de la puerta de Toledo. Una suave brisa del recién iniciado otoño batía los parterres de flores y

arrayanes y mecía las ramas de los álamos pobladas de hojas que comenzaban a caer cubriendo el suelo de una alfombra amarillenta.

Salí del segundo recinto amurallado, el de tapial y adobes, y crucé la amplia vaguada que separa la ciudad del palacio. En la puerta hacían guardia cuatro fornidos soldados equipados con cascos cónicos, lorigas de acero y enormes cimitarras.

—¿Qué deseáis? —me preguntó uno de ellos.

—Busco al consejero real Yahya ibn Yahya, me han dicho que está en la torre del observatorio.

—¿Y quién pregunta por él?

—Soy Diego de Ubierna, lugarteniente de don Rodrigo Díaz, el Cid.

Al oír el nombre del Cid el soldado me pidió que aguardara un instante. Poco después salió el sargento de la guardia.

—Me ha dicho uno de mis hombres que buscáis al consejero real Yahya ibn Yahya.

—Así es. Estoy invitado por él para consultar la biblioteca. Llámalo y lo comprobarás tú mismo.

—Está ocupado en el observatorio; ha ordenado que no se le moleste.

—¿No querrás perder tu puesto, verdad? Si me marchó de aquí sin ver al consejero le diré que tú has impedido mi entrada y que no le has avisado de mi visita. Te veo limpiando cuadras hasta que se cumpla la hora de tu licencia.

—Aguardad aquí.

El sargento desapareció, pero regresó poco después.

—Acompañadme.

Lo seguí al interior del palacio por un patio y después por un tortuoso pasillo hasta llegar al pie de la torre del observatorio, un enorme torreón en el flanco norte, el único de planta rectangular de todo el recinto murado. Subimos unas estrechas escaleras hasta una estancia abovedada donde estaba Yahya con uno de sus ayudantes.

—Don Diego, ¡qué honor!, pasad, pasad.

—Vos los sabíais, maldita sea, lo sabíais —le espeté.

—¿Qué es lo que yo tenía que saber? —me preguntó con cierto aire de falsa ingenuidad.

—Que Leonor se había marchado al norte, a las tierras de Aragón.

—Mirad, amigo... —me dijo pasando su mano por mi hombro.

—No me llaméis amigo.

—Yo sí os considero como tal. El padre de Leonor ha sido requerido por el abad de San Juan de la Peña, uno de los cenobios más importantes del reino de Aragón. Está en las montañas de Jaca. Creo que se trata de resolver ciertos asuntos relacionados con la disputa entre el rito de la liturgia mozárabe y la romana.

—Necesito verla.

—Eso es imposible. San Juan de la Peña está lejos, al menos a cuatro días de viaje, y en territorio hostil.

—No me importa. Viajaré con identidad falsa; seré un caballero castellano peregrino.

—Y si alguien os reconoce... Nobles y soldados aragoneses os han visto pelear al lado de Rodrigo contra ellos en Almenar, en Morella y en el Ebro. Si os descubren quedaréis preso para siempre, o tal vez os ejecuten. No vayáis, es peligroso.

—Necesito ver a Leonor.

—La olvidaréis pronto; creéis que estáis enamorado, pero el amor es otra cosa.

—¿Qué sabréis vos del amor!

—Tengo amigos que han escrito libros enteros sobre él. Os recomiendo especialmente uno de un poeta cordobés llamado Ibn Hamz, se titula *El collar de la paloma*, y lo tenéis a vuestra disposición en nuestra biblioteca.

—Ese Ibn Hamz será otro amargado tan solitario como vos.

—Sois injusto.

En aquellos momentos no me di cuenta de que mi actitud hacia Yahya no la merecía mi amigo, pero, como leí más tarde en el libro de Ibn Hamz, hay momentos en los que el enamorado está tan ciego que no ve lo que apenas está a un palmo por delante de sus narices.

Estaba obsesionado con Leonor y me fui en busca de Rodrigo. El Campeador comía en su finca del arrabal de las Santas Masas con Pedro Bermúdez y Martín Antolínez.

—Diego, ¿dónde te has metido esta mañana? —me preguntó al verme aparecer en el umbral del patio.

—He estado en el palacio de la Alegría, en el observatorio, con Yahya. Quiero pedir os una autorización.

—Bien, dime.

—Deseo ir a las montañas de Jaca, al reino de Aragón, a un monasterio dedicado a San Juan, que llaman de la Peña.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué se te ha perdido allí?

—Quiero encontrar a una persona...

—Olvídate de eso, no volverías vivo.

—Os debo lealtad como mi señor que sois, pero vos me debéis auxilio y ayuda.

—Y también te debo consejo, y, como tu señor, te aconsejo que no vayas.

—¿Vos iríais en busca de vuestra esposa?

—Al fin del mundo si fuera necesario, pero no siempre he podido estar con ella; ahora vivimos los dos juntos aquí, en Zaragoza, pero hemos estado separados mucho tiempo. A veces no podemos hacer lo que queremos.

—Dejadme ir —insistí.

—Esa persona ha de ser muy importante para ti.

—Lo es.

Rodrigo miró a Martín Antolínez. El burgalés parecía muy divertido con todo aquello.

—De acuerdo, vete a Jaca pero regresa sano y salvo. Te acompañarán dos hombres.

—No, prefiero ir solo. No quiero que nadie se arriesgue por mí.

Rodrigo se acercó, me dio un abrazo y me dijo:

—Creo que he hecho de ti un buen soldado.

Yahya también me aconsejó que no viajara. El invierno estaba próximo y las montañas de Jaca eran las más frías de toda la Península.

—Dicen que a veces caen tales nevadas que en una sola noche cubren la altura de un caballo —me advirtió Yahya.

—Tendré cuidado.

—Sois un cabezota, terco como una mula, pero valiente. Que Dios os acompañe.

Antes de partir hacia Jaca, Yahya me proporcionó un pergamino en el que de su propia mano había dibujado un mapa con el itinerario a seguir entre Zaragoza y la capital montañesa del rey de Aragón, cerca de la cual estaba el cenobio de San Juan.

El camino hacia las montañas de Jaca ascendía por el curso del río Gállego, siguiendo una antigua calzada romana que en numerosos tramos todavía se conservaba en buen estado. La primera noche la pasé en una aldea llamada Gurrea y la siguiente a unas

pocas millas de Ayerbe, una poderosa fortaleza encaramada en lo alto de un cerro desde el que se oteaba buena parte de la frontera norte y que desde hacía un año estaba en poder del rey de Aragón.

Retomé el curso del Gállego y a lomos de mi caballo lo seguí por la calzada hasta que el valle comenzó a estrecharse en un desfiladero a cuyos lados se elevaban grandes cipos de piedra, como mudos gigantes que guardaran el paso hacia el reino de Aragón. En algunas crestas casi inaccesibles se alzaban algunas atalayas que los aragoneses habían ido construyendo a lo largo de los siglos en busca de su dorado sueño de clavar algún día sus enseñas sobre las murallas de Zaragoza.

Yo me sabía observado desde lo alto de aquellas alturas, pero nadie me interrumpió el paso; un jinete solitario no despertaba sospechas.

El desfiladero se fue estrechando hasta que desembocó en un amplio valle en el que confluían varios caminos. Saqué de mi bolsa el mapa de Yahya, crucé el Gállego por un puente de piedra y tomé el primer barranco a la izquierda. El camino se fue haciendo cada vez más áspero, pedregoso y empinado hasta que desapareció entre matorrales espinosos. La noche se estaba echando encima y decidí dormir al abrigo de unas rocas. Encendí un pequeño fuego, me calenté unas tajadas de carne salada y me cubrí con mi manta de viaje. El viento soplaba entre los árboles y de vez en cuando se oía a lo lejos el aullido de un lobo solitario.

Tardé algún tiempo en conciliar el sueño, y cuando lo hice caí en un profundo sopor del que me despertaron unos ruidos procedentes de unos matorrales cercanos. En un primer momento creí que se trataba de un lobo, pero entre las sombras de la noche y el reflejo de la luna observé las figuras de dos hombres que se deslizaban silenciosos hacia mí. Con todo el sigilo que pude así la empuñadura de mi espada, jamás volví a dejarla lejos de mí desde el día en que Rodrigo me enseñara una buena lección cazando jabalíes en los montes de Ubierna, y tensé mis músculos presto a defenderme.

De reojo vi que uno de los hombres empuñaba un cuchillo y, antes de que se acercaran más, me incorporé todo lo rápido que pude y me puse delante de ellos con la espada en la mano derecha y la manta en la izquierda.

Los dos hombres parecieron desconcertados, y, aunque era de noche, pude ver sus rostros envueltos en sombras gracias a la luz de la luna. Me hicieron frente empuñando sendos cuchillos, pero enseguida me di cuenta de que no sabían manejar un arma. No me costó trabajo desarmarlos y tenderlos en el suelo bocabajo, con las manos en la espalda.

Uno de ellos, el que parecía más joven, no cesaba de lloriquear y me rogaba en una jerga casi ininteligible que no lo matara. El otro permanecía en silencio, pero por cómo temblaba supe que estaba muerto de miedo.

En un romance cargado con los rudos giros de la gente de las montañas, me dijeron que eran campesinos hambrientos que sólo buscaban algún pedazo de comida que echarse a la boca, pues en su aldea había hambruna y sobrevivían con lo que robaban a los viajeros que se arriesgan a transitar por aquellos desiertos parajes.

Por la torpe forma en que se habían movido y por cómo habían manejado sus cuchillos, que no eran sino sendas gruesas hojas de hierro enmangadas con un pedazo de madera, estimé que no eran bandidos profesionales, como los que suelen merodear por los caminos de las fronteras o en los pasos de las montañas y que saben utilizar sus armas como los soldados, o todavía con mayor habilidad.

—Poneos en pie —les dije—. ¿Cómo se llama vuestra aldea?

—Somos de Ena; está a tres millas de aquí, en la sierra de San Juan.

—¿Conocéis el monasterio de San Juan de la Peña? —les pregunté.

—Claro, caballero, todos los que vivimos en esta sierra lo conocemos; su abad es nuestro señor.

—Si me lleváis hasta el monasterio os daré cuatro monedas de plata a cada uno, pero nada de trucos o acabaré con vosotros dos —los amenacé blandiendo mi espada ante sus rostros.

—Os llevaremos allí, caballero. Con ese dinero podrán comer nuestras familias durante dos meses.

—Entonces, vamos.

Era todavía noche cerrada, pero nos pusimos en marcha siguiendo senderos ocultos entre el bosque. Caminamos entre castaños y rebollos por sendas tan estrechas que apenas cabía mi caballo, y al fin, poco después de amanecer, alcanzamos un llano colgado en lo alto de la sierra. Allí nos detuvimos para descansar un rato. Saqué un buen pedazo de queso y una libra de pan de mi alforja y comencé a comer. Aquellos dos hombres me miraban como si el queso y el pan fueran los manjares más exquisitos que hubieran visto en su vida. A la vista de sus ojos, que reflejaban un hambre de siglos, les alargué a cada uno un buen pedazo de pan, un trozo de queso y una tajada de carne seca que devoraron con avidez, como si aquella fuera a ser la última comida que hicieran en su vida.

—Y bien, ¿dónde está ese monasterio?

—Delante de vos, caballero.

Miré al frente y sólo vi el llano y mucho más lejos unas enormes montañas de cumbres nevadas en las que hacía ya tiempo que se reflejaba el sol.

—¿Estás de broma? Si me habéis engañado os juro...

—No, caballero, no os enojéis; el monasterio está ahí delante, pero oculto bajo la peña, en una enorme cueva.

Cruzamos el llano y de pronto nos encontramos con un precipicio cortado entre enormes rocas tajadas a pico como si fuera la obra de un gigante. Descendimos por un estrecho y peligroso camino y al fin contemplé el monasterio.

—Ya os lo dijimos, caballero, ahí lo tenéis.

Y en efecto, bajo una ciclópea roca, oculto en una enorme cueva que lo cubría como el ala de un pájaro a su polluelo, estaba el monasterio de San Juan. La iglesia sobresalía de la cueva hacia el vacío, y a su derecha, colgada de las rocas como nido de águila, se abría una terraza en la que se veía trabajar a unos canteros.

—Habéis cumplido —les dije a mis improvisados guías—. Tomad.

Les alargué cinco monedas a cada uno. No sé si aquellos hombres sabían contar y si se dieron cuenta de que les había dado una moneda de más de las prometidas, o si el tacto de la plata en las palmas de sus manos les despertó una sonrisa olvidada mucho tiempo atrás, pero los rostros de los dos campesinos se iluminaron de semejante felicidad que en aquel momento creí que no habría hombres más dichosos en todo el mundo.

Los despedí aconsejándoles que practicasen con el cuchillo antes de intentar un nuevo asalto a un hombre armado y me dirigí a la puerta del monasterio.

Llamé varias veces con el pomo de mi espada hasta que me abrió un monje anciano, de unos sesenta años. Al verme con la espada en una mano y las riendas de mi caballo en la otra debió de comprender que yo era un caballero, pues enseguida me trató como a tal.

—¿Qué buscáis en esta casa de Dios? —me preguntó.

—Su paz esté contigo, monje. Soy Diego de Ubierna, caballero de Castilla, y voy buscando al presbítero Gundemaro y a su hija Leonor. En Zaragoza me dijeron que se habían dirigido a este monasterio.

El anciano monje me miró y me dijo:

—Aguardad un instante. Avisaré al abad.

Poco después regresó con un fámulo y me invitó a pasar.

—Dejad el caballo, cuidaremos de él.

El fámulo se alejó con el caballo y yo seguí al anciano al interior del monasterio. El abad estaba sentado en un modesto banco de madera, en un pasillo por el que se accedía a la iglesia en obras y a la terraza donde trabajaban los canteros. El monje me lo señaló con la mano y anunció:

—Señor abad, éste es el caballero castellano.

Y dando media vuelta se volvió por donde habíamos venido.

—Sed bienvenido a la casa de Dios —me dijo el abad—. El monje portero me ha dicho que buscáis al presbítero Gundemaro.

—Así es —asentí.

—¿Y cuál es el motivo de vuestro interés por él?

—Debo darle en persona un importante mensaje.

—En verdad que debe de serlo, si habéis venido hasta aquí desde Zaragoza.

—¿Está en este cenobio? —inquirí.

—Lo estuvo. Pero se marchó hace una semana.

—¿Iba con él su hija?

El abad comprendió entonces que mi interés por Gundemaro radicaba exclusivamente en la muchacha.

—¡Ah!, esos clérigos mozárabes siguen viviendo como los laicos. Todavía no han comprendido que la dedicación a la Iglesia y a Cristo requiere de una vida entregada en exclusiva a ellos. Sí, iba con él.

—¿Podrías decirme dónde han ido?

—No sé que os mueve a seguir a ese hombre y a su hija, pero lo intuyo. Han ido a Roma.

—¡Roma! ¡Dios Santo! —exclamé.

—Pero antes tenían que pasar por Jaca, tal vez los encontréis todavía allí.

—¿Cuál es el camino más corto para llegar a Jaca?

—Descended por el camino hacia Santa Cruz hasta que lleguéis al río Aragón. Una vez allí, seguid su curso aguas arriba. Si os apresuráis y no tenéis ningún contratiempo, esta misma noche dormiréis en Jaca.

—Os lo agradezco. Tomad, para las obras del monasterio.

Le ofrecí al abad diez monedas de plata que cogió y guardó en su mano.

Mientras descendía por los riscos, las nubes se fueron cerniendo sobre las cumbres y el vientecillo del norte arreció con fuerza. Cuando llegué al pie de la sierra de San Juan, al monasterio de Santa Cruz, llovía con fuerza. Encontré cobijo en aquel cenobio regido por mujeres y me calenté con una sopa de pan y cebolla y un pedazo de tocino frito. Estuvo lloviendo hasta el comienzo de la tarde, tiempo suficiente para que mis mojadadas ropas se secaran ante una bien alimentada chimenea.

Aunque las monjas me aconsejaron que pasara allí la noche, pues ya era mediada la tarde y hasta Jaca todavía faltaba un buen trecho de camino, decidí ganar todo el tiempo posible y me puse en marcha hacia la capital del pequeño reino de Aragón. El sol declinaba en el horizonte cuando llegué al valle del río que da nombre al reino y seguí su curso aguas arriba, con el sol ocultándose a mi espalda, por un amplio camino, el mejor de cuantos había encontrado desde que dejé la vía romana del Gállego.

Vi las torres de Jaca recortarse en la penumbra de las últimas luces del día, en lo alto de un cerro donde el río Aragón traza una amplia curva y cambia su dirección hacia el

oeste. Ascendí la ladera y llegué ante una de las puertas de la ciudad. El portalón de madera reforzada con láminas de hierro ya estaba cerrado, pero no obstante llamé a voces y un guardia se asomó en lo alto del torreón que la flanqueaba.

—¿Quién eres?

—Un caballero cristiano que busca cobijo. Abre esta maldita puerta.

—No se puede entrar en la ciudad una vez que el merino ha ordenado cerrar las puertas.

—Tal vez cinco monedas de plata sean suficientes para que pases por alto esa orden —le contesté.

Durante unos instantes se hizo el silencio, pero al cabo de un rato oí cómo se descorría el cerrojo y se entreabría uno de los dos batientes. El soldado alargó la mano y yo le entregué las cinco monedas.

—¿Dónde puedo hospedarme?

—A estas horas es difícil.

—¿Es así más fácil?

Le alargué otra moneda. El guardia la cogió y la puso en una bolsa con las demás.

—Id por esta calle adelante hasta que encontréis la catedral, detrás de ella veréis una casa con un portalón con un arco de piedra labrada; sobre ella hay un cartel que reza Posada del Peregrino; imagino que sabréis leer —el soldado había cambiado su forma de dirigirse hacia mí en cuanto le ofrecí el dinero.

Asentí con la cabeza.

—Bien —prosiguió—, llamad a esa puerta y cuando os pregunten decid que os envía Pedro de Acumuer. Allí os darán cena y posada.

—¿Conoces al presbítero Gundemaro? —le pregunté.

—No, jamás he oído hablar de ese hombre.

—Viaja acompañado de una hija, de nombre Leonor.

—No, no recuerdo haberlos visto por aquí.

—Tal vez una moneda te haga recordar.

Pedro de Acumuer rechazó la moneda y dijo:

—Ya os he dicho que no recuerdo a nadie de ese nombre; no puedo cobraros por un servicio que no he hecho y que no puedo hacer.

—No importa, toma la moneda, si sabes algo de ese hombre o de su hija, házmelo saber. Considera esta moneda un pago adelantado.

—¿Por quién he de preguntar?

—Por Diego, don Diego de Ubierna.

Desde que salí de Zaragoza no había dormido en una cama de paja limpia, y aunque la Posada del Peregrino no era precisamente el palacio de la Alegría, dormí de un tirón hasta bien despuntada el alba.

Desayuné en la misma posada un pedazo de pan, mantequilla, tajadas de tocino y cerveza caliente, y salí en busca de Leonor. No sabía adónde dirigirme, pero, instintivamente, lo hice hacia la catedral, junto a la cual había una pequeña plaza donde se celebraba un concurrido mercado. Había medio centenar al menos de puestos de venta, entre los que abundaban los de los zapateros, que luego supe que eran muy numerosos porque los peregrinos que cruzaban los Pirineos camino de Compostela recalaban en Jaca para recuperar las fuerzas tras la dura travesía de las montañas y para reponer su calzado maltrecho de transitar por aquellos pedregosos senderos.

Atravesé la plazuela del mercado entre los comerciantes que voceaban las excelencias de sus mercancías y entré en la catedral, que estaba construyéndose todavía. La cabecera parecía recién acabada, pues en el interior del ábside unos pintores se

afanaban en dibujar una escena, que identifiqué con la expulsión de Adán y Eva del jardín del Edén, sobre un paramento recién estucado con cal.

Me acerqué a un clérigo que parecía ser el supervisor de los trabajos y le pregunté por Gundemaro. Me respondió que no sabía nada, que me dirigiera al hospital de peregrinos pues tal vez allí pudieran informarme.

Pregunté en el hospital y tampoco supieron darme noticias de Leonor y de su padre.

Regresé a la posada tras toda una mañana de idas y venidas en busca de dos fantasmas y pedí que me sirvieran la comida: unas gachas de harina de trigo aderezada con manteca de cerdo y un guisado de conejo con caracoles y cebollas.

Estaba acabando de comer cuando se acercó un hombre al que no reconocí hasta que me dijo su nombre y oí su voz.

—Don Diego, sé dónde han ido Gundemaro y su hija.

Era Pedro de Acumuer, el guardián nocturno de la puerta de Jaca.

—¿Dónde están? —pregunté dejando a un lado el guiso de conejo.

—Hace cuatro días que salieron hacia el norte por el paso del Sumo Puerto; ya deben de estar muy lejos.

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho uno de los sayones. Partieron con una caravana de peregrinos provenzales que regresaban de Compostela. Ha sido la última en salir antes de que los pasos sean impracticables por las nieves del invierno.

—¿Hay alguien que me pueda guiar a través de esos puertos?

—Hace dos días que nieva en lo alto de las cumbres; el paso del Sumo Puerto estará cubierto de nieve. Nadie se atrevería a cruzarlo en estas condiciones.

—Búscame a alguien que sea capaz de hacerlo.

—Os costará algún dinero; es muy arriesgado.

—No importa, encuéntrame a alguien que me lleve al otro lado de esos malditos montes.

Pedro de Acumuer regresó a media tarde con un fornido montañés de unos treinta años de edad; vestía una camisola de lino grueso y sobre ella un chaleco hecho con la piel de una oveja, unas calzas de lana negra y unos zapatos de suela de cáñamo sobre unas medias de lana tupida.

—Éste es el mejor guía de las montañas de Jaca. Si él no logra pasaros al otro lado, no lo hará nadie.

Enseguida alcanzamos un acuerdo para el pago de sus servicios, yo no estaba dispuesto a perder tiempo en regateos, y a la mañana siguiente, poco antes de amanecer, nos pusimos en marcha hacia el Sumo Puerto. El guía me había dicho que seguramente no podríamos pasar, pues a esas alturas del otoño, con el invierno en ciernes, solía quedar bloqueado el paso de montaña a causa de las grandes nieves, que ese año se habían adelantado un par de semanas. Subimos hasta la aldea de Canfranc, una nueva localidad que estaba creciendo con el paso de los peregrinos, a lomos de dos mulas. Por aquellas montañas era preferible viajar sobre estos animales, que él me proporcionó, que sobre mi caballo, al que dejé en el establo de la Posada del Peregrino.

Desde Canfranc, el camino se fue empinando y la capa de nieve se hizo cada vez más gruesa. Dormimos en una hospedería levantada en la ladera de un monte, al abrigo de unas rocas con las enormes montañas nevadas al fondo, dedicada a Santa Cristina, donde el rey de Aragón estaba construyendo un gran hospital, con iglesia y albergue para los viajeros a Compostela.

Durante la noche no cesó de nevar, el viento ululaba sobre las crestas rocosas y su sonido se confundía con el aullido de los lobos, que se oía tan cercano que tuvimos que

apresurarnos en plena nevisca a sacar las mulas del establo y colocarlas en nuestra estancia para evitar que fueran atacadas por aquellas alimañas mientras dormíamos.

A la mañana siguiente el guía me dijo que era imposible seguir avanzando. Los cuatro monjes que se habían quedado al cuidado del hospital ratificaron la opinión del guía, pero yo me empeñé en continuar adelante a pesar de sus consejos. Sólo pudimos caminar un centenar de pasos; me clavaba en la nieve hasta los muslos y tenía que hacer un doble esfuerzo para arrastrar a las mulas, que se negaban a dar un paso más.

Con el viento azotando nuestros rostros y cubiertos de copos de nieve, el guía me dijo:

—Vos mismo lo habéis comprobado: es inútil seguir, moriríamos en el intento. Dejadlo, señor, dejadlo.

Tenía razón; en esas condiciones apenas hubiéramos podido caminar trescientos o cuatrocientos pasos en un día, lo que hubiera supuesto nuestra muerte. Me rendí y accedí a regresar a la hospedería de Santa Cristina. Allí estuvimos dos días aguardando a que mejorara el tiempo, pero fue en vano, a una nevada sucedía otra mayor y así hora tras hora. El guía me sugirió que regresáramos a Jaca antes de que incluso ese tramo del camino quedara también cortado.

Asentí. Derrotados por las montañas y la nieve, agotados por el frío y el viento, bajamos a Jaca. No sería posible atravesar los Pirineos hasta que no mejorara el tiempo, y a la altura del año en que estábamos, con el invierno recrudeciéndose día a día, deberíamos esperar semanas, tal vez meses para poder cruzarlos.

Resignado a mi suerte, opté por regresar a Zaragoza. Había perdido a Leonor y con ella la esperanza de hallar el amor que jamás tuve. Sentía el alma vacía y el corazón roto, y ese inexplicable dolor parecía proceder de un acerado cuchillo con el que me estuvieran cortando las entrañas desde dentro.

Rodrigo se alegró al verme regresar, pero se lamentó por mi aspecto.

—¡Santo Dios! Pareces el espectro de ti mismo —dijo—. Necesitas reponer fuerzas y levantar el ánimo. Vamos come y bebe, después hablaremos.

Y en efecto, comí, bebí y charlé con Rodrigo; y pasé aquellas Navidades en Zaragoza rodeado de gentes felices: Rodrigo era feliz porque, tras el rey al-Mutamin, se había convertido en el personaje más poderoso del reino, gozaba de la presencia de su mujer y de sus hijos y había conseguido riquezas y honores para sus vasallos; Jimena era feliz porque estaba junto a su marido y lo veía al frente de una poderosa mesnada, querido y admirado por sus hombres y aclamado y ensalzado por los zaragozanos; nuestros hombres eran dichosos porque nadaban en la abundancia, comían exquisitos manjares y habitaban en casas decoradas con deliciosas filigranas de yeso y perfumadas con jardines y arrayanes; y los zaragozanos estaban contentos porque los gobernaba un rey sabio y justo y los defendía un caballero esforzado e invencible.

Entre tanta felicidad, sólo yo me mostraba triste y abatido, desconsolado por el recuerdo de Leonor, a la que en sueños veía alejarse entre montañas nevadas, con una sonrisa en los labios y agitando su mano entre una niebla que caía sobre ella como un velo de gasa mecido por el viento.

Al-Mutamin también era feliz; le preocupaba gobernar con justicia y lograr que Zaragoza mantuviera su integridad frente a los castellanos, los aragoneses, los leridanos y los catalanes. El asedio de Toledo por don Alfonso y la noticia de que al-Qádir estaba dispuesto a entregar la corona de ese reino, a cambio de ser entronizado en Valencia con la ayuda de los castellanos, obligó al rey a reaccionar y movió sus piezas con inteligencia. Para estrechar lazos con los valencianos acordó el matrimonio del príncipe Ahmad, su heredero, con la hija de Abú Bakr, el soberano de Valencia, y presentó este

enlace ante los reyes de al-Andalus como un primer paso para lograr la concordia entre todas las taifas musulmanas.

La boda del príncipe Ahmad de Zaragoza y la princesa de Valencia constituyó un verdadero acontecimiento político. Al-Mutamin convirtió la ceremonia en el mayor encuentro de monarcas de la larga historia de al-Andalus, y para darle un mayor relieve decidió que la boda se celebraría el último día del mes de ramadán (cuando los musulmanes rompen el ayuno del mes sagrado y se lanzan a una fiesta de regocijo por el fin del período de abstinencia) del año 477 del calendario musulmán, enero del 1085 de Nuestro Señor Jesucristo.

Ibn Hasday, el noble y eficaz visir, fue el encargado de organizar la ceremonia y de establecer los contactos diplomáticos para que asistieran a la misma los grandes soberanos andalusíes. Y entre ellos, Rodrigo ocupó un lugar de honor al lado del rey.

Nunca jamás habíamos visto correr la comida y la bebida con la abundancia que lo hizo en la boda del príncipe de Zaragoza. Se sirvieron los pescados y las carnes más sabrosos, las salsas más deliciosas, las frutas más delicadas y los pasteles más dulces y durante el banquete cantaron los mejores cantantes y bailaron las más cimbreadas bailarinas, pero sobre todo la ceremonia fue un acontecimiento que aprovecharon los reyezuelos de las taifas para debatir qué hacer ante la presión a que los tenía sometidos don Alfonso de León y de Castilla. En Zaragoza estuvieron el orgulloso al-Mutamid de Sevilla, el taimado al-Mutawákkil de Badajoz y el recatado Abdalá de Granada, todos ellos envueltos en el nuevo clima propiciado por al-Mutamin con cuya intercesión incluso se logró, poco antes de la boda, que Sevilla y Granada firmaran la paz que puso fin a una guerra que durante varios años las había ensangrentado.

Al-Mutamin engrandeció aquellos festejos con dos actos magníficos: inauguró un prodigioso reloj de agua, de ésos que los antiguos llamaban clepsidra, que Yahya construyó merced a unos planos que le enviaron de Toledo, con lo que asombró a los sabios llegados de todos los rincones de al-Andalus, y organizó un espectacular desfile militar en el que formábamos juntos cristianos y musulmanes; en el desfile fue el Cid quien portó la oriflama real con el león rampante de los Banu Hud.

—Al-Mutamin es un astro extraño en esta constelación de reyezuelos engreídos —me confesó Rodrigo al acabar la ceremonia de la boda, que se prolongó durante toda la noche pese al húmedo frío del invierno zaragozano.

—Es un gran rey —asentí.

—De todos ellos, es el único digno de ostentar ese título. Los demás son ufanos pasmarotes cargados de oro y sedas, incapaces de defender sus reinos por sí mismos. Si don Alfonso quisiera, si...

El Campeador se detuvo, miró al cielo estrellado y se despidió de mí camino de su casona en el arrabal de las Santas Masas; montaba su palafrén tostado y a su lado, sobre una mula blanca, cabalgaba Jimena.

Rodrigo estuvo enfermo casi toda la primavera. Desde que sufriera aquellas fiebres que le impidieron acudir junto al rey a una de las campañas contra Toledo, su salud no era demasiado buena. Alternaba períodos de una extraordinaria vitalidad, en los que nadie era capaz de superarlo en resistencia, fuerza y rapidez de movimientos, con otros en los que le aquejaban fuertes dolores de cabeza seguidos de alta fiebre y espasmos musculares.

En esas ocasiones Jimena permanecía a su lado, sin moverse un solo momento de la cabecera de su cama, enjugándole el sudor de la frente y del cuello y frotándole el cuerpo con agua con sales y perfumada con áloe y limón. Ibn Buklaris, el médico

personal de al-Mutamin, lo visitaba con frecuencia y le aplicaba emplastes de mejorana y menta en el pecho y en los brazos, y le suministraba un jarabe de miel y tomillo.

En una de las visitas que diariamente yo hacía a Rodrigo, me acompañó Yahya. Por el camino, el consejero real, que no perdía ocasión para intentar convencerme de que volviera a los escritorios y a los libros, como había hecho en mi primera juventud en el monasterio de Cardeña, me confesó que había tenido una larga discusión con al-Mutamin sobre los movimientos de los astros. Yahya sostenía que es la Tierra la que gira alrededor del Sol, pese a que es evidente que la Tierra es el astro que está fijo en el centro del universo.

Yo le dije que para los cristianos eso era una herejía, pues en la Biblia está bien claro que es el Sol el que gira a nuestro alrededor, y ningún cristiano duda de que en la Biblia está la verdadera palabra de Dios. No obstante, cuando Yahya acabó de contarme su teoría me quedé pensativo y, tras reflexionar sobre sus palabras, llegué a dudar sobre mis creencias y eso me sumió en una cierta turbación en la que permanecí varios días.

Mediada la primavera conocimos inquietantes noticias de Toledo; el rey Alfonso había regresado para dirigir el cerco en persona tras haber pasado el invierno despachando asuntos del reino en la ciudad de León. El soberano de León y de Castilla tenía cuarenta y cinco años y tras su matrimonio sin descendencia con Inés de Aquitania, su relación con su concubina Jimena Muñoz, de la que habían nacido dos hijas, y su matrimonio con Constanza de Borgoña, de la que había tenido a la infanta Urraca, seguía sin engendrar un descendiente varón que diera continuidad al trono. En León y en Castilla se decía que Urraca sería la primera mujer en ser coronada como reina soberana, y aunque algunos mantenían que una mujer no podía sostener sobre sus espaldas la pesada carga de un trono, otros muchos alegaban que la reina Toda, que lo fue de Pamplona hacía cien años, fue capaz de gobernar su reino con más energía y aplomo que hasta entonces lo hiciera varón alguno.

Cada semana los correos de al-Mutamin iban y venían hasta la frontera con el reino de Toledo, en las altas tierras de las cordilleras de la Celtiberia, demandando información sobre la tenaza con la que el rey de Castilla tenía apresada a su capital; parecía inevitable su caída y los musulmanes estaban convencidos de que la conquista cristiana de Toledo supondría el principio del fin de su dominio en la Península, pero, pese a ello, nadie en al-Andalus se mostró dispuesto a mover un solo dedo para impedirlo.

Y así, ocurrió lo inevitable.

Un caluroso mediodía del mes de mayo navegábamos en una de las barcas del rey deleitándonos con el rumor de la corriente del Ebro. Saboreábamos algunos de los deliciosos pescados que los criados habían atrapado en las redes y que asaban en un hornillo que portábamos a bordo. Uno de los caballeros de nuestra mesnada nos hizo señales desde la orilla agitando un estandarte. A gritos nos pidió que nos acercáramos, y así lo hicimos alertados por los aspavientos que el jinete nos hacía.

Rodrigo, ya recuperado de sus fiebres, se acercó a la borda y preguntó al jinete:

—¿A qué viene tanta prisa, qué ocurre?

—Toledo... —jadeó el caballero—, don Alfonso acaba de rendir Toledo.

Capítulo XV

La conquista de Toledo por el rey Alfonso extendió el terror por los reinos de taifas. Rodrigo estaba recuperado de su enfermedad, pero su semblante se turbó al enterarse de la caída de Toledo.

—Esta nueva situación nos acarreará muchas dificultades —me dijo.

—¿Creéis que don Alfonso atacará Zaragoza? —le pregunté.

—Por supuesto. Su estrategia consiste en ir ahogando uno a uno a todos los reinos musulmanes. Está jugando una gran partida de ajedrez y quiere eliminar peones y figuras, uno a uno, hasta acabarla con el jaque final. Después de Toledo vendrá Zaragoza, luego Valencia, y por fin Badajoz, Sevilla y Granada. Quiere dominar toda la Península y no cejará en su empeño hasta lograrlo.

—Y en caso de que ataque Zaragoza, ¿qué haremos?

Rodrigo se acercó a una mesa, cogió un vaso de vino y me sirvió otro.

—Nuestro pacto con al-Mutamin nos obliga a defender Zaragoza de cualquier ataque... salvo si procede de Castilla.

—Habremos de retirarnos, pues.

—No lo sé. Cuando llegue ese momento, que no tardará, ya decidiré.

Un criado nos anunció que Yahya esperaba ser recibido por Rodrigo. El consejero real entró en la estancia y nos miró desorientado.

—Perdonad, caballeros, ¿he interrumpido alguna reunión importante?

—No, Yahya, no, estábamos hablando de la toma de Toledo —le respondió Rodrigo.

—De eso precisamente venía a hablaros. Su majestad me ha ordenado elaborar un informe sobre nuestras fuerzas. Quiere saber cuántos hombres hay disponibles, cuántos podrían quedar en la reserva, cómo se encuentran nuestras fortalezas y castillos, el estado de los muros de la ciudad, el número y calidad de las armas que poseemos..., todas esas cosas. Está convencido de que don Alfonso no se detendrá en Toledo.

—Tal vez estime que su reino es ya lo bastante grande como para colmar su ambición —observé.

—Vamos, don Diego, vos sabéis que ningún rey considera a su reino lo suficientemente grande como para no desear nuevas tierras que añadir a su Corona.

—Si pagáis las parias no tenéis nada que temer —añadió Rodrigo.

—Voy a confesaros un secreto: en la reunión que celebraron los reyes de las taifas aquí en Zaragoza con motivo de la boda del hijo de su majestad al-Mutamin, hubo dos propuestas: la primera consistió en negarse a pagar las parias a don Alfonso, en lo que todos se mostraron de acuerdo; y la segunda... en cesar a Rodrigo Díaz como general del ejército hudí.

—¡Cómo! —se extrañó el Campeador.

—¡Ah!, no os preocupéis, su majestad al-Mutamin se negó en redondo siquiera a debatir tal posibilidad. Os defendió con toda su fuerza y les dijo a esos empavesados reyezuelos que jamás renunciaría ni a vuestros servicios ni a vuestra amistad —aclaró Yahya.

Toledo se rindió el día 6 de mayo, pero don Alfonso no entró en la ciudad hasta diecinueve días después, una vez se cumplieron las condiciones previstas en el tratado de capitulación. Entronizado en Toledo, el rey de León y de Castilla se sentía el

soberano que al fin había logrado recuperar la vieja capital de los godos, desde donde se gobernó la Hispania cristiana antes de que los musulmanes la conquistaran.

Pocos días después murió Abú Bakr, el reyezuelo de la taifa de Valencia, a quien sucedió su hijo Utmán. Don Alfonso tenía las manos libres para actuar sobre Valencia, donde, según el acuerdo secreto que había pactado con al-Qádir, debería entronizarlo a cambio de haberle entregado sin lucha Toledo.

Para don Alfonso, el único problema era al-Mutamin... y Rodrigo. El rey de Castilla no estaba seguro de que haría el Campeador en caso de que decidiera atacar Zaragoza. Y es que, en aquellos días, las mesnadas de Rodrigo éramos ya un ejército formidable; los pocos centenares que lo acompañamos al exilio en el año 1081 nos habíamos convertido en varios miles de soldados bien entrenados, veteranos en varias batallas, fieles a nuestro señor hasta la muerte y fortalecidos en nuestra moral de combate por las victorias a las que nos había conducido siempre el Cid.

La fama, la riqueza y la suerte nos sonreían, y cada día eran más los caballeros y soldados de fortuna que acudían a Zaragoza para ponerse a las órdenes del Campeador. Después de cinco años haciéndolo, nuestra oficina de reclutamiento funcionaba de manera extraordinaria. No había nadie en la Península, ni el mismísimo rey de León y de Castilla, capaz de realizar una leva de tropas con la rapidez con que podíamos hacerlo nosotros, ni de organizar una mesnada con tanta celeridad. Nuestra preparación y disponibilidad para el combate eran tales que en apenas tres días estábamos en condiciones de salir en campaña con dos mil hombres perfectamente armados, equipados y entrenados.

Como ya hiciera con sus propiedades en Vivar, yo me había encargado de organizar las finanzas de Rodrigo de tal modo que siempre hubiera una reserva importante de dinero para hacer frente a pagos inmediatos o para pagar a las tropas sin necesidad de recurrir a prestamistas judíos.

Pero nosotros sólo éramos un puñado de hombres exiliados que se ganaban el pan prestando sus armas al servicio del señor que las pagase. Y en aquellos días había otros muchos como nosotros, la mayoría hijos segundones de nobles venidos a menos que no habían recibido otra herencia que un ilustre apellido y tal vez una vieja coraza, hombres desesperados, condenados a vivir con una mano en la espada y la otra en las riendas del caballo, combate tras combate, aguardando en cada batalla un destino incierto, pidiéndole a la Providencia tan sólo un día más de regalo para seguir viviendo.

Éramos una raza de hombres de un tiempo a la vez esplendoroso y oscuro. Las damas y los niños nos contemplaban atónitos cuando desfilábamos ante ellos con nuestras relucientes espadas, nuestros bruñidos cascos de combate calados, nuestras cotas de malla, nuestras sobrevestes multicolores y nuestras lanzas enristradas; admiraban asombrados cómo cabalgábamos a lomos de nuestros corceles de guerra, cual centauros prestos a protagonizar venturosas hazañas que más tarde cantarían los juglares y narrarían los cronistas en sus anales. Tal vez muchos de aquellos asombrados niños, cuando contemplaban nuestras demostraciones ecuestres, soñarían con ser como nosotros algún día, y regresar victoriosos tras haber vencido en un combate, con los enemigos derrotados atados por las muñecas a las sillas de sus caballos.

Parecíamos héroes de leyenda, pero sólo éramos hombres de carne y hueso, con la piel cosida a cicatrices y el alma partida en mil pedazos, producto de las heridas recibidas en el combate y en el corazón. Teníamos que parecer guerreros despiadados sin otro sentimiento que el de la victoria, pero todos soñábamos con una casa de paredes de piedra y cubierta de tejas a la vera de un río de aguas cristalinas, y con cálidos atardeceres en los que el olor de la tierra mojada por la lluvia se mezclara en el aire con el del perfume a lavanda y espliego de una hermosa mujer, con el del pan caliente recién

salido de la tahona y con el sonido de las voces de unos niños correteando por un prado de hierba fresca.

Ésos eran nuestros sueños tras librar batallas en las que los alaridos de los hombres tajados por el filo de las espadas, los horribles lamentos de los mutilados y el nauseabundo olor a sangre corrompida, a orina y a heces de los cadáveres y de los heridos se sucedían combate tras combate en una vorágine de horrores a la que nunca logré acostumbrarme.

Nos debatíamos entre la fidelidad natural a un señor (unos al rey de León y de Castilla, otros al de Aragón y de Pamplona, otros al conde de Barcelona) y la libertad de ofrecer nuestros servicios militares a quien mejor los pagara. Luchábamos para ganar el pan, pero también lo hacíamos por el honor de la victoria, la fama y la honra de nuestro linaje. No teníamos arraigo a otra cosa que no fuera nuestra propia vida, pero la arriesgábamos en cada combate como si no tuviera más valor que un celemín de trigo; no creíamos sino en nuestras propias fuerzas, pero rezábamos a Dios rogándole que nos concediera la suya en la batalla; confiábamos nuestra suerte a nuestra habilidad y a nuestro empuje, pero reclamábamos del destino fortuna y un azar propicio; no pensábamos sino en el día a día, pero añorábamos un futuro lleno de venturas y paz.

Entre batalla y batalla, sobre todo después de cada una de ellas, nos creíamos inmortales.

Mientras los demás reyes de taifas se lamentaban por la pérdida de Toledo, sin que ni uno de ellos hubiera movido un solo dedo por evitarlo, al-Mutamin se esforzaba en el campo de la Almozara en aprender el manejo de la lanza y la espada, preparándose para el momento en el que don Alfonso cayera sobre Zaragoza como el halcón sobre la paloma. El valeroso monarca hudí compaginaba la escritura de sus libros de matemáticas con la práctica de los ejercicios militares. Rodrigo acudía al campo de maniobras oculto en una litera; se le habían reproducido sus periódicos ataques de fiebre y extrañamente le había vuelto a supurar una vieja herida, nunca bien curada, que recibiera en la batalla contra el rey de Aragón. Apenas podía mover la pierna derecha y se ocultaba para evitar que su postración desmoralizara a los soldados, que lo consideraban invencible.

En ausencia del Cid, era el propio al-Mutamin quien arengaba a las tropas, el primero en encabezar una simulada carga de caballería, el primero en llegar al campo de entrenamiento y el último en abandonarlo cuando las últimas luces del día eran derrotadas por las primeras sombras de la noche.

Al-Mutamin escribió a todos los reyes musulmanes de al-Andalus solicitándoles su colaboración para enfrentarse unidos a la amenaza que para su supervivencia constituía el rey leonés; pero, aunque todos le contestaron con hermosas y bienintencionadas palabras, ninguno se mostró dispuesto a dar el primer paso frente a don Alfonso.

Los musulmanes temían a los cristianos, pero más fuerte que ese miedo era la envidia que se tenían unos a otros. Al-Mutamin era el más grande, el más valeroso y el mejor soberano de todos ellos, y si no hubiera anidado el egoísmo en sus corazones, hubieran corrido a ofrecerse como fieles súbditos y a ponerse a sus órdenes para que fuera el monarca zaragozano quien los dirigiera contra don Alfonso. Pero eran cobardes y mezquinos, y sólo aspiraban a seguir viviendo una vida regalada en sus lujosos palacios, entre paredes y arcos decorados con yeserías policromadas, rodeados de jardines de aromáticos arrayanes y de serrallos con las más hermosas mujeres de todas las razas posibles.

Incapaces de luchar ellos mismos para defender lo suyo, los taifas buscaron en otro lugar quien los defendiera. No siempre se puede disponer de un Rodrigo Díaz para sostener un reino, y aunque los taifas no tenían el menor inconveniente en pagar mercenarios cristianos para defenderlos de otros cristianos, de otros musulmanes o de todos los demonios si fuera preciso, al-Mutamid de Sevilla, el que gobernaba el reino más rico y poderoso, estimó que estarían mejor defendidos por otros musulmanes y volvió a insistir en que la esperanza en la supervivencia de al-Andalus estaba en los almorávides, que proseguían victoriosos avanzando por el norte de África.

Al-Mutamin sabía que cuando don Alfonso atacara Zaragoza, el corazón de Rodrigo se dividiría entre su amistad para con él y su fidelidad para con su señor natural, el rey de León y de Castilla. El rey de Zaragoza amaba al Campeador; por encima de la admiración que le tenía como guerrero, estaba incluso el afecto que sentía como amigo. En tiempos difíciles, cuando el reino de Zaragoza se encontró rodeado de poderosos rivales que ambicionaban conquistarlo, con un rey anciano y delirante y una situación de guerra civil entre los príncipes herederos, fue el Campeador quien sostuvo la independencia de Zaragoza, quien venció a sus enemigos y quien logró convertir a los acomodados soldados hufes en una milicia disciplinada y eficaz.

Veinticinco años después, todavía recuerdo aquel nefasto día de otoño con amargura.

Aquella misma tarde Yahya se había acercado hasta el campo de la Almozara, de vuelta a casa tras su trabajo en la biblioteca y en el observatorio del palacio de la Alegría, para invitarme a cenar:

—Mi criado ha preparado un guisado de cordero bien aderezado con las más refinadas especias y un pastel de almendras. Me gustaría saborearlo con vos —me dijo.

—Lo lamento, pero esta noche ceno con Rodrigo; hemos encargado un asado de cordero al estilo de Castilla. Venid vos a cenar con nosotros.

—¿Celebráis algo especial?

—Rodrigo quiere agasajar a sus hombres con un banquete. Hace tiempo que no lo hacemos, ya conocéis su delicado estado de salud a causa de las fiebres y de esa herida mal curada, y ahora que se encuentra mejor ha decidido que es hora de compartir un buen asado con sus fieles.

—En ese caso es mejor que estéis solos, tal vez la próxima semana —lamentó Yahya.

—Sí, la próxima semana —asentí.

Habíamos estado toda esa mañana ejercitando el tiro con arco y experimentando con esa nueva arma diabólica que llaman ballesta en el campo de la Almozara. Al-Mutamin se había empleado a fondo, como siempre hacía, aunque en un intenso ejercicio de esgrima, en el que yo era su oponente, lo vi desfallecer por un instante.

—¿Os encontráis mal, majestad? —le pregunté.

—No, don Diego, no es nada, sólo un pequeño mareo —me dijo—. Esta noche apenas he dormido: he estado corrigiendo el último libro de geometría que he escrito y se me ha echado encima el amanecer sin que me diera cuenta. Tal vez me he quedado frío, y ahora...

Al-Mutamin se tambaleó a los lados y tuve que sujetarlo para evitar que cayera al suelo. Pedí ayuda y acudieron dos caballeros que practicaban junto a nosotros.

—Llévemole a palacio y avisad a Ibn Buklaris —le dije—. Su médico sabrá qué hacer.

En cuanto dejamos al rey en el palacio de la Alegría corrí en busca de Rodrigo. El Campeador, ya muy recuperado de sus fiebres, estaba en el patio de su finca del arrabal

de las Santas Masas jugando con su hijo Diego. El muchachito había cumplido diez años y en su mano sujetaba una espada que su padre había encargado fabricar a medida a un orfebre zaragozano. El hijo del Cid se iniciaba en el manejo de las armas y lanzaba estocadas al aire siguiendo los consejos del Campeador.

—Rodrigo —lo interrumpí.

—¡Diego! Has acabado pronto el entrenamiento. La cena es más tarde.

—El rey ha sufrido un desfallecimiento mientras practicábamos con la espada.

—¿Es grave?

—No lo sé, pero no me ha gustado nada la expresión de su rostro. Lo hemos llevado a palacio y hemos avisado al *hakim* de la corte.

—Ibn Buklaris es el mejor médico que conozco, lo curará. Cogeré mi capa; acompáñame a palacio.

Salimos de la casona de Rodrigo ante las protestas de su hijo, que quería continuar el juego con su padre, y cabalgamos al galope hasta el palacio de la Alegría.

Los soldados de la puerta nos franquearon el paso y guardaron nuestros caballos.

—¿Dónde está el rey? —inquirió Rodrigo al jefe de la guardia.

—En sus aposentos privados, con su médico personal.

—Llévame hasta él.

—No podéis entrar ahí —asentó el jefe de la guardia.

Rodrigo se volvió y miró con furia al soldado, que bajó los ojos incapaz de mantener la mirada del Campeador.

—He dicho que me lleves ante el rey.

El jefe de la guardia nos condujo a través del patio del salón del trono hasta los aposentos privados que mandara construir al-Muqtádir dentro de la vieja alcazaba para conmemorar su victoria en Barbastro.

Al-Mutamin agonizaba. Junto a él estaban el visir Ibn Hasday y el *hakim* Ibn Buklaris.

—¡Don Rodrigo! —se sorprendió Ibn Hasday.

—¿Cómo se encuentra?

—Tiene una hemorragia interna y fuerte fiebre; el corazón apenas le late —dijo el médico.

El Cid se arrodilló ante el lecho del rey.

—¿Podéis oírme? —le preguntó—. Soy yo, majestad, Rodrigo.

Al-Mutamin hizo un esfuerzo angustioso para levantar ligeramente y doblar la cabeza.

—Ro... dri... go —balbució el rey.

—Sanaréis, majestad, sanaréis.

Vi como el rey extendía su mano hasta coger la del Campeador y cómo su frente y sus labios estaban perlados por gotitas de sudor.

Esa misma madrugada, poco antes de que el alba despuntara en el horizonte, se apagó la vida de Abú Amir ibn Hud al-Mutamin. Fue un asceta en la mayoría de las cosas mundanas, a pesar de vivir en uno de los palacios más lujosos que pueda imaginarse. Recuerdo un día que nos mostró sus tesoros y nos dijo: «No sé qué hacer con ellos; la vida es muy breve y cuando muera no me llevaré a la tumba otra cosa que mi mortaja».

Su reinado había durado poco más de tres años, pero fueron probablemente los tres años más gloriosos del reino de Zaragoza. Yahya, que llegó a palacio poco después de nosotros, acompañado por su amigo el filósofo judío Ibn Paquda, redactó el epitafio del rey. Todavía lo recuerdo, rezaba así: «El rey al-Mutamin ya goza de los bienes del

paraíso. Sólo disfrutamos tres primaveras de la dicha de su reinado, pero él ha hecho florecer muchas primaveras en los corazones de quienes lo conocimos.»

El visir Ibn Hasday se apresuró para que de inmediato el príncipe Ahmad, el hijo primogénito de al-Mutamin, fuera proclamado rey y jurado como tal por los cadíes, alfaquíes, gobernadores de las provincias, alcaldes de los castillos y generales del ejército. En cuanto subió al trono tomó el nombre de al-Mustain billah, que en árabe quiere decir «el que se encomienda a Dios».

Rodrigo juró lealtad al hijo del que fuera su señor y su amigo, y ratificó con él el acuerdo que había pactado con su padre cuatro años atrás.

—El nuevo rey no tiene la energía de su abuelo, ni la sabiduría y el sentido de la justicia de su padre, pero creo que puede ser un buen rey —me confesó Yahya varios días después de la muerte de al-Mutamin.

Estábamos en su casa saboreando el guiso de cordero con especias y el pastel de almendras, además de un excelente vino dulce aromatizado con cardamomo y jengibre. Yahya había insistido en celebrar esa cena a la que me había invitado el día en que falleció al-Mutamin.

—Será difícil que pueda emular a su padre —dije.

—Jamás habrá otro rey como él —aseguró Yahya.

—Lo apreciabais mucho, ¿verdad?

—Sí, lo quería. Es uno de esos hombres de los que sólo nacen dos o tres en cada siglo. Tenía un sentido de la justicia, del honor y de la libertad como nunca he visto en persona alguna. Al-Mustain ha sido mi pupilo, lo conozco bien, pero aunque se esfuerza por parecerse a su padre, no tiene sus virtudes; nadie tiene las virtudes de al-Mutamin.

Yahya estaba realmente muy afectado, en cierto modo creo que la muerte de al-Mutamin lo afectó de la misma manera que a mí la muerte de Rodrigo años después.

Las primeras decisiones de al-Mustain como rey de Zaragoza fueron atrevidas pero muy peligrosas. Escribió una carta al rey de León y de Castilla negándose a pagarle las parias que éste le reclamó por su ascensión al trono, y pronunció una declaración, que mandó remitir en circulares a todos sus gobernadores y a los reyes de las taifas, en la que reclamaba para sí los derechos a la Corona de Valencia.

Unos pensaron que era un insensato que estaba jugando con fuego y otros que era un valiente soberano digno sucesor de su padre, pero todos estaban convencidos de que don Alfonso no dejaría sin respuesta el reto que le había lanzado el hijo de al-Mutamin. Y los hombres de la hueste del Cid contuvimos la respiración aguardando a ver qué haría el Campeador si don Alfonso decidía atacar Zaragoza.

Don Alfonso había apostado con fuerza y ya se proclamaba «emperador de toda Hispania». Soñaba con una Península unida bajo una sola corona, la suya, que fuera el germen de un gran imperio cristiano, tal vez capaz de emular al imperio romano cristiano de Teodosio o al de Carlomagno. Para ratificar su dominio y su afán de soberanía, acuñó en Toledo moneda de plata al estilo musulmán, los dirhemes, con su efigie, y luego hizo lo mismo con denarios al estilo franco; y para dotar a sus mercados de suficiente moneda, cada vez más necesaria ante el incremento del comercio en las ciudades, fundó cecas en Lugo, Santiago, Toledo y León.

Ya se había rodeado de todos los símbolos de poder imperial, sólo le faltaba construir el imperio, y en medio de ese camino se encontraba Zaragoza.

Don Alfonso trataba de favorecer a la Iglesia castellana para buscar en ella una aliada con la que contar a la hora de ganarse al pueblo de Castilla, todavía reticente con el rey de León, al que en algunos círculos se le seguía considerando culpable e instigador de la muerte de su hermano en Zamora.

A principios del año 1086 concedió grandes rentas y privilegios a la iglesia catedral de Santa María de Burgos, cuyo joven obispado se había convertido en uno de los más importantes del reino, y se enemistó con el obispo de Compostela, un clérigo sólo interesado en el enriquecimiento de su catedral y de su diócesis a costa de las donaciones de los peregrinos que acudían a visitar la tumba del apóstol Santiago.

Cumpliendo su promesa de entregar a al-Qádir Valencia a cambio de la rendición de Toledo, don Alfonso organizó una mesnada, a cuyo mando colocó a Álvar Fáñez, pariente del Campeador, que nos había dejado tras la traición de Rueda y había vuelto a Castilla. Don Alfonso se adelantó a los planes de al-Mustain para conquistar la capital de Levante y los castellanos se dirigieron a Valencia escoltando a al-Qádir.

El destronado soberano de Toledo envió por delante a Ibn al-Faray, uno de sus más fieles consejeros y que hasta entonces había sido el alcaide del castillo de Cuenca, a fin de que explorase el ánimo de los valencianos ante la recepción a su nuevo monarca.

Ibn Faray se presentó en Valencia acompañado por Álvar Fáñez y una poderosa escolta, en tanto al-Qádir esperaba en Requena; el joven rey Utmán no puso ninguna resistencia y entregó su corona al toledano, que pese a la reticencia de los valencianos tomó posesión de la ciudad y de su reino a fines de marzo. Al-Qádir, asegurada su entrada en Valencia protegido por las tropas de Álvar Fáñez, se instaló en el alcázar con todo su amplio séquito de mujeres y eunucos.

Al-Qádir significa en árabe «el potente», pero este monarca derrocado de Toledo, al que don Alfonso regaló Valencia como premio por haber traicionado a sus súbditos, tenía una imagen de impotencia física y moral como no he visto en ningún otro gobernante. Durante toda su vida no fue sino un juguete en manos de otros, bien del rey de León, bien de sus mujeres y de sus eunucos, nunca defendió otra cosa que su egoísmo y su propio beneficio y fue el soberano más despreciado por sus súbditos que jamás he conocido.

Álvar Fáñez Se quedó al frente de su mesnada, la única manera de garantizar el gobierno de al-Qádir, y previo pago de seiscientos dinares mensuales que aportaban los valencianos, lo que todavía los indignó más con su nuevo monarca.

El propio Álvar Fáñez recibió heredades en Valencia por su servicio y estableció su cuartel general en el gran arrabal de Ruzafa.

Zaragoza volvía a estar rodeada de enemigos y al-Mustain pidió al Campeador que elaborara un plan para la defensa.

El Cid ordenó derribar cuantos edificios se encontraban fuera del recinto exterior de tierra y adobe que encerraba la medina y los arrabales y reforzar los lienzos que estaban más deteriorados. La muralla de piedra de la medina se reconstruyó con piedras de viejos edificios romanos en ruinas que fueron completamente desmantelados, y se excavó una trinchera aumentando la anchura y la profundidad de los fosos. Fueron reforzados asimismo los castillos que constituían el cinturón defensivo de Zaragoza y las fortalezas y atalayas de los alrededores.

En la ciudad fueron movilizados todos los varones de entre dieciséis y cuarenta años y se organizaron en escuadrones por barrios y por cofradías para que cada uno de ellos supiera en cada momento a qué tramo de la muralla dirigirse para defenderla en caso de asedio. Todos los talleres de armas de la ciudad, había bastantes pues las armas que se fabricaban en Zaragoza eran muy apreciadas, se pusieron a trabajar forjando espadas, lorigas, cotas de malla, escudos, puntas de lanza y de flecha que se almacenaron en depósitos ubicados a lo largo de los torreones de las dos murallas. Las despensas de los palacios y los alcázares se llenaron de aceite, trigo, frutos secos y harina.

Por esos mismos días llegó a Zaragoza una carta del rey al-Mutamid de Sevilla; en esa misiva el sevillano se autoerigía en portavoz de todos los reyes musulmanes de la Península, anunciaba a al-Mustain que se había concretado la alianza de Sevilla, Granada, Badajoz y Córdoba y lo invitaba a unirse a esta coalición contra el rey Alfonso, a la vez que le comunicaba que había enviado unos emisarios al norte de África para requerir la ayuda de Yusuf ibn Tasufín, el emir de los almorávides, con cuya ayuda tenía la esperanza de derrotar al rey de León y de Castilla.

La respuesta de al-Mustain volvía a ser tan atrevida como valiente: le dijo a al-Mutamid que Zaragoza no admitiría otra soberanía que la propia y que no se sometería ni al dictado de los almorávides ni a la tiranía de los castellanos. Le recordaba la famosa frase que corría por todo al-Andalus y que según recitaban los juglares había pronunciado al-Mutamid afirmando que «prefería ser camellero en África que porquero en Castilla»; al-Mustain aseguraba que ni uno solo de los camellos almorávides pastarían en los prados en los que ahora pacían sus ovejas y sus corderos.

Don Alfonso actuó más deprisa de lo que el propio Rodrigo hubiera imaginado y a fines del mes de abril, con las espadas envainadas tras instalar a al-Qádir en Valencia bajo su protectorado, vino a sitiar Zaragoza. Al mismo tiempo, el noble castellano García Jiménez, un intrépido caballero tan sagaz como valiente, ocupó en nombre de don Alfonso la poderosísima fortaleza de Aledo, a unas veinte millas al suroeste de Murcia, cortando así toda posible ayuda desde el sur y el este a los angustiados zaragozanos.

Al-Mustain convocó a Rodrigo al palacio de la Alegría y yo lo acompañé como su lugarteniente.

—No podemos entrar en guerra con don Alfonso —me dijo mientras cabalgábamos bordeando la medina hacia el palacio—. No puedo luchar a favor de uno de mis dos señores y en contra del otro. Voy a pedirle a al-Mustain que nos permita retirarnos y mantenernos neutrales mientras esto se dilucida.

—¿Creéis que aceptará?

—No tiene otro remedio, así lo acordé con su padre y así lo ratifiqué con él, mi lealtad a los Banu Hud acaba donde empieza mi lealtad al rey de Castilla.

Entramos en el palacio de la Alegría y nos condujeron a lo alto del torreón en el que estaba instalado el observatorio astronómico. Yahya acompañaba a al-Mustain.

—Acercaos, Rodrigo, y mirad.

Desde lo alto se avistaban las posiciones de los sitiadores castellanos, desplegados a lo largo de la muralla de tapial, al sur de la ciudad.

—Parece que don Alfonso va en serio esta vez.

—¿Cuántos hombres calculáis que hay apostados ahí fuera? —preguntó el rey.

—Ocho mil, tal vez nueve mil personas; entre ellas no menos de cinco mil estarán en condiciones de combatir.

—Algo así habíamos calculado; nada podemos hacer frente a semejante número. Mis generales me han dicho que apenas podemos armar a cinco mil hombres, y de ellos sólo dos o tres mil habrán empuñado un arma en alguna ocasión. No nos queda más remedio que resistir.

—Majestad, yo...

—Deseáis manteneros al margen, ¿no es cierto? —supuso al-Mustain.

—Ya conocéis nuestro acuerdo, no puedo luchar contra el que fue y sigue siendo mi rey... en Castilla.

—De acuerdo, ambos somos hombres de palabra que sabemos cumplir nuestros pactos.

—Desearía salir de la ciudad. Eso os favorecerá; mis hombres aquí sólo servirían para consumir más rápidamente vuestras reservas de alimentos y creo que vais a necesitarlas todas.

—Id al sur, a la medina de Daroca, y permaneced allí hasta que esto acabe.

—Si me lo permitís, majestad, prefiero ir al castillo de Escarp, en la frontera con Lérida. Allí os seré más útil; no puedo luchar contra el rey de Castilla, pero nada me impedirá hacerlo contra el de Lérida, que tal vez se sienta empujado a atacar algunas plazas de la frontera del Cinca en caso de que observe alguna debilidad en ellas por el asedio a Zaragoza.

—Sí, tenéis razón, aguardad en Escarp.

Rodrigo me envió al campamento de don Alfonso al sur de la ciudad para anunciarle que el Campeador y sus huestes la abandonaban en paz.

El rey de León y de Castilla me recibió en su tienda de campaña, recostado cómodamente en una silla de madera de las de tijera, sobre una tarima de un pie de alto; de las paredes de lona colgaban tapices con motivos de caza y varios caballeros armados lo rodeaban. A su derecha, clavada por la punta en un tronco de madera, podía verse la espada del rey, con su pomo de esmaltes verdes y azules.

—Majestad —me presenté—, soy Diego de Ubierna, vasallo de...

—Sé de sobra quién eres. Dime qué quiere Rodrigo.

—Os pide permiso para salir libremente de la ciudad con sus hombres.

—Acaso sea una estratagema.

—No, majestad, en absoluto. El Cid —al citar ese apodo oí cierto murmullo y atisbé irónicas sonrisas entre los nobles—..., el Cid Campeador —repetí con firmeza— ha pedido a al-Mustain quedar al margen de esta situación.

—¿Y qué piensa hacer Rodrigo entre tanto la resolvemos?

—Se instalará en la frontera de Lérida con su mesnada.

—¿No luchará contra mí?

—Nunca lo hará, majestad, sois su... nuestro señor natural.

El rey don Alfonso se atusó la barba, se levantó de la silla, caminó hacia un lado de la tienda y, volviéndose a un lado, me dijo:

—Rodrigo tiene mi permiso para retirarse de Zaragoza.

Nos instalamos en Escarp y desde allí seguimos día a día lo que estaba sucediendo en Zaragoza. Nuestra posición volvía a ser difícil: si vencía don Alfonso y conquistaba Zaragoza, habríamos perdido al señor a cuyo servicio nos ganábamos el pan, y apenas nos quedaría un lugar adonde ir; si lo hacía al-Mustain y don Alfonso se veía obligado a retirarse, es probable que perdiéramos la amistad del rey de Zaragoza y nuestra situación todavía sería peor.

—No os preocupéis —nos repetía Rodrigo en aquellas semanas—, siempre habrá algún soberano dispuesto a pagar por tener a su servicio una mesnada como ésta.

Por un mensajero que llegó a Escarp a mediados de julio supimos que los sitiados de Zaragoza se mostraban tranquilos y confiados. Estaban firmemente asentados tras sus murallas, disponían de un caudal inagotable de agua gracias a los pozos excavados hasta alcanzar las filtraciones del curso del Ebro, guardaban en los almacenes reales comida para al menos un año e incluso se suministraban desde el exterior a través del curso del Ebro y por el puente del arrabal de Altabás, que seguían dominando sin dificultad. Además, el cerco era tan relajado que los soldados castellanos sólo impedían introducir en la ciudad algunos alimentos y armas.

Días más tarde, unos mercaderes que viajaban camino de Barcelona nos dijeron que los zaragozanos estaban dispuestos a pagar hasta cincuenta mil dinares para que los

castellanos se retiraran. Ese oro saldría del tesoro real pero también de los comerciantes y artesanos que estaban perdiendo mucho dinero con el asedio.

El quinto día de agosto nos enteramos de que don Alfonso había ordenado levantar el campamento y abandonar el asedio de Zaragoza sin resultado alguno. La causa no estaba en la fortaleza de las defensas de Zaragoza, sino mucho más al sur. El 30 de julio Yusuf Ibn Tasufín, emir de los almorávides, había cruzado el estrecho de Gibraltar y desembarcado en Algeciras al frente de un ejército de cien mil hombres, según decían, el más grande jamás visto en la Península.

—¡Cien mil hombres! Espero que sea una exageración más de las que suelen servirse los juglares para impresionar a su auditorio —me dijo Rodrigo.

—Si fuera verdad... —dudé.

—No hay fuerzas en toda Europa capaces de detener un ejército de cien mil hombres, Diego; si esos almorávides son tantos y tan fanáticos como dicen, puede que estemos asistiendo al fin de la cristiandad.

—Tal vez ese Ibn Tasufín sea el Anticristo que anuncian las profecías.

—Tal vez, Diego, tal vez. En cualquier caso, nuestra estancia aquí ha terminado. Ordena a todos los capitanes que alerten a sus hombres, mañana mismo regresamos a Zaragoza.

Ante la noticia del desembarco de los almorávides, a los que algunos mercaderes que los habían conocido en el norte de África describían como «los más fieros guerreros del mundo», todos los cristianos de los reinos del norte sintieron estremecerse la piel y acongojarse el corazón.

Don Alfonso y los almorávides, y nosotros en medio de ambas fuerzas desbocadas: un pequeño puñado de hombres en un pequeño reino a merced del destino y de la fortuna.

Tras abandonar Zaragoza a toda prisa, don Alfonso marchó a Toledo porque esperaba allí la primera embestida del ejército almorávide. Pero no ocurrió lo que el rey de León y de Castilla había previsto.

Por todo al-Andalus se había predicado la llamada a la *yihaz*, que es como los musulmanes nombran a lo que nosotros denominamos «cruzada». Al ejército almorávide, que al fin había accedido a atravesar el estrecho tras los reiterados llamamientos de auxilio de los taifas, se unieron tropas de Sevilla, Granada, Almería y Badajoz. Un formidable ejército de varias decenas de miles de combatientes musulmanes, muchos de ellos creyentes a ciegas en la recompensa inmediata de los goces del paraíso si morían en combate, se puso en marcha hacia el norte.

Don Alfonso fue informado de que el ejército musulmán había girado hacia el oeste y que seguía avanzando pero por la ruta de Badajoz. Parecía claro que los musulmanes trataban de caer por la espalda de Toledo, y don Alfonso reaccionó abandonando la ciudad y se dirigió hacia el oeste para cortarles el camino en el valle del Guadiana, apenas unas pocas millas al norte de la ciudad de Badajoz.

Los dos ejércitos se encontraron en el llano de Sagrajas, en la orilla derecha del Guadiana, unas seis millas aguas arriba de Badajoz. La coalición musulmana era formidable, pues estaba integrada por las tropas de los reinos de Sevilla, Badajoz, Granada, Almería y Málaga y los aguerridos almorávides. El ejército de don Alfonso lo configuraban las tropas de Castilla y de León más un escuadrón de jinetes aragoneses que encabezaba el infante don Pedro, hijo del rey Sancho Ramírez, algunos caballeros franceses e italianos y la mesnada de Álvaro Fáñez, que había abandonado Valencia para acudir a Sagrajas. Si don Alfonso hubiera requerido nuestra ayuda, creo que Rodrigo no hubiera dudado un instante en correr a su encuentro, pero o bien estimó que nuestra

hueste no era necesaria para la victoria o creyó que recabando el auxilio de Rodrigo daba su brazo a torcer en la soterrada pugna que ambos seguían manteniendo.

Hasta ese funesto día, el 23 de octubre de 1086, los almorávides no habían combatido sino en África. Estas gentes procedían del gran desierto del Sáhara que se extiende desde el norte de África hasta las tierras ignotas; algunos viajeros afirman que su reino es tan rico que el oro abunda tanto como aquí el hierro.

El combate había sido convenido entre ambas partes para el sábado 24, pero don Alfonso, queriendo aprovechar la sorpresa de que el viernes es el día sagrado para los musulmanes y que tal vez estarían ocupados con sus rezos y sus ceremonias religiosas, decidió atacar un día antes de la fecha convenida.

Hasta esa batalla de Sagrajas la táctica que empleábamos los ejércitos cristianos había sido siempre la misma: consistía en formar un centro muy fuerte, donde se colocaba la caballería pesada, y cargar con toda contundencia aprovechando la fuerza de los grandes caballos de guerra y la destreza de los caballeros en el manejo de la lanza larga. Cada jinete solía disponer de otro caballo de refresco, incluso dos o tres en algún caso, en retaguardia, a los que acudía si era necesario lanzar una nueva carga.

La táctica de los musulmanes era más compleja, pero sus soldados eran menos valerosos y estaban peor preparados que los nuestros. Solían organizar sus ejércitos colocando las mejores tropas en el centro y dos alas siempre pendientes de acudir en su ayuda. A veces realizaban una maniobra en la que el centro se abría para envolver al enemigo, pero esa táctica solía ser muy arriesgada, sobre todo cuando el centro atacante estaba formado por guerreros expertos y masas compactas; colocaban a los infantes en primera línea, tras ellos a los arqueros y por fin a la caballería.

Desde hacía al menos un siglo, así era como se combatía en la Península. Sólo Rodrigo había introducido algunos cambios en las batallas que había dirigido, estudiando en cada caso particular la disposición del terreno y las fuerzas del enemigo y variando la táctica adecuándola a las necesidades de cada situación concreta. Todo cambió en Sagrajas.

Según me contó después alguno de los sobrevivientes, don Alfonso formó a su caballería pesada, aprovechando la amplitud del llano, a unas tres millas de distancia del frente musulmán. Desplegó a la caballería pesada a lo largo de una milla de frente y ordenó una carga contra el centro del enemigo.

Yusuf ibn Tasufín había dispuesto sus tropas colocando en el centro y en primera línea a los ejércitos de los taifas, y dejando en retaguardia a los aguerridos jinetes almorávides.

Los caballeros de Alfonso, tal vez confiados por la endeblez que los taifas siempre habían demostrado, se lanzaron a la carga un tanto despreocupados de su espalda. Conforme avanzaban irresistibles hacia el enemigo, sus corazones se encendían y espoleaban a sus monturas obligándolas a correr al galope las tres millas que los separaban.

Como hasta ese día había sido habitual, la caballería pesada cristiana desbarató las primeras líneas integradas por los inexpertos soldados de las taifas, entre las que sólo resistieron con firmeza los guerreros del rey de Sevilla. La victoria de los gigantescos rocines acorazados parecía fácil e inmediata. Los soldados de las taifas huían en desbandada por todas partes y los caballeros cristianos los ensartaban en sus lanzas como a presas de caza. En su ciego avance, los cristianos alcanzaron las primeras tiendas del campamento del propio emir Yusuf ibn Tasufín, y ya se sentían vencedores.

Pero de pronto, un ruido ensordecedor estalló tras las líneas musulmanas. Los redobles de mil tambores atronaron el llano y como surgidos de la nada aparecieron por los flancos miles de jinetes, protegidos con escudos de piel endurecida y ataviados con

turbantes, pantalones y mantos negros, que flameaban al aire como batientes alas de siniestros cuervos. En una maniobra envolvente, Yusuf, que había permitido la masacre de la vanguardia de las taifas, había destrozado la retaguardia castellana, y don Alfonso, al volver grupas dándose cuenta del engaño, se encontró con su retaguardia, que huía en desbandada, y a los escuadrones de caballería almorávide que cargaban compactos como una piña.

Los escuadrones almorávides maniobraban con una disciplina hasta entonces desconocida; a las órdenes de sus capitanes, transmitidas con redobles de tambor y con señales de banderas, cada escuadrón se movía como si de un solo jinete se tratara. Avanzaban y retrocedían, cargaban y se retiraban con una precisión tal que cada una de sus acciones parecía dirigida con la precisión del más experimentado de los halcones cayendo sobre la más desprevenida de las palomas.

Don Alfonso se dio cuenta de su error y comprendió que su orden de cargar había sido precipitada. Los grandes corceles de guerra de los caballeros cristianos son un arma extraordinaria en una carga frontal, pero su manejabilidad es mucho menor que la de los resistentes y ágiles corceles árabes, que se mueven con mayor soltura. Tras haber recorrido tres millas de desenfrenada carrera, minando la resistencia de los caballos, los corceles de la caballería de don Alfonso bufaban agotados, incapaces de recuperar el resuello.

A lo largo del día los musulmanes fueron envolviendo a los cristianos, que mediada la tarde contemplaron horrorizados cómo cuatro mil guerreros negros que integraban la guardia personal del emir caían sobre ellos blandiendo sus finas y penetrantes espadas de acero de la India, protegidos tras sus resistentes escudos de piel de hipopótamo. Envueltos por las alas, frenados por la compacta infantería almorávide que no cesaba de acribillarlos con las poderosas ballestas, los cristianos estaban perdidos. Don Alfonso peleaba en el centro de sus tropas en un desesperado cuerpo a cuerpo, hasta que un guerrero almorávide le atravesó la pierna con un venablo que quedó clavado en la silla de montar. El rey de León y de Castilla cayó reclinado sobre el cuello de su caballo en tanto nuevas oleadas de feroces guerreros almorávides acudían desde la retaguardia para reemplazar a los que caían en primera línea. A duras penas, un puñado de caballeros logró llevar al rey hasta un altozano donde se agruparon los que habían logrado salvar la vida, y, todos juntos, unos quinientos, resistieron hasta que anocheció.

Centenares de cadáveres yacían esparcidos por la llanura ante la desorganización del ejército cristiano. Álvar Fáñez, el pariente del Cid, los animó para salvar al rey, que se retorció de dolor con la pierna clavada a su silla por el venablo. En plena oscuridad ordenó a los caballeros que arrearan a sus agotadas monturas para escapar de aquella vorágine de sangre y muerte, pues si esperaban al amanecer, los almorávides volverían a la carga y tendrían una muerte cierta.

Quinientos jinetes, casi todos heridos y maltrechos, cabalgaron noche y día hasta Coria, noventa millas al norte. Llegaron agotados, cubiertos de heridas, con los rostros ensangrentados, medio muertos de dolor, cansancio y hambre. Sobre el campo de Sagrajas quedaron abandonados los cadáveres de más de quinientos caballeros, mil escuderos y otros mil infantes.

Sobre el mismo campo, al día siguiente de la batalla, los musulmanes cortaron las cabezas a todos los cuerpos. Los almuédanos ordenaron que fueran amontonadas y, subidos sobre las pilas de las cabezas cristianas, como alminares macabros, llamaron a la oración desde esos improvisados púlpitos levantados con restos humanos.

Después de celebrada la sangrienta ceremonia de la victoria, cargaron las cabezas en carros y las pasearon por al-Andalus. Los almorávides entraban en las ciudades

haciendo sonar sus tambores de guerra, que tocaban con dos palos, vestidos con sus túnicas y turbantes negros, con sus rostros ocultos tras pañuelos azules que sólo dejaban atisbar el profundo brillo africano de sus amenazantes ojos oscuros, y en cada una de las ciudades que recorrieron fueron dejando una parte de su mortuoria carga, para que la contemplación de las cabezas de los guerreros cristianos muertos en Sagrajas recordara a todos los habitantes de al-Andalus que una nueva fuerza surgida de las profundidades del desierto arenoso era ahora la nueva savia del renovado y triunfante islam.

Capítulo XVI

A principios de noviembre nos enteramos del desastre de Sagrajas, y por ello nuestra situación cambió como si de repente un eclipse hubiera oscurecido nuestras vidas. El reino de León y de Castilla estaba amenazado, el rey Alfonso derrotado y los reyes de las taifas habían recobrado el espíritu de lucha que perdieran hacía tiempo. Rodrigo me llamó para evaluar las nuevas perspectivas y me dijo:

—Diego, no podemos seguir en Zaragoza; ahora el rey de Aragón es aliado de don Alfonso, y aunque su ayuda en Sagrajas no ha servido para obtener la victoria, creo que a cambio de futuros auxilios consentirá en ceder a don Sancho Ramírez los derechos de conquista de Zaragoza.

—Tampoco es demasiado halagüeña la situación de al-Mustain. Ha sido el único de los reyes de taifas que no ha pactado con los almorávides; lo considerarán un traidor y se sentirán con derecho a ocupar su reino. Zaragoza está aislada y sola —le comenté.

—Toda la Hispania cristiana está bajo el protectorado o la alianza con don Alfonso, y todo al-Andalus aliado con los almorávides; si no nos podemos quedar aquí en Zaragoza, sólo tenemos un sitio adonde ir.

—¿Cuál? —le demandé.

—Castilla.

—¿Queréis regresar! —exclamé—. Después de lo que don Alfonso os ha hecho...

—Castilla va a necesitar a todos sus hombres. Si los almorávides deciden avanzar, no hay fuerza capaz de detenerlos; en un mes podrían entrar en León.

—Pero don Alfonso no os aceptará.

—Creo que no tardará en llamarme a su lado.

Y el Campeador no se equivocó. Un mensajero se presentó con una carta de don Alfonso en la que pedía a Rodrigo que acudiera a Toledo con su hueste para defender el reino. A la vez que esa carta, salió hacia toda la cristiandad una desesperada llamada de auxilio.

Cuando leímos el llamamiento de don Alfonso a todos los cristianos para que lo ayudaran contra los almorávides, nos dimos cuenta de que la derrota de Sagrajas había causado una enorme impresión en el rey de León y de Castilla. No era su primera derrota; cuando sólo era rey de León y su hermano Sancho regía Castilla, don Alfonso ya había sido vencido en Llantada y Golpejera, e incluso había perdido su corona en favor de su hermano, aunque nada de aquello era comparable con el desastre de Sagrajas.

Todos esperábamos que Ibn Tasufín ordenara a su ejército avanzar hacia el norte, hasta Toledo y después hasta León, pero los almorávides se detuvieron y regresaron a África, dejando un contingente de tres mil jinetes para la defensa de al-Andalus y para tranquilidad de los taifas. Al principio estimamos que se trataba de una estratagema de Ibn Tasufín, pero pronto supimos que el hijo y heredero del emir había muerto, y éste había regresado a Marrakech, la nueva capital de su imperio, para resolver los problemas sucesorios.

Rodrigo reunió a todos sus capitanes y nos comunicó su decisión:

—El que quiera regresar a Castilla lo hará libremente, y del mismo modo el que desee quedarse en Zaragoza podrá hacerlo. Esta misma mañana he hablado con el rey al-Mustain y hemos decidido de mutuo acuerdo zanjar el pacto que nos unía. Desde hoy dejo de estar a su servicio, pero me ha prometido que cualquiera de vosotros o de

vuestros hombres que desee seguir aquí puede hacerlo como auxiliar en su ejército. Recibirá la paga acostumbrada y una gratificación de diez dinares.

»A los que deseen seguirme a Castilla les repartiré una parte de las rentas de las heredades que el rey me ha prometido y serán hombres a mi servicio. Don Diego de Ubierna tomará nota de aquellos que quieran quedarse aquí y les entregará otros diez dinares de mi peculio; los que vengan conmigo a Castilla recibirán la mitad de esa cantidad.

»Comunicadlo a los hombres de vuestros escuadrones y decidles que tienen tres días para tomar una decisión. El jueves saldremos hacia Toledo, allí nos espera el rey don Alfonso.

¡Tres días! Había que hacer tantas cosas...

Esa misma tarde me dirigí a casa de Yahya. El consejero real estaba leyendo en el jardín; hacía fresco, y cubría sus hombros con un ligero manto de lana blanca.

—Nos marchamos a Toledo el jueves —le dije.

—¿No deseáis quedaros? —me preguntó.

—Han sido cinco años magníficos los que he vivido aquí, pero mi lugar está junto a mi señor el Cid.

—¿Don Rodrigo os obliga a ir con él?

—No, en absoluto, nos ha concedido a todos la libertad de elegir entre marcharnos o quedarnos; yo lo seguiré.

—Aquí podríais vivir una vida más..., digamos más tranquila.

—Ya renuncié en una ocasión a un futuro sosegado. Fue cuando Rodrigo vino a buscarme al monasterio de Cardeña; en cuanto vi sus ojos supe que mi destino quedaba ligado para siempre al Campeador.

—Si quisierais... yo podría ofreceros un puesto en la biblioteca; sabéis leer y escribir en árabe y en latín, y en estos tiempos muchas obras se están traduciendo de uno a otro idioma.

—Hace tiempo que cambié la pluma por la espada; ahora ya no sé hacer otra cosa —me excusé.

—Hubiera sido estupendo trabajar con vos.

—Para mí es un orgullo que un sabio como vos opine eso, Yahya.

—Que Dios os acompañe —me dijo el consejero real estrechándome las dos manos.

—Que Él os proteja.

Salí de casa de Yahya con pies ligeros y al girar la esquina de la calle me detuve unos instantes. Volví la cabeza y contemplé el bullicio de los mercaderes que comenzaban a recoger las mercancías expuestas en las puertas de sus tiendas. Por unos instantes me imaginé el futuro al lado de Yahya, entre libros, aparatos astronómicos y animadas charlas de eruditos y filósofos. No lo recuerdo bien, pero es probable que me asaltara la duda; en cualquier caso, me alejé de allí corriendo, como si necesitara huir de la cercanía de Yahya para no caer en la tentación de aceptar su oferta.

De los trescientos caballeros cristianos que integrábamos la mesnada del Cid en ese momento, sólo decidieron quedarse en Zaragoza un par de docenas; la mayoría porque se habían casado con muchachas mozárabes y habían formado familias, y cinco de ellos porque habían dejado algunas cuentas pendientes en Castilla con grandes magnates y no querían volver para no tener que saldarlas.

Nos separamos de los que habían sido nuestros compañeros y formamos la caravana en el llano de la Almozara. Algunos zaragozanos habían acudido a despedirnos, aunque no tantos como cuando nos recibieron como héroes tras las batallas de Almenar y del Ebro.

Desfilamos en el campo de la Almozara ante el rey al-Mustain, a cuyo lado estaban el visir Ibn Hasday y Yahya. Al pasar junto a ellos miré a Yahya a los ojos y el director del observatorio real me hizo una mueca esbozando una sutil sonrisa.

El Cid, que encabezaba la hueste, se detuvo ante al-Mustain y lo saludó con una leve inclinación de cabeza. El rey de Zaragoza se levantó de su trono de madera, se acercó hasta Rodrigo y lo abrazó ante las aclamaciones de los zaragozanos. Conforme fuimos pasando ante la gente que se había congregado para vernos marchar, un grito fue creciendo en las gargantas de los zaragozanos hasta que todas ellas aclamaron a Rodrigo como una sola voz: «¡Cid, Cid, Cid!»

Enfilamos el camino de Toledo hacia el sureste divididos en seis escuadrones, remontando el curso del río Huerva por un camino en buenas condiciones, bien protegido por atalayas y castillos colgados en los escarpes de los páramos, hasta descender al amplio valle del Jiloca. Rodrigo encabezaba la marcha y tras él formaban dos escuadrones de caballería de cincuenta hombres cada uno. Habíamos colocado en el centro de la caravana los carros con las mujeres, los niños, todos los objetos de valor que poseíamos y las provisiones, protegidos por un escuadrón. Tras ellos formaban otros dos escuadrones, después las bestias y animales de carga y el ganado, y por fin, cerraba la caravana un escuadrón a mi mando.

Cruzamos el valle del Jiloca por Calamocha y nos dirigimos hacia el oeste. En medio de la gran llanura del alto Jiloca acampamos en la falda de un alto poyo, maravilloso y grande, donde años más tarde, cuando nos vimos obligados a regresar a estas comarcas, construimos una de nuestras principales fortalezas.

El otoño agonizaba y las noches en las parameras de la tierra de Molina eran ya frías. Era mediado diciembre cuando, tras descender por el valle del Henares y del Jarama, llegamos al Tajo. Dos días después entramos en Toledo.

Toledo había sido más grande y populosa que Zaragoza, pero la conquista de don Alfonso había provocado la emigración hacia el sur de muchos de sus habitantes y encontramos más de la mitad de sus casas vacías. El barrio más floreciente era el de los judíos, en cuyas manos habían quedado el comercio y la artesanía. El merino real administraba la ciudad y recaudaba los tributos para don Alfonso, pero en realidad eran los judíos quienes hacían latir el pulso de Toledo. Creo que sin ellos don Alfonso hubiera gobernado una ciudad muerta. Había también muchos mozárabes, que se dedicaban sobre todo a la agricultura. Las huertas de los antiguos dueños musulmanes habían sido entregadas a los mozárabes, muchos de ellos pobladores hasta entonces de las aldeas cercanas pero que tras la conquista se habían refugiado tras las murallas de la ciudad para protegerse en caso de un contraataque musulmán.

El rey acababa de celebrar una curia en la propia Toledo, en la cual había comunicado a los condes y a los magnates del reino su reconciliación con Rodrigo y en la que también se había decidido defender la ciudad a toda costa en cuanto los almorávides lanzaran la ofensiva, tal y como se esperaba que hicieran cuando acabaran las exequias por la muerte del hijo de Ibn Tasufín y se resolviera la sucesión del emirato. Toledo era la nueva llave, y si los almorávides la conquistaban, tendrían abierta la puerta de toda Castilla.

Don Alfonso recibió a Rodrigo en solemne audiencia en el que fuera alcázar real de los reyes de la taifa toledana, un maravilloso castillo-palacio en lo más alto de la colina que bordea el Tajo y donde se asienta la vieja medina.

En una enorme sala, en la que al-Mamún recibiera a sus visitantes más ilustres, estaba formada toda la corte, con el rey de León sentado en el trono de los antiguos soberanos musulmanes y a su izquierda la reina doña Constanza con la pequeña

princesa Urraca. A los dos lados del trono se alineaban, en riguroso orden jerárquico por su proximidad al rey, los condes, obispos y magnates de León y de Castilla. El primero entre los castellanos era el conde García Ordóñez, a quien Rodrigo venciera y humillara en Cabra. No me hizo falta sino contemplar cómo miraba al Campeador para darme cuenta de que no sólo no había olvidado aquella afrenta, sino que pondría cuanto estuviera en su mano para causar todos los problemas que pudiera a Rodrigo.

El Cid entró en la sala de la mano de Jimena seguido por sus seis capitanes; yo lo hice justo detrás de él. Caminaba con paso firme, la cabeza alta, la mano derecha en la izquierda de Jimena y la izquierda cruzada delante del pecho, sobre el corazón. Al llegar ante el estrado donde estaban los reyes nos inclinamos y clavamos la rodilla izquierda en tierra. Rodrigo hizo entonces un gesto del que nada nos había dicho pero que asombró a todos cuantos allí nos encontrábamos. Se adelantó un par de pasos, sacó unas briznas de hierba de un bolsillo de su túnica de gala y se las colocó en la boca; después hincó sus dos rodillas en el suelo y juró fidelidad y vasallaje a don Alfonso.

El rey hizo un esfuerzo para incorporarse; la herida en la pierna que había sufrido en Sagrajas era reciente y don Alfonso tuvo que apoyarse en un bastón para mantenerse en pie. Cogió por los hombros a Rodrigo y le ordenó que se levantara. El Campeador limpió sus labios de la hierba y el rey le tomó las manos, lo recibió como vasallo y lo besó en la boca. El conde García Ordóñez miraba al Cid con ira.

—Además de conservar todas las propiedades que poseía antes del exilio, me hace entrega de la tenencia del castillo de Ordejón y de las villas y aldeas de Langa, Ibia, Briviesca, Eguña, Campos y Dueñas, con todos sus derechos y rentas.

Rodrigo estaba eufórico cuando regresó de una entrevista con don Alfonso, dos días después de la ceremonia por la que le había prestado vasallaje. Yo estaba con Jimena y sus tres hijos, esperándolo en el palacio que el rey le había asignado mientras permaneciera en Toledo.

—Tal vez te ofrezca pronto la dignidad condal —dijo Jimena.

—No hemos hablado de eso..., todavía. Por el momento hay cosas más urgentes que hacer. Los almorávides pueden regresar en cualquier momento y hay que estar preparados para hacerles frente. Pero antes iremos a Galicia; aprovechando la derrota de Sagrajas, unos nobles gallegos han acusado a don Alfonso de impostor y se han rebelado con la excusa de que García es su verdadero rey.

»Don Alfonso quiere que lo ayude a sofocar esa rebelión; de ninguna manera desea tener una revuelta a sus espaldas en caso de que atacaran los almorávides.

El Cid envió a Jimena y a sus hijos a Burgos, y con toda su mesnada acompañó al rey a Galicia. Aquellos pobres aristócratas gallegos no se imaginaban lo que se les venía encima. Caímos sobre ellos como centellas, y en apenas quince días la rebelión estaba sofocada y los cabecillas encadenados. Actuamos con tal contundencia y eficacia que don Alfonso nos premió a cada uno con una buena bolsa de las nuevas monedas de plata que acababa de acuñar en Toledo con su nombre y su efigie. Creo que al vernos luchar se dio cuenta de que el resultado de la batalla de Sagrajas hubiera sido otro bien distinto de haber tenido a su lado a la mesnada del Campeador.

Condujimos a los prisioneros a León, donde los principales responsables fueron ejecutados y los demás encarcelados en un castillo de las montañas del norte, cerca de donde seguía encerrado don García, el que durante seis años fuera rey de Galicia.

Desde León viajamos con el rey hasta Sahagún y allí pasamos el mes más frío del invierno, aguardando a que remitiera un temporal de hielo y nieve que duró tres semanas.

No había ninguna noticia de los almorávides. Don Alfonso había ordenado a los merinos de todo su reino que dispusieran guardias permanentes en todas las atalayas de la frontera por si avistaban movimientos de tropas hacia el norte. Las informaciones que procedían de Sevilla y de Granada a través de la red de mercaderes judíos, entre los que había numerosos espías al servicio de don Alfonso, tampoco hablaban de movimientos de tropas o preparativos de una gran expedición.

—No lo entiendo —me confesó Rodrigo—; han aplastado al ejército real en Sagrajas, y en vez de aprovechar esa circunstancia y lanzar una ofensiva contra Toledo para recuperar la ciudad, se retiran de nuevo a África y renuncian a la ventaja que habían adquirido.

—Quizá no sean tan fuertes como suponemos.

—Deben de serlo: en Sagrajas tenían enfrente un poderoso ejército, bien pertrechado y con moral de victoria, y acabaron con él. Son buenos soldados y muy numerosos, pero su estrategia no lo es tanto. Cuando nos enfrentemos contra ellos emplearemos una táctica muy distinta a la que el rey Alfonso aplicó en Sagrajas. No volverán a sorprendernos.

—¿No esperáis un ataque de los taifas?; tienen tres mil jinetes almorávides con ellos, tal vez decidan actuar por su cuenta —supuse.

—No, ya conoces a esos reyezuelos. No harán nada sin permiso de Ibn Tasufín. Ahora han logrado cuanto querían: derrotar a don Alfonso y dejar de pagarle parias. No les interesa otra cosa que atesorar su dinero y mantener su lujo; para ellos, la situación actual es la más deseable.

—Y nosotros qué vamos a hacer, ¿aguardar a que nos ataquen? —le pregunté.

—Ayer hablé con el rey de este asunto. Le he propuesto realizar una cabalgada por tierras de Badajoz en cuanto pasen estos fríos terribles. Si contraatacamos nosotros, aunque sea una mera expedición en busca de algún botín, la moral de nuestros hombres se reforzará pese al desastre sufrido, y los musulmanes se darán cuenta de que no estamos vencidos, de que todavía somos capaces de responder con contundencia a pesar de la derrota.

Cruzamos la sierra Central por Béjar y asolamos el valle del Jerte y las campiñas al norte de Badajoz. Sólo cien caballeros formábamos la cabalgada y apenas estuvimos dos semanas en ello, pero fue suficiente para obtener algún botín y aparentar que teníamos capacidad de respuesta. Y sobre todo, el Cid le demostró a don Alfonso que su concurso era imprescindible si quería conservar su reino y mantenerlo a salvo de los almorávides.

De vuelta a Sahagún nos enteramos de que un gran ejército formado por caballeros aquitanos, borgoñones, provenzales e italianos había atravesado los Pirineos y se dirigía hacia Castilla en respuesta a la llamada de auxilio que había hecho don Alfonso a toda la cristiandad con motivo del desastre de Sagrajas. Venían henchidos de orgullo, empapados en ideales de cruzada y con la idea de recuperar las tierras de al-Andalus para la cristiandad. Pero don Alfonso, confiado en la nueva alianza con el Cid, y con el emir almorávide al otro lado del Estrecho, ya no necesitaba el auxilio de ese ejército, que de instalarse en Castilla constituiría más un problema que una ayuda. Envío a unos mensajeros con algunos regalos para indicarles que no siguieran adelante y los cruzados, desalentados por ello, decidieron dirigirse hacia Tudela, una importante ciudad del reino de Zaragoza, a la que pusieron sitio durante la primavera, aunque sin resultados, pues ante el desbarajuste del asedio se vieron obligados a retirarse en abril a sus tierras de procedencia.

Creo que la decisión de don Alfonso fue muy acertada, pues uno de los jefes de los cruzados era el gigantesco Guillaume le Charpentier, vizconde de Mélnun, un personaje que obraba con doblez y que hubiera causado no pocos problemas de haberse quedado en Castilla.

Pero no todos regresaron a Francia; algunos caballeros recibieron permiso de don Alfonso para venir a Castilla. Se trataba de algunos parientes borgoñones de la reina doña Constanza, entre ellos el joven Ramón, conde de Amours, sobrino de la reina, que llegó hasta León para visitar a su tía; este joven noble se quedó en Castilla como caballero al servicio de don Alfonso, y su tía la reina lo preparó para que casara con la princesa Urraca, entonces todavía una niña pero que a la muerte de don Alfonso se ha convertido en la reina de León y de Castilla.

Seguía sin haber noticias de los almorávides y don Alfonso decidió que era el momento de retomar el cobro de las parias. Al-Mustain de Zaragoza se había quedado solo, sin aliados musulmanes a los que sumarse ni protectores cristianos, una vez zanjada su relación con el Cid, a los que recurrir. Así, el reino de Zaragoza fue el primero en el que se fijó don Alfonso para solicitar el pago de las nuevas parias.

Al-Mustain no tenía otra salida que pagar, y así lo hizo. Rodrigo fue el encargado de recibir las parias de Zaragoza. Allí nos dirigimos en el mes de junio y, aunque el hijo de al-Mutamin nos recibió con amabilidad, su actitud era distante y fría, bien distinta a la que su padre mostrara hacia Rodrigo o a la que él mismo tuviera en los primeros meses de su reinado. Al-Mustain nos entregó diez mil dinares y la promesa de que seguiría pagando esa misma cantidad todos los años.

Yo fui a visitar a Yahya, pero su criado me dijo que estaba en la ciudad de Tarazona, adonde se había desplazado por orden del rey para buscar a un par de sabios con los que iniciar un grupo de profesores que serían los primeros de una gran escuela que quería fundar en Zaragoza al estilo de la que los califas habían establecido en Bagdad. Lamenté no ver a mi amigo, pero no podíamos esperar, pues el rey nos aguardaba en Burgos, adonde debíamos acudir con el oro que nos acababa de entregar al-Mustain.

Regresamos a Burgos y allí permanecemos durante unos días del mes de julio. Rodrigo volvió a firmar varios documentos como testigo real, y lo seguía haciendo con los mismos errores gramaticales que tantas veces yo le había observado pero que él se empeñaba en no corregir, como escribir «affirmo» con una sola «f» u «hoc» sin «h». Decía que había que hacer la escritura más sencilla y que la única manera de conseguirlo era acercarla al idioma que hablaban las gentes del común. Ahora ya empieza a ser algo habitual, pero en aquellos tiempos todavía no estaba bien visto escribir en otra cosa que no fuera en latín; una forma más, supongo, de acentuar las desigualdades que nos separan a los hombres. Que Rodrigo volviera a confirmar documentos al lado del rey significaba que el Cid había recuperado su puesto en la corte y que estaba en el camino de lograr que don Alfonso lo promoviera al fin a la dignidad condal.

Pero lo más extraordinario que el rey concedió a Rodrigo, y de lo que creo que no tardó en arrepentirse, fue la licencia para conquistar todas las tierras, ciudades y castillos que pudiera en tierras de moros, y que esas conquistas fueran íntegramente suyas, con carácter hereditario. Hasta entonces nunca ningún rey había otorgado a un vasallo un privilegio semejante.

Valencia había sido abandonada a su suerte cuando Álvar Fáñez tuvo que marchar con sus caballeros a Sagradas, y sin la protección de los jinetes castellanos el débil al-Qádir no era capaz de gobernar ni su propia casa. El rey de Valencia se sintió desprotegido y

buscó en el emir almorávide Yusuf ibn Tasufín a su nuevo protector, considerando quizá que la derrota de Sagrajas supondría la caída de don Alfonso y el dominio de los almorávides sobre todo al-Andalus. Pero al-Qádir, que no sólo era un cobarde sino también un pésimo gobernante, perdió el apoyo de los alcaides de los castillos de su reino. Esta nueva situación en Valencia fue aprovechada por el rey de Lérida, que también lo era de Tortosa y de Denia, para, con la ayuda de mercenarios catalanes, hostigar a al-Qádir a quien logró arrinconar dentro de las murallas de la ciudad.

Al-Qádir, desesperado, pidió ayuda a don Alfonso, y solicitó su perdón por haber firmado una alianza con el emir almorávide, y también al rey de Zaragoza, que seguía enemistado con el leridano. Al-Mustain vio en esta petición de ayuda la excusa necesaria para apoderarse de Valencia, que los reyes zaragozanos ambicionaban desde hacía mucho tiempo.

Éste fue el motivo por el que don Alfonso envió al Cid a Valencia y le concedió semejante privilegio sobre las tierras que conquistara. Don Alfonso todavía no se había recuperado del desastre de Sagrajas y sólo Rodrigo tenía una mesnada con la capacidad suficiente como para mantener a raya a los musulmanes en Levante.

Tras la reunión de Burgos entre don Alfonso y Rodrigo, el rey salió hacia el valle del Guadalquivir para castigar las comarcas de Úbeda y Baeza, en tanto encomendaba al Cid que estuviera atento a los movimientos que se produjeran en la frontera oriental.

Rodrigo creyó oportuno ir hasta Zaragoza, y así lo hicimos.

Capítulo XVII

Al-Mustain nos recibió con todos los honores que Rodrigo merecía. Desde Zaragoza el Cid hizo un llamamiento a todos cuantos quisieran enrolarse en su mesnada, haciendo correr la voz de que estaba preparando una gran expedición que reportaría a todos sus componentes fama, prestigio y dinero. Tal era la capacidad de Rodrigo para organizar una hueste, que incluso los guerreros musulmanes querían enrolarse a sus órdenes. Para entonces su fama de invencible se había extendido por todas partes y los propios poetas musulmanes recitaban canciones en las que hablaban con admiración del caballero castellano, de quien decían que Dios le había tocado con su diestra otorgándole la gracia de la victoria.

Al-Mustain nos convocó a su palacio de la Alegría. El salón del trono lucía como nunca. La techumbre de madera estaba pintada con estrellas amarillas sobre un fondo azul oscuro, a modo del firmamento en un anochecer de verano. Al-Mustain estaba sentado en su trono de oro y piedras preciosas cubierto con un manto dorado, como si fuera el mismísimo sol en el centro de un diminuto universo.

Rodrigo se adelantó al pequeño grupo que componíamos cuatro de sus capitanes y saludó a al-Mustain:

—Majestad, me alegra veros de nuevo.

—Sé bienvenido a mi reino, Rodrigo. Tu presencia siempre nos es grata.

No creo que al-Mustain recordara con agrado nuestra visita anterior, durante la cual le cobramos un buen montón de oro, pero algunos de aquellos reyezuelos de las taifas sabían adoptar posturas tan altivas como las de un pavo real, aun cuando todo su poder y toda su gloria se limitasen a una ciudad y un pequeño territorio circundante.

—A mí también me agrada volver, majestad.

—Tengo que proponerte una interesante oferta —dijo al-Mustain.

—Os escucho.

—Sé que el rey Alfonso ha delegado en ti para que actúes en su nombre en Levante; como sabes, el rey de Lérida está acampado desde hace varias semanas a las puertas de Valencia con la intención de incorporar esta ciudad a sus dominios. Ya es rey de Tortosa y Denia, y si también ganara Valencia, todo el Levante estaría bajo su dominio y su poder crecería de tal modo que sería una amenaza para Zaragoza, pero también para Castilla: mi tío al-Mundir es muy ambicioso.

»Para evitar que siga creciendo, te propongo que unamos nuestras fuerzas y vayamos a Valencia.

Desde el lateral de la sala donde nos encontrábamos vi cómo los ojos de Rodrigo se encendían. Y no me hizo falta nada más para darme cuenta de qué es lo que estaba pasando en ese momento por su cabeza. El rey don Alfonso le había concedido el señorío de cuantas tierras pudiera conquistar, y Valencia era el mejor bocado que conquistador alguno pudiera probar en toda la Península. Rodrigo nos miró a los cuatro capitanes, nos hizo un movimiento de cabeza y se volvió hacia al-Mustain.

—De acuerdo, majestad. Iremos a Valencia.

Nuestra mesnada estaba lista para la partida, pero hubo que esperar una semana a que lo estuviera la de los zaragozanos. Salimos hacia el sur por la vieja calzada que discurría paralela al valle del río Huerva, bordeando colinas rojizas y cerros cubiertos de carrascas y pinos en los que abundaban los conejos y las perdices. Al-Mustain había heredado de su abuelo al-Muqtádir la pasión por la cetrería y de vez en cuando nos

deteníamos a la vera de algunos árboles o junto a los muros de una atalaya para que el rey cazara palomas y perdices con sus halcones.

Una noche, después de haber cenado, Rodrigo se acercó a mi tienda.

—Si su padre todavía viviera entre nosotros, ya estaríamos a las puertas de Valencia —me dijo el Campeador recordando el valor indomable y la firme voluntad de su amigo, el fallecido al-Mutamin.

—Jamás habrá otro soberano como él —le dije.

—Es el único hombre al que en verdad he admirado —me confesó Rodrigo.

El Campeador bebió un sorbo de una escudilla que le ofrecí.

—Todavía está caliente —le advertí.

—Ya sabes que lo prefiero frío, pero con este relente no está mal un buen trago de vino templado.

—¿Creéis que llegaremos a Valencia antes de que el de Lérida la haya conquistado?

—Eso espero, salvo que al-Mustain se detenga cada vez que vea revolotear cerca una perdiz.

Por fortuna para nuestra marcha, las perdices desaparecieron y pudimos continuar hasta el curso del Jiloca. Nos pertrechamos con provisiones en Calamocha y volvimos a contemplar el poyo por cuya falda habíamos transitado el año anterior camino de Castilla, de regreso del exilio.

—Ese cerro, Diego, es un lugar extraordinario para construir una fortaleza.

Y Rodrigo me pidió que lo acompañara hasta la cumbre para cerciorarnos.

Ascendimos sobre nuestros caballos por un empinado sendero y conforme íbamos subiendo el horizonte parecía ensancharse en todas las direcciones. A media ladera había una zona cubierta de rocas y por todas partes se veían muros levantados con enormes bloques de piedra.

—Estas ruinas debieron de ser habitadas por gigantes. Fíjate en el tamaño de esas rocas y en el grosor de esos muros —me dijo Rodrigo señalando lo que parecía haber sido una poderosa muralla que discurría por el cerro encaramándose por la pendiente como un collar en el cuello de una mujer hermosa.

El pedregal fue en aumento hasta que tuvimos que descender de nuestros caballos, que apenas podían caminar por entre el cascajal. Tirando de las riendas, continuamos hacia arriba hasta alcanzar la cima del cerro.

—Ya te lo dije, Diego, este lugar es magnífico para construir una fortaleza; no me explico cómo no se ha dado cuenta el rey de Zaragoza. Los antiguos, fueran quienes fuesen los que construyeron estas murallas, sí supieron verlo.

—En verdad que no sólo la posición del cerro, sino lo que se domina desde aquí arriba no ofrece ninguna duda sobre la idoneidad del mismo para levantar un castillo —ratifiqué a Rodrigo.

—No olvides este lugar, tal vez algún día lo necesitemos.

Rodrigo me dijo aquellas palabras como si supiera que tarde o temprano aquel cerro desolado y pedregoso sería una de nuestras principales fortalezas.

Cuando descendimos del cerro y regresamos al campamento, que habíamos instalado en un altozano a orillas del río Jiloca, al-Mustain nos preguntó jocoso si en lo alto del poyo habíamos encontrado buena caza.

—No había una sola perdiz, majestad, pero no hay mejor sitio para los halcones.

Al-Mundir se encogió de hombros expresando con aquel gesto que no había entendido las palabras de Rodrigo, pero no le pidió que se las explicara. Simplemente miró a lo alto del cerro, se volvió hacia Rodrigo y le dijo:

—Demasiado desolado para un halcón.

Remontamos el Jiloca y entramos en tierras del rey de Albarracín. Esta pequeña taifa estaba regida por Husam ad-Dawla, apodo que significa «sable de la dinastía» y con el que se hacía llamar Abd al-Malik. Las tierras de esta taifa se dividían en dos zonas muy distintas: en el valle del Jiloca se extendía la *Sahla*, es decir, «la llanura», en tanto que la otra mitad del reino yacía escondida entre las montañas, en cuyas entrañas los Banu Razin habían construido una poderosísima fortaleza enriscada en un lugar casi imposible, de rocas cortadas a pico en medio de un desfiladero tajado por el río y a cuya sombra había crecido una ciudad llamada Santa María de Oriente, aunque nosotros preferíamos denominarla Albarracín.

Cruzamos la *Sahla* sin más inconvenientes que la humedad de los pantanos y un terrible aguacero que nos sorprendió de pronto en medio de la llanura, y avistamos la sierra de Javalambre, al sur, que atravesamos hasta que comenzamos a descender por un empinado camino hacia las ricas y feraces huertas valencianas.

Los alcaldes de Jérica, un enriscado castillo que es la puerta de Levante, y de Segorbe, la primera ciudad que encontramos desde que salimos de Zaragoza, salieron a rendirnos pleitesía, aterrados ante la posibilidad de que nuestras fuerzas fueran a ir contra ellos. Los tranquilizamos asegurándoles que nuestro objetivo era Valencia, pero ambos recelaron y mantuvieron las puertas de sus muros cerradas para nosotros.

Acampamos aguas abajo de Segorbe, a orillas del río Palancia, y allí recibimos la noticia de que el rey de Lérida, enterado de que avanzábamos hacia Valencia con un poderoso ejército que mandaba el Campeador, levantó el asedio de esa ciudad. Gracias a unos espías nos enteramos de que el rey de Lérida, al tiempo que se retiraba hacia el norte, había enviado un mensaje a al-Qádir en el que le animaba a no entregar la ciudad al rey de Zaragoza y que para ello le ofrecía su ayuda.

Así es a veces la política: el mismo que ha intentado quitarte el trono, te ayuda después para que otro no te lo quite. Nada más fútil que la condición humana.

Por fin avanzamos hasta los muros de Valencia y aguardamos pacientes la visita de al-Qádir. El que fuera rey de Toledo antes que de Valencia salió a recibirnos con una escolta, pero tras él se cerraron las puertas de la ciudad. Estaba claro que el débil al-Qádir no iba a entregarnos su última posesión.

Todo fueron cordiales palabras de bienvenida, declaración de buenas intenciones y ofrecimiento de regalos valiosos, pero ni una sola palabra sobre la entrega de la ciudad.

Decidimos mantenernos a la expectativa y esa misma noche un enviado de al-Qádir visitó a Rodrigo. El rey de Valencia le ofrecía al Campeador una enorme suma de dinero si le ayudaba a deshacerse de al-Mustain. Rodrigo contempló al mensajero como a un gusano antes de aplastarlo con el pie y lo despidió de su tienda a patadas.

Al día siguiente, al-Mustain, tal vez enterado de la oferta de al-Qádir y de la negativa de Rodrigo, le confesó al Campeador que su intención era apoderarse de Valencia e integrarla al reino de Zaragoza.

Rodrigo se sinceró con al-Mustain y le dijo:

—Majestad, he servido a vuestro abuelo y a vuestro padre con lealtad, y lo he hecho con vos hasta que don Alfonso me reclamó a su lado. Los derechos de conquista sobre Valencia pertenecen a Castilla, y así lo confirman la ley y todos los tratados. Si al-Qádir tiene ahora esta ciudad y su reino, es porque don Alfonso se la dio a cambio de la entrega de Toledo. Si queréis Valencia, deberéis ganarla vos mismo, y en eso yo os ayudaré, pero ahora soy un caballero al servicio del rey de León y de Castilla, y si la ganara por mí, debería entregarla a mi rey.

—Me disgustan esas palabras tuyas, Rodrigo. Durante más de cinco años fuiste nuestro campeón en Zaragoza y tu fama y tu riqueza se deben sobre todo a esos años. Nos debes mucho —dijo al-Mustain.

—Ambos nos debemos mucho, majestad. Es cierto que mi servicio a vuestro padre me reportó fama, riqueza y fortuna, pero mis hombres y yo mismo hemos vertido mucha sangre por ese servicio; habéis heredado un gran reino gracias a vuestro abuelo y a vuestro padre, pero gracias también al temple de nuestras espadas, no lo olvidéis. No obstante, vuestra ayuda en esta campaña bien merece una recompensa. El castillo de Murviedro podría compensar vuestro esfuerzo. Os prometo que si lo conquistamos, será para vos.

Al-Mustain repasó sus tropas; apenas eran doscientos jinetes frente a los casi dos mil soldados de la hueste de Rodrigo. El rey de Zaragoza no podía hacer otra cosa que retirarse a su reino y esperar a que el Cid le entregase Murviedro.

Al-Qádir se mantuvo recluido en su ciudad, agazapado como un conejo en su madriguera en tanto los zorros merodean en los alrededores en busca de un hueco por donde atraparlo. Nosotros nos dedicamos a saquear el territorio del castillo de Murviedro, ante la imposibilidad de conquistar semejante fortaleza, que los antiguos llamaron Sagunto. Creíamos que acabando con la resistencia de las aldeas de los alrededores y cortando los suministros, Murviedro caería como un higo maduro, pero no fue así. El alcaide entregó el castillo al rey de Lérida, que se había alejado de Valencia para instalarse a una distancia no muy grande y que se apresuró a tomar posesión de la fortaleza.

Aquel golpe de mano desorientó a Rodrigo, que no sabía muy bien qué hacer, si atacar al de Lérida, si ocupar Valencia o si mantenerse a la espera de acontecimientos. Decidió recabar la opinión del rey Alfonso y envió a unos mensajeros a Castilla. Entre tanto, los tres reyes musulmanes, el de Valencia, el de Zaragoza y el de Lérida, remitían continuos mensajes a Rodrigo prometiéndole grandes riquezas en caso de que decidiese entregar la ciudad a cualquiera de los tres.

En la carta que dirigió a don Alfonso, Rodrigo le decía que su mayor interés estaba en mantener su mesnada en tierras de moros a costa de ellos, sin que le supusiese una sola moneda al rey de León y de Castilla. Aseguraba que mientras su riqueza procediera de los musulmanes, éstos serían cada vez más débiles, lo que significaría una mayor facilidad para la conquista de estas tierras y su incorporación a la cristiandad.

Rodrigo pretendía seguir en tierras de Valencia con sus propios recursos, viviendo del botín y del saqueo, debilitando a los musulmanes a costa de empobrecerlos mediante el pago de tributos. Don Alfonso, qué otra cosa podía hacer, autorizó a Rodrigo a continuar en Levante y le confirmó la cesión de los derechos de conquista de cuantas tierras pudiera ganar.

Instalados en Requena, desde donde dominábamos la ruta entre Valencia y Toledo, asolamos varias aldeas, cobramos tributos, recaudamos dinero, caballos y joyas, imponiendo nuestras armas a cualquier otra razón de justicia o de piedad. Rodrigo quería demostrar que él solo era capaz de ganar el pan para sus hombres, sin depender del oro de ningún soberano, y de que sus mesnadas podíamos subsistir en terreno hostil con la sola garantía de nuestras aceradas espadas, nuestra sólida voluntad y nuestra acreditada pericia. Para la mayoría de aquellas gentes que sufrían nuestra presión no éramos sino bandoleros disfrazados de caballeros, ávidos de oro, sangre y botín, pero para unos pocos significábamos el espíritu de libertad y de independencia que nadie podía encarnar mejor que Rodrigo, y eran éstos los que se acercaban hasta el Campeador para pedirle que los dejara unirse a su hueste, y los que lo servirían con lealtad hasta la muerte.

El Cid decidió que era hora de regresar a Castilla, una vez que había sometido de nuevo a al-Qádir a vasallaje y garantizado el cobro de las parias; Rodrigo, seguro de que pasara lo que pasara sería capaz de mantener a sus hombres sin necesidad de recurrir a vender sus servicios a otro monarca, como se viera obligado a hacerlo tras el destierro, consideró que ése era el momento oportuno para aparecer en la corte cargado de triunfos y de oro y tal vez conseguir al fin el título condal que tanto anhelaba. Dejamos una guarnición al cuidado del castillo de Requena y otra en Valencia para defenderla de los leridanos y volvimos a Castilla.

Un atardecer, mientras caminábamos hacia Burgos por las nevadas parameras de Molina, Rodrigo me confesó sus anhelos:

—Ser conde, Diego, ser conde. Mi padre se dejó la piel y la vida luchando por Castilla y sólo consiguió el señorío de algunas aldeas en torno a Burgos. Honraré su memoria si logro para su linaje la dignidad condal. Don Alfonso me necesita más que nunca. Con los almorávides al otro lado del Estrecho, dispuestos a regresar para obtener una nueva victoria, nuestra presencia en Levante es imprescindible para sostener la defensa de León y de Castilla. ¿Qué es lo que deseo?: «el condado de Valencia» y cierta autonomía para seguir luchando, sin límite, siempre hacia el sur, siempre hacia el fulgor luminoso de Sirio.

Rodrigo se volvió para señalarme la estrella más brillante del firmamento otoñal, Sirio, la única que a esa hora lucía en el cielo azulado, rivalizando en belleza y brillo con Venus.

Durante el último mes del otoño y el primero del invierno recorrimos las nuevas heredades de Rodrigo, yendo de una a otra para recibir el vasallaje de los tenentes de cada uno de los castillos y dándoles instrucciones para la recaudación de las rentas, cuestión en la que, tras varios años de hacerlo para los reyes de León y de Zaragoza, nos habíamos convertido en verdaderos maestros.

Alentados por la nueva situación propiciada por el desarrollo de las ciudades y el comercio, los campesinos se habían aprestado a roturar bosques y a desecar lagunares para ampliar sus campos de cultivo ante las crecientes demandas de alimentos de las gentes que poblaban las ciudades. La producción agrícola de la mayoría de los feudos del Cid era mayor que la que podíamos consumir cuantos vivíamos en esos feudos, y por ello pudimos destinar la parte sobrante a abastecer los mercados de Burgos, Nájera, Sahagún e incluso de León. Con el dinero obtenido compramos caballos gallegos y asturianos y armas toledanas en Burgos y fortificamos con nuevas defensas los castillos más al sur, los más cercanos a la frontera.

Una vez más, algunos nobles gallegos volvieron a sublevarse. Galicia es una región de horizontes quebrados, con ásperas montañas y valles brumosos cubiertos de bosques casi impenetrables, y los gallegos son gentes independientes y austeras, pegados a la tierra como las raíces de sus castaños.

Encabezaba esta rebelión uno de sus nobles más poderosos, el conde Rodrigo Ovéquiz, quien, como antes nosotros, también había tenido que exiliarse en Zaragoza, donde había vivido bajo la protección de sus reyes aunque sin prestarles servicios militares. Tras la derrota de Sagrajas y la debilidad que mostró don Alfonso, el conde Ovéquiz decidió regresar a Galicia y promover la rebelión contra el rey, acusándolo de ser un usurpador del trono.

Pero este conde no quería reintegrar la legalidad ni reparar injusticias, sino aprovecharse de las circunstancias. Todos nos quedamos con la boca abierta y los ojos en blanco cuando nos enteramos de que Ovéquiz había enviado una embajada al rey Guillermo de Inglaterra, el duque normando que atravesó el canal de la Mancha para

conquistar esa isla, ofreciéndole el trono de Galicia. Pero el rey Guillermo murió al poco tiempo y los planes de Ovéquiz quedaron en nada. Fracasada su intentona, el conde se refugió en su fortaleza de Ortigueira, en el extremo norte de Galicia, a orillas del mar Cantábrico.

En los campos de Vivar verdeaban los trigos y la primavera quería despertar entre las frías madrugadas de marzo. Rodrigo estaba inquieto; se movía de un lado a otro con grandes zancadas, firmes y amplias, parecía uno de los leones encerrados en las jaulas del palacio de la Alegría de Zaragoza. Tal vez se sintiera como ellos, prisionero en sus señoríos de Castilla. Rodrigo no era un hombre común. Cualquiera de los infanzones de la corte envidiaba su situación; era el primero de todos ellos, el rey lo colocaba al lado de los magnates y todos estaban convencidos de que don Alfonso acabaría concediéndole la dignidad condal, pues nadie atesoraba más méritos que el Campeador para optar a semejante honor.

Cuántos hombres hubieran querido disfrutar de una situación semejante: gobernar feudos, dirigir una gran mesnada, participar en las curias al lado del rey, disfrutar de una esposa como Jimena y de tres hijos sanos y fuertes... La vida de Rodrigo hubiera sido la de un vasallo ejemplar... si su espíritu inquieto no le hubiera empujado un paso más allá. Cantan ahora los juglares por calles y plazas que fue un gran caballero, leal y fiel vasallo de su rey, pero tal vez cantan así porque no lo conocieron. Es notable cómo se alteran los hechos de la vida de los grandes hombres cuando éstos ya han muerto y no queda nadie para desmentir lo que unos inventan y fabulan para deleite de los que escuchan.

Rodrigo era uno de esos escasos hombres que surgen de siglo en siglo y que poseen un alma indómita, una voluntad sólida como una montaña de granito y una fe tal en sí mismos que pueden alcanzar cuantos logros se proponen. En mi larga vida yo sólo he conocido a dos de ellos: uno era Rodrigo, mi señor, y el otro al-Mutamin, el rey musulmán de Zaragoza: almas gemelas a las que el destino deparó un final parejo.

El rey de León seguía muy preocupado por los almorávides. No entendía por qué tras la batalla de Sagrajas su emir se había retirado a África sin recoger los frutos que esa victoria le hubiera propiciado. Don Alfonso sólo encontraba una justificación, y es que Yusuf ibn Tasufín se hubiera marchado para preparar un mayor contingente de tropas para atacar a la Península y acabar con los reinos cristianos. La muerte del heredero almorávide no había parecido suficiente explicación para la retirada.

Sus consejeros le habían asegurado que los almorávides eran una secta de fanáticos compulsivos que habían jurado por sus vidas extender el islam por toda la tierra. Alguno de los sabios astrólogos de Toledo decía que esta secta pretendía lograr lo que no habían conseguido sus antepasados que atravesaron el Estrecho hace ahora cuatrocientos años: llegar hasta Jerusalén recorriendo toda Europa y así conquistar todos los países mediterráneos. Yo he visto algunos mapas del mundo conocido en los códices de los monasterios, y no sé cuán grande pueda ser, y creo que los almorávides tampoco lo saben, pues ¿quién puede siquiera imaginar hasta dónde alcanzan los confines del mundo?

Finalizaba el invierno y don Alfonso preparaba desde Toledo la defensa de la frontera ante el previsible ataque de los almorávides. El rey reclutaba soldados, fortificaba castillos, construía murallas y nombraba merinos y alcaides para gobernar las tierras amenazadas y mantener las fortalezas atendidas.

Mi señor me dejó al cargo de sus asuntos en Vivar y se acercó hasta Toledo, donde el rey reclamaba el consejo de sus nobles. Allí permaneció tres semanas. Lo vi partir alegre y confiado, sin duda esperando una vez más que en esa curia de Toledo don

Alfonso lo nombrara conde, pero regresó callado y ojeroso. Había firmado documentos al lado de su soberano, pero detrás de los condes leoneses y castellanos.

Como todos esperábamos, y temíamos, Yusuf ibn Tasufín desembarcó en Algeciras a principios del mes de mayo. El rey estaba en campaña por tierras del sur, pero no tardó demasiado en enviarnos a Vivar un mensaje en el que nos reclamaba ayuda ante la amenaza de los almorávides. Rodrigo pareció cobrar nueva vida; dejó a Jimena y a los niños al cuidado de una docena de caballeros y convocó a toda su mesnada, reclutando nuevas tropas con dinero que le envió el propio rey don Alfonso.

Tres mil hombres formábamos en el arenal de Burgos aquella mañana de fines de mayo. El sol lucía con fuerza y calentaba nuestras celadas de hierro y nuestras cotas de malla. Rodrigo pasó revista a los batallones formados tras sus capitanes galopando sobre su corcel de guerra. Se detuvo frente a la hueste, tal vez la más numerosa y aguerrida que jamás vieran estos páramos, y estuvo un buen rato contemplándonos. Algunos de los soldados se miraban entre expresiones de extrañeza y otros murmuraban sobre qué estaría aguardando Rodrigo. El murmullo fue creciendo hasta que un rumor se extendió por todas las filas. Entonces, el Campeador levantó su espada, señaló hacia el sur y ordenó iniciar la marcha.

—Don Alfonso me ha ordenado que defienda las fronteras orientales ante los almorávides. Es una buena oportunidad para volver a Valencia. El rey de Zaragoza ha buscado nuevas alianzas con el conde de Barcelona, su viejo enemigo, a cambio de una buena cantidad de oro. Ambos se han dirigido a Valencia; si mantienen el asedio durante varios meses, al-Qádir acabará entregándoles la ciudad y eso sería para nosotros una catástrofe. Imagino que el rey de Lérida estará muy enojado por la traición de su antiguo aliado el conde barcelonés. Iremos hasta Valencia para socorrer a al-Qádir y asegurar la ciudad, sólo así podremos detener a los almorávides si se deciden a avanzar por el este —me dijo Rodrigo poco después de salir de Burgos camino del Duero.

En cinco etapas, tras agotadoras jornadas de marcha aprovechando los largos días de finales de primavera, llegamos a Calamocha. Acampamos allí el día de Pentecostés y lo celebramos con un festín de carne de ovejas que habíamos requisado en nuestro camino hacia el sur.

De nuevo estaba ante nosotros el alto poyo en medio de la llanura del Jiloca. Rodrigo lo miró, se volvió hacia mí y me dijo:

—Mañana comenzaremos la construcción de un castillo en lo alto de ese poyo. Si los almorávides quieren hostigar Castilla desde Levante, esta fortaleza los detendrá.

Y así lo hicimos. Apenas había amanecido, Rodrigo ya estaba preparado, con su espada siempre al cinto y sus guantes colgando del cinturón de cuero remachado con tachuelas de plata que su esposa le había regalado poco antes de partir.

Más de quinientos hombres iniciaron el ascenso de la empinada ladera del poyo provistos de picos, palas, azadones, cedazos, barrenos, odres y cántaros de agua.

Sobre la cumbre del cerro, mientras los hombres descansaban tras la dura subida bajo un sol cada vez más inclemente, Rodrigo indicó cómo debería ser el nuevo castillo:

—En el centro, aquí en lo más alto, construiremos la torre, de al menos quince pasos de lado y veinte codos de alto, y todo en derredor un recinto circular en el que puedan refugiarse no menos de mil hombres.

Odón de Bueña, un maestro alarife que había trabajado en las obras de la catedral de Santa María de Burgos y que se había enrolado con nosotros para huir de un marido celoso que lo había amenazado de muerte, fue quien marcó con una línea de yeso en polvo el trazado del castillo.

De inmediato, los hombres se pusieron a dismantelar las viejas paredes arruinadas de la ciudad que poblaran los antiguos, tal vez en tiempos del Diluvio Universal, pues oí

decir a uno de los trabajadores, un antiguo clérigo que se había unido a nosotros en Fresno de Caracena, que algunas gentes, intentando escapar del Diluvio, se habían refugiado en lo alto de los montes, y aseguraba que aquellas posadas que salían al picar en la cima del cerro eran los restos de aquellos desgraciados que Dios había condenado a ahogarse por no seguir sus mandamientos. Mientras explanábamos la cima para sentar la base del torreón, algunos hombres encontraron monedas, suelos con mosaicos e incluso algunas tinajas de barro. La mayoría estaban rotas y eran inservibles, pero aún pudimos aprovechar alguna de ellas.

Un caballero que se había educado en la escuela episcopal de Palencia, donde conservaban un ejemplar de la *Historia de Roma* de Tito Livio, nos aseguró que las gentes que habían vivido en aquellas casas ahora arruinadas no eran de la época del Diluvio, sino del Imperio romano, pues en esas monedas que encontramos podían leerse todavía los nombres de algunos de los emperadores, y es bien sabido que, como se asegura en la Biblia, los tiempos del Diluvio precedieron en muchos años a los del imperio de Roma.

Trabajamos deprisa divididos en dos turnos de quinientos trabajadores, y la cima del poyo fue cobrando otro aspecto: a los tres días de comenzar los primeros desmontes, la base del castillo ya estaba preparada para recibir las primeras piedras. Subir el agua fue la tarea más pesada, pues había que traerla desde las fuentes al pie del cerro o desde el río Jiloca; en cambio, la piedra la obteníamos sin ninguna dificultad allí mismo, pues no sólo el cerro era de roca, sino que las paredes de las casas arruinadas estaban levantadas con rocas, las más duras simplemente careadas y otras más blandas y porosas perfectamente labradas.

Poco a poco, como una mariposa saliendo del capullo de la crisálida, los muros del castillo fueron creciendo como un collar de eslabones de plata, con la torre en el centro, en lo más alto, como el pezón erecto del pecho de una joven muchacha.

Cuando se colocó la última piedra sobre el torreón, le pregunté a Rodrigo qué estandarte quería que ondeara sobre las almenas.

—El del león —me contestó con la mirada puesta en la amplia llanura en dirección al sur.

—¿El del reino de León? —le pregunté extrañado.

—No, he dicho el del león, el que me entregó al-Mutamin en Zaragoza tras nuestra victoria en Almenar.

—Esa enseña no es la del rey de León.

—Ya sé que no lo es, Diego, conozco muy bien el estandarte que yo porté durante el reinado de don Sancho; ¿lo has olvidado?

—En ese caso, ¿en nombre de quién tomáis posesión de este cerro y de su castillo?

Rodrigo meditó un buen rato la respuesta, apoyó sus manos sobre el muro, alzó la cara al cielo, tomó aire y me respondió:

—En el nombre de Dios... y en el mío propio.

Y aunque hacía tiempo que imaginaba los anhelos de Rodrigo, fue en ese momento cuando comprendí que nunca más obedecería a otro señor que a él mismo; lo supe al contemplar sus ojos castaños que parecían dotados de luz propia, sus labios finos apretados, su mandíbula firme y sus poderosas manos asidas al pretil como a la vida.

Estábamos solos en medio de la nada, entre Zaragoza y Valencia. Al frente teníamos el pequeño reino de Albarracín, en cuyas tierras, o al menos en tierra que para sí reclamaba su rey, nos habíamos establecido.

Temeroso de que atacáramos a su pequeño reino, recibimos una visita de un mensajero del rey Abd al-Malik de Albarracín que nos anunciaba la disposición de su monarca para acordar una paz perpetua con Rodrigo y nos ofrecía amistad eterna. Siempre he admirado la retórica de aquellos reyezuelos musulmanes que hablaban con la grandilocuencia de los califas, se contorneaban con el orgullo de los poetas y se vestían con las sedas y los oropeles de los emperadores.

El Campeador mostró al mensajero su buena disposición a la entrevista que quedó fijada para la semana siguiente en Calamocha, al pie del castillo del Poyo.

Abd al-Malik apareció ataviado como un pavo real, lleno de plumas, collares y broches de oro y piedras preciosas. Este soberano tenía entonces más de sesenta años. Sus facciones denotaban su origen bereber, pues era de rostro enjuto y cetrino, de labios finos y bien perfilados, nariz aguileña y dientes separados los unos de los otros; reía a destiempo, hablaba más de la cuenta y demostraba una ignorancia impropia de un ser de su estirpe y su posición. Sus miembros relajados y sus ojos vacíos denotaban indolencia, tal vez desgana por los asuntos reales; no obstante, el tono de su voz era similar a la de los pícaros que abundan cada día más en las ciudades. Debía de creer de sí mismo que era un seductor, pues hablaba como si sus palabras fuesen arrullos, y no desaprovechaba ninguna oportunidad para declamar alguno de sus poemas, tan vacíos y faltos de gracia que tiempo después leí en alguna crónica decir de ellos que eran «cual cuerpos sin alma, cual noches sin alba».

Todavía hoy sigo sin comprender cómo un personaje como aquél fue capaz de regir un reino hasta su muerte. Por mucho menos, soberanos más versados en el arte de gobernar han sido depuestos y decapitados. Pero aunque no entiendo cuál pudo ser, alguna gracia especial de la Divinidad debía de tener Abd al-Malik para que muriera plácidamente en la cama de su alcazaba de Albarracín a los ochenta años, tras sesenta ininterrumpidos de reinado.

—Mi reino es pequeño y pobre —dijo Abd al-Malik—, nada podéis ganar en él, mas si pasáis de largo y nos dejáis en paz en nuestras sierras y con nuestros ganados, os daremos regalos y os colmaremos de honores.

—¿Cuánto podéis pagar? —le preguntó Rodrigo.

—Somos pobres —asentó Abd al-Malik.

—A la vista de vuestras ropas y de vuestras joyas no lo parece.

—Un rey debe serlo pero también parecerlo.

—Diez mil dinares estaría bien; a pagar cada año, después de la cosecha.

—Es una elevada suma, demasiado dinero —alegó el rey de Albarracín.

—No para vos. He oído decir que vuestro padre pagó tres mil dinares por una esclava cantante.

—¡Ah!, aquellos tiempos... Entonces Albarracín era un reino rico y poderoso, pero ahora estamos rodeados de enemigos que nos hostigan por todas partes y somos más pobres. Fijaos en esas tierras —Abd al-Malik señaló hacia unas montañas al sur—, sólo sirven para sostener unos cuantos rebaños de cabras y de ovejas. No tenemos otros bienes que nuestra libertad, y si la perdemos, ¿qué nos quedaría?

El de Albarracín hablaba como si estuviera dirigiéndose a un auditorio de colegiales en una clase de retórica; entre frase y frase hacía una larga pausa, con estudiadas cadencias entre las palabras.

Rodrigo comenzaba a impacientarse.

—Si no estáis dispuesto a pagar diez mil dinares por vuestra libertad, es que la valoráis en muy poco, y en ese caso nada os penará perderla —dijo Rodrigo.

Abd al-Malik se atusó la barba y mudó el rostro. Su representación no había servido de nada, pero todavía insistió:

—Haciendo un gran esfuerzo, quitándonos parte de la comida de la boca, podríamos entregaros cinco mil dinares.

—De acuerdo —asentó Rodrigo.

Los ojos del rey de Albarracín parecieron iluminarse y sus labios dibujaron una sonrisa plena de satisfacción, pero volvió a mudar el rostro cuando oyó al Campeador que apostillaba:

—Cinco mil dinares cada seis meses, el primer pago en abril y el segundo tras la cosecha.

—Pero vos, habéis dicho que... —balbució Abd al-Malik perdiendo su compostura.

—Es un precio muy escaso por vuestra libertad... y por vuestro lujo.

Abd al-Malik bajó la cabeza, cogió con su mano un collar de oro y rubíes, lo acarició como si del cabello de una de sus esposas se tratara y asintió en el pago.

Albarracín estaba sometido. No era para nosotros ningún peligro, pues su ejército apenas estaba integrado por dos o tres centenares de caballeros, pero era mucho mejor tener a Abd al-Malik de nuestro lado, o al menos, en una situación neutral, sobre todo porque la capital de la taifa estaba ubicada en una enriscada posición casi imposible de conquistar y dominaba una de las vías de comunicación desde Levante hacia Castilla, que podría sernos muy útil en cualquier momento.

Rodrigo actuaba día a día con mayor independencia. Casi todas las noches nos reunía a sus capitanes en el torreón del Poyo y a la luz de las brasas en las que se asaba un cordero nos daba las instrucciones a seguir en cada momento.

Su plan consistía en socorrer a al-Qádir y levantar el asedio al que el rey de Zaragoza y el conde de Barcelona habían sometido a Valencia, y así nos lo explicó. Habíamos hecho del castillo del Poyo una fortaleza magnífica y Rodrigo no estaba dispuesto a abandonarla. No podíamos dejarla desasistida, pues ahora que se había demostrado su valor estratégico, otros, el rey de Zaragoza o el de Albarracín, podrían ocuparla. Por ello, antes de partir hacia Valencia, dejamos en el Poyo una guarnición de un centenar de hombres, los más cansados y viejos, y algunos enfermos.

Los demás avanzamos Jiloca arriba hacia el sur. A nuestro paso los habitantes de las aldeas se refugiaban en sus casas o se marchaban a esconderse a las colinas cercanas con sus rebaños y sus enseres. No sabían que en absoluto nos interesaban sus menguadas propiedades y sus míseros bienes. Les requisábamos la comida y el ganado, pues aquellas pobres gentes apenas nada más poseían, y algunos de nuestros hombres se propasaban con las muchachas más jóvenes. Tal vez por mi estancia en el monasterio y por las enseñanzas y disciplina allí recibidas, mi ánimo seguía rechazando aquel comportamiento de nuestros hombres, para mí repugnante, y si de mí hubiera dependido lo hubiera prohibido, pero Rodrigo insistía en que sus soldados necesitaban desfogar sus calenturas y que en las guerras siempre habían sido las cosas así.

—Un hombre con la entropierna satisfecha es más obediente —solía repetirme una y otra vez cuando yo le insinuaba, lo que sucedía a menudo, mi rechazo a las violaciones.

En nuestro camino hacia Valencia sometimos el castillo de Jérica y la ciudad de Segorbe y nos hicimos fuertes en una aldea llamada Torres, cerca de Murviedro, a las mismas puertas de la llanura de Valencia.

Berenguer Ramón de Barcelona y al-Mustain de Zaragoza estaban apostados ante las mismas puertas de Valencia. Habían fortificado dos castillos en Liria y en un altozano a unas pocas millas al norte de la ciudad en el poyo de Yuballa, que los cristianos pronto denominamos como de Cebolla.

Cuando se enteraron de que Rodrigo había acampado a unas pocas millas al norte de la ciudad, cundió la desazón entre ambos soberanos. Los dos sabían lo formidable que era el Campeador en la batalla: el barcelonés porque lo había sentido en sus propias carnes cuando fue derrotado y preso en Almenar, y el zaragozano porque había comprobado la pericia de Rodrigo y la preparación de su hueste durante los meses que estuvimos a su servicio en Zaragoza.

Algunos de los capitanes de Rodrigo le aconsejaron que atacara de inmediato a los sitiadores antes de que se repusieran de la sorpresa por nuestra aparición. Pero Rodrigo calculaba siempre las acciones a desarrollar con sumo cuidado y, aunque los romances que ahora narran sus hazañas nada dicen de su prudencia y sí mucho de su valor, el Campeador siempre se mostró partidario de la negociación antes que de la pelea.

Durante varios días, emisarios de uno y otro señor celebraron reuniones cruzadas en un auténtico caos de pactos, acuerdos y desencuentros. Las alianzas habían cambiado: ahora el rey de Zaragoza cabalgaba al lado del conde de Barcelona y Rodrigo entabló relaciones amistosas con el rey de Lérida.

Pese al asedio de zaragozanos y barceloneses, al-Qádir resistía encerrado tras los altos muros de Valencia. Lo imagino desesperado, a punto de entregar la ciudad a cambio de que respetaran su vida y sus riquezas, dispuesto a vender a sus propios súbditos a cambio de su seguridad. Pero nuestra presencia le devolvió la esperanza perdida.

Yo mismo fui el encargado de llevar el mensaje de Rodrigo al conde de Barcelona. Berenguer Ramón estaba apostado en el arrabal de Cuarte, frente a la puerta de Valencia. Me recibió delante de su tienda, bajo su estandarte rojo con cinco escudos plateados. Parecía sereno y dispuesto a alcanzar un acuerdo honroso.

Lo saludé inclinando mi cabeza y le dije:

—Señor conde, don Rodrigo Díaz os pide que pongáis fin al asedio de Valencia y salgáis de las tierras de al-Qádir, pues es nuestro rey don Alfonso quien posee los derechos de conquista sobre estas comarcas.

—¿Y si no lo hago? —planteó el conde.

—En ese caso, mi señor se verá obligado a defender al rey de Valencia por ser vasallo del rey de León y de Castilla, a quien sirve don Rodrigo.

—No toméis en cuenta las amenazas de ese pretencioso perro castellano, señor —intervino uno de los caballeros catalanes que acompañaban a Berenguer Ramón.

—Es nuestra oportunidad de derrotar a ese mal nacido —terció otro.

Uno a uno, los nobles catalanes que rodeaban a su conde hablaron en contra de cualquier acuerdo con el Campeador y algunos se mofaban de Rodrigo, instando a su señor a que atacara nuestra posición en Torres y vengara la afrenta de Almenar.

Entre tanto, el conde guardaba silencio, escrutaba con la mirada a sus caballeros y permanecía a la espera de que acabaran sus intervenciones. Cuando habló el último de los barones, el conde se volvió hacia mí y me dijo:

—Transmítele a tu señor que en dos días tomaré una decisión. Se lo haré saber con un mensajero.

Volví a inclinarme ante Berenguer Ramón y me retiré ante la torva mirada de algunos de los nobles catalanes que me imprecaban y me insultaban amenazándome con mandarme al infierno la próxima vez que me vieran.

De vuelta a nuestro campamento informé a Rodrigo de lo sucedido en Cuarte.

—¿Crees que el conde se retirará? —me preguntó.

—Todos sus caballeros desean luchar; dicen que no han venido hasta aquí para marcharse sin ningún beneficio, pero el conde tiene el semblante serio y no deja entrever su última decisión.

—En ese caso, debemos estar preparados para el combate.

—No obstante, he visto en sus ojos la duda, y un hombre que duda acaba cediendo. Si no me equivoco, dentro de dos días os solicitará una retirada honrosa.

—Valencia es la clave de todo esto, Diego; sin Valencia no podré lograr mis planes.

Y fue entonces cuando entendí: Rodrigo no quería defender Valencia para salvaguardarla para don Alfonso, quería Valencia para sí. El Campeador estaba harto de luchar para otros, ya era hora de hacerlo para sí mismo.

El mensajero de don Berenguer Ramón acudió a nuestro campamento el día previsto. Rodrigo sonrió cuando le oyó decir que el conde de Barcelona se retiraría de Valencia, pero que lo haría atravesando nuestras líneas entre Torres y Segorbe. Berenguer quería demostrar a sus caballeros que no tenía miedo al Campeador. El Cid aceptó la condición del conde y el ejército barcelonés, con los restos que habían quedado de los zaragozanos, cruzó ante nuestras posiciones enarbolando sus estandartes al viento y cantando canciones que hablaban de victorias y de hermosos valles verdes entre elevadas montañas.

En cuanto se retiraron, nos dirigimos a Valencia. Todavía no habíamos avistado siquiera las murallas de la ciudad cuando vino a nuestro encuentro una delegación valenciana cargada de regalos para nosotros, a quienes nos consideraban como sus libertadores.

Entramos en Valencia entre las aclamaciones de las gentes que se habían agolpado para ver al Campeador y para festejar el final del asedio. En presencia de al-Qádir, que se mostraba tan sumiso ante Rodrigo que parecía más un siervo que un rey, el Cid adujo el documento por el cual don Alfonso le concedía libremente cuantas tierras pudiera conquistar en tierras de moros y todos sus derechos.

—En adelante me entregaréis mil dinares mensuales de las rentas de la ciudad de Valencia y los alcaides de los castillos de todo el reino me pagarán las mismas cantidades que estaban entregando hasta ahora al rey de Castilla o al conde de Barcelona. A cambio de esas parias, mi espada y mis hombres os protegerán de cualquier agresor que ose venir contra vosotros, sea musulmán o cristiano —zanjó Rodrigo.

Entre los acuerdos pactados, escritos y rubricados en pergamino con al-Qádir, Rodrigo se reservaba el poder residir dentro de la ciudad, vender sus excedentes en los mercados sin traba alguna e incluso disponer de almacenes dentro de las murallas de Valencia y en el arrabal de Alcudia para guardar alimentos para sí y para sus hombres. El Campeador se convertía de hecho en el soberano de la ciudad y de su reino. En esos mismos días también entró en parias el alcaide del poderoso castillo de Murviedro, que hasta entonces había actuado a su propia conveniencia, pactando con unos y otros para mantener su propia autonomía y que incluso había llegado a ofrecerse al rey de Lérida.

No sé si entonces se dio cuenta, pero el Cid había dado el primer paso que lo conduciría por un camino insospechado y que lo iba a convertir en el primer señor independiente de la Península. «Ser su propio señor», un sueño jamás alcanzado hasta entonces por hombre alguno.

Sometidos Albarracín, Valencia y Murviedro y con una buena suma de oro en nuestras arcas, nos dirigimos hacia el interior y nos instalamos en Requena, donde ya lo habíamos hecho el año anterior. Conminamos al reyezuelo de Alpuente, la pequeña taifa al sur de la de Albarracín, a que nos entregara parias y a que reconociera nuestra

protección, pero se negó. Rodrigo no podía consentir que eso sucediera, pues podría ser imitado por los demás, y durante dos semanas asolamos ese pequeño reino, causando tanta destrucción y muerte que incluso los soldados más fieros se asombraron de la saña con la que violaron, hirieron y mataron. Requena era un lugar estratégico para los planes de Rodrigo, pues desde allí dominaba toda la región sobre la que había decidido establecer su dominio.

Fue en Requena donde nos encontró un mensajero de don Alfonso. El rey de León y de Castilla nos avisaba del avance de los almorávides hacia el castillo de Aledo. Hacía ya dos años que el noble García Jiménez se había establecido en Aledo, desde donde no cesaba de realizar algaras contra los musulmanes de Almería, Murcia y Granada. Los reyezuelos musulmanes habían solicitado de nuevo ayuda del emir Yusuf ibn Tasufín para que los librara definitivamente del acoso de los cristianos, y Aledo era el primer objetivo.

En esa carta don Alfonso conminaba al Cid a estar preparado con su hueste a fin de acudir junto a él hasta Aledo para detener a los almorávides. Creo que don Alfonso estaba temeroso. Hacía sólo dos años que había sufrido la terrible derrota de Sagrajas y todavía resonaban los tambores almorávides en el cielo de al-Andalus por la magnitud de la batalla. El rey de León necesitaba todas sus fuerzas en esta ocasión, y sabía que la hueste de Rodrigo era la mejor de cuantas configuraban los ejércitos cristianos.

Aquella noche vi a Rodrigo ensimismado en las llamas azuladas de unos leños que crepitaban al fuego en la torre del castillo de Requena. Comíamos con deleite unos sabrosos filetes de venado aderezados con pimienta, comino y romero y bañados en salsa de almendras, pero Rodrigo tenía su plato lleno; los demás habíamos acabado nuestra ración y el Cid no había probado un solo bocado.

—¿No tenéis apetito? —le pregunté.

—¡Eh! sí, claro —dijo sin convencimiento a la vez que se llevaba a la boca un pedazo de carne que masticó lentamente.

—¿Os encontráis bien? —inquirí.

—¿Qué?

—Que si os encontráis bien —reiteré.

—Perfectamente.

—La cena está estupenda y...

—Tenemos que ir a Aledo.

—¿Cómo decís, señor?

—Que el rey nos espera en Aledo.

No entendí lo que quería decir, pero creo que en su mente se estaba fraguando una pelea entre la obligación de obedecer a su rey y la de seguir su instinto de libertad e independencia.

Ibn Tasufín se dirigió a Aledo, donde García Jiménez se aprestó a resistir hasta que acudiera don Alfonso con tropas suficientes como para levantar el sitio. El emir almorávide convocó en Aledo a todos los reyes andalusíes que lo habían seguido en Sagrajas, y todos lo hicieron salvo el de Badajoz. Pusieron sitio a la fortaleza atacándola con unas máquinas de asedio que había traído el rey de Almería, pero García Jiménez resistía al frente de tan sólo trescientos soldados.

Aledo era por tanto el lugar donde todo hacía pensar que se celebraría una nueva batalla. El Cid decidió avanzar hacia el sur para estar más cerca de Aledo, y desde Requena nos dirigimos hacia Játiva, donde nos fortificamos. Nuestra mesnada estaba compuesta por tres mil hombres, los mejor preparados y los más ardientes soldados de

ese tiempo; si don Alfonso quería derrotar a los almorávides, esos tres mil hombres del Cid eran imprescindibles.

Fue en Játiva donde nos alcanzó un nuevo mensajero del rey. Don Alfonso comunicaba a Rodrigo que estaba presto a salir de Toledo con un poderosísimo ejército de más de diez mil hombres, tal vez el mayor nunca visto en los reinos cristianos. No quería que una nueva derrota como la de Sagrajas supusiera el final de su reino y había reunido todas las fuerzas que había podido convocar.

Nosotros avanzamos una jornada más hacia el sur, y de Játiva fuimos a Onteniente, acercándonos cautelosamente hacia Aledo. Allí nos llegó un nuevo mensaje de don Alfonso, en el que nos decía que lo esperaríamos en *Belliana*, una localidad que identificamos con Villena, pues ninguno de nosotros había estado jamás en esas tierras tan al sur y teníamos que movernos por las informaciones que nos proporcionaban algunos guías musulmanes de cuya lealtad dudábamos. Desconocíamos aquellas comarcas y nada sabíamos de sus caminos, por lo que avanzábamos a ciegas sin un guía fiable que nos allanase las dudas ante la ruta a seguir.

Un cuarto mensajero nos dijo que esperaríamos a que el rey pasara por Villena camino de Aledo y que allí nos incorporaríamos al ejército real. Y así lo hicimos. Nos fortificamos en Onteniente y estuvimos apostados, vigilando los caminos cercanos, enviando espías hacia el sur para que nos dieran cuenta de cualquier posible movimiento de tropas que pudiera atisbarse. Permanecimos varios días esperando en vano a que alguien apareciera con nuevas del rey de León, pero parecía como si la tierra se hubiera tragado al ejército de don Alfonso. Un pastor musulmán nos dijo que hacía dos días había visto a unos caballeros que parecían cristianos cabalgar hacia el este, en dirección a Hellín.

Hacia allí nos dirigimos atravesando la sierra de los Gavilanes, pero cuando nos presentamos en Hellín hacía ya varios días que el ejército cristiano se había marchado. Rodrigo montó en cólera. Un hombre de su temple no suele tener semejantes accesos de ira, pero en aquella ocasión el Campeador gritó y se encanalló como nunca más volví a verlo.

—¡Nos han engañado, nos han engañado! —gritaba como un poseso, tirando por los suelos cuantos objetos tenía al alcance de la mano.

—Ha sido un malentendido, señor —le dije para calmarlo—, don Alfonso lo entenderá.

—Me importa un rábano lo que piense don Alfonso; lo único que me preocupa es que alguien crea que Rodrigo Díaz de Vivar ha rehusado acudir a una batalla por miedo.

Eso era todo: el Campeador estaba furibundo porque su honor y su valentía hubieran quedado en entredicho.

No sé cómo pudo ocurrir, y todavía no he podido averiguarlo tantos años después, pero sigo creyendo que alguien nos engañó y nos distrajo haciéndonos esperar en Onteniente mientras el ejército del rey Alfonso pasaba por Villena camino de Aledo. No puedo asegurarlo, pero algo me dice en lo más profundo de mi corazón que fueron ciertos nobles castellanos y leoneses quienes tramaron ese engaño para que Rodrigo cayera de nuevo en desgracia a los ojos del rey. Esos nobles sabían que si Rodrigo luchaba al frente de sus hombres y conseguía vencer a los almorávides en Aledo, el rey Alfonso le concedería al fin la dignidad condal, y estaría a su misma altura, y en ese caso ya nadie sería capaz de disputarle el primer puesto entre los barones de Castilla.

Ocurrió que, mientras nosotros estábamos esperando en Onteniente, el ejército de don Alfonso había llegado hasta Aledo, de donde Yusuf ibn Tasufín se había marchado sin presentar batalla. El emir almorávide se hartó de las disensiones de los taifas y creyó oportuno retirarse a África antes que sufrir una derrota ante las disensiones del ejército

musulmán. Rodrigo siguió tras las huellas de don Alfonso por Molina de Segura, cerca de Murcia, y Elche, con la única idea de demostrar que su retraso no había sido por cobardía, sino por un error, o tal vez por un engaño.

Nos habían engañado de nuevo. El rey se había dirigido hacia Toledo y allí sus principales consejeros le instaron a que rompiera toda relación con Rodrigo, al que incluso acusaron de obrar en connivencia con los almorávides.

En Elche, una deliciosa ciudad de clima suave y extensos palmerales, Rodrigo se sintió desalentado. Algunos hombres de su mesnada no entendían por qué habíamos aguardado tanto tiempo en Onteniente y no habíamos acudido antes a la defensa de Aledo; muchos de aquellos hombres tenían amigos y parientes entre los defensores de esa fortaleza y recelaron de las verdaderas intenciones de Rodrigo.

El Campeador se enteró del malestar de algunos y optó por darles explicaciones a todos. Nos reunió en una amplia explanada que se abría entre dos palmerales, y nos habló:

—Sé que entre algunos de vosotros cunde la desazón por lo ocurrido. No quiero justificar mi actitud, pues nada tengo de qué avergonzarme. Me conocéis bien, algunos hace ya veinte años que estáis a mi lado y sabéis que jamás os he fallado. Me consta que el rey don Alfonso está enojado porque no he acudido a su llamada, pero Dios es testigo de que no ha sido por mi falta de voluntad, sino por un malentendido o tal vez por una conspiración. Sois los hombres más leales que jamás haya tenido señor alguno, y por eso mismo, mi propia lealtad hacia vosotros me obliga a daros esta explicación, que espero aceptéis.

»Acabo de enterarme de que el rey planea una dura condena contra mí. Yo no quiero que seáis responsables de mis errores; por ello, el que desee volver a Castilla lo puede hacer con plena libertad, y si algún juramento de vasallaje tuviera conmigo, quede liberado de él para siempre. A los que decidan marcharse, nada les reclamaré y nada les reprocharé.

Todos los hombres guardaron silencio, algunos con los rostros hacia el suelo, como avergonzados por la decisión que iban a tomar. Muchos de ellos tenían propiedades y familia en Castilla y temían por lo que les podía ocurrir si decidían permanecer al lado del Campeador.

—Los que quieran regresar, que den un paso al frente —grité cuando me lo indicó Rodrigo.

Más de cien hombres lo hicieron. Algunos de manera decidida, sin dudar, otros más despacio, como temerosos de lo que pudiéramos pensar de ellos Rodrigo y los que habíamos optado por permanecer con él.

—Entrégales cinco dinares a cada uno y que se vayan en paz —me dijo el Cid.

—Tal vez don Alfonso comprenda...

—No es tan fuerte como su hermano Sancho, pero es un monarca enérgico y decidido. No puede pasar por alto la afrenta que cree que he cometido hacia él; guarda en su espíritu la ira regia de su abuelo don Sancho y de su padre don Fernando.

Y así fue.

Los cortesanos, encabezados por el conde García Ordóñez y por su cuñado Álvaro Díaz de Oca, no cesaron de acusar a Rodrigo de cobarde, traidor y felón durante todo el viaje de regreso del rey a Toledo. Don Alfonso era un hombre ecuánime, pero su faz mudaba cuando le sobrevenían los terribles accesos de ira tan propios de los reyes de su estirpe navarra. Al fin, abrumado tal vez por las presiones de sus cortesanos, dio crédito a tanta insidia y condenó al Cid.

Promulgó un terrible edicto por el cual desposeía al Campeador de todos los castillos, propiedades, rentas y honores que poseía en Castilla, le confiscó todos sus

bienes y apresó a su mujer y a sus hijos, que moraban entonces en el castillo de Ordejón. Las casas y castillos del Campeador fueron despojados de todos sus muebles, ropas y riquezas, de los que el rey se incautó.

El edicto acababa llamando traidor al Cid.

Capítulo XVIII

Rodrigo me envió a Toledo para que explicara al rey Alfonso el motivo de nuestra ausencia en la campaña de Aledo. Cabalgué con dos escuderos todo lo deprisa que pude, reventando caballos y hurtando tiempo al sueño y al descanso. Era el mes de diciembre y hacía un tiempo frío y brumoso que nos calaba hasta los huesos, como esa fina lluvia de Galicia que cae día tras día sin cesar.

Don Alfonso me recibió en el alcázar de Toledo, aunque antes me hizo esperar dos días, que pasé aguardando a que su majestad me concediera el permiso para explicarme.

El rey tenía unos cincuenta años y, aunque su cuerpo era todavía fuerte y nervudo, aparentaba algunos más porque su cabello y su barba eran totalmente canos. Me incliné y le ofrecí mis respetos, pero él apenas me prestó atención; se limitó a sentarse en un trono de madera engastado con hebras de oro y plata y, con un displicente gesto de la mano, me indicó que hablara.

—Majestad —le dije—, vengo en nombre de Rodrigo Díaz, vuestro más fiel vasallo y servidor, sobre quien tantas injurias y mentiras se han vertido. Don Rodrigo afirma ser inocente de la acusación de traidor y me envía para retar en su nombre a duelo en un juicio de Dios a todo aquel que se atreva a acusarlo de semejante felonía; luchará con sus propias manos contra cualquiera que mantenga esas falsedades.

Don Alfonso ni me miró, ni siquiera sé por qué me recibió aquel día; tal vez lo hiciera porque alguno de sus consejeros juristas se lo recomendara, o porque no tenía otra cosa mejor que hacer. Quizá ni escuchara mi intervención, que había preparado durante todo el camino.

El canciller se acercó hasta mí y me pidió que saliera de la sala.

—Pero si su majestad no me ha respondido nada —objeté.

—Lo hará en su momento. Ahora salid.

Y me fui del alcázar con la sensación de haber hablado a las paredes. Volví al día siguiente para recabar noticias, pero nada me comunicaron. Al fin, dos días más tarde, me recibió el canciller en unas dependencias de la planta baja del alcázar.

—Su majestad no quiere volver a oír nada más de don Rodrigo. Mantiene los cargos de felonía y traición contra vuestro señor y la pena de destierro, así como la confiscación de sus bienes y de sus feudos. Ahora bien, teniendo en cuenta sus anteriores servicios, permite que doña Jimena y sus hijos queden libres para reunirse con él.

Quise replicar al canciller, pero éste se limitó a alargarme un pergamino donde se contenía la ratificación de los cargos contra Rodrigo y la libertad para doña Jimena y sus hijos.

—¿Puedo ir en busca de doña Jimena? —le pregunté.

—Haced lo que os plazca, contra vos no existe ninguna acusación. Aquí tenéis el documento para su liberación.

Ordené a uno de los dos escuderos que me habían acompañado que regresara deprisa a Elche y que le contara a Rodrigo cuanto había sucedido en Toledo. En compañía del otro escudero, me dirigí a Burgos para brindar protección a Jimena en espera de que llegaran instrucciones del Campeador.

El merino de Burgos me hizo entrega de Jimena y de los hijos del Cid cuando le presenté el documento firmado por el propio don Alfonso y confirmado por el canciller.

La mujer y los niños estaban bien de salud, aunque los cuatro tenían el semblante triste y sombrío. Diego, un muchachito de trece años, no parecía mostrar ningún miedo, pero las dos niñas, similares como dos gotas de agua, se aferraban a las faldas de su madre con los ojos temerosos.

—¡Diego, qué alegría verte! ¿Cómo está mi esposo? —me preguntó Jimena.

—Don Rodrigo se encuentra bien, señora. Os espera en Elche.

—Me han dicho cosas horribles de él.

—No creáis ni una sola de esas mentiras. Vuestro esposo no ha hecho nada de lo que un caballero castellano deba avergonzarse.

—Algunos afirman que traicionó al rey.

—Eso es falso. Quien se atreva a sostener semejante infamia deberá enfrentarse con don Rodrigo en un juicio de Dios. Pero lo que ahora importa es vuestro estado y el de los niños; ¿cómo os encontráis, os han tratado bien?

—Sí. Nos detuvieron en Orbejón y hace unos días nos trasladaron aquí a Burgos. Nos han privado de libertad, pero el trato ha sido correcto.

—Debemos esperar a que don Rodrigo me envíe instrucciones. Entre tanto, os instalaréis en el monasterio de Cardeña con los niños; yo y mi escudero lo haremos en una posada de Burgos.

Llevé a Jimena y a los niños al cenobio de San Pedro y los dejé bajo la custodia del abad. Regresé a Burgos y me hospedé en la posada del Gallo Rojo, en donde le había dicho al escudero que envié a Elche que estaría aguardando sus noticias.

Pasaron varios días en los que no hice otra cosa que cabalgar por los helados campos de Burgos. Volví a recorrer los parajes por los que años atrás cabalgara con Rodrigo, por las aldeas de Vivar, Celadas y Ubierna. Visité a mis parientes y a mi hermano, que seguía al frente de los molinos del Ubierna, ahora propiedad del rey. Pasé con él el día de Navidad y juntos rezamos ante las tumbas de nuestros padres en la pequeña iglesia del pueblo. El olor a pan recién hecho y a las tajadas de tocino cociéndose en la olla con berros y cardo trajeron a mi memoria viejos recuerdos de la infancia; y lloré por no ser capaz de dibujar en mi mente los rasgos de los rostros de mis padres, que con el paso del tiempo se habían difuminado como el humo en el aire.

Era el día de Año Nuevo; la noche anterior había nevado más de un palmo y los niños jugueteaban tirándose bolas de nieve en la ribera del Arlanzón. Mi escudero y yo comíamos en la posada un reconfortante caldo de verduras con carne y un pan anisado. Los seis caballeros entraron en la estancia y enseguida nos localizaron.

—¡Don Diego! —exclamó uno de ellos.

—¡Amigos! —grité.

Nos abrazamos y les pedí que se sentaran junto a nosotros.

—Acabamos de llegar de Elche. El Cid nos envía para que os escoltemos: desea ver cuanto antes a su esposa y a sus hijos —dijeron.

—Estaréis agotados y hambrientos. ¡Posadero, posadero!, más caldo para estos caballeros, y pon un cabrito a asar, que bien se lo merecen.

Dimos buena cuenta del cabrito y de medio cántaro de vino tinto.

—Partiremos enseguida; aquí nada más tenemos que hacer.

—El Cid nos ha ordenado que leamos su reto en la plaza y en las puertas de Burgos, tomad.

Uno de nuestros caballeros me alargó un pergamino en el que Rodrigo juraba que no había cometido ninguna traición contra el rey y retaba a los que sostuvieran lo contrario a enfrentarse con él en duelo.

—Proclamaremos este juramento del Cid por toda la ciudad, pero me temo que no sirva de nada.

Al día siguiente así lo hicimos. Rodeado por los seis caballeros y por mi escudero, voceé el juramento y el reto de Rodrigo en la plaza de la catedral, en cada una de las esquinas de la calle Mayor y en todas las puertas de Burgos, y al fin lo entregué al merino, que lo recibió y lo guardó en un cajón de su archivo. Poco después pagué doce monedas de plata a un sayón para que pregonara el reto y el juramento de Rodrigo durante doce jueves seguidos, el día de mercado, en las puertas y en la plaza de la catedral.

Era mediodía cuando salimos de Burgos por la glera del Arlanzón, como hiciéramos ocho años atrás, cuando don Alfonso condenó a Rodrigo a su primer exilio. En Cardaña recogimos a Jimena y a los niños y enfilamos camino hacia el sur. Vadeamos el Duero y seguimos la ruta por Medinaceli, Molina y Albarracín. En invierno, el frío y la nieve la hacen más difícil y peligrosa que la del Jalón y el Jiloca, pero no quise atravesar el reino de Zaragoza, pues no confiaba en su rey al-Mustain, ahora aliado del conde de Barcelona.

El alcaide de Molina nos recibió muy bien y nos trató como si fuéramos su propia familia; incluso puso a nuestro servicio una escolta de seis soldados que nos acompañó hasta cerca de Albarracín.

—En esta época del año estas tierras están atestadas de lobos. No dejéis de vigilar en ningún momento vuestras monturas —nos aconsejó.

Y tenía razón el alcaide. Durante las tres agotadoras jornadas de camino entre Molina y Albarracín estuvimos acompañados por una manada de lobos que nos seguía a cierta distancia. De vez en cuando alguno de ellos se dejaba ver en lo alto de una loma, aunque desaparecía de inmediato entre los árboles. Por fortuna pasamos las dos noches en sendas aldeas muradas con tapias, en donde pudimos dejar las caballerías a buen recaudo, aunque ordené a los soldados que durmieran con las botas puestas y las espadas al alcance de la mano.

Desde Albarracín seguimos por la ruta interior de Requena y Villena hasta Elche, donde nos aguardaba Rodrigo con el campamento ya casi desmantelado. Nuestros helados huesos se reconfortaron con el clima dulce y suave de Elche, donde el sol calienta con fuerza incluso en los días más cortos y fríos del invierno.

El Cid se abrazó a su esposa y a sus hijos y después lo hizo conmigo.

—Pocas veces me he alegrado tanto de verte —me dijo.

—No pude convencer al rey...

—No importa. ¿Proclamaste mi reto en Burgos? —me preguntó.

—Lo hice en todas las esquinas y en todas las puertas. Y durante doce semanas un sayón lo pregonará a todas las gentes que acudan al mercado de los jueves.

—Eso es suficiente.

Sólo permanecemos tres días en Elche, porque Rodrigo nos ordenó avanzar hacia el norte, siguiendo la línea de la costa.

A una jornada de marcha se encuentra el castillo de Polop, una de las principales fortalezas del reino de Denia, donde el rey al-Mundir guardaba un extraordinario tesoro. Rodrigo se había enterado por unos espías que en una cueva de este castillo estaba depositado el más prodigioso tesoro de cuantos poseían los reyes de taifas. Se decía que un rey de Denia lo había amasado gracias al comercio con Egipto.

Pusimos sitio al castillo de Polop y combatimos sus murallas con nuestras máquinas de guerra, lanzando sin cesar flechas y piedras sobre las almenas. Tras varios días de asedio, los sitiados sintieron desfallecer sus fuerzas, y aprovechamos esa situación para lanzarnos al asalto de los muros. Rodrigo fue uno de los primeros en alcanzar la muralla por unas grandes escalas de madera que habíamos construido para

esta ocasión. Lo vi pelear entre el fragor del combate, repartiendo mandobles con sus poderosos brazos, tajando brazos y cabezas, abriéndose paso hacia la puerta de la fortaleza, que abrió con sus propias manos para que entráramos en tropel los que esperábamos fuera sobre nuestros caballos.

El alcaide rindió el castillo a Rodrigo, que le requirió por el tesoro.

—Aquí no guardamos ningún tesoro —aseguró el alcaide.

—Mientes; sé que en alguna cueva bajo el castillo se oculta toda la fortuna del reino de Denia. Confiesa dónde está escondida o te juro que no vivirás para ver cómo no dejo piedra sobre piedra en este maldito lugar.

—Os repito, señor, que no hay ningún tesoro.

El Cid levantó su espada sobre la cabeza del aterrorizado alcaide dispuesto a partirlo en dos, y el hombrecillo cayó entonces de rodillas y se puso a llorar.

—No me matéis, os lo suplico, no me matéis. Os mostraré dónde está el tesoro.

El alcaide nos condujo por un pasillo hasta una pared de roca; con la ayuda de una palanca forzamos una enorme losa, que se abrió como si de una puerta se tratara, y entramos en una cueva excavada bajo el castillo por un pasadizo oscuro tallado en las entrañas de la tierra.

Tras caminar un par de docenas de pasos nos encontramos en una pequeña cámara abovedada en cuyo centro se amontonaban cofres llenos de monedas, joyas, vajillas preciosas, oro, plata, paños bordados en oro y lienzos de la más fina seda.

Rodrigo alzó la antorcha que portaba para iluminar mejor el lugar y exclamó:

—¡Dios Santo, jamás había visto tanta riqueza!

Y no creo que nadie en el mundo lo hubiera hecho antes, pues la fortuna allí acumulada era inmensa.

Durante unos largos instantes nos quedamos atorados, contemplando aquellas maravillas que brillaban a la luz de las antorchas como fulgurantes estrellas doradas en una noche sin luna. Después, lentamente, nos acercamos a los cofres y tocamos despacio cada una de aquellas riquezas, como si fueran algo mágico que pudiera desvanecerse al contacto con nuestras manos.

Vi el fulgor dorado del precioso metal reflejarse en los asombrados ojos de Rodrigo y el gesto encantado de sus labios entreabiertos, y la codicia de sus dedos acariciando cada uno de los objetos con la delicadeza de la mano del enamorado sobre el cabello de su amada.

—Dime que no es un sueño, Diego, dime que no lo es —me reiteró.

—No estoy seguro, señor, no sé si pueden existir sueños tan hermosos —repuse.

Aquel día todos los que formábamos la hueste de Rodrigo fuimos ricos. Durante toda la noche festejamos nuestra fortuna con cánticos, vino y mujeres; algunas también se hicieron ricas esa noche gracias a las generosas dádivas de los soldados. Rodrigo les dejó emborracharse y divertirse cuanto quisieron, salvo a los hombres del turno de guardia, a quienes arengó para que mantuvieran los ojos más abiertos y los oídos más atentos que nunca.

El Campeador, sin duda seguro de su éxito con tan gran cantidad de riquezas, nos reunió en la sala del castillo de Polop a todos los capitanes y por primera vez nos manifestó sus intenciones:

—Hace más de veinte años que luchamos para otros señores: para el rey de Castilla, para el de León, para el de Zaragoza..., siempre a las órdenes de soberanos ajenos, a veces sin otros méritos para serlo que el haber nacido en una regia cuna. Es hora de que nosotros seamos nuestros propios señores, y tenemos la oportunidad de conseguirlo y los medios para hacerlo. Desde ahora a nadie obedeceremos, sólo atenderemos a nuestros propios intereses y a nuestra razón.

Nos dirigimos hacia Denia atravesando la sierra costera por el puerto de Teulada y fortificamos un lugar llamado Ondara, apenas a seis millas de la ciudad de Denia. Al-Mundir de Lérida, rey también de Denia, nos envió unos mensajeros que portaban un principio de acuerdo. Al-Mundir le recordaba a Rodrigo la amistad trabada el año anterior durante el asedio a Valencia, y le proponía la entrega de una enorme cantidad de dinero a cambio de salir de su reino y le decía que renunciaba al dominio de Valencia y que ayudaría al Campeador a poseer esta ciudad si así lo deseaba.

Creo que ése fue el momento en el que el Cid decidió que Valencia sería suya algún día. Había roto sus relaciones con el rey de León y de Castilla y se había convertido en señor independiente con sus propios vasallos, sin otra obediencia que a sí mismo, con miles de soldados a sus órdenes a los que mantener y pagar. Pero le faltaba la tierra, porque en estos tiempos un hombre no es nadie si no posee la tierra que lo sustenta.

Pasamos la Cuaresma en Ondara, festejando la fiesta de Pascua como hacía años que no la disfrutábamos. Corrieron la carne y los pescados asados, los pasteles de almendras y miel y la fruta y el vino. Hasta unos cuantos soldados improvisaron una orquestina con codófonos de tres cuerdas, flautas, dulzainas y crótalos.

Constituíamos un ejército formidable, pero éramos demasiadas bocas para alimentar y los recursos de una comarca no tardaban en agotarse en cuanto permanecíamos más de tres o cuatro meses en el mismo lugar. Por eso teníamos que movernos de manera constante, yendo de un sitio para otro, como los nómadas que recorren enormes distancias para proveer a sus rebaños de los mejores y más frescos pastos. En nuestro caso éramos a la vez los pastores y nuestro propio ganado.

Salimos del reino de Denia, cumpliendo el acuerdo con al-Mundir, y entramos en tierras de Valencia. Antes de llegar a Cullera al-Qádir envió a unos mensajeros para que nos dieran la bienvenida con ricos regalos y presentes. Nos establecimos en las afueras de la ciudad y el propio al-Qádir, cada día más cobarde y rastrero, se acercó a nuestro campamento para reiterar su amistad al Campeador.

Me parece que Rodrigo disfrutaba viendo a un rey arrastrarse a sus pies, y ese dominio sobre al-Qádir le complacía. El rey de Valencia adulaba al Campeador de tal modo que si le hubiera quedado algo de la dignidad que nunca tuvo, la habría perdido allí mismo. Era un ser despreciable, pero todavía conservaba cierta astucia, pues sin ella no hubiera logrado salvaguardar su reino por tanto tiempo. Hizo correr el rumor de que el Campeador estaba de su parte y que lo protegía, y así lo hizo saber a al-Mundir, que se mantenía a la expectativa en el castillo de Murviedro. Pero en cuanto llegaron a los oídos del rey de Lérida las noticias propagadas por al-Qádir, al-Mundir creyó que el Cid estaba pactando con el valenciano en su contra y abandonó Murviedro, y al-Qádir aprovechó para recuperar este castillo tan importante para la defensa de la frontera norte de Valencia.

Nosotros vendimos parte del botín conseguido en Polop y Ondara a mercaderes valencianos, que enseguida lo sacaron a la venta en sus zocos, y avanzamos por la comarca de la Plana adelante, hasta Burriana, donde nos fortificamos para pasar otra temporada. Nos pagaban parias la ciudad de Valencia y todos sus castillos y los reinos de Albarracín y Alpuente, cuyo rey Abdalá ibn Cazin al fin se había sometido; poseíamos grandes cantidades de oro y plata y nos temían musulmanes y cristianos; éramos dueños de nuestro destino y no obedecíamos a otro señor que a Rodrigo, pero no poseíamos tierra, ni un solo palmo de tierra.

En la mente de Rodrigo se había asentado la idea de que un día Valencia sería suya, y todas las maniobras que realizamos en esos meses tenían como fin ese objetivo. La defensa de la frontera norte del reino, en Burriana, no sólo pretendía alejar a al-

Mundir de Valencia, sino también sentar unos límites claros y precisos para fijar el señorío sobre ese reino. Si Rodrigo quería mantener a toda costa la integridad territorial de Valencia no era por agrandar a al-Qádir ni por prestarle ayuda, sino para definir unas tierras que quería para sí.

El rey de Lérida quiso rehacer sus alianzas y a fines de aquel verano, angustiado por el avance del Cid hacia el norte, buscó de nuevo la ayuda del rey de Aragón y del conde de Barcelona, sus antiguos socios. Pero el rey de Aragón estaba empeñado en conquistar Huesca, Barbastro y Monzón, y bajar por fin de las montañas a la tierra llana; el aguerrido Sancho Ramírez sabía que sin los graneros de Huesca su pequeño reino pirenaico estaba condenado al colapso y a la miseria. El conde Berenguer Ramón de Barcelona también rechazó la petición de ayuda de al-Mundir, pues el taimado conde catalán ambicionaba Tortosa y aun la propia Lérida. Al-Mundir estaba solo frente a Rodrigo, y sin la ayuda de sus antiguos aliados ese enfrentamiento era muy desigual.

A fines de otoño, en la comarca de Burriana apenas quedaban provisiones con las que mantenernos. Surgía de nuevo el problema que desde hacía algún tiempo nos amenazaba cada pocos meses: miles de soldados y cuantas personas los siguen no pueden vivir de las rentas de una pequeña región, por lo que de nuevo nos vimos obligados a buscar sustento en otro lugar.

Rodrigo recordó que en la región montañosa de Morella el invierno era frío y húmedo, pero también abundante en caza y en ganado. Morella está enriscada en una posición inaccesible para cualquier ejército y su defensa es muy fácil. Hacia allá fuimos antes de que cayeran las primeras nevadas, lo que no produjo sino más desazón en al-Mundir, que contemplaba aterrado cómo nos acercábamos a Lérida paso a paso.

Nos instalamos en Morella, donde se acantonó la mayoría de la hueste, aunque varios escuadrones fueron distribuidos por los castillos de la comarca. Las aldeas de estas sierras son pequeñas y con poca población, pero gozan de altas rentas debido a la gran cantidad de ganados que poseen merced a los ricos y frescos pastos y a la madera que les proporcionan sus frondosos bosques. Son gentes trabajadoras y aprovechadas que saben utilizar sus humildes recursos como no he visto en ningún otro sitio. Riegan las huertas más minúsculas que se pueda imaginar con complejos sistemas de canales, cultivan las laderas más escarpadas, explotan los bosques de los que extraen madera, frutos silvestres, miel y resina que venden a mercaderes de Tortosa, y con la abundante y fina lana de sus rebaños elaboran unos paños de buena calidad que venden en los mercados de las tierras bajas.

Diego, el hijo de Rodrigo, ya nos acompañaba en las incursiones que realizábamos desde Morella para recaudar tributos y parias por las aldeas de las montañas. Su padre le había regalado un alazán blanco que requisó en Denia cuando el muchacho cumplió los catorce años, y casi todos los días el Cid le dedicaba algún tiempo para practicar el manejo de la lanza y la espada. Cuando anochecía, en aquellas largas veladas invernales en Morella, yo repasaba algunos ejercicios de escritura y le hacía estudiar el libro del *Fuero Juzgo* para que se fuera habituando al conocimiento del derecho, y le mandaba leer algunas crónicas; otros días un gramático de Morella le enseñaba la lengua árabe, que para entonces ya hablaba con fluidez la mayoría de los hombres de la mesnada del Campeador, tanto que en algunos momentos más parecíamos moros renegados que cristianos viejos.

Pese a todo, no habíamos perdido nuestra fe ni nuestras raíces: seguíamos rezando a Cristo y celebrando la eucaristía, y a nuestro lado siempre había clérigos que impartían los sacramentos y mantenían vivas nuestras creencias. Desde que asediábamos Valencia se nos había unido un clérigo que había sido el obispo de la comunidad mozárabe, un personaje extraño, del que apenas sabíamos nada, al que le gustaba

rodearse de un aire de misterio y a quien llamábamos con el nombre de «obispo del rey Alfonso».

Y es que en aquellos años la iglesia hispana andaba muy revuelta: todavía coexistían los dos cultos, el hispano mozárabe y el romano, había obispos sin diócesis y diócesis sin obispo. El nuevo obispo de Toledo había logrado, tras un viaje a Roma, ser nombrado metropolitano por el papa Urbano II y reclamaba para sí como sufragáneas las antiguas diócesis que habían quedado bajo dominio musulmán y que ahora comenzaban a dotarse con nuevos preladados.

La situación de los Estados peninsulares no era mucho mejor. Los aragoneses seguían empeñados, no he visto gente más terca en mi vida que esos toscos montañeses, en conquistar Huesca y la tierra llana; los condes catalanes temían la hegemonía del condado de Barcelona y pugnaban por mantener su independencia ante la avidez de nuevos dominios de Berenguer Ramón; don Alfonso, que tras la conquista de Toledo se había sentido con fuerzas como para dominar en poco tiempo toda la Península, se mostraba ahora dubitativo ante la pujanza de los almorávides, que no acababan de definir su papel con respecto a los andalusíes; y por fin, los reinos de taifas, una extraña amalgama de dos o tres caudillos militares valerosos pero irresolutos, de reyezuelos tiranos que apenas gobernaban sobre media docena de aldeas y de ciudades dirigidas por autócratas que esquilaban las rentas de las gentes con la excusa de mantener una libertad nunca alcanzada.

Y entre tanta confusión, en medio de aquel caos de soberanos sin corona, señores sin vasallos, falsos y verdaderos clérigos, mercaderes de fortuna y soldados de alquiler, estábamos nosotros, los guerreros de la hueste del Cid, hombres de espada y coraza, de caballo y camino, sin otro horizonte que el horizonte mismo y sin otro anhelo que seguir vivos día tras día labrando nuestro propio destino.

El invierno se nos echó encima como un manto helado, pero estábamos preparados para soportarlo. Rodrigo pasaba las largas veladas a la lumbre de la chimenea de la sala mayor del castillo de Morella en compañía de Jimena, de su hijo Diego y de sus dos hijas. Algunos días cenábamos juntos y aprovechábamos para repasar las rentas que yo seguía anotando en un código de hojas de pergamino. Durante los años pasados en Zaragoza había aprendido una técnica que usaban ciertos comerciantes y que consistía en copiar en la hoja de la derecha del código los ingresos y en la hoja izquierda los pagos; yo lo hice al revés que ellos, pues es bien sabido que los musulmanes escriben de derecha a izquierda y que sus libros se abren por lo que para los nuestros es el último folio. Al final de cada hoja sumaba todas las cantidades ingresadas o las gastadas, y así siempre sabía a cuánto ascendía nuestro tesoro.

Las largas veladas de Morella solían ser amenizadas por juglares y rapsodas que se acercaban hasta nosotros en busca de alguna dádiva del Cid. Sus canciones versaban casi siempre sobre el mismo tema: las hazañas del Campeador y sus victorias, o las de los héroes de la Antigüedad o de Francia. La mayoría de los juglares eran aduladores que pretendían obtener una buena cantidad de monedas por sus alabanzas a Rodrigo y cuyas dotes para la poesía y la música eran muy escasas; aunque de vez en cuando aparecía alguno verdaderamente bueno, sobre todo los que procedían del condado de Barcelona, de Provenza y del Languedoc.

En ningún caso descuidábamos la guardia de los castillos, la vigilancia de los caminos y la intendencia de los almacenes. Los hombres que no estaban de guardia o en alguna misión concreta realizaban ejercicios físicos a pie o a caballo, siempre bajo la mirada atenta de Rodrigo, que corregía los errores y daba las instrucciones pertinentes para que todos mejoraran su instrucción y su actitud en el combate.

No había semana en la que algún nuevo caballero no viniera hasta nosotros para solicitar formar parte de la mesnada del Campeador. Casi siempre eran caballeros sin tierras, hijos segundones que habían tenido que dejar los dominios familiares a la muerte del padre; la mayoría no poseía otra cosa que el orgullo de pertenecer a un linaje más o menos noble y no podían alardear de otra cosa que de los orígenes aristocráticos de su familia.

Todos, sin excepción, decían saber pelear y manejar la espada y la lanza con habilidad, pero tras un simple examen descubríamos que su experiencia con las armas de combate se limitaba a perseguir jabalíes y corzos, asañear perdices y faisanes y pelear con los muchachos de su aldea en riñas y pendencias domésticas. De vez en cuando se presentaba algún caballero experimentado, curtido en batallas, razias y algaras, pero éstos casi nunca alardeaban de su destreza, se limitaban a demostrarla en el palenque.

Venían de todas partes: francos del otro lado de los Pirineos atraídos por las riquezas sin cuento y las maravillas que en algunos romances y cantares se decía que podían ganar en la Península; otros eran navarros de las montañas, hijos segundones de pobres infanzones nacidos al abrigo de los umbrosos bosques de castaños y de robles, fuertes y enhiestos como sus troncos pero pobres y desposeídos como las ramas de las acacias en invierno; muchos procedían de Castilla y buscaban la sombra del Campeador por los dulces relatos que los juglares declamaban por las aldeas y ciudades castellanas, ávidos de fortuna, de fama y de dinero; los había aragoneses que se habían enemistado con su rey y catalanes enfrentados con sus condes; todos ellos hombres necesitados de un lugar donde vivir, donde ganarse el pan y donde soñar con casas de paredes cubiertas de ricos tapices, camas con dosel y cálidas estancias con chimeneas en las que arden gruesos leños mientras una bella mujer sirve una copa de vino aromatizado con canela y miel. Al fin y al cabo, ¿qué mejor cosa puede esperar un hombre?

Nuestros espías en Lérida nos hicieron saber que al-Mundir estaba desesperado; suponía que esa misma primavera el Cid avanzaría hacia Lérida para conquistar su reino. Desde luego que nada de eso pensaba Rodrigo, o al menos nada nos había dicho, y creo que su intención seguía siendo la de someter a Valencia a su protectorado. Le interesaba una Lérida independiente, con sus propios reyes, que sirviera como una especie de almohada protectora frente al ímpetu conquistador de aragoneses y catalanes. A fines de 1089 todo estaba muy confuso. Las alianzas y pactos se habían complicado de tal forma que era difícil saber quién era aliado de quién, pues de mes en mes cambiaban las alianzas como mudan las nubes tras la tormenta.

El rey Alfonso había enviado a Álvaro Fáñez quien, desde que nos dejara para irse tras el rey después del desastre de Rueda, era uno de los principales caballeros de la corte, a cobrar las parias de Granada, cuyo rey Abdalá debía treinta mil meticales por los tres años de retraso que acumulaba desde que dejara de pagar animado por la victoria de los almorávides en Sagrajas. Este rey, que ha sido el último de Granada, creía mucho en los horóscopos y mandó hacerse uno en el que se revelaron augurios funestos: su vida estaba regida por los planetas Saturno y Marte, señores de la oscuridad y la desgracia para quienes creen en estas cosas, pero su signo era Tauro, donde radica la fraternidad y el parentesco, bajo el influjo de Venus, el planeta dador de la vida. Estas contradicciones suelen estar presentes en el horóscopo de cualquiera de nosotros, por eso los astrólogos afirman que acertar en el pronóstico es cuestión de interpretación, pero que nuestro futuro siempre está escrito en las estrellas.

Al-Mundir de Lérida también creía en las predicciones de los astrólogos, pero debía de confiar todavía más en las armas de sus aliados catalanes, pues envió una carta a Berenguer Ramón en la que, olvidando sus anteriores acuerdos, le ofrecía una enorme

suma de dinero si éste se decidía a encabezar un ejército que atacara al Cid. Ramón Berenguer aceptó el trato, pero exigió el dinero por adelantado. Pronto supimos que el conde barcelonés estaba reclutando tropas por las comarcas pirenaicas y que agentes suyos habían viajado hasta Aragón y Navarra demandando soldados para la guerra.

Capítulo XIX

A finales del invierno murió al-Mundir de Lérida; le sucedió su hijo Sulaymán, que adoptó el apodo de Said ad-Dawla, «la espada de la dinastía». El conde de Barcelona aprovechó esa circunstancia para avanzar hacia nosotros con un gran ejército que había reclutado durante el invierno con el dinero que le había pagado al-Mundir. Atravesó el reino de Zaragoza y fue a acampar cerca de Calamocho.

El Cid optó por abandonar Morella y ordenó que nos trasladáramos hacia el este. Nos fortificamos en un lugar al que llamamos Iber, una formidable posición desde la que dominábamos los caminos hacia Zaragoza, Morella y el río Jiloca.

El conde de Barcelona encabezaba un ejército formidable, pero ni aun así estaba seguro de su victoria, pues buscó la alianza del rey de Zaragoza. Nuestros espías nos informaron que los dos soberanos se entrevistaron en Daroca. Berenguer Ramón y al-Mustain habían sido enemigos, pero en aquella entrevista trataron de acabar con las inveteradas disensiones entre ambos. Berenguer Ramón era un gobernante ambicioso y ávido de riquezas y al-Mustain no estaba en condiciones de enfrentarse con él. Pactaron que Zaragoza pagaría a Barcelona parias a cambio de la paz y la amistad y que ambos se ayudarían mutuamente contra cualquier enemigo que los atacase.

Esta alianza jugaba en nuestra contra, y Berenguer Ramón quiso aprovechar la ventaja para convencer a al-Mustain de encabezar juntos un ataque contra Rodrigo. El zaragozano nos conocía bien y sabía de nuestra capacidad para el combate, por eso frenó el ímpetu del barcelonés y lo convenció para ir a ver al rey de León y de Castilla; si don Alfonso se aliaba con ellos, daban por segura nuestra derrota.

Entre tanto, nosotros seguíamos a la espera de lo que pudiera suceder. En ningún momento bajábamos la guardia y cada semana enviábamos patrullas para vigilar los caminos; Rodrigo demandaba constante información y nuestro campamento era un permanente trajín de idas y venidas en todas las direcciones. Jimena y los niños habían quedado a resguardo en el castillo de Morella, donde habíamos dejado a un centenar de hombres, suficientes para defender la fortaleza hasta que acudiéramos en su ayuda si era necesario.

Aguardábamos con impaciencia, y no sin cierto temor, la decisión que tomara don Alfonso cuando Berenguer Ramón le propuso venir contra nosotros, y respiramos aliviados al conocer que el rey de León había rechazado la alianza con el barcelonés. Don Alfonso sabía que si el Cid desaparecía de esta región, todas las tierras entre Tortosa y Denia caerían en manos de Barcelona, y tal vez también Zaragoza, y el monarca leonés no quería renunciar a incorporar ambos reinos a su corona.

Nuestra situación era peor que nunca. Estábamos rodeados de enemigos por todas partes y nada teníamos para apoyarnos. Berenguer Ramón disponía de un ejército que, según nuestros informadores, nos doblaba en número de efectivos y la mayor parte de sus componentes estaba curtida en sangrientas batallas y luchas fronterizas.

—Estamos acosados, Diego, y no tenemos a quién acudir. Dependemos de nosotros mismos y por primera vez luchamos para sobrevivir.

—Podríamos pedir ayuda a don Alfonso —le dije.

—El rey sigue muy enojado conmigo; no ha hecho nada para liquidarme, pero tampoco moverá un sólo dedo para salvarme. El conde de Barcelona no ha olvidado la afrenta de Almenar, y una bestia herida es más peligrosa que una sana. Y Berenguer Ramón está herido en su orgullo, que es donde más le duele.

—Sí, un jabalí herido es muy peligroso, lo recuerdo muy bien, pero en esa situación su ataque suele ser ciego. Carga de frente contra lo primero que ve pero no se fija en lo que está pasando a sus flancos.

—Pese a todo deberemos emplear toda nuestra fuerza y toda nuestra astucia, y además contar con que la suerte y la fortuna nos sean propicias.

Rodrigo seguía creyendo en las señales, por eso se alegraron sus ojos cuando al acabar de hablar de la suerte y la fortuna cruzaron volando ante nosotros dos palomas blancas.

El ejército barcelonés, con nuevos efectivos, se desplegó por los alrededores de Calamocha, instalando un puesto de observación en el que había sido nuestro castillo del Poyo. El conde había regresado de su entrevista con el rey de León con las manos vacías y eso había sembrado algunas dudas entre los nuevos aliados.

Al-Mustain había pactado un acuerdo con Berenguer Ramón confiado en que don Alfonso también lo haría, pero cuando el leonés rechazó la alianza, al-Mustain tuvo serias dudas. Quizá temiera a nuestras fuerzas, o tal vez se arrepintiera de su alianza prematura con el barcelonés, o probablemente recordara los tiempos en que siendo príncipe de Zaragoza, durante el reinado de su padre el gran al-Mutamin, Rodrigo le enseñara a montar a caballo y a manejar la lanza y la espada.

Rodrigo escribió una carta al rey de Zaragoza en la que insultaba a los guerreros del conde de Barcelona: los llamaba débiles y recomendaba a al-Mundir que se buscara una mejor y más valerosa compañía.

Estábamos comiendo en el campamento de Iber después de haber revisado, como todos los días, el estado de las tropas. Uno de los guardias entró en la tienda, donde dábamos buena cuenta de un guiso de cordero, y nos anunció que aguardaba un correo del rey al-Mustain con un mensaje del soberano de Zaragoza para el Cid.

Martín Antolínez, siempre desconfiado, le preguntó al soldado de guardia si habían cacheado al mensajero, y éste le respondió que lo habían desarmado.

Rodrigo ordenó que lo condujeran a su presencia y poco después entró en la tienda un hombre joven, de tez morena y pelo pajizo.

—Señor don Rodrigo —dijo—, me envía mi soberano al-Mustain billah, a quien Dios guarde, señor de Zaragoza...

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Qué quiere mi viejo amigo? —Rodrigo pronunció la palabra «viejo» remarcando cada una de las sílabas, como si las acompañara con el toque de una campana.

—Su majestad está apenado por haber pactado una alianza en contra vuestra; cometió un error y desea resarciros.

—¿Me envía tropas para ayudarme contra su nuevo aliado? —Rodrigo volvió a emplear el mismo tono con la palabra «nuevo».

—Me temo que eso no es posible, pero os traigo una información que os será muy útil.

—Habla.

—Su majestad quiere que sepáis cuáles son las intenciones del conde de Barcelona.

—Eso no es ninguna novedad —intervino Rodrigo.

—El conde os atacará con todas sus fuerzas. Os quiere sorprender en vuestro campamento y caer sobre vos como el azor sobre la paloma desprevenida.

—¿Cuántos son? —preguntó Rodrigo.

—Seis mil jinetes; todos ellos veteranos en combate.

—¡Seis mil! —exclamó Martín Antolínez.

—¡Un momento! —intervino Rodrigo—. ¿Cómo sabemos que no eres un impostor al servicio del conde de Barcelona?

—Por el anillo de oro que luce don Diego de Ubierna en su mano; en el interior está escrita en árabe la palabra «amistad». ¿Os sirve como garantía?

Froté el anillo que me había regalado Yahya y asentí con la cabeza.

—¿Podemos fiarnos de este hombre? —me preguntó Rodrigo.

—Ciegamente —afirmé con rotundidad recordando la amistad de Yahya.

—Bien, ¿hay tropas de Zaragoza con el conde? —inquirió Rodrigo.

—Un batallón, unos cincuenta hombres, algo testimonial.

—¿No decías que tu rey estaba arrepentido? —le dije.

—No ha tenido otro remedio que aportar ese batallón, de lo contrario el conde de Barcelona amenazó con ir contra Zaragoza.

Después, el mensajero de al-Mustain nos detalló los planes de Berenguer Ramón, el camino que iba a seguir, la configuración de su ejército, su fortaleza y su debilidad. Fue un amplio informe que nos sirvió de gran ayuda para preparar la estrategia en la batalla que se avecinaba.

—Seis mil hombres... ¡Hum!, es una fuerza formidable; tal vez el mayor ejército cristiano jamás reunido en estos reinos. Diego —me dijo Rodrigo—, coge pergamino y pluma, y escribe.

Llamé a mi criado y le ordené que me trajera la caja donde guardaba mis instrumentos de escritura. En cuanto estuve preparado, el Campeador me dictó la siguiente carta:

A mi leal amigo al-Mustain, soberano de Zaragoza:

Agradezco vuestra información sobre los movimientos del conde de Barcelona y sobre su intención de atacarme. No le tengo ningún miedo, aunque sus guerreros sean tantos como las estrellas del cielo, y por la fe que profeso en Dios, le aguardaré sereno, firme, y si desea entablar batalla, lo estaré esperando.

—Da las gracias a tu rey y deséale en mi nombre salud y buena ventura.

En cuanto se hubo marchado el mensajero de al-Mustain, Rodrigo ordenó convocar a todos los capitanes.

—Caballeros —nos dijo—, el conde de Barcelona viene contra nosotros al frente de un ejército de seis mil hombres. Le haremos frente en el barranco de Tevar.

—Pero nos triplican en número. Sería más seguro retirarnos hacia Morella —opinó Pedro Bermúdez.

—Tal vez fuera eso lo más prudente, pero... ¿qué haríamos después, adónde iríamos?

—Morella es inexpugnable —dijo Bermúdez.

—Tal vez, pero por un tiempo. ¿Cuántos meses podríamos resistir en Morella antes de que nos rindiera el hambre? ¿Tres, cuatro..., tal vez seis?

—Hemos de combatir —intervino Martín Antolínez.

—Sabéis que en muchas ocasiones he sido partidario de alcanzar un acuerdo antes que librar una batalla, pero ahora sólo tenemos una cosa que el conde de Barcelona desee de nosotros: nuestra propia vida.

—Busquemos un lugar hermoso para la batalla y muramos empuñando nuestras espadas si es preciso —sentenció Martín Antolínez.

Rodrigo sabía que no podíamos vencer al conde de Barcelona en campo abierto y optó por levantar el campamento de Iber y marchar hacia un valle cerrado en el pinar de

Tevar, al cual sólo se podía acceder a través de una estrecha garganta. Allí nos parapetamos y construimos barreras que hicieran todavía más difícil la entrada de un ejército.

Por las alturas circundantes comenzamos a avistar patrullas de soldados catalanes que seguían nuestros movimientos y que regresaban ante su señor para mantenerle informado de nuestra situación.

La alegría de Berenguer Ramón debió de ser enorme cuando le informaron de que estábamos encerrados en un valle sin posibilidad de escapar. Fue entonces cuando el conde se envalentonó y, mediante un jinete que enarbolaba una bandera blanca, le envió a Rodrigo una carta en la que lo llamaba cobarde y traidor y le aseguraba que pronto se cobraría la afrenta de que le había hecho objeto en Almenar.

—Fijaos —nos contó Rodrigo—: el conde Berenguer me reta a una batalla y me amenaza con asirme a un cepo de hierro, y aun con la muerte.

Y Rodrigo le contestó burlándose del conde, recordándole anteriores derrotas y acusándolo de falta de valor y de su crimen fratricida.

—Cuanto más enojado esté el conde, más errores cometerá —me dijo Rodrigo cuando el guerrero catalán se alejaba hacia sus líneas portando nuestra respuesta.

Berenguer Ramón estalló de ira cuando leyó la carta con la que el Campeador respondió a su misiva y, ciego por los deseos de venganza, decidió atacar al día siguiente.

Nuestra posición era precaria y sólo podíamos vencer recurriendo a la astucia o a la intrepidez. Debilitar las fuerzas del contrario siempre es una buena táctica, y por eso nos planteamos cómo lograrlo. Rodrigo tramó un ardid mediante el cual algunos de nuestros caballeros fingirían una desertión y contarían a los capitanes del conde de Barcelona que el Cid estaba planeando aprovechar la noche para escapar por diversos lugares de los montes que cerraban el valle.

—Si convencemos a nuestro enemigo de que aprovechando la noche vamos a dispersarnos por todas partes, deberá emplear a muchos de sus hombres para cerrar todas las posibles vías de escape. Entonces, debilitado su frente de combate, tendremos alguna oportunidad.

Así, un par de docenas de caballeros salió en busca de las patrullas del conde, se entregaron afirmando que huían del bando de Rodrigo porque no querían morir en aquel estrecho valle, y contaron al conde de Barcelona que esa misma noche todos los hombres del Campeador tratarían de huir escalando las laderas de los montes y dispersándose por aquellas boscosas sierras.

Berenguer Ramón creyó lo que contaban los falsos desertores y ordenó que se formaran varias patrullas, todas ellas muy numerosas, y que desde el atardecer se fueran apostando por todos los pasos de los cerros y montes para impedir que escapara un solo hombre de la hueste del Campeador. Casi la mitad del ejército barcelonés se empleó en esta tarea, en tanto la otra mitad quedó en posición de combate a la entrada del valle.

La noche estaba en calma y sólo se oían las llamadas de algunas aves en celo y el canto de los grillos y las cigarras. Poco antes de amanecer vimos recortarse sobre las cimas de los montes circundantes las figuras de los soldados catalanes que durante la noche habían tomado posiciones a nuestro alrededor.

Rodrigo apretó los dientes y nos ordenó que nos caláramos la celada y enristráramos las lanzas.

—En cuanto estén desplegados cargaremos con toda nuestra fuerza. La mitad de sus hombres está desperdigada por las alturas; ahora estamos en igualdad, frente a frente.

El Campeador se colocó en primera línea. Vi cómo se apretaba el casco de combate tirando bien fuerte de las correas y cómo se estiraba los guantes para que quedaran perfectamente ajustados a sus manos. Miró a su derecha y a su izquierda y comprobó que todos sus caballeros estábamos dispuestos para la batalla. A la entrada del valle, en la estrecha garganta, aparecieron los catalanes. La angostura del terreno no les permitía maniobrar con soltura y apenas podían formar un frente de veinte jinetes. Cuando la mitad del ejército del conde estuvo dentro del valle, Berenguer Ramón mandó cargar. El catalán cometió un grave error, porque nuestra respuesta resultó mortal.

El Cid espolé a su caballo y todos lo seguimos a la muerte o a la victoria. La precipitación y la falta de prudencia del conde fueron su ruina. Confiado en su ventaja numérica y en que la iniciativa estaba de su lado, no supo esperar a que todo su ejército estuviera dentro del valle, desplegado frente a nosotros, y su ansiedad por vencer lo condujo a una terrible derrota.

Caímos sobre ellos como rayos aprovechando que nuestra posición en la zona alta del valle nos otorgaba ventaja, que nuestra caballería se había desplegado en casi todo su frente y que el enemigo estaba encajonado en la estrecha garganta en la que sus escuadrones apenas podían maniobrar. Los arrollamos como a un trigal abatido por la tormenta. Rodrigo repartía tajos a uno y otro lado ante los aterrorizados y sorprendidos catalanes, que caían a sus pies como las mieses ante la hoz del segador. Yo luchaba a su lado, como acostumbraba desde que lo hice en la primera batalla, protegiéndonos mutuamente los flancos. Los catalanes comenzaron a retroceder ante nuestro empuje, luchábamos por nuestras propias vidas, y cedieron agobiados por nuestra carga y por la estrechez del lugar, donde apenas podían moverse.

Yo me sostenía sobre mi caballo lanzando estocadas y tajos, procurando mantenerme firme entre Rodrigo y un caballero franco que se nos había unido meses atrás atraído por la fama del Campeador. Nuestra carga había sido tan contundente que los catalanes retrocedían hacia la garganta pisándose los unos a los otros, aplastados por nuestros caballos. Casi los habíamos arrollado cuando oí un relincho a mi izquierda. Me giré para ver qué pasaba y vi que el caballo de Rodrigo se encabritaba sobre los cuartos traseros y caía al suelo atrapando al Campeador bajo su enorme corpachón acorazado.

Algunos de nuestros jinetes dudaron en seguir luchando al contemplar la figura de su señor descabalgada, pero yo les animé a que continuaran peleando como lo estaban haciendo. Sin Rodrigo, cualquier combate era mucho más difícil, pero gracias a la Providencia logramos vencer al conde.

Cuando cesó la batalla, centenares de soldados catalanes yacían muertos a la entrada del valle. Muchos habían caído ensartados en nuestras lanzas, sorprendidos por la violencia de nuestra carga, otros habían sido muertos con nuestras espadas y muchos más habían sido aplastados por los cascos de nuestros caballos. Atrapados entre nosotros y la estrecha garganta, muchos de ellos ni siquiera habían tenido oportunidad de enristrar sus lanzas o de desenvainar sus espadas. La matanza fue terrible. No menos de dos mil cadáveres yacían por el suelo, deshechos y ensangrentados, y otros tantos soldados fueron apresados.

Rodrigo había quedado maltrecho; la caída del caballo le había producido fracturas en la pierna y en un par de costillas, y tenía medio cuerpo lleno de heridas y magulladuras.

Ordené a unos escuderos que llevaran a Rodrigo a su tienda y a nuestros soldados que colocaran a los prisioneros en el fondo del valle, de espaldas a una pared de roca. Después fui a la tienda de Rodrigo, donde lo estaban lavando con agua de hierbas.

—¿Cómo os encontráis? —le pregunté.

—Tengo el cuerpo tan dolorido como si me hubieran pateado cien yeguas furiosas —me dijo.

—Creo que se ha roto la pierna y varias costillas. Tenemos que inmovilizarlo —comentó el físico que nos acompañaba en cada batalla.

—El conde se ha rendido con todos sus hombres; los hemos agrupado al fondo del valle: son casi tres mil —le dije a Rodrigo.

—¿El conde está bien?

—Tiene algunas lesiones en las manos y en el rostro, pero su aspecto parece bueno; sin duda, lo que más herido tendrá será el orgullo.

—Ordena que lo separen del resto de los hombres y que lo retengan en una de las tiendas.

Y así lo hice. Cuando fui a buscarlo, el conde Berenguer estaba en medio de sus soldados, rodeado por una docena de nobles. Todos estaban sentados en el suelo, con la cabeza entre las manos, el pelo y la barba llenos de sangre seca y las túnicas hechas jirones.

—Señor conde —le dije—: acompañadme, os instalaréis en una de las tiendas; si lo deseáis, os enviaré a nuestro físico para que cure vuestras heridas.

—Estoy bien. Sólo deseo ver al Cid.

El conde tenía los ojos llorosos y la aflicción en el alma.

—Os conduciré hasta su tienda, pero no sé si él querrá veros.

—Os lo ruego —insistió.

—Acompañadme.

Escortado por dos lanceros, lo conduje hasta la tienda de Rodrigo y le dije que esperara ante la puerta. Yo entré y vi a Rodrigo sentado en una silla de madera, con la pierna entablillada atada con unas gruesas tiras de cuero.

—Señor, afuera está el conde de Barcelona; os pide que lo recibáis.

—No deseo verlo. Llévatelo de aquí y que quede bajo custodia permanente.

No me atreví a replicar y salí en busca del conde.

—Mi señor no desea recibirnos —le dije escueto.

—Os lo ruego, insistid, tengo que hablar con él.

—Lo siento, señor conde.

—¡Tened misericordia, apiadaos de mí, os lo suplico, os lo suplico!

El conde chillaba con todas sus fuerzas para que el Cid pudiera oírlo, pero Rodrigo se mantuvo dentro de su tienda sin querer hablar con Berenguer. No sé por qué lo hizo, pero creo que Rodrigo no quiso que el conde de Barcelona lo viera postrado, con la pierna entablillada.

Entre tanto, el Campeador ordenó perseguir a las patrullas que se habían desplegado por los montes de alrededor, la mayoría de las cuales huyó hacia el norte en cuanto se enteró de la derrota del conde, y dio permiso a nuestros hombres para que saquearan el campamento enemigo. Allí encontramos una enorme cantidad de tesoros, sobre todo un juego de vasos y copas de plata en oro macizo que el conde usaba en su mesa.

Con la ayuda de dos criados hice el inventario de todo lo conseguido como botín, y durante dos días nos dedicamos a curar nuestras heridas, a vigilar a los prisioneros y repartir el botín ganado en la batalla.

Una semana después del combate de Tevar, el Cid no parecía mejorar. Seguía con la pierna entablillada, no podía andar y el pecho le dolía cuando respiraba o cuando comía. Poco a poco fuimos liberando a los prisioneros. Siguiendo las instrucciones de Rodrigo, yo había acordado con el conde de Barcelona un rescate de ochenta mil

marcos de oro según el peso de Valencia. Esa cantidad era la más grande que jamás habíamos visto junta.

Durante dos semanas más nuestro campamento fue un ir y venir de gentes que marchaban a sus casas y regresaban con el dinero del rescate; en cada entrega, un nuevo contingente de prisioneros era liberado.

Por fin, cansado de tanto trasiego y ya casi repuesto de las fracturas, Rodrigo optó por liberar a los últimos prisioneros y les perdonó parte del rescate pactado. Aquel hecho fue algo insólito y causó una enorme admiración entre los catalanes que todavía quedaban en nuestro campamento.

Habíamos vencido y todos los soberanos nos temían más que al mismísimo diablo, pero seguíamos enemistados con todos. Recogimos a Jimena y a los niños en Morella y nos movimos hacia el oeste. Durante el camino, Rodrigo comenzó a sentirse mal y pasó un par de noches con fiebre muy alta. Estuvimos asentados en un campamento cerca de Zaragoza, pero la fiebre de Rodrigo no remitía, por lo que creímos más seguro ir a Daroca, buscando refugio en su imponente fortaleza. Esta ciudad, a la que ya habíamos sometido a parias, era floreciente y entre sus ciudadanos vivía un famoso médico llamado Abú Muhámmad, a quien acudimos por ver si podía curar la enfermedad del Campeador

Daroca está construida al abrigo de una fortaleza poderosísima. La medina se extiende por la falda de una ladera, donde se apiña medio millar de casas en terrazas. Sobre el caserío, como un guardián rocoso, se alza una enorme peña coronada por un enorme castillo donde tiene su sede el gobernador de esa comarca; es tan extenso, que en su interior existe una alcazaba que por sí sola es más grande que la mayoría de las fortalezas.

Nos instalamos en la alcazaba, pese a las reticencias del gobernador, que nada podía hacer para evitarlo, y demandamos la presencia de Abú Muhámmad. El médico vivía en una casita cerca de la plaza del zoco, al pie del castillo. Era un buen musulmán, creyente muy activo y conocedor de la Sunna y del Corán. Los caballeros que bajaron a buscarlo me dijeron que habían tenido que esperar a que acabara de comer y de rezar la oración del mediodía, la segunda de las cinco que todo musulmán tiene obligación de pronunciar cada día.

Yo aguardaba ansioso la venida del médico porque Rodrigo parecía empeorar por momentos. Durante las dos jornadas que duró nuestro viaje hasta Daroca no paró de sudar y de delirar un solo instante. La frente le ardía como si la tuviera cubierta de brasas rusientes y sus labios estaban agrietados como el barro seco. Jimena le calmaba la fiebre y el ardor de los labios con paños de agua fresca, y le ofrecía su consuelo de esposa.

—Aquí está el médico —me avisó uno de los caballeros que habían ido a buscarlo.

—Maestro, soy Diego de Ubierna —me presenté—, lugarteniente de don Rodrigo Díaz. Os agradezco que hayáis venido a visitarlo. Acompañadme.

—¿Qué le ocurre a vuestro señor? —me preguntó mientras subíamos por una rampa a la entrada de la alcazaba.

—Hace varios días resultó herido en una batalla. Cayó del caballo y éste a su vez le cayó encima. Se rompió una pierna y algunas costillas; nuestro físico os lo explicará mejor.

A mi lado estaba el físico que había tratado a Rodrigo, que saludó a Abú Muhámmad con ojos llenos de admiración.

—Bien, decidme —le indicó el *hakim*.

—Tiene rotas la pierna izquierda y dos costillas. Le he repuesto la fractura y le he entablillado la pierna. Para calmar el dolor le he dado unas infusiones de abrótnano y unos masajes con agua de espliego y romero.

—¿Cuánto hace que tiene fiebre?

—Tres días.

Entramos en la alcazaba y nos dirigimos a la estancia donde reposaba Rodrigo, una pequeña alcoba decorada con filigranas de yeso pintadas en rojo, verde y negro que tenía una pequeña ventana ajimezada desde la que se veía la ciudad recostada bajo la peña del castillo, como una amante en el regazo de su amado.

—Veamos. Quitadle la ropa.

Abú Muhámmad colocó su mano sobre la frente de Rodrigo, mientras los dos caballeros que lo custodiaban lo desnudaban tras haber obtenido con un gesto mi consentimiento.

El *hakim* fue palpando lentamente todo el cuerpo de Rodrigo con las yemas de los dedos. Rodrigo tenía entonces más de cuarenta años, aunque seguía manteniendo sus músculos tan tersos como a los veinte. Estaba algo más delgado que de costumbre debido a los días de ayuno y a la fiebre y tenía la piel de un color pajizo.

—Preparad agua fría y paños limpios —ordenó Abú Muhámmad.

Cuando estuvieron listos, el *hakim* me dijo:

—Aplicadle paños de agua fría en la frente y en los pies durante toda la tarde, hasta que anochezca. Entonces secadlo bien y tapadlo con una sábana. Y evitad que se mueva.

—¿Qué le ocurre? —le pregunté.

—Los huesos rotos curarán pronto; este hombre es muy fuerte. Pero me preocupa su hígado: probablemente sufrió algún golpe en la caída del caballo y no le funciona bien. El hígado sirve para purificar los malos humores del cuerpo, y si esos humores no se purifican, el enfermo muere irremisiblemente.

—¿Qué estáis diciendo? —inquirí.

—Que vuestro señor puede morir; está muy grave, pero creo que podré curarlo. Es fuerte de naturaleza, y por lo que he oído también de espíritu. Mañana volveré a verlo.

—¿Os marcháis?

—Aquí ya no soy útil... por ahora. Si empeorara, enviad a buscarme.

Pasé la noche junto a Rodrigo, dormitando al lado de su lecho. De madrugada debí quedarme dormido, pues me desperté sobresaltado con los primeros rayos del sol que entraban por la ventana ajimezada.

Rodrigo descansaba como hacía tres días que no lo había visto. Apenas sudaba y su fiebre había remitido mucho. Fui a las letrinas y después a la cocina en busca de algo para desayunar; había pasado todo el día anterior sin probar bocado y mi estómago me demandaba algo que lo calmase.

Abú Muhámmad ya estaba en la cocina preparando un caldo sobre el fogón.

—Maestro, no sabía que hubierais llegado.

—Ya sé que vuestro señor ha pasado la noche más tranquilo —me dijo.

—¿Qué es ese brebaje? —pregunté.

—Se trata del mejor remedio que conozco contra el mal de hígado; es un caldo a base de los jugos de varias plantas.

Me acerqué hasta la marmita y olí los vapores que emanaban.

—Huele bien.

—Es la hierbabuena; la he añadido para darle un sabor más agradable y para que disimule el amargor de la ruda y las ortigas.

—¿No le hará daño? —inquirí desconfiado.

Abú Muhámmad me miró sonriendo, se sirvió un vaso y bebió un trago.

—Es una bebida inofensiva. No temáis, no es ningún veneno. Bien, vayamos.

El Campeador ya estaba despierto pero mantenía los ojos cerrados.

—Rodrigo —le susurré al oído—, éste es el *hakim* Abú Muhámmad; os ha preparado una pócima. Bebedla, os sentará bien.

Ayudé a Rodrigo a que se incorporara en el lecho y el médico le acercó a los labios una escudilla con el caldo. El Cid bebió despacio, a pequeños sorbos.

Lo volví a dejar tumbado.

—Dadle media escudilla de este caldo cuatro veces cada día. En una semana sanará... o morirá. Ahora veamos los huesos.

Abú Muhámmad volvió a palpar la pierna y las costillas de Rodrigo.

—¿Están bien? —pregunté.

—La fractura de la pierna está repuesta, no tardará en recuperarse del todo, pero las costillas han quedado ligeramente desviadas; no deberíais haberlo movido —me dijo Abú Muhámmad.

—No podíamos dejarlo en medio de aquellos montes.

—Mañana le colocaré un cinturón de cuero; tal vez así vuelvan las costillas a su lugar.

Todas las mañanas subía el médico a la alcazaba. Una semana después de iniciar el tratamiento, el Cid ya podía incorporarse solo e incluso quiso levantarse del lecho con la ayuda de un bastón, pero el *hakim* se lo prohibió hasta que el hueso de la pierna estuviera totalmente soldado.

Hacía unas semanas que Yusuf ibn Tasufín había vuelto a desembarcar en Algeciras y estaba asediando Toledo al frente de un poderoso ejército almorávide. Un mercader musulmán que había viajado desde Toledo a Daroca con un cargamento de mercurio nos había informado de que escuadrones de caballería almorávide recorrían los alrededores de Toledo impunemente, y que el rey don Alfonso, a quien acompañaba el rey aragonés Sancho Ramírez, se había acantonado en la ciudad para resistir el asedio.

Una tarde de fines de verano Rodrigo me mandó llamar. Me acerqué hasta su aposento y me recibió vestido con un manto de algodón. Todavía se tambaleaba al andar, aunque ya podía apoyar la pierna rota, y tenía el rostro muy demacrado. Jimena estaba junto a él, leyéndole un libro sobre el héroe franco Roldán.

—Diego, tienes que ir a Zaragoza enseguida. Los almorávides asedian Toledo, y si cae esa ciudad, vendrán enseguida a por nosotros. Estamos solos, rodeados de enemigos por todas partes; debemos acordar un nuevo tratado de amistad con al-Mustain. La victoria de Tevar ha frenado al conde de Barcelona, pero ¿por cuánto tiempo? Si no aseguramos nuestras alianzas, volverá contra nosotros en cuanto se reponga.

—Al-Mustain y Berenguer son aliados, ¿creéis que vuestra oferta cambiará las cosas?

—La muerte del rey de Lérida deja a ese reino a merced del catalán. Es probable que vuelva sus ojos a Lérida, ahora que la gobierna el joven e inexperto Sulaymán, y que se olvide de Valencia y de nosotros. Ofrécele a al-Mundir nuestros servicios y convéncelo para que se aleje del conde de Barcelona; ya ha comprobado nuestra fuerza en Tevar, no tendrá dudas.

Salí para Zaragoza con seis caballeros, y en cuanto entré en esa ciudad me dirigí al palacio de la Alegría. El rey me recibió rodeado de cortesanos en el salón de oro y a su derecha vi al conde de Barcelona, a quien acompañaban algunos de los nobles que

habíamos apresado en Tevar. Mi sorpresa fue enorme y, aunque intenté disimularlo, mi rostro debió de reflejar mi perplejidad.

—Majestad —hablé casi balbuceando por la inesperada y sorprendente presencia del conde de Barcelona—, don Rodrigo Díaz os presenta sus respetos. Yo, Diego de Ubierna, su lugarteniente, os los hago llegar en su nombre.

Le hice una indicación a uno de los caballeros que me acompañaban, y se adelantó para entregar al maestro de ceremonias de la corte hudí un pequeño cofre en el que habíamos colocado varias de las joyas que habíamos ganado al conde de Barcelona en la batalla de Tevar.

—Dile a Rodrigo que agradezco su presente y que le deseo la mejor ventura y la mayor felicidad. Y ahora dime, ¿qué te trae a esta corte?

El plan era ofrecerle nuestros servicios y forzarlo a que abandonara la alianza con el conde de Barcelona, pero en ningún momento habíamos previsto que Berenguer Ramón estuviera en ese momento junto a al-Mustain y, por lo que parecía, que ambos soberanos mantuvieran una estrecha amistad.

Durante unos instantes que me parecieron eternos, permanecí de pie, en silencio, delante del trono dorado. Por fin, levanté los ojos hacia el techo de casetones de madera con estrellas pintadas en amarillo sobre un fondo azul y dije:

—Mi señor don Rodrigo desea la paz y la amistad con Zaragoza... y con Barcelona —añadí pasando por encima de lo que me había ordenado el Cid.

Al-Mundir asintió:

—El Campeador siempre será bien recibido en esta corte.

Berenguer Ramón se adelantó un par de pasos y dijo:

—Ofrecedle mis saludos a don Rodrigo y decidle que deseo ser fiel y leal amigo suyo, y que de ahora en adelante jamás vuelvan a enfrentarse nuestros ejércitos, sino que permanezcan en paz para siempre.

Yo estaba tan sorprendido que no se me ocurría otra cosa que sonreír, mirar a todos los lados y asentir con la cabeza a cuanto se decía.

—Nada complacerá más al Campeador que la amistad de tan altos y poderosos príncipes —dije.

Desobedecí las instrucciones de Rodrigo, pero en ese momento creí que era mucho mejor para nuestros intereses acordar la paz con Berenguer de Barcelona. Durante una semana Yahya y yo mismo negociamos un acuerdo con uno de los consejeros del conde de Barcelona: el conde renunció a todos sus derechos sobre las parias de los taifas de Levante y a sus pretensiones sobre Lérida, aunque a cambio tuve que aceptar que pudiera repoblar con su gente la vieja y abandonada ciudad costera de Tarragona.

Aquel pacto era extraordinario para nosotros: el Cid ganaba las parias de todos los reyezuelos taifas, a excepción del de Zaragoza, alcanzaba la paz con Berenguer de Barcelona y tenía las manos libres para conquistar su deseada Valencia.

Me despedí de Yahya, que me había apoyado mucho durante la negociación con Berenguer y con al-Mundir, con un gran abrazo.

—Regreso a Daroca, y tal vez no vuelva jamás a Zaragoza. Rodrigo desea ganar Valencia cuanto antes y en ello centraremos todos nuestros esfuerzos —le dije a mi buen amigo.

—Cuidaos y que la fortuna os acompañe —me deseó Yahya—. Y quién sabe, tal vez algún día volvamos a encontrarnos.

—Que así sea.

Capítulo XX

Regresé a Daroca a las dos semanas y encontré a Rodrigo bastante repuesto. Se levantaba con facilidad y daba algunos paseos por los patios de la alcazaba apoyado en un bastón. No había recuperado el volumen muscular ni había perdido la palidez del rostro, pero las ojeras, antes tan marcadas, apenas se le notaban y había ganado bastante peso.

—Os encuentro muy bien —le dije.

—El aire de estas sierras siempre ha obrado milagros... y el vino. Pero cuéntame, ¿cómo te ha ido por Zaragoza?

Crucé mis brazos delante del pecho, carraspeé, tomé aire y dije:

—Al-Mundir nos recibió con toda cordialidad, como acostumbra. Os envía un saludo y su amistad.

—¿Sólo eso? —inquirió Rodrigo—. ¿Qué hay de nuestro acuerdo?

—Estaba presente un invitado con el que no contábamos.

—¿Quién?

—El conde de Barcelona.

—¡Berenguer! Demonio de hombre, mil veces que le venza, mil veces que volverá contra mí. ¿Es que jamás voy a poder quitármelo de encima?

—Como enemigo, tal vez no, pero si aceptáis su amistad... el conde de Barcelona dejará de ser un problema.

—¿Amistad? Ese maldito conde siempre ha estado en mi contra. Hace años que desea liquidarme; lo intentó en Almenar y de nuevo en Tevar, se ha aliado con el rey de Lérida, con los condes de Pallars, con el rey de Aragón, con el rey de Zaragoza, y hasta ha procurado convencer al rey de León para crear una gran alianza con el único fin de eliminarme. ¿Y ahora me propone que acepte su amistad?

—Berenguer Ramón estaba al lado de al-Mundir cuando éste me recibió en el Salón Dorado de su palacio de la Alegría. Parecen unidos por una férrea amistad; no creo que estén dispuestos a romperla por nuestra causa.

—Son ya nueve años los que hace que me persigue ese conde entrometido y ambicioso. Nada ha cambiado para que deje de ser mi enemigo. Hace sólo dos meses que intentó acabar conmigo en Tevar, y no tengo ninguna duda de que si me hubiera derrotado ahora yo estaría muerto o prisionero en una mazmorra de Barcelona.

—Es probable que el conde obre ahora de buena fe. Mirad.

Extendí delante de los ojos de Rodrigo el documento que había firmado Berenguer Ramón en Zaragoza. Rodrigo tomó el pergamino y lo leyó con detenimiento.

—No creo lo que dice —asentó Rodrigo.

—Renuncia a sus derechos sobre Lérida a cambio de que no lo molestemos en la repoblación de las ruinas de Tarragona.

—No es suficiente.

—Fijaos en las subscripciones: el diploma viene avalado por la firma del propio al-Mundir.

Rodrigo volvió a ojear el diploma.

—No creo en la sinceridad de Berenguer.

—Sois injusto, y creo que por primera vez no sabéis aprovechar una determinada circunstancia en vuestro favor. Si firmáis ese acuerdo, nuestra situación mejorará mucho: ya no sólo gozaremos de la amistad del rey de Zaragoza, como habíamos

previsto, sino también de la del conde de Barcelona. Ese acuerdo es nuestra garantía de supervivencia.

—Ha sido mi enemigo...

—Le habéis vencido. Es él quien os demanda amistad, no vos. Así es como os pide perdón por sus errores y por su enconamiento contra vos. ¿Qué más queréis, que se arrastre a vuestros pies suplicándoos que lo aceptéis como amigo? ¡Por Dios Santo, es el soberano de un Estado cristiano!

—Rodrigo se arrebujo en su capote de lana. Se había movido un desapacible viento del oeste y unas nubes plomizas amenazaban lluvia.

—Se acerca el invierno —comentó Rodrigo.

—¿Firmaréis el tratado de amistad con el conde de Barcelona?

—¿Acaso me has dejado otra opción? Te ordené que pactaras con al-Mundir contra Berenguer y regresas con un acuerdo de paz y amistad con el conde de Barcelona.

Creo que si Rodrigo no hubiera estado todavía convaleciente de su enfermedad, y por ello débil de cuerpo, hubiera acabado conmigo allí mismo, pero es probable que la lucidez que algunas enfermedades provocan en la mente le hiciera ver que el tratado que tenía ante sus ojos era la mejor opción en ese momento.

—Acompáñame.

Entramos en la alcazaba y fuimos directos a un torreón en el que habíamos dispuesto nuestra pequeña cancillería. Rodrigo, todavía renqueante, cogió una pluma, la mojó en el tintero y firmó junto al nombre de Berenguer Ramón.

—Regresa a Zaragoza y entrégale este documento al conde de Barcelona. Dile que acepto su amistad. ¡Maldita sea!

Volví a Zaragoza y quedó sellado el acuerdo entre Berenguer y Rodrigo. El conde de Barcelona estaba encantado con su nuevo aliado y me propuso ir al encuentro con el Campeador

—Se está reponiendo de una enfermedad —le dije.

—Pues en cuanto se encuentre bien, decidle que deseo verlo.

Regresé a Daroca. Rodrigo estaba curado de su enfermedad, y le comuniqué las intenciones de Berenguer.

Supusimos que tal vez fuera un truco, pero desistimos de semejante idea cuando vimos a Berenguer acercarse hasta Daroca con sólo una docena de caballeros.

El Campeador y el conde se saludaron con cordialidad aunque sin efusión. Berenguer Ramón sonreía abiertamente y parecía dichoso con su nuevo amigo. Rodrigo se mantenía serio pero afable, haciendo cuantos esfuerzos era capaz de realizar para fingir el rechazo que le seguía causando su antiguo enemigo.

—¡Amigo mío! —exclamó Berenguer al ver a Rodrigo, que había salido a recibirlo a las afueras de Daroca.

—Señor conde, sed bienvenido.

Los dos nuevos aliados cabalgaron codo con codo, como si nunca hubiera existido entre ellos la más mínima animosidad, y juntos entraron en la alcazaba.

Durante una semana el conde de Barcelona fue huésped del Campeador; comieron juntos, cabalgaron juntos y cazaron perdices con halcón en las laderas de las sierras que rodean Daroca. La personalidad alegre y desenfadada del conde, un hombre atractivo y seductor (varias muchachas pudieron comprobarlo en sus propias carnes aquellos días), limó las últimas reticencias del Cid, que acabó aceptando con gusto la amistad que se le ofrecía.

Aquella noche comíamos las perdices que los halcones habían abatido el día anterior. Rodrigo había organizado un banquete para recibir a varios caballeros catalanes que habían venido hasta Daroca para reunirse con su señor.

En la gran sala de la alcazaba cenábamos medio centenar de personas: Rodrigo y su esposa Jimena, los capitanes de la mesnada del Campeador, el conde de Barcelona y sus caballeros, el gobernador musulmán de Daroca y varios personajes de la ciudad, entre los que se encontraba el médico Abú Muhámmad, que con tanto acierto había logrado sanar al Cid. Entre perdiz y perdiz corría el recio vino de la tierra, de tono violáceo como los arándanos y de textura y sabor tan espesos que sólo podía beberse rebajado con agua y endulzado con miel.

El gobernador darocense había contratado a unas bailarinas y a unos músicos, que tañían dos rabeles y tocaban una chirimía y un tambor. Las muchachas bailaban entre los gritos y aullidos de los caballeros, cada vez más animados a causa del vino y de las contorsiones de las bailarinas, y pugnaban por zafarse de las manos de aquéllos a los que osaban acercarse demasiado.

Unos saltimbanquis hacían cabriolas entre danza y danza.

Aquella noche no hubo caballero que lo deseara que no yaciera con una mujer. ¡Dios, qué hermosos son sus cuerpos desnudos a la luz de la luna tras una sabrosa cena y una jarra de buen vino!

Las negociaciones con el conde fueron rápidas y precisas. Tal y como se había firmado, Berenguer renunciaba a sus pretensiones sobre Lérida, Tortosa y Denia, tanto de conquista como de cobro de parias, y a cambio tenía las manos libres para poblar Tarragona y su tierra, hasta las montañas de Prades.

El otoño se nos echó encima como un vendaval, y Rodrigo, ya totalmente repuesto, decidió dejar Daroca y poner de nuevo rumbo hacia Valencia. Desaparecido el peligro de un nuevo ataque por parte del conde de Barcelona y renovada la amistad con al-Mustain de Zaragoza, Valencia era otra vez nuestro objetivo y el objeto de nuestra ambición. Los darocenses nos despidieron alegres e incluso nos aprovisionaron de abundantes viandas para el camino. Estaban felices al vernos partir, pues durante los meses que allí permanecimos les causamos tan enorme dispendio que tardarían al menos un año en recuperarse.

Ascendimos por la fértil vega del Jiloca y pasamos la primera noche en el Poyo, junto a Calamocha. Todavía estaba en pie nuestra fortificación, en la cima del cerro sobre la llanada, pero no subimos hasta allá arriba para comprobar su estado de cerca, pues todos sabíamos que nuestro destino estaba en las ricas huertas de Valencia.

Desde el Poyo avanzamos hasta Teruel, una pequeña aldea de apenas cien casas encaramada en lo alto de un cerro desde el que se domina el paso hacia Albarracín por el río Guadalaviar, el camino hacia el norte por el Alfambra y la ruta hacia el sur por el Turia. Desde allí cruzamos unos desolados páramos en dirección sureste hasta que alcanzamos el curso del río Mijares, que seguimos hasta la costa. El Campeador había elegido Burriana como centro de nuestras futuras operaciones, y allí nos asentamos para desesperación de sus moradores, que tuvieron que vaciar sus graneros, sus bodegas y sus silos para abastecernos de pan, vino y aceite.

Desde Burriana dominábamos el camino de la costa entre Tortosa y Valencia y teníamos al alcance de nuestras lanzas la fortaleza de Sagunto, cuyo alcaide, Ibn Lupp, nos ofreció ocho mil dinares anuales a cambio de que lo dejáramos en paz, cosa que de momento hicimos con gusto.

Exigimos el pago de parias a todos los reyezuelos, gobernadores y alcaides de la región: Denia, Játiva, Tortosa, Albarracín, Alpuente, Segorbe, Jérica, Almenar, Liria y

Valencia, todos trajeron su dinero a Burriana. Cuando hubimos recogido todos los impuestos, nuestras arcas estaban rebosantes. Hice un inventario de lo que contenían y sumé ciento cuarenta y nueve mil doscientos dinares; había tanto oro como el peso de seis hombres. Los musulmanes de Levante habían pagado sin excepción porque habían perdido toda esperanza en los almorávides; Yusuf ibn Tasufín no sólo no había podido reconquistar Toledo, sino que, iracundo por su fracaso, había vuelto sus armas contra Granada, a cuyo rey Abdalá había depuesto, incorporando esta ciudad y su reino al imperio africano. Los reyezuelos musulmanes ya sabían a qué atenerse: o nos pagaban parias a los cristianos a cambio de mantener su independencia o desaparecían devorados por la vorágine almorávide.

Habíamos superado los momentos más difíciles desde que saliéramos de Castilla, pero nos faltaba de nuevo la tierra, y para nosotros la tierra no era otra que Valencia. Durante las Navidades planeamos en Burriana los pasos a seguir para apoderarnos de Valencia. Rodrigo sostenía que primero era necesario someter a todos los castillos y fortalezas que la defendían, sobre todo aquellos que estuvieran a menos de veinticinco millas, y que la ciudad caería después por sí sola. Martín Antolínez creía que un asalto frontal sería lo más eficaz, aunque estimaba que las murallas y la abundante población eran armas poderosas.

—Hemos rendido otras fortalezas —alegó Martín Antolínez para justificar su propuesta.

—Jamás nos hemos enfrentado a un asedio de una gran ciudad como Valencia —le respondió el Cid.

—¿Qué importa el tamaño? Los valencianos se rendirán como conejos en cuanto el primer destacamento de nuestras tropas esté asentado en lo alto de cualquiera de sus muros.

—Tal vez, pero si no aseguramos los castillos que rodean Valencia, los sitiados seríamos entonces nosotros.

Como de costumbre, triunfó Rodrigo, quien gustaba de oír la opinión de sus capitanes aunque siempre tomaba él la decisión a seguir, y nos pusimos en marcha hacia Liria y el poyo de Cebolla, las dos principales fortalezas que defendían Valencia por el norte.

Cebolla se entregó sin apenas luchar en cuanto apretamos un poco el asedio, pero Liria estaba regida por un alcaide al servicio del rey de Zaragoza, quien pidió al Cid que le devolviera el dinero gastado en mantener dicho castillo si lo quería para él. Rodrigo no aceptó ninguna condición de al-Mustain y asolamos los alrededores de Liria, logrando un buen botín que enviamos a Burriana. El castillo era fortísimo y el alcaide, un hombre valiente y leal, estaba dispuesto a defenderlo a toda costa. Fue preciso requerir numerosos peones y ballesteros para reforzar el asedio, y en ello estábamos cuando hasta en nuestro campamento a los pies del castillo de Liria se presentó un correo del rey don Alfonso.

Una de las cartas que este correo portaba era de la propia reina doña Costanza. En ella recomendaba a Rodrigo que se reconciliara con su esposo el rey de León y de Castilla, y le ofrecía una buena oportunidad con motivo de la expedición que don Alfonso estaba preparando para atacar Granada. La presencia de los almorávides en ese reino había acabado con las abundantes parias que desde allí le pagaban a don Alfonso y el rey no estaba dispuesto a dejar así la cuestión.

Aquella cálida noche de primavera Rodrigo nos reunió a todos sus capitanes en el castillo de Cebolla, del que hacía muy poco que habíamos tomado posesión.

—La reina y algunos amigos de los pocos que me quedan en Castilla me recomiendan que acuda a la campaña de don Alfonso contra Granada. Me aseguran que si lo hago el rey me perdonará y aceptará la reconciliación. Estamos, queridos amigos, ante un gran dilema: si abandonamos lo que hemos logrado en tierras de Valencia y regresamos a Castilla, así como nuestros sueños de lograr ganar estas feraces huertas y nuestras heredades, abandonaremos nuestra vida errante y llena de peligros y podremos gozar de un solar seguro para nosotros y nuestros hijos.

—Yo prefiero el riesgo de la aventura a la placidez del sosiego —intervino el intrépido Martín Antolínez.

—Castilla es nuestra tierra, todo hombre necesita sentirse de algún sitio —dijo Bermúdez.

—¡Tonterías! Un hombre es de donde come. ¿Os habéis fijado bien en esta tierra? Hacedlo mañana al amanecer: contemplad desde lo alto de esta torre esas ricas y frondosas huertas repletas de árboles frutales, disfrutad con los anegados arrozales y con las exuberantes verduras y hortalizas, mirad el mar y las olas resbalando sobre la playa, disfrutad de la suave y cálida brisa acariciando la piel como la mano de una mujer, y luego decidme si cambiaríais todo esto por los yermos de Castilla —adujo Antolínez.

—Somos castellanos; si nuestra reina nos pide ayuda, debemos acudir prestos —sostuve yo.

Rodrigo nos miró, se levantó de la silla y, apoyándose en la mesa con los puños, nos dijo:

—Iremos a Granada, pero no dejaremos cuanto hemos ganado aquí. Tú, Diego, vendrás conmigo y tú, Martín, quedarás al mando de la hueste en Cebolla.

Con dos millares de soldados nos pusimos en marcha hacia Granada, y alcanzamos al rey don Alfonso unas cuantas millas al norte de esta ciudad, después de dos semanas de marcha. Rodrigo y don Alfonso se saludaron cortésmente; el Cid clavó su rodilla derecha en tierra y le besó la mano al rey. Aquella fue la última vez que lo vi postrarse ante alguien. Don Alfonso lo recibió con todos los honores.

Reunido el ejército, avanzamos hasta Granada. El rey instaló su campamento sobre las ruinas de una ciudad llamada Elvira, famosa y muy poblada tiempo atrás pero que había quedado abandonada cuando los nuevos reyes de la dinastía Zirí decidieron trasladar la capital a Granada. Rodrigo nos ordenó plantar nuestras tiendas en la llanura, justo entre Granada y Elvira. Y aquello disgustó a don Alfonso. Hubo algunos maldicientes que intrigaron ante el rey diciéndole que Rodrigo había levantado su campamento en ese lugar con evidentes ganas de provocar. Dijeron que entre las huestes del Cid se comentaba que el campamento real, a resguardo en lo alto de las colinas de Elvira y con la espalda protegida por las alturas de Sierra Nevada, parecía obra de cobardes, mientras que el del Campeador, en plena llanura, había sido dispuesto por hombres que no conocían el miedo.

Don Alfonso debió de creer aquellas patrañas, porque se sintió muy molesto y demandó de Rodrigo la causa de la ubicación de su campamento.

—Me habéis llamado para que os ayude, señor. Y mi mejor ayuda es la de serviros de escudo contra esos almorávides. Si deciden golpearlos con un ataque, yo estaré entre vos y ellos, y os serviré como coraza y defensa.

Al oír estas palabras en boca de Rodrigo, los nobles leoneses y algunos de los castellanos que acompañaban a Alfonso murmuraron entre ellos. Pude escuchar cómo alguno decía que la soberbia y altanería de ese desterrado infanzón era intolerable y que su apostura y descaro bien merecían un castigo.

Don Alfonso estaba serio y circunspecto. Rodeado de una camarilla de nobles, tan inútiles como envidiosos, tampoco podía soportar que un caballero como Rodrigo, a quien por dos veces había desterrado, hubiera podido sobrevivir por sí mismo, reclutar semejante ejército y someter a parias a tantos reinos, ciudades y castillos de al-Andalus. La propia existencia del Campeador hacía más evidentes sus propias carencias y sus fracasos, y de ningún modo podía consentir eso un monarca como don Alfonso.

Durante varios días permanecimos acampados cerca de Granada. Los almorávides, parapetados detrás de las murallas de la ciudad, no ofrecieron batalla, pese a los requerimientos que para ello les hacíamos en todo momento. Ni siquiera recibieron a una embajada que portaba una misiva retándolos a un combate a las puertas de su ciudad.

Don Alfonso, iracundo y cansado, parecía agotado y rendido, pero sobre todo humillado por no poder hacer nada para conquistar Granada. Los defensores almorávides se mofaban de él desde lo alto de las murallas y algunos de sus hombres murmuraban que Rodrigo había sido mucho más valiente al plantar sus tiendas en el llano y no sobre las colinas. El rey, desesperado y muy molesto, ordenó levantar los campamentos y regresar a Toledo.

Nos detuvimos cerca de la ciudad de Úbeda, en la ribera del río Guadalquivir. Rodrigo nos ordenó que montáramos las tiendas a la orilla misma del río, cerca de un vado por el que lo cruzaríamos al día siguiente. Don Alfonso había elegido para acampar un pequeño altozano desde el que se dominaba la llanura y el río. Desairado al ver que el Campeador se instalaba por su propia cuenta, montó su caballo y, escoltado por una docena de jinetes de su guardia personal, irrumpió en la tienda de Rodrigo.

—¡Maldito insolente! —gritó el rey en cuanto vio al Campeador.

—Majestad, es un honor recibirlos en mi campamento.

—¡Eres un perro traidor!

—Os equivocáis, señor —asentó el Cid con serenidad.

—Desde que llegaste a nosotros has buscado cualquier ocasión para desacreditarnos ante nuestros hombres. Lo hiciste ante los muros de Granada, poniéndonos en evidencia al no proteger en las alturas tus tiendas, y ahora vuelves a hacerlo colocando tu campamento a la orilla del río, mientras nosotros nos asentábamos al refugio de ese altozano. Pretendes que todos crean que no tienes miedo y que eres el mejor y el más valeroso de nosotros. Tu ayuda no es sino una farsa y tus excusas una sarta de mentiras. Has sido un traidor y lo seguirás siendo mientras vivas. En tu sangre habita la esencia de la mentira y el engaño, y sólo infidelidad y traición pueden esperarse de ti.

—Esas acusaciones son falsas —dijo Rodrigo.

—¿Me tratas de mentiroso?

—No, majestad, sólo os digo que cuanto estáis afirmando es falso.

—Nunca debí hacer caso a mi esposa.

El rostro de don Alfonso estaba rojo de ira. Sus ojos brillaban como ascuas encendidas y las venas del cuello palpitaban como el corazón abierto de una gacela. Hizo además de empuñar su espada, pero comprendió que Rodrigo se defendería, y además no estaba seguro de si sus hombres podrían reducir a los del Campeador. Lo pensó dos veces y giró sobre sus pasos. Subió al caballo con la ayuda de un escudero y maldijo al Cid y a su familia antes de marchar.

—¿Cómo lo habéis aguantado? Deberíamos haber...

—No, Diego, no —me interrumpió Rodrigo—. Si me hubiera vuelto contra él, sus palabras hubieran sido proféticas. El rey esperaba que yo alzara mi mano ante él, y así

tener una buena excusa para detenerme. Gracias a Dios he podido resistir la tentación de ensartarlo aquí mismo con mi espada.

»Ordena a los capitanes que digan a sus hombres que recojan las tiendas; esta misma noche regresamos a Valencia.

Levantamos el campamento con las armas en la mano. Rodrigo no confiaba en el rey y nos previno para que estuviéramos atentos, pues creía probable que aprovechando la noche, don Alfonso decidiera apresarlo. Nos había dicho que en ningún momento provocáramos a las tropas reales, pero que si nos atacaban, respondiéramos como si se tratara de nuestros peores enemigos.

Por fortuna no ocurrió nada y nos marchamos tranquilos hacia el este, camino de Valencia. Rodrigo cabalgaba cabizbajo, triste y apenado. Todos comentaban que su abatimiento era debido a que el rey de León había sido injusto con él, pero yo creo que eso le importaba bien poco; me parece que su tristeza la causaba el remordimiento por no haber hecho nada por callar la boca a don Alfonso. Rodrigo había cambiado tanto desde el segundo destierro que todavía sigo sin entender cómo pudo contenerse ante los insultos del rey. No creo equivocarme si digo que si en el viaje de regreso a Valencia el Cid se hubiera topado de nuevo con don Alfonso, no le hubiera permitido afrentarlo del modo en que el rey de León lo hizo en el vado del Guadalquivir. Yo mucho me equivoco, o el Campeador hubiera deseado que el rey hubiera desenvainado su espada para hacerle frente y zanjar de una vez por todas cuantos agravios le había causado en los últimos años.

Por el camino de regreso nos enteramos de que el emir de los almorávides había decidido acabar con los reinos de taifas. Numerosos ulemas habían dictado varias *fatwas* mediante las cuales consideraban lícito deponer a estos reyes, a los que consideraban corruptos y traidores al islam, y concedían los permisos religiosos y jurídicos a Yusuf ibn Tasufín para desbaratarlos e incorporarlos al Imperio almorávide.

Si los reinos de taifas quedaban integrados en el Imperio almorávide, el rey de León dejaría de cobrar las abundantes parias y sus arcas sufrirían un enorme quebranto. Por ello, intentó evitar la conquista almorávide enviando un ejército al mando de Álvar Fáñez para rechazar al que había desembarcado en Algeciras y que estaba conquistando el valle del Guadalquivir, pero aunque las tropas del pariente del Cid lucharon con fiereza y valentía y les causaron muchas bajas, los almorávides eran tan numerosos que acabaron venciendo en una batalla en Almodóvar.

Tras aquel combate, una princesa musulmana llamada Zayda, que había quedado viuda del hijo del rey de Sevilla (muerto defendiendo Córdoba contra los almorávides), se refugió entre los cristianos; fue amante del rey Alfonso durante varios años hasta que se bautizó y, viudo de nuevo el rey, se convirtió en su esposa adoptando el nombre cristiano de Isabel. Ella fue la madre del infante don Sancho, que fue muerto en la batalla de Uclés hace ahora dos años y que si hubiera sobrevivido, ahora sería el rey de León y de Castilla en vez de nuestra reina doña Urraca, su hermana.

Los almorávides avanzaban incontenibles por todas partes. Granada, Córdoba, Sevilla..., una a una, todas las orgullosas ciudades de los taifas fueron cayendo en sus manos, y sus monarcas, con todas sus familias, fueron deportados a África.

Nosotros volvíamos a encontrarnos en serias dificultades. Enemistados con don Alfonso, alejados de la amistad del rey de Zaragoza, limitados al norte por nuestro pacto con el conde de Barcelona, no teníamos más salida que resistir.

—Necesitamos una fortaleza, un fortín inexpugnable desde el que nos podamos defender del avance de los almorávides —me dijo Rodrigo.

—Tal vez si nos enfrentáramos a ellos en campo abierto... —observé.

—Sus ejércitos están compuestos por miles de hombres. Nos superan en uno a cuatro, por lo menos. En una batalla frente a frente no tendremos la menor oportunidad. Mi pariente Álvaro no ha podido con ellos en Almodóvar, pese a disponer de abundantes tropas y soldados bien pertrechados, veteranos en cien batallas. Esos africanos son como la marea, como las olas de la playa: puedes rechazarlos una vez, pero vuelven de nuevo, y en cada envite con más fuerza. Nuestra única posibilidad es fortificarnos, esperar a que ellos mismos se desgasten y entonces darles el golpe definitivo.

—¿Qué pensáis hacer? —inquirí.

—He visto que los almorávides no tienen capacidad para asediar y conquistar fortalezas que estén bien provistas y defendidas, por eso levantaremos el castillo más poderoso jamás construido, lo dotaremos de murallas inexpugnables y lo abasteceremos de pertrechos y provisiones para que sus defensores puedan resistir al menos un año sin salir de él. Hay que buscar un lugar apropiado al sur de Valencia, así también defenderemos a esta ciudad, que ha de ser en el futuro nuestro sustento.

En aquellos días, en tanto dábamos vueltas buscando el lugar más apropiado para construir la fortaleza que había imaginado Rodrigo, el alcaide de Játiva ordenó derribar un castillo situado unas pocas millas al sur, sobre un cerro en la serranía que corre desde el interior hasta Denia.

Allí nos dirigimos y comprobamos que el lugar era extraordinario. Al pie de la sierra de Moncabrer, como un cachorro recostado a las faldas de su madre, se alzaba un cerro casi cónico, de laderas muy empinadas y de fácil defensa. Desde allí se atisbaban varias alturas y desde las atalayas cercanas se poseía un dominio casi absoluto de todas las rutas que desde el sur convergían hacia Valencia. Había agua abundante y los alrededores no eran propicios para el despliegue de un gran ejército. Unos batallones bien entrenados y formados por jinetes veteranos podían mantener en jaque a contingentes mucho mayores debido a las estrechuras del terreno y a lo angosto de los pasos.

A la vista de aquel cerro, por cuyas laderas se esparcían los restos arrumbados de la fortaleza recién demolida, Rodrigo decidió que ese otero, al que las gentes de aquella comarca llamaban Peña Cadiella, sería la base de nuestro castillo.

Nos pusimos manos a la obra de inmediato gracias a una buena cantidad de plata y oro que nos proporcionó el rey de Valencia. Nuestros alarifes, ya muy duchos en la edificación de fortalezas, excavaron un gran foso en el que asentaron con piedras y cal los cimientos; de Valencia vinieron albañiles mucho más expertos, y bajo su dirección se fueron elevando los muros de argamasa de cal hasta alcanzar la altura de ocho hombres, los más altos que hasta entonces habíamos construido. Durante todo el otoño, mientras los peones y los albañiles levantaban la fortaleza, nos ocupamos en conquistar y someter algunos pequeños castillos y atalayas y en aprovisionarnos para el invierno. Estábamos convencidos de que el ataque almorávide se produciría en primavera, en cuanto el emir Yusuf ibn Tasufín hubiera sometido las últimas taifas.

A fines del otoño del año del Señor de 1091, el castillo de Peña Cadiella estaba terminado; sus altos muros y sus paredes exteriores revocadas con argamasa le conferían un aspecto formidable. Cualquiera que se planteara conquistarlo lo pensaría dos veces antes de lanzarse a un asalto que parecía casi imposible.

Dejamos en Peña Cadiella una nutrida guarnición y volvimos a Valencia. Allí nos enteramos de que la fortaleza de Aledo había caído en manos almorávides. Fue para nosotros una enorme decepción, pues Aledo era al menos tan inexpugnable como Peña Cadiella, y muchos fuimos los que tuvimos dudas sobre la conveniencia de la construcción que acabábamos de finalizar. Rodrigo nos calmó a todos diciendo:

—Sé que estáis desolados por la pérdida de Aledo. Pero no es comparable a Peña Cadiella. El rey Alfonso había dejado a los defensores de Aledo abandonados a su suerte, sin apenas pertrechos y sin posibilidad de recibir tropas de refresco y ayuda. Eso no ocurrirá con Peña Cadiella: no consentiré que la fortaleza quede desabastecida y siempre habrá en la fortaleza almacenadas provisiones para al menos un año. Aledo estaba en el corazón del territorio musulmán, en cambio, para llegar hasta aquí tendrán que disponer de buenas líneas de suministros para sus tropas; en caso contrario no podrán permanecer más de dos o tres meses, y sabemos por experiencia que los almorávides no saben prácticamente nada de intendencia. Son incapaces de estar en campaña más allá de esas ocho o nueve semanas.

Las explicaciones y la firmeza de convicción de Rodrigo parecieron convencer a los capitanes, y la mayoría se quedó tranquila, pero yo sabía que la caída de Aledo preocupaba mucho al Campeador y por eso no tardó en ordenar que se construyera una segunda muralla para reforzar la fortaleza de Peña Cadiella todavía más. Y para que nadie tuviera dudas de que Rodrigo confiaba en su estrategia, envió por unos días a Jimena y a los niños a Peña Cadiella y nombró alcaide del castillo al caballero don Martín de Cillas, uno de los más competentes capitanes de nuestra mesnada.

Pasamos las Navidades en Valencia. Jimena y los niños acudieron a reunirse con Rodrigo, quien fue acogido con todos los honores por el débil al-Qádir.

Capítulo XXI

Don Alfonso había perdido las parias de todos los reinos taifas ocupados por los almorávides y estaba furioso. Cinco años atrás, antes del desastre de Sagrajas, nadie hubiera osado oponerle la menor resistencia; todos, musulmanes y cristianos, se rendían entonces ante el poder y el empuje del conquistador de Toledo. Pero, ¿qué era el rey de León ahora?: un monarca abatido en todos los combates, sin otra tierra que la que heredara de su padre y de su hermano... y además Toledo, que seguía siendo cristiana aunque eran pocos los que confiaban que permaneciera así por mucho tiempo, pues nadie dudaba de que un prolongado ataque almorávide a esa ciudad supondría recuperarla para el islam.

Recuerdo que aquel domingo de principios de enero llovía sobre Valencia. La lluvia barría los tejados y extendía por toda la ciudad un olor a humedad salina. Al-Qádir nos había invitado al Campeador y a sus capitanes a una copiosa comida tras la cual disfrutábamos de la hospitalidad del rey, que nos agasajaba con joyas, collares y anillos, bandejas de pastelillos de canela y almendra, infusiones de abrótno, vino aromatizado con esencias, licores de dátil y de naranja e inhalaciones de humo de cáñamo. Tras la comida nos habíamos reunido varios hombres, Rodrigo entre ellos, en una de las salas del palacio real, en torno a una gran mesa, tumbados sobre mullidos almohadones de terciopelo rojo bordados con hilo amarillo de seda.

Charlábamos y dormitábamos sumidos en el sopor que invade el cuerpo después de una copiosa comida, amodorrados con los efluvios del humo del cáñamo y el sopor del vino. El rey de Valencia tenía dibujada en sus labios una extraña sonrisa, como si se le hubieran congelado las facciones en un momento preciso y ese rictus lo mantuviera inalterado. Sus profundos ojos acuosos parecían mirar errabundos como perdidos en la nada.

De una puerta salieron de pronto (creo que poco antes al-Qádir había hecho una indicación a uno de los pajes que nos servían) una docena de muchachas vestidas con vaporosas telas de tul que se fueron colocando a nuestro lado y nos frotaron el pecho y las piernas con agua aromatizada con un perfume que supuse una mezcla de áloe y almizcle. Entre las carcajadas de al-Qádir, una risa entrecortada e hilarante, más propia de un becerro que de un rey, aquellas muchachas fueron alcanzando con sus hábiles manos todas las partes de nuestros cuerpos. La que conmigo estaba parecía disfrutar con lo que hacía, pues no cesaba de sonreír cada vez que mis ojos y los suyos se encontraban.

La sala comenzó a llenarse de jadeos y balbuceos, y entre las gasas y tules de la muchacha que me había correspondido, atisbé cómo algunos caballeros ya habían sido desnudados por las jóvenes que ahora se afanaban en lamerlos.

Sin que apenas me diera cuenta, tanta era su habilidad, mi muchacha me había quitado el jubón, las botas y las calzas, dejándome sólo con la ropilla de algodón que cubre la carne. Tumbada entre mis piernas, sus labios chupaban los dedos de mis pies y luego lamía mis tobillos provocándome una sensación de placer nunca antes conocida. Muy despacio, la muchacha fue subiendo su cabeza mordisqueándome las piernas y las rodillas, y por fin enterró su cabeza entre mis muslos, debajo de la camisa, y juro que si hubiera estado muerto, hubiera resucitado allí mismo.

Envueltos entre los almohadones, nos amamos como si mil demonios nos hubieran poseído, y no sé qué hicieron los demás, pues con aquella joven entre mis

brazos tenía los cinco sentidos pendientes de su cuerpo y ninguna otra cosa me ocupó en esos momentos que disfrutar de aquel regalo de al-Qádir.

Me desperté abrazado a la cintura de la muchacha y contemplé a mi alrededor cuerpos desnudos, gasas y túnicas aventadas por toda la sala y bandejas y copas derramadas. El aire olía a una mezcla de dulzores aromas aceitosos y acres, y tras una celosía sonaba una dulce música de laúd, una melodía que rasgaba el aire como el lamento de dos enamorados a punto de separarse.

Me incorporé y miré hacia el lugar que había ocupado Rodrigo y vi que ya no estaba. Al-Qádir seguía con su estúpida sonrisa esculpida en sus labios, dormitando abrazado a las piernas de dos jóvenes rubias y Martín Antolínez cabalgaba poderoso sobre la grupa dorada de una hermosa mujer.

Salí de la sala y atravesé un pasillo hasta salir a uno de los patios de palacio. Vi a Rodrigo apoyado en una de las pilastras que sostenían unas arcadas de yeserías floreadas. Parecía sereno pero enojado. Me acerqué hasta él y me preguntó:

—¿Recuerdas el jabalí?

—No sé a qué os referís —le contesté.

—El jabalí de los bosques de Ubierna..., hace muchos años.

—Sí, claro, me salvasteis la vida.

—Hoy te has equivocado de nuevo. Si al-Qádir hubiera querido tendernos una trampa, ni siquiera te hubieras dado cuenta, pero ese idiota es incapaz de pensar más allá de lo que atañe a la conveniencia de su estómago o de su polla. Y vosotros, mis valientes capitanes, no estáis lejos de seguir su ejemplo. Es suficiente una buena comida, un vino de frutas, un poco de humo de cáñamo y las piernas de una jovencita para que olvidéis mantener la guardia y permanecer atentos. Debería echaros a todos. ¡Vamos!, despierta a esa cuadrilla de inútiles —me ordenó.

—Martín Antolínez está despierto, o al menos así lo he dejado ahora mismo.

—Pues despierta a los demás, nos marchamos.

Entré en la sala y uno a uno fui llamando a los capitanes de la hueste del Campeador. Por sus rostros risueños y aterciopelados, parecían mesoneros borrachos y no los fieros soldados que en realidad eran. Uno a uno fueron saliendo al patio, donde Rodrigo permanecía como una estatua, con los ojos fijos en el cielo que comenzaba a oscurecerse y en el que brillaban los luceros.

Cuando hubimos salido los seis, nos miró fijamente, con esa mirada de halcón, intensa y glacial a la vez, carente de sentimientos, tan fría que de sólo mirarla podía helarte la sangre, y simplemente dijo:

—Mañana, al amanecer, presentaos los seis con el equipo completo de combate en el llano de la Alcudia; no faltéis ninguno.

Y se marchó dando grandes zancadas, como si quisiera alejarse de nosotros poniendo una insalvable distancia de por medio.

Sentía la cabeza como si me la hubieran pateado cien caballos desbocados. Los efluvios de los licores de frutas y el humo del cáñamo se habían agarrado a mis sesos como la arena a la cal en la argamasa. Tenía la boca seca y los labios ardientes como brasas, y mi corazón latía desacompañado, tal vez herido por la etérea mordedura amorosa de la muchacha o quizá palpitando por el recuerdo de viejos amores perdidos.

El sol rayaba el horizonte sobre el mar Mediterráneo y una brisa ligera y fresca batía los palmerales del arrabal de la Alcudia. Los seis capitanes que habíamos participado en el banquete de al-Qádir la noche anterior estábamos formados con nuestros caballos en el campo de entrenamiento, donde nos había ordenado Rodrigo.

—Estaba muy enfadado ayer; nunca lo había visto así —comentó Martín Antolínez.

—Tal vez se le haya olvidado, no lo veo por aquí —adujo Bermúdez.

—Os equivocáis, ahí viene —les avisé.

Atravesando el arenal al trote se acercaba Rodrigo; su figura se recortaba sobre el sol del amanecer como un espectro negro sobre un fondo dorado. Venía hacia nosotros con la lanza en ristre y el casco de combate calado, y la punta de su lanza nos señalaba amenazadora y firme.

—¡Está loco! ¡Carga contra nosotros! —dijo Bermúdez.

—Nunca haría eso, simplemente viene al trote —alegó Antolínez.

Pero conforme se aproximaba más y más, Rodrigo le exigía mayor velocidad a su caballo y su cuerpo se arrebujaba sobre su montura como si en verdad estuviera realizando una carga contra un enemigo real.

—¡Nos va a embestir! —volvió a insistir Bermúdez muy alterado.

—No, no lo hará —dije.

Clavé mi lanza en el suelo, arrojé sobre la arena mi escudo, mi espada y mi daga y me dirigí al encuentro de Rodrigo con los brazos abiertos en forma de cruz. El campeador había vadeado un suave declive del terreno y cargaba al galope con la lanza apuntando mortalmente hacia mi pecho.

«Detente, maldito cabrón, tienes que pararte» dije para mí intentando darme fuerzas para superar el miedo que me estaba atenazando.

Pero no parecía que Rodrigo tuviera intención de detenerse. Estaba apenas a veinte pasos de mí y el extremo de su lanza, acerado y mortal, apuntaba a mi garganta. Cuando esperaba la irremediable lanzada, el Cid tiró bruscamente de las riendas con la mano izquierda, donde además sujetaba el escudo, y su caballo se frenó justo a tiempo para que la punta de acero quedara a un palmo de mi garganta. Fue entonces cuando me di cuenta de que un sudor frío recorría todo mi cuerpo y mi corazón latía con tal fuerza y tan deprisa que parecía a punto de reventar entre mis costillas.

—Has cometido un nuevo error, Diego. Nunca te dejes matar sin luchar.

—Vos no me mataríais.

—¿Estás seguro? —me preguntó. De nuevo contemplé su mirada firme y serena, aquella que siempre tenía antes de entrar en batalla.

—Lo estoy.

—¿Y éstos? —me preguntó señalando a sus capitanes.

—También os seguirían hasta la muerte. No creo que merezcan que los matéis, pues ellos morirían por vos.

—El error que cometisteis ayer nos pudo causar la muerte a todos si hubieran sido otras las circunstancias.

—Somos seres humanos, Rodrigo, no podéis pedirnos más de lo que somos capaces de dar. Nuestras vidas son vuestras, ¿qué otra cosa queréis de nosotros?

El Campeador bajó su lanza, que seguía apuntando a mi garganta, y la apoyó en una faltriquera de la cincha de su silla de montar. Me miró reflexivo, tiró de las riendas de su caballo y dio media vuelta. Se alejó unos pasos al trote y de repente espoleó al caballo y se perdió entre las palmeras con la misma celeridad con la que había aparecido.

Los capitanes, que habían quedado a mi espalda, se acercaron a mi altura.

—Creí que te iba a ensartar. ¿Qué te ha dicho? —me preguntó Martín Antolínez.

—Que estemos más atentos.

—¡Sólo eso! ¿Para eso nos ha hecho venir aquí con todas nuestras armas?

—Tal vez haya querido comprobar nuestra disciplina, o quizás esté buscándose a sí mismo, ¿quién sabe?

—¿Qué quieres decir?, no te entiendo —dijo Antolínez.

—No importa.

El incidente del arrabal de la Alcudia había quedado zanjado, pero yo no acababa de sentirme bien. No podía imaginar que Rodrigo hubiera estado a punto de atravesarme el cuello con su lanza; varios días después todavía no estaba seguro de si había sido tan sólo una pesadilla. Rodrigo estaba taciturno; algo en su interior bullía y no lo dejaba tranquilo.

Un día recibimos una buena noticia. Hasta la Alcudia se acercó un mensajero para anunciarnos que el rey de Aragón enviaba cuarenta caballeros, que no tardarían en arribar a Valencia, para ayudarnos en la defensa contra la invasión almorávide.

Y tal como se había anunciado, los cuarenta caballeros aragoneses, magníficos sobre sus caballos percherones, entraron en Valencia. El Cid los recibió en su finca de la Alcudia. El capitán que los mandaba le dijo que el rey don Sancho Ramírez de Aragón ofrecía su ayuda al Cid y que le brindaba su amistad eterna.

El Campeador saludó uno a uno a los cuarenta caballeros, que parecían formidables luchadores, y les proporcionó varias casas para que se asentaran. Aquella noche celebramos un banquete durante el cual los aragoneses dieron buena cuenta de un tonel de vino y de varios corderos.

Antes de que acabara el año recorrimos la frontera norte del reino de Valencia, acercándonos hasta Morella, donde manteníamos una guarnición. Con las fortalezas de Morella al norte y la nueva de Peña Cadiella al sur, Valencia estaba bien protegida. La ciudad quedaba en nuestras manos y, cuando decidiéramos ocuparla, nada podría impedirnoslo. Entre tanto, los almorávides seguían sometiendo a los reinos de taifas, pero no había ningún indicio de que prepararan un ataque a Valencia.

Don Alfonso había roto todas las relaciones con el Campeador, y había ido todavía más allá al asegurar a sus consejeros que estaba planeando la conquista de Valencia. Supimos de ello por un comerciante musulmán que viajaba con frecuencia a Toledo.

—El rey Alfonso quiere ahogarnos. Sabe que dependemos de este reino para nuestro sustento y que no tenemos otro lugar adonde ir, y pretende echarnos de aquí —se lamentaba Rodrigo en el palmeral de la Alcudia.

—Podemos ir a Zaragoza, a Barcelona o a Aragón; los tres soberanos de esos Estados son ahora nuestros amigos y aliados —aduje.

—No he luchado tantos años para volver a ser el paladín de otro. Te lo dije hace algún tiempo y te lo repito: necesitamos nuestra propia tierra, o seguiremos siendo almas errantes en busca de pan. Nos hace falta un puñado de tierra donde nuestros hijos crezcan seguros y donde nuestros cuerpos sean sepultados y reposen en paz.

—¿Queréis ser rey? —le pregunté.

—La realeza no es una cuestión de deseo, sino de linaje y de derecho.

Rodrigo me contestó como si hace tiempo que esperara a que alguien le hiciera esa pregunta.

—Sin duda, vos habéis ganado el derecho a ser rey.

—Todavía no he conquistado ningún reino y no sé si valdría para reinar.

—Al-Qádir es rey y vos tenéis mil veces su capacidad. Si os lo propusierais, todos vuestros caballeros os seguiríamos.

—No estés tan seguro de ello; en no pocas ocasiones algunos me han abandonado.

—Siempre han sido los menos.

Rodrigo se cubrió con el capote. Un frío viento se había levantado desde levante y barría el arrabal de la Alcudia con fuerza.

De nuevo estábamos en una encrucijada. Don Alfonso preparaba la conquista de Valencia, los almorávides habían iniciado la marcha hacia levante y el rey de Aragón recorría los campos cercanos a Zaragoza inspeccionando sus defensas en espera de desbaratarlas. Y nosotros otra vez en medio de todo aquel embrollo.

Apenas habían acabado las fiestas de Navidad, que celebramos en la Alcudia, cuando acudió desde el reino de Zaragoza un extraño personaje con una oferta para Rodrigo. Decía ser hijo del señor de Borja, una de las principales fortalezas del reino de Zaragoza, cerca del Moncayo, y que había sido expulsado de ella por un usurpador. Le ofrecía a Rodrigo el dominio del castillo de Borja a cambio de que lo repusiera al frente del mismo.

Rodrigo pareció no fiarse de ese individuo, pero aquélla era una oportunidad rodada para salir de Valencia antes de que en primavera aparecieran las tropas del rey de León.

Nos convocó a todos los que integrábamos su hueste y nos expuso su plan:

—Nos ofrecen el castillo de Borja, una poderosa fortaleza que algunos conocéis, si ayudamos a su dueño a recuperarla.

—Borja pertenece al reino de Zaragoza —le recordé—. Podríamos entrar en conflicto con al-Mundir.

—Tal vez, aunque no creo que al-Mundir esté en condiciones de oponérsenos; bastante tiene con soportar la presión de los aragoneses.

Rodrigo hubiera aceptado cualquier cosa con tal de no estar en Valencia cuando se presentara ante sus murallas Alfonso de León y de Castilla. No es que le tuviera miedo, pero no estaba seguro de qué haría la mayoría de su hueste en caso de que sus soldados se vieran obligados a enfrentarse a sus parientes y amigos castellanos en un campo de batalla y frente a unas tropas mandadas por el mismo rey que había jurado defender los fueros y leyes de Castilla en Burgos. El Cid no quería tentar a la suerte y la invitación para tomar el castillo de Borja fue vista por todos como un verdadero alivio. Estábamos preparando nuestro equipo para partir hacia Borja cuando se presentó en Valencia un emisario del rey de Zaragoza. Al-Mundir reclamaba la ayuda de Rodrigo ante los ataques de que estaba siendo objeto por parte del rey de Aragón.

—El rey Sancho Ramírez ha construido una fortaleza que llama El Castelar a muy pocas millas de Zaragoza. Su majestad al-Mundir os pide vuestra mediación para que hagáis desistir al aragonés de su empeño —dijo el mensajero zaragozano.

—Ambos reyes son amigos y aliados míos. El rey de Aragón me ha enviado cuarenta caballeros para reforzar mi mesnada y el de Zaragoza me ofrece su amistad si yo lo ayudo a desembarazarse del aragonés. ¿Cómo puedo optar por uno de los dos si a ambos estimo por igual? —se preguntó el Cid.

—Su majestad dice que os acordéis de su padre, el rey al-Mutamin; él fue vuestro mejor amigo. Ahora su hijo os reclama y os pide ayuda en su nombre.

—Yo estuve al servicio de al-Mutamin mientras vivió, y tal vez hubiera seguido toda mi vida a su lado si no hubiera muerto. También serví a al-Mundir, pero jamás me comprometí a hacerlo hasta la muerte.

—El recuerdo de al-Mutamin...

—Los recuerdos pasan y cambian —cortó Rodrigo al mensajero zaragozano—. Dos hombres que hayan presenciado la misma escena la recordarán de forma distinta tiempo después, e incluso el mismo hombre la recreará de manera bien diferente con el

paso del tiempo. Los recuerdos no permanecen en la cabeza de los hombres estables como las montañas, sino que cambian conforme cambiamos nosotros mismos.

—¿Debo decirle a su majestad que no le ayudaréis contra los aragoneses?

—Decidle que me honra con su amistad, pero que no puedo ayudar a un amigo en contra de otro. Si así lo hiciera, traicionaría la amistad de uno de los dos.

El correo de al-Mundir se marchó sin obtener la ayuda que había venido a buscar, y nosotros salimos hacia Borja dejando en Valencia a un escuadrón de caballería y a los cuarenta caballeros aragoneses enviados por Sancho Ramírez.

Todo aquel asunto de Borja fue un engaño que todavía hoy no comprendo. ¿Fue una estratagema de al-Mustain para atraernos a Zaragoza y de este modo enfrentarnos con los aragoneses? No lo sé, pero si al-Mustain estuvo detrás de aquello, le salió bien.

Nosotros nos presentamos ante Borja, una pequeña ciudad cerca del Moncayo con un castillo poderosísimo y unas sólidas murallas. Estábamos confiados en que el musulmán que nos había ofrecido su posesión era sincero, pero nos engañó. No teníamos demasiadas tropas y Rodrigo, airado pero complaciente al fin, decidió ir hasta Zaragoza.

La capital de los Banu Hud aguardaba temerosa el asalto de los aragoneses, que creían inminente. Había quienes aseguraban que el ataque a Zaragoza no se produciría antes de la conquista de Huesca, pues los aragoneses no cometerían el error de dejar a sus espaldas una ciudad tan importante como ésta. Por el contrario, la mayoría opinaba que los planes para asediar Zaragoza ya estaban trazados y que el rey de Aragón creía que si caía Zaragoza lo harían todas las ciudades al norte, y aun la taifa entera.

Los zaragozanos nos recibieron con gusto. Muchos de ellos nos aclamaron cuando nos vieron atravesar sus calles formados con nuestros equipos de combate, en fila de a dos, enarbolando las banderas y gallardetes con los colores que al-Mutamin había concedido al Campeador. Creían que regresábamos para liberarlos de los aragoneses, que no cesaban de ganar posiciones en el norte e incluso se permitían recorrer de vez en cuando y de manera impune la mismísima huerta del arrabal de Altabás. Pero en verdad, nadie imaginaba que nuestra presencia en Zaragoza se debía a que nos habían engañado con el asunto de Borja.

De regreso a Zaragoza me acerqué a visitar a Yahya, y aquélla sí que fue la última vez que vi a mi viejo amigo, de quien ahora sólo sé que todavía vive en esa ciudad dedicado al estudio de la astronomía y de la ciencia.

Lo encontré triste y abatido. Cenamos en su casa del arrabal y bebimos hasta caer casi borrachos. Yahya me habló entonces de un gran amor que era para él inalcanzable. Allí estábamos, dos viejos solterones, cargados de vino y recuerdos, hablando de lo que habrían podido ser nuestras vidas si nuestros destinos nos hubieran deparado otro rumbo. Me confesó que tenía un hijo con la esposa de otro hombre; sólo entonces supe que hacía mucho tiempo había sido esclavo y que de niño fue de dueño en dueño hasta recalar en casa de un rico platero de Zaragoza, con una de cuyas esposas había tenido a ese hijo.

Le pregunté si el muchacho sabía quién era su verdadero padre, y Yahya me dijo que no, que jamás se lo confesaría. Entendí entonces la amargura de aquel hombre, grande como un caballo y noble como un león, enamorado de una mujer que jamás sería suya y padre de un hijo al que nunca reconocería como tal. Y pensé entonces en mi amada Leonor y la imaginé en Roma, recordando, quién sabe, aquellos lejanos días en que paseamos nuestro amor por las huertas del arrabal de las Santas Masas, entre olivos esmeraldas y albaricoqueros en flor.

Dejé a Yahya sumido en su melancolía, y con la mía a cuestras, sin despedirme de mi viejo amigo, salí de su casa bajo un cielo estrellado, y vagué por las calles desiertas en busca de cualquier sombra que pudiera significar una esperanza, pero sólo hallé soledad y vacío.

Rodrigo, que no quería de ningún modo enemistarse con el rey de Aragón, con quien mantenía un acuerdo de paz y amistad, decidió entrevistarse con al-Mustain. El rey de Zaragoza nos recibió en su palacio de la Alegría, que lucía magnífico, con sus salas recién pintadas y sus paredes engalanadas con tapices y jarrones de flores. Al-Mustain estaba sentado en su trono del salón de oro, vestido con un manto azul tachonado de estrellas doradas, como la techumbre azul estrellada del mismo salón. Quería aparecer como el sol en medio del firmamento, como un nuevo astro en el centro de su propio universo.

—Sé bienvenido a mi morada —dijo al-Mustain solemne.

—Me agrada volver a veros, majestad —correspondió Rodrigo.

—Nuestro reino se halla en peligro: los aragoneses no cesan en sus intentos por robar lo que es nuestro y los almorávides han manifestado sus deseos de someter a todo al-Andalus a su poder. En estas circunstancias, tu ayuda es para nosotros esencial.

Al-Mustain habló con toda claridad, lejos del lenguaje ambivalente y confuso que había empleado en otras ocasiones. Era consciente de que la taifa de Zaragoza había perdido buena parte del poder que tuvo en tiempos de su abuelo al-Muqtádir y de su padre al-Mutamin, y de que sólo la intervención del Campeador podía librarla del desastre.

—Te necesitamos —insistió al-Mustain—. Y creo que tú también nos necesitas a nosotros. Si los aragoneses conquistan Zaragoza, pronto lo harán también con Lérida, Albarracín, Alpuente y la misma Valencia, y te quedarás sin tierras que ganar... salvo que quieras ser un vasallo de Sancho Ramírez. Y si caemos en poder de los almorávides, Valencia será una isla rodeada de un mar almorávide, y en ese caso apenas tardarán en incorporarla a su imperio. La independencia de Zaragoza es la garantía para la tuya.

Rodrigo parecía perplejo por la claridad con la que hablaba al-Mustain. En verdad que el rey de Zaragoza debía de estar agobiado para hacerlo de ese modo y con semejante franqueza. Rodrigo reflexionó y se dio cuenta enseguida de que al-Mundur tenía razón: si Zaragoza caía en manos de los aragoneses o de los almorávides, el resto de Levante peninsular estaría perdido, y era allí donde Rodrigo quería instalar su señorío.

El Cid se atusó el pelo de la barba, me miró y retrocedió dos pasos. Vuelto de espaldas al trono, contempló el patio y las dos albercas de agua teñida de colores que había frente a él, se acercó hasta la más cercana y se agachó hasta tocar el agua con la mano; después alzó sus ojos al cielo y regresó ante al-Mustain.

—Ante este mismo trono y en este mismo lugar prometí a vuestro padre que os ayudaría si erais digno de ello. Habéis hablado con sinceridad y franqueza, y eso es propio de los grandes hombres. Mediaré ante don Sancho Ramírez por vos.

—Zaragoza te estará eternamente agradecida —asentó al-Mustain.

—Bastará con diez mil dinares en oro y vuestro compromiso a renunciar a cualquier pretensión futura sobre Valencia —sentenció Rodrigo.

—Trato hecho.

Dos días después de aquella entrevista, al-Mustain y Rodrigo firmaron un tratado en el que se comprometían a ayudarse mutuamente si cualquiera de los dos era atacado por un tercero..., pero sólo en las tierras al sur del río Ebro.

Los aragoneses seguían entre tanto con sus algaradas en la frontera norte, y hacia allí nos dirigimos. Instalamos el campamento cerca de la villa de Zuera, a una jornada de camino al norte de Zaragoza en la ruta hacia Huesca. Nuestra presencia era una muestra de la voluntad de cumplir el pacto firmado con al-Mustain y de nuestra disposición a hacerlo hasta sus últimas consecuencias.

Los aragoneses se alarmaron y movilizaron un gran ejército, seguramente todo lo que eran capaces de reunir, que mediada la primavera se trasladó hasta Gurrea, sobre el río Gállego, apenas a media jornada de nuestro campamento. El ejército aragonés se había desplegado en formación de combate y por un momento creímos que estaban dispuestos a atacarnos. Pero las relaciones entre Sancho Ramírez y el Cid eran excelentes y todavía permanecían en Valencia los cuarenta caballeros que el aragonés había enviado para contribuir a la defensa de esta ciudad ante los almorávides.

Ninguno de los dos caudillos quería librar la batalla, y fue el rey de Aragón el primero en enviar a unos emisarios ofreciendo a Rodrigo la paz.

Recibimos a los embajadores aragoneses con toda cordialidad y les ofrecimos nuestro mejor vino y nuestro mejor cordero, como habíamos aprendido de la hospitalidad de los musulmanes. Nos dijeron que el rey Sancho y su hijo Pedro deseaban celebrar una vista con Rodrigo para ratificar en ella su amistad y sus deseos de paz y concordia.

Rodrigo me envió al campamento de los aragoneses de vuelta con sus embajadores para transmitirles los mismos deseos que ellos nos habían traído.

Don Sancho Ramírez me recibió en su campamento de Gurrea. Era un hombre de aspecto fornido y de rostro fiero. Estaba cerca de los sesenta, pero parecía veinte años menor. Sus hombros, anchos y robustos como los de sus antepasados navarros, se mantenían firmes y rectos, sin que la edad ni el tiempo hubieran causado la menor mella en ellos. Empeñado en crear un reino entre las pobres y agrestes montañas del Pirineo, no en vano había sido capaz de ir hasta la misma Roma para obtener del papa la sanción que legitimaba su derecho a la realeza, sus ojos dejaban entrever una fuerza de ánimo insuperable y sus finos labios denotaban un carácter sensual y a la vez noble.

A su lado estaba su hijo Pedro, quien ya había sido coronado rey de Monzón para evitar que nadie le discutiera sus derechos al trono y el privilegio para usar el título de *rex*. Don Pedro tenía poco más de veinte años, y, aunque había heredado la robustez de miembros y de cuerpo de su estirpe navarra, sus rasgos eran más refinados que los de su padre, similares a los de su madre Isabel, la hermosa hija del conde Armengol de Urgel.

Les transmití los buenos deseos de Rodrigo y les pedí que fijaran un lugar y un día para entrevistarse, pues el Cid tenía grandes deseos de verlos. Parecían ya olvidadas las derrotas que el rey de Aragón sufriera a manos del Campeador.

La entrevista tuvo lugar cerca de Gurrea, en un soto al lado del río Gállego. Don Sancho acudió con su hijo don Pedro y con cuatro caballeros, en tanto Rodrigo quiso demostrar su confianza acudiendo sólo conmigo.

—Rodrigo Díaz, tus hazañas han trascendido tu propia historia. Eres una verdadera leyenda viva —dijo el monarca aragonés.

—Los juglares son gente dicharachera y suelen exagerar las cosas para que sus versos sean más atractivos para la audiencia. Vos, majestad, sabéis bien de ello —espetó el Cid.

Los dos jinetes descabalaron de sus monturas y se abrazaron, y después hizo lo propio el Cid con don Pedro.

—Me he alegrado mucho cuando has aceptado nuestra amistad y renunciado a cualquier enfrentamiento entre nosotros; nada me hubiera disgustado más que tener que

luchar contra ti —dijo el rey Sancho Ramírez—. Pero tu avance hacia el norte parecía una provocación, de ninguna manera podía quedarme indiferente.

—Sólo defendía a mi aliado el rey de Zaragoza —explicó el Cid.

—Zaragoza... no sabes cuánto anhelo conquistar esa ciudad. He paseado en alguna ocasión por sus feraces huertas y me he acercado hasta el pie de sus mismos muros. Aragón es un reino pequeño, encaramado en lo alto de los riscos pirenaicos; necesitamos estos valles para sobrevivir, para ser una nación poderosa y grande, para tener ciudades en las que se instalen nuestros artesanos y nuestros mercaderes.

—Tenéis Jaca —alegó el Cid.

—Jaca es pequeña; al lado de Zaragoza no parece sino una pobre aldea.

—He prometido mi ayuda al rey de Zaragoza; si atacáis la ciudad, o cualquier punto al sur del Ebro, no tendré más remedio que acudir en su defensa.

—Yo no deseo ganar aquello que tú proteges, pero mi reino necesita crecer; Aragón sobrevivirá si es grande, en caso contrario sólo será un reino perdido en la leyenda, que un día surgió de entre la nieve de las altas montañas y se derritió como esas mismas nieves en primavera, sin dejar otra huella que unos nombres oscuros escritos por una indecisa mano en las páginas de viejas crónicas olvidadas.

—Volved a vuestras montañas, os lo ruego; todavía no ha llegado vuestra hora.

—Tu amistad me honra, y a ella me debo. Quizá tengas razón y sea pronto para la hora de los aragoneses. Somos pocos y tal vez no estemos preparados para gobernar una ciudad y un reino como Zaragoza; es probable que tengan que pasar algunos años hasta que nuestro estandarte ondee sobre sus murallas de piedra, pero, por eso mismo, debemos estar preparados para cuando llegue nuestro momento.

Y así fue como acordamos un nuevo tratado de paz y amistad entre la mesnada del Cid y el ejército de Aragón, cosa no muy difícil. Más lo fue convencer a Sancho Ramírez para que hiciera lo propio con el rey de Zaragoza. Rodrigo tuvo que emplearse a fondo, como nunca antes lo había visto. Insistiendo en que Zaragoza era una pieza fundamental en la defensa ante la invasión almorávide, que seguía avanzando hacia el norte arrasándolo todo a su paso, al fin, ante la insistencia de Rodrigo y gracias a sus dotes de persuasión, Sancho Ramírez cedió y firmó el tratado de amistad con al-Mustain.

—Este aragonés es el hombre más terco con el que me he encontrado en toda mi vida; me ha hecho sudar mucho hasta que ha aceptado firmar la paz con al-Mustain y renunciar a Zaragoza, al menos por el momento —me confesó Rodrigo.

Regresamos con el tratado de amistad entre Sancho Ramírez y al-Mustain en la mano. En Zaragoza ya se conocía la noticia de que el ejército aragonés, cumpliendo sus compromisos, se había retirado hacia sus montañas del norte. Al-Mustain recibió a Rodrigo con los máximos honores que se concedían en el reino. Un escuadrón de la guardia real nos esperaba unas pocas millas al norte de la ciudad, ataviados con amplias capas amarillas y túnicas azules, con cascos con penachos de plumas y lanzas con gallardetes dorados. Rodrigo entró en la Ciudad Blanca atravesando el puente sobre el Ebro, aclamado por la multitud que lo había convertido en su héroe más apreciado.

—No creí que pudieras lograrlo —dijo al-Mustain cuando saludó a Rodrigo en el llano de la Almozara, donde se habían preparado varias competiciones para festejar el tratado de paz con los aragoneses.

—Fue duro. Esos aragoneses son difíciles de convencer.

—Tú, Rodrigo, lo has conseguido. Has demostrado ser un campeón en la batalla y un hábil diplomático en la paz. No sé qué admiro más, si tu habilidad y destreza en el uso de las armas y tu capacidad estratégica en el campo de combate, o tus dotes diplomáticas para alcanzar acuerdos ventajosos.

—Mi padre me enseñó a ser paciente y a no precipitarme, ni en mis juicios, ni en mis ímpetus.

Capítulo XXII

Tras firmar la paz con los aragoneses sólo nos preocupaban los almorávides, o al menos eso creíamos hasta que un mensajero llegó desde Valencia, reventando caballos y con una expresión en el rostro como si hubiera visto al mismísimo demonio.

—Señor, don Alfonso está ante Valencia —dijo el correo apenas se presentó ante el Cid, a quien acompañábamos sus principales capitanes.

—¡Qué estás diciendo! —se sorprendió Rodrigo.

—Llegó hace cuatro días. El rey Alfonso se ha instalado en el poyo de Cebolla, nuestra guarnición allí nada ha hecho para impedirlo, y aguarda a que las flotas de Pisa y de Génova corten cualquier posibilidad de suministros por mar. Ha firmado sendos acuerdos con el rey de Aragón y con el conde de Barcelona para que le ayuden a someter Tortosa y Murviedro.

Jamás había visto a Rodrigo tan contrariado. Si el rey de León conquistaba Valencia, su sueño de convertirse en el señor de todo Levante habría acabado. Rodrigo nos pidió que lo dejáramos solo y se quedó un buen rato meditando en una de las habitaciones de su finca en la huerta de Santa Engracia. El día era caluroso y seco, una de esas jornadas zaragozanas en las que el sol calienta tan fuerte que ni las serpientes se atreven a salir de sus covachuelas.

Mientras Rodrigo decidía qué hacer, yo acompañé al mensajero a que tomara una jarra de vino rebajado con agua y algo de comida. Me confesó que la situación en Valencia era desesperada y que el rey Alfonso había reclamado el pago de cinco años de parias. Al-Qádir dudaba entre hacer efectiva esa cantidad o resistir el asedio en espera de que Rodrigo acudiera en su ayuda y en contra del rey leonés.

Según el derecho castellano, el rey Alfonso había incumplido el acuerdo al que había llegado con el Campeador. La presencia de Alfonso ante las murallas de Valencia y la gran coalición con Barcelona, Aragón, Génova y Pisa era un golpe en pleno rostro de Rodrigo. Mientras esperábamos a que el Cid decidiera qué postura adoptar, especulábamos sobre cuál sería su decisión: unos decían que ya era hora de darle su merecido a don Alfonso, pero la mayoría se inclinaba por resistir de manera pasiva y aguantar hasta que llegara el invierno y don Alfonso no tuviera más remedio que retirarse de Valencia.

Cuando salió Rodrigo y se presentó de nuevo ante nosotros, su semblante era serio, pero sereno. Nos miró uno a uno y dijo:

—No iremos contra don Alfonso, pero haremos cuanto podamos para que Valencia no caiga en sus manos.

—Eso va a ser difícil sin una intervención directa de nuestra parte —le advertí.

—Tenemos suficientes hombres en esa ciudad como para soportar el asedio durante bastante tiempo, y nuestros almacenes allí están repletos de grano y de aceite. Es preciso resistir hasta la llegada del invierno. Organizaremos algunas partidas que impidan a los sitiadores recibir alimentos; sin suministros, no tendrán otra opción que retirarse.

Y así lo hicimos. El rey Alfonso, desde su campamento del poyo de Cebolla, contemplaba impotente cómo una y otra vez sus convoyes con víveres eran interceptados por nuestros destacamentos y día a día escaseaban sus provisiones.

Además, las flotas pisana y genovesa, que deberían haber acudido ante Valencia hacia finales de julio, no aparecían, como si el mar las hubiera engullido, y los valencianos recibían cuanto necesitaban desde la playa.

Rodrigo había decidido no intervenir frontalmente, al menos por el momento, pero de alguna forma tenía que hacer saber al rey Alfonso que disentía gravemente de su forma de actuar. Así, escribió una carta al rey de León en la que le manifestaba su dolor por el acto del asedio de Valencia y le recordaba que ambos habían firmado un acuerdo por el cual el rey le había otorgado el privilegio de poseer cuantas tierras conquistase a los musulmanes. Le recomendaba que no se dejara aconsejar por ciertas personas que sólo pretendían su beneficio aun a costa de los intereses de Castilla, y se reservaba el derecho a defenderse de sus enemigos si fuera necesario y cuando lo estimara conveniente.

La carta de Rodrigo era a la vez elegante y dura, y no dejaba ninguna duda de que estaba decidido a mantener sus derechos sobre Valencia por encima del mismo rey.

A fines de agosto los sitiadores de Valencia habían agotado sus provisiones, los aragoneses y catalanes no habían podido ocupar Tortosa y los genoveses y pisanos seguían sin dar señales de vida. La situación del rey de León era tan desesperada que, ante el peligro de verse él mismo encerrado en su campamento del poyo de Cebolla, optó por levantar el asedio y regresar fracasado a Castilla.

Cuando lo supimos en Zaragoza, apenas un día después gracias al sistema de comunicaciones por señales visuales a través de las atalayas, Rodrigo pareció reconfortado y más todavía cuando nos comunicaron que aragoneses y catalanes también se habían retirado de Tortosa, pues, aunque las naves genovesas y pisanas habían aparecido al fin, ya era demasiado tarde.

Durante aquel verano, nosotros no habíamos permanecido quietos. Además de interceptar los convoyes del rey Alfonso, habíamos estado reclutando nuevos caballeros y peones para nuestra mesnada. Disponíamos de abundante dinero y en aquellos días nadie hacía ascos a un buen puñado de monedas, aun a costa de tener que poner la vida en peligro para obtenerlas. La hueste del Campeador se amplió con contingentes francos, pero también con muchos guerreros musulmanes que deseaban servir a las órdenes del caudillo a quien admiraban.

Durante la leva de tropas, en la mente de Rodrigo no bullía otra cosa que la venganza. En todos los años que hasta entonces yo había estado a su servicio jamás lo había visto manifestar ese deseo, tan común por otra parte a la mayoría de los hombres. Rodrigo había podido vengarse de algunos de sus enemigos en muchas ocasiones y por diferentes motivos, pero jamás hasta entonces lo había hecho; siempre había mantenido una actitud indiferente, confiado en que para alcanzar sus objetivos debía conservar el espíritu firme, el ánimo frío y el corazón sereno. La venganza parecía un sentimiento ajeno a su conciencia.

Por eso me sorprendió el día en que me confesó sus planes.

—Vamos a asolar las tierras de García Ordóñez. Caeremos sobre él con tanta fuerza que creará que el cielo se está derrumbando sobre su cabeza.

—¡Santo Dios, son castellanos! ¿Pensáis atacar la Rioja? —le pregunté.

—Hace más de quince años que García Ordóñez es señor de esas tierras, que yo mismo, y antes mi padre, contribuimos a ganar con la espada. Si no hubiera sido por ese entrometido, tal vez yo sería ahora el señor de la Rioja y el título condal adornaría mi blasón familiar. Ese maldiciente conde es el culpable de nuestra situación y de que hayamos andado errantes en busca de fortuna durante tantos años. Es hora de que pague su deuda.

Rodrigo convocó a toda su hueste para una cabalgada; más de tres mil hombres formaron en el llano de la Almozara, de ellos casi la mitad eran caballeros musulmanes.

Partimos hacia el noroeste siguiendo el curso del Ebro, que discurría muy menguado en aquellos últimos días de septiembre. Parecíamos el ejército de la muerte, pertrechados con túnicas negras y pardas, con los grandes espadones curvos, las hachas de combate de doble filo y las mazas de cabezas de púas de acero colgando de las sillas de nuestras monturas como badajos que anunciaban la tragedia. El Cid nos había arengado de manera muy eficaz, y nos había convencido de que el culpable de la mayoría de nuestros males era el conde García Ordóñez, al que acusó de engañar al rey Alfonso con la sola intención de ponerlo en su contra.

Avanzábamos por caminos polvorientos en silencio, mascullando cada uno de nosotros nuestros propios temores, callados y casi inmóviles, como estatuas de piedra dispuestas a cobrar vida tan sólo para matar, destruir e incendiar.

La primera localidad que encontramos habitada en tierras de Castilla fue Alfaro, que conquistamos sin esfuerzo. Y allí nos visitó un emisario del conde García Ordóñez con una carta en la que nos pedía que aguardáramos siete días y aseguraba que él se presentaría con su ejército para librar batalla y expulsarnos de sus tierras.

Cuando Rodrigo leyó la misiva que contenía el reto de García Ordóñez, rió a carcajadas ante los ojos aterrados del emisario del conde, quien temblaba como un arbusto zarandeado por un vendaval.

—Decidle a vuestro conde que aquí lo espero —afirmó Rodrigo.

García Ordóñez buscó apoyos por toda Castilla y aun por León y consiguió reunir un gran contingente de tropas con las que se dirigió hacia Alberite, donde se había pactado celebrar la lid.

Rodrigo ordenó enviar unos espías para que nos informaran sobre los movimientos del ejército del conde, al que se había unido un escuadrón de caballería enviado por el mismo rey don Alfonso.

—Son más de seis mil, tal vez unos seis mil quinientos; han avanzado hasta Calahorra y parecen decididos a librar batalla —nos informó uno de los espías.

—Nos doblan en número, pero García Ordóñez no se atreverá a atacarnos. Sus oteadores ya le habrán informado de que somos tres mil pero no pueden competir con nosotros en el campo de batalla —supuso Rodrigo.

El alarde del conde fue una mascarada. Desde Calahorra hizo avanzar a su ejército formado en orden de combate anunciando a todos los vientos que nos iba a arrollar. Supuso que, ante su despliegue de fuerza, Rodrigo se amilinaría y huiría a Zaragoza. Pero García Ordóñez no conocía al Campeador. Nos mantuvimos firmes en Alfaro aguardando la llegada de las tropas enemigas, que ralentizaron su marcha cuando sus oteadores les informaron que, lejos de huir, estábamos preparándonos para luchar.

El Cid ordenó formar a dos millares de hombres, con el equipo completo de combate, y con él al frente salimos de Alfaro avanzando hacia las posiciones del enemigo. Eso bastó para que entre las filas de García Ordóñez cundiera tal pánico que su ejército se disolvió como la niebla a mediodía. Aquellos hombres habían sido reclutados de entre los campesinos de los dominios de los parientes del conde y no estaban preparados para enfrentarse a un ejército de veteranos curtidos en decenas de batallas.

Aunque estábamos ya lo bastante envalentonados con las arengas de Rodrigo, todavía lo estuvimos más al enterarnos de la deserción masiva de las tropas de García Ordóñez. Toda la Rioja, con sus riquezas intactas, se ofrecía ante nuestras manos; sólo teníamos que extenderlas para recogerlas y hacerlas nuestras con la misma facilidad que el que recolecta manzanas maduras.

Y eso es lo que hicimos. Desde Alfaro nos dirigimos a Calahorra, que había quedado despoblada. Saqueamos la ciudad, apenas repuesta de siglos de abandono, y seguimos río arriba hasta Logroño. Esta villa, que gracias al tránsito de peregrinos estaba creciendo deprisa en torno al gran puente sobre el Ebro, no nos opuso ninguna resistencia. Sus habitantes, los pocos que se habían quedado tras enterarse de lo que habíamos hecho en Calahorra, salieron a recibirnos a las puertas solicitando que no les hiciéramos daño, pero Rodrigo no tuvo misericordia alguna. Ordenó a la vanguardia del ejército, integrada por soldados veteranos de las primeras campañas en el reino de Zaragoza, que asolara la villa y, que tras apropiarse de cuanto encontrara de valor, incendiara el resto.

Logroño ardía por los cuatro costados y el Cid contemplaba el incendio desde lo alto de un escarpe sobre el Ebro a unas dos millas de la ciudad.

—Mira eso, Diego —me dijo con la mirada fija en las llamas y el humo que ascendían sobre el valle—; esa villa pudo ser mía hace algún tiempo si el rey Alfonso me hubiera concedido el condado de la Rioja. Si don Alfonso hubiera sido justo, habría ahorrado muchos sufrimientos a sus súbditos, pero prefirió a ese cobarde de García Ordóñez.

—Esas gentes no tienen la culpa de lo que haya hecho su señor; acudieron a vos para pedir os clemencia —aduje.

—Hace tres días formaban parte de un ejército dispuesto a acabar con nosotros; también son culpables.

Rodrigo mantenía la mirada serena y el rostro inexpresivo mientras ardía Logroño, pero sus palabras estaban bañadas en el odio acumulado tras tantos años de desprecio y menoscabo. La destrucción de la Rioja era su venganza, y aunque dicen que su sabor es siempre dulce, yo creo que Rodrigo sintió en aquel momento el amargor de quien destruye un bien deseado que sabe que nunca podrá llegar a poseer.

Ebrios de esta vorágine de sangre, muerte y destrucción, nuestros soldados arrasaron cuanto se interpuso en su camino. Distribuidos en divisiones de doscientos hombres, asolaron aldeas, monasterios y propiedades. Nada quedó incólume entre Alfaro y Nájera: villas y aldeas quemadas y saqueadas, monasterios despojados de sus joyas, graneros incendiados, árboles talados y cepas arrancadas fueron las secuelas de la ira desatada de Rodrigo sobre las tierras riojanas del conde García Ordóñez.

Cuando tras dos semanas de saqueos y pillajes las tropas se concentraron de nuevo en Alfaro, cada uno de los soldados portaba una talega repleta de joyas y monedas. Todo lo que tenía algún valor y podía ser transportado con facilidad había sido robado y aquello que los soldados no habían podido llevar consigo lo habían quemado o lo habían arrojado al fondo del río.

Dejamos a nuestro paso tal reguero de desolación y de muerte que todavía hoy, casi veinte años después, quedan secuelas de aquellos terribles días en los que la ira de Dios pareció derramarse con toda su fuerza sobre los feraces campos de la Rioja.

Mucho más ricos en nuestras bolsas pero mucho más pobres en nuestros corazones, dejamos la Rioja y regresamos a Zaragoza. Allí volvimos a ser recibidos como verdaderos héroes, cuando habíamos sido meros ladrones y carniceros sedientos de sangre y de venganza.

—¿Qué creéis que hará ahora don Alfonso? —le pregunté a Rodrigo mientras cenábamos un cordero asado aderezado con comino y romero en su finca de Zaragoza.

—Buscará estar en paz con nosotros y pretenderá ganar de nuevo nuestra amistad —aseguró tranquilamente.

—Pero hemos asolado una de sus posesiones más queridas y hemos afrentado a uno de sus hombres de confianza; ¿no suponéis que vendrá contra nosotros? — pregunté.

—Ante todo, Alfonso de León es un soberano que ambiciona mantener su Corona por encima de cualquier otra cosa. Ha aprendido una dura lección que no olvidará. Sabe que jamás podrá ganar Valencia sin nuestra ayuda y que estamos en condiciones de plantarnos en el mismo León si nos lo proponemos.

Rodrigo hablaba con tal seguridad, que yo mismo, pese a llevar ya casi treinta años a su servicio, no me había acostumbrado a su temple y a sus nervios de acero. Tenía tal convicción cuando juzgaba la reacción de una persona que no solía equivocarse. Y en esta ocasión volvió a acertar de pleno cuando previó la reacción del rey de León.

A fines del verano llegó un mensajero castellano a Zaragoza. Venía en nombre del rey Alfonso y traía una carta del monarca en la que éste perdonaba al Cid de cualquier falta que hubiera podido cometer con anterioridad, le levantaba la condena del destierro y lo invitaba a regresar a Castilla cuando el Campeador deseara.

Rodrigo leyó la carta con atención, me miró y me dijo:

—Esto es exactamente lo que esperaba que hiciera.

—Podemos volver a Castilla y vos recuperar de nuevo vuestros feudos —le dije.

Rodrigo se volvió hacia mí despacio, sosteniendo el pergamino con la carta de don Alfonso en su mano, y sentenció:

—He conseguido lo que pretendía: el temor y el respeto del rey. Castilla ya no me interesa.

Mientras nosotros arrasábamos la Rioja, los almorávides conquistaban al-Andalus. Los guerreros norteafricanos se habían hartado de atravesar una y otra vez el Estrecho para poner en orden a las taifas y habían decidido, sencillamente, suprimirlas. El momento que tanto habíamos temido estaba a punto de llegar, pues, una vez conquistado todo el sur, los almorávides vendrían hacia Valencia, y esa ciudad estaba bajo nuestra protección.

Durante nuestra ausencia, ciertos valencianos habían manifestado que los almorávides eran los únicos capaces de reintegrar la unidad al islam andalusí, y habían establecido contacto con algunos de los gobernadores que los norteafricanos habían nombrado en las ciudades conquistadas. En esos días de finales de 1093, Játiva y Denia ya estaban bajo su poder.

Al-Qádir, sin la presencia del Cid, perdía adeptos conforme los ganaba el partido proalmorávide, y ante la delicada situación por la que atravesaba nuestro protegido, uno de los caballeros que se habían quedado en Valencia para defender nuestros intereses cabalgó hasta Zaragoza para informar a Rodrigo de que, si no hacíamos algo y pronto, los valencianos no tardarían en desembarazarse de ese reyezuelo, al que odiaban todavía más si cabe que cuando se instaló en la ciudad procedente de Toledo.

El Campeador me ordenó que convocara a todos los hombres disponibles y que nos preparáramos para partir hacia Valencia. Lo hicimos despacio, siguiendo el camino del Huerva hasta el Poyo junto a Calamocha, donde acampamos una vez más. Allí nos encontramos con los hombres que habíamos dejado en Valencia, que habían huido en busca del Cid junto con algunos de los criados de al-Qádir. Fueron ellos quienes nos dijeron que un destacamento almorávide había entrado unos días antes en la ciudad.

—¿Cómo ha ocurrido? —les preguntó Rodrigo.

—Arrasaron las comarcas del sur de Valencia, sometiendo todo a sangre y fuego. En la ciudad estalló una gran rebelión encabezada por el cadí Ahmad ibn Yahhaf y el

magistrado Ibn Wahib. Quemaron las puertas, que guardaban soldados fieles a al-Qádir, y ayudaron a un escuadrón de cuarenta jinetes almorávides a escalar los muros. La muchedumbre, enardecida por estos dos cabecillas, asaltó el alcázar real. El rey pudo huir aprovechando la confusión y disfrazado entre sus mujeres —nos contó uno de nuestros soldados.

—¿Quién gobierna ahora la ciudad? —inquirió Rodrigo.

—El cadí y el magistrado, pero lo hacen en nombre del emir almorávide. En las calles cunde la intranquilidad y el miedo; los notables han enviado a sus mujeres, hijos y riquezas a los castillos de la comarca, a Segorbe y Olocau sobre todo, buscando la protección que no parecen tener en Valencia. Nosotros tuvimos que huir porque la gente comenzaba a amenazarnos. Nos decían que cuando llegaran los almorávides seríamos empalados vivos. No nos quedó más remedio que abandonar nuestras casas en el arrabal de la Alcudía y huir con todo lo que pudimos recoger.

—¿Qué ha sido de al-Qádir? —preguntó Rodrigo.

—Disfrazado de mujer consiguió escabullirse por un portillo con un saco lleno de joyas, pero lo buscaron por todas partes y lo localizaron escondido en una casa en las afueras de Valencia. Lo llevaron ante Ibn Yahhaf, quien ordenó su ejecución. Hemos sabido que la muchedumbre asistió gozosa al suplicio del que fuera su rey. Los más exaltados le cortaron la cabeza y la clavaron en una pica que pasearon por toda la ciudad hasta que, cansados de esta macabra procesión, la arrojaron a la laguna; nadie derramó una sola lágrima. En verdad que ese hombre no era querido en esa ciudad. El cadáver hubiera sido devorado allí mismo por los cuervos si un piadoso mercader no le hubiera dado sepultura, en una fosa, sin mortaja, como un vil pordiosero.

—Triste fin para un rey —comenté.

—Sin duda, pero ahora tenemos las manos libres para actuar —dijo Rodrigo.

—¿Ahora? —me sorprendí.

—Claro, Diego, ahora. El asesinato de al-Qádir ha sido un acto de traición de lesa majestad. Nosotros éramos los encargados de su defensa, estaba bajo nuestra protección; eso significa que podemos actuar contra los usurpadores que detentan el trono de Valencia. Era la oportunidad que estaba esperando. Sin rey en su trono, Valencia será nuestra al fin.

Dejamos el Poyo junto a Calamocha y cabalgamos a toda prisa hacia el sur. Si hubiéramos llegado a Valencia unos días antes, la revuelta no hubiera triunfado y los almorávides no se hubieran apoderado de ella. Todavía hoy me pregunto por qué Rodrigo esperó tanto tiempo a dirigirse hasta Valencia y permaneció en Zaragoza a la espera de acontecimientos; y sólo encuentro una explicación: Rodrigo quería que al-Qádir fuera depuesto para así tener una justificación para ocupar Valencia y convertirse en su señor.

Toda la prisa que hasta entonces no habíamos tenido pareció desatarse de pronto. Corrimos por los valles del Jiloca y del Turia hasta alcanzar el poyo de Cebolla. Nuestra presencia ante las puertas de Valencia fue suficiente como para que la mitad del contingente almorávide se retirara. Creímos que Valencia caería fácilmente en nuestras manos, pero el cadí Ibn Yahhaf se hizo fuerte en el alcázar, reforzó la guardia de las murallas y reorganizó la administración de la ciudad poniendo al frente de la misma a sus más fieles seguidores.

El cadí no sólo se había apoderado del gobierno, sino también de todas las riquezas que había atesorado al-Qádir: oro, plata, piedras preciosas y sobre todo un hermosísimo cinturón de diamantes, zafiros y perlas del que se decía que había pertenecido a Zubaida, una de las esposas del califa Harún ar-Rachid, el que hiciera de Bagdad la ciudad más grande y suntuosa del mundo.

Los hombres con los que nos encontramos en el poyo de Calamocha nos habían dicho que los partidarios de al-Qádir que habían logrado escapar se habían hecho fuertes en el poyo de Cebolla, y por ello confiábamos en que su alcaide nos entregaría su castillo. Pero no fue así. Cuando llegamos ante el castillo que es la llave para el dominio de Valencia, el alcaide se negó a abrirnos sus puertas. Creo que aquel hombre tenía miedo, pues no estaba seguro de que pudiéramos hacer frente a los almorávides y creía que éstos pronto serían los dueños de todo al-Andalus. Nada había que reprocharle, pues eran muchos quienes en aquellos días pensaban que nadie sería capaz de detener a los aguerridos norteafricanos en su arrollador avance.

No tuvimos otro remedio que plantar nuestro campamento a los pies del cerro de Cebolla, pues sabíamos que su posesión era esencial para ocupar Valencia. Algunos de los que se habían refugiado en el castillo se nos unieron poco después, y el Cid les permitió integrarse en nuestra mesnada.

Rodrigo envió una carta a Ibn Yahhaf, que se pavoneaba adoptando aires de príncipe desde el alcázar, en la que le conminaba a devolverle los víveres que guardábamos en nuestros depósitos del arrabal de la Alcudia y en la que le acusaba de ser un traidor y un usurpador del gobierno de Valencia, por lo cual lo retaba a un duelo.

Ibn Yahhaf le contestó con una misiva en la que decía que nuestros víveres de la Alcudia habían sido saqueados durante la revuelta y que no podía devolverse algo que no existía; además, le decía a Rodrigo que la ciudad pertenecía ahora a los almorávides y le aconsejaba que se sometiera a ellos, y que en ese caso le ayudaría como mediador.

Cuando Rodrigo leyó la carta, tildó a Ibn Yahhaf de inútil y traidor, y juró que no cesaría en su empeño hasta que acabara con aquel indeseable y vengara la muerte ignominiosa de al-Qádir, a quien no había considerado digno de ser rey en vida, pero a quien había respetado como rey legítimo de Valencia.

El alcaide del poyo de Cebolla se resistió a entregarnos el castillo y envió un correo al rey de Albarracín ofreciéndole otras fortalezas que estaban bajo su dominio, sobre todo la poderosísima de Murviedro; Ibn Razin acudió enseguida con un escuadrón de caballería y tomó posesión, en tanto el alcaide seguía sin entregarnos Cebolla, cuyo dominio era imprescindible para la conquista de Valencia.

Los alcaides de otros castillos nos aportaban víveres y dinero para continuar nuestro asedio, y entre tanto, enviábamos dos veces al día patrullas que recorrían la huerta valenciana. El cerco a Valencia se apretaba día a día.

—Si no ceden, asolaremos sus campos —dijo Rodrigo harto de la resistencia valenciana y de la del castillo de Cebolla.

—Eso sería un error, Rodrigo —objeté—. Permitid que los labradores sigan cultivando los campos, pues así tendremos asegurados los suministros la próxima primavera. Si destruimos los árboles y las cosechas, los valencianos pasarán hambre, pero nosotros tampoco tendremos con qué sustentarnos. Además, cuando Valencia sea vuestra, será mucho mejor que las tierras sigan productivas.

—Tienes razón; ordena a los jefes de las patrullas que no molesten a los campesinos, pero que requisen el ganado y todos los bienes que encuentren.

Durante el invierno redoblamos nuestros esfuerzos y hasta tres veces al día recorríamos los caminos cercanos a Valencia, apresando a cuantos encontrábamos intentando introducir alimentos en la ciudad. La situación de los sitiados comenzaba a ser difícil y el cadí Ibn Yahhaf se las compuso para reunir, mediante el envío de correos que lograron eludir nuestra vigilancia, a trescientos caballeros, que acudieron para contribuir a la defensa de la ciudad. Unos procedían de Denia y otros eran parte de la avanzadilla almorávide que se encontraba acampada cerca de Játiva.

Una mañana de primavera recorríamos la huerta, cerca de los muros de la ciudad, en una de las patrullas que diariamente salían desde nuestro campamento de Cebolla para mantener el asedio. Estábamos apenas a trescientos pasos de la puerta de Alcántara cuando ésta se abrió. Observamos asombrados cómo unos cien jinetes, las lanzas en ristre, cargaban sobre nosotros. Ordené dar media vuelta y huir hacia el norte, por el camino de Cebolla. Mi patrulla estaba integrada por veinte caballeros y nada podíamos hacer ante un enemigo que nos quintuplicaba en número.

Aquellos jinetes eran parte de esos trescientos que Ibn Yahhaf había reclutado gracias al tesoro de al-Qádir y que se habían apostado dentro de las principales entradas de la ciudad para salir de improviso y acosar a nuestras patrullas.

Nos persiguieron durante una milla y ya nos iban dando alcance, pues sus caballos estaban más frescos que los nuestros. Creí que no nos quedaría otro remedio que vender caras nuestras vidas y conduje a mis hombres hacia una alquería en la que apostarnos a defendernos.

Descabalgamos, nos parapetamos detrás de unos muros de tapial y cargamos nuestras ballestas y arcos, prestos a disparar en cuanto nuestros perseguidores se colocaran a tiro.

Nuestra primera andanada de flechas tumbó a media docena de jinetes, pero el resto siguió avanzando hacia nosotros, espoleando a sus caballos, que relinchaban como demonios. Una segunda andanada derribó a otra media docena, pero seguían siendo muy superiores en número y ya estaban casi encima de nuestra posición. Antes de que pudiéramos largar una tercera andanada, los primeros jinetes irrumpieron en el cercado donde nos habíamos refugiado y comenzó una encarnizada lucha cuerpo a cuerpo. Ordené a mis hombres que se colocaran de espaldas a una pared de la alquería a fin de ofrecer un único frente a nuestros enemigos y dificultar así su ataque.

Jamás hasta entonces había visto la muerte tan próxima. Nos defendíamos como leones, pero ellos eran buenos soldados y sabían manejar bien la espada, y sobre todo eran muchos más. Cuando uno de la primera línea caía, enseguida era reemplazado por un compañero, pero cuando caía uno de los nuestros no había nadie para sustituirlo.

Las fintas que Rodrigo nos había enseñado y el duro entrenamiento a que nos sometía impidió que nos arrollaran en un instante, y logramos resistir el tiempo suficiente hasta que apareció el Campeador con un escuadrón de nuestros mejores hombres.

Justo cuando yo ya daba todo por perdido, apenas quedábamos en pie diez de nosotros, el Cid cayó por detrás de ellos como un rayo. Mis fuerzas estaban al límite y apenas sentía los brazos tras tantas estocadas y tantos golpes recibidos, pero los gritos de nuestros compañeros que acudían a nuestro auxilio me dieron las fuerzas suficientes como para protegerme de un espadazo de un almorávide que iba dirigido al centro de mi cabeza y que logré desviar a un lado, aunque me golpeó con fuerza el hombro izquierdo y me hizo una buena brecha pese a la protección de la cota de malla y de la loriga de cuero.

Cuando el almorávide se aprestaba a darme un segundo golpe, éste tal vez mortal, uno de los nuestros le tajó la cabeza, que se abrió como un melón maduro. En unos instantes no quedaba en pie ni uno solo de los que nos habían perseguido desde Valencia.

Rodrigo se acercó hasta mí y se interesó por mi hombro, del que manaba abundante sangre.

—No parece demasiado seria esa herida.

—Si hubierais tardado un poco más no podríais decir eso; gracias, señor —le dije.

—No creí que Ibn Yahhaf se atreviera a enviar a un grupo de jinetes contra nosotros fuera de las murallas. No obstante, en cuanto saliste esta mañana del campamento con la patrulla tuve una premonición. Por eso te he seguido de cerca con doscientos hombres.

—No sabéis cuánto me alegro de vuestra premonición.

En aquella escaramuza nosotros habíamos perdido veinte hombres, pero Ibn Yahhaf tenía cien jinetes menos para defender la ciudad que ambicionábamos.

Recogimos las armas y los caballos de los muertos y nos llevamos los cadáveres de los cristianos para darles sepultura junto a nuestro campamento del poyo de Cebolla. Nuestros auxiliares musulmanes se encargaron de enterrar según su rito a los sarracenos muertos.

Pese a ser un gobernante cercado y cautivo en su ciudad, Ibn Yahhaf se daba aires de gran soberano; gobernaba la Valencia asediada como si nada ocurriera fuera de sus muros, se reunía en consejo con los visires, alfaquies, generales y altos dignatarios, recorría las calles sobre un caballo blanco al que rodeaba una guardia de soldados negros que le abrían camino entre la multitud mientras él repartía saludos y bendiciones como si se tratara de un santo profeta.

A mediados del año 1093 nuestro cerco sobre Valencia era asfixiante. Algunos musulmanes intentaban animar a los suyos diciéndoles que los almorávides no tardarían en aparecer y que los liberarían del yugo del Campeador. Pero los alcaides de los castillos de la comarca habían comprobado nuestras fuerzas y sabían que estábamos dispuestos a hacer frente a cualquier ejército que viniera a auxiliar a los valencianos, y los propios valencianos estaban comenzando a cansarse de la actitud de Ibn Yahhaf y de la de los soldados almorávides que lo apoyaban.

Fue el propio Ibn Yahhaf quien se hartó de que los almorávides le reclamaran dinero para organizar un ejército de socorro. La demanda de ayuda del cadí valenciano a los generales almorávides establecidos en Denia y Játiva recibía siempre la misma respuesta: el auxilio llegaría siempre que Ibn Yahhaf entregara el tesoro que guardaba en el alcázar para pagar a los soldados.

El cadí decidió, tras consultar a una asamblea de notables, que entregaría una parte del tesoro a los almorávides a cambio de que éstos se presentaran en Valencia con un ejército, pero escondió la parte más valiosa. Los valencianos mantuvieron en secreto cómo se haría el envío del dinero, para evitar que nos enteráramos y pudiéramos interceptarlo, pero no sabían que Ibn al-Faray, un enemigo de Ibn Yahhaf, logró averiguar cuándo se produciría el envío.

Estábamos desayunando en la tienda del Campeador, en nuestro campamento al pie del cerro de Cebolla, cuando una de nuestras patrullas nos trajo a un individuo que preguntaba por Rodrigo como un desesperado

—Señor —se presentó el jefe de la patrulla—, este valenciano dice que tiene algo muy importante que deciros. Ha salido de la ciudad esta misma noche y se ha entregado sin ofrecer resistencia. No parece que quisiera huir de nosotros. Lo hemos registrado y no lleva nada encima.

El Cid se levantó de la mesa y se acercó hasta aquel hombrecillo que temblaba de miedo ante Rodrigo.

—Traigo una noticia que puede interesaros, señor.

El valenciano nos contó que era un criado de Ibn al-Faray, cuya familia estaba enemistada con al-Yahhaf, y nos describió el plan del cadí para ganarse la ayuda almorávide.

Los emisarios de Ibn Yahhaf que portaban el dinero para los almorávides salieron de Valencia por un portillo del lado sur de la muralla. Aprovecharon la oscuridad de la noche para eludir nuestras patrullas, pero no sabían que unas cuantas millas al sur, en el camino de Denia, les aguardaban doscientos de nuestros hombres, que con Rodrigo al frente habían cabalgado durante toda la noche para rodear Valencia y tenderles una emboscada.

A media mañana Rodrigo estaba de vuelta en el campamento con un cofre lleno de monedas de plata y oro. Los emisarios valencianos habían caído en la trampa que les habíamos tendido y la ayuda almorávide no llegaría, al menos por el momento.

A mediados del verano, el alcaide del castillo de Cebolla se rindió. Ya hacía semanas que habíamos pactado con él la entrega del castillo a cambio de un saquillo con un buen puñado de monedas, pero había que dar la impresión de que el alcaide resistía a nuestra presión y por eso aguardamos cierto tiempo hasta hacernos con la fortaleza.

En cuanto tomamos posesión de Cebolla, supimos que ya nada podría evitar que Valencia cayera en nuestras manos. Para reforzar nuestra presencia y demostrar a los valencianos que nuestra intención de conquistar su ciudad era irrenunciable, fundamos una villa junto al poyo de Cebolla y la rodeamos de una muralla con torreones, mejorando mucho la defensa de este lugar. Con ello gritábamos a los cuatro vientos que allí estábamos y que teníamos la intención de quedarnos para siempre.

Con Cebolla en nuestras manos, era hora de sellar el cerco definitivo sobre Valencia. Trasladamos el campamento de operaciones militares al lado mismo de las murallas, a un lugar llamado Mestalla, cerca del arrabal de la Alcudia, donde años atrás habíamos tenido nuestras moradas.

Derribamos cuantas casas había alrededor de las murallas, quemamos alquerías, talamos árboles y asolamos las cosechas. Todo cuanto había en dos millas alrededor de la ciudad quedó yermo y desierto. Valencia estaba en nuestra mano y Rodrigo ordenó apretar el puño sobre sus pobladores hasta obtener su rendición o su muerte.

Capítulo XXIII

Estábamos cerrando el sitio a Valencia cuando se presentó un emisario del rey al-Mustain de Zaragoza al que acompañaban sesenta caballeros. Nos dijo que venía en misión caritativa, como corresponde a cualquier buen musulmán, y que sólo pretendía pagar rescate para liberar a los súbditos del rey de Zaragoza que habían sido apresados por nuestras patrullas o que habían quedado retenidos en Valencia.

Creímos en su buena voluntad y le dejamos entrar en la ciudad, pero lo que pretendía el emisario de al-Mustain era lograr que Ibn Yahhaf le entregara Valencia a su rey a cambio de la protección contra el Cid e incluso contra los almorávides. Cuando Rodrigo se enteró del plan maquinado por su antiguo aliado, mostró su disgusto, pero al cabo de un rato me dijo:

—Bien por ese cachorro de al-Mutamin. No tiene fuerzas que oponerme, pero ha intentado ganarme por la mano usando la astucia.

—Algo le queda del valor de su padre.

—Si tuviera el mismo valor que al-Mutamin se hubiera presentado aquí con cuantos soldados hubiera podido reunir y nos hubiera hecho frente.

—Al-Mutamin nunca fue un gran estratega militar

—Tal vez tengas razón, aunque no tuvo tiempo para demostrarlo; pero fue el hombre más valiente que he conocido. En cualquier caso, ahora es su hijo quien gobierna Zaragoza y no voy a darle la oportunidad de enfrentarse conmigo. Mañana mismo atacaremos los arrabales con todas nuestras fuerzas.

Además de en la medina, los valencianos se habían hecho fuertes en dos arrabales, el de la Alcudia y el de Villanueva, ambos protegidos por murallas de ladrillo y tapial, menos sólidas que las de piedra de la medina.

Recuerdo aquellos dos días como los más cruentos y terribles de cuantos me ha tocado vivir. Al amanecer estábamos preparados más de dos mil hombres, con todo nuestro equipo de combate dispuesto y armados hasta los dientes. A una orden de Rodrigo avanzamos desde nuestro campamento en Mestalla hasta el arrabal de Villanueva, que asaltamos causando una gran mortandad entre sus defensores. Irrumpimos en la calle principal, donde se alineaban la mayoría de los comercios del barrio, arrasando todo cuanto encontramos a nuestro paso. Algunos comerciantes que intentaban defender sus tiendas con espadas y dagas fueron degollados a las puertas de sus comercios, que saqueamos requisando cualquier cosa que tuviera algo de valor. A media mañana la resistencia había acabado y todos sus habitantes o estaban muertos o eran nuestros prisioneros.

Al día siguiente caímos sobre el arrabal de la Alcudia. Mientras acosábamos sus muros, más altos y fuertes que los del de Villanueva, una parte de nuestra mesnada atacó la puerta de Alcántara de la medina, que había quedado un tanto desprotegida pues algunos de sus guardianes habían acudido a la defensa del arrabal de la Alcudia, donde, sin duda, tenían parientes, amigos y propiedades. Nuestros hombres casi habían ganado las almenas, trepando con cuerdas y escalas, cuando desde lo alto de la muralla comenzó a caer sobre ellos una lluvia de piedras que los hizo desistir del ataque. Al levantar la vista contemplaron asombrados que no eran soldados los que con tanta energía se defendían, sino mujeres y jovencitos que se habían encaramado a las almenas para rechazar el asalto de nuestros mejores guerreros.

Repuestos de la sorpresa, ya estaban los nuestros preparando un segundo asalto cuando la puerta de Alcántara se abrió y salió al exterior una turba de jinetes que gritaba «Dios es grande, Dios es grande» en tanto cargaban sobre los nuestros.

En la misma puerta del puente se libró una de las batallas más sangrientas que recuerdo. Los defensores, desesperados porque, si cedían, la ciudad quedaría desprotegida y en nuestras manos, se afanaban por luchar con todas sus fuerzas y nuestros hombres empujaban sabedores de que la toma de aquella puerta significaba la conquista de Valencia con todas sus riquezas. Unos y otros se empleaban con tal contundencia que el suelo estaba lleno de cadáveres por todas partes y la sangre corría por la vereda en tal cantidad que las orillas del río Turia comenzaron a teñirse de rojo. La batalla de la puerta de Alcántara duró hasta mediodía. La mayor parte de los defensores cayeron muertos defendiendo su ciudad y también entre nosotros hubo bastantes bajas, pero con su sacrificio lograron su objetivo de evitar que nuestra vanguardia entrara en Valencia por aquel lugar.

Los musulmanes creyeron que había pasado el peligro: se equivocaban una vez más. Rodrigo volvió a dar buena muestra de su espíritu indómito y, aunque estábamos casi muertos de cansancio tras dos días de lucha, ordenó una nueva carga contra la Alcudia esa misma tarde.

Nos repusimos de la fatiga comiendo un poco de carne asada y tortas de harina y aceite, y volvimos a caer sobre los muros de la Alcudia como un león sobre su presa confiada tras haberse librado del primer ataque.

Pasmados ante nuestro ímpetu, los pobladores del arrabal, que ya sabían lo que les había pasado a sus vecinos de Villanueva, salieron ante nosotros desarmados, reclamando el *amán*, que es como los musulmanes denominan una petición de paz.

Al oírlos, Rodrigo se alegró mucho (hasta un hombre de su fiereza estaba cansado de tanta sangre) y nos ordenó a gritos que no causáramos más mortandad.

—Cortaré la cabeza de aquel que cause el menor daño a cualquiera de estos hombres —dijo el Cid.

Ocupado el arrabal, el Campeador reunió a todos sus pobladores en la mezquita y les dijo que podían seguir realizando su vida normal, y que si se sometían les garantizaba su vida y sus bienes. Todos los hombres allí reunidos se comprometieron a acatar el dominio de Rodrigo y le juraron fidelidad como señor.

Ahora ya no había nada que se interpusiera entre nosotros y los muros de la medina de Valencia. La conquista de la ciudad parecía sólo cuestión de tiempo.

Dentro de las murallas de Valencia cundió el desánimo y algunos notables valencianos insistieron ante Ibn Yahhaf para que pactara con el Cid.

Una delegación de ellos se presentó en nuestro campamento de Mestalla; la encabezaba un visir de mediana edad, de aspecto circunspecto y ademanes nobles.

—Don Rodrigo, vengo en nombre de los ciudadanos de Valencia a ofrecerles la paz.

—No estáis en condiciones de ofrecer nada —respondió el Cid.

—Este asedio está causando demasiados problemas a todos. Si os retiráis, estamos dispuestos a ofrecerles una buena compensación.

—Hablad.

—Os pagaríamos el dinero que valía cuanto tenáis en vuestros almacenes antes de que fuera..., antes de la muerte de al-Qádir, y os pagaríamos mil dinares mensuales a partir de vuestra retirada.

—Añadid mil dinares mensuales desde que comenzó el asedio, la propiedad del arrabal de la Alcudia y del poyo de Cebolla.

—Es demasiado, no podremos...

—Claro que podréis. ¡Ah!, y además los soldados almorávides que permanecen dentro de la ciudad deberán marcharse inmediatamente. Yo les garantizo que podrán irse en paz.

El visir frunció el ceño y salió de la tienda del Campeador cabizbajo. Al día siguiente regresó para decirnos que se aceptaban todas las condiciones impuestas por el Cid.

Firmamos el acuerdo, dejamos salir a los almorávides, que estaban cansados de permanecer dentro de aquellos muros tanto como los valencianos de soportarlos, y nos retiramos al poyo de Cebolla. Enviamos un correo para decirle a Ibn Yahhaf que si nos entregaba la ciudad lo protegeríamos de los almorávides, pues de ellos sólo podía esperarse rudeza y nepotismo si algún día llegaban a gobernar Valencia.

Aprovechamos aquellos días de tregua para organizar el gobierno del arrabal de la Alcudia. El Cid nombró a un musulmán su administrador y lo dotó de poderes para recaudar los impuestos y las rentas sobre las tierras, las industrias y los comercios. Cuanto habíamos aprendido en Zaragoza sobre la forma de llevar las cuentas nos sirvió de mucho, pues los musulmanes sabían organizar la recogida de impuestos mejor que nosotros.

Entre tanto, algunos de nuestros capitanes recorrieron las tierras de las montañas de Albarracín y de Morella en busca de nuevos guerreros para reemplazar a los que habían muerto durante la larga campaña ante Valencia. Les prometíamos una buena soldada, tierras y casas en Valencia o en sus arrabales y el orgullo de formar parte del mejor ejército del mundo.

Fueron bastantes los jóvenes que bajaron de las sierras para integrarse en nuestra hueste. En aquellas desoladas planicies no tenían más futuro que la miseria y el olvido ni más horizonte que las crestas de sus serranías, sus famélicos ganados y sus chozas de barro y paja. Con nosotros podían alcanzar fama y riqueza, ricas heredades y espléndidas casas y, sobre todo, aventuras y horizontes abiertos. ¿Qué joven que se precie renunciaría a ganar esa gloria a pesar del peligro que conlleva cualquier batalla?

Organizamos el gobierno de la Alcudia, construimos una ciudad en lo que hasta entonces había sido tan solo el castillo de Cebolla, reclutamos tropas de refresco y las entrenamos, pactamos con Ibn Yahhaf para que no entregara Valencia a los almorávides y aún tuvimos tiempo para reforzar nuestro castillo de Peña Cadiella e ir hasta Alcira, unas cuantas millas al sur de Valencia, y saquear sus campos por haber pactado su alcaide con los almorávides.

Todos ambicionaban Valencia: el Cid, el rey de Zaragoza, los almorávides, don Alfonso de León... y el rey de Albarracín. Este curioso personaje, que gobernaba ese pequeño reino desde hacía casi cincuenta años, le ofreció al rey de Aragón un castillo y la promesa de grandes sumas de dinero a cambio de su ayuda militar. Los aragoneses, que se habían establecido en Oropesa y Castellón, en la costa entre Tortosa y Murviedro, ambicionaban también Valencia, y vieron en este ofrecimiento de Abd al-Malik de Albarracín la ocasión para intervenir en los asuntos valencianos. El rey de Albarracín ya poseía Murviedro y había firmado un pacto de amistad con el Cid, quien, ante las noticias de que Ibn Razin anhelaba ganar Valencia, consideró esta iniciativa como un acto de traición.

Nada nos había dicho Rodrigo sobre sus intenciones. Aguardó a que toda la cosecha estuviera recogida y a buen recaudo en los almacenes que habíamos construido al abrigo de las murallas del poyo de Cebolla y me mandó llamar a la estancia que ocupaba en ese castillo.

—Diego, prepara un escuadrón de dos centenares de hombres, los mejores, con todo el equipo militar y con provisiones para siete días. Que estén listos mañana al amanecer.

—¡Doscientos hombres...! Puedo preguntar adónde vamos.

—Mañana, Diego, mañana.

Tal y como había ordenado Rodrigo, los doscientos mejores caballeros de nuestra mesnada formaban con su equipo de combate completo y dos caballos cada uno en la explanada que se extiende a las puertas del recinto murado que habíamos construido alrededor del poyo de Cebolla.

Corrían los primeros días de septiembre y el sol calentaba con fuerza. Pedro Bermúdez quedaba al mando en Cebolla en tanto Martín Antolínez y yo acompañamos al Cid a una misión de la que nada sabíamos.

Nos pusimos en marcha a una orden de Rodrigo y me sorprendí bastante cuando vi que nos dirigíamos hacia el norte.

—Valencia queda al sur —le dije a Rodrigo adelantándome a su altura.

—Sé bien dónde queda Valencia, Diego.

—¿Puedo saber ahora adónde vamos?—le pregunté.

—A Albarracín —me contestó lacónico.

—Pero estamos equipados para librar una batalla.

—Ese reyezuelo engreído se cree que puede tramar una traición a mis espaldas y que voy a quedarme de brazos cruzados. Va a comprobar en sus propias carnes qué significa traicionar a Rodrigo Díaz.

Subimos por el camino de Valencia a Zaragoza hasta las tierras del reino de Albarracín y fortificamos un campamento en un lugar llamado la Fuente Llana, desde donde dominábamos la ruta hacia la capital de ese reino.

—Formaremos cuatro batallones de cincuenta jinetes cada uno. Tú, Diego, y tú, Antolínez, mandaréis dos de ellos, yo lo haré con el tercero y el cuarto se quedará guardando el campamento. Mañana nos desplegaremos uno en cada dirección y asolaremos cuanto encontremos a nuestro paso. Avanzad en la dirección señalada hasta mediodía, predando y capturando cuanto ganado y otros bienes podáis conseguir, y justo a mediodía regresad aquí, donde nos encontraremos a la caída del sol.

Y así lo hicimos. Aquellas gentes estaban desprevenidas, pues nadie les había informado sobre nuestras intenciones, que en realidad ni nosotros mismos conocíamos hasta que la mañana de nuestra partida nos las comunicó Rodrigo.

Yo recorrí varias millas hacia el norte, hasta la villa de Cella, que saqueamos llevándonos con nosotros todo el ganado, mujeres y niños cautivos y todo el cereal que encontramos; aquellas gentes acababan de cosechar y tenían los silos y graneros repletos.

Algunos de los soldados de mi batallón violaron a las mujeres que no pudieron esconderse en los bosques de las montañas y otros lo hicieron con los niños. He visto el dolor y la angustia reflejados en demasiados rostros, y muchos de ellos se han borrado de mi memoria, pero todavía quedan en ella las caras aterrorizadas de unas muchachitas que gemían de pánico mientras contemplaban cómo nuestros soldados cortaban las cabezas de sus padres y las paseaban por la calle de su aldea, todavía chorreando sangre, clavadas en la punta de las picas.

Aquello no fue ninguna hazaña de la que considerarnos orgullosos, aunque nadie se avergüenza en nuestros tiempos de acciones como éstas, que se estiman como normales en tiempos de guerra, pero sin otro esfuerzo que el que supone levantar una espada para rebanar un cuello, conseguimos un enorme botín en ganado, cereales y

cautivos que enviamos al poyo de Cebolla custodiado por la mitad de los hombres que habíamos participado en aquella algara.

El rey de Albarracín, aterrorizado por nuestra acción tan cruenta como inesperada, se refugió tras las murallas de su inexpugnable fortaleza, ante la cual nos instalamos los que habíamos quedado junto a Rodrigo.

La ciudad de Albarracín, que los musulmanes llaman Santa María de Oriente, está construida sobre un espolón rocoso que el río Guadalaviar corta a pico entre farallones de piedra gris. En el centro de la ciudad hay una enriscada alcazaba desde la que se domina el curso del río y donde tienen sus casas el rey Abd al-Malik y su familia. La alcazaba está rodeada de una muralla de piedra con torreones circulares y se alza poderosa sobre las casas de la medina, que se amontonan escalonadas a su alrededor como las celdillas de un panal de miel.

El Cid reclamó a gritos la presencia del reyezuelo, pero éste no dio señales de vida. Confiado en que no se atreverían a salir de su refugio enriscado, Rodrigo se acercó hasta el pie de las murallas acompañado por sólo tres caballeros, entre ellos Martín Antolínez. Yo me había quedado con el resto de la hueste en un amplio llano donde el valle del río se ensancha tras abrirse camino entre las paredes de roca.

Desde la distancia pude avistar cómo salían por un portillo de la muralla una docena de caballeros equipados con corazas que atacaron al Campeador. Eran doce contra cuatro, y otro que no hubiera sido Rodrigo habría intentado huir, pero el Cid cargó contra los que le atacaban y derribó a dos de ellos.

Sorprendido por la salida de los de Albarracín y sin tiempo para pensar otra cosa, ordené a todos los hombres que arrearan los caballos para acudir a la defensa del Campeador.

Mientras nos acercábamos a todo galope, vi cómo Rodrigo se enfrentaba a otros tres jinetes, que lo acosaban por ambos flancos sin que ninguno de los que lo acompañaban pudiera ayudarlo. El Cid pudo esquivar con su escudo la lanzada de uno de ellos, pero otro aprovechó la ocasión para clavar su lanza en el cuello de Rodrigo. El Campeador cayó del caballo y cuando el jinete que lo había derribado se aprestaba a rematarlo, apareció Martín Antolínez, que se interpuso y con su escudo desvió el golpe que pretendía ser definitivo. Pero Antolínez nada pudo hacer para evitar que el primero de los jinetes, que había recuperado su posición tras ser rechazado por el Cid, clavara su pica en la espalda del burgalés, que cayó de bruces. La acción de Antolínez nos dio el tiempo suficiente para llegar hasta Rodrigo y evitar que lo remataran. Todos los de Albarracín murieron atravesados por nuestras lanzas; nosotros dejamos tres muertos sobre el campo.

Nos retiramos llevándonos el cuerpo palpitante de Rodrigo con la garganta abierta y los cadáveres de Martín Antolínez, de un burgalés y de un joven riojano que se había unido a nosotros hacía un par de años en Zaragoza. El Cid estaba empapado en sangre y, aunque mantenía los ojos abiertos, creo que no era consciente de lo que le estaba pasando: la vida se le iba a borbotones con la sangre que perdía.

Lo tumbé sobre unas hierbas y le tapé la herida con un pañuelo, intentando detener la hemorragia como tantas veces había visto hacer a algunos médicos tras las batallas. Le quité la loriga de cuero y la cota de malla, y le lavé el cuello y el rostro con agua de una fuente cercana; después le cubrí la herida de nuevo con paños de lino y le hice un vendaje lo mejor que supe.

Salimos de allí a toda prisa y nos dirigimos hacia el campamento de la Fuente Llana, donde nos refugiamos. Creí que Rodrigo moriría, pues durante varias horas deliró y sufrió un acceso de fiebre muy alta. Le apliqué paños fríos en la frente y le lavé varias veces la herida, que no cesaba de sangrar.

«No hay más remedio que cauterizarla, o perderá toda la sangre», pensé. Y eso hice. Ordené a uno de mis hombres que pusiera al fuego un cuchillo de hoja ancha hasta que estuviera rusiente y se la apliqué a Rodrigo sobre la herida. Su cuerpo dio entonces un tremendo espasmo y pareció sumirse en un profundo sueño. La cauterización de la herida había conseguido que dejara de sangrar, pero había perdido tanta sangre que temíamos que no pudiera recuperarse.

Envié a dos mensajeros al castillo de Cebolla para que informaran a Pedro Bermúdez sobre cuál era nuestra situación, y enseguida vinieron a nuestro encuentro dos centenares de hombres con una enorme carreta llena de almohadones de seda. Colocamos a Rodrigo sobre los almohadones y lo llevamos de vuelta a Cebolla. Allí estaba Jimena, que lloró desconsolada ante el cuerpo inane de su esposo, al que todos creíamos a punto de morir.

—¿Qué haremos si muere, Diego, qué haremos? —me preguntó desesperado Pedro Bermúdez.

—No morirá, no antes de que Valencia sea nuestra —le aseguré.

Pero la muerte rondaba nuestras cabezas. En la iglesia del poyo enterramos a Martín Antolínez, a su escudero burgalés y al joven caballero riojano, cuyos cadáveres habíamos traído desde las tierras de Albarracín sobre unas parihuelas. Cuando las últimas paladas de tierra cubrieron la caja de madera que contenía el cuerpo de Antolínez, recordé su rostro siempre alegre y burlón, su descaro ante la vida y su vitalidad, y me pareció como si todos aquellos años no hubieran sido sino un sueño y que no tardaría en despertarme en mi catre de la celda del monasterio de Cardeña, con la campana de la iglesia tocando a maitines.

Rodrigo tardó cinco días en abrir los ojos. Estaba tan débil que apenas podía sostener los párpados, pero sus pupilas parecieron alegrarse cuando vio a su esposa a su lado. Habíamos hecho venir desde Valencia al que decían que era el mejor médico de la ciudad, el cual limpió la cicatriz cauterizada del cuello de Rodrigo con bálsamos y aceites y me felicitó por haber actuado de esa forma. Me dijo que al cortar la hemorragia le había salvado la vida, pues si hubiera seguido sangrando le habría sobrevenido una muerte segura.

—No hables, esposo, no hables —le dijo Jimena.

—Tiene que alimentarse, o lo que no ha podido lograr esa lanzada lo hará la falta de alimento.

—¿Qué le podemos dar? —me preguntó Jimena.

—El médico ha dicho que debe ingerir mucho líquido; sobre todo caldo de carne y vino con miel. Tiene que hacer sangre y por lo visto ese remedio es el mejor.

Durante toda una semana Rodrigo no ingirió otra cosa que esos nutritivos líquidos; claro que, con la garganta tan dolorida como la tenía, no hubiera podido comer nada sólido, pues aun tragar líquidos le provocaba unos terribles dolores.

A las tres semanas ya podía comer alguna papilla de cereales y algunas verduras bien cocidas y, aunque con dificultades, pronunció las primeras palabras más o menos inteligibles.

—¿Qué... ha... sido... de... Antolínez? —fue lo primero que me preguntó todavía balbuceante.

—Murió a las puertas de Albarracín —le confesé.

—¿Cuántos... más?

—Sólo su escudero burgalés y el muchacho riojano. Aquellos jinetes de Albarracín iban a por vos.

Dos meses fue el tiempo que tardó Rodrigo en recuperarse por completo. Se acercaba a cumplir los cincuenta años y no había perdido el espíritu con el que salió de Vivar aquella lejana mañana en la que el rey Alfonso lo condenó al exilio.

—Tantos años de batallas, de caminos polvorientos, de sangre derramada, de amigos muertos... y al final, la recompensa por tanto sufrimiento está al alcance de mi mano. No quiero morir sin poseer Valencia —me dijo desde lo alto del torreón del castillo de Cebolla, intuyéndose ya en la lejanía las torres de la ciudad soñada, cerca del mar, unas cuantas millas hacia el sur.

Sabíamos que algún día llegaría y nuestros oteadores destacados en Peña Cadiella lo confirmaron. Un gran ejército almorávide que mandaba Abú Bakr al-Lamtuni, un yerno del emir Ibn Tasufín, se acercaba hacia Valencia desde el sur. El ejército había sido convocado por el emir en persona, pero éste no había podido venir encabezándolo porque se encontraba enfermo.

Las intenciones de los almorávides no eran precisamente las de liberar Valencia del acoso del Cid, sino ganar la ciudad para su Imperio. Fue por ello que Ibn Yahhaf se mostró muy inquieto y demandó la ayuda de Rodrigo.

—Pero qué pretende este individuo —dijo Rodrigo un tanto malhumorado y ya repuesto de su herida en el cuello.

—Desea mantener su dominio sobre Valencia, o sobre lo que le queda de ella, a toda costa. Y sabe que para hacerlo necesita ahora de nuestra ayuda. Los andalusíes creyeron que los almorávides les ayudarían a liberarse de las parias a que los tenía sometidos don Alfonso y que después de eso se marcharían, pero ahora saben que han llegado como conquistadores. Han cambiado sus miserables jaimas de piel de camello y su arenoso desierto por los palacios y los jardines de al-Andalus, y han decidido quedarse para siempre. Ibn Yahhaf lo sabe, y sabe que si los almorávides entran en Valencia, sus días al frente de esta ciudad habrán terminado —le dije.

—Valencia ha de ser mía. No renunciaré a esta ciudad jamás.

—El ejército almorávide está compuesto por diez mil hombres, y tal vez venga otro de otros diez mil.

—Qué importa. Ya hemos batallado en más de una ocasión con enemigos que casi nos doblaban en número. Volveremos a hacerlo y volveremos a vencer.

—Nunca nos hemos enfrentado con los almorávides; son mucho más poderosos que los andalusíes y su espíritu todavía no está corrompido por los placeres de al-Andalus. Ellos vencieron a don Alfonso en Sagrajas.

—Don Alfonso planteó esa batalla sin inteligencia. Nunca ha sido un buen estratega y jamás ha tenido a su lado generales capacitados para dirigir el ejército con éxito. En Sagrajas se lanzó a una alocada e insensata carga sin tener en cuenta las consecuencias de su precipitación. Nosotros no cometeremos ese error. Los almorávides no son invencibles, encontraremos la manera de derrotarlos.

Como siempre, el Campeador estaba muy seguro de lo que hacía. Consideraba a los musulmanes unos buenos soldados, pero decía que su afán por morir en el combate para ganar el paraíso los hacía muy vulnerables.

«Un hombre que cree en viajar inmediatamente al paraíso si le sobreviene la muerte en la batalla suele luchar descuidado. Prefiero a aquellos que aman tanto su vida que hacen todo lo posible por no perderla. Esos son los mejores soldados, los que yo quiero en mi mesnada», me dijo en más de una ocasión.

Ibn Yahhaf nos envió un mensajero solicitando una entrevista para tratar el asunto de nuestro apoyo frente a los almorávides. El usurpador del trono de Valencia estaba

aterrorizado ante lo que le podían hacer los africanos si ocupaban la ciudad y proponía al Cid aunar las fuerzas de ambos para derrotarlos.

Rodrigo aprovechó aquella circunstancia para reclamar de Ibn Yahhaf la entrega de una lujosa almunia que había pertenecido a los reyes de Valencia y que se extendía junto al arrabal de Villanueva. El cadí accedió y se la entregó a Rodrigo equipada con los más lujosos muebles que pudo encontrar y decorada con los más finos tapices y las más mullidas alfombras.

El Cid no quería ningún acuerdo con Ibn Yahhaf, pero le interesaba ganar todo el tiempo posible y dejar que Valencia siguiera debilitándose a la espera de encontrar la manera de rendirla. Por eso le fue dando largas sobre el asunto del tratado y, a través de algunos de nuestros agentes que se movían con libertad en el interior de la medina, trató de soliviantar a los valencianos en contra de su gobernador.

Además, por razones que desconocíamos, el ejército almorávide se había detenido en Lorca y no parecía que los africanos estuvieran dispuestos a llegar a Valencia de inmediato. Daba la impresión de que también ellos querían ganar tiempo. Probablemente estaban esperando a que nuestro asedio sobre Valencia debilitara tanto a sus defensores, y por ende a nosotros mismos, que ninguno de los dos bandos estuviéramos en condiciones de oponerles resistencia en cuanto se presentaran ante sus murallas.

Pronto supimos que los almorávides habían llegado a Murcia. La causa de su parada en Lorca era que su general había estado enfermo, pero una vez recuperado habían proseguido el avance. Dos días después, nuestros hombres en Peña Cadiella nos informaron que los almorávides habían rebasado este castillo, donde manteníamos una importante guarnición, sin siquiera molestarse en tomarlo, y que seguían avanzando hacia Valencia.

El Cid, que había logrado sembrar alguna discordia entre los valencianos, nos convocó a una reunión urgente a sus capitanes.

—Los almorávides se encuentran a una jornada de camino de Valencia, en Alcira. He estado pensando durante toda la tarde qué hacer. Tenemos dos opciones: o retirarnos hacia el norte y al oeste y reforzarnos en posiciones seguras en el poyo de Cebolla y en Requena, o mantenernos junto a Valencia. ¿Qué opináis? —nos preguntó.

—Si ese ejército es tan numeroso como dicen los informes de nuestros exploradores, lo más prudente sería asentarnos firmemente en Cebolla —intervine en primer lugar.

—Si así lo hiciéramos, demostraríamos que los tememos. Yo soy partidario de aguantar donde estamos. Si nos retiramos, entre los almorávides y Valencia no quedará nada y la ciudad se les entregará sin resistencia. Además, siempre estaremos a tiempo de replegarnos si comprobamos que no podemos contenerlos —dijo Pedro Bermúdez.

Rodrigo se atusó la barba y se tocó la cicatriz del cuello, ya bien cerrada pero todavía enrojecida.

—Mantendremos nuestras posiciones, pero ampliaremos nuestras defensas. Hay que evitar que puedan desplegar su caballería en la huerta, para ello la inundaremos desviando el curso del río Turia y sólo dejaremos un paso estrecho desde el sur. Si se deciden a atravesarlo, lo deberán hacer en pequeños grupos, y así podremos hacerles frente, pese a su número. No obstante, reforzaremos nuestras posiciones en la retaguardia, y si nos vemos superados nos haremos fuertes allí.

Al día siguiente los almorávides se hallaban a media jornada de distancia. Sus avanzadillas ya habían sido avistadas por algunos de los exploradores que habíamos enviado para localizar sus posiciones. Rodrigo ordenó a media tarde disponer el ejército en dos cuerpos bien compactos, uno a cada lado del paso que habíamos dejado entre las

tierras inundadas por el Turia. Finalizado nuestro despliegue, comenzó a llover de tal modo que la superficie anegada creció de manera considerable, favoreciendo nuestro sistema de defensa.

Entre tanto, nuestros agentes en Valencia nos informaron de que los ciudadanos proclives a los almorávides, cuyo número había ido creciendo conforme éstos se acercaban, estaban eufóricos y que festejaban con grandes gritos y cánticos la pronta liberación de su ciudad, que creían inminente. Algunos de los más exaltados ya habían organizado patrullas de jinetes para atacarnos por la espalda en cuanto nos viéramos obligados a enfrentarnos con los almorávides.

Aquel amanecer de mediados de enero el cielo estaba despejado y el viento en calma, y en el aire se respiraba un aroma a limón, a azahar y a tierra mojada. Los valencianos se habían lanzado a las almenas de sus murallas en cuanto despuntó el alba. Enarbolaban sus banderas y sus estandartes esperando ver los pendones negros de los almorávides desplegados por la llanura, avanzando triunfantes hacia Valencia. Durante un buen rato permanecieron en lo alto, agitándose, intentando atisbar en el horizonte algún movimiento que indicara la presencia de los africanos. Pero el ejército del emir Ibn Tasufín no aparecía por ningún lado.

A mediodía un jinete se acercó cabalgando hasta la puerta de la Culebra. Poco antes había atravesado nuestras líneas sin que nadie de los nuestros le impidiera el paso, pues sabíamos bien que las noticias que llevaba a los valencianos eran muy favorables para nosotros.

Los almorávides, uno de cuyos ejércitos acababa de conquistar Badajoz tras asesinar a su rey al-Mutawákkil, habían decidido no seguir adelante, y la noche anterior se habían retirado hacia el sur. Cuando los sitiados supieron esto por boca de aquel jinete, su alegría mudó en desesperanza. Sus rostros, pocas horas antes alegres y ufanos, parecían ahora desvaídos y ennegrecidos de tan tristes. Los gallardetes y pendones que se agitaban como ramas de olivos en lo alto de las murallas fueron desarbolados y un silencio como de muerte se extendió por toda la ciudad.

Por el contrario, en nuestros campamentos estalló la dicha. Nuestros soldados, tras una noche de tensa espera bajo una lluvia torrencial que parecía anunciar un nuevo diluvio, creyendo que al alba tendrían que luchar contra los fieros y temibles guerreros del desierto, estallaron en gritos de júbilo. Fueron muchos los que cabalgaron, lanza en ristre, hasta las murallas de Valencia, sobre cuyas almenas se lamentaban entre sollozos sus ciudadanos. Los más intrépidos hacían piafar a sus caballos al pie mismo de los muros y gritaban a los abatidos valencianos llamándolos «falsos traidores renegados» y anunciándoles que esa ciudad pronto sería del Campeador.

Nunca supimos por qué se retiraron los almorávides cuando tenían las torres de Valencia a la vista de sus ojos y su ejército era más numeroso que el nuestro. Ellos se justificaron ante los defraudados valencianos diciendo que el aguacero caído durante la noche y la falta de víveres les había obligado a replegarse a posiciones más seguras, y nosotros nos jactamos de que al verse frente a nuestra mesnada tuvieron miedo y les faltó tiempo para huir con el rabo —¿no eran acaso demonios?— entre las piernas.

Los valencianos perdieron toda esperanza cuando vieron que los almorávides se retiraban sin ayudarles a librarse de nuestro cerco, y nuestro ímpetu en el asedio aumentó mucho. Rodrigo nos ordenó entonces arrasar aquellos arrabales que todavía no habíamos dominado y en los que aún quedaban algunos musulmanes afectos a la causa de Ibn Yahhaf, que buscaron rápido refugio en el interior de las murallas de la medina. Durante la noche quemamos las casas de los arrabales, y sólo quedó en pie la medina,

desnuda en medio de la llanura de la huerta, sola y uncida a sus murallas como la piel a los huesos.

Arreciamos nuestro ataque a las murallas con almajaneques y catapultas y no había día en el que no intentáramos el asalto a los muros, sobre los que los valencianos se defendían como fieras acosadas. A veces, aprovechando alguna debilidad por nuestra parte, salían varios jinetes desde alguna de las puertas y cargaban contra nuestros zapadores, causándonos algunos daños. Para atemorizar a nuestros enemigos, Rodrigo ordenó que a todos aquellos musulmanes que fueran capturados vivos en combate les fueran sacados los ojos, amputadas las manos y rotas las piernas y que sus cadáveres fueran colgados de los alminares de las mezquitas y de las palmeras del arrabal de la Alcudia, para que se pudrieran a la vista de los aterrados valencianos.

En el interior de la ciudad la vida era cada día más difícil. Los alimentos escaseaban y cuando podía encontrarse alguno, los precios eran tan altos que algunos cambiaban al peso harina y aceite por plata.

En éstas estábamos cuando los valencianos recibieron una carta del gobernador almorávide en la que les invitaba a resistir hasta que pudiera acudir en su ayuda. Les reiteraba que su retirada había sido causada por la falta de alimentos y por el aguacero que tuvieron que soportar, que había destruido sus menguadas reservas de víveres. Les animaba a mantener Valencia como ciudad del islam y les prometía que en cuanto pudiera enviaría un ejército para liberarlos del yugo cristiano.

Pero los almorávides incumplieron sus promesas y se retiraron incluso de Denia, donde habían permanecido durante mucho tiempo. Ahora sí, los valencianos comenzaron a debatir si no sería mejor entregar su ciudad al Cid, pues el Campeador había dado muestras de su magnanimidad al gobernar el arrabal de la Alcudia según las leyes islámicas y ningún musulmán sometido voluntariamente a su gobierno había sido objeto de la menor injusticia.

Ibn Yahhaf, que había sido relegado momentáneamente del poder por algunos aristócratas descontentos con su actuación, fue repuesto en el gobierno de Valencia. El cadí volvía a gobernar sobre una ciudad sitiada y con sus ciudadanos al borde de la desesperación. Nos escribió una carta muy amable en la que nos prometía el pago de parias si levantábamos el asedio. Ibn Yahhaf se entrevistó con el Cid en el arrabal de Villanueva. Rodrigo nos ordenó que lo recibiéramos como a un verdadero rey, y así lo hicimos. Después, los dos solos mantuvieron una entrevista en la que, según me contó más tarde, el Campeador le impuso una serie de condiciones durísimas que Ibn Yahhaf aceptó sin rechistar, entre ellas la pérdida del control sobre la recaudación de tributos en Valencia y la entrega de su hijo como rehén.

Entre tanto, el hambre y la muerte asolaban a los valencianos. Casi todos los días escapaba de la ciudad algún musulmán que corría hasta nuestras posiciones para entregarse; eran muchos los que nos decían que preferían vivir como esclavos de los señores cristianos que morir de hambre dentro de los muros de Valencia. Para amedrentar todavía más a los sitiados, Rodrigo dispuso una jauría de perros que descuartizaban a todos aquellos que intentaban huir hacia territorio musulmán.

Angustiado, Ibn Yahhaf envió a un mensajero hasta Zaragoza, solicitando la ayuda de su rey al-Mustain, pero éste contestó con evasivas. El cadí valenciano impuso nuevas limitaciones y requisó cuantos alimentos había en la ciudad, decretando un estricto racionamiento que causó un hondo malestar entre aquellas ya desesperadas gentes.

Rodrigo me encargó que tratara con los enemigos de Ibn Yahhaf a fin de que provocaran y alentaran una revuelta contra éste dentro de los muros de la medina, pero

el cadí logró atajar la conjuración antes de que se extendiese y acabó con los intrigantes, que no supieron ganarse el favor de la población.

Pero los valencianos seguían muriendo de hambre y los que escapaban nos contaban que algunos desesperados llegaron a consumir carne de rata, de perro, de gato e incluso de los cadáveres que se amontonaban en las calles sin que los enterradores dieran abasto para proceder a su sepultura. Yo mismo fui testigo de cómo varios valencianos se abalanzaron sobre el cuerpo de un soldado cristiano que cayó al foso durante una de nuestras escaramuzas ante las murallas y lo descuartizaron para repartirse su carne. Fueron tantos los muertos, que en las plazas e incluso en las calles se cavaron fosas para enterrarlos.

Ibn Yahhaf, desbordado por los acontecimientos, se vio obligado a delegar el poder en manos de un afamado y respetado alfaquí llamado al-Waqasi, hombre religioso de gran prestigio al que los valencianos le encargaron la engorrosa tarea de acordar la rendición a las tropas del Cid.

A través de un intermediario, al-Waqasi nos hizo llegar sus intenciones, y el Cid aceptó proseguir con las conversaciones para la capitulación de Valencia. Como es habitual en estos tiempos, los valencianos solicitaron un plazo para recibir auxilio del exterior antes de rendirse; el Cid les concedió quince días, pero les obligó a prometer que si pasado ese tiempo no acudía ningún ejército en su socorro, Valencia se rendiría al Campeador.

Los valencianos enviaron unos emisarios en busca de esa ayuda, pero Rodrigo sospechó de ellos y les impuso la condición de que no pudieran llevar consigo sino cincuenta maravedíes para los gastos del viaje. Los emisarios salieron de Valencia y se dirigieron a la playa para embarcar en una nave hacia Murcia, donde esperaban recibir el auxilio solicitado. El Campeador receló de aquellas gentes y me ordenó que revisara lo que portaban, y en efecto, sus sospechas estaban bien fundadas, pues oculta entre sus objetos de viaje llevaban una gran cantidad de oro y plata que algunos comerciantes, ante la caída inminente de Valencia, habían intentado evadir.

Yo creí que el Cid me ordenaría matarlos allí mismo, pero se limitó a requisar todo lo que portaban, salvo los cincuenta maravedíes prometidos, y los dejó marchar.

Aguardamos expectantes los quince días pactados de tregua. Un mercader recién llegado de Zaragoza nos informó de que el rey Sancho Ramírez acababa de morir en el asedio de Huesca y que su hijo don Pedro era el nuevo monarca aragonés. Al término de las dos semanas de tregua no tuvimos ninguna noticia de los emisarios enviados por los valencianos y nuestras patrullas, que recorrían diariamente toda la zona, nos informaron que no se apreciaba ningún movimiento de tropas en dirección a Valencia por ninguna parte.

Rodrigo requirió de al-Waqasi la entrega de la ciudad, una vez finalizados los quince días de tregua, pero Ibn Yahhaf pidió una ampliación a tres días más, que Rodrigo no aceptó.

Recuerdo aquel día con cierta emoción, pero no sin un amargo sabor. Era mediodía del jueves 15 de junio del año del Señor de 1094 cuando vimos que las puertas de Valencia se abrían de par en par.

Rodrigo se había quedado en su almunia del arrabal de Villanueva y había dispuesto que fuera yo quien recibiera la rendición de los valencianos. Al abrirse las puertas, arreé a mi caballo y seguido por varios de mis hombres avancé hacia la entrada. Lo que vi me conmovió profundamente: a ambos lados de la puerta se alineaban hileras de cuerpos famélicos, verdaderos cadáveres andantes que nos miraban con ojos perdidos, vidriosos de hambre, privaciones, enfermedades y muerte; algunos nos pedían

pan, otros ni siquiera tenían fuerzas para demandar alimento, los más se arrastraban como espectros surgidos de la oscuridad.

Ordené a los hombres de mi batallón que subieran de inmediato a las torres de la muralla y que requisaran todas las armas que encontraran, y dispuse una guardia armada en cada una de las puertas para impedir que nadie pudiera sacar de la ciudad oro, plata o cualquier objeto valioso.

Tras nuestros soldados, entraron los mercaderes, la mayoría musulmanes y judíos, que enseguida desplegaron sus tenderetes en los que vendían a precios muy elevados todo tipo de alimentos. Aquel día algunos hicieron verdaderas fortunas. Los que tenían algo de dinero pudieron comprar comida, pero los pobres o los que habían gastado todas sus reservas durante el asedio y que nada poseían salieron de la ciudad y corrieron hacia los campos cercanos en busca de raíces y hortalizas que llevarse a la boca. Aquellos hombres llenos de mugre y de miseria se abalanzaban sobre cualquier cosa que pudiera masticarse y se disputaban como fieras un pedazo de pan seco, las entrañas podridas de un cordero, los despojos arrojados a los estercoleros o las hortalizas olvidadas en los huertos tras la recolección.

Al día siguiente a la rendición, el Cid entró en Valencia. Su hijo Diego, que cumplía los diecinueve años, cabalgaba a su izquierda, yo lo hacía a su derecha y pude ver sus ojos, más tranquilos y serenos que nunca. Me dijo que lo acompañara y nos dirigimos hacia la torre más alta del recinto murado. Descendimos de los caballos y subimos a la terraza de la torre por unas escalas de madera. Desde arriba, Rodrigo puso sus manos en jarras y oteó el horizonte. Ante nosotros se extendía la huerta más feraz del mundo, verde y exuberante en aquellos días de fines de primavera en los que el calor apretaba ya de firme. Rodrigo se acercó hasta una de las almenas, apoyó sus dos manos sobre el pretil y me dijo:

—Al fin, Diego, al fin soy el señor de Valencia. Ningún conde castellano ha tenido jamás semejante señorío.

—Habéis conquistado un gran reino. Os lo pregunté una vez, permitidme que vuelva a hacerlo: ¿os coronaréis como rey de Valencia?

El Campeador me miró inexpresivo. Estaba cerca de cumplir los cincuenta años, tenía su cuerpo cosido a cicatrices y había superado enfermedades y heridas que hubieran bastado para matar a un buey, pero sus miembros conservaban la firmeza de un joven de veinte años. Su vitalidad seguía siendo proverbial; tanto, que algunos de los soldados de nuestra mesnada sostenían que era inmortal.

—No, Diego, no he nacido para ser rey. Cada uno de nosotros debe saber cuál es su sitio. Dios ha dispuesto que el mío sea éste, pero no ha dispuesto que fuera rey. Y no seré yo quien altere el plan divino de las cosas.

—Si lo intentarais, el papa tal vez os otorgara la corona real, él puede hacerlo —aduje.

—La realeza está en la sangre; sé que me vas a decir que muchos reyes no merecen serlo, pero eso no importa nada. Se es rey porque se lleva sangre real, y por mis venas no corre ninguna gota.

—Jimena es biznieta de un rey; ella sí tiene la sangre de los monarcas de León. Vuestro hijo Diego es portador de la realeza. Tal vez él...

—Diego es un muchacho todavía..., falta tiempo para que...

—Pensadlo —lo interrumpí—; vos no queréis coronaros, pero si vuestro hijo lo hiciera, sería vuestro linaje el que encarnara la nueva realeza cristiana de Valencia. Pensadlo, Rodrigo, seríais el fundador de una nueva casa real en esta maltratada Península; y quién sabe, tal vez algún día este linaje esté a la cabeza de toda ella y acabe al fin con tantos siglos de guerras, muertes y miserias.

—Diego es mi esperanza y él heredará estas tierras, pero hasta entonces nuestra obligación es defenderlas y consolidar en ellas nuestro dominio, o todo nuestro esfuerzo habrá sido en vano.

»Ahora vayamos al alcázar, hay mucho que hacer.

Antes de descender de la torre miré al este; el mar se extendía turquesa e infinito más allá de las arenas de la playa y una suave brisa del norte dulcificaba los ardientes rayos del sol.

Capítulo XXIV

Las primeras medidas que Rodrigo promulgó como nuevo señor de Valencia fueron bien acogidas por los musulmanes. Conminó a todos sus hombres a que se abstuvieran de hacer daño o mofa hacia los valencianos, y con toda su energía amenazó con colgar de lo alto de las murallas a cualquiera que quebrantara esta orden.

Entre los nuestros cundió cierto descontento, pues tras casi dos años de asedio eran muchos los soldados que clamaban venganza; algunos habían perdido parientes y amigos durante las escaramuzas y mantenían el odio encendido en sus corazones.

Unos días después de entrar en Valencia, el Campeador convocó a los notables de la ciudad a una asamblea a la que también acudieron los alcaides de las fortalezas de todo el reino. Les dijo que quería mantener la ley y los impuestos como estaban antes de la conquista y que sería para ellos un gobernante justo y un juez benéfico, y para demostrarlo, nombró alcaide al alfaquí al-Waqasi, cuyo prestigio entre sus vecinos seguía siendo muy grande. Los musulmanes conservarían todas sus propiedades, aunque Rodrigo confiscó todos los instrumentos de hierro, pues no quería que tuvieran la tentación de utilizarlos para fabricar armas con las que combatirnos.

Quedaba pendiente el caso de Ibn Yahhaf; el último gobernador musulmán de Valencia se había mostrado muy sumiso con el Cid y había obligado a varios comerciantes a entregarle grandes sumas de dinero para agradar a Rodrigo. Pero éste, renegando de los halagos de Ibn Yahhaf, ordenó que lo condujeran preso al castillo de Cebolla, donde lo recluyó hasta que decidiera qué hacer con él.

Rodrigo quería que Ibn Yahhaf confesara dónde había escondido el tesoro de al-Qádir y para ello lo sometió a terribles tormentos. Dos días después, Ibn Yahhaf escribió una confesión con su propia mano en la que hacía una lista de todo lo que había incautado al anterior rey de Valencia, pero en la que no figuraba ninguna cantidad de dinero, tan sólo joyas, sedas y objetos lujosos.

El Cid no lo creyó y ordenó que fueran apresados sus amigos y principales colaboradores. El miedo es la mejor de las armas para convencer a alguien, y todos los que fueron interrogados aparecieron ante Rodrigo cargados de joyas y dinero; aseguraban que había sido Ibn Yahhaf quien se los había entregado poco antes de que se rindiera la ciudad y que les había prometido que si los mantenían ocultos les daría una buena parte de ellos.

El Cid, airado pero sereno, llamó a al-Waqasi y le preguntó sobre cuál era el castigo que según la ley coránica debía aplicarse a aquellos que obraban de mala fe contra su señor y a quienes causaban daño al Estado.

—Señor don Rodrigo: nuestra ley condena a ser lapidado a quien comete tales delitos, pero vos sois el dueño de esta ciudad, obrad como mejor estiméis. No obstante, Ibn Yahhaf tiene un hijo de corta edad que no es culpable de cuanto haya podido hacer su padre; os pido que lo dejéis libre —propuso al-Waqasi.

—El niño quedará en libertad, pero deberá salir de la ciudad, pues no es bueno que viva aquí el hijo de un traidor. En cuanto a Ibn Yahhaf, será lapidado, como dicta vuestra ley.

Ibn Yahhaf fue conducido a un descampado a las afueras de la ciudad; allí se cavó una fosa de cuatro palmos de profundidad, en la que se introdujo al reo de pie, cubriendo de nuevo el hoyo con arena. El condenado quedó como plantado en tierra hasta la altura de los muslos. El Campeador solicitó voluntarios para proceder a la

lapidación y se presentaron varios hombres de nuestra mesnada. Ibn Yahhaf fue apedreado hasta morir.

Una lapidación es algo horrible. Yo he visto morir a hombres de todas las maneras posibles: en la batalla tajados por espadas o hachas de combate, atravesados por lanzas o saetas, aplastados por mazas o por los cascos de los caballos, y en el cadalso ahorcados hasta la asfixia, descabezados con hachas o alfanjes e incluso descuartizados por cuatro caballos, pero una lapidación es la muerte más horrible de todas, y si los que lanzan las piedras se ensañan con el reo, el sufrimiento del condenado puede durar horas.

La muerte de Ibn Yahhaf fue bastante rápida pero no exenta de sufrimiento. Nuestros hombres no habían participado nunca en una lapidación y comenzaron a lanzar las piedras más grandes que podían con todas sus fuerzas. Alguien dijo de pronto que si le acertaban de lleno con uno de aquellos guijarros moriría enseguida y la diversión habría acabado, por lo que propuso lanzarle piedras más pequeñas y con menos fuerza. Para entonces Ibn Yahhaf estaba cubierto de heridas y de sangre, tenía un ojo reventado y le faltaba parte de la carne de los labios y una oreja. Su aspecto era tan macabro que parecía estar riendo, pues, descarnados sus labios, sus dientes quedaban al descubierto.

Al-Waqasi, que se acercó a presenciar la lapidación, le pidió al Cid que dejara participar en ella a algunos musulmanes, y Rodrigo, pese a las protestas de los soldados, aceptó. La intervención de los lanzadores de piedras que se incorporaron al tormento fue un alivio, porque los musulmanes, sin duda instruidos por al-Waqasi, lanzaron las piedras más grandes que encontraron con tanta fuerza y tal puntería que en apenas cuatro o cinco pedradas Ibn Yahhaf expiró.

La diversión se había terminado y, aunque algunos de nuestros soldados quisieron seguir lanzando piedras sobre el cadáver de Ibn Yahhaf, Rodrigo ordenó con voz potente que se detuvieran; todavía tuvieron que acudir dos miembros de la escolta del Campeador a sujetar la mano de uno de los nuestros que había hecho oídos sordos a las órdenes para que cesara la lapidación.

El cuerpo de Ibn Yahhaf estaba doblado por la cintura como un pelele roto y a su alrededor había un gran charco de sangre y pedazos de carne, de huesos y de piel. El rostro estaba tan desfigurado que nadie hubiera podido reconocerlo. Fue entonces cuando algunos de los apedreadores que tanto empeño habían puesto en torturarlo se alejaron unos pasos para vomitar. Enseguida todo se llenó de moscas.

Rodrigo ordenó que lo sacaran de la tierra y le dieran sepultura según el rito islámico. Así fue como murió Ibn Yahhaf. Tiempo después de aquel día he oído que algunos cronistas musulmanes han modificado la versión de la muerte de este personaje. Aseguran que Ibn Yahhaf murió en una hoguera y que él mismo se acercaba las brasas con las manos para morir antes y sufrir menos. Pero no fue así; yo estuve allí y vi cómo moría el que quiso ser dueño de Valencia y sólo logró que su ciudad cayera en nuestras manos. Sin duda que estos cronistas musulmanes, ahora al servicio y a sueldo de los almorávides, pretenden hacer creer a quienes los leen que Rodrigo era un ser cruel y despiadado, y por eso han cambiado la forma de la muerte de Ibn Yahhaf. También aquí se equivocan: yo puedo asegurar que la muerte por lapidación es la más horrible de cuantas puede sufrir un hombre.

Ni siquiera hacía dos meses que habíamos conquistado Valencia cuando Rodrigo organizó una expedición militar contra Denia. Fue él mismo quien, al frente de un batallón de trescientos hombres, recorrió la costa asolando aldeas y consiguiendo botín y víveres para almacenar de cara al invierno. No se trataba de una expedición de conquista, pues todavía no estábamos en condiciones de emprender nuevas aventuras,

sino tan sólo de asegurar la frontera sur y demostrar a los almorávides que nuestras intenciones no acababan en Valencia, sino que estábamos dispuestos a ir más y más hacia el mediodía.

Aquella incursión fue suficiente para que los de Denia temblaran a la vista de lo que les había ocurrido a los de Valencia. Sin duda, eran conscientes de que ellos serían los próximos, y para evitarlo hicieron una desesperada llamada de auxilio a los almorávides.

Ibn Tasufín, anciano pero al parecer repuesto de sus últimos achaques, atravesó el Estrecho una vez más y se estableció en Ceuta. Desde allí organizó el ejército, que puso al mando de uno de sus sobrinos, un tal Abú Abdalá. Además, para cogernos entre las dos pinzas de una tenaza, pidió al rey de Albarracín que se aliara con él contra nosotros, pero el de Santa María de Oriente le dio largas y supo mantenerse al margen.

A mediados de octubre el ejército almorávide acampó en Mislata, apenas a un tercio de jornada al sur de Valencia. Un mensajero se acercó a todo galope para traernos la noticia. Recuerdo bien que ese día estábamos en la casa de Rodrigo en el arrabal de Villanueva, organizando con nuestros consejeros judíos y los oficiales musulmanes la distribución de las provisiones para el invierno.

—Pueden atacarnos en cualquier momento —dijo el mensajero.

—¿Cuántos son? —le preguntó Rodrigo.

—Doce mil hombres.

Alarmados por aquella cifra, algunos de los capitanes propusieron al Cid abandonar Valencia y buscar refugio en las montañas del norte, en torno a Morella.

El Campeador salió afuera y contempló el cielo durante un buen rato.

—¿Qué hace? —me preguntó uno de los capitanes, un noble de Périgord que se había incorporado a nuestro ejército con una mesnada de veinte caballeros porque había oído hablar de Rodrigo en su tierra natal a los juglares.

—Reflexiona —le dije.

—No. Está mirando el vuelo de las aves —me corrigió el de Périgord.

Y tenía razón. Rodrigo se dejaba llevar a veces por viejas supersticiones que le habían enseñado de niño en los campos de Vivar. De vez en cuando salía a la huerta y observaba en el vuelo de las aves algún indicio sobre si los agüeros eran o no favorables. Había aprendido un código muy simple: si las aves volaban a su izquierda, era señal de malos presagios, pero si lo hacían a su derecha, entonces los signos eran propicios.

Ese día una bandada de palomas blancas y grises voló a la derecha de Rodrigo, hacia la costa, y el Campeador entendió que la fortuna del destino estaba de su lado.

—Nos quedaremos en Valencia —dijo al fin—. Nos ha costado mucho ganar esta ciudad, no la abandonaremos sin luchar por ella.

Nuevos mensajes vinieron a empeorar nuestra situación. El día de la aparición de la luna nueva, cuando los musulmanes celebraban el final del Ramadán, nos dijeron que Lérida, Tortosa y Alpuente habían aceptado la soberanía almorávide y que Badajoz y Lisboa ya estaban en sus manos. Sólo los reinos musulmanes de Zaragoza y de Albarracín y el señorío de Valencia quedaban fuera de su poder en todo al-Andalus.

Ese mismo día se presentaron las primeras avanzadillas de los almorávides ante los muros de nuestra ciudad, y las tiendas negras y marrones de piel de dromedario y de la tupida lana de las ovejas bereberes se plantaron por la huerta como terribles buitres aguardando la muerte de su futura presa.

Rodrigo dispuso urgentes medidas para resistir el asedio: ordenó que las mujeres y los niños salieran de Valencia, así como los musulmanes que se habían manifestado afines

al partido proalmorávide, aunque prefirió que los suyos y Jimena se quedaran con él en el alcázar, no dejó que los musulmanes valencianos mantuvieran armas, pues no se fiaba de su actitud, dispuso guarniciones en todos los castillos y reforzó cuanto pudo los muros y las defensas de la ciudad.

Contemplábamos el despliegue del ejército almorávide por las huertas del sur desde lo alto de las torres del alcázar.

—Esta vez no se retirarán sin luchar. No tienen excusa: ni llueve ni carecen de provisiones —dijo Rodrigo.

—Tal vez en cuanto pasen unos días... —supuse.

—Ahora no. Pueden recibir suministros desde Denia y desde Murcia de manera ininterrumpida, y saben que desde que poseen Lérida y Tortosa es muy difícil que podamos recibir ayuda por el norte. En esta ocasión habrá que resistir... o luchar.

Otra vez los valencianos recuperaron la esperanza y se mostraban contentos, pues decían en círculos privados que pronto Valencia volvería a ser una ciudad del islam.

El campamento almorávide se instaló en Cuarte, a una cabalgada de distancia de Valencia. Desde allí, todas las noches se acercaban en grupos numerosos hasta los muros de la ciudad con antorchas y tambores y lanzaban una lluvia de flechas sobre nosotros, que soportábamos con tranquilidad, como habíamos visto que hacía Rodrigo en cada ocasión en la que habíamos estado en dificultades.

Un ejército como aquél, si hubiera estado bien dirigido, nos hubiera derrotado con facilidad, pero los generales almorávides eran un verdadero desastre; y sus soldados, acostumbrados a vivir en sus tierras africanas de polvo y calor, desconocían el sentido de la disciplina, imprescindible en cualquier ejército que quiera alcanzar la victoria, y estaban enfrentados en rencillas internas que arrastraban desde hacía decenios y tal vez siglos. En cuanto los almorávides permanecían quietos en un lugar durante más de diez o doce días, la inactividad hacía mella en su comportamiento y estallaban de nuevo los rencores y cundía la confusión y el desorden. Y Rodrigo lo sabía, y trataba de aprovechar al máximo el desconcierto entre las filas enemigas.

Para desmoralizar a los almorávides, hicimos correr el rumor de que los reyes Alfonso de León y de Castilla y Pedro de Aragón se acercaban con sendos ejércitos para ayudarnos. Esta falsa noticia desorientó a los africanos, que, aunque ya habían vencido en Sagradas a estos dos soberanos, temían la eficacia de la caballería pesada cristiana.

El Cid envió un mensaje urgente a don Alfonso solicitándole ayuda, pero no quiso esperar a que ésta llegara. Armado del valor y del coraje que yo bien conocía, Rodrigo nos convocó a Pedro Bermúdez y a mí una tarde en la alcazaba de Valencia.

—No vamos a esperar ninguna ayuda —nos dijo—; tenemos que resolver este problema nosotros solos. Todo al-Andalus está en las manos de los almorávides, y si ocupan Valencia, ambicionarán también los territorios cristianos, y todo nuestro esfuerzo habrá sido vano. Escuchad mi plan.

Rodrigo nos acercó dos jarritas de cerámica melada y nos sirvió vino dulce de una jarra de cristal.

—Son muchos —aduje.

—Por eso mismo hemos de emplear la astucia y la sorpresa. Mañana por la noche emboscaremos parte de nuestra caballería cerca del campamento almorávide y, en cuanto amanezca, el resto del ejército saldrá de Valencia ofreciéndoles batalla. Si no me equivoco, ellos lanzarán toda su fuerza contra nosotros, que fingiremos huir para que nos persigan y se alejen al máximo de la tienda de su jefe. En ese momento nuestros hombres emboscados atacarán su campamento; espero que la confusión entre sus filas sea tal que, cogidos entre dos frentes, podamos derrotarlos.

Rodrigo tenía un especial don para la planificación de las batallas, porque las cosas sucedieron tal como él las había imaginado. Y aún mejor, pues al asaltar el campamento, era yo quien dirigía a las tropas apostadas durante la noche, pudimos comprobar que su emir huía precipitadamente dejando a sus soldados abandonados a su suerte.

Sin general que los dirigiera, creyendo que habían sido sorprendidos por el ejército de los reyes cristianos que venían en auxilio de los sitiados en Valencia, los combatientes musulmanes se dispersaron en desbandada y huyeron dejando pertrechos, armas y caballos sobre el campo.

Aquella victoria fue quizá la más fácil de cuantas logramos, y sin duda la más sorprendente. Los almorávides estaban tan seguros de su superioridad y de su victoria que descuidaron la vigilancia y permitieron que desplegáramos durante la noche más de un millar de soldados con sus armas y caballos sin que nadie lo advirtiera.

Todo lo suyo cayó en nuestras manos: tiendas, caballos, cofres llenos de riquezas, algunas mujeres que dejaron abandonadas en su desesperada huida, carros y acémilas. Tras aquella muestra de cobardía y de caos todavía sigo sin entender cómo pudieron derrotar a don Alfonso en Sagrajas, cómo fue posible que aquellos desarrapados africanos vencieran a nuestra mejor caballería; tal vez fuera el griterío ensordecedor que voceaban al entrar en combate, o el retumbo de sus tambores de piel de hipopótamo, o por las carencias tácticas de don Alfonso... ¡Cuántos generales han perdido batallas que tenían ganadas de antemano por improvisación, falta de celo o cobardía!

En la batalla de Cuarte empleamos una de las tácticas que habíamos ensayado en numerosas ocasiones y que consistía en sustituir los ataques frontales y contundentes, sólo efectivos cuando se goza de ventaja numérica sobre el enemigo, por maniobras dilatorias mediante las cuales fingíamos huir para atraer a nuestros oponentes a una trampa de la que no podían zafarse. A esta maniobra la llamábamos «la tornada» y siempre nos dio tan excelentes resultados, que muchos generales nos han imitado y hoy sigue siendo una de las tácticas más usadas en las guerras en la Península.

Tras la batalla y el recuento de ganancias del botín, que se repartió entre nuestros soldados según acostumbrábamos, Rodrigo se entrevistó con el rey Pedro de Aragón, que, aunque tarde, acudió a Valencia con varios caballeros. Desde que su padre el rey Sancho se instalara en Oropesa y Castellón, varias decenas de millas al norte de Valencia, los aragoneses eran para nosotros un seguro de vida y unos fieles aliados. También vino en nuestra ayuda el rey Alfonso, a quien enviamos numerosos regalos procedentes del botín; el rey de León, al enterarse de que habíamos derrotado a los almorávides y que su ayuda no era necesaria, giró hacia el sur antes de alcanzar Valencia y, aprovechando que había organizado una mesnada, realizó algunas correrías por Guadix y su territorio.

Por ciertos mercaderes supimos que el emir Ibn Tasufín estaba colérico; la derrota de Cuarte era la primera que sufrían los almorávides, hasta entonces siempre victoriosos, y cargó todas las culpas del desastre en su sobrino, el general que mandaba las tropas en Cuarte, ciertamente un hombre de carácter débil y apenas preparado para dirigir una hueste. El general derrotado, que se había retirado a Játiva, intentó justificar su derrota alegando que éstos eran los designios de Dios. Ibn Tasufín lo perdonó, pero al poco tiempo lo sustituyó al frente del ejército africano destacado en Játiva.

El prestigio de Rodrigo era ahora más grande que nunca; no sólo era el único que había vencido a los temibles almorávides, sino que además era el señor natural de un enorme reino, rico y bien situado. No se coronó rey, pero tampoco prestó vasallaje por Valencia a ningún otro señor, y, ciertamente, su comportamiento comenzó a ser el de un verdadero soberano.

Conquistada Valencia y salvaguardada del asedio almorávide, era hora de gobernar la ciudad y el reino. Fueron meses dedicados a recaudar impuestos, establecer las nuevas normas, facilitar que los campesinos volvieran a sembrar sus cosechas, restaurar mercados y talleres..., todo ello fue fácil porque el Cid trataba a los musulmanes igual que a los cristianos, y la mayoría de los sometidos veían en él a un gobernante más justo y más benéfico que sus anteriores reyes y gobernadores, que habían aprovechado su posición en beneficio propio y de sus allegados.

Claro que siempre hay gentes dispuestas a hacerse notar. En tanto sometíamos a los castillos del reino que todavía se resistían a admitir el señorío del Campeador, tuvimos que soportar, y al principio lo hicimos fingiendo que nada nos importaba, que un tal Hamdún ibn al-Muallim, un santón que tenía mucho predicamento entre ciertos grupos, predicara en la mezquita de al-Qadi que los musulmanes no deberían consentir vivir sometidos a la autoridad de un cristiano. Sus prédicas eran verdaderas soflamas que enervaron el ánimo de algunos de sus seguidores hasta tal extremo que a punto estuvo de estallar una rebelión. Gracias a la información de nuestros espías, bien distribuidos por toda la ciudad, pudimos atajar esta sublevación y acabar con sus cabecillas.

Identificamos a todos los rebeldes y cuando tuvimos certeza de dónde vivía cada uno de ellos, irrumpimos en sus casas. Es cierto que algunos de nuestros soldados se propasaron y causaron mucho daño, pues acabaron con los rebeldes a sangre y fuego, pero así es la guerra y así es como Rodrigo castigaba a los que lo traicionaban. Todavía intenté mediar ante él para que dejara en libertad y enviara al exilio a algunos de los conjurados que nuestros hombres habían traído vivos hasta la alcazaba, o al menos para que no los matara, pero el Campeador se mostró inflexible.

—Todos estos rebeldes merecen morir y morirán —asentó escueto y contundente.

—Una medida de gracia sería bien vista por los valencianos —insistí.

—El castigo debe ser ejemplar. Si dejas con vida a los que se han sublevado, otros muchos intentarán hacer lo mismo, y jamás detendremos la rebelión. Las conjuras, como la gangrena, hay que atajarlas de golpe, si dejas que se extiendan, estás muerto.

De nuevo tuve que rendirme ante la decisión de Rodrigo, que contempló sin pestañear cómo ardían en la hoguera los rebeldes que habían sobrevivido al asalto de nuestros soldados.

Transcurrieron dos años en calma. Nada nos preocupaba, salvo estar pendientes de los almorávides, que de vez en cuando amenazaban con venir hasta Valencia y asediar la ciudad, pero durante esos dos años nunca vimos a menos de veinte millas a uno solo de esos guerreros africanos.

Hacía ya casi dos años que estábamos instalados en Valencia cuando Rodrigo decidió que era hora de consagrar la mezquita mayor como catedral cristiana. En el acuerdo que habíamos firmado con los musulmanes para la rendición, se estipulaba que podrían mantener el culto en su mezquita mayor durante un año; todavía les permitimos usarla como tal algunos meses más hasta que fue consagrada en honor de Santa María. Sé que aquello causó un enorme malestar entre los musulmanes, pero supieron cumplir su parte del pacto y no pusieron ningún inconveniente; además, optamos por no alterar la arquitectura del edificio, pese a que algunos de los nuestros querían derribar todas las paredes y levantar un templo nuevo, siguiendo el estilo francés de las iglesias que se estaban construyendo en Santiago o en Burgos, a lo que el Cid respondía que a Dios se le podía honrar en cualquier casa y que la antigua mezquita era un edificio grande, espacioso y magnífico, de muy buena factura y que una vez consagrado serviría bien para rendir culto al Altísimo.

Por aquellos días llegó de Francia, de la región de Périgord, un clérigo muy instruido que dijo llamarse Jerónimo; venía recomendado por el arzobispo don Bernardo de Toledo, quien escribió a Rodrigo señalándole que si nombraba a Jerónimo como obispo de Valencia, él se encargaría de mediar ante el papa para que éste ratificara el nombramiento y reconociera a la iglesia diocesana de Valencia la misma categoría y dignidad que a la de Burgos o a la de Compostela. Como quiera que necesitábamos la ayuda de la Iglesia, Rodrigo aceptó, y Jerónimo de Périgord se convirtió en prelado de Valencia a la muerte del obispo del rey Alfonso.

Pese a la calma de aquellos meses, sabíamos que Yusuf ibn Tasufín no dejaría las cosas como estaban y que se dispondría a recuperar Valencia para el islam. Fue a principios del año 1096 cuando el emir almorávide atravesó el Estrecho, lo que para él ya se había convertido en una costumbre, y desembarcó en Algeciras al frente de un ejército muy bien pertrechado.

Todos pensábamos que vendrían a por nosotros y que se plantarían en un par de semanas a las puertas de Valencia, pero en esta ocasión los almorávides avanzaron hacia el norte, en dirección a Toledo. Fue ahora el rey Alfonso quien nos demandó ayuda. Rodrigo se la debía y me indicó que dispusiera seis batallones de cincuenta jinetes cada uno para acudir a la defensa de Toledo. Cuando me dijo que él no iba a dirigir esa hueste, creí que sería yo el designado para hacerlo, pero, para mi sorpresa, ordenó a su hijo Diego que se dispusiera a marchar al encuentro de don Alfonso.

—Tú te quedarás conmigo en Valencia —me dijo—. Es probable que los movimientos de los almorávides hacia Toledo sean una treta para distraer nuestra atención. Debemos estar preparados por si en el último momento Ibn Tasufín decide venir sobre nosotros.

—Perdonad, Rodrigo, que os sea tan franco, pero vuestro hijo tiene poco más de veinte años; no lo creo preparado para dirigir la hueste.

—Es su oportunidad para demostrar que puede ser... —en aquel momento creí que Rodrigo diría «el futuro rey de Valencia», pero se limitó a decir—: mi sucesor en el señorío de esta ciudad y de su reino.

—Dejad que al menos yo vaya con él —insistí.

—Te necesito aquí conmigo. Hay que pertrecharnos para un posible ataque almorávide.

Creo que enviando a su propio hijo, Rodrigo quería demostrarle al rey Alfonso su lealtad. Rodrigo amaba a su hijo y ese acto era una buena muestra de ello.

Durante varios meses, castellanos y almorávides intercambiaron escaramuzas en la frontera del Guadiana, enfrentándose en pequeños combates que solían acabar con algunos heridos y algún que otro muerto. Por fin, ambos ejércitos se vieron frente a frente en Consuegra, varias decenas de millas al sur de Toledo. Don Alfonso encabezaba un poderoso ejército de más de cuatro mil hombres, en el que había leoneses, castellanos, algunos aragoneses y nuestros trescientos jinetes mandados por don Diego Rodríguez, heredero del Campeador.

En contra de lo que yo pensaba, don Alfonso no había aprendido la lección de Sagradas, pues volvió a cometer los mismos errores; ansioso tal vez de venganza por aquella derrota, cargó contra el frente del ejército africano con la caballería pesada. No tuvo la paciencia necesaria para esperar a que llegara Álvar Fáñez con un contingente de tropas de refuerzo, ni supo reservar en la retaguardia varios batallones de caballería ligera para acudir al frente en caso de apuro. Consuegra fue un nuevo desastre para el rey de León y de Castilla, y allí encontró la muerte Diego, el hijo en quien el Campeador había depositado toda su esperanza.

Don Alfonso pudo escapar y refugiarse en el castillo de Consuegra; el ejército almorávide avanzó hacia Cuenca y sorprendió al conñado Álvar Fáñez que acudía al encuentro con su rey desde el castillo de Zorita, y que también fue aniquilado.

Tres meses después de aquellas calamidades el rey Pedro de Aragón vencía a al-Mustain de Zaragoza en los llanos de Alcoraz y conquistaba la ciudad de Huesca. Junto al ejército zaragozano lucharon los condes castellanos García Ordóñez y Gonzalo Núñez de Lara. Aragón, como había soñado su rey don Sancho y antes su padre don Ramiro, había comenzado a dominar el llano; un motivo más de preocupación para el derrotado don Alfonso. ¡Cuántas veces debió de lamentar en aquellos días no haber tenido a Rodrigo a su lado!

Las dos victorias consecutivas y el recuerdo de Sagrajas hicieron olvidar a los almorávides la derrota de Cuarte y, ávidos por seguir cosechando triunfos, decidieron venir a por nosotros. Nuestros espías nos informaron que se acercaban haciendo atronar sus tambores por los caminos, gritando el nombre de Alá y recitando frases del Corán sobre la nueva vida en el paraíso que esperaba a los que murieran en el combate. Cabalgaban con sus estandartes negros desplegados, al trote sobre sus ágiles corceles de las estepas saharianas, esperanzados en ganar para el islam Valencia y aun todos los reinos cristianos.

Pero se encontraron con el mejor ejército del mundo, con los hombres más disciplinados y con el general más capaz. Rodrigo nos ordenó que saliéramos a su encuentro, y así lo hicimos. Formados en dos alas, marchamos hacia el sur, en busca de los africanos; a mi lado cabalgaba el obispo Jerónimo, que había colocado sobre su pecho enlorigado una camisola blanca con una enorme cruz roja, como decía que había visto hacer a los caballeros provenzales que se estaban preparando para partir hacia la reconquista de Tierra Santa en respuesta a la llamada del papa Urbano. A las mismas puertas de Valencia se nos unieron doscientos caballeros aragoneses, que venían exultantes de gozo y alegría por su gran victoria en Alcoraz. Su rey don Pedro, que cabalgaba al frente de los aragoneses, llegó a decir al Cid que juntos conquistarían el mundo, y que antes de que los franceses llegaran siquiera a avistar las murallas doradas de Jerusalén, las banderas de Aragón y los pendones de Rodrigo ondearían sobre la torre de David.

—Despacio, don Pedro, despacio, primero vencemos a los almorávides y después Dios dirá —le dijo Rodrigo.

Nos encontramos con los almorávides en Bairén, cerca de Játiva, a los pies de un pequeño castillo, en enero del año 1097. De nuevo los sorprendimos confiados; ni por un momento imaginaron que iríamos contra ellos como lo hicimos. Eran muchos más que nosotros y estaban pletóricos de moral de victoria. Creyeron que aguardaríamos parapetados detrás de los muros de Valencia esperando su llegada y preparados para resistir un largo asedio.

Pero Rodrigo volvió a dar una nueva muestra de su extraordinaria astucia y de su capacidad para obtener ventaja de una posición comprometida. Los almorávides apenas se dieron cuenta de lo que se les venía encima, y, sin tiempo para desplegar sus tropas, que avanzaban como una banda de amigos borrachos después de una noche en la taberna, caímos sobre ellos con la rapidez y el silencio del relámpago.

El Cid peleó con la energía de siempre, pero tal vez con más furor que nunca. Lo vi tajar con todas sus fuerzas a cuantos almorávides encontró en su camino, con una saña como jamás antes había mostrado. Creo que en aquella batalla, cada vez que derribaba a un enemigo estaba imaginando que mataba al que había cercenado la vida de su hijo en Consuegra.

—¡Somos invencibles! —exclamó don Pedro de Aragón levantando el filo ensangrentado de su espada, a la vista del ejército almorávide que huía en desbandada en busca del refugio de las murallas de Játiva y Gandía.

Rodrigo se volvió hacia el rey aragonés. El Cid tenía sus ropas cubiertas con la sangre de los enemigos muertos en el combate y sus ojos brillaban como suelen hacerlo aquellos que han experimentado un dulce sentimiento: la venganza.

Mientras Aragón ganaba nuevas villas y nuevas tierras y el Campeador demostraba una y otra vez que él sí podía vencer a los almorávides, don Alfonso penaba sus derrotas y sus fracasos. Sólo el reino de Zaragoza pagaba parias al rey de León, que, incapaz de derrotar a los almorávides, se dirigió hacia Zaragoza para amedrentar al rey don Pedro, quien, a su vez, tras haber ganado Huesca y vencido en Bairén, no tenía reparos en asegurar que su próxima conquista sería la ciudad y el reino de Zaragoza, el sueño de todos los reyes del pequeño Estado montañés.

Pero ni siquiera esa añagaza de don Alfonso tuvo éxito; el rey de Aragón no se asustó e incluso hizo mención de acudir a su encuentro, por lo que don Alfonso dio media vuelta y antes de llegar a Zaragoza regresó a Castilla. Ibn Tasufín también volvió a su tierra; tal vez añorara las dunas doradas de su desierto africano, o tal vez creyera que dos derrotas a manos de Rodrigo eran suficientes, o quizá supuso que aquellos taimados musulmanes de al-Andalus no merecían un solo momento más de su atención.

A fines de ese año de 1097, Rodrigo, envidiado y respetado por todos los soberanos cristianos y musulmanes de la Península, casó a su hija doña Cristina con don Ramiro, infante de Navarra y tenente del fortísimo castillo aragonés de Monzón, nieto del rey García de Pamplona e hijo del infante Sancho, que muriera en la emboscada de Rueda; como dote de este matrimonio, el Cid entregó a don Ramiro la *Tizona*, una de las mejores espadas que jamás se han fabricado. A la otra hija, doña María, la casó un poco más tarde con el infante don Pedro de Aragón, que hubiera podido ser rey si no hubiera muerto tan joven. Ahora, doña María es la esposa del conde Ramón Berenguer de Barcelona: así es como en estos tiempos se sellan las más férreas alianzas.

Sin enemigos a los que batir, fue entonces cuando Rodrigo se sintió como un verdadero rey. No llegó a adoptar nunca ese título, aunque creo que lo podría haber hecho, pero a él le bastaba con ser el príncipe de Valencia. Ya no rendía pleitesía a nadie y nadie estaba por encima de él. Valencia era suya, y lo demás no le importaba nada. Tal vez si hubiera vivido su hijo..., pero Diego estaba muerto, y con él todas sus esperanzas de crear un reino en el que herederos de su sangre y de su linaje gobernarán por los siglos venideros. No obstante, sus hijas estaban casadas con miembros de la realeza y la sangre de sus nietos sería sangre real.

Sin los almorávides a la vista, pusimos sitio al castillo de Murviedro, la única fortaleza que había escapado al dominio de Rodrigo, la más poderosa de todo Levante, y, tras seis meses de rutinario asedio, la conquistamos. Allí fue donde observé el primer síntoma de debilidad en Rodrigo. Muchas veces lo había visto herido, enfermo y en peligro de muerte, aunque en todas esas ocasiones intuí en él la fuerza necesaria para vencer a la enfermedad y a las heridas. Pero bajo los muros de Murviedro, una tarde de lluvia inclemente, lo observé sentado en una silla de las de tijera, con el codo apoyado en el reposabrazos y la cabeza inclinada sobre las rodillas, y me pareció estar viendo a un hombre en el umbral de la muerte.

Tras la conquista de Murviedro discurrieron varios meses en los que Rodrigo se mostraba día a día más taciturno, más reservado; ya no participaba en los ejercicios que los soldados seguían practicando en los campos de entrenamiento, ya no acudía a los campamentos a compartir con sus hombres un asado de cordero al estilo de Castilla, ya

no salíamos a cazar con los halcones a las colinas del oeste. Rodrigo se recluía en su fortificada alcazaba, lejos de las miradas de los hombres, sólo acompañado por dos o tres de sus criados y por su esposa Jimena, a quien el tiempo y el dolor habían envejecido tanto como los años de soledad y espera.

Al menos una vez a la semana yo me acercaba hasta la alcazaba y departía con él durante una tarde entera; me daba instrucciones para el gobierno de Valencia, repasaba conmigo los impuestos y los gastos, insistía en que no dejáramos nunca la guardia relajada ni el ánimo decaído. Le gustaba recordar a los compañeros muertos en la batalla, hablar de las victorias en Almenar, en Tevar o en Morella, describir los campos de Vivar en aquellas frescas mañanas soleadas de primavera en las que cantan las abubillas y zurean las palomas, y entonces parecía que estaba viendo los verdes campos de trigo mecidos por la húmeda brisa del oeste, los infinitos páramos teñidos del amarillo de las flores de las aliagas y creía aspirar el aroma de las violetas y los cerezos.

Rodrigo Díaz, el Cid, el Campeador, murió como soberano de Valencia el 10 de julio del año del Señor de 1099. Pocos días después, los caballeros cruzados conquistaron Jerusalén y colocaron sobre la torre de David la bandera blanca con la cruz roja de los caballeros de Cristo.

Desde Aragón vinieron su hija doña María y su esposo el infante don Pedro con los cien mejores caballeros aragoneses, y desde Monzón lo hizo doña Cristina con su esposo don Ramiro. Colocamos su cadáver en un sepulcro en la catedral y el obispo don Jerónimo rezó una oración fúnebre. Doña Jimena, doña Cristina y doña María vestían de estameña y lloraban desconsoladas la muerte del padre y del esposo.

Juramos a doña Jimena como señora de Valencia. La esposa del Campeador delegó en mí la jefatura del ejército y, siguiendo cuanto había aprendido de Rodrigo, pude rechazar un nuevo ataque almorávide a fines de ese mismo año. Los africanos sabían que el Cid había muerto y perdieron el miedo que los atenazaba.

Regresaron año y medio después y nos mantuvieron sitiados durante siete meses. Intenté imaginar qué hubiera hecho Rodrigo en aquellas circunstancias, pero ni yo era Rodrigo ni los almorávides nos temían como antaño. Recabamos ayuda de don Alfonso y el rey de León se presentó en Valencia mediada la primavera del año 1102, cuando los almorávides habían iniciado el tercer asedio desde que muriera el Cid.

Los africanos se retiraron hasta Cullera. Don Alfonso animó a doña Jimena a que mantuviera la defensa de la ciudad, pero la viuda de Rodrigo apenas tenía fuerzas para ello. El rey de León y de Castilla quiso emular a Rodrigo y salió al encuentro de los almorávides. Nos enfrentamos con ellos cerca de Cullera. La batalla duró todo el día y ninguno de los dos ejércitos fue derrotado, pero por eso mismo ninguno de los dos pudo declararse vencedor. Regresamos a Valencia convencidos de que no podríamos resistir a los almorávides porque regresarían una y otra vez hasta que consiguieran vencernos y matarnos a todos.

Así, ante la imposibilidad de defenderla, decidimos abandonar Valencia.

Recogimos cuanto de valor teníamos y empaquetamos muebles, alfombras, baúles llenos de ropa y sedas, armas, joyas, monedas... En uno de los carros colocamos el cadáver de Rodrigo, embalsamado dentro de una caja de madera forrada de seda. Ordenamos a los musulmanes que abandonaran la ciudad y, aunque algunos se negaron a hacerlo, los conminamos diciéndoles que íbamos a quemarla de todas formas y que si no salían de allí arderían dentro.

Un seco escalofrío me recorrió la espalda cuando arrimé una antorcha a los montones de paja seca que habíamos colocado en el centro del alcázar y de la catedral y en algunas de las casas más notables. Esperé para contemplar cómo prendía el fuego y

espoleé a mi caballo hacia la puerta de Alcántara. A mi espalda las llamas comenzaban a consumir los edificios y el humo lo envolvía todo como la bruma.

Escribo en el año del Señor de 1110. Hace ya seis años que murió Jimena y once que el cadáver de Rodrigo reposa para siempre en el monasterio de San Pedro de Cardaña, donde yo he regresado para pasar mis últimos días esperando a que la muerte llame a la puerta de mi celda. Juglares, trovadores y cronistas cantan por ciudades, villas, aldeas y castillos las hazañas del Cid y ensalzan su figura; algunos inventan cosas que jamás ocurrieron y otros describen al Campeador de manera muy distinta a como realmente era. Al principio me gustaba corregirlos de sus errores, pero por fin he preferido dejar que las cosas queden como la gente quiere imaginarlas.

Muchas tardes, antes de la oración de vísperas, suelo pasear por los campos cercanos al monasterio y algunas veces me entretengo a la vera del camino rememorando aquellos lejanos tiempos en los que, jóvenes y pletóricos de energía, perseguíamos el honor, la fama y la riqueza. Y todavía hay noches en las que me despierto con la sensación de haber visto a Rodrigo cabalgando sobre su corcel de guerra, las crines al viento, y cierro de nuevo los ojos y entonces creo haber vivido sólo el tiempo de un suspiro.

Nota del Autor

La figura del más famoso de los héroes hispanos ha sido, y sigue siendo, objeto de controversia historiográfica desde que en 1944 Ramón Menéndez Pidal editara sus cinco volúmenes sobre *El Cantar de Mio Cid*, aunque hace ya algunos años que han comenzado a perfilarse los límites entre la historia y la ficción en la figura de Rodrigo, especialmente en el libro de Gonzalo Martínez Díez *El Cid histórico*, publicado en 1999.

Para escribir esta novela, me he basado en las siguientes fuentes: Los dos relatos más próximos al Cid son el *Carmen Campidoctoris*, un texto escrito en 128 versos latinos hacia 1094 en donde se relatan las hazañas bélicas de Rodrigo y cuyo original, varias veces editado, se conserva en la Biblioteca Nacional de París, y la *Historia Roderici*, una crónica escrita a principios del siglo XII también en latín y conservada en una copia algo más tardía que se encontraba en el archivo de la colegiata de San Isidoro de León, de donde tras azarosos avatares pasó a la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.

Rodrigo Díaz es citado con diversidad de frecuencias en la mayoría de las crónicas y anales del medievo hispano, sobre todo en el *Cronicón Burgense*, en los *Anales Compostelanos*, en el *Cronicón de Cardeña*, en la *Crónica Najerense* y en todas las grandes crónicas castellanas de la Baja Edad Media: *Primera Crónica General*, *Crónica de 1344*, *Crónica de Veinte Reyes*, etc.

Existen varias crónicas escritas por autores musulmanes en las que también se citan y narran las hazañas del Cid; la relación de todas ellas ha sido recogida recientemente por María Jesús Viguera (ponencia al Congreso sobre el Cid celebrado en julio de 1999 en Burgos) y por José Martínez del Río (en su tesis de licenciatura).

Además de los textos cronísticos, se han conservado varios documentos diplomáticos en los que el Cid es protagonista. Sesenta y tres de ellos fueron recogidos en la monumental obra de Ramón Menéndez Pidal *La España del Cid* (con numerosas ediciones); en esa colección hay documentos auténticos pero también algunos falsos interpolados con posterioridad. Algunos documentos son muy importantes, como la carta de arras de Rodrigo y Jimena o la dotación de la catedral de Valencia, pero en muchos de ellos el Cid sólo aparece como testigo confirmando con su firma los diplomas.

Por fin, he manejado con cierto cuidado el más conocido texto escrito sobre Rodrigo de Vivar, el *Poema de Mio Cid*, tantas veces editado. Se trata de un poema épico compilado en su forma definitiva en 1207 por un personaje, cuya identidad sigue siendo un enigma, llamado Per Abbat. Este poema había sido considerado por muchos autores, especialmente por Menéndez Pidal, como bastante fiel a la historia, pero en las últimas décadas la mayoría de los investigadores sobre el tema cidiano han relegado al *Poema del Cid* como fuente histórica, catalogándolo como una obra literaria sin apenas fondo real. Pero, sin duda, ha sido este poema el que ha elevado al Cid a la categoría de mito, tal vez el mayor de los mitos hispanos.

Pero en el curso de unos trabajos de prospecciones arqueológicas entre Ateca y Terrer, yo mismo, en compañía de Francisco Martínez, Agustín Sanmiguel y Juan José Borque, localicé uno de los topónimos sobre los que más tinta se había vertido: Alcocer. Dicho hallazgo fue presentado en el Congreso Internacional que sobre la presencia del Cid en el valle del Jalón se celebró en Calatayud en 1989 y cuyas actas se publicaron en

1991. Hasta entonces este castillo había sido identificado con diversos lugares e incluso algunos pensaron que Alcocer era una invención del poeta. La localización del castillo y poblado de Alcocer, abandonado desde fines del siglo XI, a orillas del Jalón, cerca de Ateca, y la excavación arqueológica del Otero del Cid, el campamento fortificado que levantó Rodrigo Díaz en el Jalón medio, que están exactamente en el lugar que señala el *Poema*, han venido a cambiar las teorías sobre la nula historicidad del Cantar y han abierto un nuevo campo a la investigación.

La bibliografía sobre el Cid y el siglo XI, y sobre todo sobre el *Poema del Cid*, es abrumadora. He manejado no menos de tres centenares de títulos, tanto obras de historia (R. Menéndez Pidal, E. Lévi-Provençal, A. Huici, A. Turk, A. Ubieta, B. F. Reilly, R. Fletcher, M. de Epalza, M. J. Viguera...), como de estrategia militar (S. Baldwin, G. Hilty...) y sobre los aspectos histórico-literarios del *Cantar de Mio Cid* (R. Menéndez Pidal, M. E. Lacarra, L. Chalon, I. Michael, C. Smith, J. Horrent, D. G. Pattison, H. Ramsden, E. von Richthofen, A. Montaner, P. E. Russel...). Todos los paisajes, castillos, palacios, aldeas y ciudades que se describen en la novela son reales (han sido muchas horas y días recorriendo los caminos del Cid) y muchos de ellos siguen existiendo (evidentemente muy modificados en la mayoría de los casos) nueve siglos después de que los recorriera el Cid con sus mesnadas. Algunos, como Alcocer, el Otero del Cid, el Poyo del Cid o Alcañiz de la Huerva, son ahora ruinas arqueológicas maltratadas por el tiempo y olvidadas por los hombres.

También son históricos todos los personajes que aparecen en la novela, a excepción de uno de ellos, el narrador. Diego de Ubierna es el único protagonista imaginado y lo he creado así para que fuera precisamente un personaje literario quien contara unos hechos históricos desde la perspectiva de un hombre del siglo XI.

Por fin, he tratado de ubicar a los protagonistas de esta novela, especialmente a Rodrigo Díaz de Vivar, en su propio tiempo. Tras su muerte en 1099, la controvertida figura de Rodrigo ha sido tratada de formas muy diversas en la historiografía española y europea (no conviene olvidar que el Cid es sin duda el personaje de nuestra historia más conocido fuera de España), desde su encumbramiento, ya en la propia Edad Media, a lo más alto del pedestal de los héroes patrios, hasta tildarlo simplemente como un mercenario sin escrúpulos dispuesto a venderse al mejor postor.

En la novela, el Cid aparece como un hombre de su tiempo, un prototipo del «caballero de frontera» de la segunda mitad del siglo XI, preso del destino pero que lucha para cambiarlo en una época de caballeros y monjes, de guerras fronterizas y lucha cotidiana por la supervivencia. Sin duda, un hombre lleno de contradicciones en una contradictoria y convulsa península Ibérica en permanente disputa entre cristianos y musulmanes, pero también entre los cristianos entre sí y los musulmanes entre sí, en un constante hacer y deshacer, inmersa en profundos cambios políticos y humanos en los decenios más cruciales de la Edad Media hispana.